

JOSÉ SANT ROZ

Bolívar y Santander

Dos posiciones contrapuestas

SEPTE
latinoamericana



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroy larana

Colección
historias

JOSÉ SANT ROZ

Bolívar y Santander

Dos posiciones contrapuestas

SUPERLIBRO
latinoamericana

CARACAS, 2010

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

Colección
historias

Referirse a la Historia en singular y con mayúscula implica creer en el carácter absoluto de un único discurso. La historia no es una sola, es más bien un tejido profuso de múltiples historias, diversas miradas acerca del mundo y la cultura que constituyen el patrimonio más rico de la humanidad: sus memorias, en plural y sin mayúsculas.

La Colección *historias* invita a leer la diversidad, la compleja polifonía de lugares, tiempos y experiencias que nos conforman, a partir de textos clásicos, contemporáneos e inéditos, de autores venezolanos y extranjeros.

Las historias *universal, latinoamericana, venezolana, regional y local* se enlazan en esta Colección construyendo un panorama dinámico y alternativo que nos presenta las variadas maneras de entendernos en conjunto. Invitamos a todos los lectores a buscar en estas páginas tanto la rigurosidad crítica de textos especializados como la transparencia de voces vívidas y cálidas.

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

© José Sant Roz

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2010

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos:

elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es

atencionalescritor@yahoo.es

Páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.ministeriodelacultura.gob.ve

Diseño de la colección:

David Herrera

Edición al cuidado de:

Ángel Cristóbal García

Germán Ramírez

Raylú Rangel

Víctor Manuel Valdés

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal lf 40220108002576

ISBN 978-980-14-1155-0

IMPRESO EN VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



PRESENTACIÓN

En esta obra se presentan los dos sistemas políticos que han estado en permanente pugna a través de los siglos XIX y XX en América Latina: la tecnocracia fascista y el proyecto socialista que propugnaba Bolívar. El primero fundado sobre el sensualismo utilitarista de los llamados “liberales” (benthamistas), que acabaron admirando y emulando el sistema estadounidense. Por esta vía triunfó un Páez que luchó sólo para conservar sus intereses personales, sus haciendas y su poder. Triunfaron un Santander y los que asesinaron a Sucre: José María Obando y José Hilario López.

Obando representaba el brazo militar de ese liberalismo bestial, que apoyado por Washington acabará por imponerse en América Latina durante todo el siglo XX. Santander representará el cerebro director y protector de esa fría violencia militar, el intelectual de partido que no tendrá escrúpulos en legalizar los actos más desmedidos y represivos contra el pueblo.

Por extraño que parezca, fue esta clase de recalcitrantes liberales (aquéllos que nacieron al fragor de los alevosos disparos contra Sucre en Pasto) la que dio los primeros pasos para entregar a los gringos el canal de Panamá. Para 1825, Santander estaba fascinado con los discursos de James Monroe, los cuales influyeron en la grafomanía que le dominaba. Bolívar, que tenía una vena muy fina para estas cosas, le decía:

Yo conozco muy bien que sus mensajes son perfectos pero no me gustan porque se parecen a los del presidente de los regatones americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos.

Si como Vicepresidente hubiese quedado en la Gran Colombia otro patriota como Sucre, América habría sido otra, y Bolívar habría muerto viendo más o menos consolidada su obra, porque él decía: “Cuando me hablan de valor y de audacia siento revivir todo mi ser y vuelvo a nacer para la patria, para la gloria. ¡Ah, cuán dichosos fuéramos si nuestra

sabiduría se dejará conducir por la fortaleza! Entonces se salvaría Colombia y el resto de la América también”.

Pero aquella victoria de Santander sobre Bolívar representó el triunfo de las facciones, de las intrigas sobre el talento creador. La victoria de la ciudad sobre el campo; el triunfo del sectarismo partidista, de la tecnología bestial y del egoísmo utilitarista sobre la ciencia y el humanismo.

LOS PARTOS DEL SIGLO

Todo hombre lleva la forma entera de la condición humana.
Montaigne

Francisco de Paula Santander nace el 2 de abril de 1792, bajo el signo Aries, que según Petronio es el signo de los que poseen numerosos rebaños, lana en abundancia. También es un signo que preside el nacimiento de oradores y fanáticos del foro, codiciosos del poder y del dinero; duchos y pródigos en sofismas panfletarios. Lo traen al mundo en un centro colmado de recursos contra todo poder central: El Rosario de Cúcuta. Esta aldea acabará por convertirse en el pasadizo de huestes derrotadas de uno y otro bando, que aspiran a dar un golpe de suerte y dirigirse hacia Bogotá o Caracas. Cúcuta está situada en la bifurcación de la Cordillera Oriental, asentada en la margen occidental del río Pamplona, el cual se encuentra a 320 metros sobre el nivel del mar y a 653 kilómetros de la madre cultural y política del Reino de Granada, Bogotá; a más de mil kilómetros de la virulenta y convulsionada Caracas. Por encontrarse en un punto casi equidistante de aquellas dos egregias metrópolis, el Libertador Simón Bolívar pensó alguna vez en convertir a Cúcuta en capital de la Gran Colombia.

Si el nacimiento de Francisco de Paula se hubiese dado un poco más arriba, a unos veinte kilómetros al norte de Cúcuta, en San Antonio del Táchira, por ejemplo, el destino de América Latina habría sido otro. Santander supo transformar aquel accidente en uno de los hechos políticos más controversiales de la Revolución independentista, que acabó por ser la causa de la desgracia de la actual Colombia, de Venezuela y de la América toda por más de 180 años. De haber nacido unos veinte kilómetros al norte, insistimos, sus talentos políticos y militares habrían estado muy por debajo de los estadistas y guerreros que se forjaron en Caracas, en la costa de Oriente y en los llanos de Apure, y no habría podido ocupar, por no ser granadino, el más alto sitio en el palacio de Bogotá.

Nos refiere Fernando González(1) que el vientre de doña Manuela Omaña Rodríguez –madre de Francisco de Paula– estaba lleno de convulsiones y emociones de frontera y además de títulos, legados y decretos, cuentos, amenazas y contubernios, y añade: “No hay más documentos de sus padres. Sus nombres no aparecen sino en el decreto de nombramiento de gobernador de aldeas fronterizas y en la partida de bautismo. Este (Francisco de Paula) nunca habló de sus progenitores sino en el testamento y eso para decir que era su hijo y que eran familias nobles, es decir, para cubrirse de nobleza. Utilitarista. No hay cartas suyas en que se refiera a la madre; ni suyas hay cartas amorosas. Vivió para alindar la Nueva Granada. No tenía intimididad. Su porte grave repelía el acercamiento como tronco erizado de la palma de corozos; encarnación de la noción de frontera”.

Existe una copiosa genealogía sobre la familia Santander escrita por el historiador venezolano Luis Eduardo Pacheco (2) y ampliada por el cucuteño Leonardo Molina Lemus. Hay allí una revisión hasta la quinta generación del renombrado Vicepresidente de la Gran Colombia. Es una reseña escueta, esquemática, sobre cientos de nombres, parientes y correlativos, sin alma, ni psicología, ni esencia: Francisco Martínez de Ribamontán Santander, capitán peninsular que rigió la provincia de Santa Marta en 1620; Nicolás S., contador, Juez oficial de Hacienda y Alcalde (1670); Capitán Manuel de Omaña Rivadeneyra, tres veces Alcalde (1727)... ascendencia concentrada toda en el sector de la frontera con Venezuela y que se ramifica con lazos profusos hacia muchos venezolanos de San Antonio y San Cristóbal en el Táchira: Domitila, Inocencia, Floriania, Foliaco, y Petra; Josefa y Cleofe; Orbegoso, Scipion, Agapito, Miguel Jerónimo, Esteban... Juez de Camino y alcalde Ordinario, proveedor de la Guarnición de Cúcuta, presidente de la municipalidad, regidor, Procurador general, Justicia Mayor, Secretario de ayuntamiento...

El carácter de Francisco de Paula lo va a heredar del capitán Francisco Martínez de Ribamontán Santander, caballero de la Orden de Santiago fundada en 1160, para proteger a los peregrinos que hacían el camino a Santiago de Compostela, personaje que fue un ardoroso colonizador y quien practicaba las técnicas más severas para someter a los indios a trabajar en las minas de plata y cobre, o en la búsqueda de perlas. Por éstas y otras envilecedoras funciones se le siguió una investigación por

lo que se ordenó su detención, se le sacó desnudo del convento de San Francisco y fue llevado a rastras hasta la cárcel del cabildo.

En busca de sus antepasados, otro genealogista, don Matos Hurtado, nos puso a tragar más polvo que cucaracha albina. Tiene Santander antecedentes vascos por el lado materno, que se remontan a los vizcaínos de don Nicolás Rodríguez, y por parte de la cacica Suba, una princesa indígena. Además, estaba emparentado con el capitán Nicolás Palencia, compañero de Nicolás Federman, de los conquistadores de Venezuela contratados por los hermanos Welser. De más allá y de más acá tiene parientes antiguos de la casa y solar de los Joveles y del principado de Cataluña en Altafulla. Su tercer abuelo, don Eugenio Sánchez Osorio, fue fundador de la villa de San Antonio del Táchira.

Nos dice don Luis López de Meza(3): "...tres continentes aportaron en él su signo arcano: Asia, genitora de religiones y de epopeyas delicuescentes de la personalidad, a la vez caótica y profunda; Europa, crítica y pragmática, y América, enalbada de elaciones juveniles".

Además, como buena casa conservadora, la de Francisco de Paula tenía un sólido soporte curero; empecemos por dos de sus tíos: José María Santander, quien era cura de Cúcuta, y el otro, don Lorenzo Santander, cura de Nutrias. Fue por esto, o pese a ello, por lo que sus padres querían que Francisco también asegurara su porvenir haciéndose mensajero de Cristo Redentor. Su otro tío, el doctor Nicolás Mauricio Omaña (también sacerdote) se desempeñaba como catedrático de Latín y de Derecho Canónico en el Colegio San Bartolomé; durante un buen tiempo sería su protector.

¿Cómo es el niño Francisco de Paula? Pues, muy robusto, tranquilo, apagado. El niño poco molesta, al niño casi ni se le escucha. No hizo locuras, fue aplicado y mostró obediencia y respeto por sus padres. De facciones europeas, aunque sus rasgos eran indígenas, por lo de los dientes perfectos, blanquísimos y fuertes, que según los ingleses son muestra de "salvajismo". Por el aceitunado color de su piel va a ser lampiño. Pelo lacio. Ojos adormitados y cubiertos de una brumosa y pertinaz tristeza. Siempre estará considerando que hay peligros que le acechan y sombras que le señalan y le condenan, cosas del espíritu medieval e inquisitorial de la época.

Su padre, Juan Agustín Santander, un terrateniente de 43 años que ya había enviudado dos veces, casó con su madre Manuela Antonia de Omaña y Rodríguez, viuda, cuando ésta sólo contaba con veinte años de edad. Juan Agustín y Manuela tuvieron cuatro hijos, los dos primeros fallecieron prematuramente y el tercero fue Francisco de Paula; la cuarta fue una niña a la que pusieron por nombre Josefa. Juan Agustín contaba con relaciones importantes por ser un rico propietario de acomodadas fincas, esclavos, mulas, abundante ganado, un sembradío de cacao y café, un trapiche. Por esta privilegiada situación llegó a ser elegido para el cargo de gobernador de la provincia de San Faustino de los Ríos. Fue así como dejó de lado las faenas del campo por los pastoreos de la burocracia, que lo llegaron a atrapar ardientemente. Fue Don Juan Agustín tan buen administrador en este cargo que se daba el lujo de entregar donativos a Su Majestad el Rey, para paliar las necesidades de las guerras que nunca faltaban.

Para un muchacho de la condición de Francisco de Paula, aquellos campos eran propicios para aprender labores que luego serían esenciales para enfrentar la dura vida de la Guerra de Independencia. Se hizo buen jinete, y adquirió una complexión fuerte mientras asistía a sus padres en los menesteres del campo. Al mismo tiempo, aprendía algo de música, de baile y de latín (con los presbíteros Manuel de Lara, Manuel de Nava y Juan Téllez), como era usual en ciertas familias pudientes que aspiraban a que sus hijos se hicieran curas.

De los preparativos para la educación

Desde muy joven, Francisco mostró especial interés por el estudio, y se vio favorecido por el apoyo de su tío Nicolás Mauricio Omaña, quien lo orientó en Santa Fe. Allí se dedicó al estudio de las Santas Escrituras y adquirió ese estilo pomposo, grave y barroco que se observará en sus discursos, actas y proclamas. Estilo pesado y recargado que lo inducirá al hábito megalómano de la autoalabanza. Cuando tenía trece años, sus padres lo envían a aquella Santa Fe, fría y teologal, donde prosperan y se multiplican los jurisperitos y doctos en disquisiciones sobre el valor de las leyes terrenales; todo parece enmarcarse en el escrutinio de los designios del más allá. El muchacho había llegado tímido, desaliñado, apocado, exageradamente protegido contra el frío: una bayeta de paño doble, encima una ruana y un gorro de lana bien calado.

Todo deslumbraba al joven Francisco. Santa Fe de Bogotá era una ciudad agraciada por su clima, la cultura de su gente, sus edificaciones modernas de gran estilo y sus fértiles cultivos que llenaban de vivos colores los campos. Lo primero que observa es la proliferación de conventos, junto a la mirada errática y fugaz de sus mujeres bien conformadas, plenas de vida, de calor, de fuerza y de deseo. La catedral le resultaba magnífica, imponente y, esparcidos en unas dos mil hectáreas, se encontraban otros treinta conventos, entre ellos, ocho de frailes y cinco de monjas.

Las frondosas serranías invitaban a remontarse lejos, a cruzar y ver del otro lado de las montañas, allá donde las nubes se desperdigaban entre gasas de ensueños, con claroscuros moteados de vistosas flores. En ese horizonte de esperanza que le sonrío, se entremezcla una límpida luz celestial con un silencio que le alienta a meditar, a recogerse en sí mismo. Es otro aquí el porte de la vida sagrada, es una ciudad que no deja traslucir un sólo trauma ni conflicto y en la que predomina la lectura de temas religiosos y jurídicos.

Donde se aloja, no se vive mal: en la entrada principal se aprecia un gran biombo decorado con muselina importada y un rústico perchero, abrigos y sombreros finos; en la sala hay unos canapés forrados de lana, una mesa atestada de libros, que se mezclan con platos y tazas, jarras, cucharas, cuchillos y tenedores de plata aún con restos de comida; en los cuartos, camas de cedro con gruesas cobijas de lanas traídas del Perú. En el cuarto que Francisco ha de ocupar se puede ver un presente que le ha enviado su hermana: un filipichín forrado en damasco de seda.

Pobre muchacho, de aspecto cerrado y magro, que no está muy seguro de sí, cargado del áspero mutismo de provincia y con una indumentaria atroz: “eslavina o capa de burro, pantalones de marsella amarilla del mismo color de la yema del huevo, calcetines de Ramiriquí, zapatos de cordobán...”. De la casa a misa, de la misa a tomar clases en el imponente edificio del Colegio Real Seminario de San Bartolomé donde antes y después de cada clase se ora. Y por la tarde y por la noche, venga, otra vez a rezar. La vida era más segura porque la fe lo guiaba y lo dominaba todo. Poco después, con la ayuda de su tío Omaña, Francisco residirá en el propio recinto de San Bartolomé. El conflicto de Francisco de Paula toda su vida será dominar la ira de la razón contra la fe, en cuyo centro,

como un nudo de fuerzas fatales, se irán concentrando las sutiles formas del disimulo.

Se dice que a los trece años de edad, Francisco de Paula vistió la denominada beca real, con una hopalanda, bonete negro y una insignia roja que consistía en un paño de unos veinte centímetros de ancho cruzado por delante del pecho.

SE ERIZAN LAS PELUCAS VIRREINALES

Desde que aparecieron los doctos, desaparecieron los buenos.
Séneca

El denso humillo de la cocina de fogón pasa por un lado de Francisco de Paula, quien se encuentra en cuclillas a la espera de una taza de chocolate. Una vieja reza un rosario en la casa contigua a la cocina. El suelo de tierra apisonada, húmedo, desprende un olor a sebo y a bosta; el ruido de arreo de dos vacas de ordeño en el tranquero llena el espacio matinal. A su lado, y de un modo disperso, se aprecian muchos papeles, periódicos y documentos que le ha traído un pariente, también teólogo. Fresca aún la tinta, el joven los devora como si participara de un acto de magia.

Se aplicaba muy bien el joven cucuteño, y a los 14 años, por ser buen estudiante, ya disfrutaba del respetado cargo de Conciliatorio del Colegio y su firma ya corría por documentos preparados por el Consejo Asesor del Rector. En 1807 fue ascendido a Secretario de la Junta Conciliar, y terminó su programa de estudio defendiendo en público algunas ideas sobre filosofía moral, mostrando originalidad y astucia para el debate. Se estaba perfilando como un excelente abogado. A los 16 años, en febrero de 1808, gracias a un procedimiento burocrático la Universidad de Santo Tomás, se le otorga el grado de bachiller, y desde esta época pasa a ser “capista”, es decir, estudiante externo.

Sus más enconados defensores, como la historiadora Pilar Moreno de Ángel(4), tratan de pintárnoslo en esa época como un estudiante gallardo, galante, atractivo, aunque la vestimenta con que nos lo describe es de lo más peculiar, con sus pantalones cortos que dejaban ver los tobillos cubiertos con calcetines de hilo de Ramiriquí, descendiendo éstos en forma de rosca sobre el zapato, dándole al pie la apariencia de las patas de paloma. Los zapatos eran de cordobán con unas orejillas sujetas por una deteriorada cinta y, en lugar de sombrero, llevaba cachucha de paño azul. Muchos concuerdan en que se parecía a una sota de baraja española. Se le trataba entonces cariñosamente como “el cucuteño”.

En las noches, en las visitas que hacía a los conocidos, participaba en los rezos del rosario. Después jugaban a las cartas y se charlaba un poco sobre cómo se estaba poniendo de mala la situación (siempre era mala) de la agricultura y la cría de animales.

Aquel bachiller, que aún esperaba entregar su vida al Señor, se habituaba a escudriñar en la biblioteca de su tío gruesos libracos de la sede arzobispal, de los que extraía datos sobre el estado de los diezmos de Quito y la Nueva Granada. En ellos encontraba sumas que no le cuadraban sobre las distribuciones al cuatro por ciento del rico clero... vicarios foráneos que se tasan al siete por ciento... capítulo eclesiástico, sacristanía y obispados que le dan un penoso total de 1187 doblones... En todo lo que venga de la Iglesia hay que saber leer entre líneas, y él está dominando el código secreto de las palabras de Jesucristo cuando dijo que hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, como decir: lo de los curas. Los que no se encuentran entre dos supremos renglones, se quedan sin recibir nada. Está claro que si no puede ser cura tendrá que alistarse para los menesteres del llamado contrato social y de las funciones públicas; qué lástima...

El 10 de julio de 1808, Francisco recibe la fatal noticia de la muerte de su padre, acaecida en Cúcuta. Al mismo tiempo, llegan noticias terribles de España: las tropas francesas se encuentran en la península, el príncipe de Asturias conspira contra su padre Carlos IV y ha ocurrido un motín en Aranjuez, lugar en que residen los reyes.

A eso de las 11 de la mañana, culminados sus menesteres religiosos, llega el padre Omaña y conversan un rato sobre los misterios de las reparaciones mundanas que tienen dueño y tienen alma. Ya entonces, como vemos, la vida iba torcida por los acontecimientos de España. Hay una duda brumosa y grave que domina los espíritus: qué partido tomar, pues, una gran algazara se ha formado en la parte norte del reino. La junta de Quito se ha puesto a la defensiva. El padre Omaña se persigna, nombra a Fernando VII y a la Virgen Santa María Purísima.

Se avecina un degüello general; con España no hay cuento que valga. El Rey no tendrá otra salida que castigar con la muerte tantas perdiciones y locuras. ¿Dónde están los hombres que pueden organizar una república? ¿Dónde está el genio que pueda sacarla y ponerla a marchar por

sus propios medios, en circunstancias en que los poderosos están del lado de España, o al menos no están decididos a prestarles a los americanos una decidida y formal ayuda? ¿Cuál es el ejército que nos defenderá de las agresiones de naciones mucho más poderosas que la nuestra? No se puede contar con Inglaterra ni mucho menos con los Estados Unidos.

En aquella Santa Fe, silenciosa y aburrida, eternamente arropada en el sudario de sus templos y en la fe de las letanías de sus clérigos, en el sopor de los escribanos que abruma de retruécanos indescifrables la vida; en el susurro de tanta vejez medieval, se está formando la casta de los futuros republicanos: los Caicedos, Vergaras, Mosqueras, Castillos, Azueros, Restrepos, Montoyas, Arrublas, Nariños...

El pasatiempo es el chisme cuyo ejercicio se lleva a cabo en el arrullo húmedo y lánguido de las reuniones familiares, entre estudiantes, con comentarios ácidos sobre los que han tenido y tienen que ver con los tesoros del Reino. En el fondo, son muchos los que aspiran a ser diezmeros, jueces de diezmos, encomenderos o alcabaleros.

De los grupos que suele frecuentar el joven Francisco, la mayoría están conformados por seminaristas no acomodados socialmente, lo cual significa que hablar de estas cosas no hace ni mal ni bien a nadie. Eso sí, se revelaba la común envidia del pobre que habla con mordaz encono contra los que roban sin medida, y cuentan con los caudales del “amadísimo Rey de España”.

En estas reuniones, no deja de mostrar su clarividencia de pichón de abogado un tal Vicente Azuero, personaje realmente vivaz y grosero que deslumbra por sus desplantes, por la lucidez alcanforada de sus frases siempre incendiarias. Don Vicente conoce los recovecos más sucios de la aristocracia bogotana, porque es secretario de un importante juez del reino. Se ha paseado por los archivos reales, en los que se cuecen las desgracias públicas de personajes notables, cuyos parientes han pasado victoriosos los estrictos controles de sangre que no está manchada por “la idiotez salvaje del indio” o por la “fealdad repulsiva del negro”.

La lengua espesa e incisiva de este Azuero, aderezaba con cuentos y chismes escandalosos las noches aburridas de los visitantes que frecuentaban la casa en que reside Santander.

Vicente Azuero espiaba a don Antonio Nariño por orden del Gobierno. Hacía las veces de mensajero del Cabildo Eclesiástico, llevaba y traía cuentas muy bien calculadas de los abusos que habría cometido el futuro precursor como Tesorero General de las Rentas Decimales.

Francisco de Paula oía con mucho interés estas revelaciones. Comenzaba a tomar gusto por las confidencias palaciegas. Corrían versiones en las que se afirmaba que Nariño había traducido el conocido documento “Los Derechos del Hombre”, y que había sido condenado a guardar prisión, acusado de conspirador. Se dijo que había solicitado el perdón del Virrey, que no se le dio respuesta a sus pedidos de clemencia y que lo habían llevado preso a Cádiz. De allá huyó, pasó a Francia y más tarde a Inglaterra. El cuento ahora es que ha regresado a la Nueva Granada y que dirige un memorial sustanciado en el que aparece demandando a sus fiadores ante la Real Audiencia.

Francisco de Paula sentía admiración y odio hacia Nariño, sin saber por qué. Se llenaba del mismo odio y de la misma admiración que por él sentía don Vicente. Indudablemente que la razón de aquellas tirrias era porque don Antonio Nariño se perfilaba ya desde aquellas oscuras cavernas críptico-religiosas, como el hombre con mayor garra y visión política. Quería Francisco conocer los detalles de los asuntos por los cuales se le perseguía. Así, entraría en el círculo de las intrigas políticas de la época, y sin darse cuenta se ataba al influjo y a la “gracia” de aquel pichón de abogado, al tal Vicente Azuero, para quien no había misterio ni secretos de aquellos nacidos en cunas con blasón y entre sábanas de batista.

En las noches, mientras Quito ardía por los cuatro costados, Francisco consultaba sus dudas con el tío Omaña, hombre moderado que veía los conflictos sociales con menos sofismas y retóricas que Vicente. Era una plática serena, en la que él trataba de comprender de qué manera los gobiernos podían sustentarse, tanto en el poder represivo de los ejércitos, como sobre la prístina fe cristiana, y en la que analizaban la posibilidad de una gran convulsión de los neogranadinos, para darle de veras un vuelco a la situación política y declarar la independencia de España.

En las mañanas, Francisco se acercaba a los corrillos políticos que merodeaban por la Plaza Mayor, cerca del mercado, y se empapaba

de los últimos edictos del Gobierno. Le gustaba, sobre todo, oír las disquisiciones luminosas de los doctores en leyes, que de modo brillante echaban por el suelo las pretensiones anticonstitucionalitas de una Junta en Francia. La palabra Constitución se le adhería al alma. Era un revuelo dulce de salomónica belleza (constitucional), sublime, indómita, significativamente sobrehumana. Tan cerca del divino cielo, tan profunda, loable, dignísima; tan cercana a la sagrada salvación. Ella misma representaba un altar, una causa a la que el hombre de razón, el ciudadano, debía entregarse plenamente.

Entre el sueño y la vigilia, veía claramente la necesidad de instaurar una religión civil donde el dios fuera un código ejemplar de leyes, por el cual debía regirse el llamado pacto social.

Iba cambiando Francisco con la amistad de don Vicente; éste devoraba cuanto libro encontraba en los armarios de la sede arzobispal, algunos de ellos considerados por los curas como dañinos y funestos para el espíritu. Se divertía leyendo la historia de la Revolución Francesa y sentía una rara fruición por los pasajes que trataban de los famosos tribunales populares. La lógica de Robespierre le producía espanto y placer; al igual que los arrebatos de Santerre, la audacia de Westermann, el ateísmo de Hébert y Chaumette; la ferocidad de Saint-Just, la virtud de Barbaroux y Verniaud, y sobre todo le atraía la diabólica imaginación de Marat, por su posición y su tono de ebriedad radical. Para descargar sus emociones, buscaba a Francisco y le hablaba de aquellos personajes como si se tratase de una aventura sublime y fantástica que se estaba gestando en el propio reino de la Nueva Granada y en frente suyo, para que pudiese mover los protagonistas a su antojo como muñequitos de plomo. A quien más admiraba Azuero era al ateo Hérbet, y de él tomaría la conducta que siguió durante el mandato del caraqueño Simón Bolívar y que vendría a ser parte de la armazón ideológica del Partido Liberal colombiano.

Azuero le comentaba que hacían más falta guillotinas y bayonetas que códigos morales o contratos sociales para conseguir independizarse de España, porque lamentablemente se carecía de pueblo y de hombres capaces para llevar a cabo una empresa liberadora tan exigente; que nos encontrábamos a cinco siglos de retraso con respecto a Francia; que en la América española no había educación, ni tradición cultural, sino fana-

tismo y miopía religiosa; que la causa primera del atraso era por culpa de los curas y la influencia inquisitorial de carácter español.

Iba a pertenecer don Vicente a la clase de políticos que gobernarían a la América hispana con una orientación filosófica a la cual se le daría el mote de “liberal”, la vía que consideraban más expedita para alcanzar las condiciones que favorecieran el supremo bienestar material y sensual. Es la visión del utilitarismo ya en auge por las ideas de Bentham, quien afirmaba que en la abundancia reside la dicha social, “sin importar los medios que se utilicen para conseguirla”.

Vicente Azuero ya podía llamarse el tutor ideológico de Francisco. Los Azueros eran de familia socorreña y estaban todos tocados por un afán de lectura un tanto desordenada. Juan Nepomuceno, siete años mayor que su hermano Vicente e igualmente influenciado por las lecturas religiosas, quiso ser cura. Con este propósito llegó muy joven a Santa Fe, para ingresar al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y más tarde se recibió como sacerdote en el Seminario Mayor. Era un hombre muy irritable, violento. Defendía el precepto con el cual se pretendía que el hombre, en tanto ser irracional, debía vivir según principios estrictamente lógicos. Así se introdujo en la lectura de los enciclopedistas y sufrió una crisis cerebral que le invalidó el pensamiento por varias semanas. Pasó por ese mal letroso, virulento, muy propio de nosotros los hispanos, que consiste en creer que sólo con las palabras se pueden arreglar los males sociales. Luego de esta gravedad, sintió una fuerte pérdida de la fe cristiana, y más que pérdida, un aborrecimiento por cuanto tuviese que ver con dogmas y principios católicos. Entonces, lo primero que decidió fue acabar con el hábito de la castidad y se dispuso a vivir con una prima, con quien tuvo varios hijos.

Tanto Juan Nepomuceno como Vicente tenían la manía de traducir periódicos que llegaban de Francia. Eran traducciones que expresaban más las ideas del traductor que del propio autor. Para este empeño, utilizaban los auxilios de varios canónigos del Colegio San Bartolomé, donde había una locura anticatólica muy bien trajeada con hábitos religiosos. Un día recibieron un trabajo escrito por el filósofo Jeremías Bentham, que fue la piedra de toque para formalizar toda la estructura de tipo moral que anidaba en ellos. Decía aquel artículo, incluido en parte de la obra *La defensa de la usura*: “Si un hombre roba los fondos

públicos, él se enriquece, y a nadie empobrece, porque el perjuicio que hace a los individuos se reduce a partes impalpables...” Los fundamentos que propugnaba la filosofía del beneficio propio y cuya sustentación radicaba en que cada quien debía ser juez de su propia utilidad. Continuaba diciendo:

La lógica de la utilidad consiste en partir del cálculo, o de la comparación de las penas y de los placeres en todas las operaciones del juicio, y en no comprender en ella alguna otra idea. Soy partidario del principio de la utilidad cuando mido la aprobación de un acto privado o público por su tendencia a producir penas o placeres: cuando me sirvo de las voces justo, injusto, moral, inmoral, bueno, malo... La virtud no es un bien sino por lo que produce los placeres que se derivan de ellas, y el vicio no es un mal sino por las penas que son consecuencia de él. El bien moral no es bien sino por la tendencia a producir bienes físicos; y el mal moral no es mal sino por su tendencia a producir males físicos; pero cuando digo físico entiendo las penas y los placeres de los sentidos.

Los temblores que provoca Napoleón en Europa sacuden a la América española. En 1809, Nariño cae nuevamente prisionero por conspirador. Quién sabe si la lengua de Vicente tuvo algo que ver con las pruebas que el Gobierno consignó para acusar a Nariño. Lo que va a suceder ahora, por causa de la debilidad de muchos, es una sucia lucha entre los ricos criollos que quieren administrar los tesoros del Estado. No es cierto que todos aquellos que tendrían una figuración importante al rebelarse contra los godos, estuvieran pensando en una patria grande, o en la gloriosa confederación americana, ni en los principios igualitarios que propagó la Francia revolucionaria. Los más zorros se plegarán a los principios republicanos, sólo como un pretexto para hacerse de los bienes, de los inmensos recursos que detentan los virreyes, los godos de la casa moribunda del Rey Fernando VII.

El día en que se erizan las pelucas virreinales y corren los orinales vitalicios, los criollos acomodados vuelan a palacio, con la mente encendida y la mirada fija en los armarios del caído virrey Amar. El cuchicheo de los ojos llorosos y de las voces pálidas no denotan sino un sólo pensamiento: “¿Dónde habrán metido los muebles, los cuadros y las gargantillas de doña Francisca?... ¿Los habrán llevado al monasterio de Santa Gertrudis?... ¿Y los doblones del señor Amar?” Ya para esta

época, Santander estaba terminando su doctorado en leyes y ya se le decía doctor.

Francisco de Paula hace lo que puede, y su nombre, vagamente, comienza a oírse entre algunos secretarios de la Junta Suprema.

Sin embargo, su figura política sigue siendo endeble. Vaga de un lado a otro con el corazón y los pantalones estropeados. Una contienda interior le ahoga: ¿Son sus frases? ¿Es su peinado? ¿Su indumentaria? ¿Su angustia provincial? Es un estudiante respetuoso, seco y desgarrado. Durante el famoso 20 de julio de 1810 se encontraba preparando unos exámenes cuando lo sorprendió la barahúnda de gritos en la calle: “¡Mueran los chapetones, asesinos!” Son hombres de casaca negra, impecablemente trajeados. Incluso se han perfumado antes de insultar a las autoridades. A veces los negros y serviles lo hacen por ellos.

Francisco de Paula pudo ver parte del acto de juramentación realizado en el Cabildo. Conmovido y lleno de pavor religioso, de un contento supremo, debió ver la faz del gran Cristo que paseaban por la sala. Dos vueltas dieron a la pesada figura de cedro, hecha especialmente para las magnas ocasiones.

Todo el lío había comenzado, de la manera más inocente, en una tienda del gacitano José González Llorente, donde se vendía toda clase de artículos, entre ellos, libros. Llorente era un monarquista virulento, que despreciaba a los criollos. Un tal Marroquín le pidió prestado un recipiente de charol para servirse un refresco o un florero para atender un acto, negose Llorente, se ofende un señor de nombre Luis Rubio y se forma la de Dios es Cristo, en la que le caen a palos a Llorente. El alboroto atrajo a mucha gente y a las dos de la tarde se hizo incontrolable, apareció el alcalde José Miguel Pey en compañía de don Camilo Torres, y los gritos feroces contra los españoles iban en aumento. A las seis de la tarde tocaban a fuego en la catedral, en todas las iglesias, los parroquianos avanzaron hacia la plaza principal. Se comenzó a pedir Cabildo Abierto. Se aceptó sesionar. Pronto aparecieron hombres elocuentes y de gran oratoria que comenzaron a agitar cielo y tierra durante toda la noche; los sorprendió la llegada del día 21 de julio cuando se tomó la decisión de nombrar una junta suprema en la que se juró fidelidad a la regencia representada por Fernando VII. Entre los veinticinco vocales

que formaban esta junta se encontraba el tío de Santander, don Nicolás Mauricio de Omaña. Unas tropas y armas fueron dispuestas para la custodia del Cabildo al mando del capitán Antonio Baraya. En aquellas sesiones se aceptó la proposición del doctor Camilo Torres para que el Virrey, Mariscal de Campo, Antonio Amar y Borbón, quedase como Presidente de la Junta Suprema. Aunque aquello nacía muy vago, débil y peligroso, pronto, el 25 de julio corrieron rumores que advertían sobre un contragolpe que el Virrey preparaba, por lo que se exigió a la Junta que se le detuviera. Se temió que con estos desafíos se le hiciera un asalto armado al Cabildo, en consecuencia, se comenzaron a traer cañones y, finalmente, en forma sorpresiva, el Virrey fue llevado a guardar prisión en el Tribunal de Cuentas.

Los primeros directores de la rebelión

Detrás de la seriedad de los aristócratas criollos hay una sombra de dulzura metálica: la Junta Suprema, el 9 de agosto de 1810, embarga las alhajas y el dinero del Virrey.

Vicente Azuero va de despacho en despacho llevando los papeles de la nueva Junta. Él no quiere aparecer al servicio de ninguna causa porque sabe mejor que nadie cuáles son los verdaderos intereses de los llamados revolucionarios; además, no cree que aquella protesta tan pobre se sostenga a la primera réplica de España (que cuenta con las fuerzas acantonadas en Quito o en Perú).

Los miembros de la Junta Revolucionaria amaban ante todo a Cristo, porque en verdad se entraba en un albur desconcertante. Se hizo el juramento de rigor, lleno de un extraño fervor, que hizo pensar que la revolución favorecía más a España que a los propios criollos. Otra vez, contrita el alma de un raro gozo, Francisco de Paula pudo percibir la revelación del Santísimo Dios y del corazón sagrado de la adorada María.

Los respetables señores no aman aún la igualdad. La igualdad existe en un sentido muy limitado. Parece que la causa de los más encopetados criollos es quitarles el oro a los españoles, y tienen la audacia de creer que esto podrá hacerse sin graves conmociones. En ese merodeo confuso y legalista discuten don Camilo Torres, Custodio García Rovira, Félix Restrepo, Antonio Nariño, José Manuel Restrepo, con quienes

Santander se topa en el bullir de las discusiones jurisdiccionales, federalistas, centralistas o revolucionarias, pero él todavía es muy pichón para apreciar las verdaderas dimensiones del desastre. Destempladas eran las súplicas de los aristócratas criollos solicitando la independencia, reclamando espacio para los debates públicos y para la urgente creación de un nuevo cuerpo de leyes. Se suspenden las clases en San Buenaventura. Por allí va nuestro personaje con un sonsonete frío y dulce en la cabeza. El mundo debe dar un vuelco. De momento lo que importa es crear junto con la gente ilustrada un cuerpo de oficiales, y Francisco queda alistado, porque, entre otros, su tío, ahora Secretario de la Comisión de Negocios Eclesiásticos, lo recomienda a la junta encarecidamente.

Corren bolas y nombres para la jefatura del tembleque Estado granadino. ¿Es la libertad un asunto de parentela entre los poderosos? ¿Dónde se encuentra Nariño?

Nariño intriga, reclama indemnizaciones, a la Junta Suprema. Se borra el artículo que prohíbe a los fallidos culpables o inculpados ejercer algún puesto de representación. Con agudeza y atrevimiento, va Nariño ascendiendo hasta que finalmente llega a ser el segundo más fuerte y, finalmente, con *La Bagatela*, pulveriza a los pocos contrincantes que se le enfrentan.

Francisco de Paula husmea y escucha. ¿Qué escucha? Pues, el arte de la intriga y de la manipulación más perversa porque ve pasear documentos extraídos de los apollillados archivos del reino, en los que se muestra las evidencias irrefutables de las pillerías de Nariño.

EL ABANDERADO

A fin de cuentas, en política, la verdad es siempre lo que no se dice.
Santander

En medio de los enconos patrióticos, Francisco de Paula se va empapando de las cuestiones políticas que trastornan América. Se familiariza aún más con las historias de Roma y Grecia, con la gramática española, porque su fuerte es la escritura y la crítica política; aprende algo de latín, francés y de inglés, en medio de aquel mes terrible de septiembre de 1810. Cree encontrarse en el centro de un futuro tan promisorio como el del propio Nariño. Entonces, muchos creían que España aceptaría la pérdida de sus colonias, cosa que él negaba en arduas y extenuantes discusiones. No obstante, los ejércitos del Rey ya venían sedientos de venganza por la cordillera de Pasto a restituir la esclavitud, a humillar las inauditas pretensiones de los rebeldes.

En aquel primer torrente de muerte y anarquía, Santander va a ocupar un puesto administrativo. El 26 de octubre de 1810 ingresa al ejército con el grado de subteniente- abanderado, en el batallón de infantería de Guardias Nacionales. Éste es el cargo ideal para Francisco de Paula, porque se desempeña como secretario del comandante general y tiene oportunidad de apreciar, desde un lugar privilegiado, toda la estructura del cuerpo central de la revolución en marcha. Sentirá por primera vez el escozor lírico y sublime de las órdenes marciales y de los documentos públicos que tiene que redactar, y coloca algo de sí en las respuestas a correspondencias secretas y determinantes para la causa independentista. Hay algo mágico y milagroso en todo esto: un documento firmado en palacio pasaba a los altos mandos y de aquí a la tropa, y pronto un rebullir de fuerzas se ponían en movimiento. Aquello le provocaba vértigo. ¿Quiénes son sus jefes? Pues, Antonio Baraya, quien ya ostentaba el grado de coronel, y Joaquín Ricaurte y Torrijos, sargento mayor.

Va Francisco de Paula portando el estandarte insignia de su unidad, la que de momento sólo muestra en su cuartel de Santa Fe; espera órdenes para salir a servir a donde se le requiera. De momento sólo hay

pleitos de palabras. El 22 de diciembre de 1810, se instala el Congreso General del Reino en el que se esperan representaciones de veintidós provincias, pero sólo se presentan seis. Aquello estaba muy débil políticamente porque ya las provincias se estaban negando a acatar lo que se decidiera en Santa Fe, por lo que se hacía evidente la falta de un líder, la presencia de un hombre corajudo que fuese capaz de dirigir las resoluciones militares para contener la anarquía. Aquel hombre debía reunir muchas cualidades: ser militar y estadista, tener un carácter terrible para poder enfrentar a las fuerzas que sin duda iban a intentar reaccionar contra aquella gesta. Nariño estaba viejo, Baraya carecía de resolución y visión política, Camilo Torres era solamente un abogado muy brillante, Ricaurte era todavía muy inexperto como militar y Jorge Tadeo Lozano, quien gobierna en Cundinamarca a nombre de Fernando VII, es totalmente ajeno a estos trajes.

Cuando el 21 de marzo de 1810, el pueblo de Ambalema le pide a Cundinamarca ayuda para no depender del gobierno de Honda, sale una expedición al mando del capitán Manuel del Castillo y Rada; en ella va Francisco de Paula, por primera vez a mirar de cerca las operaciones que se desarrollan para dar un combate. Va como secretario del comandante de la expedición, pero por “mala suerte” todo se resuelve sin disparar un tiro. Francisco, durante los meses que van de junio a octubre de 1810, aprecia las cualidades políticas y militares de Manuel del Castillo, quien aprovecha aquella expedición para anexar a Cundinamarca la provincia de Mariquita. Pero se avanza muy lentamente por la languidez de las decisiones de la Junta Suprema. No llegamos a saber nada más acerca del abanderado hasta mediados de 1811, cuando regresa a Santa Fe a esperar que se le asigne otro destino.

A finales de 1811, ocurren dos hechos relevantes. Se han dado unos combates en el sur, en la provincia de Popayán en los que Baraya derrota a los españoles en el río Palacé. Éste es un acontecimiento de gran importancia por cuanto que se daba por primera vez una batalla entre realistas y criollos en territorio neogranadino, en la cual salen victoriosos estos últimos. A Baraya se le recibirá como a un héroe cuando llegue a Bogotá en enero de 1812, y se le elevará al más alto cargo dentro de la organización militar, designándosele como ayudante secretario al subteniente Francisco de Paula Santander.

Simultáneamente con los acontecimientos en Popayán, un grupo de diputados autonombrados para representar sus regiones, realiza un Congreso en Santa Fe; se piensa crear una confederación con el nombre de Provincias Unidas de la Nueva Granada, la cual va a ser presidida por don Camilo Torres. Es cuando comienzan a aparecer las primeras fricciones sobre el tipo de estructura política que se debe escoger. Don Antonio Nariño, hombre práctico, visionario, de gran carácter, ha depuesto al presidente de Cundinamarca, el tal Jorge Tadeo Lozano, un godo que gobernaba con las reliquias dejadas por Fernando VII. Nariño es un visionario que, como Bolívar, no acepta el desastre de las pequeñas taifas con mandos propios. Cree de momento en el centralismo y con esta posición asume un gobierno dictatorial en Cundinamarca. Está decidido a vencer o morir, y les hace ver claro a quienes lo acompañan que a los ojos de España son unos insurgentes, unos rebeldes y unos traidores, y que de la reacción no pueden esperar otra cosa que la muerte. Con Nariño como mandamás en Cundinamarca, Camilo Torres, más retórico y más apegado al modelo norteamericano, tuvo que entrar en un penoso conflicto de poderes; la confusión se hizo generalizada en los mandos militares, los recelos políticos alcanzaron niveles criminales y las divisiones entre provincias se hicieron irreconciliables.

Había que instaurar la razón en el terreno de las armas entre hermanos. La lucha que se iba a dar desde entonces en la Nueva Granada no sería entre criollos y españoles, sino entre los mismos patriotas, y creemos que ése va a ser el modelo que se impondrá por muchas décadas en esa Nación, y el que se ha venido arrastrando hasta el presente. Nariño, hombre enérgico y decidido, envió dos expediciones para controlar tanto las arremetidas anarquistas de los criollos como las amenazas realistas, la primera de ellas comandada por Joaquín Ricaurte a Socorro, y la otra a Cúcuta dirigida por Antonio Baraya. Con Baraya van el capitán venezolano Rafael Urdaneta y Francisco de Paula Santander. Los disgustos de Ricaurte con las órdenes de Nariño provocan un grave rompimiento de la unidad independentista que Baraya, primo de Ricaurte, comparte. Estos dos insignes patriotas, Baraya y Ricaurte, están convencidos que el sistema centralista de Nariño es arbitrario y constituye una inadecuada condición para la libertad de las provincias, pues es necesario administrar de la mejor manera sus recursos y su defensa; de modo que se inclinan por el proyecto federalista que proponen los sabios Francisco José de Caldas y Camilo Torres.

Nariño, que no se andaba por las ramas, le quita el mando a Baraya y le exige que regrese a Santa Fe. Baraya sabe lo que le espera y, como aún se considera militarmente muy superior a Nariño, decide asociarse al grupo federalista que gobierna Tunja y plantarle pelea para destronarlo. Alzado Baraya, Francisco de Paula, aún sin encontrar un destino claro, termina por unirse a Urdaneta, Castillo, Girardot, Deluyar y otros. El Congreso consideró que éste había sido un acto de valentía que valía por una batalla y, en recompensa, los ascendió a todos, de modo que en cinco días, del 25 de mayo de 1812 al 30 de mayo, Francisco de Paula pasó de subteniente a teniente y cuatro días después a capitán, y con el cargo de secretario de Antonio Baraya. Nariño, que veía un gran peligro en estos desórdenes, se armó con poderes extraordinarios, llamó a las armas hasta a los niños y se puso a la ofensiva, dispuesto a cortar de una vez el cáncer de anarquía concentrado en Tunja.

Con mil infantes y una caballería, Nariño ocupó Tunja sin encontrar oposición alguna, porque Baraya se retiró al Socorro. Una columna de las fuerzas centralistas al mando del brigadier José Miguel Pey fue desbaratada por el coronel federalista Joaquín Ricaurte. En virtud de este revés, Nariño firmó un acuerdo con Juan Nepomuceno Niño, presidente de la provincia de Tunja, en el cual se convino la realización de un congreso federal, para que de una vez por todas, las fuerzas independentistas, en lugar de pelearse por el poder, se pusieran en un todo de acuerdo para enfrentar a los españoles. Una vez en Cundinamarca, Nariño sintió que sus enemigos buscaban tiempo para acosarle y destronarlo, porque en Villa de Leyva, donde sesionaba el Congreso de la Unión, se le llamaba usurpador y tirano, se había resuelto preparar una arremetida contra su gobierno en Santa Fe. Así, otra vez, el 26 de noviembre de 1812, Baraya y Ricaurte se movilizaron hacia Tunja preparando un zarpazo definitivo a Cundinamarca.

Nariño se les adelantó de nuevo, y el 2 de diciembre de 1812 se enfrentaron ferozmente en Ventaquemada, quedando muy descalabrado el ejército de Nariño. Los nariñistas se replegaron a Santa Fe y creyéndose, los federalistas, muy seguros del triunfo, se durmieron en sus laureles y no persiguieron con decisión a sus enemigos, más bien, se pusieron a dialogar con una comisión de paz de aterrizados santafereños integrada por los canónigos Fernando Caicedo y el infaltable Nicolás Mauricio Omaña. No se llegó a ningún acuerdo y, para el 15

de diciembre de 1812, ya los ejércitos federalistas estaban preparados para caer sin contemplaciones sobre Santa Fe, comandados por Baraya (con su secretario Santander siempre a su lado, redactando proclamas, cartas y oficios a diestra y siniestra), Atanasio Girardot, Urdaneta y Ricaurte. Se le aplicó a Cundinamarca un severo asedio con el cual se logró interrumpir el suministro de alimentos. Nariño pedía a gritos una capitulación, pero al mismo tiempo el viejo zorro clamaba porque se le atacara, pues ya estaba preparado para la defensa.

La formación de los soldados se veía muy vistosa: algunos con morrión rojo y casaca blanca, pantalón blanco y chinelas. Otros llevan ruanas. Los de mayor rango con fusil de munición y mochilas en la espalda. Más adelante, los oficiales. Francisco de Paula toma nota de la formación y pasa el informe al coronel Ricaurte. Todo en medio del redoble de tambores, toque de corneta. El coronel Ricaurte, experto en asuntos militares y jurisdiccionales, fue en aquellos días un valioso maestro para el futuro Hombre de las Leyes.

El 5 de enero se organizó el ataque. A las primeras de cambio se creyó que los nariñistas estaban sin control de la situación y cediendo terreno a los federalistas. Ya sonaban las campanas de la ermita en señal de victoria y Atanasio Girardot entraba ya por el puente de San Diego sin encontrar oposición alguna. Una comisión se había dirigido a Baraya, asentado en Monserrate, para entregar la ciudad, las armas, la artillería y la Casa de la Moneda, y Santander sin descanso organizaba todo el papeleo correspondiente. Pero repentinamente se produjo un horrible vuelco, y quienes hasta ahora dominaban la situación, fueron sobrepasados por un severo contraataque. Una ferocidad sin límite, exacerbada por el horrible fanatismo religioso (que ya los políticos estaban aprendiendo a manipular muy bien), parecía querer evitar a toda costa aquello que ya había sido advertido: si los federalistas tomaban el poder harían desaparecer todas las iglesias con sus curas. La escarapela que usaban los nariñistas era el nombre de Jesús, cuando Nariño era de los hombres más ateos que se hubieren dado en la Nueva Granada. El 8 de enero, cuando ya la situación se presentaba negra para las fuerzas de Baraya, Santander le dijo a su jefe: “Mi general, aun cuando triunfemos, la Nueva Granada va a perder más que a ganar, además de que la ocasión es muy peligrosa”, sin haber adelantado otra cosa para que no se creyese que era cobardía.(5)

Finalmente, el ejército de la Unión fue arrollado por la reacción de las fuerzas de Nariño, perdieron los unionistas toda la artillería, fusiles y pertrechos, no hubo tiempo de organizar la retirada, tuvieron que huir en total y espantoso desorden. Como consecuencia de esta inesperada derrota, cayeron prisioneros el gobernador Niño, mil soldados y dos docenas de oficiales, entre ellos Santander, quien tuvo que purgar cárcel en el Colegio San Bartolomé, protegido por su tío Nicolás Mauricio Omaña.

Tal caos revelaba la falta de una inteligencia superior, capaz de amalgamar tan dispares posiciones y sentimientos. Bastaba con que un pequeño contingente realista avanzara sobre la Nueva Granada, como en efecto va a suceder, para que desplazara sin mucho esfuerzo a los grupos independentistas con provincias bajo sus mandos.

Santander, protegido por su tío Nicolás y gracias a un canje, sólo purgó un mes de cárcel. De Santa Fe salió todo estropeado hacia Tunja, donde fue recibido, el 10 de febrero de 1813, por el gobernador interino José María del Castillo y Rada. En Tunja le vemos investido con el grado de sargento mayor, ahora bajo el mando del coronel Manuel del Castillo y Rada, hermano del gobernador, a quien para esta fecha se supone protegiendo la provincia de Pamplona de los ataques del coronel realista Ramón Correa.

Por esta época, Francisco de Paula ha aprendido la lección: la palabra escrita, utilizada inteligentemente, tiene más fuerza que los ejércitos; y si se dosifica con ira, con agudeza, es una lava que corroe, que se esparce y que enerva a las masas. De modo que lanza sus opiniones con mucho tino: se esconde y espera las reacciones porque está herido en lo más profundo de su ser y siente que debe vengarse. En aquel marasmo de intrigas, de debilidades pasionales, lo mejor sería huir hacia Venezuela. Lo que siempre estarán pensando sus compatriotas por los años y por los siglos por venir. Pero Venezuela está tan mal como la Nueva Granada, aunque al menos allá se ha dado no una guerra civil, sino más bien una frontal carnicería contra el poder español.

TRAPICHE REPUBLICANO

Cuanto más capaz y hábil es un hombre, más sospechas y odios provoca cuando pierde la reputación de probo.

Cicerón

Faltaban hombres para formar los primeros contingentes de soldados; hacían falta tropas que tuviesen un destino claro, porque aún no se sabía para qué servían los escamoteos de rebeldía. Se leyó una orden militar según la cual el Batallón de Infantería de Guardias Nacionales recogía en su plana mayor al coronel Antonio Baraya, al sargento mayor Joaquín Ricaurte... y, finalmente, al abanderado don Francisco de Paula Santander. Así pues, desde entonces, iría envuelto en banderas hasta su muerte. Los símbolos le atraerían, viviría de ellos y para ellos, y los haría parte de su augusta y suprema gloria.

Las noticias que llegaban de Venezuela seguían siendo tenebrosas. Pronto sucederá algo peor en la Nueva Granada: Francisco quiere colocarse a una distancia prudente; en el norte, al término medio del gran incendio nacional, pues aquellos que no se coloquen lo suficientemente alejados de él, quedarán calcinados y sin escapatoria posible.

Vadeando pueblos, se ven arrieros con cargas que asemejan ataúdes. Van para Zipaquirá. En este vendaval quizá los únicos protegidos sean los curas. Ya Francisco de Paula no podrá ser cura. No hay tiempo sino para pensar en su propio pellejo.

—Oiga, señora, ¿esa carga de huevos a dónde la lleva?

La mujer apenas si sonríe. Apuradita, levantando polvillo sin mirar a los lados.

—Eso es para el padre Bujanda —responde un soldado—, el cura de Cajicá, un santo.

—Santos huevos —replica grosero un estudiante de San Bartolomé.

La risa rompe la monótona calma de la marcha.

—Pero, vaya, mire usted lo que reportan las limosnas, los entierros, casamientos y bautizos: hatos, los mejores hatos del país.

Francisco de Paula mira a los lados y observa indios cortando madera, un poco mas allá, campesinos poniendo al sol tejas y ladrillos que sacan de un horno; terraplenes de cal, grandes lajas y listones.

— ¿Y esta finca cómo se llama?

—Hato Grande, señor.

— ¿Quién la administra o quién es su dueño?

—Pues mire que eso ha tenido más dueños que una Juana, ahora ha pasado a manos del padre Bujanda. Es una propiedad valorada en veintinueve mil pesos.

Las noticias que llegan de Venezuela comprueban la catástrofe de la política sectaria de los militaristas. Entonces, Venezuela estaba tomada por los españoles; Quito, Popayán y Pasto eran más fieles al Rey que a Cristo. Cartagena no tenía gobierno.

—Yo me voy para Cartagena.

Continúa la marcha. Una horrible lluvia inunda los caminos.

No se consigue nada; la gente está con los godos. Ni cacao, ni huevos, ni pollos gordos. De zarzal en zarzal. Malditas mulas pasilargas. Revolviendo, yendo y viniendo...

Esta guerra se va a perder. Ya me han dado tres palos en las costillas y no fue el enemigo, sino un loco de Mariquita. ¿Cómo podrá ganarse una batalla sin pelear, sin enfrentar al enemigo, sin que uno tenga que arriesgar el pellejo? ¿Será matándolos con armas invisibles o fusilándolos en cuanto sean apresados? Caramba, español que agarre hay que fusilarlo... Fusilar debe ser la regla. ¿Pero cómo se hará para agarrar a un realista?

A uña de mula de un lado a otro, “la frente estrecha pero alta, cabeza de bellota, pelo liso mortecino y sobre los temporales peinado hacia adelante, color rojizo el rostro... Cierta pesadez del cuerpo, que se confunde con la solemnidad(6)”. Va solo aunque le acompañe un ejército. Siempre habrá alguien que le proteja, además de Dios y de la Virgen de Chiquinquirá.

Que sea lo que Dios quiera

Hay alguien que todo lo mueve. Es una nueva fe, una acción constante. ¿Está en Cartagena o en Ocaña, en Cúcuta o en Pamplona? Es flaco como Don Quijote, y ha pasado en noviembre de 1812 por Cartagena. Ha dejado quemadas allí las necias ideas de los jurisconsultos, ha levantado batallones nuevos y ha salido con sus huestes aterrando a los españoles.

Ahora el punto es llevar a cabo una invasión a Venezuela con un fuerte contingente de granadinos. Se suscita una penosa desavenencia entre el jefe supremo del bando venezolano y el coronel Manuel del Castillo y Rada. Francisco, secretario de Manuel Castillo, sigue con atención estas serias discrepancias. Castillo va a ser de los primeros en establecer una diferenciación entre los granadinos y los venezolanos, y no quiere consideraciones de ningún tipo para con estos últimos. Argumenta que las tropas están desordenadas y el jefe supremo del bando venezolano no hará otra cosa(7) que anarquizarlas aún más, derrochando los pocos recursos que quedan. Mientras se discute —“discutir” ¡Qué bella palabra!—, el jefe venezolano asume los riegos y decide actuar sin escuchar a Castillo; éste se siente ofendido en su amor propio, renuncia; renuncia a todo: “no quiero oír hablar más de la patria”.

Del sobrino del cura Omaña, no se tienen noticias fidedignas... ¿Dónde se encuentra? Hay una carta para él fechada en Santa Fe; la lleva y la trae un seminarista de Pamplona apellidado Concha. Es importante, se trata de una negociación de maíz de su hacienda en Cúcuta que habla de una sustanciosa diferencia que le favorece.

En abril del año 1813, el coronel granadino Atanasio Girardot arroja a los realistas de La Grita y Bailadores. Atanasio es hombre de temple y se puede estar otra vez a su lado. El problema es encontrar a un

verdadero jefe militar. En esa acción se distingue por primera vez el joven Santander. El Gobierno central insta a que las tropas de La Grita y Bailadores pasen a las órdenes de Ricaurte, pero éste, siguiendo la opinión de Castillo que ha decidido ser otra vez patriota, se va a Cúcuta, dejando en el cargo al sargento mayor Francisco de Paula Santander.

Estas decisiones, habrían de debilitar a las fuerzas patrióticas, recurso de Castillo para justificar sus acusaciones contra el jefe venezolano. Santander, que no contaba con experiencia de mando, tuvo que enfrentar una desertión escandalosa en sus filas; todo esto hace pensar en la disolución de la tropa. El 24 de abril de 1813, envía una carta al Presidente de la Unión y habla de la fuga de los soldados “ocupados del terror más espantoso”. Allí en Bailadores, donde se encuentra, se ha detenido a detallar algunos trastos dejados por los realistas. Fatigado de esta ocupación, al ver que no han dejado sino miserias insignificantes, se pone entonces a recoger mulas y ganado, y a moler “24 fanegas de trigo del español Vilarde, y algunas cañas de Molina... Quiso cortar los platanales de la costa (sic), pero eso le iba a llevar uno o dos días...”.

Está en territorio venezolano y tiene que entregar cuentas al supremo jefe, que ha estado en Cartagena calcinando las habladurías y las divagaciones de unos oficiales que carecen de capacidad de mando y de unos abogados que todo lo enredan y entorpecen. Le llegan así, de Cúcuta, órdenes del tal general Simón Bolívar para que apure las operaciones o entregue el mando a uno más capaz y más experto. Realmente andaba Francisco de Paula divagando y retrasado en sus oficios, y no hacía sino quejarse. Pura desertión es lo que él trasmite a sus superiores. “El mes de mayo entra mañana y no hay un sólo real para la tropa, ni quien pueda prestarlo. Hoy mismo he tenido que dar unos tabacos a un oficial que me significó que ni tenía de este género, ni tenía medio real para comprarlo” (8). Iba remontando el páramo entre Bailadores y La Grita, bajo un silencio y una tristeza aplastante.

Será que va a temblar.

En los bastimentos no quedaban huevos, plátanos, maíz, tabaco, panelas... Se divisa el pueblo. ¿Disparos o cohetes?

“¡No hay que temer, somos patriotas!”, anuncian unos parroquianos desde la iglesia.

El pueblo ardiendo en peleítas. Hay una polvareda infernal que levantan unos arrieros en la plaza. Corre el aguardiente, suenan unos clarines, la gente no escucha al pelotón que se empecina en pedir comida, ropa, bestias. Se escucha una voz de mando: “¡Señores, aquí mando yo!”

Lo rodean. El jefe, o el que parece el jefe se apea de la mula y desenrolla un oficio que dice le ha enviado el Congreso de la Unión.

— ¿Con sotana o con calzones? (Risas)

—Tráigale caldo 'e zamuro a ve si coge juerza, que no se le oye. (Más risas)

—Tengo tanto mando y derechos como usted —le espeta al oficial que le ha solicitado el mando.

—¿Dónde está su ejército, señor? ¿A dónde nos quieren llevar? ¿A Caracas? Es el mandamás venezolano quien pregunta.

—Pues no recibiremos órdenes tuyas, a menos que se me acepte la renuncia y, además, debo decirle que no hay autoridad aquí para imponerme una orden por encima de lo que ha resuelto el Congreso de la Unión.

—No hay tiempo que perder ni otra alternativa: o me fusila usted, o lo fusilo yo.

“El Demonio” desenvaina su espada, y ordena que Urdaneta reemplace al desconfiado granadino. Con fuego en los ojos. Ni como lo pintan ni como lo mientan. Frente a las tropas del sargento mayor, “El Demonio” arenga, “El Demonio” ordena, “El Demonio” avanza.

Campaña sin regreso

El 15 de mayo de 1813, sale el batallón bajo las órdenes de ese ser “pequeño”, con quinientos hombres, a libertar a Venezuela. Era una

aventura sin esperanza para muchos, porque lo que lleva son restos de una escuálida división, estropeada, medio anárquica y turbulenta, fruto de las amargas desavenencias con Manuel del Castillo y el propio Santander.

A casi dos siglos de este hecho, ciertos neogranadinos ingratos, como la historiadora Pilar Moreno de Ángel, aún no le perdonan a Bolívar el que hubiese decidido liberar a Venezuela, para luego emprender el proyecto (que se tardaría unos seis años) de independizar la Nueva Granada. Dice doña Pilar, totalmente amargada: “en esta campaña (Admirable), pereció la totalidad de la tropa granadina tal como lo había predicho Castillo... y Bolívar y su ejército finalmente fueron aplastados tal como lo había vaticinado Castillo”.(9)

Y añade:

El coronel Manuel del Castillo y Rada y el sargento mayor Francisco de Paula Santander, habían sostenido la tesis de que una invasión a Venezuela en ese momento histórico por la vía de Cúcuta, San Antonio y Mérida para liberar a Caracas de las fuerzas españolas constituiría un error estratégico de vastas proporciones. Los hechos confirmaron este aserto.(10)

Sin mando y sin destino

Llega Santander a la gran casona solariega, propiedad de sus progenitores. ¡Qué tarde más hermosa! La algarabía de los pájaros, la sencillez de las almas campesinas, dedicadas al cultivo de la tierra, le hacen ver súbitamente la inutilidad de las porfías humanas en medio del lenguaje de las armas.

Después, allí, tratará de escribir al general Baraya, pidiendo licencia para organizar un batallón y arreglar intereses de la familia.

Alterado por la confusión de sus pensamientos, indeciso, imposibilitado de explicar su conducta a sus superiores, mirando hacia el cielo, exhala gemebundos suspiros. El pequeño caserío de El Rosario recibió la noticia de que había llegado el hijo de Manuela, arrastrado por los desastres de la guerra. Francisco envía a sus criados hasta el Hato Tres Esquinas a ver si algún baquiano o viajero tiene noticias de lo que pasa en Tunja.

Dos comerciantes de los lados de Barinas, van hasta la casa del sargento mayor y le dicen que es bueno que se apreste para la lucha porque las fuerzas al mando de Bolívar, han llegado triunfantes a Caracas.

El batallón del sargento mayor sale a hacer un reconocimiento; se interna por las veredas aledañas a El Rosario. Pernoctan dos noches en el corralón de la hacienda de un pariente suyo. Manda a un baquiano para que le rastree la zona y le avise de movimientos de gente extraña a la comarca.

Hay otros planes, como el de concentrar a la guerrilla en las faldas de Loma Pelada.

—Yo no tengo sino los recursos que ustedes ven. Aquí no hay gobierno y no puedo exponerme desde una posición tan desventajosa. No sabemos si el enemigo tiene un partido oculto en El Peñol; si nos cogen por la espalda nos destrozan. Esperemos hasta mañana que se nos va a unir un pelotón que viene de La Grita.

En efecto, recibieron refuerzos y cogieron hacia los lados de San Faustino. Por allí mataron una res. Estaba en plena cena cuando escucharon una sacudida brutal de varios trabucazos. Rodaron con bestias y todo, dispararon al azar, al tiempo que corrían hacia unos potreros. Fue una retirada forzosa al amparo de la noche; sin saberlo, llegaron a Capacho. Quería saber Francisco dónde se hallaban Rafael Urdaneta, Manuel del Castillo o el brigadier Gregorio MacGregor para servir más eficazmente a la patria, porque los estúpidos que lleva ni para arriar mulas sirven.

Llegan al río Zulia, el 1 de agosto de 1813, donde Santander y su gente también reciben otro susto con la guerrilla de Matute. Luego, les cortan la única salida para volver a Cúcuta y tienen que repasar el río. Descienden por una trocha muy tupida cuando se presentó lo inesperado. Nadie obedece. Santander vuelve grupas, a la vez que le pide a su gente protección; se coloca a la altura de la loma en frente de un pequeño grupo de realistas. Al ver que aquellos bajan en tremolina furiosa y que los suyos tiran las armas y huyen desesperados, él mismo se despeña como una bola hacia lo más bajo del cerro. Reventando cincha, pues es seguido de cerca por la guerrilla realista. Esto sucedió en el Llano de Carrillo, el 12 de octubre de 1813. El destructor de las huestes del sargento mayor

fue el español Bartolomé Lizón. Esta derrota dejó a Pamplona a merced de los realistas, una de las provincias más importantes del norte del país.

En fin, después de todo se sentía mejor. Se había salvado y había hecho algo, aunque no hubiera ganado nada. Todo se resolvería con un informe muy bien detallado de aquel infortunio. “En esta guerra no hay un solo militar que pueda jactarse de no haber sufrido una derrota...”.

Le fue informado a Santander que, por Quebrada Seca, se acercaba MacGregor con fuerzas de repuestos desde El Socorro. Hacia allá se encaminó y, en efecto, halló a MacGregor, quien después de oír el sufrimiento padecido en la escaramuza de Carrillo, decidió nombrarle segundo jefe de su batallón.

De inmediato MacGregor decide reconquistar toda la zona fronteriza del norte, perdida en la batalla de Carrillo. Santander se sentía a sus anchas como segundo jefe. Era indudable que tenía talento militar, pero necesitaba a alguien que se lo dirigiera.

Muy pronto MacGregor renuncia a continuar sus operaciones en aquella región, lo cual le resulta a Santander un trauma tremendo, por lo que resuelve ponerse a disposición de García Rovira en quien no cree mucho. Luego cambia y se pone a las órdenes de Rafael Urdaneta. Se siente mejor. Piensa en el papel que habría hecho de no malquistarse con el “Demonio”, pero también se pone a considerar que a lo mejor ya no estaría vivo. Lástima.

En realidad el “Demonio” ha vuelto. Cruzará los páramos. Castigará al gobierno centralista que Nariño, a sangre y fuego, sostiene en Bogotá. Irá a las costas orientales de Venezuela. Se pondrá a las malas con Manuel Piar, con José Félix Ribas, con Francisco Bermúdez, con Santiago Mariño y hasta con Páez.

LA REPÚBLICA DE ARICHUNA

La pasión jamás ha sido prudente ni lúcida, pero únicamente ella puede salvar a los pueblos en los casos extremos

A. Thiers

Manuel Castillo y Rada resultó ser un hombre pequeño para la misión que se le había encomendado, y puede decirse que fue el maestro por excelencia de Santander en esas vicisitudes de caprichosas retiradas y sorpresivas apariciones sin un plan coordinado con las fuerzas del gobierno revolucionario. De él, Francisco de Paula aprendió cuanto pondrá en práctica a partir de 1821 cuando, subrepticamente con sus vaivenes y ocultas decisiones, comience a minar el poder de Bolívar. Además, Castillo creyó erradamente que cualquier triunfo en Nueva Granada “El Demonio” lo iba a utilizar para sus fines personales, porque siempre tenía la maldita suerte de salir airoso de sus audaces y brutales “maniobras”. Según su mezquina inteligencia, Bolívar estaba demostrando mayor capacidad de dominio político que él para hacerse de un grupo poderoso en la Nueva Granada; mostraba mayor capacidad de mando militar que él, más valentía y un superior talento como estadista para desarrollar una estrategia fulminante contra los godos. Había en su concepto, pues, que contenerlo, y en este sentido era necesario poner en práctica todas las argucias maquiavélicas posibles.

Manuel del Castillo buscaba el poder por el poder y le escamaban esas victorias con esa fuerte carga de terror que le imprimía “El Demonio”. De modo que optó por desobedecer en todo al general Bolívar y nada hizo contra Ramón Correa en La Grita, aquel año de 1813. Bolívar, entre tanto, en mayo de ese mismo año, avanzó hasta Mérida y Trujillo, siempre con miras a restaurar el Gobierno en Venezuela. Para acceder a Caracas, Bolívar con sólo 750 hombres, tenía que desbaratar los movimientos del capitán Cañas en Trujillo, quien comandaba 500 hombres; a Oberto con mil en Barquisimeto; a Tizcar con 2.600 en Barinas; a Julián Izquierdo con dos mil en San Carlos; a Yánez con 900 en Guasualito y, finalmente, al propio Monteverde con otros mil en Caracas. ¡Qué tal, doña Pilar, decir que esta campaña “constituía un error estratégico

de vastas proporciones!” Desguasar a tanto godo en tan corto tiempo y a lo largo de mil kilómetros constituía una barbaridad para doña Pilar Moreno de Ángel.

El 14 de junio, Bolívar se encuentra en Trujillo donde redacta la terrible proclama de Guerra a Muerte; el 28 avanza hacia Guanare y, en menos de una semana, con el apoyo de José Félix Ribas, las regiones de Mérida, Trujillo y Barinas caen en su poder. El 10 de agosto Bolívar está en Valencia, el 4 en La Victoria y el 6 del mismo mes entra vencedor a Caracas donde es declarado Libertador. Había sido una campaña, además de “Admirable”, sin par en la historia universal, si tomamos en cuenta que apenas si podían llamarse soldados a aquellos harapientos granadinos y venezolanos que tuvo a su mando.

El último tramo, que comprendió Tocuyito-Valencia-Guayos-Guacara-San Joaquín-Maracay-Turmero-San Mateo-La Victoria, lo hizo sin detenerse. A la vez que guerreaba, avanzaba en medio de batallas campales, escaramuzas y a todos los europeos, casi sin excepción, los pasó por las armas. Pero una vez que llegó a Caracas, prácticamente con menos de 500 hombres, tuvo que defender un mundo. Más difícil que la propia Campaña Admirable fue la febril actividad administrativa que durante un mes le dedicó a atender las mil calamidades que desde el terremoto de 1812 se mantenían intactas. Sobre la marcha hizo un plan para tomar el sitio más importante de Venezuela, Puerto Cabello; plan en el que fracasó de nuevo.

El panorama pronto se fue haciendo sombrío. El realista José Ceballos se acercaba por Barquisimeto con más de dos mil hombres, y al tratar Bolívar de llevar refuerzos a las fuerzas patriotas, se enfrasca en duras luchas.

Siguieron meses de incansable guerrear, viéndose acosado el Libertador por los monstruos más terribles que la España había parido en América. Se requerirían docenas de voluminosos testimonios para describir aquellos días de agonía, de muerte, de desesperación, tratando de hacerse patria y de mantener viva la lucha de independencia.

Mientras eso sucedía en esta parte del continente, en la Nueva Granada, los patriotas seguían peleándose entre sí. Divagaban, se devanaban

los sesos procreando panfletos en los que estampaban los insultos más terribles; los de un bando tildaba a los otros, a sus hermanos de lucha, de ser peores que los godos. Se vivía pues, en turbulentas y miserables disensiones; y a finales de 1813 nos encontramos en que en nada se había avanzado para consolidar las instituciones, la economía, la organización social, el ejército, la defensa de la Nación. A principios del año 1814, Simón Bolívar y Santiago Mariño sufren la derrota de La Puerta y con ella la patria queda otra vez a la deriva. En realidad, José Tomás Boves estaba con sus huestes en Caracas. En Nueva Granada esta noticia fue recibida con horror y desconsuelo. El 16 de mayo de 1814, Bolívar ya ve hecho trizas todo su inmenso esfuerzo cuando dice:

La guerra se hace más cruel y están disipadas las esperanzas de una pronta victoria, con que os había excitado. Nuestros propios hermanos, unidos por siglos de esclavitud a nuestros tiranos, dilatan, Dios sabe por cuánto tiempo, la época de la libertad. El ejército ha hecho cuanto estaba de su parte... No estaba en su mano el peligro de cambiar en un día hábitos inmemoriales. ¡Soldados! Si Dios nos prueba con tantas dificultades y desgracias, no nos abandona: Él quiere que merezcamos por nuestros esfuerzos y virtudes lo que sería en otros pueblos la obra de años. Un nuevo esfuerzo venezolanos, y vamos a destruir los enemigos de la patria".(11)

Para entonces, Santander se encontraba en un lugar llamado San Faustino. Allí no hay grandes operaciones guerreras, no hay un plan; su imaginación no lo impulsa a una acción ofensiva. Sale un tanto parsimonioso otra vez camino de Cúcuta. Oye que una comisión del Gobierno se encuentra por aquellos lugares cumpliendo órdenes para reunir soldados. Ese caos y el desamparo que se siente en toda Venezuela por los desastres sufridos por Bolívar, se percibe de un modo más desolador aún en Nueva Granada. Hay un silencio gris de duelo en el cielo de América.

Aún cuando los informes son terribles: ¡Qué maravillosa su suerte! Todo el ejército que quedó encerrado con él, en las llanuras de Carrillo, ha perecido, salvándose sólo él y sus primos Pedro Fortoul y José Concha, ahora anda otra vez desperdigado y a la cabeza de una comisión del soberano Congreso. Se siente deprimido por las habladurías en su contra. "¿Acaso yo provoqué la desgracia de esta rebelión sin ejército, sin recursos, sin fuerza?" Nuestro personaje ya tiene un memorial de

padecimientos: fue herido ligeramente en Santa Fe, una bala le rozó el carrillo en Angostura, en San José de Las Palmas una bala le dio en un palo donde él estaba recostado. No está mal, con este informe se puede conseguir otro ascenso. Ya parece, sin embargo, que se le divisa de Coronel.

De mala gana, Santander se encarga de un escuadrón de soldados realengos que lleva y trae por los caminos y que parecen más una caravana de perseguidos que una fuerza de combate; de cerro en cerro, de trocha en trocha, huye de las guerrillas de Matute y Casa, no saben en qué guarida meterse. Hay entonces quien le acusa de cobarde, de torpe, de inepto.

La gran derrota sufrida por Santander en la llanura de Carrillo trajo graves consecuencias para los patriotas. Se perdió el control sobre el valle de Cúcuta. Camilo Torres envió un informe donde dice:

Santander se dejó envolver como un muchacho, lo mismo que le había sucedido en La Grita, y luego abandonó nuevamente Pamplona sin el menor motivo ni fundamento... no eran más que pelotones de gente, que podían haber sido dispersados con la mayor facilidad, si hubiesen encontrado un poco de firmeza y resolución. Esto no faltará a MacGregor... (12)

E incluso don Camilo Torres califica a Santander de cobarde por este hecho, pero no sólo será don Camilo quien lo diga. El 18 de marzo de 1814, Camilo Torres le escribe al general Custodio García Rovira:

En cuanto a Santander no dude Ud. de que es cobarde e inepto para el mando, pues ya hemos tenido repetidas experiencias en Santa Fe, en La Grita, cuando fue últimamente, en Capacho, en Carrillo, y en todas partes. Él es la causa principal de la ruina de Cúcuta, pues, después de no haber tenido nunca valor para perseguir al enemigo, cometió la perfidia de abandonar a los vecinos en Cúcuta, suponiendo que iba a atacar al enemigo y dando la vuelta por Carrillo, de modo que no pudo ponerse en salvo ninguno de ellos. Estos son todos hechos y Ud. puede informarse de ellos en Cúcuta.

Este juicio hizo decir a los apologistas del Hombre de las Leyes “que todo parece indicar que Francisco de Paula Santander no era persona del

total agrado de Camilo Torres(13)”. Lo cierto es que así como don Camilo tuvo ojo certero para ver en Bolívar un perfecto estadista y guerrero, de igual manera pudo descubrir la pobre calidad militar, e incluso política, de Santander.

Santander se enteró de todas estas críticas y pidió que se le abriera un consejo de guerra, procedimiento que utilizará a lo largo de toda su carrera, cada vez que se le acuse de un error, como táctica para aparecer inocente, a la vez que la de asumir sus responsabilidades, pero con igual presteza irá echando tierra rápidamente a los expedientes que puedan comprometer su reputación. Dice:

Me someto gustoso a sufrir la pena que se crea merezco y que pueda servir de ejemplo a los demás oficiales, como si resulto inocente exijo que se me dé un documento público que, sirviéndome de satisfacción y de escudo, confunda a mis enemigos y acusadores. (14)

Añade que solicita una licencia absoluta “con que separado del ejército, deje de alternar con los demás oficiales que no merecen ser compañeros de un cobarde”. Sabía escribir y sabía defenderse.

Pese a todas estas calamidades presentadas por Camilo Torres, Santander fue asignado como segundo jefe del ejército del norte a cargo de García Rovira, y para trabajar coordinadamente con el brigadier Gregorio MacGregor. Llama la atención que el ascenso a coronel que recibe Santander, el 4 de junio de 1814, provenga del Colegio Electoral de Pamplona y no del Congreso del gobierno federal reunido en Tunja.

Bolívar regresa a la Nueva Granada

Frente al tenaz acoso de Boves, Bolívar se ve obligado a huir hacia el oriente y estando otra vez en desgracia, sus enemigos aplauden y profieren contra él las más terribles acusaciones (muchas de las cuales son dirigidas al Congreso de Tunja). Se le acusa de criminal, que se condujo como un déspota y tirano, “hombre de atolondrada conducta”, “su tolerancia delincuentísima”, “su despotismo militar”. Él responde a este mismo Congreso con el genial *Manifiesto de Carúpano*, de fecha 7 de septiembre de 1814, el cual contiene párrafos como este: “La destrucción de un gobierno cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; la

mutación de las costumbres; el trastorno de la opinión y establecimiento en fin de la libertad en un país de esclavos...”.

“El Demonio” sigue sin patria, sin soldados y de nuevo piensa en la Nueva Granada donde cuenta con el recurso de la legitimidad a los ojos del mundo y de los jefes militares para volver a rehacer un ejército y conseguir invadir otra vez a Venezuela. Reafirma su juramento, que Libertador o muerto merecerá siempre el honor que se le ha hecho, sin que pueda haber “potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver seguidamente a libertaros, por la senda del occidente regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles... No comparéis vuestras fuerzas físicas con las enemigas, porque no es comparable el espíritu con la materia”.

Parte pues, Bolívar, desde Carúpano, se dirige a Cartagena donde llega el 25 de septiembre de 1814. Allí se entera del perfecto caos en que aún se encuentra Cundinamarca, todavía enfrentada al gobierno federal con su Congreso en Tunja. Muy poco había cambiado el ánimo de los santafereños: Nariño no estaba al frente del gobierno sino su tío Manuel Bernardo Álvarez, convertido en dictador, hombre beato y hasta godo. Mediante el envío de emisarios de Tunja, a don Manuel Bernardo se le habían hecho diversas proposiciones para hacer incorporar a Cundinamarca a la confederación, pero todas resultaron fallidas. Cartagena tampoco quería confederarse, y propugnaba un tipo de unión que comprendiera la zona costera del Orinoco hasta el Cabo Gracia de Dios, con capital en Maracaibo.

Se apreciaba en estos desacuerdos, más pleitos abogadiles que verdaderos deseos de hacer la patria libre de la amenaza goda. Antes de dirigirse a Tunja, Bolívar con certera habilidad se hizo en esta plaza de cierto poder político y militar. Pasó a Ocaña, donde visitó a la familia Ibáñez por unos días, pero de inmediato puso en ejecución su maquinaria publicitaria para pulsar la opinión de los oficiales granadinos y venezolanos. Escribió a Urdaneta pidiéndole todo lo que estuviese de su parte para conciliar el espíritu de las tropas. Le dice que procure que el general Rovira y el coronel Santander se persuadan de la pureza de sus intenciones y del alto aprecio que hace de sus talentos y virtudes sin que “yo pretenda de modo alguno aspirar privarlos de ninguna de las atribuciones que les correspondan”.

El Libertador llegó a Tunja el 22 de noviembre y fue recibido como un héroe por el Congreso. Don Camilo sabía con quién iba a tratar y le regaló un caballo bellamente enjaezado, que Bolívar rehusó diciendo que antes tenía que dar cuenta de su conducta en la misión que se le había encomendado. El Congreso aceptó su defensa en relación con la Campaña Admirable y su retiro hacia el oriente.

Luego de presentarse en el Congreso, y por órdenes de éste, Bolívar, el 8 de diciembre de 1814, asumió la responsabilidad de poner orden en Cundinamarca, y la sitió.

Para darle fuerza al gobierno, lo primero que hicieron las autoridades eclesiásticas fue excomulgar al “Demonio”, claro. En este punto bien vale la pena recordar el caso patético de cómo la Iglesia camaleónicamente se adecua al que más le convenga; esto lo expresa magistralmente el Libertador cuando dice:

No puedo acordarme sin risa y sin desprecio del edicto con que me excomulgaron a mí y a todo mi ejército en el año 1814, tomando por pretexto que yo venía a saquear las iglesias, perseguir sacerdotes, a destruir la Religión... y todo esto para retractarse públicamente con otro edicto, en el que, en lugar de pintarme como impío y hereje, como en el primero, confesaban que yo era bueno y fiel católico. ¡Qué farsa tan ridícula y qué lecciones para los pueblos! Nueve o diez días de intervalo hubo entre aquellos dos edictos; el primero se dio porque marchaba sobre Bogotá por orden del Congreso General y el segundo porque había entrado victorioso en aquella capital.(15)

El pobre dictador Álvarez, tío de Nariño, hizo cuanto pudo para defenderse, pero al final capituló, por lo que Cundinamarca se vio obligada a entrar a la Unión. En Santa Fe se instaló el nuevo gobierno federal. El discurso inaugural lo dio Bolívar, a quien la Unión elevó al grado de Capitán General. El 24 de enero de 1815 partió, Bolívar, hacia Santa Marta, conociendo ya que un fuerte contingente de españoles desembarcaría en Cartagena para recuperar las colonias españolas.

En realidad, esta escuadra que partió de Cádiz al mando del general Pablo Morillo recalaría en el puerto de Pampatar el 7 de abril de 1815 y, poco después, con diez mil hombres a su mando se desplazaría a Caracas. Fuertes partidos se disputaban el control de Cartagena, y para

la fecha en que Bolívar sale para este puerto, la había ocupado con sus fuerzas el coronel Manuel del Castillo y Rada. El coronel Manuel del Castillo llegó destituyendo a los hermanos Germán y Gabriel Gutiérrez de Piñeres, grandes amigos del Libertador; estaba claro que aquel ataque era un evidente desafío a las decisiones de Bolívar, quien además estaba solicitando armas (por decisión de la Unión), a las autoridades de Cartagena. Manuel del Castillo publicó un libelo contra el héroe caraqueño, y éste sin andarse por las ramas tomó la decisión de asaltar la plaza de Cartagena y apoderarse de los barcos. La reacción de Manuel del Castillo fue en extremo cobarde: envenenó los pozos de uno de los arrabales desde donde actuarían las fuerzas de Bolívar. Mientras en estas miserias se debatían nuestros soldados, Morillo ganaba tiempo para llegar a Santa Marta. Los realistas, ya para el 28 de abril, ocupaban Barranquilla. Finalmente, hubo una entrevista el 5 de mayo, entre Manuel del Castillo y el Libertador, optando éste por dejarle el terreno libre al granadino para que salvase la patria.

Bolívar, el 9 de mayo, se hizo a la vela hacia Jamaica.

Durante todo este tiempo, nada o muy poco se sabía de los pasos de Santander, que unas veces se le suponía en Cúcuta, otras en Pamplona o en Ocaña. Los realistas que controlaban Mompox amenazaban a Ocaña, lo cual utilizaba él como argumento para no moverse de esta posición.

En enero de 1815, se dice que Santander estaba en la población del Chopo, acompañando a Rafael Urdaneta, y que el 15 de febrero ambos ocuparon la ciudad de Cúcuta y que más tarde se hicieron fuertes en San Cristóbal. Se dice también que durante este tiempo trabó muy buena amistad con Urdaneta. Sin embargo, llama sobremanera la atención que Santander no estuviese en Cartagena, al lado del coronel Manuel del Castillo y Rada. ¿Qué había pasado entre los dos? Su lugar preferido para esta época era Ocaña, donde ya convertido, como sabemos, en Coronel y en Segundo Comandante de la división de Cúcuta, tenía a su mando un apreciable contingente. Con cien lanceros llegó el 7 de julio a esta apacible ciudad, hermoso pueblo, ni frío ni caliente, rodeado por dos ríos, el Chiquito y el Tejo; con solariegas casas, con su convento de San Francisco, con su capilla, con la cuesta del Embudo “do el caballo del famoso Antón hacía sacar fuego a las piedras”. La intención era ocupar la ciudad de Mompox, pero como no llegaban refuerzos, él y el

teniente coronel José María Vergara (quien se unió con ciento cincuenta fusileros), no hicieron más que dar rodeos defensivos.

Al mismo tiempo llegaba el “Pacificador” Pablo Morillo, quien las endereza a Santa Marta y amenazaba con tomar a Cartagena. Santander, a quien se le ordenó defender esta plaza, continuó impassible en Ocaña, inmovilizado por la falta de recursos militares. Siempre habrá una razón para mantenerse inmovilizado. Allí se planta cinco meses, estudiando para dónde coger en caso de que le cierren el camino hacia Pamplona. Seguía estando muy ambiguo frente a los realistas; incluso, su madre y su hermana Josefina (que para entonces tenía 21 años), se habían residenciado en Santa Fe de Bogotá desde que muriera su padre y, en absoluto, llegarán a ser maltratadas por las fuerzas de Morillo.

La estadía del coronel Santander en Ocaña tiene dos vertientes capitales: la política y el amor. Es ya, sin duda, una de las primeras figuras de la República, sin que se sepa por qué, pero esos son a veces los misterios y caprichos de la historia o de la política; él es quien sigue los pasos de Bolívar y cae por fuerza allí donde los más eminentes se estacionan: en la casona de las Ibáñez.

Del recio tronco de aquel hogar provenía don Miguel Ibáñez y Vidal, un godó que había sido juez de puertos de Ocaña y fiscal de rentas de aguardiente. De la unión con doña Manuela le nacieron once hijos, entre ellos seis mujeres que puede decirse eran de lo más hermoso de Nueva Granada. La bella Nicolasa, que para entonces contaba con apenas 21 años, casada con don Antonio José Caro, español y amigo de la causa realista (quien casi nunca estaba en casa porque tenía un empleo en Santa Marta).

Nicolasa, hembra despierta y bien forrada en sus caprichos, y admiradora del Libertador, era la flor más sustanciosa y expresiva del pueblo. Sabía jugar con sus muy bien dotadas fuerzas femeninas. En su casa se guardaban varias pertenencias del Libertador, un baúl, una casaca y un par de botines. Era la de las Ibáñez, la casa de Bolívar cuando pasaba por Ocaña, y era el Libertador el mismo dios de doña Manuela, madre de Nicolasa. Nuestro coronel, quien estaba tras las huellas de “El Demonio” quería conocer de cerca aquellas mujeres que eran el deleite y la alegría de Ocaña. Muchas bromas le jugaba Nicolasa a Santander, por ser dema-

siado formal y cauteloso en sus actos. Pero de aquella primera impresión, Santander quedó agradado con la joven Nicolasa.

Entre tanto, el realista Sebastián de la Calzada toma Pamplona y todo el mundo cree que se le ha cerrado el paso a Santander, quien sigue el fragoso camino de río Negro; pasa frente a las posiciones enemigas y milagrosamente se reúne con el general Urdaneta en Piedecuesta. Hacía poco Urdaneta había sido derrotado en Balaga y las tropas de Santander representaban entonces una ayuda muy oportuna. Todas las pestes, todas las abominaciones se cernían sobre la desgraciada Cartagena. Morillo la bloqueó, sometiéndola al martirio del hambre y al rigor de las enfermedades. Para noviembre la miseria era horrenda; “el pueblo se había comido todos los caballos, mulos, burros, perros, gatos y cueros que había en la plaza, lo mismo por cuantas yerbas podían haber a las manos, por insalubres que fueran”. Finalmente, el 6 de diciembre entró Morillo a Cartagena, “aquel vasto cementerio de aire corrompido y pestilente”; seis mil almas, la tercera parte de la población había muerto.

Morillo cambia de un sablazo el panorama de Nueva Granada. El “bravo” coronel Manuel del Castillo y Rada, que tanto se parecía a Piar, en el memorial de su defensa ante el tribunal español decía:

Yo no sólo traté de ponerme en comunicación con el Excelente Señor General en jefe Morillo, sino que trabajé eficazmente para que la plaza quedara indefensa e imprevista de subsistencias, para que su entrega fuera más fácil y segura.

Nos preguntamos: ¿si así actuó Castillo, qué no habría hecho su ex secretario en una situación semejante? Para la defensa de Nueva Granada, ahora sólo se contaba con las fuerzas de algo más de dos mil hombres al mando de Custodio García Rovira y de Francisco de Paula Santander. Calzada les tenía cortado el paso con un cuartel general que instaló en Pamplona. García Rovira tuvo el atrevimiento de tratar de frenarle a Calzada el abastecimiento y los refuerzos de hombres que se le hacía desde Venezuela y, con tal fin, despachó una columna. Al mismo tiempo dispuso él mismo atacar a Calzada internándose por el páramo de Cachirí, una orden que le había sido dada por el Secretario de Guerra de la Unión. Santander vio aquella decisión muy arriesgada y se opuso a ella esgrimiendo razones de táctica militar; no obstante la acción se

inició el 8 de febrero de 1816. Luego de varias escaramuzas, el 21 de febrero, el jefe realista, Calzada, los contraataca, los envuelve y destroza completamente. Más de 600 cadáveres quedaron a lo largo del camino que va entre Suratá y Matanzas.

Esto le permitió a Calzada situarse en Girón de la manera más firme y segura. Santander y García Rovira, después de esta fulminante derrota, lograron llegar maltrechos con unos veinte oficiales a El Socorro. Ya no quedaba nada que hacer en Nueva Granada, García Rovira entregó el mando a Manuel de Serviez, un granadino de origen francés, y otra vez de segundo de Serviez quedó Santander. La derrota de Cachirí representó así un verdadero golpe de muerte a la República, lo que causó total pánico en Santa Fe.

El desaliento en la guerra es un peligro mayor que el asedio de un enemigo cruel y despiadado. El Gobierno de la Unión se desintegró y los patriotas granadinos huyeron, unos hacia los llanos, otros hacia Popayán, y otros buscaron una salida por el Pacífico. La responsabilidad de la derrota de Cachirí se le adjudicó íntegramente al pobre García Rovira. Estamos en el mes de mayo de 1816.

¿Quiénes son éstos, que a ratos parece procesión y a veces ejército? Traen un gran cajón en andas, rodeado de soldados, mujeres y frailes. Vienen el prior y comunidades de religiosos dominicos, sollozando... Hay risas y hay camándulas...

¡Es el ejército granadino, que viene en retirada, trayendo a la Virgen de Chiquinquirá!... ¿Suya la idea?" Del Coronel Santander, devoto siempre de la Virgen cuya imagen se colocará en la espalda repetidamente al morir.

Se sabe en Santa Fe que los enemigos adelantan sus marchas... Se han comenzado novenas a Nuestra Señora del Topo: a nuestro amo; al Espíritu Santo; a San Miguel y a Nuestra señora de Descendimiento...

La gente dice que no sale a pelear, si no salen los del Gobierno también; el que come la papa que rece el padrenuestro... Hay mucho miedo, mucho godismo, mucho regentista y de esta manera estamos vendidos... El Congreso está tal como su madre lo parió... algunos de sus miembros se han marchado ocultamente para que no peligre el pellejo... (16)

¿Por qué tanto pánico y desmoralización? ¿Por qué renunció Camilo Torres? ¿Por qué se robaron la Virgen de Chiquinquirá? ¿Son cosas del Coronel! Serviez despreciaba a Rovira, el otro también lo desprecia ahora. Tal para cual; se arreglarán los cargos que deja el derrotado.

Que Santander quede Jefe del Estado Mayor, ¿le parece a usted bien, amigo? Esto no es sino una sublevación del ejército. Se han sublevado para huir, para no dar la cara al enemigo y seguir para donde la estrella del cucuteño les indique el camino del ascenso. Qué importa que ahora el jefe sea Serviez. Sí, cojamos por los llanos; esta perdición se debe a la mala administración guerrera de los venezolanos.

No obstante, de estos golpes irá emergiendo del alma de Santander otros de sus antepasados, e irá adquiriendo ese mirar de soslayo con el que busca auscultar con severidad el corazón y las intenciones de los hombres que le mandan. Será desde ahora cauto y tratará de ocultar con exceso de palabras sus verdaderas intenciones y pensamientos. Una escuela política tremenda le espera, de donde extraerá del resto de su formación en leyes, los presagios reformistas. Recapacita sobre las acciones del peligroso “Demonio” que se ha salvado de la degollina del Pacificador. Ya no está en la Nueva Granada, ya no está en Venezuela. Recuerda su rostro, sus palabras, sus miradas encendidas de fuego, sus profecías, sus triunfos terriblemente audaces. Sólo este hombre podrá sobrevivir a esta gran hecatombe.

No hay otro.

Con los españoles ya no se puede contar: han caído Camilo Torres y Custodio García Rovira, han caído Manuel del Castillo y Rada, Baraya, Ricaurte, Girardot, su tío... Sólo piensa en un hombre con valor, con decisión, en me dio de tantas noticias desalentadoras.

A las diez de la mañana del 6 de mayo entraron a Santa Fe los curros (españoles). Un batallón saltó en persecución de Santander para quitarle la Virgen. Le aprieta. Le dispersa la gente. La culpa fue de Serviez, dice él. Por fin, en el alto Sáname, en un rancho, deja a la Virgen, para estar más escotero...(17)

Primer *impasse* legalista

El general Serviez y Santander están entre los que siguen hacia los llanos por la ruta de Casanare. Las rencillas entre venezolanos y granadinos continúan enrareciendo el ambiente. Los segundos decían que los primeros eran agresivos e intransigentes, brutos y mandones.

Santander no conocía hasta aquel momento la vida de los llanos y a los llaneros, y la impresión que le produjo aquellas inmensidades con sus gentes semidesnudas o desnudas, descalzas, rodeadas por peligros de todo tipo, en donde sobrevivían los más capaces y mejor dotados físicamente, jamás pudo comprenderla ni aceptarla. Trabajó amistad con José Antonio Páez y con él recorrió grandes extensiones hasta la región de Trinidad de Arichuna, viendo la manera diestra y admirable como este indómito llanero manejaba la lanza, nadaba con ella, coleaba y montaba a pelo su brioso caballo. Se vio que no estaba en condiciones de convertirse en jefe de aquellos bravos patriotas. Correr a caballo, meterse en los ríos y manejar la lanza como un florete, requerían de un tenaz y largo entrenamiento y, prácticamente, había que nacer con especiales condiciones para hacerlo.

La división de Casanare, a las órdenes del coronel venezolano Miguel Valdez, propuso a Serviez, a Urdaneta y a Santander, y a otros oficiales, que se reunieran en el Arauca para saldar muchas diferencias y ponerle coto a la anarquía. Aquella junta se reunió sin la presencia de Urdaneta el 16 de julio de 1816. Entre otros, estaban el ya referido coronel Miguel Valdez, los tenientes coroneles Paredes y Guerrero y los comandantes de infantería. ¿Con qué laureles y antecedentes se presentaba Santander como para convertirse en el posible jefe militar de la zona? Verdad era que se había salvado de la degollina realista que acabó con millares de sus compatriotas en Nueva Granada, pero no había participado en un solo hecho glorioso en el que él hubiese dado pruebas de arrojo militar, de cualidades estratégicas valiosas y determinantes frente al enemigo: un rosario de fracasos, de posiciones vagas y cobardes y de mediocres actividades eran las que sobrellevaba. Sin duda que la información que sobre él tenían aquellos llaneros venezolanos, que lo reciben en Guasualito, era totalmente equivocada, confusa.

Dice el historiador Rafael María Baralt que “los tristes restos que sobrevivieron a Morillo y a varios jefes oficiales distinguidos llegaron a Guasualito y luego pensaron en establecer un gobierno que diese unidad y eficacia a los refuerzos comunes y los libertara del caos político”. Se nombró Presidente de la República al teniente coronel Fernando Serrano, ex gobernador de la provincia de Pamplona; consejeros de Estado a los generales Urdaneta, Serviez, y al doctor Francisco Javier Yáñez. El mando en jefe del ejército se confirió por mayoría al coronel Santander. Baralt dice “que aquel minigobierno, sin tierra ni súbditos, era altamente ilegal y ridículo”; y se pregunta: “¿El ejército de Santander, granadino desconocido en Venezuela a la que jamás había hecho el más pequeño servicio, dónde estaba?”.

Sin embargo, el historiador granadino J. M. Restrepo toma más en serio aquella administración y hace notar un punto de honor y delicadeza en favor de su paisano. Dice que éste, sorprendido por su nombramiento, y no creyéndose con las cualidades para mandar a los llaneros de Venezuela, hizo esfuerzos porque se admitiera su renuncia, que presentó en el acto; pero ésta le fue negada. Añade Restrepo, que uno de los motivos principales que le hicieron predecir a Santander un mal resultado de aquel nombramiento, era que se le había tachado, desde los sucesos en Cúcuta entre Bolívar y Castillo, de enemigo de los venezolanos. Sigue diciendo, entre otras cosas, que Santander no tenía dotes para mandar hombres semibárbaros como los llaneros de Casanare y del Apure; que éstos sólo apreciaban a los jefes que tenían un valor y fuerza corporal superiores a los demás, que domaban los caballos cerreros, toreaban con destreza y atravesaban a nado los ríos caudalosos; que Santander sólo era un buen oficial de Estado mayor, instruido y civilizado, y que esto los llaneros lo veían con recelo.

Hasta entonces, los granadinos no tenían un guerrero de la talla de Páez o Bermúdez, Mariño o Urdaneta y otros tantos, quienes en territorio venezolano habían provocado grandes pérdidas a los realistas. Así que las sugerencias del coronel Valdez para formar una unión con aquellos granadinos eran harto generosas. La historia sobre la renuncia de Santander la cuenta Baralt de otra manera; dice que cuando aquel cuerpo administrativo se trasladó a Trinidad de Arichuna, varios jefes venezolanos se opusieron fuertemente a él, y propusieron en su lugar a un jefe único y absoluto que tuviese la confianza de los llaneros y les

llevara a una guerra total contra el enemigo. Se provocó un pequeño desorden pidiéndose la deposición de Santander, y viendo éste que no era el hombre de aquellas circunstancias, renunció inmediatamente al mando ante el presidente Serrano.

El principal promotor de la deposición —dice O’Leary— fue el coronel Rangel. Observando éste la apatía con que Santander miraba las privaciones de las tropas y el descontento de los oficiales, le hizo en nombre de éstos y en distintas veces algunas observaciones. Vio Santander como impropio de un subalterno las palabras de Rangel, y tanto por orgullo como por espíritu de contradicción insistió en las medidas que había adoptado. El disgusto se hizo general y Santander aparentó no perturbarse. Resolvió Rangel removerle de un puesto que desempeñaba con más terquedad que lustre. Con todo hizo todavía un último intento para persuadirle a que oyese los justos reclamos de los oficiales. Se dirigió a su habitación, donde le encontró tan tranquilo como si nada sucediese.

—Coronel —le dijo Rangel— estamos en la necesidad de salir de este lugar, las tropas están disgustadas y los caballos muriéndose de hambre y de sed con la sequía.

—Yo también debo morir algún día —fue lo que respondió Santander.

Después de una fuerte discusión, Santander renunció, y con “un digno ejemplo de patriotismo se presentó a servir en la misma división que había sido jefe”. Aunque cabizbajo y silencioso, viendo el techo pajizo del rancho donde se encontraba, debió decirse: prefiero servir a los godos, que a estos bichos insensatos...

Dos años menor que Páez, Santander resultaba en ciertos aspectos su polo opuesto: sus divergencias morales serán, con el tiempo, los arquetipos políticos de las regiones que representarán. Páez era arrebatado y mañoso; los venezolanos serán arrebatados y tramposos. Páez era muy mujeriego y, por tanto, atrevido, desconfiado. Santander era de falsa delicadeza, proclive a ceder ante lo convencional; rencoroso y vengativo, y tenía paciencia, sabía esperar: amaba eso que se llama el espíritu de las leyes, pero en verdad que sólo cuando debía esgrimirlas para favorecer sus planes, sus muy personales proyectos. Lo del encontronazo en Trinidad de Arichuna los muestra a los dos claramente: cuando Santander, enfático,

reclama le sea aceptada su renuncia, Páez se ríe de estas minucias. Funesto habría sido el resultado de haber resultado designado Santander como Comandante en Jefe del Ejército en aquella ocasión.

Páez era todo un gran señor del poder sobre Apure, rica provincia que entonces tenía un millón de reses y medio millón de caballos, cuarenta mil de ellos domados y listos para ser utilizados en la guerra. ¿Qué habría hecho Santander, en caso de que hubiese tenido valor militar, con los inmensos recursos que había en los llanos, ante aquella famosa comisión que enviaría el general Bolívar quien, de paso, se encontraba con fuerzas sin cohesión, maltrecho y desobedecido por oficiales de inferior rango al que ostentaba Páez para proponer nada menos que se le reconociese como jefe supremo de la república? Páez no vaciló ponerse bajo sus órdenes, a pesar de que hasta entonces no lo conocía personalmente. Tampoco se puso Páez con teatros legales para despojarse del mando supremo que se le había conferido y del cual no tenía facultades para delegarlo en otra persona. Tan mal se hablaba entonces de la fiereza y el salvajismo de los llaneros, que no era concebible una conducta moderada al servicio de los cultos abogados, legisladores y burócratas, al estilo de Santander, y que a la postre habrían de provocar desastrosas luchas locales, que aún continúan siendo la negra mancha que sufre la República de Colombia, por ejemplo. Hasta esta época, Páez no había sido envenenado por la ambición personal, por la oligarquía caraqueña y valenciana. Podía decirse que era un hombre puro, un verdadero revolucionario.

Así pues, que el tembleque gobierno instaurado en Guasualito vivió poco, aunque dio un impulso tremendo a la suerte de Francisco de Paula Santander, que hasta entonces había vagado de un lado a otro de la región de Cúcuta, con restos de divisiones derrotadas. Lo único interesante que todavía podía mostrar a sus compatriotas era su juventud, cierta cultura y el haber tenido la suerte de encontrarse con un título de Coronel sin grandes sacrificios, además de haberse salvado de la horrorosa persecución de los españoles quienes colocaron un gran cerco en el triángulo de Pamplona-Ocaña-Cúcuta.

La denominada Junta de Guasualito pidió un jefe absoluto, y la elección recayó en José Antonio Páez, realmente el auténtico caudillo de la única fuerza que allí había.

En este impasse con jefes venezolanos, Santander da las primeras muestras de su obsesión legalista. Cuando Páez le dice que, ante las graves circunstancias, el grueso de los oficiales ha decidido conferirle el mando supremo y sólo obedecerle a él, Santander consiente, pero añade que sólo entregará el mando y se someterá a sus órdenes siempre que se admita su renuncia. Algunos observaron que era innecesario, pues habían desconocido su autoridad. El coronel granadino ante tantos argumentos, no hace sino repetir que sólo entregará el mando si se le acepta su renuncia, y el grupo que lo rodea insiste en la inutilidad de aquel acto; entonces, enérgico, dice que prefiere que se le quite la vida antes de consentir tamaño ultraje a su persona. Para dar énfasis a las palabras clava su espada en tierra. Fue entonces cuando no se supo por qué giros de la historia, Páez llega a admitir las razones de Santander.(18)

Más tarde, en 1837, Santander dirá en sus Memorias: “Yo no debía continuar mandando unos hombres propensos a la rebelión y en un país que se creía deshonoroso que un granadino mandase venezolanos”. En cambio Rafael María Baralt sostiene: “La verdad del caso, es que Santander tenía contra sí fuertes antipatías, que no era hombre para tanto, y por fin que, aunque dotado de una capacidad distinguida, no poseía instrucción en su ramo ni disposición natural para la guerra; él entraba en aquel número que los llaneros llaman de pluma por mal hombre”.

Así y todo, Santander no quedó tan mal parado de aquella penosa prueba. Asumió el mando Páez, investido de la suprema autoridad civil y militar, y organizó tres divisiones de caballería las cuales pasaron a ser comandadas: una, por Rafael Urdaneta; otra, por Manuel Serviez y la tercera por Francisco de Paula Santander. El objetivo inmediato de Páez fue el adueñarse del bajo Apure, y a finales de 1816 estas fuerzas patriotas avanzaron hacia Barinas.

¿Qué era de Nueva Granada?

Francisco no dejaba de pensar en su amigo Vicente Azuero y en las dificultades que podía estar pasando en Santa Fe. Allí, entre la jarana y el acoso de las tropas de Morillo. Pero a Vicente Azuero nunca le pasaba nada grave. Era un verdadero lince, un politicazo moderno de los que podía moverse en diez frentes a la vez. ¡Un Fouché, carajo!

En aquellas tenebrosas sabanas en las que se sentía tan fuera de su ambiente santafereño, qué falta tan grande le hacía la amistad y los consejos de un tipo avisado como Vicente Azuero. Y de seguro que este diablo se las había arreglado para sobrevivir a la matanza sin cuentos del Pacificador Morillo. Estaba seguro de que se lo había metido en el buche de sus peroratas.

No se equivocaba Francisco de Paula. A la hora de iniciarse los nuevos bautizos reales en Bogotá, uno de los primeros en presentarse para la purificación fue Vicente Azuero. Aunque fue purificado sin necesidad, él no se había manchado de patriotismo. Siempre creyó funesta la rebelión contra Fernando VII, y así lo hizo saber al Tribunal que se había instalado para rectificar los entuertos dejados por Nariño y “sus cómplices”. De todas maneras se hizo necesario encerrarle un tiempo para que los demás no fuesen a creer que el Pacificador andaba de perdones.

Desde un seguro calabozo, con todas las comodidades, Vicente recibía cordiales visitas de importantes chapetones, quienes sin vacilación habían servido de defensores en los procesos de purificación y en las sesiones de la Real Audiencia. A los pocos días de esta farsa, con la cabeza gacha y en acto de compungida devoción, Vicente Azuero hizo el siguiente juramento:

Juro ser obediente y fiel al Rey, mi señor, y su legítimo gobierno.
Os ruego me tengáis por buen vasallo de Su Majestad.

De allí salió con una Orden Real hacia el Colegio San Bartolomé. A la semana se dictaminó:

El Gobierno, en nombre del Rey, confiere al señor Vicente Azuero el título de Abogado de la Real Audiencia... llevando por vuestros trabajos los salarios, derechos, dietas y honorarios que os corresponden con arreglo y arancel...

El joven abogado pasó a ocupar unas de las secciones de los Tribunales de Secuestro y su firma corría para condenar rebeldes. ¿Qué otra función podía hacer bajo el mando de tamaños verdugos?

Vicente Azuero, es verdad, salvó del sepulcro a unos cuantos seudo-patriotas, sobre todo, a los ligados al proceso de Nariño, iniciado en 1794 por el asunto de los Tesoros del Diezmo.

¡Qué ocupación, señor! Todo el mundo no hace sino consultar a don Vicente. De la noche a la mañana se ha convertido en unos de los hombres más importantes de Santa Fe. Abogado de faldón oscuro y de retintas mañas: sumarios, ayudas, pleitesías, acuerdos, negocios; el centro del pandemonio legal. Ciudad donde cada persona acomodada reclama pertenencias embargadas por el gobierno de don Antonio Nariño, o secuestradas por el actual. Toda la intriga de los jueces en sus manos.

Además, don Vicente se encuentra apoyado por una de las eminencias más sólidas de Nueva Granada: el señor José Félix de Restrepo. Este personaje, talentoso para las leyes, será de los que formen parte de la Corte Suprema de la República de la Gran Colombia, y que por su debilidad acabará sirviéndole a los elementos más criminales de la Nación, a los llamados liberales. Será de los que estampen su firma para librar de sospechas a José María Obando y a José Hilario López, fuertemente comprometidos en el denominado “Crimen de Berruecos”.

Por las manos negras, de tanto manosear papeles, llegan a estos señores los derechos sobre las haciendas de los predios de Chía, Cajicá, Zipaquirá y un acto de embargo y desembargo contra Hato Grande.

Decida y ejecute, doctor Azuero, era la voz de don Tomás Tenorio Carvajal, el temible fiscal de Pablo Morillo, el que meneaba la campanita.

Del otro lado de la montaña

El 8 de octubre de 1816, se da la batalla en el Alto del Yagual. Las fuerzas patriotas se enfrentan al realista Francisco López. Llevaba, como dijimos, Páez, repartido su ejército en tres columnas: una al mando de Urdaneta, otra bajo Serviez y la tercera comandada por Santander. Así, Francisco participa en la batalla del Hato El Yagual. Fue allí donde, en fiera lucha contra el realista Francisco López, y estando Serviez y Santander en una posición desesperada, “empeñados en un rigurosísimo combate a lanza”, salió el segundo oficial de López con el propósito de destruirles por la retaguardia. La orden pronta de Páez, de contrarrestar

aquel ataque enviando la columna de Urdaneta, salvó a aquellos dos compatriotas de ser aniquilados. El realista Francisco López cayó prisionero y poco después el León Apureño ordenó su decapitación.

Con esta victoria quedó Barinas prácticamente en manos de los patriotas. Santander no quería seguir peleando con estos bárbaros llaneros y al conocer la muerte de Manuel Serviez cerca de Achaguas, asesinado a machetazos, aceleró su necesidad de ir hacia el Oriente de Venezuela. Mucho se dijo entonces que Serviez había sido asesinado por órdenes de Páez.

Es así como Francisco le solicita a Páez un pasaporte para trasladarse a Guayana. Va en busca de la buena estrella del general Manuel Piar. En enero de 1817, emprende camino a Guayana. En esta búsqueda se le atraviesa de nuevo Bolívar, el 2 de abril de 1817, en la Villa del Pao. Para su sorpresa, lo recibe con júbilo, pues es de los pocos granadinos preparados tenaces y patriotas que se han salvado de la degollina de Morillo. Tiene planes sublimes el grande hombre de América, en los cuales Santander puede prestar brillantes servicios. Bolívar tiene en mente cruzar los Andes y sorprender a las huestes realistas en Tunja. Lo ha estado meditando, le hace falta gente, le hacen falta recursos, le hace falta un guía excepcional, pero tiene lo básico: su imaginación, su temple, su constancia y por ahí sabe que fluye todo lo demás. De modo, pues, que así como Santander siempre ha tenido una suerte maravillosa, para que en cada trance de muerte encuentre a algún veterano capitán que lo oriente en sus peregrinaciones, ahora Bolívar le acoge para que integre su Estado Mayor General en calidad de Ayudante. En este Estado Mayor se convertirá en su cerebro administrativo. Bolívar comenzó a admirar su capacidad para ordenar papeles, organizar las rentas, disponer debidamente los recursos y disciplinar el aspecto fiscal de una empresa fabulosa que todavía no tenía nombre.

Lo extraordinario es la mirada acuciosa y terrible del Libertador que le descubre su destino, porque Santander trae un bagaje valioso de conocimientos políticos, y de cierta experiencia en el terreno militar como en el conocimiento de los hombres, y una habilidad poco común en tareas administrativas. El general Daniel Florencio O'Leary lo conocerá dos años más tarde y nos lo describe como de regular estatura, un tanto corpulento, de cabellos lisos y castaños, tez blanca, frente pequeña e

inclinada hacia atrás, ojos pardos con largas pestañas, hundidos, vivos y penetrantes, nariz recta y bien formada, labios delgados y comprimidos. Asegura O'Leary que su rostro grave denotaba energía y resolución, pero que tenía modales bruscos. Se le notaba poca franqueza, que era infatigable en el trabajo del bufete. La vida militar le desagradaba porque no le gustaban los ejercicios y carecía como ya hemos dicho del brío para vivir como un soldado. Era igualmente hombre reservado y tacaño, ambicioso del dinero. Quizá el Libertador lo vio en toda su dimensión humana, y le interesó su inteligencia básicamente correcta, práctica y administrativa, básica para organizar el Estado que ya tenía en mente. Podía servir en el Congreso como diputado o tal vez como intendente o como su secretario privado.

El 5 de abril de 1817, Francisco de Paula recibe noticias de Santa Fe en que le refieren la muerte de su tío Nicolás Omaña. El presbítero había sido deportado por Morillo a La Guaira, pero allí, en un clima tan dañino para su salud, expiró a la temprana edad de 37 años. Esta noticia le duele más que la pérdida de la comandancia; ve el trajín de su fe desbandada por una lucha anárquica y sin destino que se libra entre las fauces de la desesperanza y un supremo desconcierto. No servía para soldado como tampoco para la guerra política de bandos desalmados e ignorantes.

Luego de estos y muchos otros traspies, el carácter de Francisco de Paula se debate entre un orgullo disimulado, un silencio sombrío y una penosa apatía sobre el destino de la América hispana. Marchará con la frente erguida mirando hacia todos los horizontes de su intrincada geografía espiritual y será áspero en sus respuestas, siempre fuerte para el ataque; cederá con repugnancia a la inoportuna figuración de los estrafalarios llaneros al frente del drama nacional y sabrá esperar hasta que le llegue su hora. Dicen otras fuentes que la acogida que le hizo el Libertador al coronel granadino fue algo fría; era su estilo, no obstante que había sido agregado al Estado Mayor General. Pero existen memorias que refieren que Bolívar quedó satisfactoriamente impresionado por el informe que le hizo Santander de las actividades de Páez y de las suyas propias en Arauca y Apure. Las disensiones en el terreno patriota eran terribles, pero ya Santander conocía los planes de Bolívar y su decisión de poner orden a toda costa en el aspecto militar y político. Unos

cuantos fusilamientos, el de Santiago Mariño, el de Páez y el de Piar se presentaban como inevitables.

Santander fue testigo del fusilamiento de Piar, a las cinco de la tarde del 16 de octubre de 1816. Mariño, al saber que Bolívar había comisionado al General Bermúdez para que le prendiese, huyó a la isla de Margarita, y fue así como Bolívar consiguió asumir el mando único y absoluto del Ejército Libertador en Guayana.

CON EL AGUA AL CUELLO

Una nación en revolución está más dispuesta a conquistar a sus vecinos que a ser conquistada.

Danton

En enero de 1817, las únicas fuerzas que enfrentaban con vigor a los españoles eran las desperdigadas guerrillas de Páez. Una sombra de derrota aplastaba el espíritu de los patriotas. Bolívar había dejado el país y organizaba una expedición. Morillo concentraba un fuerte contingente para emprender un ataque al Apure (cuyo control le permitiría ser el dueño de Venezuela). No sabe Páez si va a Barinas o cruza el Orinoco para reunirse con la partida de Cedeño en Caicara; o busca a los realistas en Achaguas, y así o de alguna otra manera lograr obtener los recursos para enfrentar la expedición de Morillo que se acerca. Decide lo último y al inicio de la campaña derrota a López, como ya se dijo. Entre tanto, los reveses sufridos hicieron temer un grave giro a la situación defensiva: el comandante Freites, patriota, fue derrotado y muerto en Guayabal; lo mismo sucedió con Roso Hurtado, que comandaba una columna de seiscientos hombres por los lados de San Jaime, en Barinas; y la división de Urdaneta, recién llegada a la capital de Barinas se dispersó perseguida por el general Calzada. Tantas calamidades eran acompañadas por la alarma de la invasión del “Pacificador” Morillo quien traía una división tres veces superior a la de Páez. Además de todo este caos, se sumaban las desertiones y la petición de importantes patriotas solicitando pasaporte para dejar los llanos. Entre los que, con pasaporte en mano, abandonaron a Páez, en aquella peligrosa posición estaban Santander, Conde Blanco, Carreño, Manrique, Valdez, el doctor José María Salazar y algunos de los emigrados como el doctor Yáñez y los presbíteros Méndez y Becerra. (19)

En el mismo mes de enero, el desenlace de estos angustiosos temores fue más o menos feliz: Páez infirió una tremenda derrota en Mucuritas, al lugar-teniente de Morillo, general Miguel de La Torre, la primera que sufrían las fuerzas del Pacificador desde su llegada a América. Decía Morillo en un manifiesto:

Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de S. M. el Rey. (20)

Merecido reconocimiento debemos los americanos a Páez, quien fue el primero en levantar la moral de los rebeldes de este continente, después del desembarco de Morillo, y demostrarle al invasor, no solamente su poderosa capacidad de combate, sino además, su decisión de destruirlos, para nunca más volver a ser sus vasallos. Fue su ejemplo en aquella terrible hora la que reanimó nuestras exiguas y caóticas fuerzas.

Con aquel bufete ambulante cuyo cerebro administrativo es Santander, en la noche del 31 de diciembre de 1817, zarpa de Angostura en varias flotillas la tropa patriota al mando de Bolívar. En trece días de navegación llegan a Caicara, puerto al margen del Orinoco, una de las partes más anchas de este río. De aquí se dirigen al Apure y llegan a San Juan de Payara, al Hato de Cañafístola, en 30 de enero de 1818. Es en este Hato donde los dos hombres más grandes de Venezuela se encuentran y se abrazan: Bolívar y Páez.

Santander, viéndolos conversar animadamente, observando la pasión con que el Libertador le hablaba al León Apureño de sus planes, no sólo de independizar la Nueva Granada, sino inmediatamente marchar hacia el sur y desbaratar a todas las fuerzas españolas en Ecuador, Perú y el alto Perú, sentía una extenuante envidia, que habría luego de convertirse en un pavoroso rencor. Bolívar siempre sintió una especial estima por Páez por ser éste hombre básicamente ganglionar, de expresión entonces franca y por estar en aquella época totalmente entregado a la lucha por la independencia de Venezuela. Si hubiese sido serio como Antonio José de Sucre, otro gallo habría cantado en América Latina. Es muy probable que Bolívar le hubiese presentado a Santander, diciéndole, como lo solía hacer con su imaginación futurista, que ambos estaban llamados a dirigir, uno el destino de la Nueva Granada y el otro el de Venezuela. Seguramente, les solicitó que trataran siempre de entenderse en todo para la consolidación de la República, que pronto se levantaría en toda esta parte norte del continente. Es probable, igualmente, que con esta petición del Libertador, naciera el resquemor, la competencia y la vil

lucha que estos personajes llevarían a cabo para destrozarse la obra sublime de la Gran Colombia.

Morillo estaba en San Carlos. Al conocer esta peligrosa reunión, salió y se apostó en Calabozo. Allí fue severamente atacado el 12 de febrero de 1818, por las fuerzas del Libertador. Santander no participó en esta contienda, seguramente porque andaba en lo suyo, en el arreglo de documentos, revisión de planos y organización de recursos. Se produjo una dispersión: Morillo se hizo fuerte en el propio poblado de Calabozo y los patriotas se apostaron cerca de El Rastro. Santander tampoco andaba con Páez porque éste fue a darle caza a Morillo en La Aguada de Uriosa. Ningún parte de guerra menciona a Santander, si tomamos en cuenta que era un importante oficial granadino. En el Sombrero fueron derrotados los patriotas por unos realistas que huían desesperadamente buscando protección hacia el centro, en Valencia.

El año de 1818 fue desastroso: las fuerzas realistas en Nueva Granada, parecían invencibles, y Bolívar imposibilitado para emprender otra campaña después de la cruenta batalla de Semen. No podían ayudarlo las fuerzas de Oriente, que se encontraban dispersas y extenuadas; Margarita no tenía soldados sino marineros. Cumaná y Barcelona estaban ocupadas por el enemigo. Sin dinero, sin recursos humanos, Bolívar vagaba pensativo sólo con el poder de su obsesión. En aquel año tan miserable para los patriotas, muchos buscaban la protección de Bolívar. Nos recuerda Fernando González que: “Anda con Bermúdez, que hace poco quiso matarle, con Mariño que le traiciona. Con el antioqueño Zea que lo despoja”.(21)

En el encuentro con Bolívar, en 1818, el cucuteño despliega sus poderes de persuasión para mostrarse ante el gran hombre como fiel a su causa e irrestricto servidor de sus ideas. Los antecedentes hacen ver a Francisco que Bolívar es el único en tener una idea superior de cuanto hace, de lo que persigue. La Campaña Admirable, sus caídas y triunfos, la perenne lucha frontal contra los llaneros, a quienes aún tiene bajo su mando, el fusilamiento de Piar y una resolución implacable de no retroceder frente al enemigo, son evidencias para una mente perspicaz como la suya, de que ha encontrado al Moisés de su vida.

Muchos y reiterados debieron ser los perdones y remordimientos que le expresó Santander por no haberle acompañado en la gesta memorable de la Campaña Admirable. Bolívar, con su condición innata de no anteponer su orgullo cuando escuchaba las penosas confesiones de sus compatriotas, le dijo los errores cometidos por él mismo al tratar de servir a la patria, y que él mismo era el más culpable de todos. Francisco se sintió conmovido ante aquel extraordinario ser que salía cada vez más airoso y engrandecido en medio de formidables fracasos.

La actividad intelectual desplegada por Santander durante aquellos primeros días fue intensísima; mostrando, sin duda, claridad, disciplina de trabajo y agudeza no observada por el Libertador en ningún otro de sus eminentes compañeros de pluma. Sin duda, a este joven podría darle una elevada posición en sus planes. Era el hombre adecuado para organizar la confederación de la América del sur, idea que en aquellos días aciagos de la guerra, llevaba entra ceja y ceja. En más de una ocasión, viendo a Santander en trajines en los que mostraba una particular destreza para asuntos de Estado, debió decirle: “Usted está llamado a tener una situación muy digna en esta empresa de la confederación americana... Yo lo tengo a usted en la mira para que dé los primeros pasos en la organización de estas nuevas repúblicas”.

Hubo un hecho, ocurrido el 16 de abril de 1818, que sería en parte el comienzo de esa debilidad extrema que Bolívar habría de sentir por Santander hasta su muerte: yendo, Bolívar, hacia el norte, con la obsesión de llegar a Caracas, se enfrenta a un pelotón de Calzada cerca de Valencia, y hasta se cruza con el mismísimo Morillo, que le ataca en un terreno empantanado por las interminables lluvias que suelen darse por esta época. Sigue avanzando después del duro encontronazo con Morillo, quien es alcanzado por una lanza en la cadera; se detiene a acampar en un lugar llamado Rincón de los Toros. Es de noche y no saben que las tropas del realista López merodean el lugar. Nos refiere el propio Bolívar, años más tarde, que estaba él acostado en una hamaca, y tendría dos horas descansando cuando llegó un llanero y le informó que a dos leguas del campamento había un grupo realista. El Libertador, después de dar órdenes para que se recogieran las municiones y el parque, volvió a su hamaca.

Entre las voces que se oían resaltaba la del general Santander preguntándole al general Ibarra dónde se encontraba Bolívar. Quería informarle que todo estaba listo para retirarse del lugar. Bolívar se incorpora, se sienta, y cuando Francisco le va a hablar, estalla una fuerte descarga. En la oscuridad sólo se distinguían los fogonazos que salían de entre la maleza. El general Santander, movilizándose instintivamente, gritó: “¡El enemigo!”. (La hamaca del Libertador recibió algunos balazos y fue luego exhibida por los realistas como una prueba de que, al fin, Bolívar había muerto). En realidad, la oscuridad los había salvado. Francisco había actuado con serenidad, desenvuelto, y estuvo entre los que pudieron ser cogidos por la metralla, fue una ráfaga de valor instintivo y certero que le llenó de felicidad y le hizo ver que el asunto de la guerra y del valor, como las musas, venía del Cielo, de los dioses. Bolívar agradeció, con un abrazo, su comportamiento: había hecho esfuerzos por proteger y alertar al Libertador.

El año 1818, definió totalmente el destino de Santander. A partir de entonces, bajo la sombra del Libertador, dejaría de ser un oficial desconocido, sin rumbo definido, en medio del horrible caos que destrozaba a todo el norte de la América del Sur. Seguir a Bolívar lo estaba catapultando hacia la gloria. Por su eficiente actividad durante aquellos primeros seis meses del año de 1818, el 16 de junio, el Libertador nombró a Santander Miembro de la Orden de los Libertadores; el 12 de agosto lo ascendió a general de brigada de los ejércitos de Venezuela y el 21 de agosto lo destinó al mando del Ejército de Casanare, con el mando en jefe de la vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada.

Traumas por las obsesiones federalistas

Hagamos un rápido y corto recuento de las razones por las cuales se dio la pérdida de Nueva Granada. Principalmente se debió a que desde 1810 nuestros gobiernos habían mostrado preferencia por el sistema federal. En tal sentido J. M. Restrepo hace un análisis de los desastres que esta absurda manía causó a la Independencia:

1. Se perdieron dos años sin que hubiera un gobierno general que cohesionara las fuerzas y los recursos del país; tiempo en que los realistas eran débiles.

2. Se produjo una seria desorganización de las rentas públicas; se realizaban gastos que no tenían nada que ver con la guerra.
3. Se provocaron serias disensiones entre provincias, arraigándose los odios y la división entre los americanos. Así, en materias de hacienda, ninguna provincia cooperaba con la otra.
4. Por estas discordias ocurrió la dispersión entre los jefes militares y Bolívar tuvo que abandonar el país.
5. Cada provincia clamaba porque su territorio se defendiera con preferencia; al querer darles satisfacción, la desconcentración de tropas causaba una debilidad general en el frente patriótico.

EE.UU. entre Bolívar y Santander

En el aspecto de la política internacional, Santander estaba muy verde. Bolívar quería darle unas lecciones básicas, en relación con la condición de la América hispana, de sus estados y de su gente, muchas de ellas contenidas en la Carta de Jamaica. Pero sobre todo lo que más le interesaba era el carácter que debía mostrar en los momentos decisivos ante ciertas naciones fuertes como EE.UU, Inglaterra o Francia, por ejemplo. Le dijo que estas naciones no conocen sino los caracteres fuertes y decididos, porque de otro modo el método que utilizan son el del sometimiento colonialista, junto con la amenaza, el bloqueo o, en definitiva, el de una pertinaz y violenta intervención.

Santander venía empapado de una extraordinaria admiración por el sistema federal estadounidense, que también entusiasmaba a don Camilo Torres y a otros eminentes neogranadinos. De modo que escuchó paciente y cuidadosamente cuanto el Libertador le refirió sobre el peligroso coloso del Norte y los propósitos que tenía con relación a las colonias españolas, que era la de absorberlas a todas, tal como el pez grande se traga al pequeño. Ya sobre esto hablaba con suma claridad Tomás Jefferson. De modo que el mayor peligro después de la Independencia ya no sería España sino los Estados Unidos, y había que prepararse con urgencia para evitar que se pasara de ser una colonia española a otra yanqui.

Aquellas primeras explicaciones del Libertador le parecieron a Santander bastante novedosas, interesantes y complejas, y le llevaron

revisar muchos documentos del archivo de Bolívar. De acuerdo a su naturaleza y a su formación, le costaba aceptar algunas de estas posiciones. No discutía que fueran falsas las aprensiones de Bolívar con relación al Coloso del Norte, sino que se planteaba otra estrategia, la de ganarse más bien la confianza del Norte primero, mientras América del Sur se hacía fuerte, sólida y respetable. Le parecía que la maravillosa América del Norte era una cantera de ideas, de recursos humanos, políticos, enseñanzas prácticas y valores materiales inmensos que no debían desdenarse.

Largas fueron las conversaciones sobre este asunto que nosotros resumimos en los siguientes trazos:

España y Francia prestaron grandes servicios a la causa de la independencia de los EE. UU, Venezuela, en los inicios de su revolución aspiraba a contar con la ayuda del vecino del Norte, que hacía poco se había liberado de la de Gran Bretaña. Es decir, considerábamos a los norteamericanos hermanos nuestros por haber sufrido ellos también los efectos funestos de la colonización y por ser, después de todo, hijos del Nuevo Mundo; que además conocían los tremendos sacrificios que representaba enfrentarse a un país poderoso por tradición guerrera, como lo eran los viejos imperios de Europa; que sabían que nuestra lucha era más terrible, por cuanto iba a ser afrontada por un pueblo en su mayoría analfabeto, sin recursos militares, sin ninguna experiencia en la administración de gobiernos, sin ejércitos y sin la fuerza de cohesión moral, un pueblo dividido en clases infeccionadas de odios, vejaciones y recelos.

Aunque al principio se buscó ayuda en el Norte, la gran esperanza se concentraba en Inglaterra, donde Miranda desde hacía muchos años realizaba una ardua labor revolucionaria. Estas esperanzas se desvanecieron cuando Inglaterra, dirigida como siempre por intereses meramente mercantilistas, decidió dar apoyo a España en su lucha contra Napoleón. Para entonces, ya Venezuela había quemado las naves y se encontraba en pleno hervidero revolucionario. Nunca pueblo alguno se lanzaba a una lucha tan peligrosa en medio de recursos tan deplorables de todo tipo, y rodeado por el sombrío silencio de las naciones poderosas. Parecía que Bolívar desafiaba los mil demonios de la guerra, contando sólo con su valor y el de unos cuantos harapientos soldados. El terror y la tragedia no tardó en llegar, y aunque Bolívar, como veremos, estaba

dispuesto a luchar contra el mundo entero si éste se oponía a la causa de la libertad americana, el grueso de los políticos no podía dejar de considerar la posibilidad de un tratado con alguna nación poderosa. En este sentido, encontrándose casi todos los caminos cerrados, se pensó seriamente en conferenciar con Rusia. A tal extremo había llegado la desesperación que se pensaba en un país tan extraño y desconocido para nosotros, tan distante en todos los sentidos, que además era gobernado por una aristocracia despótica y que tenía grandes intereses en común con los imperios monárquicos de Europa.

¿Qué hacía con respecto a la independencia suramericana el poderoso del Norte? La rica, fresca, impenetrable, extensa y vigorosa América del Norte contaba 35 años de haberse declarado independiente cuando nosotros firmábamos la declaración el 5 de julio de 1811. Desde un principio se mostraron reacios a darnos ayuda. A diferencia de los gobernadores del Norte, Simón Bolívar libertó el extenso territorio de Nueva Granada, hoy el país de Colombia; cruzó los Andes e independizó también Ecuador, Perú, y fundó la República de Bolivia. No sólo eso, sino que hizo planes para liberar Cuba y Puerto Rico. La libertad de Cuba se vio estropeada durante dos generaciones, porque EE.UU en connivencia con Inglaterra hizo saber a nuestros patriotas que no estaban de acuerdo con la inmediata independencia de aquella isla. Si EE.UU permitía que nos debatiésemos en la más horrorosa escasez de recursos era sencillamente porque poco le interesaba el que fuéramos esclavos de la España imperial. Fue así como durante más de diez años mantuvo una inexcusable imparcialidad a pesar de los innumerables pedidos de ayuda de nuestros pueblos. A veces su imparcialidad se traducían en burla, en desprecio e, incluso, en una sórdida alianza con los enemigos de la revolución. Los patriotas, fatigados de recibir negativas y excusas de neutralidad con el invasor español, decidieron cancelar sus ansiosos pedidos a EE.UU. Mientras así nos trataba EE.UU, Haití, uno de los países más pobres del mundo, trastornado por toda clase de calamidades sociales, en condiciones económicas deplorables, tuvo la infinita nobleza y generosidad de ofrecer hombres, armas y dinero para nuestra libertad. Compárese el pasado con el presente y véase la funesta actitud del país del Norte ante los débiles de Latinoamérica.

El gobierno del Norte hizo presos a numerosos ingleses que venían a servir bajo las órdenes del Libertador; promulgó una serie de leyes para

impedir toda clase de auxilios a los patriotas. Una de ellas decretaba diez años de presidio y diez mil pesos de multa a todo ciudadano norteamericano que quisiera servir a nuestra causa. Según palabras del propio Bolívar, estas eran leyes que equivalían a una declaratoria de muerte a nuestra independencia. Estas leyes siguieron vigentes hasta el año 1819, ocho años después de haberse firmado nuestra declaración de independencia, y como los gobernantes gringos siempre reaccionan sólo frente a la fuerza y el cálculo, variaron su política por el rotundo triunfo que obtuvimos en la Batalla de Boyacá.

En 1818, las goletas, Tigre y Libertad, provenientes de EE.UU, entraron por el Orinoco. Bajaban por la región de Angostura para abastecer de armas y alimentos a los realistas. En esa zona se preparaban serios combates y el Libertador había decretado un bloqueo, el cual hizo público a las naciones del mundo. Las dos goletas haciéndose las inocentes pretendieron burlar nuestras fuerzas, pero fueron apresadas y se les confiscó cuanto llevaban. Debemos recordar que Bolívar era severo en todo lo que concernía a nuestra soberanía y a nuestra dignidad. Incluso hubo momentos en que desafió al propio cielo, porque algunos creían ver en los fenómenos naturales la causa de alguna oposición a sus ideales de libertad. El honor era esencial para su sentido de la vida. La precaria condición de nuestros pueblos al respecto lo mató prematuramente. En sus últimos años, viendo al país destrozado por las miserias y las estridencias de los partidos, exclamó: “en América no hay dignidad, y tengo vergüenza de llamarme americano”.

Los yanquis pidieron a través de su agente en Venezuela una inmediata indemnización de sus dos goletas. No hay nada que martirice más a los gringos que tocarles sus dólares. El nombre de este agente era Bautista Irvine, quien con su lenguaje quejoso y amenazante, como siempre, acusa de ilegal y abusivo el apresamiento de los buques. Exige explicaciones. Se desata entonces un intercambio de correspondencia, donde Bolívar asume el caso con todas las de un jurista experto en asuntos internacionales.

El argumento que esgrime Irvine es que se le ha hecho daño a los neutrales. Bolívar no deja esperar su contundente respuesta:

¡Neutrales! quienes han intentado y ejecutado burlar el bloqueo y el sitio de las plazas de Guayana y Angostura, para dar armas a unos verdugos y para alimentar a unos tigres, que por tres siglos han derramado la mayor parte de la sangre americana. ¡Sangre de sus propios hermanos!

Sobre esto último debemos reconocer que Bolívar utiliza un argumento ineficaz para la sensibilidad del norteamericano. Los yanquis jamás se han considerado hermanos de nadie, sino de sus negocios.

Irvine replica diciendo que ellos desconocían el bloqueo. Aquí Bolívar lo sorprende en flagrante mentira. Le aclara que en la “Gaceta de Norfolk” (en EE.UU), del 6 de enero de 1817, había sido publicado dicho bloqueo. Que el buque Tigre no zarpó hasta el 17 del mismo mes y que este argumento, ratifica el Libertador, es de por sí suficiente para declarar al buque Tigre como buena presa. Desde el momento en que le escribe este introdujo elementos militares a nuestros enemigos para hacernos la guerra, violó la neutralidad, y pasó de este estado al beligerante: tomó parte en nuestra contienda a favor de nuestros enemigos, y del mismo modo que si algunos ciudadanos de los EE.UU tomaran servicio como españoles, estarían sujetos a las leyes que practicamos contra éstos; los buques que protegen, auxilian o sirven su causa deben estarlo y lo están.

Casi al final de este documento del 6 de agosto, que consta de unas seis densas páginas, Bolívar arremete: “¿No sería muy sensible que las leyes las practicasen el débil y los abusos los practicasen el fuerte? Tal sería nuestro destino si nosotros sólo respetásemos los principios y nuestros enemigos nos destruyesen violándolos”. Aquí Bolívar nos revela una fuerza de predicción tremenda con respecto a la política del Norte. Nada más cierto que EE.UU siempre exige cuando le conviene el cumplimiento de las leyes, pero se ríe en las mismísimas barbas del débil el día que las viola. Sin duda que bajo las órdenes de Bolívar se podía confiar; era Bolívar de esa clase de hombres que jamás dejaba a sus compatriotas en la estacada; que llevaba hasta las últimas consecuencias la defensa de su dignidad, la integridad de su hombría; que entonces era la representación de la virilidad de todo un continente.

El agente Irvine, a mediados de agosto, contesta que los comerciantes neutrales no deben abandonar su profesión por hacerse partidarios políticos. Bolívar estalla:

Si es el libre comercio de los neutros para suministrar a ambas partes los medios de hacer la guerra, ¿por qué se prohíbe en el Norte que se nos ayude? ¿Por qué a la prohibición se le añade la severidad de la pena, sin ejemplo en los anales de la República del Norte? ¿No es declararse contra los independientes negarles lo que el derecho de neutralidad les permite exigir?

Los gringos se cierran a todo argumento que no les favorezca y se empuera Irvine en declarar ilegal el apresamiento de los buques y en exigir una inmediata indemnización. Pero estos trucos no van con Bolívar. A cada lamentación, el Libertador lo pone en su lugar, ya sea con argumentaciones que muestran un profundo dominio de las leyes internacionales, como con el valor y el derecho natural de los pueblos a defender su libertad. Poco a poco el agente va perdiendo fe en sus reclamaciones; pero su terquedad y el verse humillado por la razón del jefe venezolano, le hacen tomar un camino por demás extraño. Cae en el terreno de la vulgaridad y de las burlas. Dice que los independientes no tienen poder suficiente para imponer un bloqueo, que nuestras fuerzas militares son insignificantes, que no son sino sombras de sombra. En resumen, que nuestro ejército es incompetente, exiguo y hasta risible. Bolívar le contesta que no va a caer en ese terreno de insultos; que no habiendo acuerdo entre los dos era preferible someter el caso a unos árbitros. Que ha decidido suspender la correspondencia con él para que no degenerate en farsa.

Entre las burlas del agente Irvine la que más llama la atención es la expresión “caballería nadadora”. Asegura el Libertador que en su ejército existe una división con ese nombre. El yanqui no sabe si le habla en serio o le toma el pelo. Esa caballería nadadora, según el propio Bolívar, había realizado proezas inauditas. Se lanzaban a caballo por ríos caudalosos como el Caura, el Caroní y el Apure para abordar y abatir buques enemigos. A Irvine le parece que esto es lo más ridículo que ha oído en toda su vida. El hecho es en sí mismo muy interesante porque revela la extraordinaria imaginación del Libertador, siempre lindando con lo poético, a la vez que pone de manifiesto la árida y lineal mentalidad de los yanquis, siempre restringida a menesteres habilidosos y prácticos.

Esas imposibles caballerías de río existieron e incluso fueron las que dieron fama a nuestro caudillo José Antonio Páez. No era la primera vez que un extranjero pretendía burlarse de las hazañas realizadas por nuestros patriotas durante la independencia. Por ejemplo, el biógrafo de Bolívar, Loraine Petrie, nos dice que en la emigración de toda Caracas, el año 14, el Libertador, a pesar de su desesperada situación, consideró el envío de un agente para inaugurar las relaciones de Venezuela con Gran Bretaña. ¡Esto dice Petrie en un tiempo en que la República estaba en las últimas! Hay algo, añade, mezcla de ópera cómica, que parece inseparable de muchas cosas suramericanas. No sabemos en qué ve este señor lo grotesco. Harán ópera cómica los que no están poseídos de una verdad total y absoluta como la de Bolívar, los que divagan y no hacen nada, los que amenazan sin fuerza moral, los que carecen de coraje, determinación y confianza en sí mismos.

El escritor inglés Cunninghame Graham refiere las proezas de nuestros llaneros que, con lanzas en los dientes, desafiaban caimanes y abordaban buques y flecheras: probablemente es la primera vez en la historia que una caballería diese una escaramuza en el agua. Solamente hombres como los llaneros de aquellos días montados en caballos, acostumbrados a las exigencias de seis meses de inundaciones de la región, podían echarse al agua como perros de Terranova para realizar semejante hazaña.

Bolívar concluye el asunto con Irvine advirtiéndole que con el Gobierno de Venezuela no se juega. Que si no somos tan poderosos en cantidad de armamentos y soldados, la habilidad y el valor suplen con creces esas deficiencias. Que se ha visto con frecuencia a un puñado de hombres libres vencer imperios poderosos. Que es lo mismo para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende.

En las ideas morales de Tolstoi y de Gandhi sobre los conflictos bélicos van implícitos estos argumentos de Bolívar. Aunque estos dos humanistas eran severos pacifistas, aseguraban que la guerra la ganaba quien contase con más fuerza moral, con más seguridad en sus derechos y principios.

Fue para el Libertador tan enojoso este asunto con los yanquis que jamás lo pudo olvidar. A finales de 1825 los llamaría regatones

americanos. Regatón, vendedor al por menor, persona que regatea mucho. Esto es el mejor título que le queda al país de los bestsellers, al que vende el amor, el que vende sus presidentes, que negocia con mafias y con tiranos, y que trafica hasta con Dios en mil sectas o compañías diferentes. Aborrezco a esa canalla de tal modo, dirá el Libertador de los yanquis, que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos.

El conflicto de las guerras intestinas

Bolívar no estaba seguro aún de nombrar a Santander como jefe de un comando que invadiría Nueva Granada. Se hablaba insistentemente de encomendar a un granadino la organización de una campaña por los Andes. Aquella vacilación preocupó a Santander porque, al parecer, Urdaneta estaba en la mente de Bolívar. Francisco era de los jóvenes granadinos que había estado a las órdenes de la brillante oficialidad de su país, la cual pereció casi toda a manos del pacificador Morillo. Había sido escogido en Trinidad de Arichuna como posible jefe militar de una república que estaba en las últimas. Tenía ya una destacada hoja de servicios en beneficio de la causa independentista y se creía con derecho a ser el elegido en un terreno que por naturaleza y dignidad debía estar bajo su mando. En estos términos le habló al Libertador; pero, al mismo tiempo, utilizó los oficios de Zea, quien por un tris no se convirtió en su suegro para favorecer su designación.

Ya dijimos que Santander fue despachado por el Libertador a Casanare como jefe de operaciones a organizar una división que se utilizaría luego para invadir a Nueva Granada. Este hecho volvió a revolver la bilis de los venezolanos, quienes veían que el Libertador se estaba equivocando gravemente: los apureños al mando de Páez trataron de detener o perturbar las gestiones de Santander; se habló incluso de que se le estaba planificando una celada. Páez nos cuenta los hechos de otra manera:

Preparando el general Santander para ir a ejercer el destino que Bolívar le había señalado, escribió una carta al coronel Pedro Fortoul, que se hallaba en Guasdalito, comunicándole el empleo que se le había conferido y los recursos que llevaba para organizar un ejército en Casanare. Le indicaba que se hallaba en Apure, y entre otras cosas decía: Es preciso que nos reunamos

en Casanare todos los granadinos para liberar nuestra patria y para batir el orgullo de esos malandrines follones venezolanos.(22)

Esta carta, afirma Páez, le fue entregada por el coronel Miguel Antonio Vásquez y fue la razón por la que tuvo que mandar a detener a Santander. Pero el incidente no tuvo otra repercusión que la de paralizar por unos días las actividades militares en la región.

Algunos biógrafos de Santander, como Pilar Moreno de Ángel, ven en esta detención la envidia que sentía Páez en un movimiento que disminuía su prestigio y poder militar en la zona de Casanare. El 30 de octubre recibió Santander un oficio en el que Páez le comunicaba que podía seguir su marcha. Páez le dice:

Buen viaje, pues, y doy las gracias porque me quitan de encima el peso de Casanare. Esta gente está endemoniada. Hierve en convulsiones y apenas Guerrero ha podido calmarla. No sé su intención: acaso será porque es venezolano el que lo manda. Esta maldita rivalidad, o más bien, esta disminución de hombres me irrita, y Dios quiera que no nos traiga una guerra civil si desde ahora no nos esforzamos en destruirla. (23)

Véase, pues, desde cuándo el embrollo entre granadinos y venezolanos venía ardiendo, que Páez observa que se estaban colocando los elementos para provocar una guerra civil. Santander, por su parte, aprecia el polvorín grandioso que dentro de un tiempo le permitirá administrar con total amplitud en lo que corresponda a “su territorio”. Ésta será una de las mayores reservas políticas para abrirse campo en un terreno como el militar en el que él no era experto.

En marzo de 1819, Bolívar recibió en Cañafístola muy buenas noticias de la conducta de Francisco y reconoció en términos elogiosos el trabajo desplegado en zona tan convulsa y peligrosa. En aquel desierto de hombres, andaba el Libertador a la caza de buenas acciones para darlas a conocer e imponerlas a los menos cultos; hacerlas preponderantes en un medio cada vez más envilecido por la guerra.

Casanare era el teatro de funestas discordias entre patriotas: tres jefes voluntariosos, atrevidos; insubordinados, acaudillaban cada cual sus tropas; se

disputaban el mando superior y recíprocamente se desconocían. Santander tuvo el mérito de calmar los ánimos. (24)

Desde Cañafístola, el 20 de mayo, el Libertador le escribe:

Para ejecutar una operación que medito a la Nueva Granada conviene que reúna usted todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable... Aún no sé positivamente el día, ni me he decidido por el modo en que debe ejecutarse. Así, me limito a indicar a usted el movimiento para que se prepare, y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. Usted solo, sólo debe saberlo. (25)

Esta carta muestra lo mucho que desconfiaba Bolívar de algunos generales venezolanos. Sobre todo, de Juan Bautista Arismendi, Santiago Mariño e incluso Páez.

Logró reunir Francisco de Paula fuerzas dispersas y buen número de jinetes, y más tarde ordenó el coronel Jacinto Lara ir ante el Libertador e indicarle que ya era el momento de iniciar la marcha.

Dejó Bolívar la operación militar por los lados de Barinas y convocó inmediatamente una junta de guerra. Estaban allí José Antonio Anzoátegui, Pedro León Torres, Pedro Briceño Méndez, Carlos Soubllette y Ambrosio Plaza, entre otros generales. Se impartió órdenes inmediatas a Páez para concentrar las fuerzas e iniciar una sorpresiva ofensiva militar. Ya entonces la gloria de San Martín traspasaba las fronteras de América. Bolívar, angustiado, veía llegada la hora de servir a Quito y marchar por la suerte de Perú, Chile y Argentina.

Llegó Bolívar al Arauca con un regimiento de caballería, dos escuadrones de lanceros y uno de carabineros. La división de Santander fue considerada la vanguardia del ejército, mientras que la retaguardia la comandaba José Antonio Anzoátegui.

Duro invierno de aquel año. Día y noche lloviendo. Todo inundado por ríos o caños, y la sabana parecía un lago. Se inutilizaron gran parte de las caballerías que conducían el parque y el ganado que iba de repuesto se ahogaba o se perdía en el inmenso estero. El 12 de junio, se vieron

Santander y Bolívar en Tame, de allí pasaron a la capital de Casanare, Pore, donde se reunieron con Anzoátegui.

Ya el 22 de junio, el proyecto de Los Andes parecía imposible por las condiciones del invierno. “Durante cuatro días lucharon con las dificultades de los caminos escabrosos o precipicios escarpados. Los llaneros se detenían ensimismados, aturdidos o melancólicos, contemplando las estupendas alturas; admirados de que existiese un país tan diferente del suyo.”(26) El 27, la vanguardia dispersó una fuerza realista de 300 hombres apostados en Paya. Aquel triunfo recobró el ánimo de las tropas fatigadas por el hambre, el frío y las enfermedades, y desde allí Bolívar lanzó una proclama:

¡Granadinos! Un ejército de Venezuela, reunido a los bravos de Casanare, a las órdenes del general Santander, marcha a libertaros...

El 6 de julio, llegó la división de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja. “Los soldados al ver hacia atrás las elevadas crestas de las montañas cubiertas de nieves y brumas, hicieron voto espontáneo de vencer o morir”. (27)

Tremenda fue la sorpresa de los realistas al saber que aquellos locos habían cruzado Los Andes.

Jamás se llegó a sospechar que Bolívar pudiese tomar la ruta inusitada y casi intransitable del páramo de Pisba. José María Barreiro, comandante en jefe de la tercera división española, tenía sus reales en Sogamoso, posición central donde se habían reunido mil seiscientos hombres; los cuerpos restantes estaban acampanados en los puntos más vulnerables de la frontera.

Después de algunos encuentros con gratificantes resultados para la causa patriótica, el 7 de agosto, muy temprano, Barreiro se puso en movimiento para cubrir el camino de la capital del virreinato, y ocupó el puente de Boyacá. Bolívar marchó inmediatamente por el camino desde Tunja a Santa Fe para forzarlos a dar batalla. En aquel encuentro, el oficial español Jiménez puso en jaque a la división de Santander que fue inmediatamente reforzada con algunas compañías del batallón de líneas y con guías de retaguardia. El parte del general Soublette del 8 de

agosto en Ventaquemada, dice que Francisco dirigió sus movimientos con acierto y firmeza.

Ésa fue la única batalla importante en la que Santander participó. Muchas han sido las críticas a su actuación. En el parte del general Carlos Soubllette sale favorecido. Hay el ánimo de encontrar una figura que amalgame la unidad nacional: la primera es el venezolano Bolívar; la segunda, el denodado combatiente granadino Santander. Ahora, en los tiempos presentes, en que la República de Colombia, para solidificar su identidad política necesita un héroe nacional, se ha elevado de manera exagerada la actuación de Francisco, colocándolo en Boyacá incluso por encima del general José Antonio Anzoátegui y del propio Bolívar. Se ha dado en decir que fue él quien definió la lucha y el camino del triunfo. “¿Miseria todas de la vanidad, hija en mucha parte de la destreza con que aquel hombre singular (Bolívar) hacía obrar a sus agentes persuadiéndoles que ejecutaban sus propias ideas cuando sólo se movían por las que él les inspiraba?(28)” Para otros, en cambio, el triunfo fue del Libertador, yendo y viniendo a caballo, animando, “felicitando a los que bajaban por el infernal páramo ... Puede decirse que él hizo cuatro veces el paso de Los Andes, pues iba a la vanguardia y volvía, feliz el hombre como si estuviese en la gloria”. Ya Bolívar, desde su refugio en Jamaica había previsto el rumbo de aquella marcha; pero ¿qué fue lo que le pasó a Santander a las primeras de cambio con las fuerzas de Barreiro? Lo mismo que le sucedió a su compadre José María Obando, el Jackson Granadino (29), quien se enfermó a la hora de tener que dar la cara en la batalla de Bomboná. Resulta que el Libertador va delante y alcanza a ver que Santander se apea del caballo. Sin duda está herido. ¿Qué pasa? Nada, una bala perdida le ha causado una contusión. Esto sucedió el 11 de julio. La diversión entre llaneros era coger palco para ver como se defendía en los trances difíciles. Estaba debajo del puente, no se sabe por qué, en momentos en que la lucha alcanzaba su punto más crítico. El mulato y oficial Leonardo Infante fue hasta él y sujetándole por la solapa, le dijo: “Venga a ganarse como nosotros las charreteras”. (30)

En fin, el 21 de agosto de 1819, fueron promovidos a generales de división José Antonio Anzoátegui y Francisco de Paula Santander.

NOTAS

1. Fernando González (1971). *Santander*. Editorial Bedout, Medellín, Colombia, p. 27.
2. *La familia de Santander*, Biblioteca Banco Popular.
3. Citado en Diego Carbonell (1944). *Majorem Liberatoris Gloriam*. Editorial Las Novedades, Caracas, p. 122.
4. Pilar Moreno de Ángel(1990). *Santander*. Editorial Planeta, Bogotá, pp. 52-53.
5. Ut supra, p. 83.
6. Fernando Gonzáles (1971). *Santander*. Editorial Bedout, Medellín, Colombia.
7. Ut supra.
8. Daniel Florencio O' Leary, *Memorias*. XXIII, p. 201.
9. Pilar Moreno de Ángel (1990). *Santander*, Editorial Planeta, Bogotá, p. 95.
10. Ut supra, p. 97.
11. Caracciolo Parra Pérez (1939). *Historia de la Primera República de Venezuela*. Caracas, 2 vol.
12. Camilo Riaño, *Los procesos del consejo permanente de guerra y la causa del prócer Camilo Torres*. *Archivos*. Academia Colombiana de Historia, Vol. II, Bogotá, enero de 1968- diciembre de 1970, No. 3, pp. 61-62.
13. Pilar Moreno de Ángel (1990) *Santander*. Editorial Planeta, Bogotá, pp. 78-79.

14. Comunicación de Santander al Soberano Congreso de la Nueva Granada encargado del poder ejecutivo federal. San Faustino, mayo, 1814.
15. Perú De Lacroix, *Diario de Bucaramanga*.
16. Fernando González, *Santander*.
17. Ut supra.
18. Lo relatado aquí puede leerse con más detalles en la *Autobiografía de José Antonio Páez*, capítulo VII.
19. Ut supra, cap. VIII.
20. Ut supra, cap. VIII.
21. Fernando González, *Santander*.
22. José Antonio Páez, *Autobiografía*, Cap. X.
23. Correspondencia dirigida al General Santander, Tomo X, pp. 62-63.
24. Véase, *Historia de la Nueva Granada* de José Manuel Restrepo, Editorial Cromos, 1952.
25. Véase, *Memorias del General Daniel Florencio O'Leary*.
26. Ut supra.
27. Ut supra.
28. Rafael María Baralt.
29. A José María Obando, Santander por admiración al Presidente norteamericano Andrew Jackson y por usar los bárbaros métodos de éste, lo llamó El Jackson Granadino.
30. Véase, *Historia de Venezuela*, de Rafael María Baralt.

LA BATALLA DE BOYACÁ

Lo esencial en un general es la constancia.

Wang Hsi

Un punto de referencia que suelen utilizar historiadores granadinos para tratar la Batalla de Boyacá son los documentos de Santander: «Apuntamientos para las Memorias sobre Colombia y la Nueva Granada». Ya sabemos que las memorias de los políticos están llenas de mentiras, y que para eso se hacen, para que el interesado hurgue en los puntos más escabrosos de su existencia y quite los lunares que puedan afear sus acciones públicas y privadas. En una palabra: “salvarse” para la posteridad.

Uno de los segmentos más extraordinarios de la vida de Santander es el que va de 1817 hasta 1819. Doña Pilar Moreno de Ángel (ya mencionada y de las que ha hecho una densa y completa biografía de Santander) pasa muy rápidamente por esta etapa, llena de inventiva, sacrificios y fértil en acciones intelectuales y morales. Se encontraba Santander muy lejos del teatro de los abogados que más tarde le dañaron su intelecto, su moral, su reputación.

Por esa época descubre, Santander, sin ataduras caprichosas de ningún tipo, la verdadera dimensión de Bolívar; volvió a reconocer cuán equivocado estaba cuando no quiso acompañarle durante la campaña del año 1813; supo pulsar la calidad de su valor, de su desprendimiento, de su constancia y sabiduría; reconoció que era el único en tener una idea clara y organizada de la enorme misión a su mando.

Los resultados de la Campaña Admirable, aunque malos para doña Pilar, no lo fueron tanto para don Francisco, que acabó por refugiarse bajo la sombra firme y amplia de don Simón; sus caídas y triunfos, la infatigable lucha sostenida contra el invasor, el mismo fusilamiento de Piar y la forma severa como mantiene a raya a los llaneros, le hicieron ver que Bolívar era el hombre necesario para cohesionar los dispares elementos que reunían los irrefrenables doctores y los feroces caudillos.

De tonto Santander no tenía un pelo

Páez no ofrecía seguridad más que para sus intereses; eso lo conoció muy de cerca el prócer cucuteño. Páez era un mañoso llanero, cruel y receloso, imposible de dominar y someter a razón alguna. Santander reconoció que nada podía conseguir, que no fuera la muerte, bajo las órdenes de tan peligroso *beduino*.

¿Quién iba a imaginar que este tramposo personaje acabaría por convertirse en el sostén más recio de las aspiraciones políticas y terrestres del Señor de las Leyes?

No deja de ser significativo que Páez fuera el patriota que puso más obstáculos a la campaña para liberar a Nueva Granada, pues fue de los «malandrines y follones» que interceptó a la comisión que bajo las órdenes de Santander se disponían a organizar el proyecto emancipador en los llanos; que se negó a acudir a la región de Cúcuta como se había acordado dentro de los planes de aquella extraordinaria gesta; no obstante, para los señores «liberales», Páez a la vez fue una especie de héroe regenerador del nacionalismo granadino, el capitán victorioso que dio al traste con las aspiraciones de la unidad continental que tanto procuró para nosotros el «Tirano en Jefe».

En el capítulo XIII de su libro (doña Pilar), titulado *La campaña de la Nueva Granada: alborada de la libertad*, hablando sobre la marcha que muy pronto se haría a Nueva Granada, a través de los gélidos páramos y para que se apreciara cómo devino Santander en Organizador de la Victoria, echa mano de las Memorias del eximio cucuteño, que yo debo transcribir tal cual como ella lo expone, haciendo entera justicia a la verdad de los hechos:

La traducción que recientemente se ha publicado en esta ciudad —comienza diciendo Santander en sus *Memorias*— del artículo Colombia de la *Enciclopedia Británica*(1), se ha hecho ya mención de un hecho importante, *que hubo interés de parte de Bolívar en no mencionar*, y del cual existen testigos oculares(2). Ocupado Paya por mi división, la de retaguardia vivaqueó en el llano de Miguel con el cuartel general, por no haber podido las tropas venezolanas marchar hasta dicho Paya. Con el capitán Freytes, edecán de Bolívar, recibí carta de éste llamándome al expresado vivaque para conferenciar sobre

la posibilidad de continuar campaña hacia Santafé: me sorprendió, como debía, esta novedad y la participé inmediatamente a los jefes de los cuerpos de mi mando, exigiéndoles me dijese con libertad su parecer para que me sirviera de regla en dicha conferencia; los coroneles Joaquín Fortoul, Antonio Arredondo, José María Cancino, y los mayores Joaquín París y Ramón Guerra con la más firme resolución me respondieron, que preferían una muerte segura en la proyectada operación contra los enemigos dominadores de la Nueva Granada, que retroceder a los llanos, y que la división sola debía seguir adelante.

El capitán de mil batallas, don Simón Bolívar, el tildado de vivir en las malditas e irrefrenables correrías por el continente americano, «El Demonio» capaz de arrostrar las más formidables adversidades, ¡vacilaba!; él, dios de los ejércitos (quien de la nada había sostenido el nombre de una república), proponía dar marcha atrás en uno de sus proyectos más gloriosos. El Hombre de las Dificultades, el loco que en traje indígena, a las orillas del Orinoco, prometió cruzar Nueva Granada, Ecuador y Perú en una odisea de creatividad, ingenio y grandes determinaciones políticas: fundando y hermanando pueblos, que los españoles y los mismos granadinos, como Nariño, por su coraje hasta Satanás lo llamaban; este hombre definido demente por Mancini, dado el frenesí de sus obsesiones y despiadadas marchas, ¿de pronto le tiembla el pulso y propone retroceder?

Él, temible soldado, creador de la Guerra a Muerte, Señor de la Campaña Admirable, mandamás de los llanos, el que estaba dispuesto a utilizar hasta a los muertos en defensa de la patria, resulta ahora que dudaba en medio de los abismos de la cordillera andina. ¿Qué impulsó a este temperamento que se llamó, insisto, a sí mismo y no por pura vanidad el Hombre de las Dificultades, ducho en el arte de sufrir las más crueles batallas del espíritu, para retroceder en las alturas de Paya? ¿Era cobardía? ¿Alguna vacilación antipatriótica, miserable debilidad? ¿Falta de carácter?

¡Qué ironía Señor!, Santander, quien habría de morir ahído de diatribas, atribulado por los cólicos biliosos que provocan los insultos y las calumnias; congestionado su cerebro por el infernal lío de sus contradicciones; lanzando bocanadas de denuestos a sus oponentes, lacerado su corazón por la burla con que muchos de sus antiguos camaradas lo

enfrentaban; adiposo, cargado de pesadillas, impotente por hacerse oír y respetar como ansiaba; ese ser atribulado por las funciones de bufetes y las miserias de partidos, chismes y rumores; envenenado por los consejos de mil locos incendiarios, es hoy para la clase a la que pertenece doña Pilar Moreno de Ángel «el Organizador de la Victoria», «el salvador del pueblo granadino», «el visionario que hizo rectificar a un Bolívar vacilante y confuso, una vez que había culminado el ascenso de los Andes».

¿Fue acaso este mismo señor Libertador Simón Bolívar el mismo que en lugar de escoger la vía del puerto de Buenaventura para marchar al Sur, como lo hizo Sucre, decide, por «cobarde» hacerlo dándole la cara a las huestes pastusas, atravesando el terreno escabroso de una sierra diez veces peor que las cornisas infernales de Pisba?

Más bien, encontramos al futuro Hombre de las Leyes asegurando en el Boletín del 8 de agosto lo siguiente(3):

...no añadiré otra cosa sino que el General Bolívar, presente en todos los puntos de acción, dio órdenes precisas para hacer brillar el valor de las tropas, el esfuerzo de los jefes y oficiales y terminar de una vez la obra que había tomado a su cargo.

Concluyo: si no fuera por el interés de hacer algún mal a la figura del Libertador, Santander no habría echado mano de este «recuerdo». ¿Por qué hacerlo?

¿Qué necesidad, más todavía, tiene doña Pilar en presentarlo? ¿Qué ganamos con herirnos mutuamente? ¿No insistía el Hombre de las Leyes, que él, en su viaje por Europa, jamás había dicho nada inconveniente contra el Libertador? ¿Por qué nunca antes (me refiero a los años inmediatos que siguieron a la Batalla de Boyacá), dijo o dejó constancia escrita de este incidente? Este cargo es exactamente el mismo que le echó en cara Santander al general Eusebio Borrero cuando este último le criticó en el Congreso que había mandado a asesinar a José Sardá y a Mariano París; le molestó con mucha razón a Santander el que Borrero no le hubiera hecho estas críticas siendo él presidente de la República. Contundente fue el Hombre de las Leyes cuando se preguntó: ¿No ocupó el señor Borrero un asiento en la cámara de representantes en las sesiones de 1834 y 1835? *¿No era entonces, en que los sucesos estaban recientes, la*

ocasión más favorable para haber levantado su voz en cumplimiento de un deber sagrado y promovido una acusación legal? Pues, este mismo argumento cabe para echarle en cara, ¿por qué no le dijo al Libertador, en el momento debido, esas críticas que tardíamente vino a estampar en sus memorias?

Lo que me asombra es que doña Pilar, ahora, cuando existen cantidades de documentos que clarifican en todos sus aspectos la Campaña de 1819, tome, según digo, como determinantes y definitivas las expresadas por su ídolo en sus *Memorias*. Quisiera saber cómo podría arreglárselas, doña Pilar, para explicar el hecho siguiente: Bolívar tenía entre sus planes pasar el Arauca, venir a Pore y reunirse con Santander. Ésta era una marcha que debía hacerse con la mayor celeridad *¡y por las vías menos conocidas!* Lo fundamental era caer sobre Tunja y hacerlo por sorpresa. Estaba en los planes de aquella invasión hacer creer a los españoles que se iba a invadir por los valles de Cúcuta para distraer un grueso de la división del general La Torre, haciendo que a éste le fuera imposible dar ninguna clase de ayuda a Barreiro.

De tal modo que Bolívar hizo correr la voz desde Mantecal, que marchaba sobre los valles de Cúcuta para batir las fuerzas del general La Torre, y se encaminó para Guasdualito; y luego de dar órdenes a Páez para que con mil hombres amagase sobre la provincia de Barinas y Cúcuta, mientras él seguía camino de Casanare, ¿qué sentido tenía, devolverse, luego de haber escalado tremendas alturas con más de 2.500 hombres, para atacar precisamente por donde Bolívar había ordenado prevenir a las tropas españolas?

Entre las quince instrucciones dadas a Páez tenemos las siguientes:

Marchar hacia Cúcuta con la columna de caballería situada en Guasdualito para llamar la atención del enemigo por aquella parte; cortar sus comunicaciones con Venezuela y mandar partidas hacia Mérida.

Ante todo, el enemigo debía ignorar dónde se iba librar la gran batalla, y para ello el Libertador hacía creer al enemigo que se preparara a la vez en muchos puntos, de modo que no fuera tan fuerte en todos ellos. En este caso, con el uso de espías y contraespías había hecho correr la voz que se invadiría por Cúcuta, y no podía, por tanto, desviarse del camino

tomado y caer por donde más se le esperaba. Se había hecho movilizar a Morillo en un frente formidable que lo debilitaba por doquier; no era capaz de saber por dónde iba surgir un cuerpo de temibles lanceros, una fuerte caballería o infantería, y estaba angustiado y disperso. El único punto fortificado era el de la región de Tunja.

No debo usar cientos de documentos que sobre esta campaña se han escrito y que por sus expresiones contra Santander son ofensivos. Mi único interés es atenerme a las referencias que toma doña Pilar para presentar la historia y hacerle los comentarios que considero atinentes a los casos que ella presenta.

La batalla de Boyacá va a producir un giro de ciento ochenta grados en la política provechosa y vilmente interesada de los norteamericanos hacia nosotros. Iban a dejar de ser los gringos meros neutrales para considerar seriamente en reconocernos como Nación independiente; lo que demuestra que frente a los gringos sólo la fuerza, el carácter decidido y determinante es lo que los detiene en sus pérdidas políticas colonialistas. Esta visión profunda la transmitiré, el Libertador, el 25 de mayo de 1820, a José Tomás Revenga, su secretario general (posteriormente ministro de Relaciones Exteriores y ministro de Hacienda):

Jamás conducta ha sido más infame que la de los norteamericanos con nosotros: ya ven decidida la suerte de las cosas y con protestas y ofertas, quién sabe si falsas, nos quieren lisonjear para intimidar a los españoles y hacerles entrar en sus intereses. El secreto del Presidente (de los Estados Unidos) es admirable. Es un chisme contra los ingleses que lo reviste con los velos del misterio para hacernos valer como servicio lo que en efecto fue un buscapié para la España; no ignorando los norteamericanos que con respecto a ellos los intereses de Inglaterra y España están ligados. No nos dejemos alucinar con apariencias vanas; sepamos bien lo que debemos hacer y lo que debemos parecer.

Yo no sé lo que deba pensar de esta extraordinaria franqueza con que ahora se muestran los norteamericanos: por una parte dudo, por otra parte me afirmo en la confianza de que habiendo llegado nuestra causa a su máximo, ya es tiempo de reparar los antiguos agravios. Si el primer caso sucede, quiero decir, si se nos pretende engañar, descubrámosles sus designios por medio de exorbitantes demandas; si están de buena fe, nos concederán una gran

parte de ellas, si de mala, no nos concederán nada y habremos conseguido la verdad, que en política como en guerra es de un valor inestimable. Ya que por su antineutralidad la América del Norte nos ha vejado tanto, exijámosle servicios que nos compensen sus humillaciones y fratricidios. Pidamos mucho y mostrémonos circunspectos para valer más...

VASALLO Y SEÑOR DE LAS LEYES

Tanto oprimen las leyes como antes los delitos.
Tácito Anales.

Oiga, señor general, llévese a este muchacho y hágamelo militar.

Lágrimas de gozo. Curas sacando imágenes de santos, indios que muestran sus coloridos penachos, y los negros sus tambores. Los ricos regalan gallinas gordas y ovejas para la celebración del acontecimiento, y dan a sus peones y esclavos aguardiente y pólvora para los ruidos.

¡Mueran los chapetones! Era don Vicente Azuero en el momento en que entraba el Libertador a Santa Fe.

Se encontraba igualmente eufórico el eminente abogado don Félix Restrepo, quien ante los mandamases de Pablo Morillo en Bogotá se había hecho vasallo de Fernando VII.

Muchos amigos de los chapetones que habían sido purificados por Morillo se acercaban a palacio donde se estuvo el Libertador algunas horas. Una larga fila se apostó en el lugar para dar los parabienes al nuevo jefe. Forcejaban unos contra otros, por ser los primeros en saludarle.

—Al fin, don Vicente, somos libres —hablaba un viejo que había sido secretario del fiscal don Tomás Tenorio. Se abrazan entre lágrimas.

—Qué desgracia, señor; estuve dieciocho meses sin salir de casa.

—Nos dejaron sin plumas y sin pelos.

El general Santander no tardaría en instalarse en el ansiado palacio de los virreyes. ¿Quién lo iba a pensar?, Francisquito.

El 11 de septiembre, Bolívar elevó a Santander, por decreto, al mando superior de las provincias libres de Nueva Granada. Esto se hizo bajo el título de Vicepresidente de Nueva Granada, y su titular podía ejercer las más altas funciones políticas en ausencia del presidente Simón Bolívar. Fatal designación por parte de Bolívar, dice Baralt, por cuanto que “el hombre que así elevaba al poder y a la grandeza empleó después una y otra para hacerle daño y convirtiéndose en su más cruel, constante e injusto antagonista”.

Decía entonces Bolívar: “¡Granadinos!, la unión de la Nueva Granada y Venezuela en una sola república es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana”.

Los festejos en palacio eran la nota del día, y fue más acalorado todavía cuando maestro y discípulo se encontraron.

Para entonces, Vicente Azuero era el mejor enterado de la situación legal de los embargos antes y después de la llegada del «Pacificador» Pablo Morillo, en consecuencia, lo incluyeron como miembro de la Comisión de Secuestro, junto con don Estanislao Vergara. Ése era un encargo que no tiene incidencia política en el gobierno de Santander, y en ese sentido, de inmediato se elaboraron varios oficios para que los firmase el Libertador.

Entre suspiros de contento y de mutuas alabanzas Santander con sus viejos amigos, recordaron los tiempos de cuando eran estudiantes y esclavos del virrey Amar. No hablaron del padre Omaña. Era muy duro. Pero Vicente Azuero y Santander hablaron en reservado de un lugar hermoso que daría mucha prestancia al señor Presidente. Se trataba de aquella hacienda de un cura chapetón que había sido expulsado de la región el año 14, cuando entró Bolívar contra las fuerzas de Nariño.

Hato Grande, se lo adivinó Francisco de Paula.

En verdad, ya esto estaba arreglado, porque la camarilla de la Comisión de Embargos y Arriendos del Estado le confeccionó el expediente. El padre Bufanda, dueño de Hato Grande, fue hecho prisionero en octubre de 1819 y desterrado a Guayana(4).

Esto era básico para el futuro del Hombre de las Leyes: imprescindible irlo preparando para que en el debido momento pudiera sustituir al Libertador, pero ya como el modelo liberal que se estilaba tanto en Europa como en Estados Unidos.

Sobre el escritorio de Santander, Azuero le colocó los detalles relativos a la propiedad que debía tener:

Una casa alta de tapia y teja con sus divisiones de bahareque llena de chimeneas, vencida, sin puertas ni ventanas, con dos de paja baja cada una con tres puertas de madera, y otra ídem inservible con sus dos ventanas dañadas; todo esto en la hacienda y justipreciadas en mil pesos...

Vista la situación de deterioro de esta propiedad, de inmediato había que buscar los fondos para repararla y entregársela bien acabada y acondicionada al hombre más importante de Colombia después del Libertador. Los arreglos comenzaron sin demora y en poco tiempo habría de convertirse en una de las mejores de la región. Se procedió a hacerse un gran muro de piedra en seco que se extendió por varias millas entre el camino y la planicie. Tan soberbia debió ser esta propiedad que con el tiempo se convirtió en la residencia campestre de los presidentes de Colombia.

Así como Francisco llenaba documentos relativos al cargo de Vicente Azuero, y éste insistía en que no se sabía cuánto tiempo podía durar aquella «luna de miel» en una situación tan inestable, había quien les recordaba: «Mañana se nos muere don Simón y adiós patria, adiós bienes, adiós libertad, adiós grandeza y respeto, adiós república».

Como por arte de magia, ya a los pocos días de la entrada triunfante en Bogotá, se había redactado un oficio (que evidentemente no fue redactado por el Libertador sino por Azuero), que en cuanto se diese la oportunidad se le haría llegar al jefe máximo para que lo firmara. Se trataba de una recompensa material a los servicios prestados por el general Francisco de Paula Santander, preparado, que rezaba así: (5)

Cuartel General de Santa Fe

A 12 de septiembre de 1819, 9º Simón Bolívar
Presidente de la República, Capitán General de los Ejércitos de Venezuela
y de la Nueva Granada, etc., etc., etc.

Atendiendo a los brillantes y distinguidos servicios que el General de División, Francisco de Paula Santander ha prestado a la República en todo el curso de la campaña de la Independencia, y muy particularmente a los que ha hecho en la presente campaña que manda el cuerpo de Vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada; y deseando recompensarle no sólo con honores y estimación general a que se ha hecho acreedor, sino de modo que asegure su cómoda subsistencia: usando de las facultades que me concede la Ley del 10 de octubre de 1817, y de las extraordinarias que me están delegadas por el Congreso General, he venido a decretar y decreto lo siguiente:

Artículo 1o. Se concede al General de División Francisco de Paula Santander en plena y absoluta propiedad como recompensa extraordinaria, la casa que pertenecía en esta ciudad al español emigrado Vicente Córdoba, sita en la primera calle nombrada Real y la hacienda conocida con el nombre de Hato Grande que pertenecía al español Pedro Bufanda sita en jurisdicción de Zipaquirá.

Artículo 2o. Se declara que la Hacienda Hato Grande cedida por el artículo precedente al General Santander, está exenta de la carga de diez mil pesos que reconocía a favor de don Francisco Rodríguez. Esta deuda correspondiente también al Estado, como derecho de un enemigo, claudica y queda a beneficio de la Hacienda.

Artículo 3o. Si valoradas la casa y la hacienda cedidas, excediere el precio total de ambas de la cantidad de veinte mil pesos que la Ley asigna a los Generales de División, el exceso que hubiere queda también como recompensa extraordinaria a favor del General Santander.

Artículo 4o. El Director General de rentas de las provincias de Nueva Granada se encarga de ejecutar este Decreto haciendo entrar en posesión de estas propiedades al general Santander cuando lo reclame y que se practiquen las diligencias de evalúo y demás que son consiguientes.

Comuníquese al interesado para que se haga el uso que le corresponde.

Dado, firmado de mi mano y refrendado por el Ministro
Secretario de la Guerra.

BOLÍVAR El Ministro.
PEDRO BRICEÑO MÉNDEZ (Hay rúbrica)

Este decreto revela ya una peculiar y preocupante debilidad del Libertador hacia Santander. Cómo se explica que sufriendo el país innumerables y abismales peligros, amenazas de todo tipo, principalmente de carácter militar, social y económico (con el tesoro exhausto) Bolívar tuviese que ocuparse de satisfacer estos requerimientos de carácter material y personal de Santander. Sobre todo, que estuviese satisfaciendo esta petición meramente pecuniaria apenas pocas semanas del triunfo en Boyacá, con Venezuela aún en manos de los españoles, el sur totalmente realista y con la mayor parte del continente todavía gimiendo bajo el poder de los godos.

Por otra parte, Santander esperaba que la Superintendencia General de Hacienda se ocupase de inmediato de este urgente requerimiento para que se remitieran los documentos de liberación de los censos que en las firmas correspondieran al Estado. La lentitud de aquellos procedimientos iba a exasperar de manera desquiciante su angustioso proceder en estos menesteres, él tan experto en asuntos administrativos; con todo su poder como vicepresidente de las Provincias libres de Nueva Granada, giró instrucciones a la Superintendencia solicitándole que cuanto antes se le pusiese en posesión de tales propiedades.

Azuero apretó las espuelas a los burócratas. No podían dárseles largas a asuntos políticos apremiantes, porque éste era de la mayor importancia dado que de los bienes que una persona poseyese dependía el poder ser diputado, candidato a la presidencia o asumir alguna representación oficial.

Ya estaba quedando claro, que por estas debilidades de Santander, su posición con relación a la política de los Estados Unidos y su sistema se iban a ir haciendo cada vez más opuestas a las del Libertador. Cuando las circunstancias lo hicieran necesario, y esto ya lo estaba previendo,

Estados Unidos iba a constituir su mayor fuerza política, su recurso más valioso y determinante. Él tenía que moverse muy cauto en relación con este imponente Coloso y no identificarse con la posición extremista, radical del Jefe del Estado. En esto coincidía de manera frontal su maestro Azuero, en cuanto a que Bolívar iba totalmente equivocado al desconfiar de los yanquis y tenerlos como enemigos.

Era un pedagogo nato don Vicente Azuero, y cuando hablaba parecía todo un profesor dictando una clase magistral. Claridad y coherencia en sus palabras, una seguridad en sus gestos y una formal dicción a la francesa en sus expresiones. Muchas palabras las decía en francés, sobre todo, aquellas relacionadas con la libertad, igualdad, patria y república. Oyéndole Francisco, le acudían tantas cosas a la cabeza, como la de formar un consejo secreto, un periódico anónimo que denunciara a los elementos más conservadores del país y sembrara una especie de terror contra las ideologías eclesiásticas; instaurar una logia poderosa internacionalmente, que pudiera velar por la seguridad republicana en caso de una amenaza de las monarquías europeas.

Agitadas reuniones filosóficas sobre estos temas se hacían frecuentemente en el palacio de gobierno, Vicente Azuero con su enorme rabo de paja tenía que andar agitado por su relación con don Tomás Tenorio, el fiscal de Pablo Morillo, y que seguramente estaba escondido en Bogotá. Escondido y quién sabe si hasta protegido por el propio Azuero.

Francisco pasó a dormir en los antiguos aposentos del Virrey. A un lado de las despensas del Virrey. ¡Qué belleza de cristalería! Cuadros, cortinas, canapés, muebles; sombreros de cardenal, espadas con empuñaduras de oro, pedrerías.

¡Cuánto progreso de rancia historia encerraban aquellas alcobas! ¡Cuántas minucias verdaderamente delicadas! ¡Cuántos objetos traídos de Francia, de la grande y bella Francia!

Santa Fe de Bogotá pasó a ser el centro de la América revolucionaria. Bolívar tiene treinta y siete años: en la plenitud de sus fuerzas, de su gloria. Un espanto, un florecer de cambios, de amor, de deseos nunca sospechados. En todo hay una sonrisa, hasta en el dolor de los moribundos. La inocencia, la ignorancia del porvenir, los días felices. Ese

presente afianzado más que nunca en los oficiales que estaban haciendo patria. En el torbellino de este triunfo, se encuentra Nicolasa Ibáñez, quien hace menos de un año tuvo su tercer hijo, Diego. Su esposo, don Antonio Caro, huyó, por realista, junto con las desprestigiadas fuerzas del virrey Juan Sámano. Pero Nicolasa como granadina y amiga de Bolívar quiere celebrar. «Nadie ama como yo a Bolívar». Va a los bailes, a la plaza, al mercado. A la iglesia Catedral, al cabildo. Es una “liberal”, dicen, y ella lo confirma con su carácter, con sus atrevimientos y desplantes. Su madre Manuela y su hermana Bernardina son también la fuerza de los extremos de la novedad femenina de Bogotá. La primera por su cordialidad y un gracejo de simpatía que anima los ambientes donde llega. Doña Manuela, experta madame, de dulces modales y risa fresca, alegra los convites y las reuniones revolucionarias en el propio palacio cuando se encuentran los más esclarecidos oficiales como Anzoátegui, Ambrosio Plaza y Santander.

El comentario de casa es la huida de don Antonio que «no es el esposo que se merece Nicolasa»; el comentario de Santander es que ella debería hacer una nueva vida en Bogotá. Bernardina es la esperanza, el sueño y la gloria, y la prefieren quienes tienen la vida en un viló y están más cerca de la poesía trágica: Bolívar y Ambrosio Plaza. Nicolasa debe ser para el presente, para el descanso o la vida serena en el hogar. Pero después de un trajín de guerra de diez meses, Bolívar elige a Nicolasa: sin conflicto, sin preguntas, sin exigencias ni remordimientos. Santander también piensa en Nicolasa, porque Bernardina lo puede conducir al matrimonio y él tiene esperanzas de casarse con la hija de Zea, la tierna Philippine, que puede llegar a ser condesa.

En estos trajines de eterna feria, Nicolasa había sugerido a Santander su situación de desamparada. En secreto le había dicho que ella no quiere ni tolera seguir viviendo con don Antonio, pero tampoco puede abandonarlo. Nicolasa había tenido en su lecho, con diferencia de pocos días, a hombres importantes de Nueva Granada y se creía con derecho a recibir protección, y a exigir que la protegieran.

Callaba y suspiraba Francisco, ¡cómo, le gustaba tanto aquella mujer! Era su olor, su frescura de dama bien trajeada, su desenfado, su liberalidad, su porte, la fuerza oculta que había atraído también a Bolívar, su grande y noble jefe.

Nicolasa quería a Antonio por ser débil. Si hubiese sido un hombre de carácter fuerte, no le habría importado abandonarlo, pero en verdad que el pobre no le había hecho mal alguno y siempre estaba preocupado porque no le faltase el sustento. Pero Santander estaba más enamorado de la política y no le ofrecía una relación amorosa estable. Tampoco le quiso aconsejar que se fuera a Ocaña.

Doña Manuela sentíase molesta por el marido de Nicolasa, sobre todo cuando veía para su hija un porvenir tan dichoso entre alguno de la oficialidad de primera línea que visitaba su casa. Especialmente, al galante y decoroso don Francisco de Paula, todo un general de división, que por gracia y autoridad del futuro Congreso, adicto a su persona, podía ser elevado a general en jefe.

Durante las celebraciones del triunfo de la Batalla de Boyacá, que fueron muchas y extenuantes, el hogar de las Ibañez lucía, pues, como el más feliz y ajetreado de la capital. La ciudad vivía llena de acontecimientos novedosos. En palacio se había presentado una compañía francesa de danza, y luego de varias noches, trajeadas de luces y derroches de lujo, el jefe Santander acudía a los cuarteles y pasaba revista a la tropa.

La utilidad imperecedera

El Libertador deja Bogotá el 20 de septiembre de 1819. Parte para Venezuela donde un mundo clama por su presencia. Este será el eterno drama del Libertador, Venezuela arde por los cuatro costados, porque los caudillos no respetan nada sagrado y otra vez se han alzado, y él tiene que desenvainar la espada para poner un poco de orden. Páez está resultando un fiasco. Apenas Bolívar dejó los llanos, Páez se desentendió de sus responsabilidades, y Arismendi y Mariño, cual bandoleros, se pusieron en cuatro manos a recoger las migajas de poder dejadas por el Libertador: depusieron al vicepresidente doctor Francisco Zea, elegido por el Congreso de Angostura en febrero de 1819. Arismendi se coronaba jefe político y militar de Venezuela e, incluso, celebró la noticia en la que se decía que a Bolívar lo habían derrotado en su intento por llegar a Nueva Granada.

Ahora, al dejar Bogotá, Santander iba a hacer exactamente lo que había hecho Páez al dejarlo en los llanos: dormirse en los laureles. En verdad que enteramente toda la patria descansaba sobre los hombros del Libertador.

A principios de noviembre, el Libertador se encontró en Pamplona con el general Anzoátegui. Allí trataron el tema que llevaba para Angostura, que era el de formalizar la integración de Venezuela, Ecuador y Nueva Granada en una gran Nación, y luego marchar al Sur, donde Anzoátegui debía tener un importante y decisivo papel. Bolívar, continuó su marcha y dejó en Pamplona a Anzoátegui, quien sorpresivamente muere en este pueblo el 15 de noviembre, a los 30 años de edad. Uno de los más duros golpes que recibió Bolívar quien al enterarse, el 19 de noviembre, comparó esta pérdida al de dos batallas.

Apenas entró el Libertador en territorio venezolano le llegó a sus manos un panfleto distribuido por Mariño y Arismendi que decía: «Acostumbrémonos de una vez por todas a menospreciar a Bolívar. Entonces nos veremos libres de su custodia». (6)

Al conocer aquel par de confundidos e intrigantes venezolanos de Arismendi y Mariño que Bolívar estaba próximo a arribar a Angostura, con la misma doblez con que actuaban Páez y Santander, le hicieron llegar expresiones de patriotismo, de confianza y solidaridad. Claro, Bolívar no podía sentir por estas cosas sino la mayor de las repugnancias. Era lamentable y así lo entendió el Libertador, que Mariño y Arismendi no pasarían de ser en el escenario de la lucha por la Independencia, más que unos pobres bandoleros.

Mientras tanto, con velocidad asombrosa Francisco de Paula iba venciendo los viejos residuos de su provincianismo. Por la mañana recibía clases de baile, por la tarde lecciones de francés y de etiqueta europea de la cuadrilla liberal y anti goda de la más rancia aristocracia bogotana. Por la noche, en selecta tertulia, pasaba revista a los más intrincados argumentos sobre el llamado convenio social. Aprendía a fumar cigarrillos, leía a Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Jeremías Bentham, Sócrates, Tácito y Montaigne y escuchaba a los exegetas del más puro liberalismo como don Vicente Azuero y Francisco Soto, y se alistaba

en una importante secta masónica con sucursales en el Caribe, Buenos Aires, Lima, París y Madrid.

Lo más evolucionado y selecto de la juventud bogotana estaba invitada a estas largas veladas, cuya mayoría sostenía que no serían realmente independientes hasta tanto las huestes salvajes empleadas en los altos estrados del servicio militar se despojaran de sus prerrogativas de mando. Que debajo de la sofistería de las palabras patrióticas se escondían los más oscuros vicios del pasado, por lo que la preeminencia de los llaneros en altos cargos públicos y militares acabaría por provocar una guerra civil. Eso sí, sostenían sin discusión alguna que Bolívar todavía era el astro inmortal y la esperanza de la América toda, pero que en dos o tres años debía retirarse para darle paso a una nueva generación de nuevos pensadores, de nuevos políticos.

Al mismo tiempo, ciertos jóvenes estudiantes del San Bartolomé se estaban llenando de un estrafalario furor, casi criminal, cuando se hablaba de libertad o de las cadenas de la esclavitud.

Importante es decir que había una escisión grave entre la llamada élite intelectual de Caracas y la de Bogotá, al igual que entre varios de los jefes militares que estaban luchando contra España. Poco a poco se habría de levantar el polvo de una división funesta para la República.

Todo era una novedad; había un deseo intenso de probar los más succulentos platos de la redención popular y sobrepasar a los idílicos programas de la igualdad social que se probaban en Europa. Pero Santander seguía irreverentemente sujeto a la etiqueta de palacio, al estilo de los viejos gobernantes españoles y no tenía prisa en suplantarla por el modelo de los esclarecidos romanos.

Las indagaciones sobre el barbarismo americano, tan criticado en las veladas de palacio, condujeron a experimentos peligrosos.

La cultura del señor Francisco de Paula era deplorable, y los doctores Azuero y Soto le tenían la cabeza ardiendo en pasiones liberales, en logias y en filosofías anticatólicas. En este sentido, el escritor José Manuel Groot nos dice que, apenas creada la República, quedó en manos de Santander

y éste, llamado a educar a esta nueva criatura social, le imprimió su propio carácter.

Pero a este ayo de Colombia —añade— se acercaron hombres superiores a él en conocimiento, porque él no era más que un militar, y con la influencia de esos hombres de ideas descabelladas o inaplicables al país le hicieron tomar tal giro al gobierno, que hasta los tiempos en que estamos han venido los resultados que vemos. (7)

Téngase en cuenta que Groot fue secretario de Santander, y también uno de los alucinados por el tremendismo de los liberales. Entonces, la manía era leer las obras de Jeremías Bentham, que causaban furor entre los letrados. Sabía Azuero de memoria una parte que hablaba del Método en la legislación penal de Bentham y sus discípulos la repetían como un rezo: “Las leyes que van más directamente al objeto o blanco de la sociedad, deben preceder a aquéllas cuya utilidad, por muy grande que sea, no es evidente”.

De las largas tertulias, don Vicente servía de maestro dando interminables peroratas con las que creía superar hasta al mismo Jeremías. Sacaba a relucir la necesidad del Cálculo; de la Acción Inmediata y de la Utilidad Imperecedera: tres teorías que provenían de una aplicación adelantada de la visión práctica del Tratado de Legislación Civil y Penal de Bentham.

Fusilar, fusilar, fusilar

Una tarde, luego de una larga consideración sobre la situación de Barreiro y los 38 oficiales que habían caído prisioneros después de la batalla de Boyacá, Santander concluyó de que había llegado el momento de imponer orden y de hacer una verdadera justicia republicana. Se dispuso de los balcones de la Plaza Mayor para un acto especial, se le hizo un llamado al pueblo para reunirlo junto con un numeroso concurso de distinguidas personalidades: Se formaron dos alas de tropa en traje de gala, todo para que se hiciera un ejercicio de voluntad popular y se viera cómo se ejecutaba a un grupo de verdugos de América. Aún cuando hubo quienes preguntaron:

— ¿Sin Consejo de Guerra ni tribunal, Excelencia? (8)

A lo que el orondo vicepresidente de las Provincias libres de Nueva Granada contestó:

— La patria está en peligro de muerte, y las circunstancias nos obligan a tomar medidas extremas...

Una hora después se oían redobles de campana y música de cuerdas alrededor de la plaza. Cornetines y carreras de caballos en jolgorio de fiesta nacional. El Vicepresidente se acercó a las vidrieras de su gabinete...

El 11 de octubre, Santander dio la orden de fusilamiento contra Barreiro y los 38 oficiales que habían sido hechos prisioneros en los campos de Boyacá. Este acto causó fuertes calificativos contra el Vicepresidente, tanto en la República como en el exterior.

¡Horror! Cualquiera diría que la Independencia se había consolidado. Bolívar estaba en el infierno y no lo sabía, o no lo quería saber. La República había que hacerla con godos arrepentidos. Con los peores trastos del más perverso coloniaje.

Y el 17 de diciembre de 1819, el Congreso de Angostura satisfizo este anhelo de Bolívar:

Artículo 1°. Las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola bajo el título glorioso de la República de Colombia.

Desaparecía así, por tanto, el nombre de aquella Nueva Granada ligada al virreinato.

Se propuso también, en el Congreso de Angostura, que una nueva ciudad con el nombre del Libertador sería la capital de Colombia, que su capital y situación se determinaría en el Congreso General de Colombia, que se reuniría el 10 de enero de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta. Las autoridades supremas de la República de Colombia designadas por este Congreso fueron: Juan Germán Roscio, vicepresidente de Venezuela, y Santander, vicepresidente de Cundinamarca. Bolívar no era hombre que anduviese celebrando Noche Buena, y el propio 24 de diciembre partió de Angostura camino de Bogotá. A mediados de enero

de 1820, lo encontramos en San Juan de Payara, con un ejército bastante diezmado por las deserciones y los hombres fatigados. No puede darles descanso porque los pierde a todos, y sin saber realmente qué hacer avanza hacia Bogotá, pero sin aliento, sin esperanza. El 1 de febrero llega a Gusadualito, y va pensado que se meterá en el infierno de Pasto, ya sin el enorme recurso que le ofrecía el general Anzoátegui. Sin mucha fe llega a El Socorro el 25 de febrero, donde se detiene, atormentado, viendo a su tropa sin un plan fijo ni grandioso. No quiere pasar otra vez a Bogotá sin haber logrado una victoria y retrocede. Espera que su estrella le indique el camino a seguir. Hay algo además que le ha enfriado horriblemente su corazón...

EL FUSILAMIENTO DE BARREIRO Y SUS 38 OFICIALES

*Nadie está exento de decir necesidades:
el mal consiste en decirlas con pompa.*
Montaigne

Fue lamentable lo del fusilamiento de Barreiro y sus oficiales, porque estaba pendiente una negociación de canje que haría honor a la naciente República de Colombia. Refiere O’Leary que el general Santander, «a caballo y rodeado de su Estado mayor presenció la sangrienta escena desde la puerta del palacio. Después de la descarga dirigió algunas palabras impropias de la ocasión al populacho». Se cuenta que un anciano, Malpica, indignado, gritó: «No le hace falta, que atrás viene quien las endereza»(9); se refería a los realistas que seguían luchando. No tardó en llegar el cuento a oídos de Santander, quien al instante ordenó que lo pasaran por las armas. Como alguno le observara que bastaba con que hubieran pagado con la vida treinta y nueve españoles, «que sean cuarenta», replicó violento, y la orden fue ejecutada sin demora.

Santander tenía que admirar el carácter entre asiático y godo de Barreiro porque tenía esa cruel frialdad para asesinar y llenar de fiera a sus soldados. Antes de darse la Batalla de Boyacá, existe un parte de guerra de este oficial realista que seguramente llenó de gozo a Santander al leerlo:

Los soldados se han llenado de tal emulación que necesitó mucho trabajo para calmar sus ímpetus, pues, todos quieren batirse y tomar parte en el destrozo de los rebeldes. Se han hecho muchos prisioneros y entre ellos varios oficiales que se han conocido por los despachos que traían del célebre Bolívar, pero todos fueron muertos al llegar a nuestras filas, sin que pudiera yo evitarlo. Es verdad que no me opuse y aún lo consentí, pues, la clase de soldados que tenemos se necesita ensangrentarlos para enardecerlos.(10)

Corría la sangre mezclada con el agua del caño que bajaba por la calle de la iglesia de la Concepción, cuando el Vicepresidente montó a caballo, y seguido de una gran multitud, con una banda de músicos dio una vuelta a la plaza en vistoso alarde, arengando al pueblo y cantando algunos del acompañamiento unos versos que empezaban:

Ya salen las emigradas, ya salen todas llorando
detrás de la triste tropa de su adorado Fernando.

La celebración concluyó con un baile en palacio. Muchas circunstancias concurren a hacer su conducta indigna de un caballero, de un militar, de un hombre. Nada podía justificar la degradación del elevado puesto que ocupaba, atormentando e insultando la desdichada suerte de aquellos, desgraciados y, sobre todo, ser el director y artífice de tan repugnante espectáculo, y después, tomar parte activa y degradante en su celebración.(11)

Al menos Bolívar tenía que eliminar a los españoles en la guerra, porque no veía o no encontraba otro medio para contenerlos, pero Francisco, desde su pacífico salón de la Vicepresidencia, parecía gozar al ver sacrificar o aniquilar realistas, decía: «Yo encuentro interiormente un placer en hacer matar todos los godos».

Treinta y dos páginas utilizó el Vicepresidente para justificar aquel fusilamiento y defenderse de las acusaciones que al respecto hizo Zea. Decía Zea, granadino y uno de los representantes en el Congreso de Angostura, que Colombia había perdido, por aquel acto, mucha reputación ante los países civilizados(12). La defensa de Santander tiene partes de veras incontestables, sobre todo, cuando habla de las atrocidades de los españoles; sin embargo, no era satisfactoria, porque los crímenes abominables de los españoles habían cesado para entonces, al igual que ya no se justificaba el Decreto de Guerra a Muerte.

Con su acción, hizo presentar a nuestra revolución como un teatro de sangrientas venganzas. En Venezuela, por ejemplo, no se le quiso registrar en los archivos de los actos públicos. “En las Antillas mereció la reprobación de todos y contribuyó, en general, a resfriar la alegría que había causado el triunfo memorable de la Batalla de Boyacá”.(13)

Muchos pensaron que aquella mancha sobre la reputación de don Francisco podía inducirle a un cambio de su carácter. Pero no, acentuó aún más su excéntrica personalidad. Jamás se retractó de aquel acto, sino que años más tarde trató de convertirlo en algo loable y patriótico.

Nadie se explica ese placer insensato en ir y recrearse mirando cadáveres tibios de enemigos que estaban a su merced. No sólo se quedaba a contemplarlos⁽¹⁴⁾, sino que al lado de ellos arengaba a la tropa, hablando en nombre de la justicia y de la salvación pública. Luego se bailó en palacio como si se hubiera ganado una batalla a campo abierto.

Bolívar, teniendo siempre la desgracia de conocer tarde las determinaciones extrañas de su principal teniente, escribía el 9 de septiembre al virrey Sámano:

El ejército español que defendía al partido del Rey en la Nueva Granada está todo en nuestro poder... El derecho de la guerra nos autoriza para tomar justas represalias... pero ya lejos de competir en maleficencia con nuestros enemigos, quiero colmarlos de generosidad por la centésima vez. Propongo un canje de prisioneros para libertar al general Barreiro y a toda su oficialidad y soldados.

Estas líneas las escribía el Libertador al tiempo que Francisco redactaba su defensa:

Fusilar treinta y ocho prisioneros tomados en una guerra regular y cual se usa entre pueblos cultos, hubiera sido un suceso, no inaudito, pero sí escandaloso. Mas fusilarlos en una guerra irregular, en donde los enemigos no observan derecho alguno, en que violan hasta las consideraciones debidas a la humanidad, en que no nos tratan como a hombres, sino como a bestias, es un acto de justicia y aun de necesidad. Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus garras, ¿por qué no los podemos degollar nosotros si caen en nuestras manos?

No sabemos lo que Santander llamaba guerra regular. ¿Será la que Napoleón hacía en Europa, quien en la guerra contra Rusia pedía que no se hicieran prisioneros?

Bolívar se conmovió ante la matanza de Barreiro y sus oficiales, pero era tal el cúmulo de glorias que se abrían para Colombia y el mundo, que la torpeza se diluyó en los avatares de la guerra.

Restrepo dice que la severa medida dio vida y nuevo aliento a los independientes, salvando acaso a la República de otras desgracias; que esto mostraba que no había otro árbitro entre los patriotas sino vencer o morir en manos de los españoles, etc. (Cómo se percibe aquí el estilo de Santander retocando los papeles del pobre Restrepo).

Veamos estas palabras con cuidado, porque en manos del propio Restrepo estuvo la vida de Francisco el año de 1828, por crímenes de lesa patria. Entonces, Restrepo no pensó que eliminando aquellos godos de nuevo cuño, Colombia se salvaría; sin embargo él, más tarde, después de muerto Bolívar dirá que las medidas extremas para asegurar la unión eran el único camino que quedaba al Libertador. Además, no era cierto que el fusilamiento de los prisioneros aumentara la fe y la fuerza de los patriotas; no, ya eso estaba decidido por el carácter de la guerra que hacía Bolívar y que entonces se extendía a Nueva Granada. Era la constancia del genio de Bolívar la que daba fe a los patriotas y terror a los realistas.

Fueron bromas de Santander sus peroratas exterminadoras (si se recuerda que fueron los granadinos quienes se habían opuesto fuertemente a la guerra a muerte, cuando se requería). Sobre todo, si recordamos cómo el fusilamiento hecho por Urdaneta, el año 1814, de algunos pacíficos españoles, produjo en el Congreso de Tunja el más fuerte rechazo.

La reacción contra Barreiro va a tener pesada influencia en la naturaleza de Santander. El 22 de noviembre de 1819, escribe al Libertador: «Aseguro a usted que el asiento de Piar lo piden de justicia otros compatriotas nuestros». Poco después, el 3 de diciembre, al mismo Libertador, en expresiones de honda satisfacción exclama: «Fue aprendido el gobernador del Chocó, don Juan Aguirre, y fusilado acto continuo»,⁽¹⁵⁾ y el 10 de diciembre del mismo año: «Me parece que el pueblo que presencia la ejecución de un godo hace sacrificios por su libertad»⁽¹⁶⁾.

Gusto cogió por los fusilamientos. Apenas salía de la matanza de Barreiro y sus oficiales, el 26 de marzo de 1820, expidió la siguiente circular:

Número 9. República de Colombia. Francisco de Paula Santander, del Orden de Libertadores, Condecorado con la Cruz de Boyacá, General de División de los Ejércitos de la República y Vicepresidente del Departamento de Cundinamarca. Bogotá... Estoy informado de que los presbíteros doctores Santiago y José Torres y Pedro Flores marchan con grandísima insolencia, haciendo alarde en público de ser empecinados enemigos de la independencia de América, por lo que pido a ustedes que si siguen de un modo igual haciendo burla del Gobierno y fijando en su tránsito opiniones subversivas, se les fusile en el momento, sin réplicas ni excusa, y sin otra formalidad que la de permitir se auxilién unos a otros. Y el que así no lo cumpliera por recelo o por temor fanático, será responsable de su inobediencia, no sólo con su empleo, sino con su propia vida...(17)

Pero veamos lo que dice don Francisco de Paula, poco antes de morir, sobre este asunto de Barreiro:

Yo hice en Bogotá lo que otros jefes y Bolívar mismo habían ejecutado en la provincia de Caracas; lo que el general Páez ejecutó en Apure; el Gral. Bermúdez en Cumaná; el Gral. Piar en Guayana; el coronel Lara en Guararé, etc...

Es decir, yo también hice lo que hicieron otros, y por ello no hay culpa, y por ello reincidí muchas veces en lo mismo.

Añadió en sus *Apuntamientos* que ni una sola persona expulsó él de Colombia y a nadie condenó que no hubiera sido por orden de Bolívar.

En lo de Barreiro y sus oficiales pone en práctica un subterfugio que luego usará a lo largo de su mandato: no comunicar sus órdenes al Libertador, sino cuando las ha tomado y son ya irreparables. La decisión del fusilamiento la informó al Libertador seis días después de ejecutada.

Estos actos de terror eran inútiles. Esta manera de ordenar matar no era muestra de valentía alguna, de ninguna bravura ni arrojo: “era

desgarrar las pieles de bestias salvajes echadas en casa y que no habían osado atacar con valor en el campo.” (18)

Esta deplorable acción de sus manías le persiguió hasta la muerte. Aún en la noche nefasta de su agonía, rodeado del arzobispo Mosquera, del presidente Márquez y sus más queridos amigos, pedirá a gritos aceite de ricino empapado en la imagen sagrada de la Chiquinquirá y dirá: “Encúbreme Señor, yo no lo hice por maldad, fueron las circunstancias...”

Encúbreme, como cuando le pidió a Bolívar, en aquella carta del 17 de octubre de 1819:

Al fin fue preciso salir de Barreiro y sus treinta y ocho compañeros. Las chispas me tenían loco, el pueblo estaba resfriado, y yo no esperaba nada, nada, favorable de mantenerlos arrestados. El expediente, está bien cubierto, pero como ni Ud. (por desgracia de la América) es eterno, ni yo puedo ser siempre gobernante, es menester que su contestación me cubra para todo tiempo, de ella protesto no hacer uso sino cuando este remoto e inesperado caso pueda llegar.(19)

Estas líneas revelan cómo Bolívar fue siempre débil a las exigencias de Santander; y lo fue por creencia de que estas confesiones eran del todo ingenuas, y producto de la más fervorosa identificación moral con sus luchas. De aquél que era capaz de hacer las más duras confesiones al amigo para que éste le protegiera del ardor ignorante de la casta militar, del juicio histórico malsano y del verbo relajante de los partidos.

AÑOS DE APRENDIZAJE

Nadie puede salir a conquistar el mundo si tiene dudas de sí mismo.

Lin Yutang

Mientras Bolívar va de un extremo a otro del país consolidando el triunfo obtenido en Boyacá, Santander organiza desde su despacho expediciones contra las provincias de Nueva Granada sometidas a los realistas. Una de aquellas provincias es la de Popayán, cuya defensa está a cargo de Antonio Obando. Calzada hizo en aquel lugar un ataque contra los patriotas, matando mucha gente y apoderándose de gran número de armas y soldados. Así se perdió Popayán y también la región de Pasto. Santander, sin embargo, excogitó cuantos medios tuvo a su disposición para impedir que Calzada amenazara al resto de las provincias libres. No sospechaba que entre las fuerzas del realista Calzada había un joven oficial de apellido Obando que habría de ser con el tiempo la peana de sus ideas y de su poder.

La estrella de Santander se encumbra rápidamente hacia glorias inesperadas. Escribe docenas de cartas diarias, mueve ejércitos, recibe honores de otras tierras, escribe en la prensa del país y promueve el nombre de su posición liberal entre los pueblos de Europa. Se afina aún más en el conocimiento de las leyes y penetra con cuidadoso discernimiento en las palabras y acciones del Libertador.

Una escuela de sutilísimas enseñanzas para el político, son las cartas del Libertador, quien escribía con placer, sinceridad y amistad a Francisco. No porque fuera el Vicepresidente, sino porque lo quería y estaba persuadido de que su inteligencia y destreza para los asuntos administrativos lo perfilaban como el organizador de la República. Ni siquiera Sucre logró esta confianza de Bolívar en aquellos primeros años del gobierno de Nueva Granada. Había razones para creer que Francisco fuese la continuación gloriosa de Bolívar, lo malo era que el maestro no iba a tener oportunidad de guiar a su discípulo personalmente, y éste cayó en los sofismas “liberales”. Recuérdese que fue a uno de los pocos a quien confió el secreto de la invasión a Nueva Granada. En septiembre

de 1819, había decidido su destino político porque le decía: «Los conocimientos, celo y talentos políticos y militares, de V.S. me prometen no sólo el aplauso general de mi elección sino la conservación y seguridad de las provincias ya libres...»(20)

En noviembre del mismo año, le da consejos sobre cómo administrar el gobierno; le dice que sea circunspecto en las órdenes, proclamas y decretos; sabe Bolívar que el carácter fogoso de su preferido puede hacer perder el necesario equilibrio del Estado. Incluso desapruueba, en aquellos días, una de sus proclamas para Santa Fe. Le dice: “Un papel acalorado suele descubrir el estado de un gobierno o los gobernantes”. Para endulzarlo un poco, antes de terminar la carta, agrega:

Cuando le dije en Santa Fe: Yo no me aparto de vosotros, yo os dejo en Santander «otro Bolívar», mi pequeña presunción en esta parte merece la indulgencia de los que consideran que fue un sentimiento de íntima confianza en Ud. el que me arrancó esta expresión de mi corazón. ¿Y sería usted capaz de burlar la convicción en que vivo? No, no, no!!! (21)

Con las debidas argucias administrativas, en las que Azuero, Francisco Soto y su pupilo eran harto expertos, se dieron manos a la obra para evitar que no se fueran a quedar rezagados los bienes con que el Libertador había premiado a Santander. Ni aún con su alto cargo Santander estaba seguro de que se hiciesen expeditos aquellos procedimientos en medio de las pesadas redes de la Superintendencia que habían dejado los españoles; así, haciendo uso de sus elevados títulos, y aplicándolos precisamente como lo ordenaban los principios filosóficos de la utilidad más provechosa del manual de Bentham, se procedió a redactar el siguiente documento(22):

República Colombiana

Francisco de Paula Santander de las Órdenes de los Libertadores de Venezuela, Cundinamarca, condecorado con la Cruz de Boyacá General de División de los Ejércitos de la República y Vicepresidente del Departamento de Cundinamarca, etc., etc., etc.

Señor Superintendente General de Hacienda.

El excelentísimo señor Libertador y Presidente de la República, teniendo en consideración las Leyes que sobre repartimiento de bienes nacionales ha expedido el Soberano Congreso, se ha dignado conferirme en propiedad la Hacienda de Hato Grande, y la casa que fue de la pertenencia de don Vicente Córdoba. El Decreto de su Excelencia fecha de 12 de septiembre del año pasado, que existe en la Oficina del Tesoro Público, acredita la cesión, y su cumplimiento se le encarga a vuestra señoría cuando por mí fuere reclamado. Lo solicito, pues, y vuestra señoría se ha de servir mandárseme ponga en posesión de las indicadas fincas: que se me entreguen las escrituras y documentos de propiedad que tuvieren ante mí orden poseedora, y que se me dé noticia de las personas que la tengan arrendadas, y los términos en que han celebrado contrato.

Para cualquier diligencia judicial que haya que practicarse en la materia, nombro de mi apoderado a mi mayordomo Tadeo Cuéllar, a quien vuestra señoría se servirá igualmente tenerlo para tal, y en su virtud, prevenir con él se entiendan los autos y decretos que se instalen.

Dios guarde a Vuestra Señoría

Bogotá; agosto, 3 de 1820.10°

Francisco de Paula Santander

Cobrando afrentas

El 27 de noviembre de 1820, se da el honroso suceso para la patria con la célebre entrevista entre Bolívar y Morillo, que se denominó «Armisticio de Santa Ana». Bolívar le dio a esta entrevista una importancia tan grande como ganar una crucial batalla. Todo su genio político y diplomático lo puso en este encuentro en el que dominó en todo momento, porque además se encontraba frente a su mayor enemigo con superioridad en todo. Con una muy bien administrada franqueza y buena fe, ofreciéndole confianza y amistad desarmó a Pablo Morillo. Dice al respecto el propio Libertador que aquellas apariencias desenvueltas por él formaban parte del estilo y de convención tácita entre los diplomáticos, pero que ni Morillo ni él fueron engañados por aquellas demostraciones. Que sólo los imbéciles lo fueron y lo están todavía, por cuanto que no faltaron en Bogotá y Caracas quienes dijeran que Bolívar

andaba en busca de la paz con los españoles a toda costa. Aquel armisticio de seis meses que se celebró fue con el único pretexto, por parte de Bolívar, para hacer ver al mundo que ya Colombia trataba de potencia a potencia con España. Además, el armisticio fue redactado por el propio Bolívar, y Morillo lo aceptó. Un tratado humanitario que ponía fin a la horrible carnicería de matar a los vencidos, de no hacer prisioneros de guerra, que siendo una barbarie impuesta por los españoles, los patriotas se veían en la necesidad de adoptar como represalia. Con aquel armisticio las fuerzas españolas perdieron fuerza, mientras que las republicanas se consolidaron y fortalecieron. Luego de este armisticio a Morillo no le quedó otra cosa que retirarse a España, y tuvo que dejar su mando en el general La Torre, mucho menos experto y ducho en el arte de la guerra. Hasta aquí este asunto de extraordinaria importancia para la liberación, no sólo de Venezuela, sino también de la Nueva Granada.

Recordará el lector al coronel Rangel, quien se opuso a que Santander fuese elegido jefe del ejército (año de 1816). Pues bien, no entendemos por qué desde su vicepresidencia renacía en Francisco un deseo de saldar afrentas, no sólo con este oficial, sino con muchos otros que lo habían tratado “mal” en aquellos aciagos años de la Guerra de Independencia. Esto era peligroso. Cierta vez escribió a Bolívar:

Han sido infinitas las quejas que he recibido contra los excesos y abusos de Rangel en Casanare... Yo había callado porque sé la favorable prevención de usted por Rangel... (le habla de algunas tropelías que comete con el ganado, y añade, mostrando la hiel de su carácter). Esto, mi general, es insufrible, y tal conducta no quiere decir otra cosa sino que la República es de cuatro malvados aduladores que, a título de guapos, quieren obtener toda especie de autorización, para robar...

Como Bolívar está imposibilitado de averiguar los hechos, cree cuanto le dice el Vicepresidente. Aquel odio de Francisco provenía (quizá) de la confianza que Bolívar tenía en el coronel Rangel, a quien él mismo había nombrado para que actuara con plenas facultades en la provincia de Casanare; ahora le enviaba una dura reprimenda y, para satisfacción de su pupilo, le decía: “A Rangel le he escrito en el tono más fuerte sobre lo que usted me dice de él”.(23)

Se le hace difícil a Francisco gobernar. No es para menos, sujeto a los caprichos “bárbaros” de los llaneros y de unos cuantos escribientes que le miran como advenedizo en el gran escenario de la política nacional. Quiere hacerse respetar y no sabe cómo conseguirlo, sino mediante la autoridad de Bolívar. Francisco no tenía el tacto ni tampoco los recursos para someter los caprichos de los oficiales que no le obedecían porque poco entendían de códigos, leyes, magistrados y principios constitucionales.

En medio de estos ajetreos de gobierno tiene Francisco de Paula severos encontronazos con Alcántara, quien tampoco le quiere obedecer; otra vez vuelve la impotencia de tener que recurrir al Libertador, y le escribe:

Alcántara ha ido en su marcha haciendo de mí panegíricos, como los que acostumbra a hacer a todos. Aunque yo sea malísimo, él no debe andar desacreditándose, pues debe observar la diferencia que hay entre los dos y la diferencia de situación... Ha ido metiendo en las iglesias hasta putas de las tropas, procedimiento que nos hace perder la opinión entre el pueblo que mira todo esto como escandaloso e impío. Sírvase usted, mi General, hacerle alguna insinuación para que refrene su lengua y no se exponga a que yo le dé motivo de llamarme tirano.(24)

Al final, por la larga solidaridad de Bolívar con esta actitud del Vicepresidente, desde 1819 hasta 1827, un grueso de la población civil y militar lo colocará en el centro de la controversia nacional y como el personaje más destacado después del Libertador.

No se crea que, para entonces, Francisco era un hombre amargado y quisquilloso. No señor, eso le vendrá con el enredo de las teorías liberales de su amigo Vicente. Tenía un humor aliñado con ají y vinagre, y en su oficina privada, en palacio, sus carcajadas iluminaban a los ceñudos ministros. Los cuentos que se tejían sobre el coronel Antonio Obando, los misterios de la logia, los sustos a “moros” y cristianos eran estratégicamente preparados en su oficina. A veces hacía llamar señoría ilustrísima a un bonachón y distraído sacerdote llamado Moyano, y el pobre hombre repartía bendiciones a todo el mundo.

Estaba tan poseído de su papel que, estando sentado junto al general Santander, le hablaba éste con tanto fundamento como si efectivamente fuera arzobispo; y Santander, que tenía algo del humor del ventero que armaba caballeros andantes, le daba el tratamiento de ilustrísima, y él lo recibía con mucha seriedad. Los familiares le tenían el sombrero, parados detrás de la silla, vestidos de monigotes.(25)

Era porque Santander hervía como nunca en las ideas de Bentham. Cada día se aprendía algún precepto del Tratado de Legislación de este autor. Recitaba de memoria aquél contenido de la página(26), que dice:

Yo puedo estar de pie o sentarme, entrar o salir, comer o no comer, etc. La ley nada dice sobre esto; pero, sin embargo, el derecho que ejerzo en estos actos lo debo a la ley, porque ésta es la que erige en delito toda violencia que se me haga para estorbarme el hacer lo que quiera.(26)

El que no estaba en alguna logia masónica era considerado por el Gobierno retrogrado, “fanático”, godo, monárquico, reaccionario y realista.

La gente humilde se sentía aborrecida por los funcionarios. El que no sabía leer era despreciado, y se inició una cadena de trastornos entre los funcionarios haciéndoles creer que vivían en un mundo enfermo de contradicciones, cuya medicina estaba en libros e ideas difíciles, imposibles de conocer o digerir para la mayoría. Que la salvación estaba en Francia o en Estados Unidos. Las ocupaciones del Estado fueron desviándose hacia filosofías extrañas, que acabaron confundiendo al pueblo y a los magistrados.

Como la moda era Bentham, Azuero recitaba en los colegios los principios del utilitarismo, sobre todo aquél que dice:

Vuestro objeto único es buscar el placer y evitar el dolor. Estos sentimientos eternos e irresistibles deben ser vuestro gran estudio. El principio de la utilidad lo subordina todo a estos dos móviles. La virtud no es un bien, sino cuando ocasiona el placer; y el vicio no es malo, sino cuando causa pena. Así, si en el catálogo vulgar de las virtudes (como los mandamientos) halláis una que produzca más pena que placer, borradla y pasadla al catálogo de los vicios; y si en el catálogo de los vicios (como el de los siete pecados

capitales) encontráis alguno que inocentemente os produzca placer, borradlo y pasadlo al catálogo de las virtudes.

Fue así como el país se llenó de ladrones y de personajes que querían tener el placer (la virtud) de matar al Libertador. Carujo fue uno de los más embebidos en estas torpezas y no encontraba qué hacer con los “virtuosos” puñales que le pasaban los benthamistas. Ya entonces era muy conocida para estos liberales criollos que el Libertador detestaba ese espíritu egoísta e inhumano que se incubaba en los banqueros, muchas de las personas dedicadas al comercio, al vil mercantilismo. Pronto escucharon de él juicios severamente críticos sobre algunos de sus oficiales porque amaban desmesuradamente el dinero, pasión miserable que los hacía tacaños y avaros de lo ajeno. En verdad que Bolívar siempre mostró el mayor desprecio por todo aquél que amaba el dinero, y en el Diario de Bucaramanga puede verse cómo fustiga a los coroneles Wilson y Santana por esta despreciable debilidad.

Por esta misma vía, verdaderos godos, que habían huido cuando la estampida de Sámano, regresaron so pretexto de que eran masones de corazón. Así fue como un oficial de apellido Pérez, de los llegados a Panamá con el general realista Mourgeon, consiguió trabajo en la logia de Bogotá, haciendo el papel de ahorcado (espantos que hacían a los Iniciados). Nos cuenta Groot que, después de imponer miedo a mucho recipiendario, marchó al sur con órdenes elocuentes de la logia. Hombre por demás vulgar e ignorante, y condecorado con altos grados, recorría el país para fundar logias. Recogió mucho dinero hasta que desapareció.

Por los escándalos de estas logias, el propio Vicepresidente se vio forzado a retirarse un poco del asunto. Perdió importancia la llamada “Fraternidad Bogotana”, pero luego apareció con el nombre de “Los corazones sensibles”, en la calle de Santa Clara, y era su venerable; nos cuenta el mismo Groot: “el doctor Ramón Ponce, que por realista refinado y de influjo entre los expedicionarios de Morillo, hubo de emigrar en 1819 y volvió luego al país cuando se celebró el armisticio de 1820”.
(27)

También vino para esa época el padre Gutiérrez, realista decidido, que había sido durante el gobierno de Morillo secretario del fiero canónigo León. Cuando Bolívar llegó en 1819 a Bogotá, él corrió a Jamaica

para después regresar y hacerse masón, y por lo tanto “patriota”. Traía un manojo de papeles que era la apología de los masones y que había sido impreso en La Habana.

También hubo gente que se hacía pasar por masón para no hacer rabiar a Azuero y Santander. Así le sucedió, entre muchos otros, a José María del Castillo, secretario de Estado en el Despacho de Hacienda, y que acabó siendo venerable de la logia. Con respecto a los masones, le sucedió a Santander lo que con los grados militares y la política: cuando vio que otros “de menos méritos que él” obtenían mayores grados, decidió apartarse un poco del asunto, hasta que luego le reconocieron su verdadera valía.

Mientras se perdía el tiempo en estas logias, Perú —que el Vicepresidente llamaba casa ajena— se encontraba completamente dominado por realistas, con una fuerza de veintitrés mil soldados y oficiales de primera línea: la intención de estas tropas con excelente escuadra, caballería y artillería era la de invadir las repúblicas vecinas.

No obstante las locuras “liberales”, utilitaristas, anticatólicas y pendencieras de Francisco, el año de 1820 se recuerda como el de la fraternidad. El Libertador lo felicitaba diciéndole que escribe mucho y bien. En febrero le expresaba:

Pronto, y muy pronto, nos veremos y nos abrazaremos, y aunque ni usted ni yo somos tiernos, no dejaremos de sentir, sin embargo, el más vivo placer. No nos diremos bellas cosas, pero las pensaremos, porque las grandes pasiones son siempre sublimes, y la amistad sobre todas las otras.(28)

Ambos disfrutaban con placer las cartas que se intercambiaban, llegando a confesar el uno al otro que eran las esperadas con mayor gozo y ansiedad; “porque en ellas va el sello de la amistad que es el de la gloria”.

Usted me dice (le escribía Bolívar) que mi correspondencia le agrada, aun cuando no sea más que pedimentos y cartas desagradables. Yo creo que puedo retrocar la frase y decir que sus cartas me gustan, aunque no se componen más que de negativas y censuras. ¿No tengo razón? (29)

Durante este año, Bolívar insiste en la liberación de los esclavos para ponerlos al servicio de la Independencia, y pide al Vicepresidente que le envíe libertos a San Cristóbal, éste vacila y da excusas para no satisfacer la orden, la cual le parece contraria al bienestar económico. Decía, por ejemplo, entre otras razones, que los esclavos de la zona del Cauca estaban en manos de los patriotas —quienes vivían de aquellos infelices—; que libertarlos era un serio inconveniente para la economía y la revolución misma.

Bolívar no aceptaba estas razones y trató de educar a su discípulo mediante hermosos párrafos. No quiere parecer ante él impositivo y violento, y le escribía: «Las razones militares y políticas que he tenido para ordenar la leva de los esclavos son muy obvias», y le copia el siguiente párrafo del famoso autor de *El espíritu de las leyes*:

En los gobiernos moderados, la libertad política hace preciosa la libertad civil: y el que está privado de esta última está aún privado de la otra; ve una sociedad feliz, de la cual no es ni aún parte; encuentra la seguridad establecida para los otros y no para él. Nada acerca tanto a la condición de bestias como ver siempre hombres libres y no serlo. Tales gentes son enemigos de la sociedad, y su número sería peligroso.

Este párrafo es de una pureza ejemplar. Comprendemos por qué Bolívar quedó cautivado ante tan hermosas y evidentes verdades; él, tan enamorado de la libertad.

¿Llegó alguna vez Washington, por ejemplo, a compenetrarse de tan grandes valores para promover la libertad de los esclavos del norte?

No obstante, pobre resultó la respuesta de Francisco a tan nobles sentimientos:

Cuando le consulté a usted sobre la libertad de los esclavos —replicaba— fue para tener una regla de mi conducta en las mil reclamaciones que harían los propietarios, que subsisten exclusivamente de la esclavitud... como su Montesquieu en su interés, no sabía cómo evadirme de sus reclamaciones.

¡No sabía qué responder a los propietarios! Hemos de confesar que Bolívar muestra confusión al no darse cuenta, por esta clase de respuestas, del personaje que ha puesto a la cabeza de Colombia.

Insiste, sin embargo, en dar clases de elevada sensibilidad política a su amigo y le explica con detalles que la avaricia de los colonos de Haití hizo la revolución, porque la República francesa decretó la libertad y ellos la rehusaron.

Yo creo (le contestó el Libertador) que sería muy útil ilustrar la opinión de esos hombres alucinados por su propio interés y a quienes su verdadero interés debe desengañar. Ciertamente el oro y la plata son objetos preciosos; pero la existencia de la República y la vida de los ciudadanos son más preciosas aún. Creo que debe escribirse, tanto a los jefes como a los magnates, lo que conviene que sepan para recordarles lo que afectan ignorar.

Y llegamos al punto de una de las afirmaciones más contundentes sobre el conflicto moral de la esclavitud. Dice Bolívar, en otro rasgo de sus brillantes profecías:

¿Qué medio más adecuado ni más legítimo para obtener la libertad que pelear por ella? ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres por emancipar a los esclavos? ¿No será justo que estos adquieran sus derechos en el campo de batalla? Me parece una locura que en una Revolución de Libertad, se pretenda mantener la esclavitud.

He aquí la razón del residuo agresivo, insoluble y manifiestamente alarmante del racismo en América del Norte. El negro de aquellas regiones no tuvo la oportunidad de pelear por su propia tierra, por su propia libertad. La libertad se la regalaron, fue un acto de piedad, como quien concede una limosna. Así, el negro quedaba desquiciado, malogrado interiormente por un derecho que desconocía, por el que no había luchado ni dado su sangre. Por ello, en aquellos países, el blanco los ve con desdén, con desprecio, porque no se ganaron con valor y dignidad el derecho a ser libres. Ese conflicto moral, que a estas alturas parece insoluble, se debió a que los libertadores de América del Norte no vieron, como Bolívar, la necesidad de incorporar al negro a la guerra. En lugar de ser elementos de “perturbación” en EEUU, serían hoy, los

negros, expresiones integradoras de amor, de fuerza y progreso; un sostén más de seguridad y estabilidad de ese país.

El 20 de febrero de 1821, llegó Antonio Nariño al Puerto de Angostura, y en Achaguas se vio con Bolívar. El Libertador por decreto, del 4 de abril de aquel mismo año, lo nombró Vicepresidente provisorio de Colombia. Aquella medida del Libertador debió parecerle una puñalada traperera a Santander, quien no imaginó nunca acto tan impolítico por parte de “El Sol de Colombia”. Aquello era muy mal signo para la paz futura de la patria, a su parecer, y le hizo ver que no debía hacerse muchas ilusiones con los amplios procederes de su protector. Nariño siguió camino de Cúcuta, donde se uniría al Congreso que nos dio al fin una Constitución.

Cuando Nariño escribió el 21 de febrero: “me tomo la libertad, estimado Santander, de escribirle a usted confidencialmente en el momento de saltar a tierra...”; manifiestan los historiadores Otero Muñoz y Restrepo Canal que Francisco no dio contestación a esta carta.

Por otra parte, nos cuenta José Manuel Groot que cuando llegó la noticia a la capital, y estando el Vicepresidente de Cundinamarca en una tienda de la Calle Real bogotana, dijo a los presentes: “Cuando Nariño entre en Bogotá por San Diego, salgo yo por Santa Bárbara”.(30)

En realidad, las teorías de Bentham sostenían que no existía la conciencia y que la usura no hacía mal a nadie: esto hacía a Francisco un serio rival de Nariño. Entonces, enviaba Santander oficios a los jefes que se habían quemado el pecho en la guerra y les decía: “Pidan, pidan, que ustedes se lo merecen”.(31)

El sabueso de Páez tragó el hueso de la repartición nacional, y como “buen venezolano” preguntó, al señor Francisco, en dónde había para coger.

Pues, yo le apunto que allí tiene usted la hacienda del Marqués de Casa de León y la hacienda La Trinidad en los valles de Aragua... Después de que usted esté instalado le voy a regalar un hermoso alazán para que recorra sus posesiones. (32)

Páez, que era muy sensible, lloró sobre la misiva y respondió a su protector:

Yo he quedado íntimamente reconocido a la oferta generosa de su hacienda. Excuse devolver el obsequio, pues usted sabe muy bien que de mis intereses, mi persona y cuanto yo valgo puede usted disponer en confianza. El caballo que me ofrece lo admito con tanto más gusto, cuanto es obsequio de un amigo verdadero.(33)

Actuando de este modo, Santander se convirtió luego en el más furibundo defensor de la propiedad, llegando a decir al respecto que la propiedad “es superior a cualquier otro, en términos que hay un escritor de reputación (¿Bentham?) que asienta que sería más tolerable la violación de la seguridad personal que la de la propiedad”.(34)

SANTANDER Y SU SEGURIDAD ECONÓMICA

¿Qué gloria es la que se encuentra en el mercado?
Cicerón

Francisco, por influencia de Bentham, fue acrecentando su obsesión por acumular, preservar y aumentar sus bienes materiales. Ya vimos cómo con insistencia, apenas se conquistaba Nueva Granada, prácticamente obligó al Libertador a que se le adjudicasen dos soberbias propiedades en Bogotá. Con timidez afectada, le solicitó le fuesen concedidos ciertos terrenos y una casita. Ya para entonces se había vuelto un experto en el conocimiento de los medios legales que podían satisfacer con creces lo que deseaba, asesorado como sabemos por Vicente Azuero, el jefe de la Comisión de Secuestro. “No tengo genio pedigüeño oficialmente”, le dice en una carta al Libertador; sin embargo, eso es lo que hace más o menos en casi todas sus misivas. En otra le escribe:

Dígame, usted, para asegurarme: ¿los bienes nacionales de Cundinamarca entran en la Ley del Repartimiento? Quiero tener bienes: Lo primero, para contar con una segura subsistencia y que cuente también con ella mi familia. Lo segundo, porque no quiero ser más insensato, desprendiéndome, como hasta aquí, de tales bienes. Lo tercero, para prever que algún día pueda ser excluido de empleos públicos por no tener bienes. Y lo cuarto, porque de servir con honor y con celo queda muy poco, y quiero que me queden siquiera unas tierras.(35)

Quieren servir al pueblo y al gobierno, ¡pero sólo para servirse a sí mismos! Necesitaba asegurar su futuro. ¿Cuál futuro, señor? ¿El futuro a costa de Bolívar, que se estaba quemando el pellejo en la guerra? Un futuro brincando en un tusero, porque todavía la guerra estaba peligrosamente indecisa. Y, sobre todo, ¿para qué preocuparse tanto de bienes cuando él, por sus talentos y gracias a sus sacrificios por la patria, siempre lo podía tener todo?

Sin embargo, por gracia divina, Santander fue destinado a repartir dinero a los ejércitos patriotas. En Bogotá no hacía más que acuñar plata

y llevar la cuenta de los gastos, de lo que se daba y de cuánto debía a la tropa. Fingía quejarse de esta ocupación, pero no era sino un modo sutil de perpetuarse en el cargo. Bolívar sufría las deficiencias morales de sus amigos y cuando los veía conformarse con miserias, el efecto del dolor le deprimía; le hacía escribir expresiones deplorables sobre el destino de América.

De allí los consejos del Quijote-Bolívar a su amanuense, el Sancho-Santander: “más preciosa es la vida de la República que el oro”. Esto iba en la respuesta a una de las cartas en que Santander pedía información sobre el repartimiento de bienes. Aunque esta respuesta no estaba expresamente dirigida a él, sino a los colonos, el Vicepresidente debió encontrar, si quería, la intención pedagógica del maestro.

Por estas frecuentes peticiones de Francisco de Paula, Bolívar le advierte:

Hay un buen comercio entre usted y yo; usted me manda especies y yo le mando esperanzas. En una balanza ordinaria se diría que usted es más liberal que yo. Lo presente ya pasó, lo fatuo es la propiedad del hombre, pues éste vive lanzado en la región de las ilusiones, de los apetitos y de los deseos ficticios. Pesemos un poco lo que usted me da y lo que yo le envío. ¿Cree usted que la gloria de la libertad se puede comprar con las minas de Cundinamarca? (36)

Fuertes fueron las acusaciones que se hicieron a Vicente Azuero por la dilapidación de lo obtenido en las confiscaciones como jefe de la camarilla de la Comisión de Embargos y Arriendos del Estado, y que trabajaba a gusto de lo que decidiese su jefe. Porque Santander se hacía el ciego ante sus desmanes, sin caer en la cuenta que, por estos motivos, le habían hecho y le seguían haciendo la vida imposible al precursor Nariño. Nada, había que acomodarse, antes de que llegara otro, porque tener bienes era esencial para poder participar de las altas posiciones del gobierno. ¿Acaso no fue por esta razón por la que a Nariño se le tomó en cuenta en la Junta Suprema que derrocó al virrey Amar?

Por eso, trastocando fechas y escribiendo melosas cartas al Libertador, consiguió finalmente su firma para hacerse con Hato Grande y la referida “casita” de un tal español Córdoba.

Bolívar, fastidiado de esta clase de correspondencia, le preguntó desde el abismo de la guerra venezolana: “Lo que yo deseo saber es cuáles son las propiedades que usted quiere que se le adjudiquen”.

El Decreto ya mencionado, y que concedía la propiedad de Hato Grande como pago de sus haberes militares, realmente llegó en la medida que exigió Santander: con fecha falsa (las fechas no cuestan nada y seguramente redactado por el Hombre de las Leyes mucho menos). La fecha que Santander le puso al Decreto fue la del 12 de septiembre de 1819. Es decir, tres días antes de su nombramiento para la Vicepresidencia. Tal vez era la mejor forma de guardar las apariencias.(37)

Francisco cobraba por adelantado los tormentos que padecía en el Palacio de Gobierno; por esto pasó un oficio a la Comisión de Repartimiento de Bienes Nacionales, para que en caso de dejar la Vicepresidencia, no lo fueran a dejar en la miseria. Aquel que llegue a ocupar una alta posición en el gobierno no puede dejar el cargo sin haberse llenado de bienes de fortuna. Ésa será la conducta de los que vayan pasando por el poder. Miguel Peña se llenará de odio contra Santander al ver que éste acumula más que él. Antonio Leocadio Guzmán no se quedará atrás; Quintero, mucho menos. José Hilario López y Obando asaltarán las haciendas de Joaquín Mosquera para que éste no tenga más que ellos. “No tiene usted derecho, más derecho que nosotros”, le dirán democráticamente a don Joaquín. Son los primeros síntomas del aberrante “*socialismo*”, que luego tratará de implantar J. H. López (considerado en la Nueva Granada como el iniciador de la revolución “seudocomunista” en su país). A todos los recovecos legales acudía Francisco y redactaba densas cartas al Libertador pidiéndole que, en virtud de sus facultades extraordinarias, concediera propiedades a sus amigos. Así se lo recordaba él con artículos que podían hacerse constitucionales.

Poco decoroso es que un patriota acepte que se le paguen sus servicios con una casa, con hatos y terrenos. Pero sí lo admite de conciencia y de acto si es por escrito. Las propiedades eran más importantes que las ideas, que los principios y más fuertes que la libertad. Tampoco quería quedarse atrás en lo del rango militar:

¿Creerá usted (le escribiré poco después) que ahora pocos días estuve pensando que todos los generales pueden ser generales en jefe antes que yo, si sigo en el Ejecutivo? Pues es buen chasco (agrega) salir de Vicepresidente dentro de tres años a que me manden tantos generales que no sirven para mandarme.

Bolívar, débil ante este amigo, trata de satisfacer sus vanidades. Pensaba que en las cosas pequeñas lo mejor era ceder y no discutir por miserias pecuniarias.

Sin andar con esas hipocresías constitucionalistas, Bolívar previó el desastre legal que se avecinaba por el vano deseo de la posesión, y escribió a Francisco:

Mucho me molesta la intriga de los legisladores y mucho más me confirmo en la imposibilidad que hay entre nosotros de mantener el equilibrio. Será un milagro si salvamos siquiera el pellejo de esta revolución. Yo estoy resuelto a separarme del mando el mismo día que se instale el Congreso de Colombia...

Estaba Bolívar, sobre todo, cansado del Congreso que, según él, "...cuando uno más descuidado está da una ley contraria a lo que se propone ejecutar... Todo me confirma en mi resolución de salvarme, como pueda, de entre estos mandrias, malvados, imbéciles, ladrones, facciosos, ingratos y todos los peros del mundo".

Nariño vuela del norte a Cúcuta con la seguridad de ganar las elecciones para la Vicepresidencia de la República. Pero, al mismo tiempo, le sale al encuentro el temible Vicente Azuero, quien había dejado sus ocupaciones en Santa Fe; asistirá al Congreso para intrigar contra el "viejo zorro", todavía enredado en las prendas de la verraca María Francisca.

Y cuando se iniciaban las sesiones, inauguradas por el precursor, se presentó, de por allí mismito de la región de Pamplona, don Francisco Soto, el reventón liberal. Llegó en mula mansa y cargado de maíz tierno para sus colegas republicanos. Se sentía generoso. Se adentraron gustosos en el recinto del templo de Santa Ana. Todos olían a diablo, a tabaco rancio y a cobre; sobre todo, a cobre.

Con don Vicente llegó también, a la Villa del Rosario de Cúcuta, el esposo de Nicolasa, don Antonio. Llegó taciturno, con cuatro mulas y cinco peones que lo acompañaron a través de los calientes caminos de La Victoria y San Miguel. Se había detenido para atender asuntos personales en la población de Ocaña y cumplir un recado secreto, cuyo portador era Azuero. No se le dijo en la capital de qué se trataba, y don Antonio, cabizbajo y servil, aceptó lo que su esposa dispuso.

Don Antonio, mediante la influencia de Azuero, fue nombrado Oficial Redactor en el Congreso de Cúcuta.

1821: NUESTROS CONGRESOS

Estamos más sedientos de fama que de virtud.
Juvenal

En 1821, se reunió el Congreso en el Rosario de Cúcuta. Se encontraba sesionando cuando llegaron noticias sobre el singular triunfo de la Batalla de Carabobo; Bolívar aseguraba así la independencia de Venezuela. Con esta batalla se concluían 11 años de sacrificios por la libertad en el territorio de América más destrozado por la guerra. Triunfo que truncó muchas ilusiones de la vieja España. Al día siguiente de la batalla, Bolívar escribía a Santander que la conducta y temeridad de Páez lo habían hecho acreedor al más alto rango de la milicia: “Yo, en nombre del Congreso (decía), le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe”. Desde entonces, Santander tratará de hacer comparaciones entre la Batalla de Boyacá y aquellas en las que él no participó. Insiste ante el Libertador que una batalla como la de Boyacá no habrá jamás en los campos de Colombia; que ésta había sido la más grande, benéfica y orgullosa de todas. Y, en efecto, habría de ser la batalla más recordada bajo su gobierno. Colombia la celebró siempre en medio de suntuosas fiestas, discursos, proclamas.

En las celebraciones patrias solía decir Francisco, que Carabobo era la hija menor de Boyacá.

Era que la gloria de Páez le iba mal a la perpetuidad de su poder. “Otro general en jefe, ¿y yo?”

Santander, por una parte, querrá que se consolide la independencia, pero, al mismo tiempo, no desea ver más triunfos ajenos. ¿Cómo introducir una legislación que vigile por los méritos militares de quienes se queman el pecho en los duros trajines del palacio presidencial? Éste es el dilema que quema su alma. En palacio no se ganaban charreteras, siendo que ejecutaba una función tan apremiante y difícil como la de un comandante en el frente de batalla. Fue injusta la República al no reconocer sus talentos y oficios administrativos, que hasta entonces eran

muy bien llevados y, por esto, veía con malos ojos que él se sacrificara procurando aprestos económicos para las tropas vencedoras y que, a fin de cuentas, quedara su figura disminuida ante los generales victoriosos.

A los famosos generales que estaban en la guerra, llenándose de laureles en cada batalla, los veía con harta desconfianza. No tragaba en este sentido a Sucre, ni a su paisano José María Córdova a quien llamaba “demonio sin instrucción” ; tampoco a Páez, Montilla, Salom, Mariño, Bermúdez, Arismendi y otros.

En el Congreso, reunido en el Rosario de Cúcuta, al conocerse el magno acontecimiento de Carabobo, hubo aplausos y elocuentes discursos; se hicieron promesas para hacer perdurable el nombre de Bolívar. Jamás héroe alguno daba a su tierra gloria tras gloria, triunfo tras triunfo, en una odisea de esfuerzo sublime y de coraje militar.

Sin duda, Bolívar parecía incomparable, pero ¿qué hicieron nuestros congresos para premiar o agradecer tantos sacrificios y martirios? ¿Qué hicieron nuestros leguleyos convertidos en justicieros y policías de la República? Ah, desde entonces comenzaron a mostrar sus garras y sus entrañas, sus intrigas y sofismas, que no eran otra cosa que ignorancia y envidia: no le perdonaban la grandeza a Bolívar... no estaba permitido ser grande sin el permiso del Congreso. Desde entonces —no desde las actas de Guayaquil o las actas de Valencia— nuestros políticos mostraron su incapacidad para acometer las grandes tareas que requería una naciente república. Mientras Bolívar conquistaba trofeos para la gloria de nuestros países, la mayoría de los congresistas en la Villa del Rosario se llenaban de celos y de envidia.

Desde entonces, se vio cómo la unidad de Colombia sería un fracaso: no había hombres suficientes para sostener tan grande empresa de desprendimiento, valor y honestidad. Se erigieron algunos legisladores en oponentes persistentes de las ideas del Libertador, cuando en verdad carecían de valor y probidad. Incumplieron sus promesas para con el país y para con el hombre que les había dado libertad y patria, y acabaron por llamarle tirano.

Entre algunas de las contradicciones del Congreso de 1821, nos encontramos con que se aprobó que se inscribiera en los salones de la

Cámara Legislativa la siguiente leyenda: “Simón Bolívar, Libertador de Colombia”; y que se levantara una columna ática, en la llanura de Carabobo, con los nombres de Bolívar, Ambrosio Plaza, Cedeño, etc. Todo se quedó en palabras.

¿Qué fue de aquella ciudad que con gritos y exaltaciones fue propuesta como capital de Colombia, y que llevaría el nombre del Libertador? Para 1826 ya debía haberse hecho algún esfuerzo, un mínimo de voluntad, para agradecer, para recordar la obra del máximo héroe, pero para entonces, culminada la independencia de la América hispana, nadie alzó la voz para criticar o juzgar a los legisladores por mentirosos y flojos. ¡Los del Congreso y sus leyes eran intocables!

Bolívar, que no hacía más que ir de un extremo a otro del país, limpiándolo de las huestes invasoras, era frecuentemente acusado de tirano. Al fin, fastidiado, presentó su renuncia al Congreso: “Estoy cansado de verme llamar tirano por mis enemigos”.

Para completar, Francisco Soto fue declarado Secretario Perpetuo del Congreso. Para entonces, el dúo radical de Soto y Azuero no actuaba públicamente contra los intereses del Libertador, sino que los defendía con ardor. El enemigo, entonces, era el general Nariño. Con esta conducta, se comienza a percibir en Santander una especie de deuda moral hacia estos dos hombres. Existe un acuerdo tácito para las acciones que llevan a cabo. No era la hora de meterse con el gran coloso de Colombia, pues, representaba el sostén de su mandato.

En varias sesiones se atacó con pasión a los venezolanos, casi llamándoles especies diabólicas; y un diputado aseguró que Cundinamarca tenía trazado, por la Divina Providencia, un plan de gobierno que no tenía asidero en Venezuela; que el gobierno de Nueva Granada debía ser teocrático, bajo la dirección de la Virgen Santísima, porque en Cundinamarca cuanto ocurría era milagroso y producto de un gran misterio.

Había dos elementos poderosos contra la unidad colombiana: el fanatismo religioso, que era muy fuerte en Nueva Granada, y la locura “liberal”, que habría de generar un franco ataque contra el Gobierno cinco años más tarde.

Quienes escuchaban a Soto no sabían si sonreír también o persignarse. Había en este hombre un cinismo discreto y oscuro que sólo era entendido en el círculo de sus más íntimos, como Diego Fernando Gómez y Vicente Azuero. Rara vez Soto alzaba la voz, y cuando quería desorientar a sus oponentes, miraba con sus ojos oblicuos e inseguros hacia el suelo, bajando hasta hacer casi imperceptible su voz y con una sombra de mueca y tristeza en los labios.

Fue en aquel Congreso donde se sometió a discusión la Ley Fundamental de Colombia y una gran mayoría se decidió por la unión de Nueva Granada, Venezuela y también Quito. La confederación de estos tres departamentos fue combatida con vigor, por cuanto la experiencia demostraba que aquello era un sistema débil, generador de discordias y guerras civiles. José Manuel Restrepo, entonces diputado, observó que no teníamos suficientes hombres instruidos ni recursos, y que cuantos había apenas bastaban para instalar un solo gobierno. Pasaron quince días de acaloradas discusiones sobre este asunto. Para condimentar la escena con algún escándalo, Nariño, acosado por los ataques de sus enemigos, terminó enredándose en un lío de faldas inglesas por lo que fue desafiado a duelo por el general D'Evereux. El Precursor, indignado, lo puso preso.

Azuero informaba a Santander:

El incidente de D'Evereux ha acabado de echarlo a perder. Nariño, para encubrir su cobardía o satisfacer su grosera venganza, lo ha tratado del modo más indigno, sepultándolo en un cuarto que acababa de servir de muladar...

Ansiaba Azuero que D'Evereux acabase de una vez por todas con don Antonio, pero éste “no se moría y tenía una vitalidad de momia ministerial”. Añadía que el bando de Nariño amenazaba con una guerra civil, con divisiones y males.

Desearía que se le cortase el vuelo sin pérdida de tiempo. Ojalá que el general Bolívar, vencedor ya en Caracas, se nos apareciese aquí algunos instantes. Su sola presencia bastaría para meter en un zapato a todos estos, bajos aduladores, y para que este títere fuese mirado con el desprecio que

se merece. Él está enfermo, pero no morirá porque nosotros somos muy desgraciados.(38)

Para nada. El pobre Nariño no viviría mucho y, para completar, perdería la elección para Vicepresidente de Colombia.

Presentada la moción, se fijó el 7 de septiembre para los sufragios. Bolívar obtuvo cincuenta votos para la reelección. Dos candidatos se disputaban la Vicepresidencia: Nariño y Santander. Ganó este último con las dos terceras partes de los votos. Así pues, Francisco, de Vicepresidente de la Provincia de Cundinamarca, pasaba a serlo de toda Colombia. Muchos historiadores han estado de acuerdo con que ningún otro patriota tenía su talento, actividad y firmeza para tan importante cargo y que, por tanto, fue acertada su elección.

No obstante, fue criticada por algunos venezolanos que veían en otros patriotas mayores méritos. Se decía que Bolívar había influido para que Francisco fuera vicepresidente, exagerando sus talentos administrativos y mostrando en él una confianza excesiva.

El desagrado causó que el Libertador no consiguiera la mayoría absoluta para su reelección.

Sobre todo, no se comprendía esta actitud, siendo que Bolívar acababa de dar, con la batalla de Carabobo, el más contundente triunfo a la causa de la Independencia. De este pequeño detalle se columbraba ya que el Congreso iba a ser el calvario del Libertador y, por ende, la miseria de Colombia.

El congresista don Francisco Soto era de Cúcuta como Santander, de familia quisquillosa, aldeana, mercantilista. Los familiares de Soto y de Santander odiaban a Bolívar, quien los castigó por la conducta innoble hacia la tropa durante los días cuando estuvieron estacionadas en Cúcuta poco antes de darse la Batalla de Carabobo. Bolívar decía, tal vez refiriéndose a estas dos familias, que Cúcuta y San Cristóbal merecían ser tratadas como enemigos por toda la mala voluntad y malicia que mostraban. El tal Soto vestía una casaca vieja y mal abotonada, lleno de timidez enfermiza, retraído y silencioso. Aparentaba ser filósofo al estilo de Diógenes, pero a la hora de negociar su maíz y sus reses, ponía los

ojos redondos y toda la atención de un bellaco judío. Estando las tropas del Libertador, en mayo de 1820, estacionadas en el hermoso valle de Cúcuta, Soto se hizo rico vendiendo maíz al ejército. Escribía Bolívar a Santander:

El señor Soto ha cargado al ejército unas cargas de maíz a 14 pesos cada una, habiendo sido tomadas y conducidas por las mismas tropas, y unas reses tomadas por el mismo ejército a 40, y así todo lo demás. Puedo asegurar a usted, con seguridad y mucho sentimiento, que tanto los godos como los patriotas tratan este ejército como enemigo, y generalmente he oído decir que este ejército se ha portado con una moderación que yo no esperaba últimamente. Tengo el sentimiento de decir a usted que he tenido que desterrar a Pamplona a los parientes de Soto y de usted...

Queremos insistir, que no fueron las actas de Guayaquil ni las de Valencia las que dieron al traste con la unión. Repetimos, fue ese Congreso dominado y alucinado por Soto y Azuero. ¿Cómo podía Bolívar creer en un negociante como Soto, a quien el Congreso, para completar, había nombrado Secretario Perpetuo, y en un diputado como Azuero, abogado de una de las secciones de los Tribunales del Secuestro que dirigía el terrible Fiscal de Pablo Morillo, Tomás Tenorio Carvajal?

Existe una carta de Bolívar a Francisco, que es uno de los documentos más severos contra otros diputados que se arrogaban la representación popular. La carta fue escrita mes y medio antes de la Batalla de Carabobo, y entre otras cosas añade:

Se dice que muchos cundinamarqueses quieren federación; pero me consuelo que ni usted, ni Nariño, ni Zea, ni Páez, ni yo, ni muchas otras autoridades gustan de semejante delirio... Estos señores (se refiere a los congresistas) piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque ha conquistado el pueblo de mano de los tiranos, porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede. Todo lo demás es gente que vegeta, con más o menos malignidad, o con más o menos patriotismo: pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos. Esta política que no es ciertamente la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores... Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y

Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos de Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los goajiros de Casanare y sobre todas las hordas salvajes del África y de América, que como gamos recorren las soledades de Colombia.(39)

¿No le parece a usted, mi querido Santander, que esos legisladores más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía y después a la tiranía y siempre a la ruina? De suerte que si no son los llaneros los que completan nuestro exterminio, serán los *suaves filósofos* de la legitimada Colombia. Los que se creen Licurgos, Numas, Franklines y Camilos Torres, y Roscios, y Ustáriz y Roviras y otros númenes que el Cielo envió a la Tierra para que acelerasen su marcha a la eternidad, no para darles repúblicas como las griegas, romanas y americana, sino para amontonar escombros de fábricas monstruosas y para edificar una base gótica, un edificio griego al borde de un cráter.

Esta carta fue de una predicción absoluta: los suaves filósofos llevarían a Colombia primero a la anarquía, después a la tiranía, y siempre, a la ruina.

En este Congreso, comenzó a perfilarse la ideología liberal sustentada en principios contradictorios y funestos para el país. Los conservadores de mente clerical parecían políticamente más generosos que los ortodoxos liberales, quienes se oponían a una amplia participación de las clases pobres; y en ese sentido Santander sería más claro al decir que las frecuentes reuniones del pueblo para fines electorales eran inconvenientes.

Pese a que aquel Congreso había aprobado leyes excelentes, el pasado colonial con sus pesadas costumbres haría imposible una república equilibrada. No habiendo suficiente personal capacitado para funciones tan delicadas como la de los cargos de justicia, iba a suceder que elementos de la oposición ocuparían cargos en la Corte de Justicia y en el Poder Ejecutivo. En realidad, el hábito colonial haría que todo el poder del Estado se centrará en el Ejecutivo.

También se discutió cuál habría de ser la capital provisional de la República, se adoptó por mayoría la ciudad de Bogotá. Hubo quienes

protestaron, sobre todo, los venezolanos que pedían un lugar cercano a los dos departamentos, como Pamplona, Cúcuta o Maracaibo. Entre los que se opusieron estaba el violento y talentoso Miguel Peña que, como Soto y Azuero, habría de ocasionar incalculables daños a la estabilidad de Colombia.

Con las decisiones del Congreso de Cúcuta terminó la primera parte del reinado de Santander, cuando gobernó a sus anchas y sin Constitución alguna.(40)

El día que recibió carta de su maestro Azuero sobre su rotundo triunfo sobre Nariño, le planteó claramente a su amante, doña Nicolasa, que su destino político no le permitía mantener aquella relación “ilegal”. Por el bien de ambos deberían separarse.

Para entonces, Santander, quien fundaba sus acciones en los principios del utilitarismo de Bentham, no sabía si en verdad la amaba. El placer que le daba era muy inferior a las amargas que le reportaba. De modo que si su propósito era evitar el dolor y partir del cálculo, y de que el placer que recibía no tuviese riesgo de producir pena (según las páginas 51 y 69 del Tratado de Legislación de Bentham) el valor de las cifras en este caso le indican que debía romper con ella.

Y no eran pocos los amargos celos que a causa de Nicolasa había padecido. Se cuenta que ante más de tres mil personas, en el Coliseo, en una fiesta, Santander, quitándose la máscara, “trató de arrebatar el sable al teniente coronel Lorenzo Ley para dar con él al señor Antonio Ortega, que se retiraba a un cuarto con dicha señora”. (41)

Entre aquellas escalas del placer y del dolor, los bienes materiales estaban por encima de lo político y de las satisfacciones sexuales y religiosas. En las páginas 67 y 68 del Tratado de Legislación de Bentham, estaba la clave de las acciones tanto políticas como amorosas de Francisco. Dice en estas páginas:

Se dice que el hombre tiene cierta cosa que le advierte interiormente lo que es bueno y lo que es malo, y que esa cosa se llama conciencia. No hay tal conciencia; todo esto en el fondo es arbitrario. La ley natural y el derecho

natural son ficciones; no hay más ley natural que los sentimientos de pena y de placer.

La actitud sumisa de Nicolasa acababa por desarmar a Santander, quien mientras tanto aguardaba planes para formalizar una relación seria en cuanto apareciese una mujer prometidora de posición y riqueza, y que realzara aún más su fortuna política y social.

Llevaba Francisco una vida muy agitada y exigente; él se definía como un oficial de pluma: “soy además, general y cabo, soy alcalde para escuchar demandas y que aún me falta tiempo para comer”.(42)

Entre el sinfín de asuntos que tenía que atender estaban los consejos que día a día recibía del Libertador, las deudas del Tesoro Público, el asunto de las rentas, la paga de los oficiales, los planes que exigía la guerra en Pasto, la vitualla de soldados que saldrían hacia Cartagena y Maracaibo. El amor tendría que hacerlo, entonces, en su despacho entre papeles y tinta, entre libros y montones de correspondencia sin abrir. Muchas veces allí lo encontraban sus subalternos, admirados de la cantidad de trabajo que tenía adelantado durante la noche. En realidad, Francisco se perfilaba como un magnífico gobernante y un eminente estadista, lástima que su cabeza hubiese sido averiada por las ideologías de sus amigos Soto y Azuero, y el amor por el dinero, las propiedades. ¡Ah, si en lugar de seguir los consejos de éstos hubiera seguido los de Bolívar!

Un día, de madrugada, recibió un oficio según el cual debía trasladarse a Cúcuta para las ceremonias oficiales de la clausura del Congreso y, además, prestar el juramento como vicepresidente de la República.

Desde la gesta de Boyacá no emprendía una larga marcha y había engordado unos cuatro kilos. Andar a caballo se le hacía pesado, aun cuando las jornadas fuesen de tres leguas, cuando en los trajines de Venezuela podía hacer, sin parar, seis y hasta ocho. El bufete lo estaba deteriorando. Así y todo emprendió el viaje y arribó a Cúcuta al tiempo que lo hacía el Libertador, a fines de septiembre de 1821. Fue calurosamente recibido por el pueblo, su familia y la mayoría de los diputados.

A Francisco de Paula se le notaba sencillo, humilde y popular y, al lado del Libertador, parecía un esplendoroso oficial con todas las condecoraciones que se había ganado desde 1813. Algo había rebajado de peso con la marcha desde la capital y tenía un semblante de apacible solemnidad. Eufóricos y largos fueron los brindis de la noche del 2 de octubre, cuando los dos más ilustres capitanes (Bolívar y Santander), se abrazaron como signo de una amistad eterna, forjada sobre las nobles virtudes republicanas y sobre los valores desinteresados; eran las estrellas más luminosas del firmamento colombiano.

Cierta vez le había dicho, don Simón a Francisco, que ellos no eran tiernos, pero no por ello eran incapaces de tener el uno para con el otro los sentimientos de una amistad fervorosa y edificante. Porque Bolívar, aunque español en el mejor sentido de esa hidalguía castellana que lo llevaba a imaginarse mundos imposibles y exaltadas proezas de libertad y gloria, también tenía una cultura y una sensibilidad como la de aquellos helenos que no podían concebir la vida sin la singular identificación con las almas superiores. Porque no existe nada por encima de la amistad, en la que se fortalecen lo mejor de nuestras virtudes y desvanece el humo de nuestras vanidades. Existe un solo modo de llegar a la sabiduría y al más alto desprendimiento de cuantas fantasías y torpezas mundanas nos rodean y es por la vía de una generosa y amable identificación humana que sólo apunte hacia la perfección del alma. Simón pensaba con amor hacia Francisco porque, Simón, que era ya “viejo” por los trajines de la guerra y las ingratitudes de los hombres, jamás dejaba de pensar que el destino lo iba a gratificar con un amigo absolutamente fiel a sus más caros ideales.

Aquella noche, cuando se reunieron en el amplio caserón de la familia de Santander, en la Villa del Rosario, Bolívar llevaba consigo las Epístolas de Plinio, que tuvo el gran desprendimiento de regalar a su amigo Francisco. Era un librito de letra menuda, viejo y estropeado por los bordes, con muchos párrafos señalados con gruesos trazos de carbón, entre ellos:

¡Qué trato tan agradable y regocijado el nuestro! Cuánto placer hallo al pensar que si la posteridad nos menciona, no dejará de publicar, con cuánta unión, confianza y amistad hemos vivido... Desde mi adolescencia, la fama y gloria que habías alcanzado me infundía el deseo de seguirte, de caminar y hacer ver que caminaba en pos de tus huellas, desde lejos, pero más cerca

que los otros... Aumenta mi regocijo cuando oigo decir que, si se habla de bellas letras, se nos nombra a la vez, que si la conversación recae en ti, enseguida se piensa en mí. Bien sé que algunos nos prefieren el uno al otro, pero con tal de que nos coloquen juntos, no me importa el lugar, porque se ocupa el primero viniendo en pos de ti.

Francisco no pudo extraer de aquella lectura el brillo de una enseñanza o de algún noble sentimiento, por cuanto lo hizo en un complejo estado emocional; dominado por recuerdos de su querida Nica, retazos de imágenes de don Antonio, consejos que le diera su amigo Azuero y el piélagos de una confusión enorme, producto de la posición a la que había sido elevado. Seguía admirando a Bolívar, le quería como a nadie, pero una extraña incomodidad le dominaba cuando estaba a su lado, a veces se sentía mejor y más cómodo cuando se encontraba con sus Soto y Azuero.

Recordaba Francisco, por el tono de las cartas del Libertador, por las conversaciones que tenía con él, que éste trataba de disuadirlo de la amistad y casi fervor que tenía hacia aquel dúo radical. Esto no lo podía comprender él, y no trataba de encontrar razones para ello, sino que, en cambio, se sumergía en una penosa desconfianza y hasta percibía una molestia revestida de cierto odio contra su excelso protector. Duras y extrañas le parecieron ciertas palabras con las que el Libertador concluyó una larga velada habida en la casa que ocupaba Nariño.

Cuando te veas atormentado por las calamidades del destino no veas la culpa de estos males en nadie ni en nada en particular. No murmures, no te quejes confiando tus pesares a cualquiera; sólo mira hacia ti mismo, y busca sólo en ti la fuerza para orientar y regir tus pasos. No te dejes sugestionar por dogmas extraños ni perturbar la cabeza por cosas que no tienen asidero en nuestra patria, ni al país que estamos llamados a construir de la nada. No dejes tampoco de hablarme del modo más franco, porque las almas como nosotros deben ser firmes pero flexibles ante las calamidades más crudas y las determinaciones más terribles.

No comprendía Francisco por qué el Libertador no tragaba a sus amigos Azuero y Soto, siendo que él les veía tan liberales, tan listos y preparados. Era que, sorprendentemente, Santander no se enteraba de que en Colombia nadie era más radical que Bolívar, que había aterrado a los reyes de Europa y a los tiranos de América.

Pero, fuera de estos intervalos de seria meditación sobre el porvenir de América, se hacían entreactos de brindis y celebraciones por el feliz rumbo que tomaba la revolución.

Brindis, en los que el pobre Antonio José Caro, el esposo de Nicolasa, silencioso y cabizbajo, con una gasa de tristeza en los ojos, alzaba su copa en honor a Bolívar y Santander.

Finalmente se acabaron las sesiones.

Numerosa comitiva emprendió el regreso a Bogotá, entre los que se contaban J. M. Restrepo, Azuero, el propio Bolívar y Santander. Soto se quedó arreglando asuntos de familia en Pamplona, el bueno de Antonio José Caro salió de último, no se sabe si por consejo del Vicepresidente o si porque realmente no quería ser estorbo de nadie.

Feliz iba Francisco, creyendo que la fortuna no tiene ley ni plazo y contemplaba el horizonte de su destino, como si hubiese llegado ya a la realización de todos sus anhelos. Como si hubiese encontrado la llave del éxito, el famoso pez de oro del que habla la tradición rusa. Y como aquellos personajes de cuentos fantásticos, quería pedir para sí cuanto había en el universo; tener los bienes que necesitaba la sustentación de una figura eterna, cuanto antes. Era demasiado para sus fuerzas y su saber, y rondaban en sus pensamientos las vagas perplejidades del poder. Cuando llegó a Bogotá le dijo a su Nica:

—Debes vivir en casa separada, mientras yo me encargo de buscar algún trabajito para don Antonio; será Secretario de Gobierno en las oficinas del Congreso.

Volvían los dolores de cabeza, por encima de las reglas de Bentham. Sin dejar de seguir las normas predilectas de ese insigne maestro. Porque evolucionaba sin darse cuenta hacia un uso personalista del poder; por cuanto que en la filosofía utilitarista no puede existir equidad ni justicia, éstas quedaban relegadas a las ingentes conveniencias del momento. En aquellos días se iba a casar Vicente Azuero, y esta boda iba sin duda a iluminar aún más en sociedad su ilícita relación con Nicolasa. Pero él sentía un extraño deseo de escandalizar; decidió que la boda de su amigo fuera en palacio. Por desgracia, en la celebración de aquel

enlace, Nicolasa se creyó demasiado libre y tuvo el atrevimiento de bailar con el general Valdez, lo cual provocó gritos y espantos; entre espadas y puños, Santander, con los pelos enmarañados, jadeante y lívido de furia, le propinó unos toletazos a Valdez. Aquella boda no se olvidó por algún tiempo, un hervidero de murmuraciones siguió a la reyerta y hubo quienes le condimentaron por la prensa con versos y comentarios jocosos.

NOTAS

1. Esta nota fue elaborada por el mismo Santander cuando estuvo en Europa.
Luego, el doctor Lorenzo María Lleras la presentó en su estilo. Dice José Manuel Groot: cuando el general Santander estuvo en Europa por causa del 25 de setiembre, suministró un largo artículo para la Enciclopedia Británica, que se publicó bajo el rubro de “Colombia”. Ese opúsculo fue traducido en tiempos posteriores por el doctor Lorenzo María Lleras en Bogotá, agregándole algo más en el sentido calumnioso del texto, relativo a la vida del Libertador (Obra ya citada, p. 546).
¿Cómo interpretar esa obsesión y casi enfermedad que tenía Santander en escribir artículos cuya autoría adjudicaba a otros? ¿Por qué sencillamente no escribió:
En la traducción que recientemente se ha publicado de un artículo titulado *Colombia*, que yo escribí estando en Europa, mientras cumplía el ostracismo que me impuso Bolívar, ... etc.?
2. Debió añadir: de toda mi estimación y confianza.
3. Archivo de Santander, Tomo II, p. 51.
4. Daniel Florencio O’Leary, *Memorias*.
5. Archivo Nacional de Colombia, Fondo Historia, Tomo 28, folios 34-35.
6. Rafael María Baralt y Ramón Díaz (1939) *Resumen de La Historia de Venezuela*. Vol. I, p. 473, París.
7. (1941) *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada 1819-1830*. Vol. III, edición dispuesta por la Academia de la Historia de Venezuela, Cooperativa de Arte Gráfica. Caracas, p. 384.
8. Ut supra, p. 384.
9. Juan Francisco Ortiz, *Reminiscencias*.
10. (1973) «Nuevos documentos sobre la campaña de Boyacá». En: *Boletín de Historia y Antigüedades*, V. 49 (570-572), p. 250, Bogotá.
11. Daniel Florencio O’Leary, *Memorias*.
12. Lo que preocupaba a Zea era que ante tales actos, los países como Francia e Inglaterra se negaran a conceder empréstitos a Colombia; siendo estas negociaciones las que le permitían a él vivir como magnate.
13. Daniel Florencio O’Leary, *Memorias*.
14. Juan Francisco Ortiz, *Reminiscencias*.

15. Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*, Vol. III, p. 46.
16. Ut supra.
17. Julio Hoenigsberg, *Santander, el clero y Bentham*, ABC, Bogotá, p. 62.
18. Montaigne, Vol. II, p. 308.
19. Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*, Vol. III, p. 36.
20. Ut supra.
21. «Correspondencia dirigida al General Santander», R. Cortázar.
22. "Archivo Nacional De Colombia", Notaría Tercera de Bogotá, 1801-1821.
Índice. Tomo I.
23. R. Cortázar, Correspondencia dirigida al general Santander.
24. Ut supra.
25. J. M. Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Vol. III, p. 425.
26. Versión castellana de Ramón Salas, Tomo VI.
27. Ut supra, p. 223.
28. Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*.
29. Ut supra.
30. J. M. Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Vol. III, p. 425.
31. El historiador Julio Hoenigsberg, en su libro *Santander ante la historia*, trata de contrarrestar los duros cargos contra Santander, diciendo que éste no poseía una obsesión por la riqueza. Lo hace mal, porque su defensa la centra en que Páez, Montilla y Urdaneta pedían satisfacciones económicas, tan parecidas a las que exigía el Vicepresidente.
32. Citado en la obra de Julio Hoenigsberg (1969), *Santander ante la historia*. Tomo primero, Barranquilla, Colombia, p. 85.
33. Ut supra.
34. *El venezolano*, Caracas, abril 23 de 1824; A. H. N. Congreso, IX, pp. 814-816.
35. Archivo de Santander.
36. Simón Bolívar, *Obras Completas*.
37. Arturo Abella (1966) *Don Dinero en la Independencia*, Ediciones Lerner.
38. Archivo sobre Santander, Vol. VI, pp. 256, 257.
39. Simón Bolívar. *Obras Completas*.
40. Ut supra.

41. Jaime Duarte French (1982) *Las Ibáñez*. Fondo Cultural Cafetero, Segunda edición, p. 109.
42. Carta de Santander a José María del Castillo, agosto 30 de 1821, Lecuna, p. 159.

SABIDURÍA PARA LOCOS

Es injusto que el sabio se arriesgue por el bien de su país y ponga en riesgo su sabiduría para beneficiar a unos locos.

Teodoro El Sabio

El historiador granadino José Manuel Restrepo mostró preocupación por el rumbo de nuestro sistema político. Debemos decir que Restrepo era una de las pocas inteligencias de Colombia. A él se deben datos importantes de la historia de independencia; historia que hay que leer, guiñando el ojo de vez en cuando. Era uno de los alucinados por la figura de Santander y estaba dominado por el fanatismo regionalista; desde los primeros años de la revolución, estaba convencido de que con los venezolanos no se podía hacer una nación firme y unida. Santander retocó la “historia” de Restrepo y le hizo una serie de observaciones que bastante molestaron a Bolívar. Nos lo muestra Restrepo “salvado” en lo del famoso empréstito contratado en Londres, en sus divergencias con Páez, en su endeble participación en la Batalla de Boyacá.

Mostraba, Restrepo, admiración y respeto por el Libertador, y sin mucha pasión amaba los ideales de la Unión Colombiana. No sabemos si sufría al ver cómo las esperanzas de Bolívar perdían valor en medio de las contrariedades provincianas. Él mismo no se consideraba con talento para ocupar altos cargos en el Gobierno; no conocía la naturaleza de los soldados ni el modo de tratarlos, y lo único que sabía era escribir notas históricas. Aquello era ya bastante afortunado para nosotros en medio de tanta escasez, desgracias y perturbaciones. Un día, cuando planteaba sus dudas políticas a Santander, éste le habló de un modo exagerado de las amenazas y belicosidades de los oficiales venezolanos:

No hay que temer divisiones (le respondió el Vicepresidente), los venezolanos, aunque de genio orgulloso y discordante, tienen que reprimirse para no perder la unión, sin la cual aquel departamento jamás se liberaría en orden... La división que existe me parece ahora como la del Cauca o Popayán. Yo les he hablado a los venezolanos muy claro de oficio y parti-

cularmente, y he querido convencerlos de que sin nosotros ellos no son ni serán nada.(1)

Restrepo creía en las medidas de Santander y veremos, más adelante, que su estudio respecto al grave enfrentamiento con Páez estará influido por la filosofía legalista y turbulenta del Vicepresidente.

Acabado el primer reinado de Santander —donde, aseguró su estabilidad política y su bienestar económico con la adquisición de las últimas propiedades— dirigió entonces sus cañones hacia las dotes de alcurnia. El señor Zea, desde Europa, le había dado el pitazo: tenía una hija, con gajes de princesa, que le quedaba de maravilla a un Vicepresidente, a un general culto que se perfilaba como sucesor de Bolívar. Zea le perdonó todo; ya no se acordaba del fusilamiento de los treinta y nueve oficiales españoles, y abandonó las pretensiones de ser candidato a la vicepresidencia, y con rodeos y excusas le envió un cuadro de su rica hija Philippine. Lo llamaba “hijo”, y Francisco tuvo la delicadeza de decirle “padre”.

En aquel año de 1821, Sucre, quien comenzaba a dirigir las operaciones de la Campaña del Sur, siempre generoso con sus amigos, puso a una de sus divisiones el nombre de Santander. Francisco, después de habérselo agradecido, le rogó más tarde, en varias cartas, que eliminara tal nombre de su ejército. Extraña reacción. Sucre no lo admitió, pero el Vicepresidente insistió en que su nombre podía verse entre oficiales como símbolo de intriga y de rencor.

En septiembre de 1822, Francisco pasaba un aviso complicado al Presidente de la República. Le decía que a partir de enero del año próximo tenía que sujetarse rigurosamente a la Constitución. Bolívar, al ver el terrible mal que podían causar estas medidas, le respondió que era necesario enfrentar diversas dificultades para manejar y mantener independientes los departamentos del sur, lo cual constituiría un arduo y lento proceso. Con franqueza, desde Cuenca, en el Ecuador, le preguntaba: “Yo quiero saber de oficio la ley sobre esta materia que derogue mis facultades, para mandarla a ejecutar”. —¿Es que éstas sólo sirven para firmar oficios que conceden propiedades al señor Vicepresidente?

Bolívar siempre confesó que él sabía poco de leyes: una ironía. Lo decía porque en nuestra América el ejercicio de las leyes era un juego

de intereses particulares. Se dedicaban nuestros legisladores a criticar y molestar, con negativas malsanas, odios e intrigas, a quienes se sacrificaban por el país o hacían algo de veras constructivo por la patria.

Sabemos cuáles eran entonces los planes de Bolívar: libertar el Perú, pues desde allí los realistas amenazaban peligrosamente la estabilidad de Colombia. Estaba el Libertador persuadido de que mientras la libertad no se asegurara en el Sur, los realistas, con el apoyo frenético de los pastusos, podían llevar la guerra hasta las mismas puertas de Bogotá. La gente de Ecuador estaba sin recursos militares y los peruanos eran débiles, torpes e incluso indiferentes ante las miserias de su propia esclavitud. Los pocos que tenían conocimiento político o militar, como Riva Agüero, Santa Cruz, Lamar o Vidaurre, eran ambiguos y miraban, como a su tiempo lo hicieran algunos granadinos —Azüero, por ejemplo—, hacia donde se inclinara la balanza.

Necesitaba Bolívar gente aguerrida como los venezolanos para marchar al sur, y el encargado de poner voluntad y pasión en el suministro de recursos humanos y materiales debía ser, sin duda, el Vicepresidente de Colombia. Éste, en sus cartas, reflejaba un estilo confuso de queja, de dolor, de impotencia ante los obstáculos y males que veía por todas partes. No tiene fe en que la independencia del Perú sea posible y no teme, como Bolívar, que aquel remanente de fuerzas enemigas pueda amenazar la estabilidad de Colombia. Escribe a Bolívar, estando éste en Ecuador: “Es preferible cuidar nuestra propia casa antes que la ajena”.

Filosofía mezquina que luego habrían de utilizar algunos intelectuales granadinos, como Rafael Sañudo, para criticar la obra del Libertador.

He aquí las razones por las que la unión de Colombia iba a desaparecer con la muerte de Bolívar: las actas de Valencia, Guayaquil y las intrigas militares y políticas eran golpes de ciego por la imposibilidad de los pueblos de la América hispana de gobernarse a sí mismos.

Bolívar, molesto, contestó a Santander:

Esto no merece respuesta porque el enemigo no es casa ajena sino muy propia... Yo no sé por qué usted se ha imaginado que el único ejército español que hay en América, mandado por excelentes jefes, debe ser despre-

ciado... Usted ve las cosas del sur con muy poco interés porque no palpa los peligros que puedan amenazarlo. Yo le digo a usted con franqueza que el ejército real del Perú puede neutralizar todos nuestros sucesos y renovar la lucha con el mismo peligro de antes.(2)

En la negativa de Francisco se reflejaba su interés para que no se dieran más batallas porque tal circunstancia, como dijimos, no le iba bien a su fulgurante carrera. No obstante estas perturbaciones, el año de 1822 tiene sus ráfagas de esperanza. Hay revolución en Madrid, hay disposiciones de algunos gobiernos europeos en reconocer a Colombia. Quito y Guayaquil están tranquilos, algo de lo mismo se respira en Lima; pero, por otro lado, Chile está dividido en bandos que amenazan con una guerra civil. San Martín se retira desconsolado y triste de la escena militar y política de América; hay revolución y conspiraciones en Buenos Aires. Bolívar piensa sobre los dos millones y medio de habitantes “derramados en un dilatado desierto; una parte salvaje, otra esclava, los más enemigos entre sí y todos viciados por la superstición y el despotismo”. Advierte al Vicepresidente que, bajo este horrible contraste, habrá de imponer orden y oponerse a todo un mundo. “No quiero gobiernitos –decía el Libertador– ni bochincheros, sino la más estricta imposición de leyes inexorables”.

Le pide desde aquellos remotos lugares que diga al Congreso que está resuelto a morir entre las ruinas de Colombia, peleando por su ley fundamental y por la unidad absoluta.

Como es de suponer, el Vicepresidente vivía muy atareado con los compromisos sociales. Atendía las reuniones de la logia, era patrono del Club Inglés de Bogotá y asistía a todas las fiestas religiosas. En estas últimas, nos dice Rufino José Cuervo su objeto era espiar lo que se predicaba contra el Gobierno. Nunca faltaba a las lamentaciones y tinieblas de Semana Santa, ocasiones en que ocupaba un asiento al lado del coro y seguía con atención el oficio. Algunas veces iba con el doctor Soto, su tocayo, quien, ante alguna impropiedad política en las expresiones del predicador de Dios, le daba con el codo a su jefe. Las reprimendas, tanto al predicador como al superior de la orden, no se dejaban esperar. Una vez que cumplía con la Iglesia, Santander tomaba el camino hacia la casa de doña Nicolasa Ibáñez. Allí se quedaba hasta la madrugada,

cuando un corchete, lámpara en mano, le tocaba la ventana y luego le guiaba hasta Palacio.

No dejaban de circular las habladurías sobre su relación con Nicolasa, pero Francisco, para no caer en esas “necedades de conciencia”, mataba el tiempo jugando “ropilla” en casa de doña Manuela. Los sábados por la noche buscaba la Tabla de Bentham y hacía un resumen de los beneficios obtenidos de sus actos.

El 22 de octubre, le escribió una carta hiriente al abogado cartagenero Ignacio Muñoz, quien fuera gran amigo suyo. Era un asunto sobre la administración pública, pero Francisco le decía de entrada: “tenía resuelto no escribirte porque he sabido que has hablado algunas cosillas de mí y de las señoritas Ibáñez, cosa muy indigna de quien se diga amigo...” Todo esto reverberaba en medio de una parábola de gestos e inquietudes nuevas.

Con la angustia a cuestras

El general Pablo Morillo deja para siempre Venezuela, el 17 de diciembre de 1820, fecha y signo que marca el inicio o el fin de una tragedia. El 5 de enero de 1821, el Libertador se encuentra en Bogotá enhebrando las redes de sus golpes en el sur y activando la reunión del Congreso. El 9 de marzo de 1821 está en Trujillo, divisando los movimientos del enemigo para ver hacia dónde dirige sus pasos. Estallan las hostilidades el 28 de marzo. Roto el armisticio, Francisco expide un bando, publicado en Bogotá, para proceder en la jurisdicción de su mando y hacer que las personas de Cundinamarca juren si quieren permanecer bajo el Gobierno de la República, “...por Dios, nuestro Señor, y esta señal de la Cruz, que obedeceré fielmente al Gobierno y magistrados de la República de Colombia...” El 17 de abril llega el Libertador a Barinas. El 25 de mayo, desde su cuartel general de Guanare, renuncia al haber militar que como general en jefe le asignó la ley. El 24 de junio triunfa en Carabobo. El 2 de julio está Caracas. El 2 de agosto regresa a Trujillo. El 20 de septiembre, el Congreso de Cúcuta delibera sobre cuánto se le asignará a los diputados por legua recorrida. Bolívar llega a Cúcuta el 10 de octubre sin pensar en el cobro que le correspondería por la infernal jornada que realiza, por la libertad de los diputados y los viáticos que los mismos reciben. El 14 de octubre se clausuran las sesiones, y ya para el 12 de noviembre, el Libertador se encuentra otra

vez en Bogotá. El 17 de enero de 1822 lo veremos en Cali, y en abril ya estará rompiendo el cerco maldito de los pastusos, mientras llegan los ecos de Pichincha (25 de mayo). El 5 de junio entrará en Berruecos y el 8 en Pasto. Para el 20 del mismo mes lo veremos en Quito, donde hace saber que la Campaña del Sur ha culminado con glorias para la América. El 13 de julio llegará audazmente a Guayaquil y preguntará al pueblo si quiere pertenecer a Colombia. Incorpora pues a Guayaquil a la gran República Bolivariana y se decidirá, ante San Martín, que el Perú no deberá ser jamás una monarquía. El 20 de septiembre de 1822, San Martín dimitirá el mando supremo del Perú, pero ya el 9 del mismo mes el Libertador le había ofrecido su cooperación a este país para conseguir su total independencia.

Al lado del volcán predestinado, la proeza del siglo.

LOS ESTERTORES DE NARIÑO

*Quien mejor usa a los hombres
procede como si fuera su inferior.*

Lao-Tse

Para principios de 1823, Francisco gozaba a plenitud de sus funciones. Vestía ostentosamente un gran sobretodo verde, forrado con pieles importadas, pantalón de grana con galón fino y botas con espolín de oro. Lo más notorio era el desmesurado plumaje blanco de su sombrero militar. A veces, en gestos de mando o en reiteración enérgica de sus palabras, blandía el bastón de la Vicepresidencia, con puño de oro y esmeraldas. Sin duda atraía las miradas, ya fuese por su resplandeciente indumentaria o por la incansable disposición al discurso y la alta investidura del cargo. No podía tolerar la indiferencia, ni siquiera de los indios, seres a quienes poco importaba aquel sentido de distinción ciudadana.

Entonces, todavía se recreaba pensando en la deliciosa Philippine, quien seguramente con un poco de esfuerzo, podía llegar a ser Condesa; él, Vizconde asimilado, con el título adjunto de General del Ejército de Colombia. Los trajines de un Estado en formación son formidables y él no era guerrero. Pero lamentablemente no sabía Santander que “su padre”, Zea, había muerto a finales de noviembre del año anterior.

Difícil era sobrevivir entre quienes no tenían tradición republicana alguna y disfrutar al mismo tiempo de bienes de fortuna. Nariño, no se moría; ni se rendía. Derrotado en el Congreso de Cúcuta, acosado por los perros del pasado, enfermo de hidropesía, quiso aferrarse al último eslabón que le quedaba: conseguir una curul en el Senado.

Las órdenes de Francisco a sus íntimos Soto, Azuero y Diego Fernando Gómez eran terminantes: “Hay que frenar al vijejo”.

Estalló la guerra de siempre entre centralismo y federación; el enfrentamiento se dio al estilo del cínico Antonio Leocadio Guzmán: “Si mis enemigos dicen centralismo, yo grito federación”.

Nada de cargos para Nariño, y el que se le había dado fue borrado de un soplo. La guerra era frontal. Nariño fue sustituido por José María Córdova en la Comandancia de Cundinamarca.

Escribía el Vicepresidente a Bolívar, destilando odio y deseos de fusilar, “Aborrezco a este hombre (Nariño) de muerte y lo mismo cuanto le pertenece”.

Bolívar no puede creer que detrás de ese carácter sutil y vengativo se encuentre el hombre de su ruina, de la catástrofe de Colombia, como muchos amigos se lo advierten. Santander, pretendiendo defender al Presidente de los cargos que él sufre, no busca otro motivo que tratar de hundir a los últimos granadinos que le hacen sombra. Ambos perseguían lo mismo en cuanto a bienes y a querer administrar el tesoro del Estado —y la verdad es que no había bastante para dos personajes de tales agallas—. Santander tenía todas las de vencer y descargaba la metralla de su poder Ejecutivo y Legislativo, fuertemente apertrechado con el mamotreto de los códigos de Bentham.

La estrategia fue escribir anónimos, los cuales elaboraban los diputados Azuero y Soto.

Este cambio de personalidad debió preocupar mucho al Libertador ¿Qué le pasa a este hombre?, se preguntaría cada vez que recibía una carta de su querido amigo, la más sorpresiva fue la del 17 de marzo de 1823:

Nariño a vuelto a jeringar. Vea ustedes sus papeles. Él dice con imprudencia: que si por lo de Pasto lo deben juzgar también debe ser juzgado usted por las acciones que haya perdido. Este bicho quiere fijar la opinión para que lo admitan en el Congreso...(3)

No se llega a comprender, en esta sucesión de hechos de fingido amor hacia las glorias de Bolívar, el agresivo y obcecado odio que despliega contra Nariño. Estando el “precursor” desesperado, cansado de insultos y calumnias, viejo y enfermo, acosado por las lenguas de Soto y Azuero, no encuentra un lugar de paz en su propia tierra. Por tristes errores, algunos propios de la edad y de los sufrimientos que había padecido, se procuró abreviarle la caída. Ejecutaban la máxima de Nietzsche, “Quien ha de caer debe además ser empujado”. Lo llevaban a la desesperación. Bolívar

siempre tuvo desprecio por aquel mundo de chismorreos y habladurías de pasillo, que en aquellos días era Bogotá. Huía de tales ambientes donde no veía otra cosa que el infierno de su propia destrucción.

Nariño, espoleado y moribundo, se atreve aún a responder algunos golpes y menciona lo del asunto de Hato Grande. ¡Se armó la de Dios es Cristo, y saltaron por los vientos la macoya ilegal del pasado realista archivada en los armarios de don Vicente!

Nariño en su periódico Toros de Fucha, preguntaba a don Francisco de Paula:

Díganos, usted, aunque sufra algo su modestia: ¿nada le ha valido su patriotismo? ¿No hay algunos dobloncejos en el baúl? ¿No hemos pillado algún empleito con buen sueldo o alguna casita de campo? ¿Aflojamos para la patria o agarramos para la patria?

Tal para cual.

Santander, asesorado por don Vicente redactó la catilinaria contra Nariño:

No sé qué cotejo ni que virreina consiguió a usted por no muy santos fines un empleito de diezmos en que la iglesia tuvo la ventaja de aliviar sus arcas, de aminorarse algo de peso de la Mesa Capitular y limpiar los bolsillos a los pobres canónigos... y sus fiadores pagaron el pato... Algunas familias se arruinaron...

Desde luego, siguen los chismes porque la catilinaria es muy larga:

Acuérdese usted de aquellos diez y ocho o veinte mil pesos que siendo usted Presidente de Bogotá se declaró usted, según oí decir, por sí, y ante sí y para sí de los caudales embargados al virrey Amar, con pretexto de indemnización o federación...

¿Por qué la verdad le picaba tanto el Vice? No debió ser para tanto.

Pero no era el Vice quien redactaba aquel libelo sino la memoria retrospectiva de Azuero:

Tenga, usted, muy presente que cuando por las intrigas de don Pedro Groot, de aquel tuerto catalán, que hacía fideos, del español gordo, de Cancino y de otros, se despojó a Lozano de la presidencia, bajo la dirección de usted, desde Fucha, y usted se zampó en ella... dio usted orden a su guardia para que en viendo grupos de cinco personas en la plaza les hiciera fuego. ¿Que tal? (4)

Y sigue la indigna función arreciando el mazo. No se acuerdan de Bolívar que está acorralado en el sur; de Sucre y Bartolomé Salom que se baten con los pastusos; de Páez que somete a los de Puerto Cabello. No; están iracundos porque han tocado Hato-Grande. Eso es peor que el peligro de la Patria. Y siguen:

General, ¿conque usted también cree en brujas? ¿Conque usted es divinizado? ¡Que buceeno!... Tendrá dinero para pagar sus trampillas y sacar de la miseria a sus pobres fiadores que se han arruinado por su culpa... ni será necesario más contrabando para tener dinero en la caja; ni será usted más federalista para coger empleo a costa de una guerra civil... Mi general, tenga usted presente el pecado de ingratitud que cometió con el Libertador y con el Congreso cuando llegó la última vez de España. A todos los quiso usted destruir con su cizaña... ¡Arrepiéntase, mi general, de todas esas cosas! Ellas claman contra usted, pero usted es inmortal y desafía la cólera del cielo ya que no puede morir, que si no...

Era el último banderillazo. La tinta ensangrentada de estos lobos, el “hombre de las leyes”, prototipo del pensador y político que admiraba don Germán Arciniegas.

¡Qué divino va quedando todo! Ese lagarto reventará. Es imposible. Mándale porras sin miedo.

Tenemos otro puntito que tratar. Usted es acusado de godo. ¡De godo! Sí, de godo. El general Quiroga en plenas cortes de España ha asegurado constarle adhesión de usted al sistema español, y ha respondido a las cortes del españolismos de don Antonio.

¡Dios mío, qué imputación tan fea! Yo sé quién tiene la Gaceta Oficial, yo con mis ojos la he visto, y cuidado que es Gaceta Oficial...(5)

Qué sorna. Nariño se murió del trompazo por lo de godos. Eso era lo último. Santander, Azuero y Soto se iban a volver liberales para enterrar deudores y enemigos. Páez, según ellos, se iba a vender a los godos estacionados en La Habana, el año de su rebelión contra el gobierno central: 1826. Todos sus enemigos se iban a volver realistas, hasta... Bolívar. De allí, que quienes se les opusieran serían serviles, ministeriales y godos.

La catilinaria continúa, pero basta.

Nariño sabe que es Azuero quien difunde tanto veneno panfletario y por ello le lanza esta directa:

Después de la presidencia de Secuestros, de que ignoro si ha dado cuenta su conducta, logró que lo nombraran juez de Diezmos de Soatá; y en año y medio el sólo manejo de 35.000 pesos, se comió 24.000... Aún no ha cubierto esta quiebra y lo que tiene satisfecho no creáis que ha sido todo del dinero de los diezmos... Azuero pillando para vestirse, para figurar, para darse importancia que no se podía dar por sus servicios...(6)

Viendo que la campaña contra Nariño lleva todos los aperos de un escándalo público y, además, basada en una supuesta defensa de su reputación, Bolívar se alarma y desde Guayaquil escribe a Santander:

No he leído, ni encontrado los papeles insultantes de que usted hace mención: tampoco he leído los números de 'El Patriota', del 13 en adelante. Lo único que puedo decir a usted es que, en el caso que usted está, debe mostrar moderación y generosidad de principios. Rousseau decía que las almas quisquillosas y vengativas siempre eran débiles y miserables y que la elevación del espíritu se mostraba por el desprecio de las cosas mezquinas. Yo he ganado muchos amigos por haber sido generoso con ellos, y este ejemplo puede servir de regla. Si esos señores son justos, apreciarán los talentos y los servicios de usted, y si no lo son, no merecen que usted se mate por ellos... Recorro muy velozmente la comparación que usted hace entre Nariño y yo, ya esto es llegar a las manos, y ya también es tiempo de ir parando el trote del caballo por una y otra parte.

Insiste en su actitud pedagógica y le dice que trate de ganarse a todo el mundo, para que haya quietud y fuerza; de otro modo, le advierte,

que no habrá sino disentimientos, contradicciones y penas, y después flaqueza y más flaqueza de ánimos y de medios.

¿Pero qué hace Santander ante estos consejos? Realmente no comprende o no quiere comprender, se queda en los huesos de las palabras. Responde a Bolívar con un prurito y una afectación imperdonable: “Por mi parte jamás le diré ni indirecta (a Nariño) ni nada que pueda ofenderlo (y aclara) mientras Su Señoría no me toque”.

Pero ¿qué podía hacer Bolívar ante estas intrigas? ¡Nada! El mismo había dicho una vez que era como luchar contra lo imposible: “Yo no puedo luchar contra la naturaleza de esta tierra ni variar el carácter de los hombres débiles”.

Comprende que el odio de Santander contra Nariño es peligroso y que no puede seguir identificándose con sus quejas y sus críticas personales. Le vuelve a aconsejar que no le conviene seguir escribiendo panfletos porque es propio de hombres ordinarios y sin principios. Bolívar comenzaba a sentirse adolorido y hasta culpable, porque Nariño en aquellos días le decía que quería irse de Colombia o venirse donde él se encontraba, pero que no lo hacía porque estaba enfermo en una cama. Las calumnias lo habían golpeado más que las guerras y las prisiones de los realistas. No sospechaba el Libertador, entonces, que le tenían reservada también la misma medicina.

Bolívar, siempre generoso, le contestó a Nariño que quería ayudarlo y sacarlo del laberinto de la capital; se sentía culpable por haberse dejado influenciar por el odio de Santander para atacarle y decidió escribirle al Vicepresidente las siguientes líneas: “...nadie puede hablar de sí, sin degradar de algún modo su mérito. Es tan fuera de propósito el que el primer magistrado sea redactor de un papelucho, que no puede imaginar el mal que se hace”. Le pide que no lo continúe haciendo aunque sea para defender a Colombia o aterrar a sus enemigos, porque ese procedimiento, “aunque produce bienes, hace odiosos a sus profesores”, y le advierte: “muchas cosas son útiles y los que lo ejecutan quedan para siempre aborrecidos”.

Como se ve, este consejo era lo opuesto a las máximas utilitaristas de Bentham y, por tanto, fueron echadas al cesto del olvido. Se comprende

que Francisco no era sino un simple administrador y la cabeza no le daba para estas ideas. Nunca aprendió de los consejos de Bolívar, lo cual probaba su pobreza de entendimiento; jamás aprendió la lección, porque sabemos que no sólo siguió escribiendo desde la Vicepresidencia contra sus enemigos, sino que más tarde hundió y calumnió a Bolívar desde el anonimato insidioso de sus panfletos; aún más, poco antes de morir continuaba con su estilo insultante y ofensivo contra aquellos que le contradecían.

Para que se vea una vez más la mano de Santander en los asuntos públicos llevados a su capricho, veamos el siguiente párrafo de una carta enviada al Libertador:

A propósito de la acrimonia, no soy tan conocido cuando quiero que no me conozcan: los artículos de la *Gaceta de Colombia* sobre reforma, milicia y guerra, son míos exclusivamente, y nadie los ha conocido... Hay papeles que se suponen míos, que son de Azuero o de Soto, o de Gómez, que también escriben con hiel cuando se les antoja. (8)

¿Habría pensado el Libertador utilizar la ambición de Santander en beneficio de la Independencia? ¿No había calculado que esta ambición sería dominada por la envidia y los celos? Si pensó que aquello podía ser provisional se equivocaba de plano. Cuando descubrió que no había quién pudiera sustituirlo, reconoció su pecado, pero ya era demasiado tarde.

Francisco, por su parte, no veía entonces otro camino para la preponderancia de su persona, sino la conformación de un partido fuerte que protegiera sus propósitos. Y escogió a los más hirientes y decididos jacobinos del ruedo legislativo, encabezados por Soto y Azuero.

Cuando nos preguntamos por qué habían de triunfar en la América hispana la maldad y los hombres rencorosos, no encontramos otra respuesta sino la siguiente: la necesidad del simple existir es siempre más fuerte que los principios, que el coraje moral. Triunfaron hombres de carácter eficaz, de sentido provechoso, utilitarista: un Páez que luchó al final contra Bolívar para conservar sus bienes, su poder, sus haciendas; un Santander lleno de apetencias materiales y un sanguinario como José María Obando. Los hombres más o menos decentes —como el

doctor Vargas en Venezuela y el doctor José Ignacio Márquez en Nueva Granada—, habrían de ser aniquilados por la fuerza inmoral y sin principios, inculcada por los liberales a unos militares sin seso y a unos doctos disolutos.

Los granadinos honrados terminaron alejándose despavoridos del crimen que significaba ser hombre público en nuestra América. Estamos convencidos de que Bolívar igualmente se aterraría al concebir lo que se avecinaba para América, donde al carecer de hombres de carácter, ningún obstáculo iba a tener Estados Unidos para hacerse con nuestros recursos, y veía con claridad que volveríamos a ser nuevamente una colonia. La sucesión horrenda de dictaduras criminales que se dieron después de ciento cincuenta años de su muerte, los ciento setenta gobiernos de la República que fundó y que lleva su nombre, la dependencia de los trusts internacionales, la miseria de los pueblos, todo eso lo vio en sus dolores futuros. La necesidad del existir fue más fuerte que el sueño de hacer grande a Colombia.

OPOSICIÓN A LA CAMPAÑA DEL SUR

Toda ley demasiado transgredida es mala, corresponde al legislador abrogarla o cambiarla a fin de que el desprecio en que ha caído no se extienda a leyes más justas.

Marguerite Yourcenar

Sin embargo, en 1823, pese a lo incómodo que le resulta al Vice la Campaña del Sur, aparenta fidelidad al Libertador. Bolívar conoce su estilo, su aparente rigor, su amor por las leyes, los mensajes al Congreso. Con razón, cuando Bolívar se ve con San Martín, se lo describe en una línea: “Su carácter me ha parecido muy militar... Tiene ideas correctas de las que a usted le gustan”.

Detengámonos un instante en el simbolismo con que Santander agradecía o enaltecía la gloria de Bolívar. Sabiendo que detesta la federación por haberla sufrido con destierros, derrotas y anarquía, se dispone a dar un ataque feroz a los diputados que aún sueñan con ella. Pero no provienen sus ideas y argumentos de un convencimiento como lo practica, por ejemplo, José Manuel Restrepo, sino que forma parte de su pasión por la diatriba. Ataca a los federalistas, diciendo que son canallas y fariseos. En una de sus cartas le escribe que todavía en Caracas hablan de federación al igual que los quiteños. Que es esto capaz de hacerlo huir más allá de los mares. Sabe que Páez está en contra de los que predicán desorden o federación que para él es lo mismo ahora.

Al chocolate de las siete se presentaban a palacio Soto, Azuero y don Diego Fernando Gómez —enrevesado congresista ya mencionado y que formó parte del complot contra Nariño en Cúcuta.

Francisco de Paula escuchaba extasiado. Desde ahora había que tener dos caras. De los dientes para afuera, había que estar contra la camarilla revoltosa de sus amigos del Congreso cada vez que se comunicara con el Libertador. Así lo iría colocando al borde del desquiciamiento constitucional.

Parecía decir: Señores, no queda sino que ustedes le den banquillo a las pretensiones exageradas del Libertador y vayan cocinando, con mucho tiento, las ideas de federación, que sin duda habrán de ser el peldaño último de nuestra evolución política.

Otro modo de hacer “justicia” a la gloria del Libertador era alabarlo hasta el escarnio. En uno de sus consejos decía Bolívar que admiraba en silencio y desde lejos, la actividad de Santander y que no lo había expresado “porque no creo ninguna cosa tan corrosiva como la alabanza: deleita al paladar, pero corrompe las entrañas. Yo valdría algo si me hubiesen alabado menos”.

Pero Francisco no comprenderá estas sentencias. Se puede decir que sólo extrae de las cartas de Bolívar los designios que procuren su propio ascenso. Rebusca entre las palabras y entresaca las claves que le puedan ser útiles y aquellas que pueden confundir, sin que nadie lo imagine, haciéndolo por maldad o por una nefasta inclinación a la traición. Lo demás no le interesa. Porque Francisco, que redactaba bien —aunque decía poco su escritura—, pensaba que vivía porque escribía, y lo primero que hacía cada mañana era leerse todos los papeles y periódicos que especialmente seleccionaba para él su secretario; disfrutaba sobre todo viendo su nombre en importantes comentarios políticos de la época. Su bilis se revolvía cuando por algún motivo se olvidaban de recoger su opinión o su figura entre los hechos de la América hispana. Padecía del exceso de la grafomanía, el jolgorio de los aplausos y el chirrido de los discursos. Pero sus golpes no iban a la medida de su altura, ni sacaba el mejor provecho para su inteligencia —en el sentido de orientarlos hacia una causa justa y despojada de intereses personalistas.

En algunas ocasiones, aplicó los principios de Bentham a los negocios de Estado, y cuando intentaba enredar al Libertador se equivocaba: por ejemplo, como cuando nombró al marqués Francisco Rodríguez del Toro, intendente. Sabía que Bolívar tenía profundo afecto por este hombre y algo grave habría hecho que quiso enmendarlo halagando a su jefe con un gesto tan raro. Asombrado el Libertador le pregunta: “¿Dónde diablos se le ha metido a usted en la cabeza, que el Marqués de Toro puede servir para intendente?” Francisco se excusó diciendo que sólo tenía treinta años y que por eso estaba expuesto a equivocaciones.

Entre otras manías eficaces y prácticas de Santander estaba el insistir una y mil veces a Bolívar que asegurara su futuro, su bienestar. Pasó al Congreso, reunido el 9 de abril, el haber del Libertador. Se le concedió entonces al Padre de Colombia una pensión de treinta mil pesos anuales, en premio a los eminentes servicios que había hecho a la patria. El Vice envió inmediatamente un oficio al sur anunciando aquel triunfo donde “consigue” reunir los sentimientos del gobierno y los míos particulares a los del Congreso y el pueblo de Colombia. Le dice también que ya él, Bolívar, tiene asegurada una subsistencia análoga al carácter y dignidad del fundador de Colombia.

Pero el hombre de las locas correrías sólo pensaba en la libertad y se encontraba organizando una segunda expedición de tres mil hombres para completar los seis mil que había ofrecido al Perú. La noticia de la pensión le llegó junto con el permiso del Congreso para irse al Perú a dirigir personalmente la guerra. Aunque lo segundo era su más grande ambición y deseo, lo primero lo enfrió y molestó hasta el extremo de escribirle a Santander que sentía mucho lo de la pensión y el sueldo, porque así se borraban todos sus servicios, ya que una deuda pagada no es deuda.

Las cuentas le enfriaban la inspiración. El quería que se conservara la grandeza de sus empresas fuera del catálogo de las compensaciones en metálico.

La generosidad del Congreso (respondía) indica que yo soy capaz de aceptar con gusto una gracia que sin ofenderme hiere mi delicadeza, porque siempre he pensado que el que trabaja por la libertad y la gloria no debe tener otra recompensa que gloria y libertad. Crea usted que me ha herido hasta el alma la lectura de este decreto y que lo he escondido hasta de Pérez, Ibarra y los demás de la casa.(9)

Bolívar lo que quería, desde hacía casi un año, era que el Vicepresidente concentrara su atención y su poder en conseguir los mayores recursos humanos y económicos para la libertad del Perú. Le hablaba con insistencia y reiteración de estas necesidades, y debemos decir que Santander, extraña e inexplicablemente, no refiere, en sus mensajes al Congreso, nada que tuviera que ver con aquella grande empresa.

En ese momento de su desesperación cuando esperaba los tan ansiados refuerzos, más bien recibió otra carta de la Vicepresidencia:

No tenga, usted, cuidado por la Quinta que aquí procuramos, París y yo, componérsela regularmente. Les costará a mil quinientos pesos, pero puede quedar de gusto y muy digna del Libertador de Colombia.

Ya veremos cómo Bolívar triunfa en Junín sin los esperados refuerzos que por tanto tiempo había rogado al Vicepresidente. Recuérdese aquella cínica expresión en carta al Libertador, al conocer el triunfo de Junín: “Mi placer y mi júbilo lo son tanto más grande, cuanto que usted ha obtenido este primer triunfo sin necesidad de auxilios enviados por el gobierno”. (10)

Pocos hombres de talento mostraron a Colombia ejemplos de valor, de capacidad para sacrificios inmensos y predisposición innata para arrostrar las más terribles adversidades. ¿Quiénes eran esos pocos hombres de talento? Algunos militares de cierta cultura, otros clérigos y hasta doctores. En cierto modo éstos eran hombres cultos, que por sus conocimientos estaban llamados a comprender y reflexionar sobre la híbrida conformación moral de nuestros pueblos. Sucre era, entre todos, quien mostraba más alta serenidad y mayor voluntad de sacrificio, de valentía y prudencia. Con cinco como Sucre tal vez nuestra América se habría salvado.

Tenían que comprender nuestros legisladores que en América hispana no se podían imponer leyes con inflexibilidad absurda; que las constituciones no podían ser rígidas en un país que apenas nacía a la libertad, donde las ciudades eran unas demoniópolis llenas de las mezclas contradictorias de esclavos, aventureros, caudillos y ladrones disfrazados de patriotas y de liberales aturdidos por lecturas que no comprendían ni mucho menos sentían. Bolívar mismo había cometido un error al creer y jurar defender la Constitución de Cúcuta por diez años. Error que se abrió a sus ojos cuando se encaminó a libertar el sur de América.

Pero la equivocación no estaba en los tratados y códigos, como se ha querido ver, sino en el abismo moral que separaba a los más austeros próceres de aquellos que veían en el poder las prácticas de un mero negocio de partido, de castas protectoras del abuso y la injusticia social.

Luchando contra salvajes pastusos, viendo la miseria de los pueblos y la indiferencia de los hombres ante los más elementales principios, quedó sumido en negras dudas y pesares. Ya comenzaba a darse cuenta del peligro de que masas recién salidas de la mayor servidumbre pudieran tener el derecho de elegir y ser elegidos en la organización de un Estado soberano; que pudieran organizarse bajo un sistema político y una libertad que desconocían en todos los sentidos.

A su paso no veía sino caos, nada bueno se podía hacer porque existían pocos hombres buenos y los malos se multiplicaban de manera alarmante. Todo para él presentaba el aspecto de un pueblo que repentinamente sale del letargo y nadie sabe cuál es su estado, ni lo que debe hacer, ni lo que es. Y se preguntaba:

¿Sabrán nuestros representantes del Gobierno, nuestros diputados, lo que yo sé y he visto, y lo que lleva a erigir repúblicas con elementos tan tristes y opuestos entre sí? ¿Sabrán nuestros legisladores que América entera está plagada de esclavos y cautivos indígenas y que los pocos europeos que han combinado su sangre con esta pluralidad de razas sólo propenden a la división y odios? ¿Sabrán esos señores que me llaman 'tirano' que para afrontar estos desastres debemos desprendernos de la ambición mezquina y recurrir al remedio del medio externo, aunque sea muy costoso, cáustico y cruel, pero que evitará en el futuro la gangrena que nos consumirá a todos? ¿Por qué esos simétricos, esféricos y perfectos legalistas no se dan cuenta de que debería yo estar en el Perú, en Cuba o Puerto Rico, en la Argentina o Chile, en cualquier parte donde haya tiranos y donde el peligro de la esclavitud amenace nuestra América? ¿Por qué querrán ellos penetrarme de su inercia, a mí que toda inacción me atormenta, más aún cuando veo a hermanos que desean luchar por la justa causa de la libertad? ¿Ah, cómo deseo volar donde me necesitan y sacar mi espada! ¿Se habrán percatado, en fin, nuestros consejeros de Gobierno, de que viviremos envenenados por la anarquía, si no desarraigamos la herencia funesta de los españoles, fundamentada en el fanatismo religioso, en egoísmos y en intereses dislocados?

Estas ideas las transmitía al Vicepresidente, pero éste pensaba en otras cosas. Por eso creemos que la independencia del Ecuador y del Perú se hicieron bajo la entera disposición y voluntad de un sólo hombre: Bolívar; el desvalido visionario decidido a salvar a los oprimidos contra la voluntad de la Ley, el eternamente criticado por el solo delito de

hacer el bien pese al reumatismo constitucional del Congreso o del Gobierno. Así, pues, que de haber Bolívar obedecido a los legisladores y al Vicepresidente, ni el Perú ni Colombia habrían existido entonces como repúblicas, y tal vez la corta vida de las provincias libres habrían sido acorraladas por el ejército de Canterac y compañía.

Porque Santander decía que él era un mero administrador, que no podía traspasar las leyes de la Constitución para satisfacer los pedidos de Bolívar, que sus facultades estaban bien determinadas y controladas; que, en fin, era un autómeta, y que si en la obediencia de la Constitución se encontraba el mal, el mal sería...

Con el Perú a cuestas

Estos hombres de “extrema devoción por las leyes”, en medio de la desgracia, debieron recordar que si no fuese porque Bolívar obedecía más a su corazón que a la papelera de los rúbulas, habrían sido ahorcados por los godos.

Esto es lo que se llama una catástrofe trágica –decía en su clarividente lenguaje– en que el desenlace lo decide el destino... Empleo hasta los muertos en la defensa del departamento de Quito... Tiemblo delante del futuro; más horrible me parece el porvenir que lo pasado... penétrese usted del sentimiento doloroso que yo padezco con esta consideración.

Muchos esfuerzos de esta naturaleza tuvo que hacer para impregnar de algún sentimiento superior a aquel hombre de endiablada indecisión para que se apiadara y al fin le enviara los soldados y los recursos que tanto necesitaba.

Cuando Santander se decide, ya es tarde. Bolívar, aburrido, le escribía:

Los ciudadanos están muy quisquillosos y no quieren nada de arquitectura gótica, ni razón de Estado, ni circunstancias; lo que desean es la arquitectura constitucional, la geometría legal, la simetría exacta y escrupulosa; nada que hiera la vista, ni al oído, ni a sentido alguno. Pídale usted a su santidad el Congreso un permiso para poder pecar contra las fórmulas liberales, con remisión de culpa y pena, porque si no no podría conseguir nada... los

justísimos ciudadanos no quieren asistir a los combates, ni dar con qué ganar a los mataderos, por no faltar a las leyes del decálogo y a las santas de la filantropía, pero luego que se haya ganado el combate vienen a distribuirse los despojos, porque es muy bueno y muy sano condenar y coger.(11)

Tocaba el Libertador puntos peligrosos que Francisco no perdonaba y que, aunque no iban contra él, le era imposible no relacionarlo con su naturaleza. No podía sacarle al Libertador nada de nada, pero ya encontraría el punto para hacerle sentir el poder de sus “justas razones”.

No debemos pasar por alto la tensión y el permanente desasosiego que Francisco causaba, a veces, con sus cartas al Libertador. Veía infundados peligros en todas partes. Le escribía:

Francia se unirá a España y nos arruinará a todos; los ingleses nos abandonan; hay grandes expediciones realistas en Cuba contra las costas de Venezuela, Morales se nos viene encima... etc., etc.

Hay un hecho muy curioso sobre esto, que Restrepo trata en su libro. Estando Bolívar en Guayaquil sumido en la mayor ansiedad porque habían sido derrotadas las fuerzas independientes que luchaban en el Perú, en las batallas de Torata y Moquegua, y deseoso de entrar en la lucha, pero imposibilitado porque no le llegaba la orden del Congreso, hubo un momento en el cual la situación vino a ser en extremo desesperada. Dice Restrepo que cuando el Vicepresidente de Colombia le participó a Bolívar que el general español Morales marchaba desde Mérida hacia Cúcuta con una división de tropas que juzgaba numerosa, tuvo que dejar los asuntos del Perú y emprender presuroso el viaje hacia Bogotá. Tan pronto llegó a Sabaneta, en el mismo territorio de Guayaquil, se le informó que la expedición de Morales no representaba ningún peligro para la República. ¿Se trataba de una broma?

Imagínese el lector los inconvenientes que causaba una movilización tan grande de tropas en un momento en que la organización, la economía y la seguridad de los desplazamientos del ejército requerían, por parte del Gobierno, conocimientos certeros de las maniobras del enemigo. Sin embargo, viene luego don Germán Arciniegas y escribe: “Santander había organizado con una constitución liberal una república

capaz de sostener la guerra emancipadora y de afianzarse internamente”. (12) ¡Ya veremos qué afianzamiento interior teníamos!

En acto solemne del 5 de junio, el Congreso acordó dar licencia al Libertador para que pudiera dirigir personalmente la guerra del Perú. El Libertador partió de Guayaquil el 6 de agosto, dejando al general Salom las facultades extraordinarias que él mismo tenía en los departamentos de Ecuador y Asuay. Estas facultades, que serían ejercidas en caso de insurrección, le habían sido concedidas por artículos contenidos en la Constitución aprobada en Cúcuta.

Consideró, el Libertador, que estando el peso de la guerra y de las decisiones más urgentes sobre sus hombros, y sabiendo además que en Bogotá oían sus súplicas de mala gana, decidió entenderse directamente con las autoridades de las provincias del sur. Así, al menos, confiaba en sí mismo, ya que de la capital esperaba muy poco. Algunos historia-dores, hombres de leyes y legisladores vieron en esto una irregularidad peligrosa, pues iba Bolívar a ejercer sus facultades especiales sobre los departamentos del sur desde un país extranjero, al tiempo que las delegaba en uno de sus oficiales sin que el Gobierno central tuviera el menor control sobre los militares de aquella zona.

No podemos comprender cómo podía resolverse aquel aparente conflicto legal, ya que, en la guerra y con medios tan pobres, Bolívar había sido el único en golpear duramente a los pastusos, destrozán-dolos dos veces; mientras que Santander, encargado del Gobierno y dirigiendo desde su oficina la campaña de Pasto, jamás consiguió una sola victoria. Aquella empresa, decisiva para comunicar al Ecuador con Nueva Granada, debía estar bajo la mano fuerte y experta del Libertador. No podía arriesgarse Bolívar a verse cortado de pronto, en medio de aquel infierno que representaba la guerra del Perú. Tampoco podía esperar otros seis meses para que el Congreso, con frialdad y lentitud, estudiara nuevas disposiciones. No había nada que atormentara tanto a Bolívar como la inacción y tener que transmitir las eternas súplicas al Gobierno sobre medidas que eran de evidente y urgentísima ejecución. Más aún, si aquel Congreso hubiese sido sabio, se habría adelantado en dar esas y muchas otras facilidades al Libertador —quien no había defraudado a la República, y que se ofrecía, con su genio y su infatigable

talento, a procurar la libertad de otros pueblos y con ella la seguridad y salud de Colombia.

Préstesele atención a una carta de Santander a Bolívar del 9 de diciembre:

¿Cómo quiere usted que haya auxilios? ¿Ni que yo haga lo que la Constitución me permite? Aquí no vale la Ley del 9 de octubre, ni nada más que Constitución y Constitución... Esto de gobernar con leyes y con un Congreso cada año es muy trabajoso; usted no lo sabe todavía, porque hasta ahora ha podido hacer lo que le ha parecido mejor.(13)

¿Cómo era que el Vicepresidente consideraba la liberación del Perú como un capricho de Bolívar? ¿Dónde estaba su patriotismo si no advertía que el fracaso de aquella campaña podía encender a Pasto, y con Pasto a Colombia, y volver así a la época de la invasión de Morillo?

Bolívar diría más tarde que los que se llamaban muy constitucionales y muy populares no buscaban con tales términos sino cuidar sus intereses personales, aunque la patria se perdiera. ¡Qué frase más profética, y con qué exactitud la cumplieron Páez y Santander!

“¡Vivan —clamará nuestro héroe— los que no han conocido otra Constitución que la salvación de la patria!”

El Vicepresidente estaba sufriendo preocupantes cambios y, habituado como estaba a leer la prensa extranjera, fijó su atención en el sistema norteamericano, que a su parecer daba saltos gigantescos como nación, fuerte económicamente, temida militarmente y políticamente sólida. Él no estaba de acuerdo con el Libertador en que era preciso cuidarse de ese pez grande, sino que más bien consideraba saludable y estratégicamente importante establecer acuerdos y una alianza de gran alcance con ese país. Es muy probable que por su conducto llegasen comunicaciones al Norte, una vez que asumió su cargo de Vicepresidente, para que Colombia fuese reconocida por Estados Unidos. Pues bien, su alegría fue inmensa cuando efectivamente Estados Unidos dio ese paso, bien calculado, desde el momento en que los regatones americanos vieron partir al sur al Libertador. El 6 de agosto escribía Santander

al Libertador: “no calculaba usted que a esta fecha estaríamos reconocidos por los Estados Unidos”.

El 23 de septiembre, su euforia se multiplica y le dice a Bolívar que Jerónimo Torres —hermano de Camilo, pero nada que ver con el talento de éste, miembro de la Academia creada por Santander y abogado— está inventado “una alegoría brillante: el águila de las armas de los Estados Unidos sentada sobre los cuernos de la abundancia, que son nuestras armas, y en el medio un gran libro abierto; en la página izquierda escritas estas palabras: siglo XVIII, Washington, y puntos que simulan estar llena la página. En la derecha: siglo XIX, Bolívar; esta hoja queda en blanco para llenarla después, porque todavía hay mucho que esperar por usted”. Tamaña ridiculez que debió haber provocado en Bolívar bastante pena. Dice Francisco Pividal al respecto: “Que el águila estuviese sentada sobre los cuerpos de la abundancia de Hispanoamérica, no era una alegoría, sino una realidad, de ayer y de hoy”. (14)

Pero no se queda allí Francisco, sino que ya en plena comunicación con agentes del norte comienza a hacer gestiones para promocionar su figura, seguro de que será el sucesor de Bolívar. El Libertador, envuelto en el espantoso laberinto del sur, seguramente no saldrá vivo. Su último mensaje (el de Vice), enviado al Congreso, lo hace traducir al inglés, y se publica en Estados Unidos donde, según el propio Santander, recibe aplausos por su papel de Estado y como pieza literaria, “si estaré lleno de orgullo”. (15)

Ya se veía, pues, el papel que iban a jugar los agentes del norte, quienes nunca habían prestado atención alguna a las palabras del Libertador, buscando elevar la figura del Vice, quien mostraba gran admiración por el sistema político estadounidense.

Los movimientos en Washington fueron muy rápidos, conociendo la buena voluntad de Santander para establecer buenas relaciones con el norte, y el 17 de noviembre de 1823 llegó a Bogotá el ministro plenipotenciario de Estados Unidos Richard Anderson. A este diplomático se le hizo un extraordinario recibimiento, seguido de alabanzas desmedidas y de convites fastuosos, cosa nunca hecha a ningún otro embajador. Para dorarle la píldora al Libertador, le comentó Santander que este ministro era un enemigo de la Santa Alianza —en realidad la lucha que

podía librar el norte con la Santa Alianza nada tenía que ver con la que Colombia planteaba—. Sin duda alguna que Anderson le notificó a Santander la preocupación de su gobierno por la actividad de “propósitos flotantes e indigestos” que Bolívar realizaba en el sur, a lo que Santander le debió participar que él tampoco los compartía mucho.

Nada de raro tiene que en el espantoso sabotaje que Santander realizará contra las actividades del Libertador en el Perú, el ministro Anderson haya sido una pieza fundamental. El lector, por lo que sigue, podrá darse cuenta de ello.

Durante este año murieron los hombres más odiados entonces por Santander: Zea y Nariño. (16) Así pues que el curso de los acontecimientos parecía allanarle todos los inconvenientes, las contrariedades, las críticas acerbas a su gobierno. Aunque, al mismo tiempo, comenzaban a levantarse otras glorias que provocaban en el Vice las mayores envidias y recelos: Sucre, Salom, Páez, Urdaneta, Soubllette; sobre todo Sucre, de quien en octubre de aquel año Bolívar le había escrito: “Es el venezolano de más mérito que conozco, y como Dios le dé una victoria, será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el sur lo habrá hecho todo hasta el Potosí”.

El país estaba desgarrado por el elemento humano que lo conformaba. No neguemos que la actividad de Santander era tremenda también: luchaba en veinte frentes a la vez, pero era una lucha basada en principios averiados y personalismos hartamente sectarios. Por un lado, estaba su amante Nicolasa, que por momentos le hacía la vida imposible; por otro, don Antonio José, quien no dejaba de mostrar su figura aporreada por Palacio. Para entonces Santander había empleado a don Antonio como secretario en el Congreso, y algo de dinero le pasaba a doña Manuela, no de su sueldo, sino de los haberes militares del Libertador —porque a éste le sobraban, ya que, se negaba a recibirlos.

Luchaba igualmente por su bienestar material, por la conformación de un partido o por una logia, contra los religiosos y camaleones venezolanos. A finales de 1823 vino Francisco a descubrir que su vida política podía ser corta, por el enjambre de enemigos que urdían temibles golpes desde Caracas, Quito o la misma Bogotá.

Ya Laski (17) presentaba ese panorama de inversión de los valores cristianos que estaba imponiendo la revolución del individualismo y la búsqueda de la riqueza, de modo que las ideas del general Bolívar no iban a cuajar en nuestra América por el influjo perverso del mercantilismo, un negocio que monopolizaban en el mundo los ingleses, los holandeses y ahora los regatones del Norte. Ya la humanidad no se preocuparía de erradicar la pobreza, sino de ensalzar los valores de los negocios, y que la ley maltusiana dejara que cada cual se salvara como mejor pudiera. Estaba apenas emergiendo la mano torcida, peluda e invisible de Adam Smith que podría “ponerle orden” a la sociedad moderna. El poder entonces debía quedar en manos de un grupo de hombres ilustrados y ricos, una élite.(18)

Por eso Francisco, para su tren ejecutivo, pensaba en prospectos de banqueros y grandes comerciantes, en la conformación de una casta oligárquica que dominara completamente la política que sostenían los godos. Venían a su mente los Uribe y Santamaría, los Arrubla, Montoya y Lorenzo María Lleras, los Florentino González, Francisco Soto y Azuero, acaso algunos de los Mosquera, los Restrepo o Caycedo; posiblemente José Ignacio Herrán, algunos de ellos dueños de las salinas de Zipaquirá, Nemocón, Tausa, Chita, Numaque, Recetor, Pajarito y Chameza, además de ser dueños de grandes potreros y tiendas. Eso sí, no podía integrar a esta casta a los venezolanos, por más ricos que fuesen.

En medio del torbellino de estas ideas, Bolívar no podía más que constituirse en el gran estorbo de la nueva causa, y como contra un hombre tan fuerte y extraordinario no valen las críticas ideológicas, las armas tenían que ser la calumnia, los subterfugios legales, y la proliferación de un temor fundado en los escombros que Napoleón había dejado en Europa: la tiranía. De tales pensamientos surgió la idea de crear un periódico audaz que comenzara pues a “invertir los sentidos”. Este fogonazo mediático fue *El Correo de Bogotá*, cuyos objetivos apuntaban a la religión, procurar la inmigración extranjera, defender los principios del señor Bentham y fundar una sólida cofradía masónica. Siguió con éste la proliferación de camarillas de todo tipo, y Santander para despistar al público, siempre oculto entre sus papeles, sacó *El Patriota*, donde aparentaba atacar a su propia logia, y salieron también al ruedo por estos mismos escándalos *Los Toros de Fucha*.

Entre logias te veas

Colombia entera tenía consolidada sus fronteras: Morales era dueño de Maracaibo; Calzada estaba fuerte en Puerto Cabello; los pastusos alzados y solicitando a gritos desgarrados que Fernando VII se presentara en sus infernales cornisas; Santa Marta estaba en manos de belicosos indios que seguían los mandatos de los godos; Bolívar, acosado en el sur por la naturaleza tanto de lo viviente como de los formidables ríos, bosques y abismos. ¿De dónde sacaban Santander y sus sabios asesores que vivir en manos de los francmasones y entre turbios negocios de comerciantes nos iba a salvar de tantas desgracias sociales? Luego de estos triquitraques panfletarios aparecieron los “contras” atacando a los masones, uno llamado *El Gallo de San Pedro, otros mentados Tardes Masónicas, El Perro de Santo Domingo, Las Guerras Fanáticas contra Masones, El Verdadero Censor de Colombia, El Gallo Antimason y El Soldado de Colombia.*

Entre lo moderno y lo *fashionable*

Nada de esto sabía Bolívar, quien aborrecía estas detestables pérdidas de tiempo. No estaba enterado de estas niñerías y ridiculeces de las sociedades secretas que por idiotas se estaban volviendo peligrosas: preparaban atentados y conmociones públicas. Santander, quien durante un tiempo se alejó de su logia, volvió a ésta con más denuedo, porque veía que eran un medio muy eficaz para hacer proselitismo político; y en lugar de procurar la ayuda que suplicaba el Libertador desde el sur se dedicó a enviar comisiones a Jamaica para arreglar diplomas con que se coronaban grados para los destacados discípulos de estas agencias infernales. El comisionado para presentar al Grande Oriente de Jamaica fue el doctor Francisco Urquínano a quien llevó una plancha pidiendo la instalación de la Fraternidad Bogotana. Nos dice Groot que el diploma, con todos sus sellos, vino dirigido a Pelópidas, que era el nombre con que Santander actuaba en la logia.

Hay que insistir: el tren ejecutivo era masón, como los empleados de la Corte de Justicia y Tribunales, altos jefes militares, el mismo historiador José Manuel Restrepo, los más importantes comerciantes, la mayoría del cuerpo legislativo. De aquí saltaron los diablos que dieron porrazos a Nariño y al doctor Saavedra porque no quisieron seguir en la logia; las

peleas dirigidas a echar por tierra la ley del celibato clerical, las iras del diputado Ignacio Herrera, que de godo se había vuelto anticlerical, que de negociador de Morillo pasó a entregar Bogotá, aparecía ahora como radical liberal; los ataques al obispo Rafael Lasso de La Vega; los palos que se dieron la noche del 23 de mayo en la calle San Juan de Dios, el doctor Baños y el doctor Azuero; las trompadas que dio el senador y canónigo venezolano Ramón Ignacio Méndez al senador Diego F. Gómez. Los palos y peleas interminables, mientras Bolívar se quemaba el pellejo en medio de la guerra. Fue así como el Congreso perdió cuatro meses en discusiones sin concluir nada útil, y se desprestigió. Para completar, hubo largos y extenuantes debates para tratar tonterías tan superfluas como el tipo de traje que debían usar los congresistas. En este punto, los futuros liberales se llevaban las palmas, más aún cuando al final de estas agotadoras sesiones se aprobó que el traje fuese “decente pero sencillo”. Después de esto, los radicales pidieron una aclaración sobre si los clérigos podían llevar sus hábitos dentro del recinto de la cámara, y pasaron otros días tratando de descubrir si esto era decente o no. Nos dice Groot:

Era una lástima ver cómo se perdía el tiempo y se debilitaba la opinión con proyectos y cuestiones que estaban en pugna con la conciencia de los pueblos, y esto porque así lo querían ciertos individuos que se habían propuesto dominar la República con sus ideas, calificando de godos y enemigos de la causa a todos los que se les oponían. (19)

Lo moderno y “fashionable” sacaba de quicio a los liberales, además los francmasones querían volverse también evangélicos. Lo que viniera de los países “progresistas” era válido para mejorar la situación. Con gran jolgorio se impartió una invitación a Mr. Thompson, quien pertenecía a la Sociedad Bíblica Británica, para que creara la Sociedad Bíblica Colombiana. Además de todo el Estado mayor del Gobierno, muchos curas mostraron interés en ser miembros de tan espiritual organización.

Conjuntamente con estas novedades, Azuero hizo la propuesta de atacar con mayor rigor a los godos y a los curas que seguían “oponiéndose” a la libertad y a las logias. Quiso destruirlos en sus propias “guaridas”, llamando la atención del Gobierno para que impusiera leyes dictatoriales contra el dogma cristiano. Decía:

Cuando las congregaciones son a puerta cerrada, como los ejercicios espirituales, crece la necesidad de que intervenga el Gobierno. Allí se aumenta el riesgo de la seducción: la clandestinidad da más audacia a un predicador que sea enemigo del orden establecido: habla con tanta más desenvoltura cuanto está más seguro de no ser denunciado y de que se le guarde el secreto.(20)

Estas manías anticatólicas nunca causaron en Venezuela el escándalo y la confusión que produjeron en Nueva Granada. Anota, David Bushnell, que en el oriente y centro de Venezuela había un gran debilitamiento del sentimiento religioso, incluso entre las masas. Más cierto aún, entre los llaneros errantes que se habían formado en la guerra.

Francisco luchaba por ser ateo, pero no lo conseguía del todo.

En medio de este ardoroso enredo, el pobre marido de Nicolasa, don Antonio, escribía gemebundos y lacerantes sonetos como este:

Hallándome del mundo retirado,
en mi honrado, aunque pobre, humilde nido
donde al fin entregar logré al olvido
cuanto por ti he sufrido y he llorado.

Excusa, Ingrata, el bárbaro cuidado
de recordarme que tu amante he sido:
¡Ay!, eso es refregar en un herido
la antigua llaga de que está curado.

Hubo un tiempo en que pude agradecerte el más leve recuerdo
de tu parte:
Hoy tus memorias para mí son muerte. Yo me atrevo, señora, a
suplicarte
si algún favor alcanzo a merecerte
que de mi amor no vuelvas a acordarte.

Pero el amor con pasiones, como que estaba de más. La poesía no tenía cabida en las nuevas mentes. Para los “liberales”, Bolívar no pasaba de ser un verdadero dilema, por cuanto tendía a confundirse con la esencia del republicanismo y su figura, sus luchas e ideas eran un atentado contra el libre albedrío. Para entonces, Azuero había cepillado el

nuevo plan de estudios de acuerdo con el utilitarismo que iba a producir la expansión cerebral de Colombia. Razonaba la comisión dirigida por Azuero:

Es necesario romper el dique mental impuesto por el catolicismo. Abrir las compuertas de la lógica, de la razón, que acaben con absurdas creencias. No existe la conciencia, sino los seres negativos, y debemos al fin romper el freno de la moralidad negativa para dar paso al materialismo, al egoísmo altruista y positivo, al sibaritismo, a la riqueza.

Insistía el integérrimo Azuero de este modo: “Si seguimos este plan, Colombia asombrará al universo del conocimiento, por cuanto que estos cursos y proyectos, en la misma Europa, ni comienzan a fijar tales elementos”.

En medio del regocijo de esta apertura intelectual, Santander, a quien la fortuna no podía ya colmar de mayores triunfos, decidió reconciliarse con doña Nicolasa. La invitó a un acto en el propio Colegio San Bartolomé, donde estudiantes formados bajo las teorías de Bentham presentarían un acto literario. Francisco recordará esta época como la más feliz de su vida; estaba de veras enamorado de Nicolasa y llegó a pensar que con ella no le hacía falta nada, ni siquiera la política; más bien que la política atentaba contra su felicidad en aquel instante. Pero fue apenas un rayo de lucidez en medio del farragoso conflicto de los pleitos intestinos de aquel año. Con Nicolasa en sus brazos pensó irse lejos, a Estados Unidos o a España. Dejarlo todo por ella. Cuán dichoso habría sido, pero no tenía valor para vencerse a sí mismo: dejarlo todo por aquella hembra. Quizá se lo planteó a Nicolasa, pero a la Nica también le gustaba el poder.

En el Colegio San Bartolomé, los jóvenes lustrosamente trajeados, llevaban pulidos discursos sobre los dilemas de felicidad, dolor y sensaciones agradables. A él todo aquello le parecía superfluo, pues su cuerpo sentíase pleno, seguro de sí y sereno. Hacen disquisiciones sobre la felicidad, aquellos que la buscan y no la encuentran; a él con su Nica le sobraban la alegría, la salud y la dicha.

Poco después, salió don Antonio hacia Londres. Con su viaje volarían las murmuraciones; pero, para qué, si en las cuentas suntuarias de los boletos públicos había un signo positivo que las presidía todas...

EN EL PERÚ

La restauración del orden es el milagro.
León Bloy

A comienzos de 1824, el Libertador se encuentra en situación de perder su reputación y las posiciones logradas en la Campaña del Sur. Las tropas que tanto ha pedido a Colombia no llegan —ni llegarán— para hacer decisivos sus movimientos contra el enemigo. Ya sabemos las dificultades que encierra luchar en un territorio cuyos pobladores no se percatan de la importancia de erradicar la esclavitud y a sus tiranos. Perú era una guarida de traidores y lo iba a ser por muchos años más. Los españoles tenían el ejército mejor entrenado, organizado y poderoso de Suramérica; incluso se consideraban invencibles, y esta confianza los hacía temibles. Los generales del Perú, Riva Agüero, Santa Cruz, Gamarra y Lamar, hasta ayer habían servido a las fuerzas realistas y carecían de resolución para enfrentar al capitán José Canterac.

Santa Cruz, por envidia o recelo, había rehuido a unirse a Sucre, a la vez que dar batalla al enemigo. Esto trajo una desbandada en el ejército que hacía presagiar grandes desastres.

Chile envió al Perú una expedición de dos mil quinientos hombres bien organizados y equipados, pero al llegar al puerto de Arica y ver que el ejército de Santa Cruz se había evaporado, siguió rumbo al norte. Así, pues, este otro golpe angustió más aún a Bolívar. Se daba cuenta de que la desgracia de aquel país radicaba en que no había un jefe. Se acercaba entonces con aquel carácter que tanto hiciera temblar a los españoles apostados en Nueva Granada, para desbaratar las revoluciones concéntricas que hacían que cada jefe se creyera un caudillo. Por esta razón San Martín salió desengañado de aquel espectáculo de sucesivas traiciones.

Haciendo un juicio sereno pensamos que el Perú entonces no merecía ser libre. En este sentido y aunque la afirmación sea cruel, le damos la razón a San Martín cuando se desentendió de todo.

Jamás hemos conocido un pandemonio peor que el cinturón de enemigos que rodeaban a Colombia. Por el desastre de Santa Cruz, trescientos hermosos caballos chilenos que llegaron al puerto de Arica fueron degollados para que no cayeran en manos de los realistas: ya no había esperanzas de recibir refuerzos de Chile; entre desertores y muertos, los colombianos habían perdido más de tres mil hombres y, para completar, el ejército argentino se dispó por el escándalo de las desertiones y la volubilidad de los jefes.

Los españoles, fuertemente equipados, amenazaban entonces a Lima; tenían ocupado a Pisco, Ica y Canete en la costa; dominaban la cordillera y todo el Bajo Perú. Ante tan grave situación, Bolívar envió el 22 de diciembre a su secretario Ibarra a Bogotá. Imploraría otra vez a los legisladores colombianos y al Vicepresidente, hombres veteranos, sobre todo llaneros, armas y municiones y oficiales de marina.

Ya sea por su extrema sensibilidad, las angustias y la continuada excitación e incertidumbre, además de las penosas marchas a través de aguas putrefactas o ardientes desiertos, el Libertador terminó gravemente enfermo en un lugar llamado Pativilca. Sus penalidades corporales y sus delirios febriles no eran sino otra batalla interior, mucho más intensa que las que había librado en los campos abiertos de América. Siete días pasó hablando con la nada, buscando su lugar en medio de ese desorden supremo donde sucumbieron San Martín y sus soldados. Su fe invicta lo impulsaba a creer que Dios veía con horror el crimen de la usurpación y de la tiranía. Su fe era Dios y en nombre de ella iba a sentar las bases del sueño de la confederación americana. Inconcluso, eso era pequeño todavía para la grandeza de su alma: aspiraba a la confederación del mundo entero en una sola República. Ése debía ser el verdadero propósito de los hombres de su tierra.

En Pativilca, postrado en una silla, Bolívar no hacía más que mirar el horizonte oceánico... Ante tan patético cuadro de desesperación, sus oficiales le piden que renuncie a la locura de liberar al Perú, y que cuanto antes regrese a Colombia. El fastidio en él era tan mortal, que no quería ver a nadie, no quería comer con nadie, “la presencia de un hombre me mortifica; vivo en medio de unos árboles de este miserable lugar de la costa del Perú; en fin, me he vuelto un misántropo de la noche a la

mañana”. Convaleciendo en este lugar de Pativilca, le encontró Joaquín Mosquera:

Estaba Bolívar sentado en una pobre silla de vaqueta... El Libertador mostraba un semblante cadavérico, que preocupó a tal punto a sus colaboradores, que llamaron de urgencia a Manuela Sáenz para que estuviera con él en los últimos instantes de su vida... Todos temían un desenlace fatal. Hacía varios días que no probaba alimento. Sus pantalones de guin dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas y sus piernas descarnadas; su voz era hueca y débil, no había cumplido los 41 años, y su pelo se teñía de blanco... Sus amigos le aconsejan abandonar Perú; para ellos, era imposible continuar la guerra... Mosquera se dirige a Bolívar, cuando recostado de una palmera medita con la mirada fijada hacia el océano infinito... y en tres oportunidades le pregunta al no tener respuesta: ¿y qué piensa hacer ahora su excelencia? Hasta que Bolívar sin voltear la mirada responde con firmeza y seguridad: ¡triunfar!

Bolívar tuvo noticias que le destrozaron el alma. Los suaves filósofos de Quito, haciendo alardes de la libertad que acababan de recibir, se alzaron, diciendo en sus documentos palabras injuriosas en su contra; Pasto seguía en el caos bajo las huestes frenéticas de sus indios; para completar, en El Callao, la posición más estratégica del Perú, se sublevaron algunos batallones, decapitando a importantes jefes patriotas. Y el 29 de febrero se recibió la fatal noticia: los realistas han tomado El Callao; esto significa afianzar sus posiciones en Lima.

Abrumado por este golpe, resuelve una vez más pedir refuerzos a Bogotá. Pero en aquellos días recibe una carta de Santander, escrita el 6 de enero, donde le dice:

Este Congreso que debió reunirse el dos está retardado, faltan seis senadores... De modo que todas las faltas ajenas recaen sobre el gobierno y como este gobierno soy yo, todas las tengo que sufrir y reventar sufriendo.

Ya dije a usted (continúa) que sobre la guerra del Perú hablará el Congreso muy claro, y le pediré una ley para poder auxiliar, porque hasta ahora no la tengo... Recuerde usted la enorme diferencia que hay entre los dos para obrar: Usted no tiene ley ni responsabilidad alguna, y yo tengo una constitución y mil leyes: el teatro de usted es el de su libre voluntad y miras;

el mío es la voluntad de los legisladores. Usted puede hacer lo que quiera aunque sean exabruptos.(21)

Estas cartas eran fríamente elaboradas en palacio por el trío de Gómez, Soto y Azuero, los padres del refulgente “liberalismo granadino”.

Era fácil imaginarlos decir: Pues mire, que yo no veo cómo podrá salir de su propio enredo.

Insistimos, pues, que Francisco creía que los pedidos para libertar el Perú —y asegurar la independencia de Colombia— eran meros caprichos del Libertador, y porque en cartas anteriores él mismo le decía:

No hablaré más de auxilios de tropas, porque usted ha respondido suficientemente a todo. Usted responde como los inquisidores lo hicieron a Molina; quiero decir que usted se enfada cuando le piden, y yo no sé si será mejor perder, que no pedir.

Y en otra:

El secretario de guerra dice (carta del 21 de diciembre de 1823) que tenemos treinta y dos mil hombres, que vengan doce y queden veinte por allá... Yo había pensado ir yo mismo a buscar esos doce mil hombres porque he visto con qué morosidad y mala gana se han manejado esos señores en el envío de esa primera expedición. Hace cerca de cinco meses que se tomó Maracaibo y aún no han llegado las tropas que eran allí inútiles. (22)

Todavía, el 6 de mayo de 1824, tenía que decirle al Vicepresidente:

Yo que tengo la desgracia de saber con anticipación lo que naturalmente debe querer cada uno, me desespero más que otros... estoy sufriendo toda la intemperie de una tempestad desecha. Si usted se viese rodeado de traidores y de enemigos, de celos y de rabias, de conspiradores atroces contra el Estado y contra su persona, no tendrá la calma de dudar si debe o no mandar refuerzos al Perú.

Pero la misiva del Vice, del 6 de enero (1824) acabó con las esperanzas de Bolívar, quien quiso no volver a pedir ni responder nada; al menos hasta conseguir una victoria por sus propios medios.

Así como Bolívar perdonó a Santa Cruz, que si no merecía el fusilamiento al menos la degradación (o la cárcel) por esa generosidad que le hacía olvidar tan rápido las ingratitudes y perdonar una y mil veces a sus amigos, por eso, más tarde decidió sepultar sus diferencias con Santander. Pero esto era un error inevitable de la fatalidad de su genio y de la generosidad de su corazón.

Sin embargo, aquel silencio de Bolívar aterró a Francisco, quien concibió otras excusas para disimular su indecible indelicadeza para con el hombre a quien se lo debía todo.

Ya convencido de cómo el Vicepresidente tenía más ganas de quejarse que de ayudar a sus planes, decidió guardar silencio por un tiempo y hacer la guerra con los escasos recursos que encontró en el Perú. Estos recursos los sacó prácticamente de la nada y usando a plenitud las facultades que le había conferido el Congreso de aquel país. El Congreso le hizo Dictador el 10 de febrero. Como había de suceder, el 27 de febrero los realistas tomaron a Lima, y Torre Tagle —jefe político del gobierno y “padre de la patria”— traicionó la revolución pasándose a los españoles. Segundo Presidente traidor que tenía el Perú en menos de un año; el primero había sido Riva-Agüero.

Los traidores se multiplicaban en ese estado de angustia que precede a los grandes cambios sociales, y unidos a los realistas propagaron por los pueblos la noticia que anunciaba el término de la guerra y que los únicos perturbadores del país eran los colombianos. Pernicioso revuelo que provocó confusión y desánimo en los pueblos, de por sí apáticos, indiferentes.

Bolívar estableció como centro de operaciones la ciudad de Trujillo: allí recibió la vulgar carta enviada el 6 de enero en la que el Vicepresidente le dice que el gobierno ha despachado unos tres mil hombres para el Perú y que no puede remitir más sin el permiso del Congreso —a quien debía solicitarlos al punto de que se reuniera. Mortal noticia para

el Libertador que se hallaba en la necesidad de hacer frente con poco más de siete mil hombres a catorce mil que tenía en Jauja el general Canterac.

Temiendo un ataque, Bolívar no pudo evitar escribir con repugnancia al Vicepresidente e insistió en dos oportunidades más (el 22 y el 31 de marzo) para que le enviaran urgentemente los auxilios y continuar así la campaña.

No sabemos por qué Bolívar persistía en estas súplicas si ya los españoles estaban preparados para atacarle y aquellos socorros jamás llegarían en caso de generarse una catástrofe. Quizá lo hacía con la ilusión de volver a levantarse después de un eventual descalabro como lo había hecho tantas veces en los infernales escenarios de Venezuela. Tal vez sería para proteger su retaguardia, el Ecuador, y en caso de que se produjese otro alzamiento en Pasto. El Vicepresidente a estos pedidos, como siempre, respondió con su característica frialdad y aduciendo que, al ejercer un gobierno constitucional, no podía enviar los auxilios pedidos sin una autorización expresa del Congreso.

¡Y pensar que luego los granadinos habrían de llamar grandes patriotas a los liberales de la escuela de Santander!

¿Por qué no se daban cuenta, estos señores, de que era Bolívar quien practicaba los verdaderos principios de la revolución francesa, *derrumbamientos de tronos, venganza de todos los crímenes coronados, paz y libertad del género humano?*

¿Dónde se ha visto que exista una constitución que en estado de guerra sirva para proteger a los invasores, a los pérfidos, déspotas y verdugos?

Esto existía sólo en la cabeza de los héroes cívicos de Bogotá, porque Bolívar cumplía en América el hermoso precepto que la Convención de París emitió el 19 de noviembre de 1782:

Declara que prestará socorros y considerará hermanos a todos los pueblos que quieren recobrar su libertad y encargar al ejecutivo que dé a los generales de los ejércitos franceses las órdenes para socorrer a los ciudadanos que hayan sido o sean vejados por la causa de la libertad.

Veamos cómo el historiador Ramón Pérez describe la espantosa situación del Perú:

Las tropas argentinas que estaban de guarnición en El Callao se insurreccionaron, proclamando al Gobierno español. Los primeros magistrados como el presidente Torre Tagle, Berindoaga, ministro de la guerra, y el general Portocarrero se pasaron a los enemigos; y más de cien oficiales siguieron su ejemplo. Los empleados subalternos abandonaron sus oficinas. Un regimiento de dragones montados, de Buenos Aires, que observaba los movimientos de Rodil, no tardó en aumentar las fuerzas españolas. Dos comandantes se insurreccionaron también con sus escuadrones en Supe, llevándose prisionero al coronel colombiano Carlos Ortega que presentaron como una ofrenda a los españoles. Diariamente se recibían partes en el cuartel general del Libertador de la desertión de uno o más oficiales, de uno o más piquetes que con armas se entregaban a los enemigos...

En cinco meses hubo cinco grandes defecciones. Los traidores aprovechaban la ignorancia del pueblo para hacerle creer que Bolívar y los colombianos eran sus verdaderos enemigos, atribuyéndoles el designio de someter el Perú a Colombia, para enardecer los ánimos y asegurar el éxito de la calumnia con la pérdida completa de la República, que exhausta de recursos y atravesando tan peligrosa crisis, tenía que vencer a un ejército de 18 mil hombres aguerridos, bien disciplinados y orgullosos con sus recientes victorias. El virrey Laserna pensaba abrir la campaña con 12 mil hombres; pero tenía 6 mil más para cubrir a Salta y mantener la tranquilidad tanto en el Alto Perú, como en la costa del sur. Algunos elevan este número a 23 mil hombres; pero debemos atenernos al testimonio de Torrente que pudo conocerlo mejor:

Y la expedición de 6 mil hombres que mandaba el general Santa Cruz, cuyo resultado desastroso pronosticó Bolívar, se había disuelto sin combatir, huyendo de los españoles desde Oruro hasta Desaguadero; el ejército de Chile había regresado a su patria, abandonando la causa de la independencia del Perú. Sólo quedaban pues para sostenerla, 4 mil colombianos situados de Cajamarca a Salta, mandados por el general Sucre, y como 3 mil peruanos que se organizaban y disciplinaban en el departamento de Trujillo.

¡Bolívar estaba atónito, horrorizado, tal vez arrepentido!

Entonces, el Congreso le invistió con la suprema autoridad política y militar; se disolvió luego para confiarle la salvación de la República y el Libertador aceptó ese compromiso, lo cual hace pensar que tenía un conocimiento profundo de los hombres y de las circunstancias graves que lo rodeaban.

El mismo Bolívar refiere sobre aquella situación:

El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaron ocupaban las provincias libres del norte y hacían la guerra al Congreso; la marina no obedecía al gobierno; el expresidente usurpador, rebelde y traidor a la vez, combatía a su patria y a sus aliados; los auxiliares de Chile por el abandono lamentable de nuestra causa; nos privaron de sus tropas; y las de Buenos Aires, sublevándose en El Callao contra sus jefes, entregaron aquella plaza a los enemigos. El presidente Torre Tagle, llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú. La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía: todo estaba disuelto. En estas circunstancias, el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza...

¡Y un escritor argentino asegura que, sin la expedición del general San Martín, no se habría ganado la victoria de Ayacucho, ni estaría por consiguiente independizado el Perú! ¿Qué tal?

El general San Martín es una gran figura de la historia de la independencia sudamericana; pero esta República le debe más gratitud por sus esfuerzos o buenas intenciones que por sus hechos de armas, aunque algunos fueron gloriosos.

Bolívar, al leer el decreto del Congreso, exclamó: “Vamos a salvar a este triste país de la anarquía, de la opresión y la ignominia”, y dirigiéndose a los peruanos, les dijo: “Las circunstancias son horribles para nuestra patria, pero no desesperemos de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia es invencible, ¿queréis más esperanza?”

Añádase a este panorama la particular sensibilidad del Libertador cuyas visiones le hacían prever con tanta vivacidad los desastres; tenía

dos frentes: vencer los peligros formidables del enemigo exterior y los de su imaginación, que exacerbaban sus conflictos interiores.

Aún así, el conocido escritor peruano Ricardo Palma se atrevió a decir que su país no necesitaba de los servicios de Bolívar; que de todos modos, tarde o temprano, ellos se iban a liberar del poder español. Tal vez les habría pasado entonces como a Cuba, que consiguió su libertad más de medio siglo después. Otros más ingratos, como Rafael Sañudo, han dicho lo mismo que Palma. Luego lo dijo también Germán Arciniegas en una vejez que evolucionó hacia el cataclismo servil a todo cuanto hiciesen y dijese los gringos.

VENEZOLANOS Y GRANADINOS EN LA AGONÍA DE LA ESPERANZA

*Expresar las propias opiniones de modo imprudente
es un defecto natural de las almas generosas.*

Madame de Staël

Desde aquellos primeros meses de 1824, Santander con ardides legales procuró sentar las bases de su partido. Ante todo mostraba una actitud inconveniente hacia los intelectuales caraqueños que escribían contra él en la prensa o en panfletos miserables. En lugar de despreciarlos o hacerse el indiferente, según le aconsejaba el Libertador, los atacaba duramente, ya fuese mediante cartas, anónimos de prensa o en la Gaceta Oficial. Esto provocaba reacciones más fuertes aún. No era propio de su cargo responder a insultos y pequeñeces.

Algunos caraqueños sentían la insuficiencia de no haber conseguido gloria ni fortuna en una época plena de hazañas. Estos seres, que por desgracia siempre abundan, iban uniéndose alrededor de los patriotas venezolanos, que sí habían hecho sacrificios por la causa; respondiendo Francisco a estos señores fue como acrecentó el grave recelo que ya existía entre venezolanos y granadinos.

Aquel bochinche no podía conducir a otra cosa que a la enajenación de Venezuela. Las quejas del Vice contra los venezolanos parecían responder a los maquiavélicos movimientos del trío liberal. El objetivo era desunir y al mismo tiempo predisponer negativamente al Libertador contra sus propios paisanos. Si el carácter de Francisco no se hubiera hecho traslúcido en las famosas jornadas del trágico año de 1826, nosotros vacilaríamos en juzgar con dureza sus opiniones e ideas. Pero no podemos aceptarlas por dulces y patrióticas que parezcan. ¿Con qué interés un hombre que se suponía la estrella más alta de la Constitución, conocedor del caos histórico de la federación, iba a promover después de 1826 un régimen federalista para Colombia? No podía ser su conducta sino producto de un trastornado rencor o de un enfermizo y exagerado egoísmo, porque en febrero de 1824, le escribía a Bolívar lo siguiente:

Lo importante es que se acabe ese espíritu de discordia sobre la federación. Mucho mal nos está haciendo esto, y si los ingleses y los americanos del norte se resfrían, es por sólo esta causa. ¡Qué dolor perder nuestros sacrificios por cuatro chisperos que sólo consultan su bien particular o cuando más el de una ciudad o provincia en su impolítico proyecto! ¡Y con qué pagarían ellos el mal que resultara a Colombia de una reforma imprudente o ilegal (léase bien ILEGAL) ¡O de dividir las opiniones de los colombianos! Válgase de su influjo con sus amigos para poner término por ahora a esta horrible discordia de principios. (23)

¡Con cuánta justicia se podían aplicar estos adjetivos al propio Santander tres años más tarde!

Pero nunca se podrá saber a través de sus cartas lo que realmente Francisco quería. Cada línea suya signaba un propósito oscuro. Era un plan intrincado, que solamente podían tal vez dilucidar Gómez, Azuero y Soto. Para completar, los historiadores colombianos se encargaron de retocar sus papeles para evitar “malas interpretaciones”.

En medio de tan viscosos proyectos, donde los contendores eran fanáticos e ignorantes, no cabía esperanza de una sana reconciliación. Fuego al fuego echaba Santander a estas habladurías e intrigas. Ya para entonces, Francisco confirmaba que la utilidad en política era realmente lo que conducía al éxito. Sus pasos se dirigían a ser cada vez más meditados y conscientes. Tendía a despojarse de los escrúpulos que en otros tiempos tan “malos” resultados le habían dado; descubría las redes de un juego que fascinaba y seducía más que los mismos hombres y los tantos preceptos y leyes en los que ardía milagrosamente su retorcida misión.

En 1824, Santander había conseguido enemistarse con otros dos venezolanos de gran influjo en el medio militar como eran los generales Salom y Montilla.

Estos líos personalistas venían desde los tiempos de Morillo, desde el año 21, con lo del Congreso de Cúcuta, y hacían pensar al Libertador que el edificio de la República sobreviviría muy poco. Don Germán Arciniegas reclamaba que Bolívar dudaba del futuro de América, dice que el Libertador era muy pesimista, pero ¿quién no lo iba a ser en tales circunstancias?

Hay que pensar (dice don Germán) en la guerra absurda, loca, imposible que condujo Bolívar hasta lograr increíbles victorias, haciendo cosas que no lograron ni Napoleón ni Washington. Y, sin embargo, el Libertador dudaba. Veía su obra prodigiosa y no creía. No pensaba que podía sostenerse. No creía que en América Latina pudiera realizarse lo de la Sajona. (Don Germán sostiene que Bolívar idolatraba a los ingleses). No podemos. No somos capaces. Pensaba. Pero ¿no lo había hecho ya él mismo?(24)

¡Claro que sí, don Germán! ¡Él mismo y enteramente solo lo había hecho todo! ¡Solo! Cuando alguien solo, como él lo hizo, lleva a cabo una obra tan descomunal y prodigiosa, como se hace entonces intransferible, le pertenece sólo a él más allá de cualquier juicio, más allá de la tumba, de cualquier razón o lógica. Bolívar también se llevó con su muerte su obra, porque nosotros no teníamos la suficiente grandeza ni madurez para hacerla nuestra. Don Germán no tenía alma, ni generosidad ni genio para entender esto.

Al mismo don Germán no le queda otra salida cuando escribe que hay que esperar mucho tiempo para que Venezuela se torne de verdad republicana. Hasta que no llegara a los campos, las aldeas, los pueblos más distantes, la palabra viva del Libertador no se formará la nueva opinión. Ahí está, pues.

No puede uno pensar sino que en medio de todas las indecisiones de Santander, de merodeos legales y constitucionalistas para ofrecer una ayuda directa y franca al Libertador, yacía el deseo de que fracasase la libertad del Perú. Si derrotaban a Bolívar no iba a pagar las consecuencias el Vicepresidente, como él vulgarmente lo había dicho en su carta del 6 de enero. Las consecuencias caerían sobre el Libertador, “que se había arriesgado en una guerra que los colombianos, venezolanos y ecuatorianos ven de muy mala gana”. Sí, muchos diputados del Congreso lo llamaban tirano por el delito de haberlos hechos libres. ¡Ah! ¡Qué no habrían dicho de Bolívar si hubiese fracasado en el sur! Aquel fracaso significaba la muerte política del Libertador, permitiendo al partido de Santander fortalecerse con los godos y purificados de Morillo que ya estaban cansados de glorias ajenas. El Vicepresidente se preparaba sigilosamente, como veremos, ante estas desastrosas contingencias.

Bolívar tenía una confianza, más bien una debilidad, tan extraordinaria por el Vicepresidente, que llegó a defenderlo de toda clase de quejas o acusaciones de sus paisanos. Más aún, se fue ganando entre los venezolanos desconfianza y odio, porque no prestaba atención a sus protestas; consideraban éstos ya vano plantearlas, porque durante muchos años Bolívar con su influjo y protección había hecho del sofista cucuteño la segunda figura de la República. Por lo demás, repetimos, no se veía a otro granadino capaz de sustituirle y era improbable que el Libertador apoyara a algún venezolano para este cargo. De otro modo el poder central estaría en venezolanos y aquello, en lugar de atenuar las diferencias, las profundizaría de modo irremediable.

Por estas razones, Francisco no tenía nada que temer. Su futuro estaba asegurado por su cuna fronteriza.

Las cartas suyas al Libertador estaban impregnadas de un vocabulario meloso, de adulación, que sólo Bolívar era capaz de soportar, por la condición innata de esa franqueza y esa sinceridad que ofrecía a quienes decían ser sus amigos; y mucho más por la especial relación que lo unía al Vicepresidente.

Aunque ambas naturalezas se repelían por sus funciones, ya que vivía Francisco anclado al bufete ejecutivo, vigilando sus bienes y provechos, con amistades palaciegas y el otro en el desafío quijotesco de lo *imposible*, planteándose proyectos que herían la pequeñez de seres vaporosos y purificados en el altar de Latorre y Morillo.

El Libertador continuaba su silencio, y Santander, en varias cartas, se quejaba de no saber nada del Perú: le escribió en este tono el 6, el 15 y el 21 de marzo, al mismo tiempo que se apresuró a pedir al Congreso la ayuda que con tanta desesperación le habían rogado. Con esta versatilidad extraña —buscando pasos que no lo perdieran— actuará el resto de este drama. Pero no se crea, existía una red de espías que enviaban información al Vice sobre los pasos de Bolívar en el Perú. Cuando el “trío lírico” supo que, a pesar de las adversidades de la enfermedad grave padecida en Pativilca por el enemigo terrible en todos los frentes, aquel monstruo seguía en pie avanzando arrollador, se sintieron decepcionados.

Sin embargo, habrá de ser tan hondo y amargo para Francisco el trajín y el éxito de la Campaña del Sur que luego, ya muerto Bolívar, refiriéndose a esta campaña, la tildará de “¡Las malditas correrías de Bolívar!”

El 5 de abril de 1824, se reunió en Bogotá el segundo Congreso Constitucional de Colombia. El Vicepresidente presentó un largo mensaje en el que no nombró los socorros que con insistencia y angustia pedía Bolívar.

Llamamos otra vez la atención del lector para que vea el curso de la conducta poco honesta del Vice. El 23 de abril se dirige al Presidente de la Cámara de Representantes en los siguientes términos:

El gobierno no ha dado auxilio alguno al Perú porque no hay ley que lo haya autorizado, y la regla de la conducta del gobierno son las leyes. Si el Libertador ha creído necesario para cumplir la comisión que voluntariamente se puso de libertar al Perú, que el gobierno de Colombia pusiese a su disposición los pocos recursos con que apenas puede contar para defender la República, el Libertador ha olvidado que el poder ejecutivo tiene un código de leyes a qué sujetarse irremisiblemente y un cuerpo de representantes de la nación donde se examina y se debe examinar escrupulosamente, si el ejecutivo ha correspondido a los deberes para que lo ha constituido la nación. (25)

¿No significaba esto poco interés por la Campaña del Sur?; tratar de cerrarle el paso con ese vocabulario inflexible, cerril de irremisiblemente, de escrupulosamente, de voluntariamente, de Códigos Ejecutivos, y otras tantas camisas de fuerza. ¿Cómo no pudo darse cuenta este hombre, antes de emprender Bolívar su campaña, que en un territorio extraño frente a una brutal adversidad a la causa republicana, iba forzosamente a necesitar de enormes recursos para triunfar? Se presiente que, cuando Bolívar inició su marcha al sur, no confió a nadie sus proyectos sublimes, que era llegar hasta los confines de la Argentina.

Este fue su “error”, y Francisco se vengaba a su manera: ¡no hay ley para sus locuras! No había justicia ni razón para atar y condicionar tanto al Libertador, ni para pretender atarlo nada menos que con aquel grupo de congresistas acostumbrados muchos a la vida fácil y al palabrerío superfluo del Vicepresidente. Así, tanto los ejércitos como los recursos

morales del país —hasta las decisiones del propio Bolívar—, quedaron peligrosamente comprometidos.

Cuando Bolívar se quejó de la injusticia con que Santander criticaba la guerra del sur, el Vice le respondía ofendido:

Jamás esperé de usted la condenación del gobierno por los males actuales del Perú, ni que usted atribuyese estas desgracias en indiferencias a oír sus peticiones. Si yo hubiera sido un magistrado que apenas me contentase con salir del día y que nunca hubiera acreditado un interés extraordinario y entusiasmo ardiente por usted y por la suerte de la patria, la condenación de usted me sería positivamente indiferente, pero ¿cuál no habrá sido mi sorpresa y sentimiento al verme tratado tan injustamente por quien menos debía hacerlo?

Bien ha podido usted representar al gobierno todos los peligros del Perú y solicitar auxilios, pero yo no he debido oír sus demandas, sino según el lugar que les diera las leyes colombianas. Si usted me muestra alguna donde se autorice al gobierno auxiliarlo a usted, para auxiliar a algún Estado amigo, para sacar de Colombia un hombre y un fusil, yo desde luego convengo en que soy culpable. Yo no sé qué especie de principios ni de buena fe pudiera haber en los que por un lado predicamos obediencia a las leyes, sumisión a la voluntad general respecto a las instituciones del pueblo, y por otro queremos obrar como si tales leyes no existieran. Demasiado ha temido usted la opinión pública y a que le echen en cara sus protestas, una vez que para salir de nuestro territorio pidió usted permiso al Congreso y esperó la licencia. Y usted puede querer que yo, el encargado del gobierno, proceda y obre sin arreglarme a las leyes que me han entregado, como regla de mi conducta, no puede ser, a menos que ya no fuera el mismo Bolívar.

Bolívar, después del triunfo en Junín, sin la ayuda ni socorros de Colombia, respondió a Santander, olvidando las divergencias como correspondía a su grande y noble alma:

He vuelto de mi campaña con demasiada fortuna, pero sin un suceso decisivo por falta de un número suficiente de tropas. Por no repetir a usted esto que tantas veces he dicho y que tanto ha molestado a usted, es que no he escrito en muchos meses, pues yo sabía que no adelantaba nada, y ambos nos molestábamos inútilmente... Yo no he pretendido que usted

viole la Constitución... usted podía haber enviado más tropas a Guayaquil y al Istmo sin haber violado la Constitución. No soy más largo sobre esta materia porque ella es tan extraordinariamente inútil como extraordinariamente desagradable, no pudiéndose lograr efectos retroactivos y no mereciendo nuestra sagrada amistad que se injurie. Creo que por el bien de nuestro reposo mutuo debemos ahogar en el olvido todo lo pasado.(26)

Los fervores ilusorios del trío purificado llegaban a las redes insignes de la Logia Masónica que tenía sucursales en Venezuela. Lo del día era avivar el rumor de que Bolívar estaba atrapado y destrozado en el Perú. Todo por su entera culpa, por la manía de meterse en desgracia ajena.

La lógica de cualquier patriota debió ser que si no había una la ley para tal emergencia, pues que se propusiera con decisión y buena voluntad a buscar los medios para que el Libertador saliera airoso de una empresa en la que se estaba jugando toda la libertad de América del Sur.

El 10 de mayo, Francisco escribió otra carta a Bolívar, pretendiendo ser aún más contundente en sus razonamientos. Le decía:

Demasiado he hecho mandando algunas tropas al sur; yo no tenía ley que me lo previniese así, ni ley que me lo pusiese a órdenes de usted, ni ley que prescribiese enviar al Perú cuanto usted necesitare y pidiere. O hay leyes, o no las hay; si no las hay ¿para qué estamos engañando a los pueblos fantasmas?, y si las hay es preciso guardarlas y obedecerlas, aunque su obediencia produzca el mal... ni la amistad ni la fuerza pueden obligar a nadie a obrar contra lo que las leyes prescriben: que las acciones son legítimas cuando proceden de la ley, etc. (27)

Así pensaba en una época y sobre un territorio donde era una quimera hablar de ciudadanos y donde los derechos de nadie estaban asegurados. Hablaba como Catón (el viejo), cuando entre nosotros no había verdadera república, ni educación, ni tradición o estabilidad de nada.

Imagínese, el lector, qué habría pasado si Bolívar se hubiese atendido a las leyes o al mismo gobierno de Santa Fe aquel año de 1813. Existe un argumento severo contra la manía del Vice. Bolívar lo menciona en una carta después de pasada la tormenta —cuando ya la América del Sur había completado su independencia—; no critica la formalidad legal de

su amigo, sino que con juicio sereno le dice que cuando “un territorio se encuentra en manos de los españoles, su deber es ocuparlo, pues que el enemigo no tiene fronteras, ni es país extranjero el que ocupa el enemigo; y es el objeto visible del ejército contendiente, y debe tomarlo para llenar el fin de la guerra. Nunca se debe considerar como extranjero el país que se disputa... Bueno será (continúa amistosamente) que el general del ejército de Colombia tenga facultades de algunas promociones, porque un general a mil leguas debe tener tales facultades...”(28)

El lector debe tener presente estas líneas, para cuando lleguemos a las actas de Guayaquil del año 26.

Dándose cuenta, Santander, de que no era hombre para la guerra, optó para sus fines políticos ser el dogmático de las leyes. En realidad sus manías legales estaban totalmente fuera de contexto en una revolución como la que quería llevar a cabo el Libertador.(29)

Santander decidió con sus aliados del Congreso ser duro con las quejas de Bolívar. Le iba a dar un golpe peor que la negativa de enviar socorros a su ejército. Sabía que una de las posibilidades del éxito, tanto del Libertador como de Sucre —cuya gloria le comenzaba a impedir el sueño— dependía, como hemos dicho, de las facultades extraordinarias con que estaban investidos los jefes colombianos. El 17 de mayo pasa entonces un mensaje oficial al presidente del Senado, en el cual cree haber dado en la clave para someter al Libertador a una de las pruebas más difíciles de su vida.

Santander, demasiado imbuido en el pragmatismo norteamericano e ideas materialistas inglesas, vivía ansioso por experimentar situaciones difíciles con el sistema republicano de Colombia; quería ensayar, pero colocándose él como el investigador y situando a los demás en el papel de conejillos de indias. Esto resultó un juego peligroso que provocó el desmembramiento del endeble edificio republicano. Probó el efecto de sus maquinaciones contra el Libertador y como no consiguió destruirle, según esperaba, entonces dirigió sus ataques contra el llanero Páez, más factible de caer en sus trampas. Por esta razón fue que tras haber, el Libertador, soportado en carne propia la maldad legalista de sus dardos, retrocede y decide no castigar a Páez por un acto que en el fondo había sido una crisis artificial cocinada por sus adláteres en el Congreso de

Bogotá, aunque ya el mal había provocado un desastre irremediable en la estructura jurídica del Estado.

Conoce Santander ese carácter un tanto precipitado e impaciente de Bolívar, que los “legalistas” y algunos profesionales u hombres razonables tildarían de anarquista, y decide someterlo al rigor inclemente de sus artulugios constitucionales. Por supuesto, quiere hacerlo sin que el propio Libertador se entere de que es él quien mueve tan torcidos artificios, y lo presenta como una decisión del Congreso soberano. Es un oficio donde hace una corta introducción sobre las “andanzas” de Bolívar por Quito y Guayaquil, y añade que el Poder Ejecutivo sólo se ha metido en los negocios de los departamentos del sur, para no mezclar sus decisiones con las del Presidente; agrega que el Libertador fue llamado al Perú dirigiendo una parte del ejército colombiano; que la “desgraciada pérdida” de El Callao obligó al Congreso peruano a dar a Bolívar el poder supremo de la dictadura y que éste aceptó el cargo tratando de salvar dicho país.

De estas circunstancias peculiares (añade el mensaje) resultan cuestiones importantes y dudas que para su resolución propongo al Congreso, como encargado del Poder Ejecutivo, sea la primera: ¿ausente el Libertador y ejerciendo el mando supremo de otro Estado, habrá por el mismo hecho cesado en el ejercicio de las facultades extraordinarias que le confirió la ley del 9 de octubre del año 1821? ¿Continuará ejerciendo a las personas a quien las delegó, antes de su partida, respecto de los departamentos de Quito y de Guayaquil, quedando sujeto al Poder Ejecutivo de la República? ¿Podrá el Libertador presidente comunicar órdenes que desde el Perú deban culminarse en el territorio de Colombia?

¡Qué sutileza, Señor!

Es bien conocida también su participación para someter al Libertador con las decisiones del Congreso: él era el ideólogo, el instigador, el cerebro alucinador del desorden legal.

El 21 de mayo —en carta llena de la melosidad culpable de quien no sabe cómo expresarse después de haber cometido un crimen— dice:

Se está discutiendo, en el Congreso, si siendo usted del gobierno del Perú conserva en Colombia las facultades de la ley del 9 de octubre. A esto ha dado lugar: 1º una consulta mía que le están echando al gobierno la culpa de que en el sur están suspendidas algunas leyes, y es a consecuencia de alguna nota que usted mandó que se pasase al Congreso, dando razones por qué no creía conveniente el cumplimiento de algunas leyes; 2º los nombramientos...»(30)

Insólita decisión que podía condenar al Perú a la muerte y al desastre de compatriotas que peleaban contra terribles adversidades. ¿No era arrastrar con ello a Nueva Granada y a Venezuela al caos de la dominación española? Que Bolívar se hundiera era la táctica que se había dictado a los grupos trastornados por la masonería, el liberalismo y otras novedades de la época. Y he aquí otro de sus grandes temores:

Otra cuestión importante nace de las mismas singulares circunstancias en que se halla el Presidente de la República. Tal es el de los grados que se confiera a las tropas colombianas mientras haga la guerra, en el Perú, y ejerza allí el mando supremo. ¿Deberán estos grados ser reconocidos por el gobierno de Colombia luego que sus tropas regresan a su territorio, o los oficiales serán considerados solamente en el rango que antes tenían? Esto es urgente y de la más alta importancia para la marcha del gobierno, (añade enfáticamente).(31)

Después tendrá el valor de decir que él ayudó al Perú en su independencia, y lágrimas de júbilo dejará rodar cuando el Congreso de Perú, con motivo del triunfo de Ayacucho, agradezca al Congreso de Colombia su ayuda y no lo haga el Ejecutivo en la persona del ínclito Vicepresidente.

Entre las leyes importantes que expidió aquel Congreso, estuvo la del 28 de julio que derogaba el famoso y tan utilizado decreto del 9 de octubre de 1821. Este decreto, como sabemos, le concedía al Libertador Presidente facultades extraordinarias en las provincias inmediatas al teatro de la guerra, o en las recién liberadas, y derogaba así dicho poder, declarando que debía ser función del Encargado del Ejecutivo, el que podía delegarlas en todo o en una parte con las restricciones que juzgara conveniente.

Tengo que quejarme inter nos (le decía el 6 de mayo de 1825 al Libertador después del triunfo de Ayacucho) de que el Congreso peruano hubiese votado acciones de gracia al Congreso y no al ejecutivo que fue quien trabajó; quien se esforzó; quien peleó por que le dieran a usted auxilios, pues en el Congreso estaban tan fríos como una nieve.(32)

No obstante todo esto, aún se pretendía decir que el Gobierno de Colombia no actuaba de mala gana hacia los clamores y sacrificios de los colombianos en el sur.

Por fortuna, cuando el Libertador recibió esta medida estaba curado contra las dificultades del medio y al menos acababa de recibir un consuelo: el triunfo de Junín. No hay duda que este acuerdo del Congreso fue realizado bajo el influjo de Santander. Jamás se había visto algo más extemporal, impolítico y perturbador contra la actividad libertadora del Perú. Y, todavía, Santander tuvo más tarde el atrevimiento de decir reservadamente a Bolívar que había sido él y no el Congreso quien le había dado y sugerido espléndidas ayudas a sus campañas. Como el Libertador no era hombre de minucias, sencillamente sonreía... y olvidaba.

Sébase que Francia no intentó recuperar, con un formidable ejército, las colonias para España, por los triunfos que Bolívar y Sucre consiguieron en el sur. Aquello lo han olvidado muchos. Y lo más asombroso: fueron los partidos, los que en menos de dos años sepultaron con inconcebible maldad la obra de nuestra independencia.

Patéticas, lívidas, eran las caras de Santander y del trío de los preclaros liberales al conocerse el triunfo de Junín.

Callados, miraban el vacío espeso de su silencio.

No había nada de qué hablar en palacio.

Santander no hablaba. Petrificado en su frío interior no hacía sino mirar a través de los vidrios, hacia el lugar donde tiempo atrás murieron, bajo el grito de «¡carguen, disparen!», los últimos restos de una gesta, aún más gloriosa que la de Junín. «Qué fastidio. Otra vez la gran fiesta del pueblo, de los idiotas bolivianos con sus discursos y vítores a la libertad...

Todavía no era el tiempo para que las cuentas de Bentham dieran algún resultado, aunque Bogotá y Caracas hervían en declaraciones liberales. Sobre todo en Bogotá que ahora estrenaba más periódicos y panfletos como *Las Noches Masónicas*, *El Traductor*, *Las Albricias*, *El Noticiote*, *Las Damas de Bogotá*, *El Despertador*, *El Pésame*, entre otros.

NOTAS

1. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del general Santander*.
2. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del general Santander*.
3. O'Leary, *Memorias*, Vol. III, p. 97.
4. Ut supra.
5. Ut supra.
6. Arturo Abella (1966) *Don Dinero en la independencia*, Editorial Lerner.
7. Era muy propio de Santander alabarse cuando atacaba a los demás.
8. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del general Santander*.
9. Simón Bolívar, *Obras Completas*.
10. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del general Santander*.
11. Simón Bolívar, *Obras Completas*.
12. Germán Arciniegas (1984) *Bolívar y la Revolución*. Planeta, Bogotá.
13. Germán Arciniegas (1984) *Bolívar y la Revolución*. Planeta, Bogotá.
14. Bolívar: *pensamiento precursor del antiimperialismo*, edición Immecca, Unellez, 2005, pág. 212.
15. Ut supra.
16. Algunos afirman que Nariño se suicidó; ver: Florentino González, *Memorias*. Bedout, Vol. 91, Medellín, Colombia.
17. H. J. Laski (1979) *El Liberalismo europeo*. Brevarios, Fondo de Cultura Económica, sexta edición, México, p. 71.
18. Posición con la que estaba enteramente de acuerdo el escritor Arturo Uslar Pietri, quien llegó a sostener que la educación y la cultura no tenían por qué llegar a todas las capas de la sociedad, sino sólo a un sector de la misma.
19. Obra citada, Vol III, p. 269.
20. J. M. Groot, *Historia eclesiástica de la Nueva Granada*. Vol. III, p. 392 (Exactamente fue ésta la conducta que luego observaron las organizaciones secretas de 1828, cuando decidieron matar al Libertador. Bien sabía hacer Azuero lo que tanto decía repugnar y reprochar de quienes no fueran sus amigos).
21. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del general Santander*.
22. Simón Bolívar, *Obras completas*.
23. Roberto Cortázar. *Cartas y proclamas del general Santander*.
24. Germán Arciniegas (1984) *Bolívar y la Revolución*.
25. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del general Santander*.

26. Simón Bolívar, *Obras completas*, del 1 de noviembre de 1824.
27. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del General Santander*.
28. Simón Bolívar, *Obras completas*.
29. Nos dice J. M. Groot en su historia que el asunto de las Facultades extraordinarias era traspasarlas al ejecutivo, más que privar al Libertador de las suyas. “Esto, añade, no indicaba sino desconfianza hacia el Libertador, o quizás alguna influencia enemiga que obraba sobre el Congreso... ¿Qué riesgo corría la República conservando al Libertador al mando de su ejército?” (Obra ya citada, Vol III, p. 302).
30. Roberto Cortázar, *Cartas y proclamas del General Santander*.
31. Ut supra.
32. Ut supra.

LA BATALLA DEL FIN

No se puede conseguir la paz evadiendo la lucha.
Virginia Woolf

En las cercanías del río Apurímac (octubre de 1824), el Libertador recibió un oficio del Congreso, junto con una carta del 6 de agosto que le envió el Vicepresidente. Así pues, el Libertador no podía continuar su campaña como lo venía haciendo y dejaba de ejercer sus facultades extraordinarias en los departamentos del sur. Aquello trastornaba la rapidez y seguridad de las operaciones y, más aún, debía continuar bajo el fastidio de tener que rogar auxilios al Vicepresidente. Dice Restrepo que Bolívar sintió profundamente estas disposiciones, al parecer dirigidas contra su persona.

Restrepo, quien estaba enterado de cuanto ocurría en aquella administración, deja entrever en sus escritos la mala disposición de Francisco hacia la causa de la independencia del Perú.

No sólo dejaba Bolívar de ejercer el mando militar sobre las provincias del sur, también se le privaba del mando del Ejército Colombiano. Por este motivo escribió de inmediato a Sucre, que se encontraba en Huancayo, advirtiéndole que él, en lo sucesivo, no intervendría en las operaciones militares, sino lo indispensable, como jefe político que era de la República peruana. En comunicación posterior, el Vice remató el asunto diciéndole que tratara de hacer la guerra con los recursos que tuviera a mano y que no contara con más auxilios de Colombia.

Llama la atención la carta enviada por Santander a Bolívar para justificar las medidas del Congreso —o para lavarse las manos— y decir que no fue él sino los diputados quienes cometieron aquel crimen. Obsérvese el lenguaje de sinuosas e insinceras confesiones: Comienza diciendo que el Congreso lo venía censurando a él, Francisco, en todo, y añade que

Osio y Arvelo, diputados de Caracas, han sido los capataces de todo, principalmente contra el Gobierno. Yo me propuse callar y manifestarles que

usted y yo estábamos siempre prontos a cumplir cuanto el Poder Legislativo decretase en términos constitucionales”. (Doble puñalada: asume respuestas débiles y falsas que Bolívar jamás habría aceptado, al tiempo que lo mete en el saco de su constitucionalidad).

Vista la conducta del Senado (sigue) yo me resolví a consultarles varios puntos que usted habrá visto en la Gaceta, para quitar dudas y motivos de que los representantes estuviesen interpretando la Ley a su gusto y según sus pasiones. Todo se calmó con la Ley nueva y yo quise objetarla para manifestarles que nos era indiferente el tener o no facultades extraordinarias.

¿Cómo sabía él aquello? ¿Por qué abusaba de ese modo? ¿Por qué suponía que el Congreso no tenía confianza en él, un hombre que había dado tantas glorias a Colombia? Después remata:

He referido esto no por chisme, ni para que usted jamás se dé por entendido, ni jamás manifieste incomodidad. Me parece: que mientras más nos mostremos moderados, el triunfo será nuestro. Dispense usted esta insinuación, pues es arrojado dar a usted consejos. La misma serenidad suplico, a usted, tenga con la carta anónima que ha aparecido en uno de los números de “El Colombiano”. Es preciso, mi General, vivir persuadidos de que los hombres son ingratos y de que el honor de la República requiere todo género de sacrificios. (Quiso decir que los hombres somos ingratos y añadía) Por Dios, mi General, no se manifieste usted sentido, porque perdemos mucho delante de Europa, y ruego a usted que esta carta la rompa, porque me parece vergonzoso haberme ocupado de estos enredos y que sin duda no los habría mencionado, si yo hubiera estado seguro de que por otro conducto no lo podría saber usted...

La carta continúa con media página más de insufribles dobleces y de temores femeninos; se ve que ya no quería a Bolívar. Lo de femenino no es un insulto, por su propio carácter desleal, en sus melosas y aduladoras cartas al Libertador, llegaba a decir: “Yo no sé si seré envidioso y si me pareceré a las mujeres, pero sé que en público y privado he atribuido a cada uno sus hechos, sin defraudarlos en un ápice”.(1)

O’Leary sostiene que las decisiones del Congreso debieron ser por sugerencias de Santander y porque veía con envidia la merecida elevación de Sucre en el ejército; temía que en el caso de triunfar en el Perú, el

Libertador le confiriera el grado de General en Jefe y que ya no soportaba estos reconocimientos que atentaban contra su futuro. Agrega O'Leary que despojar a Bolívar de las facultades extraordinarias en tales circunstancias fue un golpe muy doloroso, porque lo desligaba del ejército que él mismo había creado con veteranos que consiguió desde los más remotos confines de Colombia; que le miraban como un padre, más que a un jefe.

Quizás (añadió) no haya afecto más acendrado que el del soldado al jefe de su corazón, que ha compartido con él todos los peligros y privaciones de una larga carrera de glorias. Nada tiene de sorprendente que un sin número de recuerdos se agolpasen a su mente llenándola de amargura, al leer aquellos decretos... De este modo Bolívar dio ejemplo de sumisión a las leyes, cuando una palabra, una sola señal, le abría bastado para ser obedecido de la manera más implícita por el ejército y por el pueblo de Colombia, desde el Macera hasta los confines de Guayana.

Es imposible dejar de imaginar al Vicepresidente leyendo a sus íntimos —Soto, Azuero y Gómez— estas comunicaciones; y así, los tres, en secreto, regocijarse, degustando la lentitud del envenenamiento político en que envolvían al país, cubierto en pomposas frases de abogadil como “rectitud republicana”.

Agregando un poco de hiel legalista y constitucional: “¿Podrá el Libertador presidente comunicar órdenes desde el Perú que deban cumplirse en territorio colombiano?”

Está muy clara la razón por la cual el Vicepresidente quiere que Bolívar destruya la carta: que los diputados, a quienes secretamente había convencido para despojar al Libertador de sus facultades extraordinarias, no fuesen sorprendidos por sus confesiones. Los tales Osio y Arvelo, que tanto criticaba en sus misivas —ya porque fuesen caraqueños, porque les gustase la federación, o lo que fuese— eran íntimos amigos suyos, y estaban entre los pocos caraqueños que le dieron el voto en las elecciones de 1825. Santander quería matar dos pájaros a la vez, poniendo a unos contra otros y abriéndose camino como justiciero de la paz y benefactor de las leyes.

Sus melosas confesiones jamás habrían engañado a un Mariano Montilla, a un Bartolomé Salom o a un Páez; pero por absurdo y extraño

que parezca, tenían efectos tremendos sobre Bolívar. Si el Libertador hubiese conocido anticipadamente los procedimientos que se urdían en Bogotá para hundirlo y desplazarlo, y ante ellos hubiese actuado maquiavélicamente, con frases melifluas e insinceras, entonces, no habría sido el hombre grande de América. Porque esa indiferencia o incapacidad para detenerse en mezquindades era una condición inherente a su genio. Por otra parte, Bolívar creía de buena fe que cuanto le confesaba su amigo, era propio de su gran alma no pensar otra cosa, no desconfiar de sus amigos. Un enemigo goda no habría podido destruirlo, pero sí aquellos americanos lanzados con él a empresas tan formidables.

Sabemos que con Páez la unión de Colombia era cosa casi imposible, pero quedamos también persuadidos de que tampoco podía existir patria con los rúbulas de la logia santanderista.

Llevando la cuenta eficaz y provechosa del Vice, debemos recordar que el año anterior había pedido al Libertador, para sí, un ascenso en la jerarquía de la milicia, porque no quería que al salir de la Vicepresidencia lo fueran a mandar generales que no servían para mandarlo. Bolívar envió en este sentido una petición al Congreso, pero el Hombre de las Leyes le replicó que tal procedimiento era inconstitucional.

¿Entonces?

Ciertamente era un pedimento demasiado escandaloso para no ser rechazado. Comete O'Leary un error a decir que Bolívar había accedido a esta solicitud de Santander, para empeñarlo a remitir prontamente las tropas que con tanta insistencia imploraba para el Perú. De haber pensado esto, habría considerado a Santander un hombre extremadamente dominado por la vanidad y la soberbia —lo cual era cierto, pero entonces lo desconocía— y habría buscado los medios para deshacerse de él. En realidad, respondía aquella actitud a su extrema generosidad.

El propio Santander se convenció de ello, pero su ambición lo cegaba. Inexplicable razonamiento de un hombre que se creía el dios de la legalidad. He aquí una carta gemebunda, escrita al Libertador el 6 de febrero:

Aprecio mucho, mucho, su propuesta para el Senado en mi favor. Convengo en que es inconstitucional ¡Inconstitucional! Y no sólo por esta razón, sino

por delicadeza, pienso omitir presentarla. Sufriré ya mi suerte contra mi carrera militar, porque yo pienso ir a Europa a ver el mundo después de mi gobierno y entonces nada me importa, que sean generales en jefe todos los oficiales que creo no puedan ser mis jefes superiores en la milicia.

¿Por qué no podían ser Soubllette, Páez, Urdaneta, Sucre, Córdova, Mariño, Bermúdez, Arismendi, sus jefes superiores en la milicia? ¿No es acaso este prurito lo más parcial, lo más injusto, lo menos ponderado y republicano que se ha dicho?

Esta decepción tenía un sucedáneo en las actividades de zapa que Santander estaba acordando con Washington. Si se le había trancado el serrucho con lo del ascenso, él podía conseguir el poder para perpetuarse en el cargo y, si era posible, lograr la Presidencia, si continuaba fortaleciendo sus lazos con el Norte. El 2 de enero presentó a los miembros del Senado y Cámara de Representantes:

Con los Estados Unidos mantenemos las más cordiales relaciones. Inmediatamente se os presentará a vuestro examen y aprobación el Tratado de Paz, Amistad, Navegación y Comercio que el ejecutivo ha celebrado con el Gobierno de aquellos Estados. Los principios que hemos aceptado son por su naturaleza bastante recomendables para no tener que empeñarme en su elogio... Colombia va a tener el laudable orgullo de ser el primer Estado de la antigua América española que se presenta al mundo unido por medio de tratados públicos con la nación más favorecida del genio de la libertad.(2)

Ya se presiente, pues, la guerra civil. El ardor de una batalla pública feroz. Irá abriéndose paso este hombre, decidido a hundir al país, al mundo, si se quiere, si no se le conceden los caprichos que anuncia, que exige. He ahí el abismo de la muerte. La atroz agrupación de un partido reforzado con los más retrógrados elementos y alzado en nombre del liberalismo, la patria, la justicia y la verdad.

¡Ah, Francisco! Tú, que tanto te preciabas de admirar la administración y los gobiernos de EEUU, a Adams, Washington, Monroe, ¿por qué no tomaste de estos personajes las supuestas cualidades de desprendimiento por cargos, títulos y reconocimientos? Actuando con estratagemas de este tipo, perturbando a un hombre de imaginación como Bolívar con solicitudes miserables y legajos que no había Cristo que

supiera cómo responderlos, Santander y su camarilla, adrede, querían montarlo en un potro de tortura. De este modo, Vicente Azuero le dará el tiro de gracia en 1830 cuando, pasando por encima del presidente Joaquín Mosquera, le llegue a enviar un vulgar oficio donde le dirá que los venezolanos exigen, como condición para el diálogo, que Bolívar sea expulsado de Colombia.

El peligro funesto de nuestras revoluciones no son los ideales o las transformaciones que pueda hacer el hombre en la sociedad. No, Francisco. El peligro está en ti mismo, en ese tirano que llevamos los latinoamericanos en la sangre cuando nos armamos de un machete o de cierto poder sobre los demás. Ése es el demonio que hay que vencer antes de lanzarse a la arena de los deberes republicanos. ¡Lástima que no lo comprendieras, Francisco de Paula Santander!

La dinámica de la victoria

La historia ha demostrado, en nuestros países, que muchos de aquellos que se vanagloriaban de ser redentores de los pobres, reformadores en pro de los desposeídos, falsos comunistas, insignes “liberales” o recalcitantes luchadores por los derechos del proletariado; la historia ha demostrado —insisto— que esos señores no buscaban ni buscan más que su propio bienestar; que eran, en el fondo, hombres poblados de miserias intelectuales, resentidos que querían para sí, con codicia enfermiza, lo que detentaban los poderosos, los ricos, los señores feudales.

Al lado de las borrascas que sofistas y militarotes levantaban en Colombia, se produjo el más grande acontecimiento en el sur: Sucre triunfó en lo que sería la batalla definitiva contra los españoles. Fue el 9 de diciembre de 1824. Vale decir: sin Ayacucho, tal vez no habría habido independencia total en América. La Santa Alianza pretendía recuperar para España sus colonias; en Ayacucho se acabaron tales ilusiones.

La magnitud del triunfo se mide por el carácter del hombre que dirige la guerra. Bolívar fue el genio inspirador en todas; Páez, la fiera de los llanos; Mariño, el estratega de Oriente; Urdaneta, infatigable de todas las batallas; Bermúdez, suicida, arriesgado y aguerrido como el que más; Arismendi, terror de la España. Pero Sucre fue “el valiente de los valientes” y cupo en él triunfar sólo donde la Providencia reservaba

laureles al más grande. Asumió su temible responsabilidad y desplegó cualidades militares y políticas que asombraron al propio Bolívar. Hemos de agregar que fue el fiel de los fieles y el justo de los justos de la revolución de independencia.

El 20 de diciembre, escribía Bolívar a Santander:

Yo esperaba salir de esta horrible situación para continuar nuestra correspondencia familiar, que tanto nos ha servido en la carrera pública... Qué satisfacción tendrán en Colombia por la gloria de sus bravos hijos. Sucre ha ganado la más brillante victoria de la guerra americana. Yo lo considero bien digno de ella, así como el Ejército lo consideró digno de una gran recompensa.

En aquella carta, Bolívar ofrecía cuanto poseía a su querida Colombia: las minas de Aroa que, según él, habían costado a su familia, en tiempos de la conquista, cuarenta mil pesos. Como no ponía cuidado alguno a sueldos ni bienes de ninguna especie, se hallaba sin un céntimo. ¿Podrá creerse que no tuvo en su bolsa dinero, más que en su primera juventud, cuando viajó por Europa? Le decía a Santander:

No tengo con qué vivir, siendo a la vez Presidente de Colombia y Dictador del Perú. Por no tener a gajes este país, no cobré el sueldo que me asignaron, y no teniendo autoridad en Colombia ya, no puedo pedir sueldo allá. Así es que estoy pidiendo dinero prestado...(3)

Así termina este año que comenzó con terribles males y amenazas para América; 1825 sería el de las esperanzas, 1826 el del comienzo de la tragedia y el fin de todas las ilusiones de Bolívar... ¡*Qué distancia tan corta entre la victoria y el desastre!*

El año de 1825, fue el de la realización de una quimera tantas veces soñada. No conciben nuestros hermanos lo grande y hermoso que fue entonces este continente. Colombia estaba a la vanguardia de los pueblos libres, y el Libertador era su líder indiscutible. El mundo civilizado miraba con admiración nuestras glorias: la congestionada Francia veía con temor el arrojío de los colombianos, el Emperador de Brasil temblaba, Argentina y Chile nos llamaban para organizar sus gobiernos y unirse a la gran confederación americana. Los yanquis nos trataban con

recolo y respeto, Guatemala nos pedía ayuda. México ofrecía sus tropas para liberar Cuba y Puerto Rico, Inglaterra nos mimaba... ¡Los corsarios colombianos podían ir a cualquier parte del continente!

No habría, desde ese momento, más batallas grandiosas contra el imperio español. El invasor había quedado prácticamente exterminado. Eso sí, en el horizonte de la paz una borrasca tensa iría condensando a los generales ociosos, que servían exclusivamente para la guerra. Sus triunfos, estampados en bellos trajes militares, en el resplandor de las medallas y las charreteras, en terribles nombres que retumbaban por los llanos, costas y montañas, eran una fuerza más peligrosa que la vieja contienda con los godos. La calma recubría momentáneamente el sordo rumor de las ambiciones, odios y venganzas. Tras la honda excitación del triunfo se despertaba para otra pesadilla; extirpado el mal, la automatización de la energía ciega y brutal de una población, en su gran mayoría confundida y todavía envilecida por la tiranía goda, seguiría dominada por la inercia del fuego y la muerte. Los leguleyos, pseudo- intelectuales, oradores maniáticos, clérigos sueltos, rábulas y otras alimañas maquiavélicas, buscarían posiciones detrás de algún caudillo; excitarían a rebelarse muchos generales ociosos y azuzarían el fuego de las intrigas partidistas.

Bolívar, en medio de tan horroroso infierno, creyó que un gobierno inexorable podría controlar las disensiones agresivas y destructoras. Cada jefecito velaba por su parcela de gloria y triunfo, contaban sus pesos, aseguraban sus haciendas y no dejaban de quejarse y pedir cada vez más provechos personales a un país exhausto, moribundo. Muy pocos estaban fuera de esta realidad, forjando el sueño de la integración americana. Sucre pensaba seguir el ideal de Bolívar, y éste trabajaba infatigablemente en la organización de los pueblos, en su educación, en solidificar el vigor de una moral que asegurara la estabilidad.

Fuera de los grandes volcanes, ocultos y potencialmente aniquiladores, el vasto territorio de Colombia (escuchemos a J. M. Restrepo) estaba completamente tranquilo. La marcha de la República era majestuosa; casi podría decirse que había adquirido la forma moral y espiritual de su constructor, de su creador. Sus ejércitos la habían colmado de gloria y dado existencia a nuevos estados. Bolívar, el héroe de la América del Sur, estaba a su cabeza, y el esplendor de su gloria se reflejaba especialmente sobre Colombia. El vicepresidente, general Santander, administraba el Poder ejecutivo con

vigor, tino y prudencia nada comunes. Así era que podía decirse con verdad que nuestra República, aunque inferior a México en población y riquezas, se iba colocando al frente de los nuevos estados americanos. Sus habitantes dedicados al trabajo comenzaban a mejorar sus propiedades y a gozar de los frutos de la paz, bajo el imperio de la Constitución y las leyes protectoras. Todo anunciaba un porvenir halagüeño.(4)

En ninguna otra época, Francisco iba a mostrarse más afectuoso con el Libertador. Parecía que la enorme lección de la gesta del Perú, impuesta por voluntad de Bolívar contra todas las trabas constitucionales y los malos augurios, tanto de los intelectuales caraqueños como de los escépticos bogotanos, había influido positivamente en su compleja personalidad. Debió pensar entonces que la palabra y la acción del Libertador, su voluntad, ideas y sueños eran una misma cosa. Que era infalible en la guerra y contra los grandes obstáculos; que era realmente “El Hombre de las Dificultades”, como él se definía a sí mismo. Que valía la pena estar bajo su sombra, oír atentamente sus predicciones y no oponérsele con el mazo del bufete.

Dejemos al mismo Francisco mostrar su agradecimiento e inclinación hacia el héroe:

¡Cuántos monumentos deja usted de admiración a los siglos venideros! Cada paso de usted en estos quince años es una obra maestra de la fortuna, de actividad, de genio, de amor a la libertad. ¡Cuánto honor nos resulta a los que hemos sido coetáneos, compañeros y aun amigos de usted! Lea usted en la Gaceta de hoy la brillante función que he dado el día de San Simón. Ésta es la expresión de la amistad y de la más profunda gratitud, no del Vicepresidente de Colombia, sino de FRANCISCO DE P. SANTANDER.

El sentimiento según el cual Bolívar sólo seguía una maldita correría en el sur se había apagado momentáneamente. ¡Qué aurora de vigor y triunfo, tan fugaz, cubrió a Colombia, al mundo!

El Congreso abrió sus sesiones el 10 de enero de 1825, según lo prescribía la Constitución. Había senadores de todas las provincias y departamentos, y muchos veían en sus proceder y en el sentimiento que les dominaba, la certeza de ser Colombia digna de la libertad que había conseguido. Mas, existían residuos de las viejas desavenencias

provocadas por la oposición de algunos legisladores a las facultades extraordinarias del Libertador, por lo que planteó su renuncia a la Presidencia aduciendo que seguía cansado de que se le llamara “tirano”, siéndole imposible convencerlos —a los ingratos— de que su voluntad no era otra cosa que la necesidad imperiosa de asegurar la libertad y la paz de nuestro territorio.

Se sabía que la suspensión de estas facultades había influido en su ánimo para dejar el mando.

El 8 de febrero se reunió el Congreso para decidir sobre aquella materia. Después de leído el documento de renuncia, “reinó en la sala el más profundo silencio. Corrieron quince minutos sin que ninguno lo rompiera, y luego el presidente del Senado, Luis A. Baralt, llamó a votación: por unanimidad fue negada la admisión de la renuncia. Vivas repetidas al Congreso y al Libertador interrumpieron el silencio majestuoso que hasta entonces había reinado en tan solemne sesión... ¡Pero cuán funesta fue a la gloria del Libertador que no se hubiera permitido realizar su meditado plan de ausentarse de la patria! Su gloria, que había llegado entonces a su apogeo, no se habría menoscabado con los sucesos posteriores”. (5)

No nos adelantemos a años tan desgraciados, que no quisiéramos remover. Debemos agregar que aquella apasionada reacción del Congreso era dudosa. ¿Cómo era que tenían que esperar quince minutos para estallar en júbilo?

¿Qué pensamientos negativos contra el Libertador, como se comprobará más tarde, maduraban sus enemigos? Es de creerse que el grito desesperado del Libertador por irse de su tierra, era aplaudido y deseado en el fuero interior de muchos legisladores.

Como consecuencia de los triunfos en el Perú, los generales locales, Santander y Páez, casi a un mismo tiempo y con intenciones idénticas aunque no coordinadas, se dieron a la tarea de decir que lo mejor que podía darse para Colombia era que el Libertador se coronara. Muchos brindis hizo en ese sentido Santander, proclamando entre amigos del Libertador, que éste tenía un secreto político, quién sabe si perverso. Cuando supo que Páez se le adelantaba en tan genial idea, se llenó de

un despecho criminal y entonces hizo correr el temor de que el máximo héroe tenía el proyecto de hacerse emperador a espaldas del pueblo y con acuerdo de los venezolanos.

El mortal sabotaje al Congreso de Panamá

Terminada la Guerra de Independencia, dos grupos se van a enfrentar por establecer una política hemisférica común, por un lado Bolívar y por el otro Tomás Jefferson, Monroe y Henry Clay. Francisco de Paula Santander hará muy bien su papel de saboteador del Congreso de Panamá, poniéndose del lado de la política colonialista de los yanquis. La política hemisférica que plantearán los gringos será la del *Big Stick*, la del Garrote. En realidad, entonces, que la génesis del Panamericanismo viene en parte a ser obra de Santander, con sus enredos y la manera como desoye las órdenes del Libertador en cuanto a cómo debe organizarse aquel fundamental Congreso.

El diplomático estadounidense Richard C. Anderson llevaba en la mochila de sus planes, que desenvolvería en Bogotá, la política de Jefferson, la de “absorber las colonias españolas pedazo a pedazo”. El método con el que le arrebataron a México, con la “guerra de Texas” provocada por los algodoneros esclavistas, 944.825 millas cuadradas. Es decir, el territorio que hoy ocupan los estados de Texas, California, Arizona, Nevada, Utah, Nuevo México y Colorado.

Bolívar no pensó que los Estados Unidos pudieran formar parte del Congreso de Panamá porque ¿cómo podían ser incluidos en esta unión conociendo la posición colonialista de Jefferson, Monroe y Henry Clay, y porque las instrucciones de los delegados de Estados Unidos a este Congreso iban plagadas de órdenes opuestas a la liberación de Cuba y Puerto Rico?

Esto lo tenía que saber muy bien Francisco de Paula, porque Bolívar estaba claro en que sin las alianzas era prácticamente imposible mantener unificados los Estados recién constituidos. Era necesario, pues, crear un plan de defensa hemisférico entre todos los pueblos recién salidos del colonialismo español y debían prepararse para no caer en la garra de otro feroz imperio.

Decía genialmente el Libertador que nuestra América estaba descontrada de sí, porque estaba abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares y combatida por la España. Que cuando los sucesos no están asegurados, y los estados son débiles, y las empresas son remotas, entonces los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos los animan para triunfar por este fácil medio. Entonces proponía que fuesen fuertes bajo los auspicios de una nación liberal que prestase su protección. Tal nación, él pensaba, debía ser Inglaterra, sacando del juego a EE UU, por consideraciones de orden político e histórico; el entendimiento con Gran Bretaña era de carácter táctico.

Añade el Libertador, con esa genialidad tan aguda y profunda, impregnada de ese amor tan entrañable y poético por lo nuestro:

Si me hubiera quedado un rayo de esperanza de que América pudiese triunfar por sí sola, ninguno habría ambicionado más que yo el honor de servir a mi país sin degradarle a la humillación de solicitar una protección extraña. Esta es la causa de mi separación de la costa firme. Vengo a procurar auxilios: iré en busca de esa soberbia capital; y si fuese preciso marcharé hasta el polo; y si todos son insensibles a la voz de la humanidad, habré llenado mi deber, aunque inútilmente, y volveré a morir combatiendo en mi patria.

En parte, tal idea venía expresada en la Carta de Jamaica, la de formar de todo el Nuevo Mundo, una sola Nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo; pero entonces fue precisamente por este “boquete” confeccionado adrede por la mentalidad pronorteamericana de Santander por lo que él decide encontrar la excusa mágica y así invitar a los Estados Unidos y a Brasil. Se mete, pues, en el alma de lo más vital, la confederación de los países antes colonias de España, la más perversa cuña antibolivariana; la que buscaban los yanquis, y que movía mister Richard Anderson en reuniones dentro del propio palacio de Bogotá.

¿Cómo Santander podía cometer tamaña estupidez, si tenemos en cuenta que ya Bolívar lo había planteado meridianamente, al decir que no sólo los europeos sino hasta nuestros hermanos del Norte se han mantenido inmóviles espectadores de nuestra contienda, y que al final lo habían hecho por egoísmo y porque nada temen en su estado doméstico?

El Vicepresidente le escribe a Bolívar el 6 de febrero de 1825:

Con respecto a los Estados Unidos he creído conveniente invitarlos a la augusta Asamblea de Panamá, en la firme convicción de que nuestros íntimos aliados no dejarán de ver con satisfacción el tomar parte en sus deliberaciones de un interés a unos amigos tan sinceros e ilustrados...

Es en este momento, cuando vemos nacer el vil Panamericanismo, y con ello estaba destruido el plan hemisférico que buscaba Bolívar para la unidad, solidez y fortaleza de los pueblos latinoamericanos.

Sobre el sabotaje a la liberación de Cuba y Puerto Rico es contundente, fulminante, igualmente producto de los acuerdos a que había llegado con Anderson. Le escribe a Páez, el 22 de febrero de 1824:

Sobre expedición a Cuba o Puerto Rico no hay que hablar por ahora: primero, porque estando expuestos a ser invadidos en nuestra casa, es locura ir a buscar fortuna a país donde creyéndose que hay jamones no hay ni estacas; segundo, porque el Perú demanda con más urgencia y necesidad auxilios que nos aseguren por el sur; tercero, porque no tengo recursos para expediciones.

Es realmente admirable esta coincidencia con la política que EE.UU llevará al Congreso de Panamá con relación a Cuba y Puerto Rico.

Se plantea por el escritor Ricardo A. Martínez, en su libro *De Bolívar a Dulles, El Panamericanismo, doctrina y práctica imperialista*(6), a qué se daría tamaña omisión en las instrucciones del Gobierno de Colombia. Añade que Santander había sido informado confidencialmente por Mr. Anderson, sobre la decisión de su Gobierno de no permitir cambio alguno en la condición de esas estratégicas islas, salvo aquellos cambios que, en el futuro, fuesen resultado de su propia expansión colonialista.

Ésta no es una hipótesis aventurada (agrega Martínez), pues, puede fundamentarse en hechos y consideraciones históricas contundentes: 1) el contenido de las instrucciones impartidas por el secretario de los Estados Unidos, Mr. Henry Clay, a sus comisionados al Congreso; 2) como uno de esos comisionados era el propio Mr. Anderson, es seguro que Santander conocía su orientación general y 3) el secreto deliberado que se ha mantenido

sobre esas históricas instrucciones, sobre las que no se encuentra ni siquiera alusiones en la extensa bibliografía que trata de demostrar que el congreso de Panamá es la génesis del panamericanismo, pues ella demuestra que fueron igualmente el origen de la “política del dólar y del gran garrote”.

Henry Clay cumple, a pie puntillas, el mandato de Tomás Jefferson en las instrucciones que ordena a sus comisionados al Congreso de Panamá, Richard C. Anderson y John Sargeant:

Entre los objetos que han de llamar la atención del Congreso, escasamente puede presentarse otro tan poderoso y de tanto interés como la suerte de Cuba y Puerto Rico y, sobre todo, la de la primera. Cuba por su posición, por el número y carácter de su población, por lo que puede mantener, por sus grandes, aunque todavía no explotados recursos, es el gran objeto de la atención de Europa y América. Ninguna potencia, ni aun la misma España, en todo sentido, tienen un interés de tanta entidad como los Estados Unidos en la suerte futura de esta isla.

Nuestra política con respecto a ella está franca y enteramente descifrada en la nota a Mr. Middleton. En ella manifestamos que, por lo que respecta a nosotros, no deseamos ningún cambio en la posesión, ni condición política de la isla de Cuba, y no veríamos con indiferencia que el poder de España pasase al de otra potencia europea. Tampoco querríamos que se transfiriese o agregue a ninguno de los nuevos Estados de América.(7)

Ya avizoraba entonces desde 1826 el Libertador que con el fracaso de esta convocatoria, la guerra en el continente sería por más de doscientos años; será una guerra muy prolongada y ardua, le dice a Santander. El Vice permanece indiferente, como si nada.

MIGUEL PEÑA, CUAL GENIO DE LA INTRIGA

La memoria de la mayoría de los hombres es un cementerio.
Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*

En el Congreso de aquel año se discutió también, la acusación contra el doctor Peña, ministro de la Alta Corte de Justicia. Como Peña se había negado a suscribir el fallo que condenaba al oficial venezolano Leonardo Infante, “violaba” algunas leyes. Dice Restrepo que la Cámara de Representantes le acusó ante el Senado, y éste después de largas discusiones oyó su defensa.

Hagamos un pequeño recuento de estos sucesos que pintan aún más el doble filo del carácter de Santander. Se trata de un caso que motivó tantos tribunales, agitó hombres de leyes granadinos contra venezolanos y que, en fin, fue otro de los incendios que renovaron los conflictos de la secesión.

Allí se vio la transparencia nefasta que llevaban en sí mismos, aquellos, que el Libertador irónicamente llamaba “los suaves filósofos”. De un lado, Santander y sus secretarios Soto y Azuero, iban a dar inicio a otra guerra de personalidades.

A fines de 1824, fue asesinado en Bogotá un oficial de nombre Francisco Perdomo, y el crimen fue atribuido al coronel venezolano Leonardo Infante. Algunos pintan a este último como hombre de color, valiente, pero que por su mala conducta se había hecho odioso entre sus compañeros de tropa. Decían de él que “no veían en la ciudad sus increíbles hazañas, sino sus desordenados apetitos. Burlaba a uno, ponía espanto al otro, reía de todos, codiciaba a casadas, pagaba a celestinas y vivía en poblado con aquel desembarazo primitivo, brusco donaire y altivez salvaje de llanero”. El odio de Santander contra Infante provenía del conocimiento que éste tenía de sus debilidades como militar durante la campaña que tuvo como fin la batalla de Boyacá. Como ya hemos dicho, se cuenta que en pleno ardor de la batalla, Santander bajó y se ocultó en un puente que había en el lugar. Hasta allá fue Infante y tal vez

por petulancia quiso hacerle sentir su superioridad y, tomándole por la solapa, le gritó: “¡Ven y gánate como nosotros las charreteras!”.

La molestia de Francisco contra Infante se inflaba al verlo usar lujosísimos uniformes, “sombbrero de gala y sable soñador”; es bien sabido que el Vicepresidente sentía aversión hacia la gente de color y más todavía si era llanero venezolano. Se quiso convertir este caso en ejemplo de resolución y de lo que era capaz el Gobierno civil ante un crimen que debía castigarse sin contemplaciones y de manera ejemplar. Esto preludiaba otras sentencias dictaminadas en breve tiempo, y en la mira del tinglado estaba el belicoso Páez.

La defensa de Leonardo Infante hizo desplegar en Peña todo el avasallador influjo de su oratoria, pues como presidente de la Alta Corte, era quizás el más brillante abogado de la República.

Después de la ejecución de Infante, para no perder el placer de contemplar otro acto de sus decisiones inexorables, Santander “se presentó a caballo, y allí, delante del cadáver, arengó a la tropa. Si se hubiera temido una conmoción popular, o una sedición de aquellas, la presencia del Supremo Magistrado habría estado justificada, habría sido un rasgo de valor audaz; pero en circunstancias normales y tratándose de un reo que ninguna simpatía inspiraba, pareció más bien alarde propio de un triunfo execrable; y si a ello se agregaba que el Vicepresidente era generalmente reputado como enemigo personal de la víctima, se comprenderá por qué se tuvo aquel paso como una innoble venganza”. (8)

Los granadinos, intoxicados por el falso prurito de las leyes que encarnaba el Vice, lo defendieron diciendo que su salida a la Plaza Mayor y su arenga correspondían a su don de mando, ya que consideraba esta ejecución como un ejemplo para las tropas. Que además la ley era inexorable y que por ello tenía que aplicarse aún a los más altos oficiales del ejército. (9)

Nos refiere O’Leary que el “general Santander pocos meses antes había conmutado la pena de muerte a un sargento mayor, José Vegal, por la de presidio, y lo había hecho por consideración a sus servicios en una causa en que el reo estaba convicto y confeso, y no tuvo a bien hacer lo mismo con el coronel Infante”.

Ese mismo año, el general José María Córdova, hombre severo, cuya actuación fue decisiva en la Batalla de Ayacucho “mató con sus propias manos, de una estocada, a un sargento, no en función de armas, no en ningún acto de servicio”. (10) Y esto fue por una puerilidad insignificante, una niñería. José María Córdova era un hombre trastornado. Santander lo llamaba “badulaque” o “demonio sin instrucción”. Se cuenta, que en una ocasión José María se detuvo frente a un espejo y, en un alarde de vanidad a los que era muy dado, se preguntó a sí mismo: “¿Qué te hace falta José María?” No sabía que le estaba escuchando un soldado que casualmente pasaba por allí quien le respondió a modo de chanza: “El juicio, el juicio es lo que te hace falta”. Córdova enfurecido, desenfundó su espada y lo persiguió hasta que lo mató en el acto. Con estos locos, Bolívar se veía forzado a hacer una república.

Por este motivo, Córdova tuvo que ir a Bogotá donde se radicó el caso, y la misma Corte Suprema Marcial que había condenado a Infante, le absolvió, no obstante que el doctor Félix Restrepo —de los purificados por Morillo—, le condenó. Entonces, ¿qué clase de República era aquella en la cual el Vicepresidente llevaba la voz cantante y decidía lo bueno y lo malo en lo concerniente a la administración de justicia?

Peña, sin embargo, refutando al historiador J. M. Restrepo dice en carta enviada al Libertador, el 6 de abril: “En el Senado se admitió la acusación (contra Infante), sin haberme permitido hablar aunque lo solicité”.

Finalmente, Peña fue declarado culpable de no haber cumplido con sus deberes, condenándosele así, a un año de suspensión de su empleo; —da la impresión de que el Senado obraba influenciado por Santander— y públicamente se decía que se había propuesto al doctor Soto para sustituirle.

Aunque muchas cosas que Peña decía contra Santander y los legisladores eran ciertas, la verdad es que este hombre no inspiraba confianza. Era rencoroso, aunque muy instruido, falso e intrigante. Lo peor de todo fue que juró vengarse de los granadinos, no importándole para ello el que Bolívar se hundiera en una confrontación civil. Fue Peña quien le calentó la cabeza a Páez, inspirándole recelo, contra el Gobierno bogotano al crear desconfianza entre los militares y hombres imparciales de Venezuela.

Nos dice Groot, sobre el caso Infante, lo siguiente:

Hombres influyentes, pero fatídicos para el país, se declararon contra el coronel Infante. Nada tenía que ver Infante con los doctores Soto y Azuero, sino el haber sido uno de sus libertadores. Sin embargo, estos dos señores fueron los que más se encargaron contra él... Se dijo que el Vicepresidente estaba resentido con el negro porque, en una de las alegrías de encierros en las fiestas de Boyacá, le había dicho delante de toda la gente, algunas chanzas propias de un llanero, pero ofensivas a la valentía militar del general. (11)

Añade más adelante:

Desde entonces, se vio lo que iba a ser la justicia en la República, viendo a los sacerdotes de la ley sacrificar una víctima ante el altar de su ídolo; y entonces se vio lo que debían esperar los hombres que habían dado independencia y libertad. Por eso dijo Infante: Soy el primero, más otros seguirán después de mí. Siguióle Sucre, siguióle Bolívar y no hay que decir más. Los celos, las rivalidades, la ingratitud, las venganzas, debían hacer su afición... la inicua condenación de Infante fue el primer toque a la destrucción de Colombia. (12)

Las fiebres libertinas

Mientras la guerra parecía disiparse, existían esperanzas de que la República se organizara y se recuperara de las grandes fatigas militares. Mientras se festejaba de costa a costa la entera libertad de los pueblos, ciertos intelectuales, —supuestos cerebros de la República— al reflejar el sentimiento de los belicosos caraqueños, llamaban al Vicepresidente ladrón y traidor a la patria. Lo acusaban de rebajar la reputación de Bolívar, de rivalizarlo, de ser enemigo del ejército y de vivir empapado en las máximas de Maquiavelo.

Le contaba entonces, Santander a Bolívar, que todos esos panegíricos los había parido la cuestión de las elecciones que se avecinaban. “Unos agentes pagados por la Corte de Madrid para ridiculizar al gobierno, dividirnos y degollarnos —le decía—, no desempeñaría tan bien su papel, como los tales escritores de Caracas”. Entre esos escritores se encontraba Antonio Leocadio Guzmán.

Santander tuvo que vindicar su censurada conducta por el asunto de los préstamos extranjeros, pero jamás pudo convencer a sus enemigos. Restrepo lo defiende y dice que el Vicepresidente manejó los caudales públicos con probidad y pureza por todo el tiempo de su administración.

Era que Francisco amaba las virtudes mercantilistas y velaba con demasiado celo por su seguridad: cobraba religiosamente cuanto le debía el gobierno y aseguraba cuidadosamente sus propiedades. No creemos que todo eso fuese sólo producto del cohecho. Creemos que aquel gran alboroto era provocado por intrigas comunes de una época de elecciones, donde se decidiría quién habría de ser el nuevo Vicepresidente. Los competidores eran nada menos que Luis Baralt, presidente del Senado; José María del Castillo y Rada, encargado de Hacienda; Pedro Briceño Méndez y Sucre, entre otros eminentes.

Desde Caracas, el periódico *El Argos*, que dirigía Antonio Leocadio Guzmán, lanzaba contra Francisco los más duros epítetos: “¡Santander otra vez (declaraba Guzmán), de ninguna manera! Sería una plaga para Colombia otros cuatro años de su pésima administración”.

Añade Guzmán en el tiraje número 8 de su periódico:

Aseguran que el Excelentísimo Sr. Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, etc. etc. etc., para dar esplendor al Gobierno republicano y a la nación, ha adoptado para sí el mismo ceremonial de palacio, paseo, iglesia, teatro, etc., de que usaban los antiguos virreyes. Dicen que en su palacio tiene un famoso solio, bajo el cual se sienta con frecuencia; que cuando sale a paseo o a la iglesia, es acompañado y custodiado por alabarderos y batidores y que, al entrar al coliseo, todo el pueblo concurrente tiene que ponerse en pie y el sombrero en mano, hasta que S. M. toma asiento y da sus órdenes. ¡Bravo republicanismo!

En estilo, naturaleza y sentimiento, este Antonio Leocadio Guzmán era idéntico a Santander, a los liberales colombianos; por esto se odiaban tanto.

Santander ganó la Vicepresidencia. Ni Baralt ni Castillo —siendo los oponentes más fuertes y de mayor experiencia en los asuntos de gobierno— poseían la habilidad administrativa de Francisco, pero no

deja de ser interesante el hecho de qué habría ocurrido con Colombia si se hubiese producido un cambio tan trascendental en el Ejecutivo. No dudo contra toda otra suposición que se hubiesen adelantado los penosos hechos que siguieron al disolverse la Convención en Ocaña. Briceño no era conveniente por ser venezolano. Tampoco Sucre, cuyo desprendimiento y falta de ambición quedaba fuera de toda posibilidad por sus sobradas virtudes.

El triunfo de Francisco, en lugar de calmar las tensiones y procurar la unión, encendió la discordia y acrecentó aún más el odio entre caraqueños y bogotanos; la rencilla tomaba giros funestos contra el propio Bolívar, quien comenzaba a aparecer entre sus amigos como débil y cansado, o condescendiente con los revoltosos. Se presumía que no aceptaría gobernar sin Santander.

Lo malo era que el Vicepresidente no poseía las condiciones necesarias como para ser sucesor de Bolívar, ni mucho menos para afrontar las terribles calamidades de un país recién liberado de la degollina extranjera y acosado por la miseria, la ignorancia y la rebelión, todo en un maridaje sórdido y permanente con lo más retrógrado que nos dejó España. Lástima que Santander no fuera capaz de aglutinar a su alrededor a las fuerzas intelectuales, militares y religiosas de Colombia. Ya hemos visto cuántas lecciones de conducta política procuró darle el Libertador. Hemos visto una y otra vez que el Vicepresidente no sólo se alaba con frecuencia, sino hasta sigue escribiendo anónimos por la prensa, atacando con acrimonia a sus enemigos, mostrando al público la ira de su venganza, discutiendo y contestando a quienes le contrarían y haciéndose repugnante a sus opositores desde su alta magistratura. Esto era negativo y no sólo conducía a vigorizar la vileza de los partidos, sino que minaba la reputación de Bolívar, el soporte principal de la propia Vicepresidencia.

El inmenso peso de la responsabilidad política y militar recaía de modo total e injusto sobre los ya extenuados hombros de Bolívar: las quejas, las peleítas, las indecisiones del Gobierno colombiano, la organización de la confederación de América, el orden castrense de costa a costa en el territorio de Colombia, la seguridad del país; todo esto, convergía sobre él amenazadoramente. Posada Gutiérrez dice que Bolívar estaba alucinado en el Perú por su buena estrella, pero la realidad era que no

tenía un minuto de reposo; su salud estaba resentida, envejecía rápidamente y no estaba fijo en lugar alguno: conferenciaba con generales argentinos sobre la guerra con Brasil; discutía con chilenos el llamado que éstos le hacían para organizar una república; preparaba y estudiaba un plan de invasión a la isla de Chiloé; escribía la Constitución de Bolivia; atendía las necesidades del Gobierno del Perú —como dictador que era de ese Estado— y ordenaba leyes que protegieran y ayudasen a la situación deplorable de los indígenas.

No perdía contacto con los acontecimientos de Europa y estaba al día, aconsejando y organizando los movimientos del Gobierno colombiano. Más aún, se quejaba porque la administración de su país resultaba lenta para sus aspiraciones, sobre todo, en los asuntos del Congreso de Panamá. El impulso de la voluntad de Bolívar había conseguido, por ejemplo, que los delegados a este Congreso por el Perú, llegaran primero a Panamá que los de Colombia; parecía que Santander tenía retenidos a nuestros delegados en Bogotá.

Se necesitarían volúmenes para describir, a grandes rasgos, la actividad de Bolívar en el sur; y todavía hay quienes pretenden decir que estaba alucinado. Léanse las memorias de O'Leary para tener una somera idea de la obra cultural, política y humana que Bolívar desplegó en tan poco tiempo. Hasta se preocupó en procurar la libertad del sabio Bomplandt, prisionero del dictador de Paraguay José Gaspar Rodríguez de Francia.(13)

El Congreso del Perú, agradecido por los servicios del Libertador, honró con su nombre una provincia y, además de otras muchas demostraciones de afecto, decretó un millón de pesos para su peculio particular. Pero Bolívar inmediatamente los rechazó y propuso que fueran utilizados para ayudar a los pobres:

No es mi ánimo (contestó al Presidente del Congreso peruano) desdeñar los rasgos de bondad del Congreso para conmigo. Así sería una inconsecuencia monstruosa si ahora yo recibiese de las manos del Perú, lo mismo que yo había rehusado de mi patria.

Un amigo suyo, Palacios, que entonces se encontraba en Filadelfia, decía que en Norteamérica no podían comprender aquel rasgo de

extraordinaria generosidad y desprendimiento: “En este país todo está metalizado (decía) y se ha considerado como una de las acciones más heroicas del general Bolívar, el que se hubiese negado a recibir la mencionada cantidad”.

De ese millón, dispuso el Libertador que se remitieran 20.000 al célebre educador Lancaster para fomentar la educación de la juventud en Caracas, quedando en enviar luego una suma mayor. Pero por una perversa ironía, que parecía perseguir a Bolívar cuando le honraban los conciudadanos, los agentes del Perú en Londres no pudieron cubrir estas letras. El desdichado no se quejó de aquellas miserias, guardó silencio y pagó de su propio peculio lo ofrecido a su ciudad natal.

En ese mismo año, el Congreso dispuso que se pagara urgentemente, y sin importar a cuales fondos se recurriera, los sueldos del Libertador desde 1818 a 1821 y el haber militar que le concedía la ley del Congreso de Cúcuta. Sumaban 150.000 pesos, pero nunca se pagaron porque el Libertador no mostró interés —“estaba alucinado en el Perú”—. Al parecer tenía que firmar ciertos documentos para hacer efectivos aquellos pagos, pero le repugnaban estas cosas y por esta higiene se encontraba a veces con que no tenía un céntimo en su bolsillo.

Santander sí estuvo interesado en que el Libertador cobrara sus sueldos atrasados, pero ansiaba, por motivos no exactamente legales, que le firmara los oficios donde le concedía tales pagos. *Eso jamás lo iba a conseguir*. ¡Qué poco parecía conocer Santander el decoro de Bolívar! O demasiado lo conocía, quién sabe.

Hágame el favor de enviarme una carta poder (le escribía el Vicepresidente el 21 de agosto) para percibirle siquiera su haber: cuente usted con el porvenir y no piense que todos los tiempos son uno. Este haber no es un regalo que le hacen, es una recompensa justa que todos hemos recibido. Envíeme el poder, por Dios, para cobrarle lo que le toque de sueldos y haber militar... etc., etc..(14)

Tenía que chocarle al Libertador, un hombre tan desprendido del dinero, aquellas minucias metálicas; mucho más le repugnaba que se recogiera en el archivo de Colombia. Era de veras degradante respon-

derle. El 6 de octubre, el Vicepresidente utilizó media página sacándole sus cuentas; página vergonzosa de miles de sumas, restas, divisiones, que de seguro Bolívar pasó por alto.

Envíeme una libranza, para tomarlos (le decía Santander) usted cuenta con alguna reserva. ¿Qué son 12.000 pesos? Resuelva usted y mándame la libranza en los términos que le parezca más decente y honestos... Acuérdesse usted que todo el mundo...» (15)

De nada le sirvieron los consejos frecuentes de su gran amigo cuando le alertaba de que no fuera a perderse por los negocios utilitaristas. El 21 de noviembre, le decía Santander:

Le recuerdo que me mande una carta para recoger sus sueldos y haberes. No, sea tan bueno. Estas cantidades le hacen a usted falta y en tomarlas nada mancha el brillo de su generosidad. Quien renuncia a un millón de pesos, ¿puede ser tildado de tomar cuatro reales de que necesita?

Llegó a ser tan absurda su manía mercantilista que propuso a Bolívar formar una compañía nacional para hacer el canal de Panamá. Para esto envió una carta especial el 22 de septiembre de 1823, exhortándole a ser el protector de la referida compañía formada con algunos capitalistas extranjeros. La respuesta de Bolívar fue severa; no sólo estaba dispuesto a no tomar parte, “sino que me adelanto a aconsejarle que no intervenga usted en ella. Yo estoy cierto (agregaba) que nadie verá con gusto que usted y yo, que hemos estado y estamos a la cabeza del gobierno, nos mezclemos en proyectos puramente especulativos, y nuestros enemigos, particularmente los de usted, darían una mala interpretación a lo que no encierra el bien y la prosperidad del país... Estoy resuelto a no mezclarme en este negocio, ni en ningún otro que tenga un carácter comercial”. (16)

¡Qué franqueza, con qué visión ética, con qué ánimo procuraba ayudar a su amigo para que no se perdiera en las pequeñeces del capital! ¡Cómo lo alertaba de los peligros inmorales que hoy seducen y sacuden tanto a nuestros partidos! ¡Cómo seguía los pasos de su gobierno para advertirle lo que podía hundirlo! Sin embargo, ya sabemos lo que recibió en pago por tan nobles enseñanzas.

Es un hecho probado en la historia que aquellos que tienen fuerte tendencia hacia los negocios, hacia las especulaciones en el comercio son por naturaleza verdaderos tiranos: para confundir se llaman a sí mismos “liberales”, demócratas y libres pensadores.

Por un raro malabarismo genético se encontraban éstos —“liberales”— en los desechos del evangelio comercial. En los detritus de las tragedias europeas. Tomando las migas de una prédica baja y miserable cuya base era la consecución del placer y el éxito. Los poetas no podían tener un lugar entre aquellos alucinados por el bienestar material.

Bolívar era un mendigo a los ojos de los magnates colombianos y como tal un tipo inútil; nada melodioso a los oídos “libre pensadores”. Porque pensar libremente es y ha sido desde el siglo XVII la excusa que han tenido los ricos para exigir cada vez más poder a los gobiernos. Iban, pues, las doctrinas de la libertad sostenidas por la conveniencia burguesa y el egoísmo personal. No importa que el Estado se hunda con tal que los negocios de unos pocos no sufran pérdidas; y el patriotismo tiene valor si existe algún bien material que defender. Por eso Santander y su élite necesitaban ser ricos primero para luego ser patriotas. Un círculo vicioso que hizo de los pueblos más adelantados de Europa un amasijo de autómatas y propietarios sin alma.

Pero el hombre de las cuentas —el “de las leyes”— no entendía o no conocía la tragedia mercantilista de los ingleses, porque insistía:

Monroe suplicó al Congreso que le pagasen las deudas que había contraído por servir a su país y le han decretado ciento y pico mil de pesos. ¡Qué diferencia entre Monroe y Bolívar que nunca ha pedido sino la misma ración del soldado!

Aquello no lo decía porque tuviera en más al Libertador que al ministro yanqui. No, sus actos futuros probaron que su naturaleza era un reflejo del sentimiento mercader de los norteamericanos a quienes luego imitó tanto en su estilo de gobierno. Su propia ceguera moral ante los consejos de Bolívar lo probó.

Espero su respuesta (siguió rogándole) pues tengo reservado el dinero, y para sacarlo de tesorería es menester una orden de usted...(17)

Bolívar, por toda respuesta decía a su querido servidor: “Yo no quiero nada para mí, nada, absolutamente nada”.

En cuanto a otras actividades del Vicepresidente, agregamos que seguía sosteniendo una notoria aversión hacia el sistema federativo. Lo atacaba duramente por cuantos medios tenía a su alcance. Mostraba encono hacia los grupitos del general Mariño, fanático federalista y enemigo del Libertador; dicho general, tenía su centro de operaciones en Caracas y desde allí dirigía por la prensa fuertes ataques al Ejecutivo.

Sobre los demás países latinoamericanos, Santander no veía un vigoroso equilibrio político. Los encontraba demasiado divididos y contagiados de la maldita fiebre federalista: “El noviciado”, según él mismo definía aquel ejercicio de inmadurez. Por pretender adoptar este sistema, criticaba a Guatemala, Chile, Argentina. Pensaba que la federación no era sino una excusa de los caudillos para hacer de América un pandemonio de republiquetas; un hervidero de demagogia y una comparsa ridícula de rebeldes sin ideas, ni sentido de equidad alguna.

Por su parte, Bolívar, en cuanto a la situación interna de Colombia, no se hacía ilusiones. Eso sí, a veces se confiaba demasiado de quienes le rodeaban, ésa era su verdadera debilidad, si se quiere su única alucinación. O tal vez, no se trataba de confianza o fe, sino que más bien había una carencia de hombres capaces para llevar a cabo el programa que se había propuesto. Entonces, necesitaba encontrarlos entre esos bípedos que aparentaban alguna cultura. Los chascos fueron grotescos. Lo traicionó Riva Agüero en la revolución del 24, y lo mismo iban a hacer Lamar y Santa Cruz. Lo traicionaban Páez y Santander desde el Gobierno colombiano y, para completar, el Congreso no tenía orden ni concierto en la selva de leyes que aprobaban. Ante tamaños desaciertos y, viendo que la población culta y realmente preocupada por la República era muy escasa, decidió hacer la tan famosa, criticada y mal interpretada Constitución de Bolivia. Era esta Constitución una fórmula que pretendía dar una solución a las estridentes polémicas de los ideólogos, a las ambiciones militares y aristocráticas, a las manías federalistas, al resquemor de las clases sociales.

Era una Constitución tan liberal como la de Jefferson, en donde se planteaba la idea de una figura central y altamente acatada para que la naciente República tuviera un eje moral y político, fuerte, incólume, necesario para su estabilidad.

Lo cierto fue que Bolívar no calculó la escandalosa evolución del carácter partidista de los latinoamericanos en los avatares de la revolución que dirigía, ciertamente se dará cuenta demasiado tarde y dirá que éramos caníbales de la peor especie.

Aquella Constitución fue la gota que derramó el dique de todas las desvergüenzas públicas. Enardeció aún más a los caudillos venezolanos, acrecentó el fervor maligno de los diputados, de los rúbulas y provocó un incendio voraz de gacetillas, libelos y documentos que disparaban balas y puñales.

No había duda de que Bolívar iba a ser arrollado por los mismos personajes que sin reserva él, a lo largo de quince años, había alzado a los primeros y más importantes siales del gobierno y de la revolución.

Al mismo tiempo se daba cuenta de que su papel de Libertador estaba concluido; que había nacido soldado y amante de la libertad para aterrar los tiranos. Pero no podía ver indiferente la ferocidad con que los bandos políticos se atacaban. Ni mucho menos aceptar la destrucción total de esa obra maravillosa de su genio: la creación de Colombia. Esta visión estaba en su corazón de modo vehemente y quizás obsesivo. Destruído Canterac y su poderoso ejército en el Perú, y quedando exiguos restos de algunos realistas en el alto Perú, al mando de Olañeta, veía cerca el fin de una calamidad y el inicio de otra, ésta adornada con los tristes elementos de la ambición personalista. Estaba convencido de que la libertad del Alto Perú era confusa, débil, de que un cáncer comenzaba a propagarse en el escualido cuerpo de una nación sin verdaderos hombres, un cáncer parecido al de Pasto que iba en definitiva a devorar a América. No había hombres capaces de sostener el Estado, evidencia que le torturaba. ¡Con qué sacrificio sobrellevaba los males de este mundo! ¡Qué pesadilla significaba tener que actuar!

Ya en enero escribía a Santander que cuando volviera a Colombia descansarían algunos meses y después se iría a Europa. Pero el Congreso,

que sabía ser constitucional para hacer leyes absurdas —crear empleos inútiles y someter a Bolívar al dictado de sus caprichos—, lo iba a forzar a que se quedara pagando los desastres que ellos habían provocado. Su reputación y su gloria iban a ser degradadas por los “visionarios” del Congreso.

Mientras que Bolívar era elegido presidente, casi por unanimidad en todo el territorio colombiano, el Congreso entonces, saltando por encima del propio designio de las leyes, lo reeligió, al tiempo que inició una guerra para desconocer sus órdenes y en muchos casos burlarse de sus aspiraciones. Viéndose que los pueblos querían al Libertador más por instinto que por ideología alguna —por encima de la híbrida armazón de los catálogos legislativos— una mayoría de congresistas, para vengarse de aquel amor, le atacaron con dureza, con lógica enfermiza, y surgió de esta maldad la especie con la cual se sostenía que Bolívar estaba contra el orden constitucional. Esta iba a ser la causa por la cual se le negó la dictadura, en el momento en que era una necesidad imperiosa para consolidar el orden y someter las pasiones. Porque la libertad a la que algunos aspiran, como él lo preveía, llevaba consigo los elementos de la subversión, de la guerra civil. Era inaplazable la decisión de instaurar un gobierno fuerte.

Santander, llevaba la batuta en aquellas estrategias indirectas del Congreso. Hay algo que siempre nos preocupó de la franqueza de Bolívar con su querido amigo. A cada acto de confianza de su jefe, Francisco se volvía mejor baqueano de su destino; quería hacer ver que la unión era un fracaso por la “miopía” de su líder (Bolívar).

Era una actitud aparentemente contradictoria. Sabía avanzar y retroceder, y sus pasos apuntaban hacia el encumbrado poder y no hacia la gloria.

Cuando eran reconocidos sus méritos de estadista o legislador los exageraba por los órganos de prensa para que se viera el ascendiente nacional e internacional de su figura. Si Bolívar le hablaba confidencialmente sobre los funcionarios ineptos que era necesario desplazar, o le insistía que pusiera voluntad para reconciliarse con sus enemigos, o le sugería ciertos proyectos militares o políticos que debían ejecutarse en beneficio del pueblo, aunque ello implicara la “violación” de alguna

reglamentación, entonces, Santander reunía a sus aliados y presentaba estos documentos con comentarios duros y ponzoñosos como “las manías legales” de su protector.

Esto lo supo el Libertador muy tarde, cuando Santander había levantado muchos círculos de descrédito de su función, poniéndole como un maniaco detractor de las leyes.

Entre la envidia y la amistad

Santander le hablaba al Libertador de que cuando regresara a Colombia la iba a encontrar completamente diferente: las leyes son adoradas por el pueblo y el país en general marcha de maravilla. Este tipo de contradicciones en su correspondencia era usual y se acrecentó de un modo caótico a medida que Bolívar se empapaba de la absurda realidad del gobierno central. El Libertador, por su debilidad con Santander, aceptaba sus críticas como nobles y juiciosas, porque él veía con cuidado aquellos personajes que según el Vicepresidente eran sus enemigos, quienes ponían obstáculos al ingente progreso que él procuraba desde el Ejecutivo. Así fue como Bolívar, influenciado por tales cartas, empezó también a desconfiar de Vergara, de José María del Castillo, de casi todos los venezolanos, trastornándosele la visión de conjunto de los asuntos del Estado. El jefe granadino estaba usando la técnica con que había logrado deshacerse de Nariño, Infante, Peña, Rangel y que luego habrá de utilizar contra Páez.

Pero el más convencido, como veremos más tarde, en cuanto a que el gobierno en realidad estaba haciendo muy poco para salir de la anarquía, de la miseria política, era el propio Vicepresidente. Mientras tanto, veamos lo que comenta el Libertador en sus francas opiniones transmitidas al mismo Francisco:

Cuanto más considero el gobierno de usted, más me confirmo en la idea de que usted es el héroe de la administración americana. Es un prodigio que un gobierno flamante sea eminentemente libre y eminentemente correcto y, además, eminentemente fuerte.

Es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Este gigante es usted. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodi-

gios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia los envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades, usted el hombre de las leyes y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote y Colombia con los tres.

Algunos escritores dicen que este último párrafo estaba destinado a evitar que Santander se molestara por la altura militar a la cual Sucre se había elevado. Es probable que ésa fuera la intención, pero no es menos cierto que Bolívar de veras los quería a los dos: porque su amor era una forma de consolidar la unión y con el cual pretendía sinceramente que sus hijos vivieran conformes con su misión y orgullosos de la consideración y de la gratitud que el destino les había deparado.

También quería nuestro héroe dar lecciones de desprendimiento y nobleza al jefe bogotano: así, que en otra oportunidad le escribió:

Mi agradecimiento a Sucre no tiene términos. Primero, por justicia y segundo, por generosidad, pues que él me ha quitado en Ayacucho el más hermoso laurel, es el Libertador del imperio de los incas desde Juanambú hasta Charcas, de suerte que es absolutamente mi competidor en gloria militar, de lo que no estoy nada sentido para merecer lo que me queda, pues si me muestro envidioso, no mereceré ni una hoja de laurel.

Santander pensaría para sí: *Se puede desprender usted de toda envidia y rencor porque es usted la estrella que más brilla en América. ¿Pero podré yo vencer mi ambición?* Al mismo tiempo, para no herir la vanidad de su amigo, aclaraba:

Lo mismo digo respecto a usted: nadie lo quiere, nadie lo aplaude a usted más que yo por sentimiento y por raciocinio, porque yo creo que la más hermosa corona es la que da la justicia. Miserable de mí si yo tuviera otras ideas. Si yo fuese envidioso, apenas podría merecer el nombre de hombre, porque sólo las mujeres pertenecen a esa pequeña mezquina pasión. Por desgracia, este sentimiento suelen sufrirlo algunas personas notables con gran desdoro de algunas cualidades que les hacen apreciables por otra parte. Yo tengo el orgullo de crearme superior a tan infame debilidad.

Estaba Bolívar dividido en un conflicto al parecer insoluble: quería hacer valer ante el Vicepresidente la justa y grandiosa personalidad de

Sucre, sin herir la sensibilidad de aquél. Pero Santander no pudo soportar tal golpe y la prueba más contundente de su dolor fue la carta que le envió a Sucre poco después de conocer la victoria de Ayacucho. Es una carta de una brevedad lastimosa:

Aunque es buena insensatez que los que servimos en el bufete escribamos a los que rodeados de gloria militar atraen al mundo, yo tengo mucho gusto en escribirle a usted para saludarle, remitirle la adjunta y desearle felicidades y triunfos continuos.

Parece que todos los individuos del Ejército Libertador del Perú han olvidado los vínculos antiguos de amistad, porque de ninguno he recibido una letra. Con todo estoy conforme, pues que la experiencia me ha mostrado que la rueda de la fortuna es siempre rueda. Nada hay de particular interiormente.

Eso fue todo. Desde entonces la susceptibilidad de Francisco se hizo insoportable. Bolívar percibía merodeos raros en sus cartas y, por eso, no dejaba de recordarle que él lo tenía por su mejor amigo; “por el amigo predilecto de su estimación y de su convicción”. Que estaba satisfecho de su absoluta consagración al bien de todos y a la gloria de su nombre. “Crea usted (enfaticaba) que mis sentimientos con respecto a usted no han sufrido la menor alteración, en ninguna época ni en ningún momento de mi vida”.

Nada más arduo que enfrentarse uno a la irreverente necesidad de cambiar, de aceptar el doloroso giro que exige la realidad cuando hemos sido encumbrados al éxito por la vanidad y la fortuna pasajera. Bajar de esas cumbres era para el Hombre de las Leyes el escarnio, la afrenta más dura; caer en desgracia política podía conducirlo al suplicio del paredón o a las venganzas particulares que podrían ser muchas. Esto es típico de nuestro estilo republicano, con el cual los políticos, para cuidar sus espaldas, se hacen con un poder y un escuadrón defensivo de riqueza, de amigos protectores, para anular los avatares de la condenación pública.

Así pues, Santander prefería aferrarse a lo dislocado de su carácter y sacar de allí fuerza para sobrevivir con alguna “dignidad”. Fue culpable de obstaculizar el envío de socorros durante los años duros de la campaña del Perú y se triunfó, pese a su manía absurda; ahora contemplaba

despechado la gloria de sus antiguos compañeros de armas, quienes habíanle vencido en sus miserias legales. Bolívar trató de ayudarlo, quería que no se mostrara mezquino con el triunfo ajeno y que aprendiera para el futuro que la mejor conducta política era la de la generosidad.

En cuanto a las insidias de los caraqueños le aconsejó que no se dejara trastornar por el rencor de sus enemigos; le decía una frase contundente: “lo mezquino se anula a sí mismo”, que ante tales actitudes debía mostrarse indiferente y sobre todo manifestar respeto y consideración porque cuando la superioridad es notoria, hay que callar y a veces huir del mundano bullicio de la estupidez.

El Libertador olvidaba las ingratitudes y tendía a perdonar las torpezas conscientes o inconscientes de quien alguna vez había sido su amigo. Se habla de la dureza de Bolívar, pero en verdad si hubiese sido déspota habría aniquilado a los grupos llamados “liberales”, tanto en Venezuela como en Nueva Granada —por la ira dañina que demostraban—, pero quiso, en fin, que vivieran porque se decían americanos.

En mayo de 1825, el Libertador le escribió a Santander: “Las cartas de usted son más pequeñas que las mías: no sé por qué será”.

En realidad, su discípulo no soportaba más la tristeza que le invadía por lo que llegó a hacer planes para abandonar a Colombia; ponía como pretexto los viejos cólicos que sufría. Bolívar se preocupaba y por ello insistió:

No, amigo (era una larga carta del 30 de mayo), usted no debe ni puede retirarse. Usted es necesario para la marcha de la República: usted debe morir en el tribunal, como mi destino es morir en el campo de batalla. Sin usted ¿qué sería de Colombia, qué sería de nuestro ejército y qué sería de mi gloria? Diré a usted francamente que si yo no hubiera tenido a usted para defender, con su talento y con su energía, mi obra, ya habría sido arruinado... Así, repito: usted es el hombre necesario de Colombia.

Santander explicaba que además de ilustrarse, quería hacer un viaje por Estados Unidos y Europa; adquirir relaciones con pensadores que proyectasen su imagen al mundo civilizado.

Necesito ganar reputación, y quizá con estas ganancias podré presentarme de candidato a la Presidencia del año 30; con lo que logro estos objetos: 1) emplear en bien de mi patria los conocimientos y conexiones que adquiriera. 2) gozar del prestigio altamente glorioso de ser el inmediato sucesor de usted y 3) tener algún influjo en la Convención Nacional, que es en mi opinión el verdadero estado de crisis de la República. Vistos detenidamente estos designios, creo que usted hallará en ellos conciliados la felicidad de Colombia y mi propio bien.(18)

Y el Hombre Necesario se serena, al leer el sabio consejo de su amigo; aún más cuando le dice que no está dispuesto a gobernar ni un sólo minuto si no es él, el General Francisco de Paula Santander, el Vicepresidente de Colombia.

CONJURA CONSTITUCIONAL

El crimen imaginario persiste en todas las bocas, se graba en todas las mentes, y para el vulgo y su masa es entonces y siempre un hecho constante y probado.

Conde de Las Cases,
Memorial de Santa Elena

El 6 de enero de 1826, Santander escribía al Libertador: “Al Istmo, ha ido, creo que con miras de pasar donde usted, el célebre redactor de Argos. Antonio Leocadio Guzmán, bicho de cuenta, atrevido, sedicioso y el que ha tenido a Caracas perturbada con sus papeles: éste es el que me ha humillado a dicerios e insultos groseros, porque pertenecía a la facción de Carabaño, Rivitas, etc. Guárdese mucho de él, porque entiendo que se lo mandan de espía, y hágame el favor de no darse enterado por mí”.

¿Qué temía Santander del caraqueño? ¿Qué escabroso cúmulo de intrigas temían en Bogotá de los irreverentes venezolanos? ¿Eran acaso celos? ¿Envidia? ¿Culpa? ¿Temores bien fundados? Lo cierto es que el viaje de Guzmán al Istmo lo dejó mosqueado. Algo raro había en el continente altivo y tal vez pedante del joven Guzmán; gestos de arrogancia muy comunes en él con los que sugería secretos hirientes y mordaces contra las pretensiones políticas de los jerarcas bogotanos.

Bolívar, tan franco como leal, aún sin haber recibido esa carta del 6 de enero, le escribió, el 21 de febrero a Santander lo siguiente:

Reservadísimo. En estos días he recibido carta de diferentes amigos de Venezuela proponiéndome ideas napoleónicas. El general Páez está a la cabeza de estas ideas sugeridas por sus amigos los demagogos. Un secretario privado y redactor del Argos ha venido a traer me el proyecto. Usted lo verá disfrazado en la carta que incluyo original, que usted deberá guardar con infinito cuidado para que no la vea nadie. El redactor de esta carta es

Carabaño. El general Briceño me ha escrito que ha tenido que contener a los que querían dar el golpe en Venezuela y que los aconsejó que me consultasen... Por supuesto, usted debe adivinar cuál será mi respuesta. (19)

Salvador de Madariaga, en su libro *Bolívar*, sugiere insistentemente que el Libertador quería coronarse. El trabajo de Madariaga fue siempre desprestigiar la obra del Libertador, precisamente, en lo que tenía de grandioso para emancipar a los pueblos.(20)

Pero esta carta la leería Francisco muy tarde, cuando serios acontecimientos acaecidos en Caracas habían escindido la República en dos bandos irreconciliables.

Santander, un zorro que en política jamás se encuevaba, husmeando y siguiendo el rastro de sus enemigos por la prensa, sus movimientos en el Congreso, al saber lo del famoso camaleón de paso por el Istmo, se llenó de serias aprensiones. Inmediatamente reunió a sus amigos. Desde hacía algún tiempo era pública y definitiva la tremenda discordia entre el Vicepresidente y la mayoría de los jefes que tenían el poder en Caracas. Así, pues, que nada bueno podía llevar aquel hombre al sur, sobre todo, cuando ostentaba poseer en sus secretos, el destino político de Colombia.

Soto, triste, humilde, no tardó, en presentarse a palacio. Iba con su caminar enjuto, parsimonioso.

Al llegar, Soto, al salón privado del Vicepresidente, éste le pidió que se sentara. Santander se paseaba inquieto e inmediatamente comenzó a hablar de modo enfático y congestionado. Para el Vice estaba claro que Guzmán pertenecía a la facción de Rivitas y la de Páez y aunque algunas medidas nos podían llevar a una guerra civil, quizás era el único modo de implantar el orden legal y la obediencia al Estado de derecho. En su concepto era necesario dar una severa reprimenda a ciertos generales soberbios habituados a convivir entre salvajes, y con la creencia de que una República podía dividirse en parcelas de particulares. Para entonces Bolívar no le preocupaba, porque estaba convencido de que le era fácil ponerlo de su lado. Para Santander había llegado la hora de apretar tuercas a la facción de Páez, porque Bolívar en su concepto tenía una debilidad insoportable por Caracas y más todavía por los llaneros,

que él se sentía en el deber de corregir para evitar la hegemonía de la espada sobre el código ciudadano. Santander le conoció esta debilidad en Guayana, cuando lo desesperaba la desobediencia de algunos llaneros, entonces estallaba en amenazas, pero pronto procuraba el perdón y apelaba a su influjo sobre los jueces para atenuar el castigo. La única excepción fue Piar, pero los llaneros lo mantenían alucinado, porque las veces que se denunciara ante su persona la conducta irresponsable, en concepto de Santander, de Rangel, Infante, Vásquez, Laureano Silva y el propio Páez, se hizo el sordo.(21)

Santander estaba ansioso porque se probara un acto de obediencia irrestricta de los jefes militares de Venezuela al Congreso de la República. Había que imponer, en su estilo, el peso inexorable de las leyes constitucionales, porque si Páez inclinaba la cabeza, los demás tendrían que seguir el mismo camino y así el verdadero poder político ya no quedaría a merced del capricho de las armas y de envalentonados jefes militares.

Soto no respondía porque Santander era su alma gemela en estas cuestiones. Para Santander, hablar con Soto era como hablar consigo mismo.

No tenía, Soto, como sabemos, ningún otro destino sino que obedecer a Francisco de Paula, centro de la controversia política nacional. Desgraciado físicamente y con un aspecto excéntrico, no tenía posibilidad de gloria alguna en un tiempo cuando el heroísmo militar lo hacía casi todo en el debate de las ideas y los principios. Aquella revolución había engendrado muchos Sotos cultivados en la lectura de panfletos jacobinos desde la niñez; elocuentes, sarcásticos, que aparentaban un desprecio por el dinero, pero en el fondo eran unos judíos miserables que contaban grano a grano el maíz que vendían, como dijimos, a las tropas del ejército libertador. Así eran casi todos: Peñalver, Michelena, Peña y Guzmán; pero Soto era el supremo representante de esta clase; “hipócrita por carácter, sofista por afición, abogado por profesión y diestro en sutilezas de todo género que se adquieren en esa carrera”.(22)

Por desgracia, un incidente bastante estúpido en Caracas, que habría pasado por alto en cualquier país civilizado de aquellos tiempos, levantó una horrenda polvareda en Bogotá. El escándalo caía de perlas a las

intenciones de Santander, que no dormía bien desde que supo lo del viaje de Guzmán.

He aquí los hechos, o frioleras, según las llamaba Santander:

El 21 de agosto de 1824, el gobierno expidió un decreto para el alistamiento general de los ciudadanos en la milicia; comprendía a los que estaban entre dieciséis y cincuenta años. En casi todo el país se había cumplido el decreto, pero las bayonetas libertinas de la imprenta caraqueña lo atacaron con ímpetu, aduciendo algunos que tal procedimiento era chocante y antiliberal; la palabra liberal era la sopa boba de cada día. Caracas veía con desdén y contrariedad cuanto decidía el Congreso bogotano. Lo cierto fue que Páez pensó demasiado las decisiones que debía tomar al respecto y pasó más de un año contemporizando con los sofistas; su comportamiento fue catalogado de prudente por hombres como O'Leary, y débil por el granadino Posada Gutiérrez. Pero en diciembre de 1825, estallaron rumores para advertir que una conspiración se tramaba contra el Gobierno de Caracas y entonces Páez se apresuró a aplicar el decreto. Encargó de esta responsabilidad al General Juan Escalona, jefe de la autoridad civil de Caracas.

Se publicaron dos bandos invitando a los ciudadanos para que se alistaran en la milicia, pero la gente hacía poco caso a las llamadas del Gobierno. Entonces, se dice que Páez enardecido, amenazó actuar con todo el peso de su autoridad. En efecto, manda así unas patrullas para que lleven al cuartel de San Francisco a cualquiera que se encuentre en las calles. La gente se alarma, corren los rumores de violencia, la ciudad queda desierta, hombres y mujeres se esconden o esconden a sus hijos y amigos; hay lloriqueos, maldiciones, quejas, pero cosa rara, no hay un sólo herido ni maltratado, ni una sola casa allanada, ni peligro a las propiedades. Pero en el ánimo de los congresistas parece haber un gran deseo de escandalizar. Escalona, hombre muy odiado por los militares y quien ya había tenido en otros tiempos serios altercados con Páez, mandó al día siguiente un informe exagerado y tendencioso a la capital. Y con éste, el hueso que ansiaban los podencos de Santander. Dice el documento que “el general Páez había mandado a hacer fuego a los que huyesen y a registrar las casas que fuera preciso...”

De estos hechos nació la severa acusación que hizo el Congreso a Páez por “mal desempeño de sus funciones”.

Francisco acogió al principio con cierta prudencia la acusación y, además, se mostró públicamente deseoso de favorecer la conducta del famoso llanero. Sin embargo, estaba intrigado con las noticias facciosas de los caraqueños, con el viaje de Guzmán y la honda curiosidad de ver hasta qué punto eran capaces los generales venezolanos de soportar una severa reprimenda, como, por ejemplo, la que se dio al famoso Peña. Así, pues, que mientras él jugaría al papel de hombre imparcial, Soto se encargaría de apretar las tuercas en el Congreso.

Había verdaderos patriotas en el Congreso, pero representaban una minoría que siempre era arrollada por los exaltados *liberales*. Nada más criminal que entregar las leyes, la seguridad y la paz de la República a un grupo de revoltosos sin probidad ni sentido de justicia alguna. Los diputados caraqueños eran agresivos porque ésa era la moda, sobre todo, el señor Santos Michelena, hombre ambiguo, medio liberal, medio de todo y gran amigo de Santander.

Sin que Páez hubiera podido defenderse todavía, en marzo, aceptó el Congreso la acusación. Pareció aquella sentencia un triunfo superior a la Batalla de Ayacucho.

Como dijimos, poco antes se había perdonado al general J. M. Córdova —quien había matado de una estocada a un hombre indefenso y, más aún, por una niñería insignificante. También en aquellos días se fue indulgente con Montoya y Arrubla, acusados de fraude a la nación. Sin embargo, se lanzaron desmedidos ataques contra un hombre que los había salvado de la degollina y que en todo momento fue el aliento de la libertad en tiempos difíciles de la Guerra de Independencia, que había dado tantos triunfos, glorias y sacrificios por su patria, como no habrían sido capaces de dar el noventa por ciento de los hombres de aquel ruedo legislativo. Sin duda que no se actuó con la prudencia necesaria para discutir un cargo que ponía en grave peligro la estabilidad y la unión de Colombia. En ningún país, Congreso alguno habría admitido una acusación contra un patriota tan importante sin haber conocido profundamente las causas. Así que los lloriqueos de “herida mortal”, “crimen contra la Constitución”, “muerte a la patria”, etc., que se le

aplicaron entonces con insistencia belicosa a Páez, debieron en realidad concentrarse sobre el Congreso. Pero, los legisladores representaban un ente puro, intocable, sin personalidad ni cara, capaz de provocar los más horrendos conflictos sin culpa ni cargo alguno.

Santander tenía gran influjo sobre las decisiones del Congreso; en carta enviada el 9 de marzo de 1826, al general Pedro Briceño Méndez le dice:

La cámara de representantes ha declarado por una mayoría de 41 votos contra 16 que el general Páez debe ser acusado por no sé que excesos en Caracas sobre milicias. Aún no ha ido la acusación al senado: piense usted qué resultados traerá este paso en que han estado de parte principal los diputados de Caracas y los de Cartagena, siendo los caudillos Juan Francisco y Michelena (y el muy zorro, previsor, no nombra a su mano derecha, Soto, quien desplegó contra Páez toda la malignidad de su poder intrigante); también ha declarado la misma cámara por una mayoría de 41 votos contra 13 que los agentes del empréstito, Arrubla y Montoya han procedido bien en la negociación; que por tanto no hay cargos que hacerles, y que despreciase la queja de Baylli y Goldsmith. Muy contento me tiene esta declaratoria.

Nosotros mismos creemos que el tinglado de aquella acusación no era sino producto del hondo rencor y desconcierto que en Santander provocaba el extraño viaje al sur, del “bicho de cuenta, atrevido y sedicioso” de Antonio Leocadio Guzmán.

La prueba de que la acusación del Congreso era jugar con la muerte de Colombia es la siguiente afirmación de Restrepo:

Admitir esta acusación contra un antiguo y valiente general de mucho influjo en Venezuela, y por hechos no bien comprobados ni de tanta gravedad como los que se le atribuían, parecidos a muchos en aquella época, era en efecto una imprudencia que rayaba en la temeridad. Juzgaban otros que, en el estado en que se hallaba Colombia, había llegado el tiempo de experimentar (¡Vaya experimento, señor Restrepo!) si Páez era superior a las leyes como algunos creían, o si éstas gozarían de bastante fuerza moral para que todos los colombianos, que tuvieran o no el prestigio de altos hechos de armas, se plegaran a su imperio.

Este párrafo es del todo absurdo y se ve que el propio Restrepo se encontró en un lío para poder componerlo o justificarlo. La acusación era por frioleras, y la llevaban a cabo congresistas imprudentes y resentidos, muchos de ellos enemigos personales de Páez; el encono entre militares y leguleyos era tal que el asunto no debía ser tratado de un modo tan alegre. Era peligroso aceptar la acusación en tan corto tiempo.

Por supuesto, Páez que por naturaleza despreciaba a los legisladores por creerlos ineficaces y picapleitos no aceptó ir a Bogotá; intuía que no le harían verdadera justicia, que eran indignos sus acusadores de juzgarle.

Querido general (escribió Páez con amargura a Bolívar) no puede usted figurarse los estragos que hace en este país la intriga, teniendo que confesar que Morillo le dijo a usted una verdad en Santa Ana sobre que le había hecho un favor a la República en matar a los abogados. Pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado imperfecta la obra de Morillo, habiendo hecho otro tanto con los que cayeron de nuestro lado; por el contrario le pusimos la República en las manos, nos la han puesto a la española. (23)

Discutido el caso y admitida la acusación, Páez quedó suspendido de sus funciones y se expidió una orden para que se presentara en Bogotá a dar cuentas de su comportamiento ante el Senado. Se aplicaron sanciones a otros que desagradaban a Santander; Francisco Carabaño fue destituido de su representación ante el Congreso y multado en tres mil pesos, Pedro Pablo Díaz en igual cantidad y los senadores Mariño y Martín Tovar declarados culpables de haber faltado a sus deberes.

Santander se frotaba entusiasmado las manos y decía a sus amigos que la cámara estaba hecha un demonio, *recetando acusaciones como se receta agua de azúcar*.

Mientras este escándalo se levantaba con sus peligrosas consecuencias, Bolívar en Perú no recibía noticia alguna. Santander en este sentido guardaba insólito silencio: no quería participar nada al Libertador, no fuera que con su influjo diera alguna clase de consejo a Páez y lo salvara de la rochela del Congreso. Es decir, que no fuera a aguarles la fiesta a los *liberales*.

El 21 de febrero, le escribía: “Por acá no ocurre novedad alguna”, sin embargo, al mismo tiempo, le contaba a Pedro Briceño Méndez en una carta, que podía arder Troya con aquella acusación. El 6 de marzo le escribía al Libertador: “En el interior no ocurre novedad”. El 21 de marzo en una carta más o menos larga no habla más que de su reelección, igual silencio reservó en otra del 23 de marzo, y en una del 28 escribe: “No hay novedad posterior que comunicarle” y finalmente el 1 de abril como posdata, como cosa de muy poco interés le informa: “Ayer ha admitido el senado la acusación contra Páez, por la Cámara de Representantes, por frioleras cometidas por él en Caracas en el arreglo de la milicia. Me tiene muy molesto esta cosa”.

Jamás hubo un hombre, en la historia política de nuestros pueblos, con un pulso más fino para mantenerse en la cresta del caos, echando la culpa de los desastres a todo el mundo, y él apareciendo como el inocente, como el inmolado.

El doble juego de Santander es perfecto. Escribe el 10 de mayo a Páez que, en su opinión e incluso en la de algunos enemigos del llanero, la acusación es ligera y que debían esperarse pruebas “porque la seguridad personal y el honor de un ciudadano cualquiera que fuese, no debían estar a merced de unos avisos tan descarnados”. La verdad es que Páez ha caído en la trampa que se había tramado en Bogotá desde los primeros días de enero. Porque la acusación nacía de la ejecución de un decreto del *Reglamento de Milicias* emitido por el gobierno Central, y el cual ya había encontrado posición en Caracas; luego se aprobó una ley en el Congreso, para organizar la milicia de forma distinta.

Santander no mandó a suspender el decreto, sino que se le continuó dando largas al asunto. El propio Páez nos dice que el procedimiento de enviar patrullas por las calles para coger a la gente reacia, “era ni más ni menos lo que en Bogotá se hacía todos los domingos en presencia del mismo Santander”. Pero lo que da una muestra más fuerte aún de que el asunto es un lazo tendido a Páez, es el hecho, el agravio, el acto humillante, desconsiderado, políticamente absurdo de nombrar para suceder en el cargo de Páez al señor Escalona, el que ha levantado el tinglado de la acusación. Imagínese, pues, el lector, la ofensa inaudita que representaba contra el general en jefe —del grupo de los libertadores de Colombia, condecorado con la medalla de Puerto Cabello, comandante general del

Departamento de Venezuela, director de guerra de Apure, laureado en la batalla de Carabobo, Mucuritas, El Yagual, etc. etc.—, ver a un tipo de menos rango como el intendente Escalona, su acusador, con un oficio del gobierno central nombrándolo comandante y “a quien no correspondía por ordenanza recibir el mando en competencia con otros generales más antiguos, de mayor graduación y que entonces no tenían destinos”.

En realidad, hay un forcejeo de mentiras entre las misivas, que sobre la acusación, se cruzan Páez y Francisco. De hecho, como el lector habrá visto, ya Santander está enterado de algunas de las ocultas proposiciones de Páez al Libertador y ¡peligroso delito! en las que no ha querido incluir al Vice; además, el portador de ellas, el “grosero” Guzmán, de paso por el Istmo, cometió la insolencia de no escribir al jefe del Ejecutivo. La verdad es que Santander necesitaba aleccionar al llanero.

Otra prueba de la tramoya es que acusaciones de esta naturaleza contra Páez se venían ventilando desde hacía algún tiempo. Ya se había desechado una por parte de un diputado de Caracas, el doctor José Antonio Pérez; este negocio de hacer quedar mal a Páez o perturbar al país con pretextos legales era lo más buscado en aquellos tiempos. Había un incesante deseo de inventar crisis y, cuando varias municipalidades de Venezuela se alzan contra el Gobierno central declarando apoyo a Páez, se adhiere a tal declaración la de Caracas, instigadora, en parte, del lío contra el llanero.

Era una verdadera calamidad —que Páez lo presenta bastante claro en su autobiografía— la maniática insistencia con que algunos personajes, que pocas luces prestaron a la revolución de independencia, se dieron a la tarea de criticar, calumniar, ofender, conspirar con artículos y acusaciones hirientes a las instituciones y a los gobernantes del país. Estos señores, por ese mecanismo extraño y complejo de nuestras constituciones y leyes resultaban los más amparados, los más protegidos y fue así como sobrevivieron a los gobiernos más disímiles porque iban cambiando con los tiempos y los jefes de turno; siempre a la sombra y al servicio de quien mejores beneficios les aportara a sus alucinadas teorías.

La mayoría de estos perturbadores, recalcamos, la constituían abogados; la verbocracia es casi una enfermedad ligada al medio nuestro. Con razón Páez dice adolorido que los letrados han puesto el país a la

española, y es que él respondía a ese otro instinto de los conquistadores que sentían honda repulsa hacia los leguleyos. “Con el español que trajo la ley, vino el abogado. Con el abogado, el pleito, el vicio de litigar”. Bernal Díaz del Castillo dice que los conquistadores suplicaron al rey “no enviase letrados, porque entrando en la tierra la ponían en revuelta con sus libros, y había pleito y disensiones”. Balboa, cuando va a descubrir al Pacífico, escribe al Rey:

V.A. mande prever que ningún bachiller en leyes pase a estas tierras, son una gran pena porque no ha pasado ninguno que no sea diablo y tenga vida de diablos, y no solamente ellos son malos sino que hacen y tiene forma para que hayan mil pleitos y maldades.

En Nueva Granada, el conquistador Jiménez de Quesada, que era un licenciado en leyes y conocía a los abogados como la palma de su mano, escribió en sus instrucciones para el buen gobierno de los indios que al nombrarse alcaldes ordinarios, no pudieran entrar en las suertes que se hacían para elegirlos “ningún Oficial de los V.M., ni persona ninguna que tenga título *ni otra persona alguna poderosa ni que tenga oficio de justicia alguna*”.

Las cartas de Páez a Bolívar tardarían mucho en llegar; esto trabajaba a favor de la causa de Soto, Azuero y Santander. Pero no fue por intermedio de esa carta última (del 10 de abril) del Vicepresidente, por la que Bolívar se entera con claridad del asunto de Caracas, sino a través del ministro José María Pando. Entre un cúmulo de verdades, que Santander más tarde llamó exageraciones, le contó Pando lo de la endeble política exterior del Vicepresidente y lo descuidada que estaba la administración de Colombia. Bolívar, preocupado, decide escribir al jefe bogotano y entre otras cosas le dice que el Congreso de Colombia ha llamado al general Páez, y que éste no obedecerá probablemente porque lo acusan de ser el autor de un proyecto para establecer la monarquía... “Últimamente se me asegura que todo está perdido si yo no me presento en Colombia inmediatamente, porque las cosas han venido a tal extremo que ya no se puede evitar una guerra externa o interna”.

Añadía Bolívar una verdad que resume toda la conmoción trágica de aquella hora:

Si me voy a Colombia puedo evitar una gran parte de los males que nos amenazan... se va a aumentar el calor de los partidos con mi presencia, todos dirán que voy a sostenerlos exactamente lo que en el fondo quería Santander con sus manías constitucionales y todos se esforzarán a hacer preponderar el suyo para que le encuentre preponderante y le dé la preferencia.

Pese al horrible silencio que Santander mantuvo sobre los hechos en Venezuela de los que nada le contaba al Libertador, con el propósito de hacer que el incendio provocado por Páez cogiera impulso y luego no pudiera apagarlo, los apologistas del Hombre de las Leyes mienten de la manera más miserable. La biógrafa de Santander, doña Pilar Moreno de Ángel, dice:

Desde el momento en que principiaron a ocurrir los acontecimientos, el Vicepresidente Santander llamó en forma oficial y privada al Libertador, quien residía en Lima, para que se trasladara inmediatamente a Colombia a fin de que se pusiese a la cabeza del Gobierno, en el convencimiento de que tan sólo Bolívar podía mantener la unidad de la República. Uno de los errores del Libertador fue no haber aceptado esta petición de Santander, pero Lima lo hechizaba. (24)

Como dijimos, era una idea generalizada en Bogotá el que Bolívar se encontraba gozando del poder, de los placeres de la vanidad, la adulación y la admiración en los esplendorosos salones del viejo y destruido Virreinato. Restrepo, muy injustamente, también lo dice en su historia cuando él conocía muy bien lo enrevesado de la situación del Perú; de lo traidores que eran casi todos sus gobernantes, de lo que costaba organizar una república de la nada como lo era por ejemplo Bolivia; de la permanente comunicación que mantenía con los ministros que iban al Istmo. Dice Restrepo:

Si (Bolívar) no se hubiera detenido tanto tiempo en la sierra y en el Alto Perú, organizando el país recientemente liberado, saboreando los obsequios de los pueblos entusiastas por su Libertador y embriagado con las dulzuras del poder; finalmente, si no se hubiera dejado seducir por consejos halagüeños y acaso pérfidos que aconsejaban su vanidad y amor propio, haciéndose creer que era el único hombre que debía mandar en la América del Sur, el resplandor de su gloria no se habría aminorado en sus últimos años.

Este es un párrafo absurdo: se verá que cuando se realice la Convención de Ocaña muchos de sus amigos le aconsejarán que se presente a ella, para que el partido de Santander quede minimizado, ridiculizado en sus malsanas pretensiones. Sin embargo, Bolívar prefirió no ir, aduciendo que un país no podía depender de un solo hombre. “Nosotros no podemos formar ningún gobierno estable (le escribía el Libertador a P. B. Méndez, el 29 de mayo de 1828) porque nos faltan muchas cosas y, sobre todo, hombres que puedan gobernar y que sepan obedecer”. En otra oportunidad, angustiado por el caos, implora cordura, que le oigan:

Mi único amor (dice) siempre ha sido el de la patria; mi única ambición su libertad. Los que me atribuyen otra cosa no me conocen ni me han conocido nunca. Es tanto lo que me atormenta la vil suposición de que tengo miras personales que estoy resuelto y aún desesperado por irme para probarles lo contrario y aún haría más si fuera necesario. Quizás, quizás (¡qué franqueza más horrible!) si alguna vez me voy, y de mi vuelta depende la vida de Colombia, la dejo perecer por no mandar, y aún la condenaría a la nada para que se viera que nada quería, tanto es lo que se me ha herido mi orgullo en la parte más delicada.

Catastrófica fue para Páez la noticia de su destitución.

Su epilepsia se agudizó cayendo en depresión suicida.

Le aseguro a usted (le escribió a Bolívar el 25 de mayo) que la noticia fue un puñal que traspasó mi corazón, y que la rabia y el sentimiento en aquellos primeros instantes me inspiraron deseos de destruir a todos mis acusadores y aún a mí mismo si hubiera sido necesario; el recuerdo de los servicios que he hecho a la República, del inmenso trabajo con que he ganado mis grados y condecoraciones, de los desvelos con que he mantenido el orden en este departamento y la ingratitud con que ese Congreso los ha recompensado, hicieron sufrir a mi corazón agitaciones inexplicables... Yo arrojé sobre el suelo los uniformes que antes formaban mi gloria, para comenzar una vida enteramente nueva... yo no podía verlos sin que se presentara a mi corazón agitaciones y sentimientos tan contrarios de dolor, de ternura, de venganza y de cuanto puede maltratar a un hombre honrado.(25)

La furia de este tártaro acosado refleja su impotencia ante los abogados. Contra esos no hay lanza ni guerrilla que valga; con pretextos legales,

y ese malvado experimento, imponiendo castigos a altos jefes militares. Los legisladores —con aquella imprudencia— habían de veras perdido a la patria; grave error era la lógica del Congreso: reconocían algunos el absurdo político de la medida, pero consentían defenderla para ejercitar el vigor institucional.

¿Puede imaginarse el lector el dilema en que el Congreso colocaba a Bolívar? ¿Quién era el inocente: Páez o los legisladores? ¿Qué partido tomar al regresar a Colombia: aceptar o desconocer al Congreso, aceptar o desconocer las actas tumultuarias de los pueblos que lo querían declarar Dictador? ¿A quién necesitaba más la patria: a los acusados o a los acusadores? ¿Quiénes representaban mejor al pueblo: los laureados soldados del Sur o los estilistas del banquillo en Bogotá?

Aquel conflicto amargó, desesperó, a Bolívar; sin embargo, Posada Gutiérrez y Restrepo aseguraban que el Libertador, ante aquellas circunstancias, no actuó correctamente. Por el contrario, creemos que si Bolívar se hubiera marchado a Europa como lo tenía pensado, entonces, historiadores y patriotas, sofistas y godos, todos, habrían dicho que era inconsecuente con el pueblo, con la libertad, con las instituciones del país. Porque era evidente que en cuanto dejara las costas de América, el alarido de la guerra civil iba a encender los ánimos de un extremo a otro de Colombia, de Perú y Bolivia.

Todo caía de perlas al Congreso en aquellos días para darles buenas zurras a los patriotas venezolanos. Se admitió en el senado una segunda acusación contra Miguel Peña, por la pérdida de veinticinco mil pesos.

Mientras ardía Bogotá, había llegado al Perú el señor Antonio Leocadio Guzmán. Tenía importantes noticias del general Páez y era visto como portador del secreto político del siglo. En aquellos tiempos los rumores adquirirían el carácter de fuerza telúrica, la expectación de algo mágico, con relieves divinos o catastróficos. Todo eso en nuestros tiempos ha sido atenuado o desarticulado por los modernos medios de comunicación.

El joven mensajero, que había sido educado en España y de padre español, tenía una formación política nada común en aquellos tiempos. Sabía expresarse muy bien, y sus conocimientos unidos a esa

desenvoltura de los habituados a preámbulos de palacio, creaban aureolas y destellos muy cotizables en tiempos de “ardor revolucionario”. Parecía hombre cauto, sincero, un apasionado patriota. Sin duda confundió un poco al Libertador, quien estaba atareado en la organización del Congreso de Panamá y en la administración del Perú. En una población endémica de legisladores sanos, Bolívar adoptaba una predisposición conciliatoria y hasta subalterna hacia las personas que podían contribuir en algo a la organización del país.

Esta cualidad era tan poderosa en él que no había hombre capaz de sustraerse a ella. Hasta los godos sentían, en este sentido, su influjo. Fue así como convirtió en hombres de bien a bandidos y criminales; dominó y pasó a su bando a algunos realistas que le conocieron de cerca; conquistó el corazón de Morillo, de Obando, cuando era joven, y del obispo Jiménez, capataz de las huestes españolas de Pasto, con ese influjo conciliatorio, propiciador de disciplina y valor moral pudo también contener a conspiradores y facciosos. Pero era evidente que no podía estar en todas partes. Dice Posada Gutiérrez: “Bolívar, por más que lo calumniasen, tenía la cualidad, no de hacerse querer, sino de hacerse idolatrar, mucho más que la de hacerse temer sabía hacerse respetar, lo que le aseguró la supremacía que sus talentos le daban sobre sus rivales”.

Pensaba nuestro Libertador que no debía haber diferencias entre los patriotas, sino luchar desinteresadamente por la unión y la grandeza de Colombia, y que las posibles divergencias no eran más que asunto de formalidades. Que Colombia estaba en el corazón de todos, y ella era y debía ser el único y verdadero partido. Esa predisposición por ironías del destino fue utilizada precisamente para desintegrar la Gran Colombia. Y fue esa predisposición la que le hizo creer que Guzmán era un joven de talento, que sabía valorar la grandeza de su alma, la obra que había emprendido: la idea quijotesca de confederar a la América hispana.

Guzmán explicó a Bolívar la importante misión que tanta alarma causaba al Vicepresidente.

No se detuvo en preámbulos y fue directamente al grano, expuso al Libertador que la salida política para dominar el caos era que él se coronase emperador, y que los más grandes generales de Venezuela estaban dispuestos a apoyarle y mantenerle en esa luminosa posición.

En aquellos días, el Libertador retocaba la Constitución que había escrito para Bolivia y en la que veía la forma política más segura de consolidar la libertad de la América hispana. En ella creía satisfacer a los que pedían monarquía, federación o centralismo. Así pues, le aconsejó a Guzmán que promoviera con prudencia, la aplicación del Código boliviano; a su manera de ver, fórmula única para conciliar los distintos partidos.

Este simple paso, dado con el ánimo de salvar la patria, espantó a Santander. No porque la Constitución Boliviana(26) fuera absurda y enemiga del orden político de Colombia, sino porque el conducto por la que la haría conocer era su enemigo, el injurioso redactor de Argos.

Ésa fue la razón del odio que comenzó a crecer en él, contra el Libertador, centrado en la repugnancia al código boliviano y que lo llevó a atacarle con acrimonia, ingratitud e injusticia hasta el último momento de su vida. Cuanta defensa hiciera en el futuro Guzmán de la Constitución boliviana, sería un golpe amargo a su alma resentida y por ello también causa para provocar las facciones contra la unión y levantar los viejos escombros de las ideas sobre federación. Desde entonces los recursos del crimen y de la calumnia iban a ser válidos, justos para que Bolívar pagara la inconsecuencia no sólo de haberle dicho que Guzmán era serio e inteligente —“excelente muchacho (le escribió) tiene mucho talento... está cordialmente adicto a mí y puede servir muy bien empleándolo. Aunque él se ocupó en Venezuela contra usted, fue no por malignidad, sino porque venía lleno de las ideas liberales de España y porque en Caracas era moda pensar todos mal contra el gobierno” —, sino el de haberle dado el privilegio de ser el propalador de las novísimas ideas contenidas en la Constitución boliviana. Pobre Bolívar que cuando actuaba de buena fe, las hienas partidistas lo devoraban a su antojo.

Al final aquellos a quienes quería de todo corazón: Santander, Córdova, Guzmán, Padilla, Páez, Lamar, Santa Cruz, Gamarra, etc., le harían ver las deformaciones más insólitas de la traición. Por cierto que si Las Cases hubiera conocido esta vida infernal del Libertador, habría tenido algún consuelo para los horrores sufridos por su ídolo. —Dice Las Cases que Napoleón fue el hombre más atacado y desfigurado, y sobre quien se lanzaron los más atroces, ridículos y falsos libelos—. Bolívar planteó en resumidas cuentas a Guzmán lo siguiente:

Aquí no se puede formar una monarquía, por el desprestigio que tal sistema tiene en nuestros pueblos. Yo he buscado un sistema político especial para remediar las divisiones que existen en nuestra América. Aquí, en esta constitución hecha para Bolivia puede estar esa cohesión moral que necesitamos. Promuévala con prudencia porque basta con que los partidos sepan que un bando la elogia con grandes títulos, para que a los tres días se convierta en el terror de la libertad, en el escarnio de las leyes y la salvación de godos y tiranos. Dígale a Páez que los intrigantes serán duramente reprimidos. Que su carta está escrita con el deseo de hacer el bien, pero que no basta la buena disposición para lograr los efectos que se desean, sino que hay que educar a la masa y procurar de nosotros mismos los medios sutiles de persuasión. Dígale que Francia no es Colombia, ni yo Napoleón, que allá la población es(27) homogénea, que es una república con una tradición cultural sólida. No hay necesidad, joven, de tener un Napoleón para hacer grande a nuestra América. Nosotros tenemos nuestros propios recursos y gran parte de ellos se puede explotar siguiendo las leyes impresas en la Constitución de Bolivia. No hay necesidad de imitar a César ni mucho menos a Iturbide; tales ejemplos son indignos de mi gloria; el título de Libertador es superior a todos los que han recompensado el sacrificio humano: por tanto me es imposible degradarlo. El peligro realista ha cesado y no es hora de pensar en un trono, raíz de los peores males de Europa. Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo. Dígale, en fin, que ese proyecto no le conviene a él, ni a mí, ni al país. Yo no aconsejo al general Páez lo que no quiero para mí; más si el pueblo lo quiere y Páez acepta el voto nacional, mi espada y mi autoridad se emplearían en sostener y defender los decretos de la soberanía popular.

En estos términos también le escribió una carta a Páez y, para no provocar contradicciones entre sus decisiones y las del Vicepresidente, envió una copia a Santander.

El señor Guzmán se declaró ipso facto panegirista y gran admirador de la Constitución boliviana. Hizo en el Perú una apología de dicho proyecto; después partió hacia Guayaquil con cartas del Libertador para que se discutiera, entre sus amigos y la gente más o menos preparada, la conveniencia o no de aprobarla. No era de ningún modo alarmante la promoción (decimos) o discusión entre los pueblos, del Código boliviano, ni llevaba consigo formas perturbadoras de privilegios

políticos consumados. Creemos sí que Guzmán era muy joven todavía para conocer la magnitud del encargo e hizo de la exégesis del reglamento boliviano un medio político para promoverse a sí mismo. Muchos otros dominados por ambición o vanidad, que ellos inconscientemente llamaban patriotismo, se unieron con gritos y escándalos a la campaña que promovía Guzmán. Esto sucedía en Guayaquil, en que el caraqueño se había detenido a contar las cosas a su manera. Gran expectativa había en aquella ciudad donde de un momento a otro vendría Bolívar de paso a Bogotá. Entre los que recibieron a Guzmán se encontraba el intendente de Guayaquil, Tomás Mosquera, fanático admirador del Libertador. Era otro de los alucinados que deambulaba arrogante por las tinieblas del poder.

Imáginese el lector la gran ansiedad que padecía el carácter exclusivista del Vicepresidente, al conocer los pasos de Guzmán en Guayaquil.

Mientras Guzmán vagaba alarmando un poco el sur, veamos qué pasaba en Venezuela. Corría el rumor que Páez se estaba preparando para presentarse ante el senado, pero que algunos consejeros pérfidos e intrigantes —entre los que estaba el venenoso Peña—, lo impulsaban a desobedecer y alzarse con el gobierno.

El curso de los hechos tomó un giro inesperado.

Estando reunido el Concejo Municipal de Valencia, algunos de sus miembros propusieron que se suspendiera la medida que relevaba a Páez del mando. Muchos venezolanos buscaban frías nimiedades para escindir la patria. Valencia se iba a constituir en el centro de la insurrección. Los oficiales iban y venían con el petulante ruido de espuelas y espadas, siempre acompañados de altaneros leguleyos: el consabido carnaval de las falsas preocupaciones.

El majestuoso Concejo Municipal se reunió de urgencia. Cada cual exponía una razón, un motivo legalista y patriótico para apostrofar al bando de Bogotá.

¡La patria está en peligro y Páez fuera de Venezuela es una instigación al caos!

¡Bogotá debe escuchar al soberano Concejo Municipal de Valencia!
¡Ya todo está decidido, y se ha cruzado el Rubicón! El Rubicón era entonces el río más atravesado por los liberales de Caracas y Bogotá.

¡Salvemos la patria! ¡Viva, Venezuela Libre!

El “pueblo” salió en tropel por las calles buscando víctimas con qué justificar la “exaltación patriótica”. Tres desgraciados que quizás oían indiferentemente los gritos y exclamaciones de salvación a la patria fueron asesinados atrozmente y arrastrados sus cuerpos por la calle. Había sangre, lo cual probaba que realmente la cosa estaba fea. Si bien no habían logrado causar daño a los “enemigos” de Bogotá, al menos esta agresividad mostraba lo que se podía hacer con ellos.

El tumulto llegó a casa de Páez con gran alboroto. Algunos creían que eran los godos quienes iban a juzgar a Páez en un país lejano y tenebroso. Las supersticiones hacían creer que enjuiciar era una maldición que le destruía el alma, la personalidad: una catástrofe irreversible. La primera lanza de América quedó trastornada por el amor que le mostraban sus conciudadanos. Esto sucedía el 30 de abril; se llamó al gobernador de la provincia, señor Peñalver, y se le pidió que repusiera a Páez en la Comandancia General. Peñalver se negó, pero la multitud de más de dos mil personas hizo hablar al General en Jefe, quien se puso por encima de peticiones legales y escuchó el clamor del pueblo.

Seguidamente, la municipalidad de Valencia —que había adornado sus actos con robos, asesinatos y gran agitación— hizo circular sus pedidos facciosos a otras municipalidades. Maracay siguió su ejemplo, y Caracas al día siguiente restituyó a Páez en la Comandancia General. Mariño, el eterno enemigo del Libertador, era ya un apasionado de aquella revolución.

Al conocer Santander el peligroso rumbo de sus acciones, se llenó de temores. ¡Ahora todo quedaba al descubierto y el Libertador podía desentrañar el lío de sus turbias creaciones!

Pero el temor del Vicepresidente le aguzaba esa psicología minuciosa, muy frágil, de donde extraía fuerzas intrincadas de culpabilidad pública o privada que ni el mismo Cristo descifraría, entonces, enredó a Bolívar en

una prodigiosa telaraña de consejos, órdenes y contra-órdenes, además de complicadas alabanzas. Decía en sus cartas:

Un padre adorado, expuesto al más inminente peligro de muerte, no excitaría en mi corazón tanto dolor, como el considerar a todo lo que usted exponía su gloria y reputación; esa gloria y reputación que yo amo con idolatría y por cuya conservación daría mi sangre.

Y además, le pedía que no se olvidara de dar un contundente golpe a los “facciosos”.

La verdad era que Bolívar ya no estaba seguro de quién era más revoltoso, si el Congreso, el Vicepresidente o Páez a la cabeza de los rebeldes venezolanos.

Desde entonces Francisco desató una campaña tan severa contra la rebelión, que le quitó el sueño y le aceleró gravemente los cólicos que padecía. Escribía más de veinte cartas diarias, daba órdenes incesantemente a Soto y a Azuero para que defendieran la Constitución de Colombia desde el Congreso. Se lanzó al ataque directo a través de fieros artículos de prensa contra los venezolanos. Estos replicaban con un desafío cada vez mayor. Pero el 9 de junio, de modo extraño el Vicepresidente escribía a Bolívar: “...Retrogradamos medio siglo por las liberalidades extemporáneas del Congreso”. Vacilaba en sus temores, en su experimento. Ahora, esperaba que Bolívar realizara milagros, porque añadía: “Usted es el que nos puede sacar de las presentes críticas circunstancias y salvar a su querida hija de la anarquía o de la guerra civil. Usted es, como siempre, el áncora de nuestras esperanzas, la tabla de nuestra salud. Su presencia es absolutamente necesaria en Colombia. Lo he dicho todo”. (28) Con ese lenguaje era imposible que no lo traicionara.

¿Qué tal cuando Germán Arciniegas escribe, en su libro *Bolívar y la Revolución*, que le subleva la falta de fe de Bolívar en su propia obra, cuando creía que todo iba a perderse después de su muerte por su ausencia física, porque se creía esencial para que subsistiéramos? Y nosotros le replicamos que más bien lo creían esencial sus contemporáneos, precisamente Santander, ídolo de Arciniegas, cuando le decía “*Usted es como siempre el áncora de nuestras esperanzas, la tabla de nuestra salud, su presencia es absolutamente necesaria en Colombia. Lo he dicho todo*”.

El error de Bolívar, don Germán, fue hacer una verdadera revolución y orientarla en una dirección moral que sobrepasaba las posibilidades humanas de la gente de su tiempo. Entonces, se hizo esencial. No fue su culpa. Lo demuestran sus ideas, un tanto quijotescas, de querer confederar América. Su obsesión por lograr un equilibrio entre las distintas naciones, su infatigable empresa de educar, su marcha al sur, su proyecto de enviar patriotas a liberar a Cuba y Puerto Rico. Contra los hechos no se puede, don Germán, ahí está nuestra historia llena de guerras civiles; y el día que murió Bolívar —dicho por granadinos eminentes como Posada Gutiérrez, los Mosqueras, Restrepo, Herrán, Calcedo, Cuervo, Groot— murió también el ideal de Colombia.

Bolívar no podía sino pensar que Santander hablaba de buena fe.

¡Cómo entonces cada cual sobreponía su partido a la exigencia de mantener la unidad colombiana! Cada vez que recordemos los dolores de Bolívar, parecidos a los palos que recibía el Quijote, tocamos el fondo de esa demencia política, grotesca, que ha imperado en América desde que nos dejó. Gente aviesa que sabe escalar y hacerse dueña de los cargos, de los partidos, gente destructora que en nuestro medio se opone al trabajo creador.

Con la confianza que Bolívar siempre había mostrado a Santander envió a Bogotá a su edecán, el joven O'Leary —que entonces tenía, veintiséis años—. Se buscaba una salida al toro desbocado de Páez. En verdad, O'Leary era muy joven para una misión tan compleja; era de modales prudentes, muy talentoso, patriota como el que más y de una valentía a toda prueba. Sin embargo, de nuevo, no tenía el temple suficiente para empresas tan complejas, ni esa experiencia para “sorprender a los hombres en su interior”, ni para conocer la doblez de los individuos de partido a la espera del zarpazo. Iba con órdenes de verse con el Vicepresidente para que le indicara cuanto creyese necesario en la solución del conflicto. También transmitiría a Francisco todo lo que al respecto pensaba el Libertador.

Aquella sería una oportunidad preciosa de la cual el Hombre de las Leyes sacaría jugosos resultados: O'Leary iba a ser envuelto en manías legalistas y ejecutaría la misión enteramente bajos la mira del Vicepresidente.

Aquel año fueron reelectos en sus cargos Bolívar y Santander. El primero, por los males engendrados sin su aprobación o conocimiento, insistió en que su reelección era anticonstitucional.

No quiero mandar más (decía en carta oficial a Santander, 4 de junio) y ha llegado el momento de decirlo con libertad y sin ofensa a nadie. Ni la patria, ni la ley, ni el bien mismo Dios de Colombia me exigen lo contrario... Yo no he nacido para magistrado. No sé si puedo serlo... Acostumbrado al rigor y a las pasiones crueles de la guerra, su administración participa de la aspereza y de la violencia de un oficio de muerte. Tan sólo vos sois una gloriosa excepción de tan tremenda regla. Yo felicito a Colombia porque al perder a un magistrado, ya posee otro, consumado en los negocios del Estado y veterano en la táctica de las leyes. (29)

Francisco leyó aquel mensaje al Congreso y lo hizo público.

En febrero, los Estados Unidos habían declarado al mundo que su gobierno no quería la independencia de Cuba ni de Puerto Rico y que estaban satisfechos con el estado actual de aquellas islas, abiertas ahora al comercio y a las empresas de sus ciudadanos; no deseaban alteración alguna en su sistema político.

Así pues, que el panorama grandioso que se había abierto para la libertad el año anterior, parecía morir prematuramente. No sólo el mundo se negaba a escuchar las formas de una paz y seguridad duraderas bajo la confederación que había propuesto Bolívar, sino que en su propio territorio la unión era de por sí casi imposible. En Colombia, que apenas tenía pocos años de vida, se gestaba una grave conmoción civil.

Entre tanto, Guzmán seguía su marcha al norte, y Santander que ansiaba conocer detalles pedía a sus espías que lo vigilaran. Bolívar confiaba en que no vacilarían en darle los poderes necesarios para estabilizar al país; cartas iban y venían a medida que los bandos reforzaban sus posiciones.

Estaba Bogotá como en una batalla de ciegos, derribando y alzando conspiradores, cuando llegó la noticia de que Bolívar había ordenado el fusilamiento del (traidor) conde San Juan de Berindoaga. Esta medida

arrancó aplausos unánimes del Congreso y el Ejecutivo e, inmediatamente, Francisco escribió a su jefe: “Es imposible que con paliativos y providencias a medias se consoliden los Estados nuevos”. (30)

Al tiempo que Francisco aplaudía las medidas inexorables en el Perú, se comenzaba a advertir que tal vez ya era tarde para resolver las drásticas divergencias que el Congreso colombiano había provocado entre los partidos.

¿Qué podía hacerse para conciliar intereses tan opuestos? Desengañado, el Libertador escribió a Santander, el 7 de junio, precisando los siguientes asuntos:

- 1) Si a Páez lo quieren estrechar los señores del Congreso para que vaya a Bogotá y él desobedeciere, yo no tengo la culpa.
- 2) Si el ejército está descontento porque lo tratan mal y le pagan con ingratitud, yo no tengo la culpa.
- 3) Si la constitución y las leyes que ha dado el Congreso tienen arruinada a la República, yo no tengo la culpa.
- 4) Si la gente de color se levanta y acaba con todo porque el gobierno no es fuerte y la locura de todos los convida a tomar su puesto, yo no tengo la culpa.
- 5) Si a Padilla —almirante granadino, hombre de color, muy valiente— y a Páez los quieren tratar mal sin emplear una fuerza capaz de contenerlos, yo no tengo la culpa.

Y luego nosotros nos preguntamos: ¿Podía servir la Constitución de Cúcuta para frenar tanto malvado? Si Bolívar, engañado por la falsa filantropía de los legisladores, juró mantener con su propia vida aquella Constitución hasta 1831, ¿no era evidente, ya en 1826 que el medio exigía leyes inexorables? Así como en el Perú se había logrado algo con la dictadura concedida por el Congreso, era obvia también su necesidad en Colombia para apaciguar el pernicioso influjo de los caudillos.

En su soledad, en la altura donde lo había colocado su destino, se debatía en medio de grandes dudas. Actuar o no actuar, era su dilema. ¿Cuánto dependía de él en América del Sur? ¿Y quién no esperaba de él apoyo para afrontar las calamidades sociales del continente? Al mismo tiempo era el centro de los desastres porque era quien más hacía. Ya se le imputaba con malicia que no había hecho regresar las tropas llevadas al Perú —en febrero como lo había prometido—. ¿Quién iba a imaginar que el estacionamiento de aquellas tropas, que habían desterrado a España de América del Sur y consolidado la reputación militar de Colombia, llegaría a ser a la vez causa de nefastas revoluciones? Nadie se lo imaginaba, y no había razón alguna para que tales hechos sucedieran. Pero como él era quien las había llevado contra los más severos obstáculos, sobre él recaerían las responsabilidades y las desgracias de cualquier eventualidad.

Lima había sido siempre una ciudad dominada por cortesanos y hombres ambiguos. El peligro de una nueva traición —como en efecto sucedió— la percibía claramente Bolívar. Es decir, una traición con godos a la cabeza, que pudieran trastornar al Sur y la seguridad de su patria. Pero lo que no sospechó era que pudiera provenir de los mismos independentistas, que en nombre de la *Constitución* provocarían al ejército contra sus proyectos.

Por otra parte, Bolívar dedicaba la mayor parte de su tiempo en la idea de una confederación mundial. Es decir, un solo gobierno para el planeta, única forma de eliminar las guerras, la esclavitud y las servidumbres coloniales. Otros genios, como Einstein, que padecerían dos guerras mundiales, también se dieron cuenta de que sólo con una confederación de esta naturaleza podían aliviarse las tensiones entre países vecinos y reducir las funestas malas hegemónicas políticas.

Lo extraordinario de esta posición era que la hacía un guerrero que como soldado participaba de las asperezas de la violencia de un oficio de muerte. Pero quien, además, había palpado el despotismo, la vileza de los esclavos, la miseria de los pueblos ignorantes, la vida indiferente de los indios, la locura de los tiranos. No lo había propuesto Humboldt, ni Balzac, ni los poetas o estadistas que le eran contemporáneos. Bolívar no quería divagaciones legales, sino la acción en la que las leyes personificadas combatieran por los héroes y por los principios, verdaderos genios

combatiendo y gobernando a los hombres. Hombres fuertes serían los ciudadanos de un reino de inocencia y justicia.

Estos sentimientos eran una quimera. Los demonios estaban alzados con los poderes brutales de la fuerza. Tan frágil era la moral de nuestros pueblos que, viéndolo bien, ni medio millar de Sucre y Bolívares habrían detenido el desbarajuste de un continente extensamente devorado por la ignorancia y el envilecimiento.

En conclusión: sólo un hábil despotismo podía gobernarnos porque el desvarío de las *leyes sublimes* aprobadas por el Congreso enervaban los partidos y actuaban contra el orden y la paz.

La guerra y sus azotes en el Perú eran un paraíso comparado con lo que esperaba a Bolívar en Colombia.

Bolívar se devoraba en el siguiente monólogo:

Con tales mezclas físicas, con tales elementos morales, ¿cómo se pueden fundar leyes y principios en los hombres?

Está bien, que los legisladores gobiernen y combatan para llegar al bello ideal de Haití, y que los nuevos Robespierres sean los dignos magistrados de esa incoherente moral.

No es posible hacer nada bueno con simples reformas legales: ya uno está harto de leyes y de leyes parecidas en todo a la de los liberales de España: ¿dónde está el ejército de ocupación que nos ponga un orden? Guinea y más Guinea tendremos... y el dolor será que los ideólogos como los más viles y cobardes, serán los últimos que perezcan.

Nadie oirá el grito de la ley, porque la ley ha sido utilizada para exaltar a los caudillos, para encender la intriga y devorarse unos a otros...

Sólo la buena fe de los hombres que tienen en sus manos el destino de Colombia, y de quienes depende la orientación del pueblo y de sus leyes, podría hacer posible la Constitución de Bolivia en aquellas tierras. Eso es lo único que puedo ofrecer. Pudiera ser como el dictador romano Sila y retardar temporalmente la destrucción del país. Nadie me salvará del título

de tirano si pretendo rectificar el mal. Nunca me importaron los epítetos de los godos, pero qué dirá el mundo si mis propios hermanos me catalogan de ambicioso y déspota. Si añadido al cúmulo de guerras que he sufrido la desgracia de enfrentar a los bandos colombianos. No, gracias, no más sacrificios, estoy cansado de mandar, de sufrir quejas contra mí. El amor a la libertad me puso las armas en las manos y esta misma libertad me ha esforzado a seguir un oficio contrario a todos mis sentimientos...(31)

Dice todavía más:

Estoy desesperado por irme de Colombia, pero no más que por salir de Perú. Prefiero perecer de miseria a ser víctima de las pasiones y de los facciosos... Mis temores son los presagios del destino, los oráculos de la fatalidad.

No, señor Posada. No, señor Restrepo. Un hombre que pensaba así no podía estar jamás embriagado por las adulaciones, ni por vanidad alguna en el Perú. (32)

El 18 de julio llegó O'Leary a Bogotá y se presentó, inmediatamente, ante el Vicepresidente quien lo recibió muy bien. En cuanto llegó, le planteó el grave problema de la "conjura" es estos términos:

A Páez lo han dejado solo, él ha cometido una locura, es un hombre perdido. En cambio, vea usted el comportamiento de Bermúdez, fiel y constante al gobierno. La insurrección de Páez no es popular, siento mucho que el Libertador le haya dado favorable acogida a Guzmán, que es un hombre inmoral. Quiero que usted vuele a Venezuela... ¿Cuáles son las opiniones de usted sobre aquellos sucesos? Como usted está indispuerto, puede descansar algunos días, pero escriba usted a Páez, inmediatamente. ¡Qué desatinados proyectos han propuesto al Libertador! La monarquía no tiene partidarios; Urdaneta, Soublette, Bermúdez, Guerrero, Padilla, todos son republicanos. ¡Qué, después de diez y seis años volver a ser esclavos! ¡Imposible! La confederación es también impracticable.(33)

Por lo que luego sucedió, se ve cómo Santander lo inclinó en la dirección de sus propósitos. Le dio muchos consejos; O'Leary tomó algunos y otros por la evidencia de su maldad los rechazó; por ejemplo, le dijo que escribiera a Mariño, lo cual era del todo imprudente:

Yo debo (le dijo O'Leary) aparecer para con el general Páez de suma buena fe; ahora, escribir a Mariño, su partidario, le haría sospechar de ella. No he querido escribir a Páez desde Bogotá porque él pensará que sus enemigos me dirigen. (34)

Este temor de O'Leary, esta delicadeza, aún pareciendo justa, era en sí misma inútil, porque su estadía en Bogotá era una declaración fuerte contra la posición de Páez.

Y en una carta escrita por O'Leary al Libertador desde Bogotá, se percibe cómo iba arrastrado por consejos errados. Le decía un tanto alucinado que había calculado las ventajas y desventajas del resultado de los sucesos de Venezuela; que cuando él (Bolívar) regresara, podía imponer a sus amigos de sus sentimientos; que se presentara en enero al Congreso y acusara a este cuerpo de los males que había causado al país; del desprecio con que habían visto al ejército, de la gran deuda contraída, de la confusión de leyes inútiles y contradictorias, etc., etc.; que entonces así podía exigir una reforma. O'Leary se preguntaba a sí mismo en aquella carta:

¿No fue por el crimen de desobediencia que Bolívar mandó a juzgar a Piar y firmó la sentencia de la Ley? ¿Y el crimen de Páez no es de la misma naturaleza? ¿Qué, pues, castiga el mismo magistrado en (A) lo que disimula en (B)? (35)

Esta última sentencia parece sugerida por Santander. Para completar, O'Leary añade en su carta: “El Vicepresidente me dijo que de parte de V. E., desaprobaba en un todo la conducta del general Páez”.

Aquello debió provocar en Bolívar un desaliento y un temor mucho más peligroso que el desastre de la rebelión misma. ¡Un comisionado del Libertador apareciendo como la arteria de los sofistas bogotanos, los adláteres de Santander! ¡Qué enredo, Señor! Por otro lado, los “liberales” dirán que Bolívar ¡estaba apoyando la mala conducta de Páez!

La carta fue para Bolívar la revelación de que el desborde era inevitable. Se cruzó de brazos y se asomó al abismo de sus visiones.

Baralt nos dice que la situación de Colombia era verdaderamente lamentable. Que Bolívar a más de siete mil leguas de distancia lo veía todo claro: el tesoro exhausto, sus hombres prominentes divididos, las leyes esenciales no obedecidas y los partidos aupando el fuego de la discordia. “Cada pensamiento quiere ser soberano, y cada mano el bastón, y cada toga vestírsela el más turbulento”.(36)

Entretanto, como Francisco no hacía sino pensar en Guzmán, preguntaba obcecado al Libertador si era cierto lo del proyecto de una aristocracia en Colombia, y que él estaba tan desorientado que creía todos los exabruptos posibles; que quién iba a ser el emperador. Aunque eso no era tanto lo que le preocupaba, porque Bolívar podía ser de todo en política, sin rebajar a Colombia ni sus glorias —¿podía?—; quería al menos saber quiénes serían los príncipes y quién el sucesor: ¿Páez? ¿Montilla? ¿Padilla? No se atrevió a meter en la lista a Sucre, ni a Urdaneta, ni a Soublette, lo cual prueba cómo sus argumentos, aunque ciertos, pecaban de inconsistencia. Y creyendo ver fantasmas caraqueños metiéndosele en el terreno de su propio gobierno, decidió escribir a Bolívar:

Yo no imagino que usted sea capaz de entrar en tal plan, porque sería tener muy mezquina idea de toda la grandeza e inmensidad de su gloria y reputación. Por otra parte, usted me ha dicho que morirá republicano y que se irá de América antes de abrazar semejante partido.(37)

Aquel abismo de desconfianza se agravaba cada vez que recordaba a Guzmán: ¿Qué se lleva entre manos este señor? El 6 de julio, lanza su más grande ataque a la Constitución Boliviana. No lo dice directamente, pero le escribe a Bolívar que no quiere nada vitalicio y que quiere ser ciudadano de un país, donde las leyes tengan vigor por su propia fuerza.

A él no le interesaba que la Constitución Boliviana consolidara la paz y asegurara los triunfos de la Independencia. No, eso le tenía sin cuidado; lo que más le amargaba era que Guzmán —y no él— estuviera asumiendo el papel de apologista del fastidioso código.

Esta actitud impresionó mucho a Bolívar; no conocía los límites de la debilidad de aquel hombre en momentos tan críticos para el gobierno. ¿Cómo se atrevía a imaginar que él pudiera coronarse emperador a espaldas del pueblo? Y fue así como le contestó en términos duros, y le

dijo que era una irresponsabilidad gravísima el haberle escrito con ese lenguaje porque la carta pudo haberse extraviado y comprometerlo entre sus verdaderos amigos y de un modo irreparable.

Pero Francisco, neurótico, no escuchaba razones. Atormentado por extraños celos, viendo peligros en todas partes, acuciado por la tormenta de sus propias imprudencias, dijo cosas más hirientes todavía. Bolívar había decidido ya su regreso a Colombia, y en agosto abandonó Lima. Ya empaquetado y listo para partir escribió a Pedro Briceño Méndez, diciéndole que se habría marchado mucho antes si lo hubieran llamado de Colombia, “pero el general Santander, lejos de decirme nada malo de allá me ha pintado la situación interna de la República en el estado más brillante.”

A medida que se acercaba a Guayaquil, un raro desconsuelo dominaba su alma. Era como si se acercara al patíbulo y contemplara las cenizas de un monumento que hacía cuatro años era un proyecto fastuoso, afianzado sobre las mejores propuestas de los mejores hombres de América.

Se iba convenciendo de que con las leyes de la Constitución de Cúcuta no podía hacerse ya nada contra Páez. Podía castigarse tal vez la rebelión, pero los partidos no cesarían y las alarmas se multiplicarían entre los pueblos; comenzaba a llamársele el *Napoleón llegado de Egipto*. Concibió en aquellos días una carta en la que dijo al Vicepresidente que si la nación lo autorizaba para afrontar la crisis, él tal vez podía resolverlo todo.

Aquellos “liberales” que llamaban a Bolívar el Napoleón llegado de Egipto, hacían una rara comparación. No conocían la historia de Francia ni sabían vivir con dignidad el importante papel que exigía el presente. El Libertador podía regresar del Perú y decir como Napoleón:

¿Qué habéis hecho de aquella Colombia que dejé en tan floreciente estado? Había dejado la paz entre americanos y ahora encuentro la guerra civil. Había dejado la gloria de mis triunfos y ahora encuentro odio y disensiones por todas partes. Había dejado un gobierno fuerte y hoy sólo se oyen clamores y quejas; un pueblo obediente a su ejército que hoy pretende desconocerle con leyes expoliadoras y la miseria. ¿Qué ha sido de los generales inminentes que triunfaron en Carabobo y a los cuales debéis vuestra

dignidad, vuestras vidas? ¡Oh Señor, lo han trastocado todo con vuestras locuras y aún queréis que defienda al país con una constitución que cruje por todas partes!

Era justo compararle con Napoleón en aquellas circunstancias, pero ¡tontos!, querían hacerlo aparecer como un ogro militar que se imponía por la fuerza.

Al igual que en Francia, la desorganización del Gobierno colombiano era peligrosa. Los partidos estaban enervados; los pueblos en estado de efervescencia porque carecían de todo, principalmente de leyes justas; la República amenazada por una grave guerra civil y en medio de la desgracia de una posible invasión extranjera —dirigida por la Santa Alianza. Ante tamaña calamidad, ningún partido podía tomar las riendas del Estado; ningún civil podía hacerlo. Hacía falta una fuerza gloriosa y así como en 1799 Francia pensaba en Napoleón, Colombia, fatigada, herida y moribunda, en medio de las pasiones y los clamores de guerra interior, pedía una espada y una cabeza. Buscaba un verdadero hombre, y todas las mentes se fijaban en Bolívar.

Fatalmente, Bolívar no tenía la juventud ni las esperanzas de aquel Napoleón llegado de Egipto, e iba a dudar ante los gritos: ¡*Tiranía no!* ¡*Viva la Constitución!* Cuando ni siquiera Francia con la pléyade de genios que levantaron una República gloriosa, pudo resistirse al imperio militar para imponer orden, Colombia podía mucho menos resistirse a esta necesidad en medio de una perpetua lucha interna; en medio del horrible residuo de un sistema político que sólo había dejado muerte e ignorancia. La lucha contra el antiguo orden exigía este poder, pero esta lucha tenía inevitablemente que coartar la libertad, condicionar las leyes que propendían al escándalo y a la anarquía. Una dictadura era inaplazable, los “liberales” no la quisieron y luego habrían de imponerla del modo más espantoso. Buscando la libertad hemos erigido los sistemas más horribles... y después de siglo y medio aún la buscamos, pero pensando siempre en Bolívar.

En todo el trayecto desde Guayaquil hasta Bogotá iba el Libertador a escuchar las órdenes del partido de Santander: ¡Constitución! ¡Cuántas veces no pasaría por su mente responder a aquellas tonterías, como lo hizo Napoleón en el 79?:

Queréis que os hable de Constitución cuando la habéis destruido con vuestras locuras, con la impolítica medida contra Páez. La constitución no resistiría por mucho tiempo la acometida de los partidos, pero vosotros la queréis para medrar y haceros importantes a fuerza de la sangre y del crimen. La Constitución no existe, señores.

Pero Bolívar no dijo aquello. Estaba cansado; se había hecho versátil a fuerza de dudar en medio del pandemónium de los abogados del Congreso, y fue así como triunfó la república de los padres ideológicos de don Germán Arciniegas: la República del estado de sitio que es Colombia.

La siguiente observación de Groot es fundamental:

El Libertador en presencia de tantos males y males de carácter incurable por las vías ordinarias, él a quien tanto le había costado la República; él, que tenía ojo tan perspicaz para conocer la extensión y la gravedad del mal ¿cometería un delito, atentaría contra su patria al proponer los medios que creía conveniente para salvarla? ¿Debería quedarse como simple espectador del incendio? ¿Debería echar mano del ejército para mantener la Constitución de Cúcuta, por cuatro años más a fuerza de sangre y exterminio de los pueblos? ¿Cuál sería pues el partido que debería tomar sino aquel que exigían las circunstancias? Pero había en aquel tiempo una clase de fanáticos liberales que por no faltar a la Constitución, anticipando la reforma política, preferían arruinar al país inundándolo en sangre como si la República se hubiera hecho para la Constitución y no la Constitución para la República. (38)

NOTAS

1. R. Cortázar, *Santander, cartas y mensajes*, 6 de mayo de 1825.
2. Ut supra.
3. Simón Bolívar, *Obras completas*.
4. J. M. Restrepo, *Memorias*.
5. Ut supra.
6. Editorial América Nueva, México, 1959.
7. José Páez, *Autobiografía*, Tomo I, p. 337.
8. O'Leary, *Memorias*, Vol. III.
9. Pilar Moreno de Ángel (1990) *Santander*. Editorial Planeta, Bogotá.
10. Véase, *Memorias*, de Joaquín Posada Gutiérrez.
11. J. M. Groot, Vol. III, p. 326.
12. J. M. Groot, Vol. III, p. 326.
13. Ricardo Palma, el famoso escritor de las *Tradiciones peruanas* y detractor gratuito del Libertador, era gran admirador del Dr. Rodríguez de Francia.
14. R Cortázar, *Santander, cartas y mensajes*.
15. Ut supra.
16. Simón Bolívar, *Obras completas*.
17. R Cortázar, *Santander, cartas y mensajes*.
18. O'Leary, *Memorias*. Vol. III, p. 156.
19. Simón Bolívar, *Obras completas*. 20. Hay que tener en cuenta también que Salvador de Madariaga trabajó para la CIA, a través del Congreso de Líderes de la Cultura. Sin duda que uno de los encargos de la CIA para Madariaga fue desprestigiar de todas las maneras posibles la obra del Libertador, lo que en cierto modo consiguió en Europa y EEUU.
21. Hay un detalle realmente significativo y es que Páez en su autobiografía no le dedica ni una sola línea a la tan comentada y escandalosa comisión de Guzmán.
22. O'Leary, *Memorias*, Vol. III.
23. Ut supra.
24. Pilar Moreno de Ángel (1990) *Santander*. Editorial Planeta, Bogotá, p. 370.

25. Simón Bolívar, *Obras completas*. Sobre la Constitución Boliviana recomendamos al lector consultar Memorias histórico-políticas del general Joaquín Posada Gutiérrez.
26. Sobre la Constitución Boliviana recomendamos al lector consultar Memorias histórico-políticas del general Joaquín Posada Gutiérrez.
27. R. Cortázar, Correspondencia dirigida al general Santander.
28. Ut supra.
29. Simón Bolívar, *Obras completas*.
30. R. Cortázar, *Correspondencia dirigida al general Santander*. Carta de Santander del 9 de junio.
31. Simón Bolívar, *Obras completas*.
32. Extraído de *Obras completas* de Simón Bolívar. Gráfica Moderna.
33. Simón Bolívar, *Obras completas*.
34. Sería injusto hacer capítulo de cargos a los hombres sinceros demócrata liberales que vieron un peligro en Bolívar cuando ofreció ese proyecto de Constitución (de Bolivia). Pero conviene decir —siglo y medio después de aquellos sucesos— que tal Constitución, hubiera dado carácter legal con la ventaja de organizar ciertas libertades esenciales, a un estado de cosas que fue la negación de la libertad que produjo el fenómeno de las constituciones más libres y los gobiernos más despóticos. En verdad la historia de América del Sur trae a la memoria la frase de Bolívar: “La independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás”. El Dr. Gil Fournoul dice refiriéndose a la Constitución Boliviana y a otros proyectos parecidos del Libertador: que con “el autoritarismo paternal de Bolívar se hubiera sustituido al régimen español y que era en realidad, la única transición razonable entre la Colonia y la República”. Análisis de J. L. Busaniche.
35. O’Leary, *Memorias*.
36. Simón Bolívar, *Obras completas*.
37. R. Cortázar, *Correspondencia dirigida al general Santander*. Carta de Santander del 9 de junio.
38. Op. cit., Vol. II, p. 426.

LAS LÁGRIMAS DE LA PAZ

Joaquín Posada Gutiérrez sostiene que Bolívar cuando arribó a Guayaquil conocía vagamente cuanto pasaba en Bogotá y Caracas. No sabía muy bien lo que le esperaba. Ya en Guayaquil, Leocadio Guzmán había dejado ardiendo la ciudad en deseos de reformas, y Bolívar palpaba de cerca los desastres de la administración de Santander. Este, entre tanto, seguía devorándose en sus propias angustias. No le quedaba otro camino sino defender a sangre y fuego el partido de la Constitución de Cúcuta: se había ocupado demasiado en sí mismo, olvidando calamidades que abrumaban a los pueblos; había concentrado sus energías en despojar a Bolívar de las facultades extraordinarias y ahora, tardíamente, se enteraba de que la obsesión de sus leyes no era la garantía para consolidar la República. Bolívar, definitivamente, se iba a dar cuenta de que su pupilo, con sus leyes, no había hecho nada en Quito ni en Guayaquil y que su elocuencia sobre los códigos no eran más que pretextos para hacerse propaganda y mentir. Ante el horror de esta evidencia, Santander se confiesa:

Al entrar a Colombia recuerde el estado en que la dejó el año de 1821 y compare con el actual, después de cinco años de mi gobierno, vea los monumentos actuales que existen en prueba de sus adelantamientos y consulte a los pueblos si los males que sufren provienen directa o indirectamente del Vicepresidente o si son efectos de la infancia de ella misma, de la prolongada guerra que hemos sufrido, de las preocupaciones que supo arraigar el enemigo, de la falta de recursos pecuniarios y de la inexperiencia de todos los que tenemos parte en la administración pública. (1)

¡Para eso sí era audaz! Decir que la culpa no era de él, sino de la juventud de los pueblos, de su inexperiencia, pero cuando impulsó al Congreso para despojar al Libertador de las facultades extraordinarias durante los primeros años de la Campaña del Sur, para eso jamás se detuvo a considerar la inexperiencia de los pueblos y la incapacidad para administrarse a sí mismos y saber sobrellevar con prudencia los males de la guerra y las conjuras, ni conocer los alcances de la justicia o las cláusulas menores del Estado.

Pero lo que Bolívar encontraría en Guayaquil y sus alrededores lo prepararía para otras visiones más crueles todavía. En una palabra, el gobierno no había hecho por la salud del pueblo más que nombrar funcionarios incapaces.

No veo por todas partes sino disgustos y miseria (le dirá Bolívar). El Sur de Colombia me ha recibido con ostentación y con júbilo, pero sus arengas son llantos; sus palabras, suspiros; todos se quejan de todo: parece que es un coro de lamentaciones como pudiera haberlo en el Purgatorio. Me aseguran estos habitantes que la contribución directa los arruina, porque no es general sino parcial y porque los indios ya no trabajan, no teniendo contribución que pagar. Mientras tanto la tropa y los empleados están miserables y a la desesperación. No sé cómo no se han levantado todos estos pueblos y soldados al considerar que sus males no vienen de la guerra, sino de las leyes absurdas. (2)

Todos (seguiré diciendo) piden una reforma de empleados inútiles y aún perjudiciales. ¿Creerá usted que los principales habitantes de Guayaquil, Riobamba y de Ibarra juzgan absurda la creación de estas provincias y de la corte de justicia de Guayaquil? Pues así es, y yo también lo digo. Lo mismo digo de la rebaja de derechos marítimos y de otras cosas podría decir otro tanto.(3)

A su paso el pueblo no hará sino aclamar a Bolívar y considerarlo el milagro que lo resolverá todo. Pobres, tullidos y mutilados lo verán con imploración; en silenciosa desolación, rogando misericordia, alguna ayuda.

Al mismo tiempo, cundían los farsantes apoyados en el escándalo de las desgracias públicas; buscaban el momento oportuno para abusar del privilegio que irradiaba en ellos el Libertador. Tal vez los patriotas más desinteresados lo miraban de lejos, adoloridos de la imposibilidad de hacer algo por él, de sacarlo del mare mágnum fatal que veían caerle encima. No exigían nada de él porque sabían que el pobre estaba sometido a las inclementes quejas de un terremoto político, imposible de predecir o contener. El país iba siendo dominado por la turba demagógica de los partidos.

Pedía, el pueblo, a Bolívar, que se declarara dictador. Que se adelantaran los planes de la Gran Convención y se proclamara en Colombia, de una vez, la Constitución Boliviana. Todo aquello lo veía el Libertador como el deseo desinteresado para buscar la ansiada tranquilidad. Uno no sabe qué pensaba porque él mismo no sabía cómo actuar.

La desgracia de Quito no era menor que la de Guayaquil, y la municipalidad había enviado al Libertador un documento donde enumeraba los males que aquejaban a la provincia. Decían en él, que los ciudadanos sufrían leyes prohibitivas y depresivas; el sistema de hacienda era una calamidad; las rentas nada producían y la tropa sin paga cometía hurtos y rapiña que exasperaban al pueblo y a la industria fabril, la esperanza económica del Sur.

Resolvieron, en la desesperación de sus problemas, que el Libertador se perpetuara en el gobierno supremo, bien fuese como presidente vitalicio o “como bien él así lo considerase”. En otro documento añadían:

Debemos a usted inmensos bienes, libertad, patria y gloria, pero nos atrevemos a exigir más del hombre que no demanda recompensas: un gobierno estable y un reposo firme que no puedan destruir ni el tiempo ni las revoluciones.(4)

La efervescencia crecía en Quito contra el Gobierno bogotano y en Guayaquil grupos fanáticos gritaban: “¡Muera el Congreso!”, “¡Viva la Federación!”. Otra confusión que pretendía rectificar la anterior.

Bolívar comprobaba lo que pocos días antes había escrito a Páez:

Un inmenso volcán está en nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos, sino físicos y hasta verdaderos... estábamos como por milagro sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyadas una de otra y en una calma que parece verdadera pero instantánea. No era este punto dado, las olas, Venezuela y Cundinamarca... Ya no habrá más calma, ni más olas, ni más punto de reunión, que forme esta prodigiosa calma.(5)

Pero esperar que el máximo jefe llanero entendiera estas afirmaciones era pedirle demasiado. Páez parecía todavía recordar sus andanzas por

el Apure, ese vértigo de sangre y fuego en el que había vivido más de diez años.

Santander, viendo borrascas en Quito y Guayaquil, corrió otra vez a guarecerse en la Constitución de Cúcuta. Hablaba de renunciar, de sostener este Código con su sangre. Tales temores lo llevarán al absurdo de dar órdenes al Istmo y a Cartagena para no permitir el paso a Venezuela de ningún comisionado, fuera éste enviado o no por el propio Bolívar. Esta medida, abiertamente arbitraria y contradictoria, pues mientras pedía al Libertador su influjo para dominar las pasiones, ahora pretendía cerrarle el paso con tretas legales. Tal vez creía que las órdenes del Libertador podían llevar alguna clase de perdón o reconciliación a los enemigos del Congreso. Santander decía en público que temblaba de sólo oír las palabras guerra civil.

Pero dejó correr el peligro para ejercitar sus leyes. Eso lo prueban sus vacilaciones, sus escritos hirientes a Páez, anónimos por demás; recientemente, había hecho pública una carta enviada por él a Páez donde se pintaba muy generoso y al llanero, por supuesto, lo dejaba mal parado, lleno de irreverencia y rabia. Para colmo, apertrechándose en sus códigos, amenazaba al Libertador: “El ejecutivo no tiene poder para impedir el mal de una ley, y es preciso sufrirla, sea buena o mala”. (6)

Éste era el lenguaje del “Hombre de las Leyes”. El 19 de julio añadía:

Usted no debería venir al gobierno, porque este gobierno rodeado de tantas leyes, amarradas las manos y envuelto en mil dificultades, expondría a usted a muchos disgustos y le granjearía enemigos. (7)

En líneas anteriores dice que hay que cumplir las leyes sean buenas o malas y en el párrafo siguiente acepta que no se puede gobernar con ellas. Si no existía una inclinación natural para obedecer las leyes, había que imponerlas de un modo inexorable, invistiendo al Libertador, el más respetado por los pueblos, de una autoridad suprema, dictatorial. Es cierto lo del peligro de concentrar el poder en un solo hombre, pero entonces era inevitable, lo demás se ve claramente, era socarronería legalista. Esto, aunque lo comprendía Santander, no lo aceptaba porque iba contra los intereses de su partido. (8)

No era solamente esto lo que perdía a Colombia, sino además el mismo ímpetu de venganza, el frenesí que Santander mostraba contra sus enemigos. El lector recordará los ardidés, la insistencia torturante con que atacó a Zea y a Nariño y hasta que no murieron y los vio enterrados, lapidados, no dejó de atacarlos públicamente. Lo mismo hacía entonces con Páez:

No he querido acabar de perder a Páez (pretendía amenazar a Bolívar en la misma carta del 19), en el concepto público, publicando su carta a usted sobre monarquía... (¡Esto era lo último!, pues Bolívar en acto de confianza se la había enviado y le rogaba no mostrársela a nadie, y añadió) ... por dos motivos: primero, por no agriar más las cosas y cerrar la puerta a la reconciliación y, segundo, por no causar a usted alguna incomodidad. Pero sí he difundido que Páez es monarquista. Porque de este modo se podría disminuir su partido y acrecentar el del Gobierno.(9)

Mientras tanto O'Leary, el comisionado de Bolívar, estaba a punto de entrevistarse con Páez. Hemos dicho que Francisco había atrapado a este joven en los sutiles enredos de sus subterfugios constitucionales y salió medio alucinado de Bogotá, olvidándose por completo de lo que Bolívar le había aconsejado.

Le diré (escribía con orgullo Santander a Bolívar, el 21 de julio) que la comisión de O'Leary ha ido en el sentido de las leyes, porque nunca he imaginado que usted sea capaz de tolerar tan enorme escándalo y, mucho menos, cuando los departamentos de la antigua Venezuela se han pronunciado por la Constitución.(10)

Los pueblos no tenían nada que ver con la Constitución y, a decir verdad, ni los propios legisladores la conocían bien. Si aún se sabe poco de códigos entre la gente culta de los pueblos actuales, ¿quiénes los iban a conocer entonces si casi nadie sabía leer y menos cuando los pobres habitantes acababan de salir de una esclavitud de más de tres siglos? “¡Bolívar!” Era lo único que se oía de extremo a extremo de Venezuela. ¡Bolívar! Era la espada esgrimida contra los males. Si los pueblos no se habían decidido por Páez, era porque sabían que el Libertador no estaba de acuerdo con las ideas y procedimientos del llanero, de otro modo habría habido guerra, y tanto los legisladores como el Vicepresidente habrían tenido que correr a las islas vecinas.

A principios de octubre, regresaba O'Leary a Bogotá con el sentimiento amargo de la derrota, de la humillación. El "Catire" Páez, sordo y tosco, le trató con indiferencia y recelo. Cuando llegó a Valencia, supo que Páez estaba en la guarida de sus reservas mortales: la guerrilla llanera. Hasta allá fue O'Leary. En Achaguas, vieja capital apureña, lo encontró tocando el violín, sentado en un taburete, deleitándose con música.

La resolución y valentía natural del "Catire" le había abierto los sentidos hacia formas refinadas de arte, aunque O'Leary dice que le recordó a Nerón tocando el laúd mientras Roma ardía. Dicen que Páez parecía agitado como previendo oscuros huracanes soplando todos desde el horizonte granadino. No dudaba que su única esperanza era el Libertador, si éste le negaba el perdón, él sería hombre perdido; parece que no descartó la posibilidad que aquél le perdonara. ¿Cómo podía Bolívar olvidar al venezolano más fogoso, al que cuando Morillo llegó triunfante, surgió como el último recurso de la patria y dio aliento y fe a la moribunda causa? ¿Cómo podía castigar al brazo imponente de la Batalla de Carabobo, exterminador de los godos en el fuerte de Puerto Cabello; al terror de Calzada, Morales y de las fuerzas enemigas que rondaban nuestras costas? ¿Cómo eliminarlo a él que ofrecía su vida para libertar Cuba y Puerto Rico? Páez, sin duda, estaba muy lejos de parecerse a Piar porque, entonces, sonaba mucho un estribillo que decía:

Por gran insubordinado
fue el bravo Piar fusilado y Páez, según se ve,
va a completar la otra

El 8 de octubre, O'Leary triste y desesperado por no haber cumplido satisfactoriamente su misión expresaba al Libertador un sentimiento del todo impotente:

Si V. E. quiere saber mi opinión respecto al general Páez, le diré que es un hombre inmoral, malicioso, insidioso, indigno de la protección de V. E.; tiene la necedad de suponer que goza de más prestigio en Venezuela que V. E.; me encargó dijera a V. E. que si V. E. quiere ir para allá, él cooperará con V. E. (11)

Parecía Francisco cogido por múltiples frentes. A Páez lo imaginaba, en Cúcuta, a Bolívar en Guayaquil y para completar el embrollo, don Antonio José Caro, el esposo de su Nica, llegaba a Cartagena. Esto último era el colmo de los colmos. El viernes 10 de febrero de 1826, recibió información de que don Antonio, enfermo, desesperaba por estar cuanto antes en Bogotá. Al parecer había adelantado su regreso, porque Francisco lo esperaba para fines del año 26 o a principios del 27. La noche del viernes cuando recibió tan mala noticia, impartió órdenes a dos oficiales de baja graduación, que de inmediato salieron hacia Cartagena. En un trozo de carta, salvada de mil penalidades y llegada muy tarde, decía don Antonio a doña Nicolasa que cuando tomó el barco que lo llevaba a Londres ansiaba que la nave se hundiera. Que era tal el desprendimiento que sentía por todo, que fuerzas le faltaban para echarse al mar.

LAS ACTAS DE GUAYAQUIL

*¿Qué es lo extraordinario de aquellos ojos?
¿Qué se refleja en ellos de tristeza oscura
y de luminoso orgullo?*

André Breton

Revisemos un poco el caldeado tema de las Actas de Guayaquil. Recién llegado Guzmán a esta ciudad encontró un estado de consternación general y un poco más allá, en Quito, una sedición militar que por poco saquea e incendia la ciudad, pero el general Juan José Flores consiguió controlar la situación. La causa era no habersele abonado la paga al ejército. Fueron días de confusión ante la perspectiva de que el Libertador no sólo renunciaría a la presidencia, sino que abandonaría el país.

A las noticias de su pronta llegada, un gran número de personas se reunieron en cabildo abierto el 28 de agosto de 1826 y en el acta levantada pedían se instituyera la Gran Convención y se adoptara de una vez la Constitución Boliviana.

En aquellas peticiones populares, no hubo ninguna coacción, ni escándalos que amenazaran a las instituciones establecidas. Por el contrario, reinaba la armonía, la fraternidad y los deseos de hallar una solución al caos; pobres y ricos, civiles y militares hablaban de la necesidad de cambiar o reformar el estado de cosas. Tomás Cipriano Mosquera fue el conducto de aquellas quejas y preocupaciones, y en el cabildo leyó el siguiente párrafo de una declaración oficial de su intendencia:

Yo he confesado y confesaré siempre a la luz del mundo entero que éste ha sido el puerto de salvamento, que hemos encontrado en la presente crisis de un naufragio político y que el triunfo de las opiniones del Libertador sobre que ansiaba diferentes reformas es el día primero de su vida. El código presentado a Bolivia es el resumen de nuestros deseos y la anticipación de

solicitar reformas antes del año 31 es un aforismo político para la opinión de estos pueblos. (12)

Las Actas de Guayaquil, pidiendo poderes y leyes supremas para el Libertador, despertaron sentimientos iguales en los pueblos vecinos. Quito hizo más o menos lo mismo confiéndole la dictadura a Bolívar y exigiendo para ellos el Código Boliviano.

En la mañana del 12 de septiembre, llegó a Guayaquil el bergantín *Congreso* —¡Vaya que ironía!— donde regresaba el Libertador después de tres años de lucha y triunfos formidables. El entusiasmo era general y el pueblo llenó las calles con el dulce nombre de “*Bolívar, Libertador Padre, Salvador de América, hombre inmortal, El Supremo*, etc.” La gente se acercaba al puerto con lágrimas de gozo, con risa, sobrecogidos de asombro. Tales ansiedades inefables tenían el reverso del sino fatídico que precede a penosas melancolías.

Sin embargo, Bolívar seguía siendo solitario e incomprendido entre quienes tenían el poder para dirigir la nación. Era un predestinado y un enfermo de una idea fija: la unidad de su país. No podía ya cambiar nada. En realidad, la inercia del pasado seguía pesando tanto como la maldición del coloniaje español; sólo podía encontrar regocijo en que, con su obra, los pueblos pudieran hablar y sentir más libremente, sin la amenaza del tirano, sin el peligro del cadalso o la servidumbre bajo el poder extranjero. Eso dábale algún consuelo. Pero, aún así, algo pesado y muerto había en el fondo de su fe.

A bordo del *Congreso* se presentaron grupos que pedían reformas, entre ellos, por supuesto, el intendente T. C. Mosquera. Fue entonces cuando el Libertador se informó detalladamente de los males que habían producido en Colombia las instituciones y una administración inexperta y corrompida. Por primera vez, se le dio a entender que el general Santander, alucinado por el poder y devorado por la codicia, era más fiel a sus propios intereses que a la mano bienhechora que le había elevado a puestos eminentes. Bolívar se sintió herido por estas revelaciones, pero cerró los oídos a las insinuaciones del odio y de la ingratitud y sólo pensó en aliviar los agravios públicos.

Y al salir del bergantín regala al pueblo con expresiones de entrega desinteresada a la causa de la unión y de la libertad:

Yo no he querido saber quién ha faltado, más no he olvidado jamás que sois mis hermanos de sangre y mis compañeros de armas... En nuestra contienda no hay más que un culpable; yo lo soy. No he venido a tiempo. Yo me presento para víctima de vuestro sacrificio: descargad sobre mí vuestros golpes; me serán gratos si satisfacen vuestros enconos... No haya más Venezuela. No haya más Cundinamarca, todos seamos colombianos o la muerte cubrirá los desiertos que deje la anarquía.(13)

Estaba convencido Bolívar de que la dictadura, recurso político doloroso, era lo único acertado para contener los males de las facciones. Sin embargo, no la aceptó por intermedio de aquellas actas, sino por el contrario restableció el orden constitucional. Los legisladores de Bogotá procuraban su propio bienestar personal y partidista, sacando buenos empleos y arruinando los empréstitos de la nación. Había llegado la inmoralidad a tal estado que el propio Santander confesó al Libertador que, de la pérdida millonaria del empréstito hecho por Arrubla y Montoya, él sólo había conseguido un uniforme y una montura de caballo.

¡Qué buena era la Vicepresidencia —como Bolívar una vez se lo dijo—, con veinte mil pesos de renta y sin el peligro de perder una batalla, de morir en ella, ni ser prisionero, o pasar por inepto o cobarde, como le sucede a un general del ejército!

En Guayaquil, Bolívar hizo las mejoras que pudo; verdad era que no se detenía a esperar las órdenes del Congreso para proceder y hacer el bien; no estaba dispuesto a perderse en mamotretos inútiles y decía:

Tengo mil veces más fe en el pueblo que en sus magistrados. El instinto es un consejero leal, en tanto que la pedantería de los demagogos es un aire mefítico que ahoga los buenos sentimientos.

Alivió las miserias de la guarnición, dio consejos a ricos y pobres sobre la distribución del trabajo, envió dinero a Quito que se encontraba arruinado. Seis días estuvo en aquella ciudad, y sus habitantes, aunque no consiguieron todo lo que pedían ni lo conseguirían con el mismo

Cristo, se sintieron reconfortados por el ánimo con que se les había atendido. Allí Bolívar concedió el grado de coronel a T. C. Mosquera y otorgó otros ascensos. Esto fue criticado por los constitucionalistas, y ciertos historiadores aseguraron que él no estaba facultado para ello, puesto que, todavía el Congreso no lo había revestido con la primera magistratura. Sin embargo, no dijeron nada de los grandes bienes realizados por encima del agrio escozor de los reglamentos. En fin, aquello podía ser un error, pero Bolívar era así, impaciente por ser generoso, la legalidad que exigía el Congreso le parecía una farsa, atendida como lo estaba entonces a la intriga de partidos.(14)

Camino de la ciudad de Quito, Bolívar se preguntaba:

¿Qué debo yo hacer? ¿Y qué debe hacer Colombia? Yo por servir a la patria debería destruir el magnífico edificio de las leyes y el romance ideal de nuestras utopías. Colombia no puede hacer otra cosa, fallida como está, sino disolver la sociedad con que ha engañado al mundo y darse por insolvente... Una dictadura quiere el Sur y, a decir verdad, puede servir de algo por un año, pero esta dictadura no será más que una moratoria para la bancarota, último resultado hacia donde tiende este caos... No sé qué hacer en este negocio, semejante a la llaga del amigo de Teseo, que la irritaban cuantos remedios le ponían. Esta llaga cubre a toda la República. He combatido por dar la libertad a Colombia, la he reunido para que se defendiese con más fuerza, ahora no quiero que me inculpen y me vituperen leyes absurdas, que estoy cansado de servir contra mi voluntad... Un Congreso de animales habría sido, como el de Casti, más sabio.(15)

Estas ideas las transmitió desde Ibarra al Vicepresidente.

Mientras esto sucedía en el sur, Santander ensayaba una guerra psicológica entre sus conciudadanos, cuyos ecos llegaban ya al propio Bolívar. Confesaba a los fieles y partidarios del Libertador que no dormía de contento por la proximidad del Sol de Colombia, la verdad era otra: veía perdida su carrera política y en peligro su ambición. Eso se traslucía en los artículos que seguía escribiendo contra Páez y sus secuaces. Lo hacía a través del periódico *La Bandera*. Dice Restrepo:

Herido continuamente, el general Santander en su reputación había momentos en que, arrastrado por su genio ardiente e irascible, perdía la

calma, tan necesaria para un hombre de Estado. Contestaba con acrimonia en la Gaceta Oficial y en otros papeles, sin escuchar los consejos que le daban sus secretarios, de que absolutamente no convenía tomarse el carácter de escritor, ejerciendo la primera magistratura.

Francisco no estuvo en aquella época seguro de las consecuencias de aquel desbarajuste político. No previó la voráGINE de las guerritas de partidos. Tuvo momentos de crisis nerviosas, que le llevaron de pronto al deseo de desprenderse de todo y correr a Europa. Aturdido, presentó dos veces un proyecto de decreto al Consejo de Gobierno, disponiendo que el presidente del senado, Jerónimo Torres, se encargara del poder Ejecutivo. Aunque estaba arreglado de acuerdo con la Constitución, esta tentativa fue rechazada por sus amigos por considerarla peligrosa para la estabilidad nacional.

Pero otras veces se regocijaba de la turbulencia provocada en Colombia, porque según su filosofía, no se sabe hasta cuándo un gobierno es fuerte y estable, si no se somete a una dura prueba de rebelión; que en la prosperidad todo silencio y acato a las leyes parece mentira; que verdaderamente el pueblo está por un sistema de gobierno cuando es capaz de superar una crisis similar a la que entonces sacudía a Colombia; que esta era la manera de saber si los magistrados estaban aborrecidos o si los pueblos querían o no conmociones; que seguía convencido de que Venezuela estaba enteramente inclinada por la Constitución.

Acomodaba siempre sus negocios de acuerdo con sus argucias de partido, porque había dado instrucciones a algunas cuadrillas de jóvenes para que, en cuanto el Libertador entrara a la capital, se gritaran vivas al Congreso y muerte a la dictadura. Al mismo tiempo daba órdenes para que se arreglara la quinta donde se alojaría Bolívar y llevaba al respecto unas cuentas minuciosas de lo que gastaba. No escatimó nada para hacerle sentir estas incomodidades a Bolívar. En una carta le dice haber hecho fastuosos gastos en su decoración. Le preguntaba que si se podía descontar aquellos trabajos de sus sueldos atrasados. No sólo eso, sino también que en el arreglo de la quinta le había prestado gran ayuda Arrubla —el acusado de fraude a la República—. Es como si con esto buscara alguna forma de perdón para aquel íntimo amigo a quien debía favores. Le ruega en sus últimas cartas que se apresure: “Venga, por Dios, pronto. Su presencia es como el sol en un día oscuro”. ¿Sólo oscuro?

Sobre las peticiones de tipo político hechas en Venezuela, Quito, Guayaquil, decía Francisco que algunos exigían federación, otros centralismo, o Constitución boliviana, o monarquía, pero que él no veía un medio legal de reformar la Constitución antes del año 31. Para defenderse de sus propios absurdos le escribía a Bolívar: “Usted dirá que ya estoy yo como Mirabeau gritando: ¡Qué se pierda la nación y se salven los principios! No, no grito yo esto. Salvemos los principios para que se salve la nación”.(16)

Su posición contra el sistema federal era más radical aún. Tenía la convicción de que era imposible vivir unidos bajo tal régimen; según él, cada año habría una conmoción en Quito o Venezuela, y no valdría la pena apaciguarla por las armas porque se encendería una guerra de pasiones locales incontrolables. Que la confederación era impracticable porque Cumaná, Maracaibo y Barinas tenían rivalidad con Caracas; Cartagena y el Istmo con Bogotá, Cuenca y Guayaquil con Quito; confederar Estados numerosos, y por consiguiente pequeños, no era otra cosa para él que entregar la República a los godos.

Escribía a los moderados diciéndoles que Bolívar aprobaba los desenfrenos de las juntas populares y los escándalos de Venezuela; que él en calidad de Vicepresidente no debía tener otra opinión que la expresada en los artículos de la Constitución.

Era claro que buscaba radicalizar al Libertador contra los reformistas e insurgentes. Debemos decir, sin embargo, que desgraciadamente, aquellas insinuaciones péfidas y continuadas tuvieron efecto en Bolívar, porque le hicieron vacilar en el propósito de iniciar una severa rectificación política de tal estado de cosas. Por otro lado, estas peticiones que eran de por sí sanas, llenas del deseo de unificar a la nación y resolver la crisis económica, estaban respaldadas por funestos demagogos. Bolívar creía que era peligroso destruir el edificio de las leyes, no porque fueran mejores sus principios, que de nada servían a un pueblo tan heterogéneo y sufrido, sino, y sobre todo, porque creía que en los consejos de su amigo, el Vicepresidente, podía haber una salida prudente y eficaz para salvar las diferencias y el peligro de guerra civil, pero por otro lado Francisco lo ponía en una disyuntiva:

La posición de usted es muy peligrosa hoy. Puedo afirmar que la conducta que haya de observar va a decidir su suerte como hombre político. En estas luchas de reformas, de las aspiraciones, del descontento contra el respeto debido a las Leyes y al Gobierno Nacional tiene usted que meditar mucho la línea de sus ulteriores proceder. (17)

Un chantaje brutal porque, después de haber conducido el país a un clima de insostenible peligrosidad, le pedía ahora mucho tacto, suavidad: que se inmolará por ellos. En realidad esto parece responder a alguna trágica ley de la naturaleza. Ya Bolívar no estaba en su terreno, el de las grandes batallas del espíritu, allí donde él pudiera alzar sus facultades a la altura del gigante de la adversidad. La pelea era ahora en un lugar fangoso, intransitable, poblado de enanos irreverentes, maníacos y torpes, ciegos y volubles. Iba a alzar la espada y amenazar o tal vez cortar algunas cabezas, pero no más. Esto no iba a resultar; el sueño había terminado.

Francisco lo acosaba sin piedad con lo siguiente:

Si transige con los perturbadores de Venezuela, le ha dado usted el golpe más mortal a la Constitución, contra la que tantas veces había prometido y, desde luego, autorizado a las insurrecciones. Si no transige quizás encendemos una guerra civil. Si influye en la convocatoria de una convención fuera de un período prefijado en la Constitución, desmiente sus principios eminentemente constitucionales; si no se hace la convocatoria puede exponer la unión. Si aprueba las reformas que cuatro calaveras (porque no es el pueblo) piden para medrar en una transformación, consagra el principio de la perpetua anarquía. Si la desaprueba el descontento puede aumentar y hacer una explosión violenta. (18)

Era un ardid magistral, y Bolívar, en su lío del cual no podría salir sin daño moral, sin la pérdida cierta de su reputación y gloria, tuvo más de la misma dosis con esta advertencia:

Yo vivo mortificado pensando lo que usted delibera y temblando de que vamos a incurrir en una contradicción. (19)

Pero ya había incurrido en una, muy violenta por cierto: Hizo detener a Guzmán en Cartagena, porque según él era perjudicial a los intereses públicos.

Peor aún, cuanto le aconsejaba Bolívar era del todo inútil. No entraba en razón; lo de él era Constitución y más Constitución de Cúcuta y nada de soluciones “ventajosas” para Bolívar y que éste resolviera, por sí mismo y sin ningún otro recurso de gobierno, el mal en que se debatía la patria. En última instancia la patria no era suya ni del Congreso. El divorcio decretado por el Congreso, y que Páez había consumado, era una verdad obvia, irremediable y absoluta. Si tontos, lerdos y sordos producían leyes superfluas, y viceversa, éstas debían sufrirse sin que nadie pudiera ni siquiera hablar de cómo debían rectificarse. Había que esperar cinco años de infierno para discutir las en medio del caldo amargo de los apasionados “liberales”. Bolívar fue demasiado ingenuo cuando creyó que la Convención de Ocaña podía darle algún bien a la República. Pero desde el momento mismo cuando pisó territorio colombiano, ya Francisco era su enemigo más acérrimo, el hombre más penosamente embargado de odio y con deseos de venganza.

Todo esto se deduce de reacciones tales como mostrar públicamente su correspondencia privada con el Libertador, una violación de la fe y de la amistad que le profesara Bolívar.

Francisco no quería oír hablar de dictaduras; Constitución o nada era su divisa; aunque Colombia quedara destrozada para siempre.

¿Entonces?...

Bolívar se volvía a cruzar de brazos, impotente, escuchando a los maniqués del Congreso. Para completar, ahora le pedían que no asumiera el mando sin una autorización como la obtenida en el sur. En el silencio viscoso del trecho que le quedaba para llegar a Bogotá, veía el abismo de su caída:

Quiere Santander que admita el gobierno en las mismas condiciones en que se encuentra Colombia y no ve que es precisamente por la debilidad e inestabilidad actual, que no es posible controlar las pasiones y las pretensiones de los ambiciosos. ¿Qué puedo hacer yo completamente atado en

medio del caos? Si el pueblo no me nombra dictador, no puedo hacer nada, porque bien percibo que atrapar me es lo que buscan esos facciosos llamados liberales.

Yo no tengo otro partido que devolver al pueblo su salud: ¿qué delito puede cometerse resolviendo un mal que es sólo del pueblo? Si es o no es legítimo, es al menos superior a toda ley. Es más, es eminentemente popular. Nosotros libertaremos al pueblo para servirle, no para atarle. Sin embargo, mi popularidad no podrá satisfacer todos los colores... Esta situación me desespera, tengo un desaliento mortal y un desgano absoluto de mandar en las actuales condiciones. Además el Vicepresidente pretende contener a los facciosos creando otra facción igual en la capital. Sigue una carrera igualmente indecente a la de Páez: escribe anónimos, ataca con acrimonia a sus enemigos, publica nuestra correspondencia privada para encender los ánimos. Desautoriza a amigos que van ante Páez y no quiere que yo lo desautorice para que se diga que no hay contradicción en el gobierno.

Colombia, señor Santander, está perdida para siempre con o sin dictadura: los indios serán indios, los llaneros y los abogados intrigantes.

Yo mi general, no quiero presidir los funerales de Colombia.

Mientras el pueblo quiere asirse a mí por instinto, ustedes procuran enajenarlo de mi persona con las necedades de Gaceta y oficios insultantes.

Está bien, salven ustedes la patria con la Constitución y las leyes que han reducido a Colombia a la imagen del palacio de Satanás, que arde por todos sus ángulos.

Si usted y su administración se atreven a continuar la marcha de la República bajo la dirección de sus leyes, desde ahora renuncio al mando para siempre, a fin de que lo conserven los que saben hacer milagros.

El día de mi entrada en Bogotá quiero saber quién se encarga del destino de la República, si usted o yo.

Yo no quiero enterrar a mi madre, si ella se entierra viva. La culpa será suya, o del Congreso que la ha reducido a esos extremos, por el acto indigno y torpe contra Páez. (20)

Aquellas frases eran fuego en manos del Vicepresidente, pero nada de eso escuchaba y respondía absurdamente, que así como se pedía hoy un dictador, mañana podía pedirse un monarca o a los españoles; que la gente sin leer, sin discutir y sin conocer las consecuencias de lo que hacían solían pedir constituciones bolivianas, el alcorán o hasta las reglas municipales del gobierno papal.

En esto Francisco admitía su doblez. Se daba cuenta de cómo el pueblo se sometía a los reflejos alucinantes de los demagogos de oficio. Pero por otro lado, decía que los pueblos de Venezuela eran fervientes seguidores de la Constitución de Cúcuta y que, por lo tanto, Páez estaba destruido legal y moralmente.

El experimento lo hicieron los abogados y el poder civil para probar la docilidad de los militares.

No sabemos si sometiendo a Páez, las leyes se habrían afianzado, pero era claro que detrás del uso de aquellas leyes había oscuros proyectos que propagaban una religión de sangre y fuego.

De haberse logrado castigar a Páez, el Congreso, por los elementos que lo constituían, se habría convertido en un verdadero coliseo. Ciertos representantes no se iban a quedar satisfechos con que Páez se presentara en Bogotá y después regresara a Venezuela sin alguna clase de severa sanción. Porque, primero, los cargos contra Páez eran graves y violentos; segundo, se iba a poner al descubierto que en el fondo algunos diputados habían actuado por venganza, envidias y pérfidos intereses; que la acusación había sido llevada animosa y torpemente por el Vicepresidente, y que éste no se iba a mostrar imparcial durante el juicio... Le iba a preguntar: “¿Y Guzmán?, dime, ¿a qué fue Guzmán al sur?” No, los diputados viéndolo en el banquillo, iban a ser hirientes con su víctima. Así como habían admitido una acusación por niñerías, lo iban a someter al rigor del palabrerío insufrible de sus fantasías legales; los dardos de la humillación. No hubo tacto en la acusación contra Páez, señor Restrepo.

¿Cuál podía ser el grado de la sanción? ¿Encarcelarlo? ¿Degradarlo? ¿Fusilarlo? No había suficientes hombres en el Congreso para aplicar tamaña sanción, porque estos eran incapaces de afrontar las consecuencias de aquel acto. No, señor Restrepo, era inevitable la destrucción de Colombia por su carácter, por la naturaleza de sus hombres y la belicosidad de sus magistrados. Éste era el extremo de su rencor. Llegó a decirle que había un ofrecimiento —a Páez— de la isla de Cuba, para hacerlo jefe absoluto de Venezuela, durante su vida, y capitán general del mando de las milicias del país si se sometía a España. Y lo creía en serio; ¿qué clase de justicia podía esperarse de estos hombres?

Vivíamos en medio de la anarquía, el Estado nunca se había consolidado y, en consecuencia, la legalidad era sólo una ilusión.

Pero sólo hemos llegado al principio de la conjura. El ancho horizonte del sueño de Bolívar se hace cada vez más estrecho; los temores retumban en el Norte; el Sur comienza a relajarse; Páez llama a sus peones y compadres para que le defiendan. Aquí está un pedazo de la América que heredamos, el sopor de un dolor inextinguible, los clamores y las pasiones que aún son el negro manto de nuestras desdichas. El Páez y el Santander de ayer están repartidos en mil pedazos en el extenso repertorio de nuestros códigos y divergencias. Una voz retumba desde los huesos calcinados de los campos de batalla, de los desamparados y oprimidos, de los muertos que aún lloran, y de los hijos desquiciados que se llevó y se lleva todavía la peste de los partidos. Es la voz de Bolívar que nos dice: «Esta no era la América que yo quería».

La versatilidad de Bolívar

El 5 de octubre, salió Bolívar de Quito. Por todas partes los pueblos le hacían demostraciones de afecto, pidiéndole que adoptara el Código boliviano para Colombia.

Cuando Bolívar decidió no aceptar las actas de Guayaquil y Quito, una polvoreada de acusaciones se alzaron en su contra. Ya esto era previsible. Hiciera lo que hiciera su vida política estaba escindida, contrariada.

Recordemos que el gobierno improbió las actas de Guayaquil y Quito ordenando a sus funcionarios obedecer a los principios constitucionales. Los funcionarios del sur no sabían entonces a quién creer, si a los amigos de Bolívar o al Gobierno de Bogotá. Se decía que las divergencias eran tan disímiles, entre la Nueva Granada, Venezuela y el Ecuador, que era imposible hacer un código de leyes que satisficiera a todos. Para completar, los legisladores eran hombres que desconocían su propio país. Vivían imbuidos en teorías irrealizables.

Querían (dice Restrepo) transplantar, sin más examen y aclimatar entre los pueblos de Colombia, las doctrinas de Rousseau, Voltaire, Destutt de Tracy, Constant, Say, Bentham y Fritot. Esto provocó un clamor contra las leyes colombianas que disgustaba a las clases influyentes de la sociedad. El clero y el ejército, que eran los más poderosos, las rechazaban diciendo que abogados inexpertos se habían apoderado del gobierno en todos los ramos. Tampoco las amaban los agricultores y comerciantes, porque chocaban con sus intereses de mil maneras diferentes. En tales circunstancias, creemos que si Bolívar se hubiera presentado con un carácter político bien firme y decidido, hubiera sido capaz de variar nuestra forma de gobierno a contentamiento de muchos; empero, obró a medias, avanzando unas veces y retrocediendo otras: esta conducta versátil le perdió finalmente en la opinión pública, y nada establece dejó en pos de sí. (21)

No era Bolívar un animal astuto y ladino, actitudes típicas del político de partido y, desde que dejó Perú, estaba perdido. Había escrito a Santander que estaba ya cansado de su oficio de guerra a muerte contra los españoles y que aplacar las pasiones de los alzados requería de tanta sangre y fuego, que él no estaba en condiciones de empezar de nuevo. Para hacer algo positivo tenía que eliminar físicamente a Mariño, Bermúdez, Arismendi y Páez, que eran empedernidos facciosos y viciados de odio. Por otra parte, también debía cancelar el Congreso y sacar del país a los abogados. Sustituir a Santander, quitarle la mano y la lengua para que no subvirtiera con necedades a los “liberales”. Este señor no iba a cesar en sus pruritos turbulentos, calumniosos, en cuanto le destronaran. No, sería peor; así se demostró luego cuando se constituyó en el centro, rectificador del “martirio” despótico de Bolívar, atrayéndose hacía sí el fervor de los descontentos al régimen.

Cierto, Bolívar dudaba, vacilaba, ¡pero quién no lo hubiera hecho en una situación tan espantosa y desintegradora! Por fuerza era versátil: seguía teniendo afecto a Santander y no veía en ningún otro granadino la habilidad ministerial de este hombre. Seguía esperando en que Francisco algún día pudiera variar su carácter. Allí está la prueba de sus cartas, ansiosas por dar ejemplo, valor, dignidad. En su sentido de justicia, que era de política también, no concebía sino que un granadino ocupara el segundo puesto en importancia del gobierno.

Bolívar quería oír a todos y de allí sacar, con acierto, la esencia de un mando sólido y duradero, y esto lo hundió. Ya había dicho una vez al Vicepresidente: “Colombia se perderá con o sin dictadura”. A Bolívar querían imponerle una camisa de fuerza y obligarlo a obedecer leyes de por sí viciadas, y del otro extremo los militares que habían logrado la independencia, querían gobernar como les viniera en gana. ¿Quién podía hacer el milagro de conjugar fuerzas tan irreconciliables que además controlaban la mayor parte de la población culta del país? *Su conducta versátil le perdió.*

Una guerra de exterminio de la anarquía iba a ser larga y extenuante. Ya habían probado los generales en jefe venezolanos que los realistas con su poder y belicosidad no habían conseguido aplacarles; que eran expertos en levantar guerrillas y acuciar con denuedo a sus enemigos; que no eran esos ardorosos venezolanos como los peruanos o los granadinos. Aquélla era gente experta y valerosa, cerril e incansable: Mariño en Oriente tenía fuerte influjo, y Páez en los llanos de Apure controlaba las provincias de la cordillera.

Verdad era también que la *versatilidad* venía de no estar ya el Libertador para estos trajines guerreros. No podía contener este caos. No era ni siquiera versatilidad, sino imposibilidad de cambiar el sistema cerebro-espinal de tantos descontentos.

Es tan extraordinaria esta evidencia que el horror de su vida es el legado más torturante que ha recibido la humanidad en dos siglos de historia: “*he arado en el mar*”. Y ésa, su torturada visión, constituye todavía la desesperación que nos ahoga.

El historiador Baralt arremete como Restrepo y se pregunta: ¿Para qué desoiría Bolívar el clamor general por una pronta renovación de las instituciones, salvando el período señalado por ellas? ¿O mejor dicho, dándolas por anuladas? ¿Para qué?

Hace una larga exposición, Baralt, sobre la farsa con que el Gobierno defendía la Constitución y confirma la larga lista de hechos que hacen del Congreso de aquellos días el núcleo de la anarquía nacional. Dice el historiador venezolano que si las leyes triunfan de la anarquía y la sedición, adquieren fuerza y majestad, ya sea por medio del empleo de las armas o por el sometimiento. Pero que si la ley, esencialmente anárquica, autorizó con su propia voluntad la violación y el desuso; si la anularon privándola de la eficacia y el respeto, ya sea por medio de la venganza o el odio de alguna facción, entonces se hacía necesario sustituirla por otra.

Baralt hace notar que lo sucedido con Páez fue algo parecido: los federalitas, centralistas, exaltados y moderados, todos a una se declararon por la reforma de la Constitución, y todos a una odiaban al gobierno central; y que esto lo prueba la rapidez con que cundieron, por todas partes, las ideas revolucionarias, que en gran parte ni se debían a Páez ni al influjo de Bolívar. Los pocos departamentos que se mantuvieron inalterables fueron los que estaban cercanos al gobierno general.

El centralismo era visto en América como los restos del despotismo de la vieja tiranía española. En tanto que el federalismo era el último grito de la moda revolucionaria; la más significativa expresión de libertad. A decir verdad, a Bolívar le parecían hermosos los principios federalistas, pero los encontraba impracticables en nuestro medio. Cambiar de la noche a la mañana un sistema enfermizo y aberrante —con elementos bárbaros de tres siglos— a otro de la más alta refinación política era una locura. Páez nos cuenta en su memoria lo siguiente:

Al declarar nuestra emancipación política del Gobierno español, se presentó a las colonias el grandioso ejemplo de pueblos que con el nombre de Estados Unidos se habían confederado en obsequio de la común seguridad sin perder cada sección su soberanía y fueros particulares. El espectáculo de la prosperidad de que gozaban estos países hizo creer a algunos hombres que eran aplicables a los nuestros los mismos principios que veían desenvolverse allí con el mejor éxito. Creyeron que los españoles, con el sistema de

reunir las diferentes colonias fundadas por diversos conquistadores bajo la soberanía de virreyes o capitanes generales, habían dejado un grave mal en el país, y que todo lo que fuera centralizar el poder, aun bajo la forma democrática, era rezagos de la dominación española que debían destruirse como indignos de un pueblo que había alcanzado la libertad a costa de tantos sacrificios.

Así pues, creyeron algunos que centralización y despotismo eran sinónimos, y con dicho sistema de gobierno se humillaba la dignidad de los pueblos y se le ponía de nuevo bajo régimen monárquico. Semejantes doctrinas (tan bellas como seductoras), comenzaron a difundirse por todos los pueblos de la emancipada América, y cada ciudad que mucho o poco había sufrido con la guerra, o podía presentar algún título histórico, aspiró a ser capital de un Estado soberano e independiente, así como cada individuo se creyó también en el deber de combatir las doctrinas opuestas con los mismos medios con que se alcanzó la independencia. (22)

Esta confusión por imitar el sistema de derecho federal durará medio siglo más. Pero, en lugar de unir, fue la causa de innumerables guerras civiles y la peana de la desolación social que arruinó a los agricultores, disgregó a la familia e institucionalizó la impunidad del crimen como la vía más expedita para llegar al poder.

¿Quién, entre nuestros ideólogos, podía representar la fuerza de persuasión de un Webster, que en sublime oratoria y mejor aptitud para la lucha por la unidad de su patria pudo cambiar el curso de la historia? Daniel Webster, en nada parecido a un Azuero ante las calamidades políticas y las disensiones de partido, dijo:

Cuando mis ojos contemplan por última vez el sol en el cielo, que no lo vea yo brillar sobre los fragmentos rotos y destrozados de una Unión antaño gloriosa; sobre, Estados separados, discordantes, beligerantes; sobre una tierra desgarrada por las disputas civiles o quizá anegada de sangre fraterna. Que su débil y persistente mirada contemple, en cambio, la magnífica enseña de la república, hoy conocida y honrada en toda la Tierra, aún plenamente desplegada, sus armas y trofeos brillando con su lustre original, sin ninguna franja borrada o manchada, sin una sola estrella oscurecida, llevando como lema, no una miserable pregunta como ¿de qué vale todo esto?, ni esas otras palabras engañosas y absurdas: la libertad primero y

la Unión después, sino en todas partes, estampadas en vivos caracteres, resplandecientes en todos sus amplios pliegues, al ondear, sobre el mar y sobre la tierra, y a todos los vientos bajo la totalidad de los cielos, la expresión de este otro pensamiento, caro a todo Verdadero corazón americano: ¡libertad y unión, ahora y siempre, unidas e inseparables!

Palabras que tuvieron eco, llamaron a profunda reflexión, pudieron más que las pasiones personalistas.

El tormento final del Libertador no fue óbice para que Santander dejara de odiarle y calumniarle. No fue motivo para que la paz se diera. Aquél, que desde Roma en 1831, desterrado, gritará: “Ahora si demostraremos al mundo que sabremos gobernarlos”, hablaba como si estuviera Bolívar vivo; con irritación, con rencor; su nombre parecía constantemente oponérsele a sus planes, a sus sentimientos. Entablaba una lucha diaria con su sombra y con los desplazados personajes del cruento final de 1830: Herrán, los Caicedos, los Mosqueras, Posada, y cualquiera otro que disintiera, aunque tímidamente, de sus propósitos y proyectos políticos. Dice Restrepo que, después de muerto el Libertador, sus más encarnizados enemigos se preparaban con vileza a manchar su nombre por la imprenta y hacer execrable su memoria, apellidándole: el tirano. Se llamaban “enemigos del TIRANO”, aquéllos a quienes Bolívar distinguió mientras tuvo poder y fuerza.

Francisco no era ni de lejos un Webster; él, que se preciaba tanto de admirar el sistema de EEUU. Recuerda Baralt, que Santander figuró a la cabeza de los enemigos de su bienhechor y que anduvo por el mundo algún tiempo gozando los honores de un mártir de la libertad. Muerto Bolívar no temió calumniarle.

¿Quería de buena fe (se preguntaba Baralt) defender la Constitución de Cúcuta o aspiraba sólo por ese medio vengarse de Páez, y de Peña, y de Venezuela toda, su enemiga? Sobre todo, recordaremos que el 19 de julio quería autorizar a Bolívar para hacer la guerra mientras él se estaba quedando en Bogotá.

Agrega Baralt, que el Vicepresidente, en más de una ocasión, le habló mal a Bolívar de las instituciones de Colombia; sus críticas al Congreso eran para desprestigiarlo, mientras él orientaba a su gusto medidas ente-

ramente subversivas, violatorias del estado de derecho. Dice que, cuando era necesario defender con las armas las leyes, se empantanaban con sofismas legales y luego pasaban el lío a Bolívar. Que en 1819 ofreció a Bolívar —carta del 26 de septiembre— votar como diputado del Congreso en Angostura por la Presidencia Vitalicia y que en el año 1826 —en carta a Santa Cruz— ofreció poner de su parte cuanto le permitieran sus fuerzas, para hacer popular y llevar a cabo la confederación de Colombia, Perú y Bolivia, bajo el gobierno vitalicio del Libertador.

Esto prueba que su amistad hacia Bolívar estaba fundada en la utilidad individual. Cualquier minucia, por absurda que fuera, le hacía cambiar de opinión de la noche a la mañana, si en el cambio veía una forma de ganar terreno en los negocios para su provecho particular.

Así que, todas las contrariedades de su conducta, que variaban con amigos o enemigos según la ocasión, demuestran que no actuaba de buena fe.

EL REGRESO DEL SUEÑO

El caballero andante, que enderezaba entuertos contra la voluntad de enfermos y esclavos, había llegado a la ciudad de Pasto (14 de octubre de 1826). La gente llenó las calles para verle. Parecía que las facciones en aquella ciudad tan belicosa habían desaparecido para siempre. En realidad, su gobernador, el coronel José María Obando, mediante el paredón y ardides divinos, había liquidado a un gran número de asesinos. Se le criticaron entonces a Bolívar ciertas medidas tomadas en Pasto, como la de ascender a coronel a José María Obando y mandar a pasar por las armas a otros criminales cuyo proceso no había terminado. Pero no se dijo que, en el único día que se detuvo en aquel lugar, se encargó de vigilar la educación y la tomó bajo su protección con parte de los bienes nacionales; ofreció a los facciosos que aún quedaban prófugos en la montaña, completa amnistía y protección de sus vidas.

Salió el 15, cruzó las montañas de Berruecos y el Valle de Patía, llegando el 23 a Popayán. Aquí encontró cierta oposición a la Constitución boliviana, aunque el recibimiento, siempre franco, del pueblo fue caluroso y entusiasta.

El 30, deja a Popayán, después de tramontar el páramo helado de Guanacas y las ardientes llanuras de Neiva, y llega el 5 de noviembre a la capital de esta provincia. Aquí el gobernador y la municipalidad le ruegan que asuma la dictadura. Bolívar escucha a todos, mostrándose abierto y franco con el pueblo. Ya en La Plata, se había visto con O'Leary, a quien no trató muy bien por conducirse débilmente en la comisión ante Páez. Aquello causó un dolor profundo en el fiel edecán, porque, en honor a la verdad, hizo cuanto pudo para atraer a la obediencia al temible llanero. Algunos trataron de consolarlo diciéndole que Bolívar estaba de muy mal humor y que como Idomeneo había hecho el voto de sacrificar al primero que se encontrara.

En aquellos días, Santander le escribía: “¡Qué ansiedad tan grande tengo yo y tiene toda esta capital por conocer su opinión sobre las actas de Quito y Guayaquil!” Y añadía:

Vaya pensando sobre las siguientes medidas que me atrevo a indicar. Primero, reprender seriamente a Demarquet (23) y Guzmán, a quienes se suponen promovedores de las actas de Guayaquil, Panamá y Cartagena, y que como procedentes del Perú, se les atribuye encargo o comisión de promoverlas. Ya usted ve que esto es un poco irregular y muy ofensivo al alto carácter y eminente reputación de usted. (24)

Pide ante esto un duro castigo al señor Guzmán y le aconseja que en cuanto llegue a la capital dé otra proclama a la República ofreciendo arreglar sus conductas de acuerdo con las leyes fundamentales. Como Bolívar pocos días antes le reprendiera por haber hecho públicas ciertas cartas particulares, se descarga el Vicepresidente en lamentaciones:

Yo le escribí (decía) no para publicarla, sino para que surtiese algún efecto; luego me han causado disgustos, este Páez y sus consejeros, ¡qué debilidad, y fue preciso publicar este documento! Jamás Morillo ni Boves fueron tratados como yo... estoy herido cruelmente y ofendido. (25)

El Libertador se iba aproximando a la capital; algunos escritorzuelos —que en ausencia de Bolívar lanzaban hirientes y calumniosos artículos contra la Vitalicia y el despotismo— comenzaron a ocultarse. Decían estos que Bolívar ridiculizaba la Constitución y las leyes, que en el fondo estaba de acuerdo con Páez; que ya no creía en el Vicepresidente y que regresaba a imponer la dictadura y a destruir sus enemigos. —Si hubiera actuado como Napoleón no habría sido *versátil*.

Santander, preocupado, corrió a verle a Tocaima, ciudad a unas dieciocho leguas de Bogotá. Tenía tal aspecto de seguridad y circunspección que parecía un fervoroso servidor de sus leyes.

Bolívar desengañó a muchos al mostrar una nobleza y generosidad no esperada por los “liberales”: él no podía evitar la idiotez colectiva, eso ya era otra cosa que requería tal vez de un mártir religioso, un santo, o de un Hitler o Stalin, pero no de un humanista y estadista como él.

Estuvo casi toda la noche hablando con Francisco. Oía con avidez cuanto le contaba. Bolívar conocía a los hombres no por lo que hablaban sino por los gestos, el movimiento de las manos, la mirada, la curva de los labios el silencio y el tono de la voz. En pocas horas conoció cuanto

dominaba a su amigo: su odio acérrimo a Páez y a los “antilegalistas”, su confusión al elogiarlo y esa psicología prodigiosa para mezclar a los pueblos en líos de partidos y facciones.

A partir de la entrevista de Tocaima, organiza Francisco la estrategia con que decide acabar al Libertador. Como en ningún otro momento descubrió las eximias cualidades de su jefe, su juicio superior y sus elevados conocimientos de cuantos aspectos políticos trataba. A cada frase, a cada pensamiento certero y brillante, Francisco sentía algo insoportable, una dolencia que se traducía en una total imposibilidad para volver a los sentimientos del pasado. Callaba, vacilaba, sin dejar de sentir la presencia suprema de su viejo amigo. Pero había algo roto que le impedía comprender o aceptar sus palabras. Su excesivo orgullo, su amor propio, le arrinconaba en sordas cavilaciones cuando el eminente héroe afirmaba que Colombia era más importante que sus figuras, por sabios que ellas fueran. No soportaba Francisco, sus justas observaciones porque en su interior pugnaban por revelarse los verdaderos motivos de su equivocada conducta. Desarmado, sin una manera justa para rectificar sus pasos; cerrados los caminos que percibiera en las sesiones secretas con sus amigos Gómez, Soto y Azuero, vio de pronto hundido y anegado su destino político. Era complejo su dilema. Entonces la envidia en aquel instante lo arrastraba a planes más nefastos todavía. Sentía un desprecio irresistible hacia cuanto le rodeaba, sobre todo, hacia su función de Vicepresidente —ese funcionario subalterno del Libertador—. Era imposible echar por tierra el edificio paralelo que había alzado a espaldas de su jefe. No podía retroceder. Una pasión baja y turbia subía desde sus piernas hasta la cabeza y le hacía titubear ante la mirada del Libertador. Estaba mal. Su amistad y su amor hacia Bolívar estaban completamente muertos en su corazón. Y no podía recobrar esos sentimientos sin sentir algo de odio contra sí mismo. Buscaba aplastar la deuda del enorme reconocimiento que debía a Su Excelencia y entonces, cuanto acudía a su mente, se convertía de modo absurdo en un recurso en el cual lo único que fecundaba era la ingratitude.

Las alarmas políticas se propalaban y no habiendo otra diversión colectiva, la gente corría a ver y a “participar en el combate” que había entre dictadura y constitución.

Dice Thiers, en su *Historia de la revolución francesa* (26), que el pueblo nada comprendía sobre la Constitución que se discutía en la Asamblea, y sólo estaba al alcance de algunos espíritus filosóficos, que además no habían tomado parte en las sediciones populares. Añade, que cuando se discutía el asunto del veto en la Asamblea, “dos campesinos hablaban lo siguiente:

— ¿Sabes tú qué es eso de veto?

—No

—Pues bien, tú tienes tu escudilla llena de sopa: el rey te dice: “vierte la sopa”, y tienes que verterla.

Las calles de Bogotá se llenaban de aficionados al fuego cerrado de los artículos del Vicepresidente y compañía; como autómatas, no pensaban más que en Constitución y leyes, mientras que Bolívar y sus triunfos obtenidos en el sur poco importaban. Un grupo de funcionarios y diputados, previamente entrenados por Francisco para vocear consignas injuriosas, se adelantaron hasta el pueblo de Fontibón, a dos leguas de Bogotá. Bolívar ofendió a algunos con su desaire, al ver que querían aumentar el fuego de las pasiones en un momento tan penoso, y cuando regresaba de una ausencia de casi seis años de lucha y trabajos infatigables.

Venía después de haber andado cientos de kilómetros de Guayaquil a Bogotá, de atravesar páramos desiertos, en un calvario de dos meses de tensión; después de haber vencido a 22.000 españoles en el Perú con soldados desnudos, famélicos, afrontando obstáculos espantosos, guerra, peste, muerte y, para completar, sometido a la susceptibilidad de magistrados casi todos corruptos y traidores; cuando se suponía que llegaba a salvar a Colombia hundida por los propios diputados en una vorágine de desafueros; ¡entonces vienen y le hablan de *leyes violadas*...!

Así que no se anduvo con mucho rodeo y allí en Fontibón, montó en su caballo y se dirigió rápidamente a Bogotá. Los diputados quedaron disgustados y sumamente molestos porque no los dejó explayarse en sus absurdos temores. No tenía nada de lerdo, se daba cuenta de que el desastre de su gloria era inminente.

No obstante, ante sus propios adversarios, se produce un raro milagro; era su fuerza, su autoridad positiva y creadora que empapaba de nuevas visiones el horizonte de Colombia: pobres de las riberas, pastores y campesinos de los llanos, soldados, oficiales, madres, niños, entraban en una exaltación sublime. Las puertas se abrían y el aire y la luz eran otros...

Los prodigios se enhebraban como un cuento fantástico: Guzmán era puesto en libertad en Cartagena y siguió marcha apresurada hacia Caracas.

El día en que el Libertador entró a la capital, la ciudad estaba vistosamente adornada; sin embargo, una lluvia pertinaz cubría de raros presagios la tarde.

Era el llanto de su corazón.

Las campanas repicaban; gente de los caseríos aledaños llegaban en vistosas caravanas. Era el pueblo quien mejor expresaba el sentimiento de amor a su Libertador; ese pueblo en el cual siempre está la verdad porque es el que sufre y el que recibe la peor parte de cuanto malo hacen los gobiernos. Muchos corrieron a abrazarle y el propio Francisco sintió un temblor de alegría y un deseo de decir a su amigo las más grandes consideraciones por cuanto le debía. Fue un momento difícil y sus lágrimas le empaparon los papeles de un discurso que llevaba preparado para la ocasión.

Un mundo de quejas: Los informes contra Revenga. El abuso contra el canónigo Ramón Ignacio Méndez; contra el señor Lasso de la Vega, obispo de Mérida. Luego la vagabundería de la Corte en el caso de Infante y Peña; los insultos al doctor Manuel Baños, de Tunja, y al presbítero Francisco Margallo; el invento contra Páez. Era un arsenal insoluble de errores que se habían provocado adrede durante su ausencia. No obstante se decía que el gobierno marchaba de maravilla con el señor Vicepresidente a la cabeza, a quien —para completar— se le atravesaba de nuevo don Antonio José Caro. El pobre viejo, achacoso y estropeado, no había llegado todavía a Bogotá. En enero de 1826 estaba como dijimos en Cartagena y, para el 19 de enero de 1827, se recibió la noticia que llegaba a Guaduas: se reponía de su ceguera —con paños tibios de

jazmín y aguardiente. La lentitud de sus pasos se debía a las amenazas recibidas. Avanzaba cautelosamente. Los sabuesos de Santander encontraron a don Antonio en Nare y de allí lo llevaron con grillos, a Mompo, “sin ningún miramiento”.

Pobre hombre; cuando vio a los oficiales de Santander, lo primero que hizo fue mostrar una valiosa caja de rapé, en oro, bordeada en diamantes, obsequio especial que enviaba el rey Jorge IV de Inglaterra a su Excelencia el Vicepresidente de Colombia.

Después de infinitas penalidades, el infeliz don Antonio llegó a Bogotá el domingo 7 de enero de 1827. Don Rafael Caro, su hermano, escribió en su diario: “Lo hallé envuelto en una ruana, flaco y sin vista. Allí estaba con Nicolasa, su madre y sus hermanas Manuela y Bernardina...”. (27)

El propio don Rafael registra en su diario, lo siguiente: “Estuve en casa de Antonio, el cual se levantó de la cama y se vistió por primera vez después de dos años que no lo hacía...”. (28)

Los alucinados

En aquellos días circulaba un documento escrito por Azuero, considerado por algunos historiadores granadinos, como algo políticamente incontestable: “una pieza maestra contra las ideas dictatoriales del Libertador”. Aquel documento iba a provocar una completa alucinación en muchos amigos del Libertador, entre otros, Posada, Cuervo y el propio Restrepo. Este último admite, años después, que Bolívar estaba en lo cierto, cuando decía que la administración colombiana no hacía más que imitar la organización de otros países. Que nuestros “filósofos” se habían equivocado desde el principio con su manía de copiar sistemas de instituciones y leyes en nada aplicables a nuestras nacientes repúblicas —por cierto estas manías, siglo y medio después, siguen intactas. Tales demagogos quisieron hacer politólogos a indios, negros, mulatos y blancos criollos, y el resultado fue, por supuesto, una inquietud y un descontento generalizados.

Dice Vicente Azuero, en su “pieza magistral”:

¿Será posible que faltase V. E. un instante a sus juramentos? ¿Será posible que dividiese la causa de los culpables?

¿Podríamos persuadirnos de que cuando la opinión de la mayoría (¿cuál era ésa?, porque Venezuela, Ecuador y parte de la Nueva Granada se habían pronunciado por la dictadura de Bolívar) de la República estaba tan fuertemente unida alrededor del gobierno, obra de sus manos, que cuando iba a renacer el orden público en toda su majestad en los propios lugares que se había perturbado falso, Bermúdez, Mariño y Arismendi, generales en jefe, tenían fuerte influjo en Venezuela y sé mostraban belicosos y nada conciliadores con el gobierno central, fuese V. E. el mismo, el fundador de esta Colombia, el soldado de sus leyes, quien viniese a sumirla en mayores horrores que los que la iban a desaparecer?

Frases de lógica fantástica que impresionaron a quienes estaban poco acostumbrados a pensar por sí mismos; este señor Azuero, ¡qué personaje!, quería dar lecciones de moralidad, él, ¡purificado por Morillo!

¿Cómo fue —se preguntaban muchos— que individuos letrados no se dieran cuenta de lo farsante que era este señor, llegándole a colocar a la cabeza de los “profetas granadinos”? Vicentico vivía leyendo libros que creía comprender y haciendo alarde de un conocimiento simplista que alucinaba tanto a generales de la revolución, como a imberbes cuya única pasión era cambiar el mundo desde su cuarto de estudio. Cuando lo criticaban, decía que tenía la desgracia de ser “calumniado y perseguido”; no era más que un personaje cuya mayor pretensión era la de ser el único en saber lo que quería el pueblo y que, según él, debía organizarse de acuerdo con categorías exageradas de la última moda política leída en los folletos de Bentham y Constant. ¡Cuánto habrían de lamentar Restrepo, Francisco Ortiz, Posada Gutiérrez, Rufino Cuervo, Groot, y tantos otros granadinos prudentes, el haberse dejado enredar con las teorías de Soto y Azuero! No nos explicamos cómo podían creerse tan absurdas acusaciones al Libertador, y aún menos podemos comprender cómo se atrevían a seguir apreciaciones de hombres tan poco confiables. Cinco años después aplicarían sus teorías, y si en alguna época de la historia política de la Nueva Granada se respiró terror, fue en esos años de desorientación moral que acabó con la guerra civil de 1840.

Mientras los “liberales” coreaban loas a la Constitución, la República sufría estragos difíciles y la anarquía se vestía con los difusos atuendos de las leyes que minaban la poca autoridad del gobierno. Era un maridaje civil con el caos. Ya lo decía el eminente jurista don José Miguel Sanz en el año 1814:

La anarquía exige la dictadura y en ésta deben resumirse todos los poderes... No es posible la autoridad civil cuando el desorden impera, sino la militar, el campo volante, la ciudadanía armada en defensa de los intereses generales.

El viejo memorable de las cívicas liberales de Colombia, Salvador Camacho Roldán, cuando oía hablar a los jóvenes de Bolívar, quien ya tenía más de cuarenta años de muerto, decía con las claridades de su abotargada simpleza:

Bolívar no era republicano ni amigo de las libertades públicas; las leyes eran un embarazo para él: su ideal de gobierno era el de una dictadura sin freno sobre una obediencia ciega del ciudadano.

Pero entonces, como lo exigía la Logia Masónica, había que ser consecuente. Don Vicente debía inmensos favores a Santander y tenía que estar al servicio del jefe. Por eso, años más tarde, cuando a don Vicente por la lógica de los partidos le correspondía lanzarse a candidato a la presidencia de la República —contra las pretensiones de Santander, quien querrá imponer a J. M. Obando— argumentará que sobre Obando pesa la culpabilidad por el Crimen de Berruecos, a lo que Francisco de Paula le soltará como un latigazo:

¡Pero es necesario no ser inconsecuente!

Es decir, es necesario cumplir con las reglas de las mafias políticas.

Bolívar no fue fanático. Su naturaleza no transigía con las debilidades ni con la tiranía; su única ley era la de luchar por la libertad, la unión y el decoro de la América hispana.

Hundida estaba ya Colombia cuando Bolívar pisó las riberas de Guayaquil, porque no había hombre capaz de conjurar diferencias tan insalvables como las que reclamaban los bandos de Caracas y Bogotá; y

ante esto, ¿qué era lo que defendía el señor Azuero? ¿Cuál su solución? ¿Matar a Páez y a miles de venezolanos insurrectos? Esto les habría parecido de maravilla.

Viva usted en guerra y déjenos aquí hacer las leyes y administrar los consejos del gobierno permanente, era lo que quería decir Azuero y compañía con su proclama.

Si en algún momento Bolívar mostró un juicio certero, aunque ello le costó la pérdida de la unión colombiana y la destrucción moral de sus ideales políticos, fue cuando perdonó a Páez. Con esto demostró que no era un ciego ni un estúpido que se dejaba amedrentar por la insensatez de sus calumniadores.

¡Entregar la patria a la depredación de unos parásitos!; era lo que querían los fariseos a la cabeza de Azuero. ¿No fue acaso ese señor, poco después, uno de los panegiristas de la dictadura que pretendió conferir-se al general J. M. Obando?

Muchas otras vaguedades alucinadoras, escribió Azuero, que pudiéramos rebatir una por una. O'Leary muy bien lo dijo cierta vez refiriéndose a Santander, lo cual también vale para Azuero: de haberlo Bolívar exterminado, la historia no habría podido dilucidar el modelo de república que realmente buscaba y el pérfido que realmente era.

Lo cierto fue que en cuanto Bolívar recobró la presidencia, descubrió más aún los efectos del desastre. Las ciudades estaban enfermas por la fiebre de *constitucionalismo*. Sus jóvenes estudiantes eran más *revolucionarios* que Robespierre y Dantón, y se consideraban más héroes que Bolívar y Sucre. Los leguleyos entronizados en el gobierno y sujetos a las redes de Santander encendían las pasiones con periodiquillos extravagantes y violentos y los entrenaban en el estilo hiriente de la calumnia y de la irresponsabilidad. Este estado de ceguera incendiaria era el germen de la eterna guerra civil en que habría de vivir Colombia. De aquí salió la camada de políticos virulentos, con hijos y nietos agresivos, que mantenían al país en un conflicto de terror sin pausa y sin límites.

El señor Germán Arciniegas debió detenerse un poco en esto y revisar sus argumentos en el sentido de que Bolívar, con su actitud política, fue uno de los promotores de las dictaduras en Latinoamérica. Recuerde,

señor Germán, que uno de los preferidos de Santander, el General J. M. Obando, habría de ser uno de los golpistas más trastornados de Colombia, llegando al desquiciado extremo de propinarse un autogolpe.

El 23 de noviembre, se revistió a Bolívar con las facultades extraordinarias del artículo 128 de la Constitución, que el Congreso le negara ejercer en las provincias del sur cuando se preparaba la independencia del Perú. Ahora, el Congreso lo dotaba de esta arma inclemente para que les segara la cabeza a los revoltosos de Venezuela.

¡Colombianos! (decía el Libertador en su proclama de aquel día), vuelvo a someterme al insoportable peso de la magistratura, porque en los momentos de peligro era cobardía, no moderación, mi desprendimiento. Pero no contéis conmigo, sino en tanto que la ley o el pueblo recuperen la soberanía. Permitidme, entonces, que os sirva como simple soldado y verdadero republicano, de ciudadano armado en defensa de los hermosos trofeos de nuestras victorias, de vuestros derechos.

Entiéndase que lo de leyes, pueblo y derechos a los que hacía mención, no tenía nada que ver con los legisladores que cogían palco para ver el combate entre Páez y Bolívar.

En los dos primeros días en su Presidencia, 23 y 24, se tomaron tantas providencias y se revelaron tantas soluciones a males ocultos u olvidados que el país entero pareció revivir de un largo letargo. Se descubría que había resortes intocables que producían bienes tangibles, efectivos, duraderos. El Presidente pudo despertar a los lerdos y proyectar vida en los moribundos o desahuciados organismos del Estado.

Por eso dicen algunos que llevaba una visión de siglos a sus contemporáneos. Todo lo penetraba con certeza, con tino agudo y sereno. A esta capacidad sus adversarios le llamaban “ambición desmedida”, “imposiciones arbitrarias” o “deseos de tiranizar”. Es curioso cómo el nombre de Bolívar se iba asociando al de un ogro tiránico. Nunca se dirá todo el malsano efecto que hicieron Santander y sus discípulos sobre la juventud bogotana, en cuanto a que les inoculó un espíritu belicoso, violento, para que pensarán que clamar sangre y muerte contra sus propios hermanos era el método más idóneo para salvar el país.

Listo para la partida, Santander acompañó al Libertador hasta su hacienda de Hato Grande. Iba molesto con la manía legista de Santander que insinuaba constantemente que el delito de Páez era más grave que el de Piar, y que él no veía modo de resolver el conflicto sino por la fuerza. Bolívar molesto, le respondería de una manera muy particular:

Después de la comida se establecieron cuartos de tresillo para distraerse, formando uno de ellos el Libertador, Santander y los doctores Vicente Azuero, Francisco Soto, íntimos del Vicepresidente. Ya se habían jugado varias partidas con éxito diverso cuando Bolívar dio un codillo a Santander, quien inmediatamente salió de la pieza con el fin de inspeccionar el cumplimiento de sus órdenes relativas al mayor regalo y comodidad de los ilustres huéspedes. Apenas había salido Santander, cuando el Libertador soltó imprudentemente una sangrienta frase:

“Al fin me tocó mi parte de empréstito... dijo, al mismo tiempo que recogía la ganancia de buenos escudos”. (29)

Poco antes de continuar su viaje, Bolívar vio el duro aspecto de su viejo amigo: desencajado, entre triste y mortal. Tal vez Santander descubrió entonces la “maldad e hipocresía del tirano”. Esto de verdad le revelaba, de una vez por todas, que todo había terminado entre los dos y que, por tanto, debía conducir con mucho cuidado los débiles lazos que aún los unía. La despedida, aunque Bolívar trató de dorar la píldora, fue muy fría.

El Libertador continuó su viaje al día siguiente; en el camino preguntó a su sobrino Andrés Ibarra si había notado alguna seriedad en Santander cuando se despidieron.

—Si, tío —le respondió el joven—, juzgo que alcanzó a oír lo que usted dijo del empréstito.

— ¡Chipe! ¡Chipe! —interrumpió Bolívar con su expresión favorita, al indicar que reconocía haber incurrido en alguna de sus frecuentes precipitaciones. (30)

Cuando, el 25 de noviembre, sale Bolívar hacia Venezuela, algunos creen que ya es un hombre ganado para las leyes santanderistas; otros dudan.

Y acercándose a la frontera con Venezuela, sopesa las calamidades de la desolada Colombia. La situación del país no era tan sencilla como Santander la pintaba. Los pueblos seguían en una miseria deplorable, la misma que él conociera en la campaña del año 19. ¿Qué bien político y social se había logrado con independizarlos? ¿Qué se había conseguido en ocho años de vida republicana? Mientras él se devoraba en estos tristes pensamientos, en la capital sus enemigos calculaban otras cosas.

Se develaba el plan sangriento de Francisco, quien murmuraba entre sus amigos que Bolívar estaba muy raro y que probablemente perdonaría a Páez. Al mismo tiempo se defendía a cuatro manos, escribiendo cartas con su lógica alucinadora. Nadie en Bogotá podía sustraerse de ella. Se defendía de las acusaciones con vigor y cazarismo delirante. Casi todo el mundo admitía en Bogotá que sus palabras eran incontestables. Era un fenómeno su estado de incontrolable inquietud y desasosiego.

Ya que el carácter de Bolívar es imprevisible y como ya no hay en la capital aquella aura irresistible del Héroe, decide Francisco hacer fuertes ataques al Libertador. Mientras éste avanza a exponer el pellejo para someter a Páez y a sus bárbaros, el 6 de diciembre, le escribe pidiéndole una licencia indefinida para salir de Colombia. Con habilidad, le solicita que junto con la licencia se lleve a efecto el pensamiento de declararle acreedor al sueldo completo como Vicepresidente. “Sobre todo (añadía) hablaré más despacio después, cuando usted esté más desocupado, y yo medite el modo legal de hacerlo”. (31)

¡Conque había modos legales de hacerlo para estos especialísimos casos!

No sabemos lo que tramaba pero algo temía de las acciones de Bolívar. No dudamos que quisiera irse del país, pero ¿era justo planteárselo cuando Colombia pasaba por una situación hartamente difícil para su estabilidad? Añadía: “Este es un acto sumamente benéfico a mi suerte futura” e inmediatamente confirmaba en aquella carta, que no había dinero para pagarle el “haber militar” a O’Leary.

Para entonces, Guzmán había llegado a Caracas con todos los documentos que llevaba a Páez. Pero las noticias sobre las actas de Guayaquil y Quito y el deseo desmedido de declarar a Bolívar dictador desagradaron a los caraqueños. Tal vez pensaban estos que había un negocio entre Bolívar y los granadinos para aniquilar a la representación militar y civil de Venezuela. Era entonces bastante público el desprecio que Bolívar mostraba por algunos de sus compatriotas caraqueños, sobre todo, por los que tenían el poder de la imprenta. Sin embargo, estos doctores eran a la vez enemigos de Páez, lo que hacía de la anarquía un monstruo de mil cabezas.

Debemos decir que el belicoso Páez se preparaba para una guerra larga y sangrienta: consideraba a Venezuela independiente de Colombia, y en aquellos días convocaba a un Congreso constituyente.

Bolívar entretanto iba a enfrentarlo, francamente fastidiado por los límites a que había llegado el escándalo. La revolución parecía mostrarse sorda a toda petición de sumisión al gobierno y, más aún, se alzaba con los elementos que acabaron al ejército de Morillo.

Santander le escribe el 11 de diciembre diciéndole que le parece muy mala la situación de Venezuela. Que los facciosos siguen oprimiendo, a los pueblos, despedazando a la República e insultando al gobierno.

Vuelvo a rogar a usted encarecidamente que no se meta en Venezuela con ciega confianza, pues, son capaces allá de cualquier atentado...

...Por Dios, general, sea usted desconfiado una vez, y mire que no todos son tan dóciles como en Bogotá. (32)

Véase el doble filo de su advertencia.

En cuanto al venezolano, su bravura y su infatigable pasión por la guerra hacían que el horizonte se tornara muy negro. Dentro de sí debió Bolívar rabiarse contra unos doctores que le habían jugado una broma espantosa. Primero, alborotar a Páez; ahora, le echaban el muerto de la rebelión. Un Genghis Khan habría actuado de este modo: elimina a los generales en jefe venezolanos alzados contra el poder central; después regresa a Bogotá y mata sin dejar explicarse a los eternos jacobinos de la

banda de Santander. Así se habría “consolidado” Colombia, a costa de un exterminio tajante. Pero no era éste el papel para Bolívar, aunque de todos modos quedó para los “liberales” como tirano y déspota.

Buena vaina me ha echado este hombre, se diría Bolívar harto triste y fatigado, en una marcha que ya no significaba para él gloria ni grandeza alguna.

Ya rumbo a Maracaibo, escribe al Vicepresidente que todo está perdido si no se obra con velocidad. Habiéndose desatado fuertes escaramuzas en el Oriente del país, le decía que aquella guerra podía durar de tres a cuatro años.

Sucedirá lo mismo que cuando combatíamos a lo españoles (agrega), hoy serán derrotados y mañana se presentarán más fuertes. Por todo lo que yo sé de Oriente, la guerra que se va hacer allí va a ser muy cruel, muy desastrosa: en ella están empleados los más viles canallas que tiene la tierra, los hombres más perversos que se conocen, hombres que la harán caer en manos de las gentes sólo por maldad y venganza. Repito, esta lucha va a durar muchos años... En esta campaña, lo menos que van a emplearse serán 2000 hombres veteranos, fuera de milicias, y tres o cuatro buques de guerra, por lo mismo es preciso que usted me haga continuas remesas de dinero para atender a tanto gasto. (33)

Esto prueba que Bolívar estaba decidido a pelear y a someter a Páez si se mostraba intolerante e insensato frente la unidad colombiana.

De pronto, un hecho desastroso para las miras de Páez va a cambiar la suerte de Bolívar. Un grupo de oficiales del destacamento de Puerto Cabello proclaman el 21 de noviembre obediencia a la Constitución —representada ahora por el influjo del Libertador—. Por fortuna llegó a aquel puerto, en momentos tan críticos, el general Pedro Briceño Méndez, quien se hizo cargo de la insurrección y mandó inmediatamente información al Libertador.

Páez no se amilana, sino que furioso envía contra aquella plaza al teniente coronel José La Guerra, con parte del Batallón de Occidente.

Después de algunas escaramuzas sin importancia, Briceño logró convencer al Batallón de Occidente que se declarará por la causa de Bolívar.

La humillación de Páez lo lanzó otra vez al delirio, a la locura. Amenazaba con quemar a Venezuela por los cuatro costados y lanzaba espuma por la boca, maldiciendo a Briceño y a los “traidores” de Puerto Cabello.

La situación, sin embargo, seguía peligrosa porque Bermúdez y Mariño eran mañosos y, como habíamos dicho, adictos a la causa de Páez. El primero en Barcelona y el segundo en Cumaná hacían solemnes declaraciones en las que apoyaban al jefe alzado.

OTRA CELADA DEL VICE

La extrema injusticia es que lo injusto sea tenido por justo.
Platón

Recordemos que Santander había dicho que por su enfermedad, por las calumnias en su contra, por el deseo de descansar y llenarse de nuevos acontecimientos y elevar así su reputación, estaba decidido a irse de Colombia. Sin embargo, su conducta mostraba lo contrario.

Poco antes de emprender Bolívar su viaje a Venezuela, Francisco trabaja a la sombra de planes peligrosos. Comienza a decir que habiendo sido ambos reelegidos en sus funciones y no pudiendo él (Santander) tomar posesión, sino prestando juramento ante el Congreso y siendo que éste no se reuniría hasta el 2 de enero, los dos cesarían en el ejercicio de sus funciones, teniendo así que encargarse del Poder Ejecutivo el presidente del senado. Previendo la pérdida momentánea de mando, pide a Bolívar que lo autorice, en virtud de sus facultades extraordinarias —en caso de que no se reúna el Congreso—, para que pueda continuar ejerciendo la Vicepresidencia.

En esto Francisco no ponía inconvenientes al modo inapropiado de ejercer las facultades extraordinarias.

Fastidiado con la intención de su requerimiento, Bolívar le preguntó:

— ¿Y cuál es el medio que usted ve para allanar esos inconvenientes?

Santander, entonces, le mandó un oficio y Bolívar lo confirmó en el acto (34).

El Vicepresidente iba a ejecutar los planes de su venganza. Procuraría ahora, desde el gobierno, agilizar su negocio y hacerse con una camarilla

para consolidar, tanto en el sur como en el norte, una influencia avasalladora. Aprovecharía ante todo destruir las bases legales del gobierno, promoviendo los partidos, escribiendo panfletos incendiarios, destruyendo con libelos el basamento republicano e incitando a las tropas a una obcecada defensa de su último y viejo bastión: los principios constitucionales. Al mismo tiempo, trataría de lavarse las manos, echando la culpa a su inexperiencia, a la ignorancia de los pueblos, a la barbarie de los militares venezolanos.

Dicen los expertos en leyes, que con aquella acción Francisco reconocía las actas dictatoriales, aceptando la confianza ilimitada que daban los pueblos a Bolívar, y que aquello no era otra cosa sino la más absoluta dictadura proclamada por medio del propio Santander.

Posada dice que fue una puñalada a los principios legales, por la mano del hombre que, según se pretendía, era su sostén y su personificación, y esto causó un cisma debilitante en el partido constitucional. Agrega que desde aquel día Santander perdió el derecho a ser llamado *El hombre de las leyes*.

No había en absoluto, ninguna razón para que, en cuanto Bolívar dejara Bogotá, Santander emprendiera una innoble campaña en su contra; agradecido debía estar que, imponiéndose aquél a las mismas leyes, lo dejara en el cargo que tanto apetecía. Esta actitud perjudicaba claramente a los verdaderos amigos de Bolívar porque, desde el mismo momento en que cruzó la frontera, comenzaron a desconocerse las medidas y las prevenciones que se habían tomado para asegurar la paz.

Así estaba su estado emocional, siendo que se revelaban a sus ojos las pérfidas maquinaciones que se venían ejecutando desde hacía cuatro años. Atacaba agriamente —dice Restrepo— lo que él mismo había aprobado y contribuido con su voto en el Consejo de Gobierno.

En mayo, los amigos del Libertador en Bogotá vieron con mucha pena la juramentación de Francisco ante el Congreso. Recordando acciones pasadas y siendo su posición política tan crítica, muchos temían que estallara la guerra civil. Los temores no eran para menos, y quien más se percataba de esta situación era Sucre, quien en septiembre escribía al Libertador: “Nuestra pobre patria excita la compasión. ¡Pobre Venezuela!

Me consolaría de esto si el resto de Colombia prosperara; mas con cuanta razón se dirá: ¡Pobre Colombia!” (35) Agrega diciéndole que a la cabeza de sus enemigos está Santander:

Su alocución al prestar su juramento lo justifica... La oposición del Vicepresidente ante usted es un mal a la República; mucho celebraré que admitan a usted su renuncia para que se liberte de tantas injurias, de tantos viles ataques... No sé cómo quede Colombia en estas revueltas. Sus cabezas desunidas; fuertes partidos pidiendo la federación; sus rentas sin orden, su crédito perdido. (36)

Y por esto mismo es inútil que algunos historiadores pretendan justificar la conducta de Santander. Sus luchas eran egoísmos locales: en el fondo se buscaba contraponer una figura política a la del Libertador. Había que alzar el pedestal de un granadino a la altura de los grandes héroes de la humanidad y Francisco, hombre de Estado por nueve años, era sin duda el más indicado. La generación presente está en el deber de pasar la cuenta a quienes tuvieron la oportunidad de construir una nación grande y fuerte, pero que más bien la envilecieron en provecho de sus propias apetencias: debe hacerse una revisión valiente de nuestro pasado. Esto es higiene mental; la condenación de los residuos malignos que son la causa de nuestro caos, indisciplina y falta de cohesión moral y política.

Dice Restrepo que a Bolívar le pareció bien mantener a Santander en el puesto porque no debían hacerse cambios en el Ejecutivo.

Esto es demasiado simplista para cerrar el caso. El Libertador seguía pensando, pese a la ingratitud de su amigo, que Francisco podía salvarse para la buena causa y con ello también Colombia. Además, como muchas veces hemos repetido, el Libertador no era hombre de mezquindades, y cuando alguien le pedía algo, se ponía en guardia contra sus propios celos; pensaba en grande ante quienes le rodeaban y servían a la patria.

En cambio, cuando Francisco escribió el deshonesto oficio, no pensó en patria alguna; a él no le importaba que Bolívar se hundiera en los mil infiernos de la guerra venezolana.

En cuanto recibe la autorización 21 de diciembre, con el regocijo que provocaba en él la satisfacción de tan importante paso —al tiempo que planea peores actos—, derrama dulzura en sus cartas al insigne protector:

Y, sin embargo, V. E. quiere que no me aparte del gobierno, que no llame al presidente al senado, y se avanza hasta tomar a su cargo el dispensarme la formalidad de prestar un nuevo juramento que sólo ante el Congreso me manda la ley prestarlo... Esta es la última prueba que V. E. podía darme de la confianza que le merezco y del ventajoso concepto que le han inspirado mis procedimientos. (37)

Ayer he recibido una comunicación del Libertador, a 12 del corriente en Cúcuta, en que me participa haber resuelto el tomar bajo su responsabilidad mi continuación en la Vicepresidencia... Ciertamente que me veo en el más penoso conflicto: de un lado, mi ciego y firme adhesión a las leyes constitucionales me dictan la separación del destino actual, y del otro, mis deberes de cooperar con el Libertador presidente en cuanto en el actual estado cree conveniente al bien común, me aconsejan no contrariar aquella determinación. (38)

¡Claro!, no le dice a Baralt que pidió al Presidente que lo confirmara en el cargo.

Los derechos de V. E. a mi gratitud y fidelidad (le escribió al Libertador) por aquella concesión son ilimitados. Mi conducta nunca olvidará la obligación que la generosidad y la opinión de V. E. Procuraré desempeñar fielmente mis deberes, siendo recto en mis procedimientos y obedeciendo a las leyes, respetando los derechos del ciudadano, y cooperando con V. E. en cuanto alcancen mis fuerzas al bien general de la República. (39)

El hombre de estos elogios dentro de poco procuraría impedir la entrada de Bolívar a la capital.

Arreglado el asunto de la minucia legal, Francisco se dio a la tarea de enviar cartas a Guayaquil, Quito, el Istmo, Cartagena, donde decía a los amigos de Bolívar que él era un fiel servidor del Presidente y un apasionado de la libertad. Prometía a los moderados hacerle un elogio honroso a Bolívar en *La Bandera* “si se portaban bien”. Utilizaba este periódico y la Gaceta Oficial como medios de chantaje y de proselitismo político.

No sólo eso, sino que estando Bolívar en Maracaibo en una actividad incesante por procurar los recursos necesarios “de su guerra”, porque sépase que Bolívar no esperaba nada ni contaba con Santander, y se adelantaba a hacer todo por sí mismo, el Vice en lugar de ayudarlo le respondía que no se empeñara en pedir mucho dinero porque no tenía; que lo que tiene son cólicos y dolor del alma por las habladurías del famoso empréstito que disipó Arrubla. Agrega que Salom anda diciendo:

hay que dividir a Colombia en tres Estados: Páez quedará en Venezuela, Briceño en Quito y en Cundinamarca quizá no quedaría Santander, porque él no piensa más que en sus onzas y se ha portado mal, de modo que ha perdido su crédito... Santander, por envidia a Sucre, ha hecho el reglamento del uniforme para igualarse, junto con Soublette, al Libertador y al general Sucre,...

Ya no se preocupaba tanto por Páez, porque sabía que el nombre mágico de Bolívar mantenía sus poderes para levantar a los pueblos contra los alzados; y en efecto, como un sismo se sacudieron Maracaibo, Puerto Cabello, Barquisimeto, los Valles del Tuy, Caucagua, etc. Por este motivo la guerra civil tomó un giro inesperado.

El 1 de enero de 1827, Bolívar expide un decreto perdonando a los facciosos y declarándose Jefe Superior de Venezuela. Páez queda desarraigado moralmente e inclinado ante el influjo del Libertador, luego pedirá que se le juzgue sobre la acusación que tiene pendiente. Pero Bolívar no quiere oír hablar de juicios. De veras estaba aburrido de los hombres y sus miserias, llegando al extremo de decir que Páez era *el Salvador de la Patria*.

Esta declaración causó espanto en Bogotá. Restrepo dice que la contestación de Bolívar a Páez está llena de metáforas, plagada de comparaciones inexactas y de ideas exageradas. Que está concebida en un estilo oriental y que con justicia se le censuró mucho y que se reveló como un político de poco seso, no muy profundo.

Nosotros nos preguntamos: ¿Qué querían? ¿Castigar a Páez y hacerle un juicio en un Congreso viciado por la intriga? ¿Y por qué no lo va a perdonar, acaso Bolívar no perdonó a Santander de sus turbias maquinaciones? ¿Castigarlo porque lo pedían unos legisladores que el mismo

Restrepo admite vivían en la luna, construyendo castillos en el aire con las doctrinas europeas? ¿Castigarlo para satisfacer las venganzas de Santander que, como ya vimos, escribió un oficio tramposo y, como muy bien lo señala el propio Restrepo, en cuanto salió el Libertador de la capital comenzó a desautorizarlo en todas las providencias que había tomado? ¿Atacar a Páez para que *La Bandera* y los otros periodiquitos se vanagloriaran de ofender a un jefe militar y así encender otra vez los ánimos hasta los límites imprevisibles de una guerra interminable? En fin, ¿para que se volviera a repetir la historia de la Campaña del Sur, en la que Bolívar tuvo que vencer sin Vicepresidente y sin Congreso? Aquella victoria, siendo tan loable porque libertaba medio mundo, no sirvió a los ojos de los “liberales” para nada; mucho menos iba a servir un triunfo contra los propios americanos.

En verdad, Bolívar parecía un oriental en toda su conducta y no un político manoseador como se estilaban en aquel siglo. Es cierto, no podía dejar de mostrar su noble franqueza y olvidar al enemigo que lo había injuriado, y de ofrecer el perdón al vencido. ¿Esto es ser mal político? Aunque no es para asombrarse, verdaderamente Bolívar no era un negociante de partidos, sino que esperaba que cada cual cumpliera con su deber. Hizo lo que pudo. Era fiel a sí mismo y con esa fidelidad libertó un continente, pero no podía cambiar la naturaleza de los débiles y manipuladores.

¿Que todo esto le enajenó el afecto de algunos que se decían sus amigos, y determinó prácticamente el fin de su influjo sobre Colombia? Es cierto. Pobres de los que no comprendían su corazón. ¿Y qué es de ellos hoy? Están allí en la oscuridad de los propósitos inconfesable que los animaba.

Cuando apenas el Libertador se encontraba empeñado todavía en una posición incierta contra Páez, el grupo de los liberales bogotanos declararon una campaña criminal contra Bolívar. Pedían que el gobierno granadino lo dejara solo en su guerra. Que sojuzgar a Páez no tenía objeto, ni debía sacrificarse la Nueva Granada en una lucha que se avizoraba larga y sangrienta.

Santander soplabla ahora la chispa de un proyecto federativo.

Nos cuenta Restrepo que Azuero provocaba estas ideas, pero que el Vice las impedía. Falso: los dos trabajaban al unísono porque las barbaridades de Azuero por la prensa le permitían luego a su jefe decirle a Bolívar que la opinión pública ardía a su favor: Vea, aquí yo tengo también partidarios. *La gente grita: "Viva Santander y Cundinamarca"*. Es decir, *que pudiéndome alzar no lo hago como Páez*.

Tanto hablaba de cooperar con el Libertador, pero no envió un centavo para hacer la guerra contra el peligroso llanero. Recibía las cartas de Bolívar y las dejaba sin respuesta aunque éstas fueran las más urgentes. Dice luego Restrepo que fue una prueba de cordura y acierto el que Bolívar ahogara la hidra de la guerra civil con el decreto del 1 de enero —no obstante ser versátil—. Bolívar no era un “político profundo”, porque siempre consultaba a su corazón, a su instinto que jamás lo había defraudado.

La guerra entre granadinos y venezolanos se había hecho intolerable. El espíritu de federación era el último recurso que quedaba para “salvar” a Colombia, es decir, para desmembrarla.

Estaba la capital peor que en ningún otro momento de su historia. El relajo era inmenso: un cambio notable sufrió el Vicepresidente, quien, inexplicablemente, estaba resuelto a violar el juramento de Bolívar, de convocar la gran Convención para el año de 1831. Esta decisión ya era definitiva para finales de 1827. No se explica tampoco por qué se oponía a la confederación del Perú, Bolivia y Colombia. A través de artículos de prensa por medio de la Gaceta Oficial y numerosas cartas, desacreditó este arreglo. El senador Francisco Soto, tal vez con la idea de desprestigiar más a Colombia, porque con ello contribuía a mermar la gloria de Bolívar, defendía en el Congreso nombramientos de connotados corrompidos para los cargos públicos. Famoso fue el caso del coronel Guillermo Iribarren, quien robó seiscientas reses al gobierno en el Apure, revendiéndolas a la misma comisaría de la cual las había robado: se labró él mismo una sólida reputación con propiedades ajenas, y apareció en 1825, ostensiblemente reformado, con un nombramiento como gobernador de Margarita. (40) Quien llevó la batuta en el Congreso para defender este nombramiento fue el mismo Francisco Soto quien alegaba

que no había un solo colombiano que no hubiera robado en los primeros años de la República, y alzando la voz temblorosa remató: “Además no hay nada que robar en Margarita”.(41)

No queremos decir que Bentham haya sido un corruptor de las buenas costumbres, sino que no comprendía la condición de los pueblos de América hispana. Su tratado *Defense of Usury*, estaba tal vez acorde para la evolución política de Inglaterra, cuyos propietarios llevaban casi un siglo luchando por sus derechos —con ideas fundamentadas en filósofos como Locke, Adam Smith, James Mill y Burke—. Trataban estos pensadores de desprejuiciar el “uso equivocado del idioma”, que creaba una mala reputación a servicios esenciales para el tanpreciado “progreso”. Sostenía Bentham que los comerciantes y ricos eran una especie de “visionarios” que luchaban para beneficiar a otros como a sí mismos. Pero esta filosofía no se correspondía en absoluto con nuestra evolución política ni económica, y un personaje como Soto nos quería desprejuiciar del mal “concepto de la usura”, pero echando mano del tesoro público que estaba exhausto. Carecíamos de industria, de proletarios, de banqueros y de tradición mercantilista: estábamos en plena edad media dominados por la espada del guerrero, la sotana, el más feroz clericalismo. Pero el señor Soto era “imaginativo” para copiar cuanta ideología tremendista surgía en cualquier Estado europeo. Él fue quien acuñó la expresión de serviles(42) en Colombia, para atacar a los amigos de Bolívar, y la tomó de los “liberales” españoles, quienes en 1812 la utilizaban para apostrofar a sus enemigos.

NOTAS

1. R. Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*. Carta de Santander del 9 de junio. Entre sus libros de cabecera, Santander tenía las obras de Bentham y estas lecturas le hacían dudar de su destino, iba errado en sus porfías: en la página 46 del Tratado de Legislación Civil y Penal encontró: “El pueblo no tiene lugar para hacer un estudio profundo de las leyes, no tiene la capacidad necesaria para confrontar varias disposiciones distintas unas de otras y no entendería las voces técnicas”.
2. R. Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*.
3. Ut supra.
4. O’Leary, *Memorias*.
5. Simón Bolívar, *Obras completas*.
6. *Santander, cartas y mensajes*, R. Cortázar.
7. Ut supra.
8. El conflicto de las leyes y los hombres han sido, en verdad, la causa de la mayoría de los conflictos civiles, y Santander sabía usar las leyes para alimentar los antagonismos que le dieran preponderancia a sus intereses políticos.
9. R. Cortázar, *Santander. cartas y mensajes*. ¡Después endilgó a Bolívar títulos y ambiciones que él sabía era incapaz de concebir!
10. Ut supra.
11. O’Leary, *Memorias*.
12. Sobre el problema de las Actas de Guayaquil, que refutan fuertemente los argumentos de Posada, están las páginas de J. M. Groot, (425, 426, Vol. III) obra ya citada de una sublime claridad sobre la ingenuidad con que Bolívar cayó en aquel enredo.
13. Daniel Florencio O’Leary, *Memorias*.
14. Plutarco alababa a Filopomeno diciendo que había nacido para mandar, al punto de que no sólo sabía mandar según la ley, sino mandar a las leyes mismas cuando lo requería la necesidad pública. Citado en Montaigne (1968) *Ensayos*. Ed. Orbis, España.
15. Simón Bolívar, *Obras completas*.
16. R. Cortázar, *Santander cartas y mensajes*.
17. Ut supra.
18. Ut supra.
19. Ut supra.

20. Simón Bolívar, *Obras completas*. Rousseau, al igual que Voltaire tenía severas dudas en cuanto a que la democracia pudiera ser un sistema justo para un pueblo inculto; y sostenía que las dictaduras en momentos difíciles eran necesarias. Creía que un pueblo pobre e ignorante difícilmente podía ser libre.
21. Resalto esta última frase, porque luego Restrepo considera inconducente la actitud del libertador cuando imponía rectificaciones legales al gobierno.
22. General José Antonio Páez, *Autobiografía*.
23. Dernaquet había ido por encargo del Libertador a Guayaquil y se decía que era uno de los provocadores de aquel pueblo en favor de la dictadura.
24. R. Cortázar, *Santander, cartas y mensajes*.
25. Ut supra.
26. (1973) Vol. I, p. 78, Ediciones Petronio.
27. Jaime Duarte French (1982). *Las Ibáñez*. Fondo Cultural Cafetero, Segunda Edición, p. 95.
28. Ut supra.
29. José M. Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*.
30. Ut supra.
31. R. Cortázar, *Santander, cartas y mensajes*.
32. Ut supra.
33. Simón Bolívar, *Obras completas*.
34. A Bolívar no lo engañan fácilmente; “que se engañen los vivos con su propia picardías”, era su actitud en estos casos.
35. General Daniel Florencio O’Leary, *Memorias*.
36. Ut supra.
37. Ut supra.
38. R. Cortázar, *Santander, cartas y mensajes*.
39. Esto era inconstitucional y Santander tuvo el atrevimiento de agregar este yerro del Libertador, señala Groot como un cargo más en contra de Bolívar, en los “Apuntamientos” que dio a la luz en 1838.
40. David Bushnell, obra citada, p. 286.
41. O’Leary, IX, pp. 445-448; *Notas sobre Colombia*, Filadelfia, 1827, p. 170.
42. Esta expresión de serviles fue usada en Las Cortes de Cádiz para definir al grupo de los absolutistas, partidarios de la monarquía absoluta, de la sociedad estamental y de la economía mercantilista.

LAS CARTAS DEL DELIRIO

La traición de sus amigos, la matanza de sus conciudadanos, su absoluta falta de humanidad y de religión son, en verdad, recursos con los que se llega a adquirir el dominio, mas nunca la gloria.

Nicolás Maquiavelo

El 16 de enero de 1827, escribía Francisco de Paula al Libertador: “Salom, tan recto y tan sumiso, ha excitado los gritos del Ecuador... Estoy loco, desesperado, con esta confusión y no sé qué hacer, ni por dónde salir.(1)

El 30 del mismo mes repite sus quejas y agrega: “Son muy pocos los venezolanos que no me detestan de muerte, quién sabe por qué; el colmo de esta gratuita detestación lo he visto en el general Salom, que parecía impecable”. ¿Era que Salom se había penetrado de las calumnias que Santander soplabá contra Sucre? —Quedaba a las claras para muchos patriotas que las acusaciones contra Páez eran un mero capricho de la élite “liberal” de Bogotá. Es por ello por lo que, viéndose descubierto en sus intenciones, inmediatamente (el 19 de febrero) escribe al Libertador prometiéndole redactar un brillante artículo a favor de Sucre, “a quien lejos de aborrecer o envidiar, como dictamina el justo general Salom lo de justo es una indirecta venenosa contra el Libertador, aprecio y venero en muy alto grado”.

¡Los años dirán si en verdad lo veneraba!

El 12 del mismo febrero, arrecia sus ataques contra Montilla, de quien dice tiene perdido al Magdalena. Casi le conmina a que le destituya del cargo de gobernador.

En esta sucesión de quejosas cartas iban otras cerrándole el paso. Lo acorralaba, exigiéndole satisfacciones personales en nombre del poder, de las leyes. Bolívar sintió desánimo en aquel infierno de histerias; no veía modo de arreglar al país sin eliminar a Santander y no podía eliminarlo sin provocar más caos, lamentaciones, disensiones y guerritas(2).

El Vicepresidente llevaba demasiados años en el poder... ¡nefasto error! Apoyado en leyes y en supuestos principios republicanos, se había hecho con una sólida posición política. Los escribas y fariseos no cesaban de concitar los ánimos para relajar y medrar, porque en un país serio no tenían cabida ni salvación. Esta gente, por supuesto, veía en Santander al líder natural de sus pretensiones.

Sólo un hombre excepcional puede mantenerse a prueba de tentaciones funestas, sin pérdida cierta de moderación y rectitud. Francisco debió ser removido del cargo a los dos años de su mandato. Algunos tal vez querrán criticar a Bolívar porque llegó a ser dictador por más de diez años, pero ¿en qué circunstancias? Una época cuando prácticamente el poder se reducía al cantón o a la soldadesca que estaba bajo el mando del general en jefe más inmediato. Una época cuando los medios de comunicación eran tan precarios que los decretos, proclamas y leyes se disolvían en el caos de cuatro leguleyos o comisarios. Dictador lo fue por las circunstancias, pero no de facto.

Lo cierto fue que las facultades extraordinarias del Libertador produjeron afectos saludables para la independencia en el lugar donde se encontraba. Bolívar era ante todo un soldado, el primero de la revolución. Para libertar extensos territorios, en tan corto tiempo, no se le podía adjudicar el término de déspota y usurpador de leyes. Tirano y déspota es aquél que, por pérfidas ambiciones, mata y aterroriza a sus propios paisanos y todo por propósitos innobles.

Nuestro personaje, el mismo 23 de febrero, escribió al Libertador, anunciándole que en la *Gaceta de Colombia* había aparecido el artículo donde (magnificaba) hacía honor a Sucre, pero agregaba: “Salom decía aquí que yo era enemigo de Sucre. ¡Cuánto me tuvo ardidado ese señor que llama usted Arístides y que yo llamo Anti-Arístides, por su propensión a decir lo que no es y a sembrar discordia!”.

¿Qué necesidad tenía el Vicepresidente de defenderse y acusar a otros, si consideraba que su acción era limpia, generosa y desinteresada?

Esas autodefensas no eran sino injurias a la nación y a los mejores patriotas, y hoy se ha constituido en el estilo político de la América Latina. Si alguien se toma el trabajo de leer los documentos del Vice-

presidente, podrá darse cuenta de cómo ellos se reducen a una constante defensa de su posición contra acusaciones, injurias y choques personales.

Por ejemplo, aún el 2 de marzo, le escribía al Libertador:

Sé que en Cartagena hay una fermentación contra Montilla, que es odiado, aunque a usted le informan otra cosa... Los vencedores de Cartagena nos insultan en todos sus papeles y nosotros no nos dejamos insultar porque es justo defendernos con la imprenta, hasta donde la fuerza nos lo prohíba.

¡Cómo habríamos querido que Bolívar regresara de Venezuela con el espíritu de Saint Just y gritara!: “La primera ley de todas las leyes es la conservación de la República” y acabara de una vez con el bochinché del gobierno.

En abril se rompió definitivamente la correspondencia fraternal, familiar, entre el Libertador y Francisco. Poco antes Bolívar le había hecho saber desde Caracas que no quería otorgarle más el título de amigo. Santander respondió:

Debo sentir el más vivo pesar al verme defraudado del título de amigo... Mi conciencia está perfectamente tranquila; nada me remuerde que haya faltado en un ápice a la bondadosa amistad de usted... Mis votos serán siempre por su salud y prosperidad; mi corazón siempre amaré a Usted con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarle. Aunque usted no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo le seré perpetuamente...

Y mientras redactaba estas líneas movía los hilos de su venganza, cuando al dirigirse al Congreso dijo:

Tengo el sentimiento de poner en conocimiento del Congreso los adjuntos impresos de Cartagena que son otras tantas escandalosas representaciones dirigidas al Libertador por algunos de los cuerpos militares de aquella guarnición. El Congreso verá si es conveniente reprimir por una Ley el abuso que se comete ultrajando al Gobierno en general y amenazando a cuantos nos honramos de sostener las instituciones y la causa de la libertad o si es permitido este modo de alarmar a los pueblos y llamar a la guerra civil... Ya basta de sufrir ultrajes, y no creo que haya un colombiano que ame sus leyes, sus garantías, que se las deje arrebatar tranquilamente y ser víctima

del espíritu de partido a pretexto de que es enemigo del Libertador, cuya persona se quiere identificar con la patria y la libertad. (3)

¡Cuánta diferencia de principios morales entre Francisco y un nombre como Pedro Briceño Méndez! (4) La historia nos ha enseñado que los verdaderos amigos del Libertador no eran ni ladrones ni asesinos, como los pintaba Santander.

Dice el escritor Ramón Sender que la falta de conciencia moral del dolor es una forma de horror inimaginable, y ésa es la impresión que recibimos cuando vemos las estridencias y falta de cordura de Santander y sus adláteres.

Pero volviendo al mensaje dirigido al Congreso, comparémoslo con las palabras de Briceño Méndez. Dice este venezolano al Libertador:

El nombre y la gloria de usted están íntimamente ligados con el nombre, gloria y el bienestar de Colombia, que es imposible separarlos. Yo doy sin embargo de gracia que pudiera hacerse esta separación; y pregunto: ¿Podría usted vivir un instante fuera de este país, viéndolo arder en llamas o ahogarse en sangre? ¿Y podría usted sobrevivir al dolor de verlo pasar al poder español o al de Haití? ¿Y no es ésta la última alternativa que nos queda al dejar usted esta tierra entregada a su propia miseria?(5)

¿Y por qué el señor Santander se ofendía cuando se identificaba a Bolívar con la libertad y con la Patria?

El noble de Sucre en aquellos días le escribía a Francisco desde Chiquisaca:

El Libertador me escribe desde Neiva muy disgustado de las diversas opiniones que se presentaban en los Departamentos. Creo que tampoco debería estar contento de varios papeles de Bogotá, que aunque indirectamente lo han zaherido de un modo duro e injusto. La ingratitud es el peor de los vicios, y cuando se ejerce por puro placer aumenta sus grados de maldad.

Aquello, por supuesto, que ofendía a Santander, por ver en Sucre otro serio enemigo de sus ambiciones. Tal vez él coincidía con Santa Cruz, que una vez escribió al general La Fuente:

Hay que ponerse muy en guardia con Sucre, con quien toda desconfianza y prudencia no es bastante. Es preciso, precavernos con mil ojos con él, siempre franco y siempre justo.

Nos detenemos un instante ante esta afirmación monstruosa de Santa Cruz, y no puede uno sino pensar que ya a Sucre le habían declarado su muerte —desde el momento en que aquellos bárbaros supieron que era generoso, valiente y tolerante.

A Sucre, le sobraban enemigos gratuitos, y si no lo hubiera eliminado Obando en Pasto, lo habría hecho Gamarra o Santa Cruz en el Perú, o Bolivia; en Ecuador su enemigo iba a ser Juan José Flores. En Venezuela, Páez no lo habría admitido sino muerto. Porque a Páez también le chocaba el carácter generoso de Sucre y se lamentaba de que fuera venezolano.

LOS CÍRCULOS HERMÉTICOS

*Las almas que por estúpidas sólo ven las cosas a medias,
gozan de la dicha de que las enojosas las hieren menos.*

Montaigne

Pese a todo, 1827 representa el final de un período hermoso, y en los albores de una nueva ilusión, Santander aparecía como el centro de la equidad; entre lo bueno y lo malo, ejercía un poder ilimitado tanto en la *Gaceta Oficial* como en otros periódicos. Creaba resquemores en el Congreso, alarmas en el pueblo, sentimientos insidiosos y odios irrefrenables en la juventud, y una ola de furor contra la mayoría de los generales en jefe (eminentes patriotas de la República: Sucre, Montilla, Salom, Páez...).

La barahúnda del desconcierto sacudía al gobierno: no se respetaba a los magistrados, ni los magistrados se respetaban entre sí. En Bogotá, se hacían fuertes críticas al modo como se administraban los dineros del Estado. Otra vez se comentaba que el Vicepresidente no había aclarado su situación con respecto a los empréstitos. Las críticas eran variadas y cundían con desmedro de los valores del Estado. El historiador Restrepo y el general Posada Gutiérrez no creían que Santander se hubiese lucrado con el tesoro público. En cambio, Juan Francisco Ortiz y O'Leary lo acusaron de despilfarrador y literalmente de ladrón o malversador. El ministro británico Campbell decía que la distribución de los fondos eran utilizados para favorecer a los amigos del Vicepresidente:

A mi conocimiento (expresaba) han llegado muchos hechos documentados que lo corroboran. La administración de Santander ha sido desastrosa para Colombia y desfavorable para los intereses británicos.

En realidad, Colombia había mejorado poco. O nada. Seguía más o menos igual a como la habían dejado los españoles. La educación permanecía tal cual nos la dejaron o peor, por eso de andar indigestándonos con las últimas novedades de las ideas y doctrinas que se debatían

en Europa. Sólo Bolívar estaba claro de lo que se le debía enseñar a nuestros jóvenes, fundado en lo que somos, en la realidad de nuestras explosivas y vigorosas mezclas. Los caminos y puentes se encontraban abandonados, y la agricultura y el comercio sin política, sin organización ni sostén. No hablemos del famoso proyecto que clamorosamente había hecho el Congreso de Cúcuta de construir una ciudad con el nombre del Libertador: el nombre Bolívar era entonces lo que más fastidiaba a los diputados.

Era tan triste nuestra situación que el bueno de Sucre, ingenuamente, le escribía a Santander:

Los disturbios de Venezuela los creo ya terminados, no es esto lo que me da cuidados. Lo que sí no me parece que está bien es el estado de la Hacienda Pública. (6)

Posada Gutiérrez por su parte, en unas diez largas páginas, trata de defender al Vicepresidente de los cargos de venalidad. Pero no son de veras convincentes porque insiste que muchos de los acusados de enriquecimiento ilícito murieron en la mayor pobreza. Pero Santander, por ejemplo, no murió pobre, es decir, de pobreza material.

Si algo perturbó a Santander fue lo del mal uso del empréstito contratado en Londres. En aquel año de 1827, todas las críticas al respecto iban dirigidas en su contra, y en un acto de brusca desesperación pidió al Congreso que le abriera una investigación. Pero, en cuanto se inició el proceso, acudió a sus amigos y comenzó una polémica cargada de calumnias y peligrosas acusaciones personales. Esto acabó por desvirtuar la seriedad de la investigación que el Congreso pudiera hacerle.

La mano de EEUU en la primera sublevación contra Bolívar

Nos dice O'Leary que en cuanto el Libertador salió para Venezuela fue testigo en Bogotá de toda clase de intrigas:

Por aquel tiempo (nos refiere) se formaron sociedades secretas que se denominaban Círculos, cuyo objeto principal era minar la reputación del Libertador y sembrar la desconfianza entre las diferentes secciones que componían a Colombia; desconfianza que tan amargos frutos habría de

dar después. El Círculo principal residía en Bogotá y constaba de doce individuos, cada uno de los cuales era jefe de un Círculo subalterno, que se componía también de doce miembros, y así sucesivamente se formaban otros en la provincia... Por medio de esta organización, de la que eran principales directores Santander, Soto y Azuero, se mantenía agitando al país y se concitaban odios contra el Libertador, haciéndole aparecer como enemigo del pueblo y promotor de planes liberticidas.

Estos Círculos dirigían periódicos como *El Conductor*, desde el cual Azuero y Soto atacaban a Bolívar. Es difícil evaluar la honda depresión que provocaron aquellos libelos. De estos Círculos saldría la orden para asesinar a Sucre. Imagínese pues el lector el modo criminalmente “revolucionario” con que en aquellos tiempos, nuestros “demócratas” ejercían y practicaban la reciente independencia del territorio: asesinando a sus libertadores. ¿Qué moral, qué principios y qué dignidad podían esperarse de las generaciones posteriores si la honda repercusión de aquellas locuras la llevamos en el inconsciente, en la irremediable tendencia a constituir grupitos de partidos corruptos, y con ellos imponer una camarilla avarienta y sórdida, —de paso se usaban los títulos más notables del lenguaje revolucionario para aparecer como intocables, indispensables. Era por esto, señor Arciniegas, por lo que Bolívar sabía que después de su muerte todo iba a perderse.

Cuando Santander atacaba al Libertador se mantenía anónimo; quería sopesar el efecto de sus calumnias. Temía perder eso que se llama: ascendiente político sobre las masas. Se conducía rodeado de una bien trajeada columna militar que, con ruido de espuelas y pasos marciales, atraía las miradas de los ociosos parroquianos. No faltaba quien, desde los balcones y ventanas, echara vivas patrióticas con aguas de jazmín y rosas.

Esas satisfacciones, para finales del año 26 y principios del 27, no colmaban sus deseos. La batalla de Boyacá, la máxima gloria de su carrera militar, parecía opacada por otros triunfos. Todas sus pretensiones para hacerla la batalla oficial de la independencia de Colombia encontraba oposición entre muchos generales. Más aún, tendía a levantar fuertes polémicas ya que asociaban aquel acontecimiento con el insólito acto de fusilamiento de los treinta y nueve oficiales realistas. En este sentido Francisco emprendía una doble lucha: primero, cometía actos abusivos

de autodestrucción moral para callar sus propias voces y, segundo, buscaba la forma de eliminar a quienes aún se lo recordaban. Este proceso confuso lo hacía cada vez más irascible llegando a exclamar que lamentaba no haber podido fusilar treinta y nueve mil españoles.

Habiéndose acabado las guerras contra el invasor europeo y ante la posibilidad de hacer un balance sereno de lo conseguido y escoger a los nuevos pilotos del país, comenzó una desbocada movilización por el poder. Bolívar seguía en Venezuela, Sucre en el sur y todo el peso de la tempestad se concentraba en Bogotá: había llegado la hora para que el Vicepresidente utilizara argumentos y métodos parecidos a los de Páez.

No pudiendo sublevar cuarteles, optó por provocar un escándalo en el Ejército colombiano libertador del Perú, estacionado en Lima. La excusa sería la defensa de la Constitución, situación que le venía de perlas en momentos cuando el Libertador había perdonado a los revoltosos de Venezuela, a los anticonstitucionalitas de Páez, Guzmán y Peña.

El objetivo era sublevar a la Tercera División del Ejército colombiano comandada por el general venezolano Jacinto Lara, la fuerza militar más importante en el sur. Uno de sus oficiales, enviado con órdenes expresas desde Bogotá, coronel granadino José Bustamante, depuso y encarceló a los jefes venezolanos e hizo después un acto ridículo de fidelidad a la Constitución. Las imprevisiones de aquel amargo desenlace recayeron como siempre sobre el Libertador, a quien sus propios amigos acusaban de haber dejado al general Jacinto Lara en tan delicado cargo. Se decía que Jacinto no era el hombre para conciliar los intereses del pueblo peruano con los del Ejército colombiano.

Ya estaba en plena marcha la inmensa red subversiva que Santander había armado con Henry Clay, Secretario de Estado de los Estados Unidos, el diplomático Anderson, radicado en Bogotá, y William Tudor, cónsul de los EEUU ante el Gobierno del Perú. El que incitó y coordinó la acción de Bustamante fue William Tudor. Si Bustamante fracasaba se tenía listo el plan B, que consistía en preparar la guerra del Perú, dirigida por el general Lamar —prácticamente convertido en Presidente del Perú, gracias al apoyo norteamericano— contra Colombia, en cuyos intrín-gulis estaba también bien metido Santander. Como era difícil desestabilizar por dentro a Colombia, entonces, había que empezar por el sur.

Los espías al servicio de William Tudor consiguen una importante correspondencia entre unos papeles de Jacinto Lara; Tudor envía un informe, el 3 de febrero de 1827, al Departamento de Estado en el que dice:

Se encontraron muchas importantísima cartas de Bolívar, de Sucre y de otros generales, las cuales arrojan considerable luz sobre los designios del primero, y serán una ayuda poderosa para Santander en sus esfuerzos para proteger la Constitución de Colombia contra los pérfidos designios del Usurpador... (7)

Estrechamente trabajando con Santander, Tudor frotándose las manos al ver que el “Coloso” se encontrará en serios y violentos aprietos, agrega en su informe:

La esperanza de que los proyectos de Bolívar están ahora efectivamente destruidos, es una de las más consoladoras. Esto no es motivo de felicitación en lo relativo a la América del Sur, liberada de un despotismo militar y de proyectos de insaciable ambición que habría consumido todos sus recursos, sino que también los Estados Unidos se ven aliviados de un enemigo peligroso en el futuro... si hubiera triunfado, estoy persuadido de que habríamos sufrido su animosidad...(8)

EE.UU estaba echando las bases para la organización de un sistema colonialista y esclavista para América Latina, porque Tudor añade que la fe principal que mueve al Libertador es “su odio a la esclavitud y el deseo de abolirla. Leed su incendiaria diatriba contra ella en la introducción a su indispensable Constitución (...) contéplese el Haití de hoy y a Cuba (inevitadamente) poco después y al infalible éxito de los abolicionistas ingleses (no por virtud, eran abolicionistas); calcúlese el censo de nuestros esclavos; obsérvense los límites del negro, triunfante de libertad y los del negro sumido en sombría esclavitud, y a cuántos días u horas de viaje se hallan el uno al otro; reflexiónese que... la gravitación moral de nuestro tiempo... es la afirmación de los derechos personales y la abolición de la esclavitud; y, además, que por diversos motivos, partidos muy opuestos en Europa mirarían con regocijo que «esta cuestión se pusiera a prueba en nuestro país»; y luego, sin aducir motivos ulteriores, júzguese y dígase si el «loco» de Colombia podría habernos molestado. ¡Ah, Señor, éste es un asunto cuyos peligros no se limitan a temerle a él!...” (9)

Así, pues, que la trama para destruir la Gran Colombia se armó en Perú, con la estrecha ayuda del Departamento de Estado de EE.UU. El 27 de mayo de 1827, Tudor escribirá a Washington:

Ayer recibí una carta del coronel Elizalde, quien manda la división que entró en Guayaquil... Me informa que todo marcha de la manera más favorable; que el 27 despachó una columna con dirección a Quito para que se una a la División mandada por Bustamante, quien entró el 25 del mismo mes, todos los cuales están ahora indudablemente en Quito... El general Santander habría recibido la noticia del movimiento de aquí con satisfacción y le habría escrito a Bustamante aprobando su conducta. (10)

Como fracase la tentativa de Bustamante, entrará en acción Lamar, en la que EE. UU pone sus más altas esperanzas, por cuanto que según Tudor:

Lamar es indudablemente el primer general de la América del Sur... Bolívar, que originalmente fue sólo un capitán de milicias, es inferior a él... Si llegan a chocar, estoy plenamente seguro que, a menos que la superioridad de fuerzas sea muy grande del lado de Bolívar, éste será derrotado... (11)

Las novedades del Perú provocaron el mayor entusiasmo en Bogotá. Ni las batallas de Pichincha, Bomboná, Junín o Ayacucho, causaron el júbilo "patriótico" que levantó en la capital la rebelión de Bustamante. Los estudiantes se echaron a la calle para arengar consignas "liberales": marcharon bandas de música por las avenidas principales, y se oían repiques de campana, estallidos de cohetes, todo en un vocerío de vivas y aplausos a la Tercera División. Toda la tarde y parte de la noche, la comparsa no cesó en su algazara. El Vicepresidente salió a la calle rodeado de numerosa multitud donde se hallaban militares, legisladores, estudiantes y escribas de todos los calibres. Entre estos patriotas, estaban Joaquín Posada Gutiérrez y el joven Juan de Francisco Ortiz.

Posada Gutiérrez estaba influenciado por Santander; "éste mostraba en su semblante, en sus arengas y en sus vivas a la libertad, el intenso placer que le dominaba, aunque alguna que otra vez no dejara de notársele una inquietud que procuraba en disimular". (12)

El arrastre popular de la rebelión fue un verdadero éxito para Santander. Hombres sensatos, imparciales y verdaderamente patriotas se acercaron hasta él, para expresarle solidaridad, apoyo. No se daban cuenta de que vivían los destellos primeros de la gran desintegración nacional. Tampoco sabían que Bustamante, un pobre diablo que jamás se había distinguido en nada, actuaba movido por dinero y por la vil promesa de ser protegido por el Gobierno de Bogotá. Era de veras inaudito que algunos militares granadinos consiguieran preseas como más tarde sucedería con Obando y López aniquilando a la patria y asesinando a sus mejores hombres. ¡Cómo habrían de lamentar luego, los verdaderos patriotas, su participación en tan pérfida celebración! Ante estas torpezas, en pocas líneas el Libertador presenta su alma límpida en una carta enviada al coronel José Félix Blanco:

Agradezco infinito el interés con que Ud. ha combatido por mi opinión, y en cuanto a las respuestas de Santander, nada diré: el mundo nos conoce. A mí me fuera muy fácil escribir otras tantas gacetas en mi elogio, y en desprecio de otro; pero no es ésta mi ocupación. La patria y el bien me quitan tiempo que el señor Santander invierte en desfogar pasiones muy ajenas de un magistrado. (13)

El 14 de marzo, escribía Santander al faccioso Bustamante:

Ustedes, uniendo su suerte, como la han unido, a la nación colombiana y al gobierno nacional bajo la actual constitución, correrán la suerte que todos corremos. El Congreso se va a reunir dentro de ocho días, a él informaré del acaecimiento del 26 de enero; juntos dispondremos lo conveniente sobre la futura suerte de ese ejército y juntos dictaremos la garantía solemne que a usted y a todos los ponga a cubierto para siempre.

Obsérvese cómo utiliza las leyes y la Constitución: Manda a un conspirador a que se alce en el Perú y después le ofrece protección a través del mismo Congreso. Con razón dirá más tarde Bolívar:

Me piden que destruya a los nuevos godos, pero cómo hago; al menos los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, liberales, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar.

La duda que el señor Restrepo denomina versatilidad. Esa versatilidad era su condena, sería su impotencia, su muerte.

Sucre por su parte escribía en agosto al Libertador:

No sabe Santander cuánto daño ha hecho a la República aprobando la insurrección de Bustamante; de todos los errores de su administración, éste es el mayor, y si los otros pueden justificarse como buena intención, éste le manchará su nombre. Poco tiempo pasará para experimentar cuánto va a sufrirse en el Sur, por esta aprobación de un amotinamiento militar.

A fuerza de la estimación que tiene la división se le ha preservado de contagiarse. No tiene Usted idea de la multitud de papeles que le mandan de Bogotá para inducirle a la rebelión: no sé lo que proponen más que dar escándalo o servir a la Santa Alianza, desmoralizando los mejores cuerpos de Colombia. (14)

El general Posada Gutiérrez, en sus memorias, sostiene que fue calumnia decir que Santander era el autor y el promotor del motín de Bustamante. Da por sentado que el Vicepresidente no conocía al tal Bustamante; que ni siquiera sabía donde había servido. Y uno pregunta: ¿Por qué, entonces, le daba protección constitucional en sus cartas? ¿Por qué salió a las calles a celebrar el motín y creó con su influjo la injustificada oposición a Bolívar? ¿Qué importa que no lo conocieran, si el tal Bustamante hacía exactamente lo que él procuraba para el descalabro de Bolívar? Y sobre todo, señor Posada, ¿por qué tenía que mentir Santander al Libertador? cuando le escribió:

La noche en que vino la noticia y que fue divulgada por los oficiales que vinieron con ella, han sacado la música por las calles con cohete, etc. Se oía, ¡Viva la Constitución, viva el gobierno y también viva Bolívar! Yo no estuve, ni podía estar en el bullicio, pero así me lo han referido.

¡Vaya mentira!

Así que no se trataba de calumnias. El Vicepresidente se adjudicaba los títulos que le endilgaban, por su proceder al atacar a Bolívar por la espalda. La verdad es que entonces las circunstancias no actuaban a su favor y él “se veía forzado” a provocarlas por las malas.

Para completar el cuadro, de modo irresponsable, escoge al general Antonio Obando(15), célebre por sus derrotas, para que se dirija al Perú y se ponga a la cabeza de los vencedores de Ayacucho. Este general, como siempre, torpe y ambiguo, corrió a prestarse a los intereses del Vicepresidente.

Llevaba Antonio Obando un despacho por orden del Gobierno, donde se ascendía a José Bustamante a coronel efectivo de infantería. Además de este oficio, había dispuesto Santander que se diera un grado a cada uno de los oficiales que promovieron y ejecutaron el alzamiento.

Para justificar los sucesos del Perú, escribe mentiras adornadas con exageradas alabanzas al señor presidente. En una carta del 16 de marzo, le expresa al Libertador: “El general Bolívar tendrá amigos mientras haya un patriota que estime sus servicios de diez y siete años y su desinteresada y absoluta consagración a la causa pública...” Y más adelante:

Todos ven en el suceso del Perú un triunfo de la causa constitucional, y apoyo para lo sucesivo. Sé que en las provincias de Popayán y de Neiva se han alegrado infinito como aquí, y en el Socorro, de donde es Bustamante, lo celebraron.

Le pide no hacer caso de los chismes para pintarlo como enemigo suyo y, para defender sus crímenes futuros en nombre de la República, dice que sus enemigos le echan en cara su oposición a la dictadura:

Pero advierta que yo era el magistrado constitucional de Colombia sobre quien tenía fijo todo el mundo los ojos, y que debía oponerme a ella vigorosamente si yo me hubiera prestado a echar a tierra a la Constitución, hoy sería la befa de todo el mundo.

Se despide:

Lo que puedo prometer, delante del cielo y del mundo, es que aunque pueda ser usted enemigo mío, yo seré siempre, siempre, agradecidísimo y fiel amigo suyo, su admirador y panegirista. El tiempo lo dirá. (16)

Se puede ver por esta manera de concluir la carta, que ya percibía que Bolívar no estaba dispuesto a soportar más sus artimañas. ¡Qué

mejor para sus ardidés que prometer el cielo para aquél a quien le estaba cavando su tumba!

Bolívar se encuentra ya encadenado por las leyes y los símbolos que vocea su enemigo, y no le queda otro camino que resignarse. Dirá demasiado tarde:

Me mandan a disolver el ejército que traigo, al mismo tiempo que me comunican las nuevas defecciones del sur. La traición está en los consejos del gobierno del Vicepresidente. Cuando deberíamos prepararnos para matar la anarquía, imponer al Perú y rechazar a los crueles españoles, el Vicepresidente propone la disminución del ejército, y el Congreso la ordena. Los pérfidos destruirán a Colombia por destruirme. (17)

Igualmente el sentimiento de Sucre ante los facciosos de Lima coloca a Francisco en una situación peligrosa.

Desde entonces se ganará, al igual que Bolívar, el título de tirano, de déspota, de liberticida. Santander que gustaba mostrar a sus secuaces la correspondencia privada y hasta secreta que recibía de Sucre y Bolívar, hizo circular —para que los “liberales” dictaminaran la famosa sentencia criminal— la siguiente carta que le enviara el Mariscal de Ayacucho, donde le dice:

Todas las noticias, todos los papeles me han llenado de ideas melancólicas; en Colombia se repetirán las funestas escenas que la discordia ha representado en la República Argentina; y veo que la tierra de los héroes y de la gloria va a convertirse en la de los crímenes, de la desolación... Los aplausos que los papeles ministeriales de Bogotá dan a la conducta de Bustamante en Lima, muestran cuántos progresos hace el espíritu de partido. Ya estos elogiadores estarán humillados bajo el peso de la vergüenza, sabiendo que este mal colombiano no ha tenido ningún estímulo noble en sus procedimientos. La nota del general Lamar, del 12 de mayo, al general Flores justifica que la pretensión de estos sediciosos era a cambio de un poco de dinero ofrecido a Bustamante y a sus cómplices... el estímulo de estos facciosos es el testimonio de corazones villanos y perversos... La nota del secretario de guerra a Bustamante aprobando la insurrección es el fallo de la muerte de Colombia. No más disciplina, no más tropas, no más defensores de la patria... (18)

Pero luego, el “ardiente liberal” Francisco Soto propondrá y defenderá acaloradamente en el Congreso una ley de olvido para los insurrectos del sur. Decía que el movimiento de la Tercera División sólo se había realizado para restablecer el imperio de las leyes que habían sido violadas. Que ya el Libertador había premiado a Páez quien usó medios criminales, mucho más debía hacerse con Bustamante “cuyo procedimiento era santo, aunque ilegal”.

Era tan fuerte la representación del partido de Santander que en ambas Cámaras se aprobó el proyecto de Ley de Olvido. ¡El emblema Nacional de nuestra impunidad! (19)

Para concluir la carta, Sucre le pide al Vicepresidente que cuando le escriba lo haga con ingenuidad y franqueza.

Poco antes del desastre de la rebelión, Bolívar desde Caracas con inocente angustia, le escribió a Santander:

Yo estoy desesperado de todo. Me escriben de Bogotá que no tengo dos amigos en esta capital. Prueba infalible de que por lo menos se trabaja contra mí y puedo decir con franqueza que me alegro para que nada me cueste desprenderme de Colombia.

El Libertador anteponía lo humano a las contingencias de lo político, a los accidentes, a la gloria misma. Error fatal, para un hombre tan justo y sensible, haber creído en los políticos de partido. Aquel lenguaje de confesiones dolorosas, de expresiones ingenuas las conocía Santander desde el mismo día en que Bolívar lo escogió entre sus amigos preferidos. No se puede luchar contra el curso natural de las cosas, no se puede triunfar en medio de horrorosas intrigas. ¡No se puede estar supeditado a las miserias de los partidos! En esto consistía su “versatilidad”, y por ello confesaba como Rousseau: “en la ignorancia por lo que se debe hacer, la sabiduría aconseja la inacción”.

Ve de modo definitivo que ha cometido un error dejando a su espalda a un hombre que no cooperara en nada por el bien de la patria; que, había irritado a los facciosos y mermado con intrigas la poca moral que quedaba. Como guerrero, en medio de las batallas, siempre había intuido hacia dónde dirigir sus pasos, qué decidir; conocía el destino

de sus visiones. Ahora se hallaba en un pantano. Páez era dominado por la barbarie del poder y los placeres que le reportaban sus haciendas; Juan José Flores (20) era un ambicioso sin talento ni principios. Los Mosqueras, los Márquez y Restrepos, Castillos y Vergaras, Baralt y Arboledas, Cuervos, lo mejorcito, tenían una tendencia doblemente retraída hacia indecisas teorías y posiciones que a veces perjudicaban por lo vago y confuso. No hay decepción más terrible que contar con alguien, y en el momento decisivo, ver a ese ser vacilante, desconfiado. En cuanto a Lamar, Gamarra y Santa Cruz basta con decir que habían sido discípulos del ejército real del Perú.

Por otra parte, el pueblo se encontraba extraviado, confundido por la politiquería, por la alucinación libertaria que proclamaban los libelos partidistas. Este complejísimo volcán de pasiones esperaba una vez más a Bolívar en Nueva Granada. Un volcán de pretextos constitucionales. Nuestros magistrados, haciéndose los justos, peroraban acerca de los principios de Estado como si Colombia fuera Francia o Inglaterra; hacían leyes, juraban y se daban golpes de pecho ante los nuevos dioses, pero jamás procuraban un sólo ejemplo de virtud, de sacrificio o ecuanimidad para con el prójimo.

En resumen, América se vio libre porque Bolívar siguió su propia ley, su propia intuición. Jamás sentimientos particulares influyeron en sus planes, las leyes, constituciones, proclamas y ordenanzas estaban supeditadas al plan supremo que dictaminaba su inspiración. ¿Qué hubiera sido de nosotros si Bolívar se hubiera sometido a órdenes de partido para consolidar la independencia; si hubiera esperado que Miranda resolviera la independencia a su manera; que sordamente se hubiera dejado llevar del francés Labatut y de Manuel del Castillo en aquellas andanzas personalistas. O se hubiera puesto a esperar que San Martín llegara a las riberas del Juanambú para socorrer nuestras fuerzas? De haber sido así, todavía estuviéramos sufriendo los estragos de un conflicto moral inmenso, como los que actualmente padece, por ejemplo, Puerto Rico.

Y nuestras desgracias (lo repetimos) fueron esos congresitos llenos de gente vanidosa, ambivalente, engordados en la fe de un partido y no en el servicio desinteresado por las provincias que representaban. Estos señores salían ganando en todas las revoluciones. Con razón Urdaneta,

que siempre ponía el pecho a las situaciones difíciles, terminaba decepcionado diciendo que no quería servir más de cabrón.

De la Convención de Ocaña no se podía esperar nada bueno, porque, como decía O'Leary, "Santander ha vencido y vencerá siempre por la simple razón que es un descarado, apoyado por otros descarados".

LOS DIABLOS SIN CARETA

Un alma fuerte se expresa de modo sereno y tranquilo.
Séneca

Pero Bolívar duda en provocar una devastadora limpieza, más sangrienta y horrorosa que la hecha contra los españoles; desdeña la voz de los congresistas representantes de un pueblo que no existe, que buscan dejar a las generaciones futuras encendidas en eternas guerras civiles.

Hace un llamado al corazón de sus enemigos:

Si me dan un ejército lo aceptaré y si me mandan a Venezuela iré. Si acaso fuere nombrado constitucionalmente por la mayoría de los sufragios, aceptaría si me convenciera que mi elección es verdaderamente popular.

En 1827, se convocó a la Convención para que se reformara la Constitución. Ya hemos dicho que el grupo liberal protestaba esta convocatoria porque sostenía que Bolívar había jurado sostener la Constitución de Cúcuta hasta 1831.

Supóngase que Bolívar juró mantener la Constitución por diez años, ¿es posible asumir con fe ciega sus promesas cuando ve a la patria expuesta al crimen, a la desintegración, cuando el Vicepresidente le hace una guerra perturbadora, haciendo aparecer sus actos como tiránicos o despóticos y los “constitucionalistas” despedazan al país en un círculo vicioso de reglamentos? Y por eso la historia demostró que los llamados legalistas no hacían sino vivir nombrando la Constitución, para así violarla mejor a su antojo.

¿Qué hizo Santander como hombre de Estado? ¿Afianzó la Constitución en el pueblo, en los militares? ¿Dio algún ejemplo de valor, desprendimiento partidista o equidad? Sabemos que lo ilegal, cuando convenía a sus ambiciones, lo usaba y lo promovía sin muchos prejuicios. Así, pues, no vemos por qué diablos debía Bolívar obedecer a leyes ineficaces y confusas si éstas perdían al país. Posada Gutiérrez, un tanto

confuso, dice que si el Libertador hubiera defendido la Constitución, los peligros habrían sido menores.

Repetimos: aquellos pueblos no podían regirse por constituciones de períodos tan largos, donde las contradicciones y complejidades aparecían por docenas, en cada aldea, en cada grupo; además éramos un país tomado militarmente, con la negra amenaza exterior y sin recursos de ningún orden.

Bolívar, es verdad, juró aquella Constitución, porque cuando lo hizo —en 1821— los tiempos eran otros. El país estaba enteramente entregado a la causa de la independencia y las guerrillas personales eran insignificantes o nulas. El Libertador se dejó llevar de la emoción.

Se volvía a discutir, por la prensa y en toda clase de reuniones políticas, si debía o no admitirse la renuncia del Libertador. Santander encabezó la facción que estaba decidida a alejar de una vez por todas a Bolívar de la política nacional. Entre los pocos decididos defensores que tenía el Libertador en la capital se encontraba el general O’Leary. Él hizo una lista de 23 razones, donde enumeraba los servicios de Bolívar a Colombia, apuntando con fina ironía que seguramente había “otro patriota más digno” para ejercer la presidencia. Concluía diciendo:

Pero como *El Conductor*, número 30, ha propuesto por candidatos a varios, generales y ciudadanos, que ciertamente reúnen más opinión y han hecho más servicios a Colombia y al género humano que Bolívar; y por otra parte, como Bustamante insiste (constitucionalmente) en que dé cuenta de su conducta en el Perú ante el Congreso, como simple ciudadano; soy de la opinión que los representantes de la nación deban darles gusto y admitir la renuncia del general Bolívar. (21)

El 6 de junio, el Congreso se reunió y votaron, entre otros, por la admisión de la renuncia, los senadores Uribe Restrepo, Soto, Azuero y Gómez. Decían éstos que la permanencia de Bolívar en el gobierno era peligrosa para la libertad por su proyecto de la Constitución boliviana, y por los golpes que había dado a Colombia. ¡Que el Libertador ya no era necesario para la subsistencia de la República!

Estallaban los gritos contra los serviles, aquéllos que defendían al Libertador. La cuestión de la renuncia era el candente punto que los liberales querían resolver, pero sin molestar al Libertador. Hacer lo imposible para que la oposición a su magistratura apareciera como el acto sublime de una república capaz de regirse exclusivamente por los excelsos principios constitucionales. El día de la discusión la Cámara estaba que ardía. Soto revisó sus anotaciones sobre Maquiavelo, Rousseau, Tácito y Plutarco. Azuero removió los escombros de su antigua biblioteca donde había restos de los abusos tiránicos de Roma y Grecia. Desde tempranas horas se paseaban por los corredores de la sala, Mosquera, O'Leary, Arboleda y un grupo de preocupados congresistas que veían en la admisión de la renuncia el solapado anuncio de otra guerra civil.

Inició el debate el representante de Bogotá, Domínguez, quien sostuvo que no debía admitirse la renuncia. “Los serviles aplaudieron a Domínguez”.

Luego tomó la palabra Torres, “a quien llamaban capuchino por sus opiniones serviles”. Estuvo contra la admisión, “dando de cuando en cuando chillidos muy fastidiosos, porque la barra premiaba su servilismo con susurros y signos de improbación”.

Enseguida continuó Uribe Restrepo(22), “y con tono de convicción, voz sonora y elocuente ademán pronuncia los cargos más terribles contra el Libertador, tanto más fuertes cuanto eran más ciertos”.

Gómez, senador por Boyacá, es el atleta que sigue a Uribe. Gómez, que tiene una lógica tan exacta que nadie puede resistir, sentenció que Bolívar era incapaz de servir bien la primera magistratura del Estado, que por lo mismo debía admitirse su renuncia.

Saltó entonces Espinar, para combatir los hechos que había expuesto Gómez y Uribe, se produjo con el desaliño que le es tan natural... estuvo tan torpe que hasta incurrió en solecismos groseros.

Luego vino Soto, que habló cuarenta minutos. Comenzó llenando de alabanzas al Héroe, pero luego alzando nerviosamente la voz dijo:

De protestar, con toda la sinceridad de mi carácter, que jamás he recibido del general Bolívar, en las diversas épocas y circunstancias de mi vida ninguna expresión de desprecio, ni menos el más ligero agravio: y que no soy tan insensato que pretenda hacerme notable como enemigo del Libertador, porque jamás se olvidará de mi memoria la ingeniosa fábula de la lucha de los hombres con los dioses, etc., etc.

Era un discurso de conflictivas novedades que arrancaron apasionados aplausos. No estuvo claro si atacó o defendió al Libertador, pero terminó diciendo que la admiración que sentía por Bolívar le impulsaba a admitir su renuncia.

Luego siguió Arboleda, servil, “que trató de refutar los discursos anteriores; pero lo hizo con tanto desorden, tan reiterados paréntesis y en una locución tan embrollada, que ese día perdió mucho del concepto que se tenía de ser un orador regular”. (23)

Enseguida, tomó la palabra Azuero quien inmediatamente dijo que votaría por la admisión de la renuncia porque Bolívar era un tirano, y punto.

La renuncia no fue admitida por cincuenta votos contra veinte y cuatro, mientras que Santander era ratificado por setenta y cuatro, lo que mostraba el contundente poder del Vicepresidente en el Congreso.

Bolívar no puede estar en todas partes y conoce en detalle el plan contra Colombia. Dispone marchar inmediatamente a Bogotá y está decidido a impedir el desmembramiento. Promete no descansar hasta dejar a su patria tranquila y en aptitud de disponer libremente de su destino.

Iba a libertar a la República “de los pérfidos (decía en una proclama) que después de haber hollado sus más sagrados deberes, han enarbolado el estandarte de la traición para invadir los departamentos más leales y dignos de nuestra protección... Libertad, gloria y leyes habéis obtenido contra nuestros antiguos enemigos: libertad, gloria y leyes conservaremos a despecho de la monstruosa anarquía”.

Era preciso que el Estado fuera salvado a toda costa, porque lo único anticonstitucional que había era el cáncer de la intriga, de la subversión.

En aquellos días, Santander desplegó otra espiral más en el vórtice de su angustiada defensa. Viendo que no podía luchar contra el influjo del Libertador, dirigió un mensaje al Congreso diciendo que estaba decidido a no entregar el mando mientras Bolívar no presentara el juramento debido. Pidió al Congreso que se disolviera declarándolo por un acta. Esta última petición fue considerada demasiado extrema, producto de la más alta desesperación y, por supuesto, negada por el Consejo de Gobierno.

Entonces, al no encontrar apoyo en el Ejecutivo inmediatamente dirigió una circular a los ministros extranjeros protestando contra los actos ilegales del Libertador, acción típica de los traidores a la patria. Ya en este punto estaba decidido a echar mano de la potencia norteamericana, con la que estaba en tratos para desplegar una acción conjunta contra el “tirano”.

También fue rechazada esta medida como absurda puesto que concedía nada menos que el permiso de la intervención extranjera en los negocios de la política interna.

Se quejaba de todo el mundo. Dice que al fin descubre que el federalismo es lo mejor para Colombia. Que está dispuesto a irse al sur con aquellos que quieran hacerle la guerra a Bolívar. “Repitió por centésima vez que tal guerra la deseaba ardientemente, y que en el sur le opondría al Libertador las barreras formidables del Juanambú” —allí donde estaban los recursos primitivos contra la República que él había ayudado a formar. Además, dijo al Congreso su frase preferida, la misma que utilizó contra Nariño cuando echó sobre éste el calvario de su infinita perversidad: “Aborrezco de muerte a Bolívar y todo cuanto le pertenece”. (24)

Fue entonces cuando varias personas sensatas se le acercaron para decirle que si temía alguna venganza de Bolívar debía dejar Colombia y regresar cuando aquella tormenta cesara. Esto lo rechazó poniendo excusas e inconvenientes muy explícitos en su modo de ver las cosas.

La propuesta de la Convención por parte del Libertador atraía la atención de los partidos. Mientras Bolívar no veía en ella sino una forma de fortalecer la unidad, los “liberales” argumentaban que era ilegal, y que sólo buscaba la perpetuación del “tirano” en el poder, y con ello el ostracismo y la muerte de sus enemigos.

No obstante, quienes criticaban esta convocatoria se movilizaron en todo el territorio para procurarse una buena representación. Igualmente propagaron la especie con la que advertían que si no conseguían la mayoría, harían lo posible para declararla espuria.

Los amigos del Libertador se confiaron demasiado, pensando que la imparcialidad y la nula interferencia del Gobierno en los asuntos del pueblo eran el mejor aval para demostrar los torcidos intereses de los revoltosos. Error grave en un país donde los fariseos se autodenominan y se autoerigen “representantes del pueblo”. Fue así como, con argucias y mentiras, los “liberales” conquistaron una buena mayoría, e inmediatamente echaron por tierra los amargos cargos que en un principio habían hecho a la organización de la Convención.

No amainaron por ello las duras acusaciones al Libertador, sino que por el contrario, en la calle, en los salones de gobierno, a través de libelos, se seguía hablando del “terror del tirano” y del movimiento de tropas en los departamentos del centro. Aquello de las tropas era sin duda una alarma angustiada para Santander, y aventuró una jugada para desarmar a Bolívar —porque su vida y su poder pendían de una hábil jugada. Ahora, cualquier arma podía usarse porque estaba al descubierto. La más poderosa era aquella que, apoyada en el artificio legal, proclamaba que había un estado insufrible de tiranía y que los movimientos militares del Libertador eran injustificables en un país que se llamaba a sí mismo constitucional. Aquella palabra atraía fuertemente a los incautos; la juventud bogotana iba tomando a Santander como un santo republicano, el más preclaro defensor de las leyes y de la patria. Azuero mantenía el fuego cerrado de sus artículos insultantes, y pedía la expulsión de los venezolanos y la formación de la nación granadina con el gran Francisco a la cabeza.

Los nervios de Santander llegaban a los cuarteles, al Congreso; se percibían en la *Gaceta Oficial* y en los periódicos. Los amigos de Bolívar

en la capital vacilaban ante estas alarmas y no sabían si creer a Santander o atacarle. Directamente nadie era capaz de hacerle frente porque no escatimaba medios para insultar o golpear con frases humillantes a sus adversarios. Así que todos temblaban ante su presencia que era la encarnación de los valores jurídicos, políticos y republicanos del naciente país.

La revolución a punto de estallar y Santander, el señor director de la red conspiradora, seguía vacilante. Quería renunciar a la Vicepresidencia y ponerse a la cabeza de los revoltosos para “libertar” a los departamentos del centro, del sur y el norte de Colombia. Decía él mismo que estaba ya de acuerdo con veinte jefes militares ¿Estaban en ese grupo José Hilario López y José María Obando?(25)

Dice Restrepo que el general Soubllette disuadió a Santander de dar un paso tan degradante y que éste por fortuna lo abandonó y dictó luego eficaces providencias para impedir la revolución.

Privados de su apoyo, tuvieron que ceder Azuero y los demás exaltados que no hallaron en Bogotá ni en las provincias la cooperación y las fuerzas suficiente para oponerse al influjo y a las tropas del Libertador. (26)

Paseaba Santander su figura fúnebre, parecida a la de Robespierre cuando fue acusado por Louvet. De temperamento bilioso, incapaz de tolerar contrariedad ni de concebir que pudiera cometer errores, denunciando a diestra y siniestra a sus antiguos compañeros por cualquier niñería; torturado por tontas sospechas, señalando aquí y allá enemigos de la Constitución; viendo en quienes no eran sus íntimos sospechas de reconvencción a su conducta; viéndose eternamente herido en el espejo de su amor propio, alabándose y odiándose a un mismo tiempo; buscando con ansiedad aprobación a sus descabelladas medidas, quería como nadie facultades extraordinarias para exterminar a sus enemigos, sobre todo, a Bolívar, cuyo solo nombre le producía epilépticos escalofríos.

La razón de las divergencias entre Bolívar y Santander hay que buscarlas en el carácter de naturalezas totalmente opuestas. Cuando vemos en Venezuela presidentes pícnicos, floridos, macilentos y sedentarios nos viene a la mente el tipo de la figura de Santander. Se encontraba Francisco de Paula gordo, buchón, un tanto falto de color por los oficios de bufete, rodeado de caras lívidas, por mamparas, secretarios,

adulación, intrigas, órdenes y contraórdenes. En tanto que el otro, el de las “infernales correrías”, vivía de las ideas que brotan a campo abierto, en medio de la compañía de los soldados humildes, del sano vagar sin sueldo ni buena mesa, en medio del aire fresco y el espectáculo de las montañas, arroyos, praderas, costas, sueños; lejos de todo lo que propende al comercio vil de los hombres: era Bolívar un Rousseau con espada y a caballo.

LAS MOMIAS ENCAPILLADAS

*Las leyes más deseables son las escasas, generales
y sencillas, y aún me parece que valdría
más no tener ninguna que tener tantas como tenemos.*

Montaigne

Bolívar, desde Venezuela, había tomado providencias para someter a los alzados de la Tercera División. Bajo esta determinación, se había embarcado para Cartagena el general Salom con 800 hombres y Urdaneta tenía órdenes de acercarse, desde Maracaibo, a la provincia de Pamplona con una vigorosa división de veteranos.

El secretario del Libertador se adelantó hasta la capital para comunicar al gobierno que el movimiento de aquellas tropas tenía por único fin someter a los alzados de Bustamante. Pero Francisco dio otro grito al cielo, grito que el incipiente partido liberal convirtió en la bandera de sus profecías. Decía que el Libertador iba a destruir las libertades públicas y a aniquilar a quienes tanto le “habían amado”. Pasó al Congreso un mensaje encendido de encono y resentimiento: Soubllette ni nadie pudo entonces detenerlo, exclama que existen ciudadanos que se encuentran comprometidos porque han censurado la conducta del Libertador, aprobando la reacción del Perú, aplaudiendo el hecho del 26 de enero y opinando por la admisión de la renuncia del presidente; que los movimientos que hace el Libertador son bastantes para amenazar la tranquilidad pública y mientras el Gobierno nacional crea comprometidas las garantías de un solo ciudadano, debe interpretar su autoridad para conservarlas y reclamar del cuerpo representativo de la nación todas las medidas capaces de inspirar confianza y seguridad... El Congreso, añadía, es el baluarte defensor de todas las arbitrariedades.

Al mismo tiempo, Azuero en *El Conductor* seguía insistiendo obsesivamente que la Nueva Granada debía independizarse de Venezuela. Que era preciso “alejar al Libertador del gobierno de la República, aún proclamando la revolución”. (27)

El Libertador estaba de veras desconcertado, creía oír en el eco de las olas en Cartagena los coléricos chillidos y temblores de la capital. No podía comprender que para hundirle promovieran un estado de guerra incontrolable. Santander exclamaba que no había con qué sostener tropas de ninguna clase y que por favor no se acercaran. Después decía que eran ilegítimos aquellos movimientos porque cometían infracciones a la Constitución, que otra vez “Napoleón regresaba de Egipto”.

Mientras Francisco se deshace en lamentaciones, rodeado de amigos un tanto vacilantes, Bolívar continúa su marcha hacia la capital. En el camino se va enterando de ciertos decretos que reducen los gastos del ejército. Se detiene en El Socorro a esperar una respuesta sin tener medios para hacerse obedecer. Las respuestas del presidente del Senado a su protesta, le parecen satisfactorias y sigue su camino. Le acompañan los generales Briceño y Urdaneta; sonreían éstos porque llegaron a creer que el general Santander les opondría viva resistencia.

Era ilegal la marcha de aquellas tropas sobre el territorio de Cundinamarca porque ésta dependía de la autoridad del Vicepresidente. Pero la ilegalidad era la trampa para coger a Bolívar y sacrificarlo, como muy bien lo hace ver Groot:

Si el Libertador se hubiera atrevido a venir solo, la revolución habría estallado en Bogotá para apoderarse de su persona, bajo pretexto de hacerlo rendir cuenta al Congreso de su conducta, que era lo que pretendían los jefes de la Tercera División, a quienes se habría dado aviso... Sabía muy bien (Bolívar) que al tratar su renuncia en el Congreso se le había acusado como a un criminal de lesa patria, como a un tirano usurpador de los derechos del pueblo; y esto con una vehemencia espantosa y con aplausos de un partido desenfrenado, que no admiraba más que a los Brutos y los Casios... El paso era ilegal, pero los que ponían en necesidad de darlo eran los culpables. (28)

Cumplió el Libertador serenamente los pasos que debía dar para no perturbar los pruritos legales de sus enemigos, y desde Zipaquirá envió un edecán con documentos que anunciaban, al Gobierno y al Congreso, que seguiría a la capital para encargarse constitucionalmente de la Presidencia. El Congreso se reunió en la iglesia de Santo Domingo, el día 10 de septiembre, y a las tres de la tarde entró el Libertador a la capital.

Las dos cámaras se reunieron en el templo de Santo Domingo, donde el Libertador prestaría juramento.

Los señores Soto, Uribe Restrepo y Juan Azuero, quienes eran senadores y debían estar presentes en el templo se habían escondido al conocer la llegada de Bolívar. Santander y otros del partido, exaltados, le hicieron saber de aquella huida, para mostrarle “el estado de terror que vivían”. Bolívar sonrió y calmadamente dijo que podían estarse tranquilos, pues, no tenía resentimientos contra nadie. Estaba acostumbrado a ver estampidas desde el año 12 y pudo decir: no huyen de mí, lo hacen de ellos mismos.

Entre los intranquilos estaba también el coronel Posada Gutiérrez que como sabemos, había salido a la calle junto con Santander a dar vivas a los alzados de la Tercera División. Ya que esto era un delito grave entre militares, se pensó seguirle causa, pero el “tirano” le cambió el cargo, nombrándolo Jefe de Sección del Crédito Público. (29)

Francisco se sentía ofendido, mostraba un empacho sombrío; una fría e imperturbable máscara donde ocultaba su abrumada agitación. Él no pensaba en el abismo humano que había en la inconsecuencia de sus actos. No, él dejaba que las leyes se encargaran de todo. Parecía un ciego en su lívida inalterabilidad, atado y perplejo a las complejidades de su agitada indeterminación.

Para aplacar aquel mal humor, el Libertador no hace sino seguir su naturaleza. Si a Páez fue necesario dominarlo con el rigor de un valor militar a toda prueba, a Francisco era suficiente mostrarle que no se le molestaría en su cargo, que, al estilo liberal, se le protegerían sus prendas y sus propiedades.

No fue ninguna sorpresa para Francisco la insólita actitud del Libertador, quien confirmó en sus cargos a los fanáticos enemigos que le atacaron con fiereza durante su ausencia. “De estos rasgos no se han visto más que en Bolívar. A los presidentes de bandería no los hemos visto continuar con el ministerio antagonista”. (30)

En el convencimiento de la imposibilidad de gobernar a América, Bolívar comete otro error, en ésa que es su manía de creer que con la

suavidad de sus procederes podía orientar a los confundidos. Ante los eminentes generales, congresistas y juristas que le rodean, dice alabanciosas palabras para Francisco. ¿Cómo entender este vaivén?, se preguntarán muchos y yo digo: ¿cómo no entenderlo? ¿Qué cuesta tratar de influir por las buenas en un hombre vital para el orden social, y cómo no procurarlo por algún medio suasorio?, ¿Cómo tratar a este hombre trastornado por tan nefastas contrariedades? Lo tiene frente a sí, espectral, frío, con su máscara de hierro; rodeado de los más insignes magistrados de la capital. Ya Bolívar está perdido políticamente por su versátil actitud ante Páez; para gobernar a estos señores habría que ser versátil o verdugo.

Repito, poco antes de morir, dirá Bolívar: “El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos”. Más tarde, cuando el gobierno de José Ignacio Márquez tampoco se componga con el señor Santander, se verá perdido el país por una horrorosa guerra civil. Fue algo también inevitable.

Bolívar iba equivocado al no darse cuenta de que el tamaño de la forma irrespetuosa con que ya le habían tratado, tocaba los extremos de la vulgaridad y del crimen. Se urdían contra el Libertador los chistes y expresiones más insolentes, y se hacía difícil, por esta propiedad corrosiva de la chanza tropical, construir algo noble entre los “liberales”. La carrera de Francisco hacía de la vulgaridad una de sus armas predilectas.

¿Qué hacer con este señor?, se preguntaba el Presidente cada vez que su mirada se cruzaba con el porte congestionado y difuso de su antiguo y ferviente servidor, mientras que Santander, serio y triste, decía: “Y yo, señor, ¿cómo quedo en este lío?”

Bolívar comprendió sus súplicas y decidió olvidarlo todo. Y fue entonces cuando hizo un recargado panegírico a las virtudes del Hombre de las Leyes.

Veamos cómo nos revela Francisco cuanto ocurrió el 28 de octubre de 1827:

El Libertador brindó porque ese mismo día de 1783 en que él había nacido, había reconocido España la independencia de los Estados Unidos del Norte, y había aparecido el primer pueblo libre en América, etc.; la hija de Soubllette le dijo un soneto y le presentó una corona cívica. Entonces

el Libertador, tomando la corona, expresó bien que el pueblo colombiano era el único acreedor a ella, porque suyos habían sido los sacrificios, suya la causa, etc. y dirigiéndose a mí —que estaba a su lado— concluyó: El Vicepresidente, como el primero del pueblo, merece esta corona, y me la puso en la cabeza.

El acto fue muy aplaudido, y yo recibí una sorpresa... Lo que más me complació fue el aplauso general. Yo, turbado, di las gracias y expresé algunas ideas... (31)

“Lo que más le complació fue el aplauso general...”

Aún existen tontos que hablan de la pavorosa confrontación entre Bolívar y Santander. Nada más falso. El Libertador jamás utilizó un lenguaje bajo contra su predilecto teniente, y cuanto dijo de él iba empapado del deseo de mejorar su agría y torcida ambición o lleno de lástima y dolor por la pérdida irremediable a que lo conducían las malas lecturas y las malas compañías.

El día de su juramento, Bolívar prometió que gobernaría según la Constitución y las leyes, porque quería entregar su patria libre y tranquila después de la Gran Convención. Pero ya sabía que los partidos no cesarían en sus diatribas, en sus calumnias y maldades hasta ver destruzada la unión. Que su presencia iba a ser insufrible porque cada cual quería su parcela de mando y el deseo gratuito de escandalizar y destruir la exigua calma que todavía quedaba.

Sin embargo, aún podía hacer milagros: A pocos días de su gobierno, Colombia era otra. Trabajaba sin descanso tratando de resolver los más ocultos detalles de cada rincón del país.

Nadie creía (dice Restrepo, uno de sus ministros) que la imaginación viva del Libertador, su genio siempre en actividad, pudiera encontrarse al despacho de tantos detalles; más se engañaban, no sólo los atendía, sino que los penetraba inmediatamente, aun cuando fueran de ramos extraños de su profesión, por ejemplo, de jurisprudencia, a la que tenía la mayor aversión, lo mismo que a los abogados.

No se encaprichaba (agregaba Restrepo) en sostener sus opiniones, aunque algunas veces las llevara formadas al Consejo, y en cuanto algún secretario manifestaba buenas razones en contrario, cedía con docilidad.

Prontamente se sintió un desahogo a tal extremo que el partido “liberal” disminuyó su acrimonia. En las más insignificantes provincias se sentía la suavidad de sus funciones o, mejor dicho, su discreta y sutil manera de gobernar sin intervenir directamente en las decisiones que correspondían a los llamados representantes del pueblo. Se cuenta que algunos enemigos de aquel “tirano”, por voluntad propia, se ofrecieron para ayudarlo.

Las leyes no sufrieron alteración, no se hizo un solo prisionero. Colombia, en toda su extensión, parecía un campo fértil, en calma; puede decirse que se recobró un poco el sentido de patria de 1825 y hubo la esperanza de que se extinguieran, para siempre, las viejas y penosas incertidumbres.

Francisco se lanzaba a la arena de la contienda política con toda la fuerza de su agitada elocuencia. Lo grave era que iba a luchar, no por el bien de su patria, sino para vencer a Bolívar, para destruir a sus opositores y lavar las manchas de su rencor, de las humillaciones recibidas. Prendas todas de su trastornada manera de proceder. Al fin, pues, los cuervos alzaban vuelo.

LOS CUERVOS EN SU VUELO (1828)

Escipión poseía el corazón demasiado grande y demasiado acostumbrado a las elevadas fortunas para poder ser culpable y para descender a la bajeza de defender su inocencia.

Tito Livio

La Gran Colombia se perdió por la actitud pasiva y contemporizadora, por débil, de una buena camada de bolivarianos, que teniendo altos cargos en el gobierno, y en ocasiones habiendo prestado notables servicios a la patria, carecían de carácter, de determinación para frenar y enfrentar con valor a las aviesas intenciones de los santanderistas. Los santanderistas no se andaban por las ramas y eran violentos en la búsqueda de sus objetivos; descarados para exigir sus prerrogativas, audaces en sus ataques y excesivamente atrevidos. En realidad, habían descubierto la profunda calidad humana y política del Libertador, su amplitud para sostener los valores más sagrados de la libertad, su debilidad extrema para con sus propios hermanos que habían estado gimiendo bajo la tiranía española. El Decreto de Guerra a Muerte nos pone al descubierto un Libertador decidido a convertirse en el verdugo de los godos, pero al mismo tiempo a sufrir con paciencia, tolerancia y hasta con martirio de santo, cualquier reclamo, cualquier exceso, cualquier locura de sus hermanos colombianos. Hay un momento en que viendo arder la nave de su querida Colombia, se lleva la mano al cinto para sacar su espada, se paraliza y exclama: “¿Pero cómo hago, si ahora estos asesinos se llaman americanos?”

Bolívar estuvo atento al grupo de sus seguidores, muchos de ellos miembros de su gabinete, y comprendió que no estarían en condiciones de resistir por mucho tiempo la crispación y el caos que la reacción montaría para destruirlo y sacarlo del gobierno. Se dio cuenta de que se manejaba con una prudencia rayana en lo cobarde y muy parecida al más completo egoísmo. No querían muchos de sus ministros quedar mal del todo con Santander —a quien avizoraban como el sucesor nato

de Bolívar: eminentes bolivarianos, como José María del Castillo, José Manuel Restrepo y Joaquín Mosquera.

Entonces, lo tenía muy claro, el único que podía inteligente, valiente, decidida y organizadamente sustituirle en la pesada carga de gobernar Colombia era Sucre. La ley de la supervivencia le advertía que los más débiles acabarían por colocarse bajo las órdenes de los que sabían pelear, de los violentos, de los más, quizá, sanguinarios y asesinos que había parido aquella guerra de casi veinte años. En 1828, el panorama se le presentó con los presentimientos más desesperantes y previó que Santander buscaría como escuadrón militar para elevarse como jefe supremo de su territorio —Nueva Granada— a bandoleros de camino como José María Obando y José Hilario López. Mientras Bolívar viviera podía contener a este par de asesinos, pero muerto él, este binomio avanzaría sin conmiseración desde el sur hasta Bogotá y tomaría la capital, es decir, el poder. El Libertador sabía que el general Rafael Urdaneta no era el hombre indicado para dar una batalla tan cruenta y feroz contra los elementos más funestos que habían parido Pasto, Popayán y el Cauca en general. En verdad que Rafael Urdaneta nunca se había acercado al teatro de estas pavorosas regiones, que Sucre sí las conocía y que había tenido que someterlas a sangre y fuego.

Cavilando sobre una salida desesperada, sintió que el mal ya estaba hecho y que seguramente no quedaba otra cosa que enredarse en una guerra civil, y que en tal caso era preferible aceptar la derrota, y que los santanderistas asumieran el poder, y que la evolución propia de aquellos pueblos, a la postre, algún día, acabarían por dar de sí alguna forma más acabada, mejor elaborada y profunda de lo que había en su savia. No había otra salida, porque el arte de la política consistía en preverlo todo, y durante seis años de ausencia haciendo la guerra en el sur, nadie la había asumido como él. Ya nada era reparable en tan corto tiempo y con su salud en un estado deplorable. Paralizado, pues, sabía ahora que cualquier cambio que intentase, en cualquier ramo del gobierno, empeoraría la situación. ¿Y por qué ninguno de sus ministros, ninguno de sus generales que se habían quedado en Colombia durante esos casi siete años de ausencia habían previsto nada del volcán que ahora los aplastaba, y que se lo querían entregar a él íntegro para que los salvara? Sencillamente, los elementos morales de toda aquella élite de funcionarios, con la carga de la servidumbre dejada por los realistas, con sus costumbres

y miserias, sólo convirtiéndose, lo vio él, en tirano, en déspota, podría Colombia gobernarse más o menos bien. Entonces, observó que aquellos pueblos que él había libertado acabarían plegándose a los que más males les habrían de procurar. Que el jesuitismo, la hipocresía, la mala fe, el arte de engañar y de mentir; que muchos vicios funestos de la politiquería se iban a imponer desde el alto poder con muchas mañas y aviesas intenciones, con extremado refinamiento, para mantener por siglos esclavizados a los pueblos. Que este tipo de esclavitud sería peor que el coloniaje de los españoles, porque se haría en nombre del republicanismo y de la propia libertad.

Previó claramente, entonces, que prevalecerían por mucho tiempo los intereses individuales, las perversas maquinaciones destructivas, alimentadas además desde potencias extranjeras para quienes nuestro desarrollo era un atentado a sus intereses; las rivalidades por pequeñeces, el provincialismo, la sed de venganza y otras pasiones miserables. Que todas ellas serían admirablemente manejadas por los demagogos para desunirnos, para corromper lo bueno que aún quedaba de las pobres instituciones en ciernes y establecer soberanías parciales. Que, en definitiva, ya en 1828, aquel cuartel general de la más suprema agitación se encontraba en Bogotá, y cuyo jefe era el pérfido y criminal Santander, conjugado con lo más desacreditado, con lo más inmoral y perverso de cuantos trastornadores y descontentos políticos había en el país. ¡Aprende, ciudadano bolivariano, de este pasado para que ese estado de cosas no se vuelva a repetir jamás!

EL PRESAGIO DE LOS PUÑALES

*Si hay derecho para violar, violadlo todo
por reinar, pero respetad lo demás.*

Julio César

El 24 de enero de 1828, Santander protesta ante el Libertador porque circula en Bogotá un impreso sin firma donde se le hacen “injustos cargos”: entre otros, otra vez, lo de dolo. Insiste en que el Congreso dirija la investigación. Por su parte el Libertador ha recibido quejas de algunas compañías extranjeras, que acusan a Francisco de administrar mal las obras proyectadas y en las que se habían invertido grandes capitales.

Salvador de Madariaga, copiando a Posada Gutiérrez, dice que lo prudente era declarar que no había lugar a tal indagación, porque en aquellos días se hacían las elecciones para la Gran Convención de Ocaña y esto podía exacerbar los ánimos de partidos. Pero Bolívar no podía permitir que se pasara por alto unas acusaciones a las que debían dársele la cara y declaró que eran competencia del Congreso de la República.

El Congreso o club de los amigos de Francisco omitió la investigación y el Vicepresidente se disimuló entre largas cartas y discursos: “órdenes de inversión y distribución de fondos, vales legítimos, etc.” Por supuesto, la decisión del Libertador encendió aún más su odio y aumentaron más sus preocupaciones. Era bastante bondadoso, el Libertador, que no obstante la acusación que pendía sobre Santander ante el Congreso, le dio permiso para que se trasladara a la Convención de Ocaña. Esta sucesión de errores nos hacen pensar que Bolívar ya no quería ejercer ningún mando. Padecía una tremenda abulia, producto de tantos desengaños, y hay momentos en que calla y no actúa, inexplicablemente, ante el trepidar de los desastres. Al poco tiempo de regresar de Venezuela, sus visiones se tornaron más depresivas, más pesimistas.

Son grandes sus recursos para cambiar el rumbo de la opinión a su favor y, sin embargo, cae en ese estado de melancólico desconsuelo y deja que los “salvadores de la patria” y la “lírica revolucionaria” se hagan

directores de la convención. Tenía claro que un continente no puede depender de un solo hombre, por tanto, quiere retirarse para no ser elemento de contradicción. Su voz interior se estremece: ya no importa nada, ningún esfuerzo vale la pena, ninguna medicina habrá de calmar la tortura de su presencia entre los hombres.

Podía sin duda triunfar, pero ¿a qué costo?, él no era un cínico; allí radicaba el origen de su vacilación, la versatilidad que se le endilgaba.

En aquel mismo mes de enero, las provocaciones insurreccionales de Santander comenzaban a dar nefastos resultados en el sur. Sucre desesperado escribe el 27 al Libertador:

Usted me pregunta si definitivamente me voy en agosto, y yo juzgaba que usted no tenía la menor duda sobre esto. No tengo ya deseo sino desesperación de que llegue el 6 de agosto para dejar todo esto... Si me pregunta por qué, he repetido tantas veces que me voy: 1) porque tengo una repugnancia invencible a la carrera pública; 2) porque siendo extraño no puedo hacer el bien del país con medidas sólidas (32); 3) porque estoy persuadido de que a la larga debe Bolivia incendiarse como el resto de la América, y yo no quiero ser víctima, cuando conociendo las causas, veo que es imposible el remedio, puesto que todo el trabajo es en falso y que todo esto es políticamente, un montón de arena que el soplo de cualquier atrevido lo destruye; y en fin por mil y mil razones en que no entra por poco la conducta del general Santander hacia mí, colocándome cada vez en peor posición con las órdenes que le daba a la tropa de aquí, y que debía conducir las infaliblemente a la desmoralización, como ha sucedido, comprometiendo cada vez más la suerte y la tranquilidad de Bolivia. Hace tiempo que estoy corriendo una tempestad de que yo mismo no sé cómo me he salvado: y mi desesperación crecía cuando mirando a Colombia como el puerto de salvamento, se me multiplicaban de allí los escollos, llegué a persuadirme que había un estudio en perderme y en que saliera desairado... (33)

En verdad, parece imposible imaginar que Sucre se hubiera mantenido en pie durante aquellos meses, sin que una tormenta lo hiciera pedazos. Las negras consecuencias del alzamiento de Bustamante estaban muy cerca.

En cuanto a la convención, las elecciones habían sido preparadas por los “liberales”, quienes coronaron a Francisco como el artífice moral de la reunión. Nefasto error que Colombia habría de pagar bien caro. Sin Santander en Ocaña, nuestra historia habría sido otra.

Por cierto, nadie se explica aún por qué, habiéndose opuesto Soto, Azuero y Santander con incontestables argumentos a la convocatoria de la convención, intrigaron tanto después, para ser nombrados diputados y ser ellos de los primeros en correr a Ocaña.

Luego de que el crimen y el desasosiego se habían tomado un descanso, la tormenta de la Gran Convención levantó los viejos temores de Bolívar; buscando un modo de eliminar las repetidas embestidas de los abogados y un rápido consenso nacional a los complejos desacuerdos políticos, había caído en otra trampa sin darse cuenta, de la que no habría de salir sin la definitiva pérdida de su reputación. En aquellos tiempos y con aquellos hombres había tal arrebatado vengativo que se respiraba un aire de guerra civil. Eso era, precisamente, lo que quiso evitar el Libertador con el Código boliviano, reducir las contiendas amargas de los partidos mediante un gobierno fuerte y vitalicio, formado por los ciudadanos más honestos de la República.

Se buscaba algo sólido y amplio, capaz de dar seguridad a las instituciones, que su voz y sus órdenes se oyeran y se cumplieran en todo el extenso territorio de Colombia.

El Libertador, desde un principio, se dio cuenta de que la convención era un débil paliativo a tan complejos males, porque, aun cuando ella procurara el rigor de leyes, iban a quedar descontentos los irrefrenables, los vengativos y frenéticos grupos con fuerte representación en Bogotá y Caracas.

Por esa época, Francisco dormía con doña Nicolasa en la casa que ésta tenía por los lados de San Juan de Dios; el resto del día lo pasaba con su amante, que al parecer había roto totalmente con el acabado don Antonio José. La política seguía siendo más penosa y aún así, utilizando su arma preferida, optó por una actitud más doble ante Bolívar. Doña Nicolasa se había vuelto fervorosa activista del movimiento que estaba en

gestación, y en Fucha, su quinta “Santa Catalina” era el centro de todos los “círculos” que trataban de echar por tierra al gobierno.

A esa casa acudían muy asiduamente los ciudadanos bogotanos que pugnaban por instaurar un gobierno genuinamente granadino, desvinculado por entero de Venezuela. Nicolasa, en Santa Catalina, era una especie de enlace entre quienes seguían las ideas de Santander y él mismo, pues, sus ocupaciones no le permitían recibir a cuantos deseaban visitarlo. (34)

Para entonces, casi toda la familia Ibáñez se había distanciado del Libertador, sobre todo, Bernardina quien tuvo aspiraciones de ser primera dama. La joven y melindrosa Bernardina, como le llamaba Bolívar, quizás por su juventud se hizo demasiadas ilusiones con un hombre que no servía para marido —sino para esposo de la guerra y de las grandes adversidades. Cuando supo que éste se había unido a la “adorable loquita” de Manuelita Sáenz, se desentendió de su ilusión, y del viejo amor nació algo parecido al odio; el despecho —aunque luego Manuelita conquistó con sus cualidades de noble dama a esta linda ocañera.

Eran días de agitación y doña Nicolasa era quien atendía y preparaba café y chocolate a los distintos invitados que venían de los más distantes lugares para expresar solidaridad moral y política a Francisco.

La campaña electoral la centró, Francisco, en visitar conventos en el momento en que se oficiaba misa. Se hacía ver en las horas más concurridas en compungido estado de rezo, arrodillado, hundida la cabeza en sus manos. Luego de acabada la misa invitaba a conversar al sacerdote, y se hacía rodear de jóvenes previamente entrenados para la ocasión. Era para llamar la atención. Entonces con voz grave y afectuosa daba un pequeño discurso, luego de lo cual entregaba una limosna, muy apreciable, para los santos.

El primer triunfo festejado en Santa Catalina fue el resultado de las elecciones primarias donde había dominado Francisco. Entonces, escribía con la ayuda de Nicolasa más de veinte cartas diariamente; con su influjo había logrado adueñarse de importantes puestos electorales. El Libertador y sus amigos se conformaban con aconsejar al pueblo que escogiera hombres de luces y de virtud, amigos de la tranquilidad y de

la armonía, verdaderos patriotas. Procuraba no interferir en los colegios electorales. (35)

Restrepo dice que la conducta de los seguidores del jefe supremo fue en este sentido errónea. Dice que si Bolívar hubiera empleado el grande influjo que tenía en Colombia para que se nombraran diputados de su bando, él habría podido asegurar la mayoría de la convención. Que acaso entonces la existencia de Colombia se habría prolongado algunos años más. Que en justicia nada se podía objetar contra el influjo del Ejecutivo en las elecciones porque así obran los gobiernos republicanos en EE.UU, también en Francia e Inglaterra y en cualquier lugar donde se haya establecido el sistema representativo.

Y fue precisamente este método el aplicado por Santander cuando fue Presidente de la República de la Nueva Granada e hizo fuerte campaña a favor de la candidatura de José María Obando. Lo hizo sustentado en el ejemplo de EE.UU; Bolívar, que rechazaba toda imitación de las políticas extranjeras, prefirió seguir su propia naturaleza. —Fue por esta imparcialidad del “tirano” como se consumó la muerte de Colombia.

En Santa Catalina se cocinó el proyecto de destruir al Libertador con burlas e irrespetos. Se le inventarían los sobrenombres más vulgares.

En medio de grandes risas y aplausos, se decidió llamarle Longaniza, igual que a un loco que andaba por las calles de Bogotá vestido con harapos militares.

Los primeros días de marzo estuvieron llenos de una tensión agobiante para el gobierno. Cualquier medida era vista con recelo y criticada con provocadores panfletos.

El 13 se acordó revestir a Bolívar de facultades extraordinarias, por las noticias alarmantes en Maturín, Zulia y Orinoco, pero se determinó que este poder no podía extenderse al cantón de Ocaña, donde deliberaría la convención.

Los “liberales” rechazaron estas medidas y trataron de sacar provecho para sus miras “redentoras”, anunciando que el Gobierno vivía asustado.

Otro hecho que exaltó más aún los ánimos fueron las medidas que pedían controlar impresos insultantes que enervaban las pasiones. A pesar de numerosas protestas en este sentido y de peticiones firmadas por multitud de personas, el “tirano” se limitó a aconsejar a sus secretarios y autoridades subalternas, que con su influjo procuraran impedir los artículos injuriosos.

El menor movimiento del despacho del Presidente era recibido con una fuerte descarga. El 17 de marzo, Santander mandó una carta a Vélez, personaje indefinido que tuvo alguna participación importante, después de la muerte del Libertador donde decía que nuestra patria no estaba regida constitucionalmente, sino que era gobernada caprichosamente por Bolívar, que de su título puramente honroso de Libertador, había querido erigirse como una autoridad superior a las leyes.

Lea usted la Gaceta del 2 de marzo y vea un decreto expedido el 26 de febrero disponiendo de la autoridad ejecutiva sin respeto a la Constitución ni a la opinión pública, como pudiera disponer de un rebaño... No se admire usted de verme federalista en 1828, porque a tal estado ha llegado ésta, nuestra Colombia, que sería musulmán, si esto fuera preciso, para que hubiera un gobierno estrictamente liberal. No hay más remedio, mi querido Vélez, que la federación para salvar las libertades nacionales fuertemente acometidas por un enjambre de prosélitos del poder militar discrecional... Hemos ya aquí cincuenta y un diputados, todos en su mayoría muy liberales y federalistas. Probablemente, se reunirá la Convención dentro de veinte días. (36)

Esta carta fue interceptada por el general Montilla y remitida una copia al Libertador por O’Leary. Una impresión muy dolorosa debió causar a Bolívar aquellos extremos de ingratitud. De hecho, ya Colombia estaba despedazada y lo único que podía hacerse era disolver la Convención y expulsar del país a los renegados y traidores, pero era ésta una tarea contraria a su naturaleza.

Le escribió el Libertador a don Joaquín Mosquera: (37)

Aunque debía a usted una respuesta, no había replicado de propósito muy deliberado. Ha sido mi costumbre alejarme de los legisladores por mi propia reputación y por la de ellos. Nunca he influido en que hagan tal o cual cosa,

sin haber dejado de profesar públicamente mis opiniones y mis deseos. Esta manifestación podía influir en mis enemigos, pero indirectamente. ¿Qué podría decir a usted que usted no supiera?

¿Y no habrían sido mis cartas mal interpretadas? Se habría dicho que yo le escribía, pues, siempre se habría de saber que lo hacía para empeñar al más brillante miembro de la Convención a que sostuviera mis principios y, a lo que es peor, mi ambición. Como yo conozco a usted tanto, llegué a temer que su delicadeza se ofendiera con mis cartas. (¡Así era Bolívar!) Este escrúpulo llegó a tal grado que resolví privarme del placer de escribir a usted y de recibir sus respuestas... Diré a Usted de paso que cuando temo que desapruében mi manejo y mis ideas, dejo de importunar con mi amistad a los que me condenan. Entre mil flaquezas, esta es una de las mías, y espero que usted me la perdonará en virtud de mi confesión. Yo poseo el sentimiento de la amistad y de la gratitud; por lo mismo sus contrarios me son enojosos. (38)

¡Qué desgracia! Joaquín Mosquera no comprendió, o no sintió, o no quiso comprender ni sentir estas grandiosas palabras. ¿Cómo podía hacerse con tales hombres una patria grande y agradecida a aquél que lo había conseguido todo de la nada?

En aquella convención donde se consolidarían los desastres de la futura América, se engendró el crimen del 25 de septiembre contra el Libertador y Urdaneta, la guerra a muerte entre los partidos, la idea de la vulnerabilidad de Bolívar, y que la guerra civil era un hecho saludable y victorioso para hacerse de preesas y privilegios políticos. Esto provocó la sublevación de José Hilario López y José María Obando en Pasto, la rebelión de Córdova en Antioquia, la muerte de Sucre, la crisis del gobierno de Mosquera, el acto criminal de Páez, proscribiendo a Bolívar de su propia patria y, en fin, la pertinaz división política que arrasó nuestros pueblos durante siglo y medio.

Turbulentos y desesperados años, y no deja uno de preguntarse, ¿cómo fue que Bolívar no acabó trastornado, loco, completamente inútil para la vida pública? Él mismo nos da una respuesta en carta a Briceño Méndez:

Desde el movimiento de Valencia, yo vi este país perdido, y cada día lo veo acercarse al precipicio último. Cada paso, cada instante es un escalón

que descendemos. Y si mi desesperación no fuese igual al horror de nuestra suerte, hubiera perdido el juicio. (39)

Bolívar se iba apagando durante los días de la Convención de Ocaña y, mientras esperaba en Bucaramanga(40), la luz de alguna esperanza para la organización de un gobierno fuerte se consumió a sí mismo en medio de torturantes revelaciones: vivía “el momento de la calma y del despecho”.

Decía O’Leary, entonces, que el partido “liberal” reunía más elocuencia y más audacia, ya que, estaba influenciado por la presencia de Francisco y que, además, los renombrados Soto y Azuero hicieron de la Convención un mercado de agrias imputaciones al Gobierno.

Los que estaban en Ocaña a favor de las ideas del Libertador eran hombres moderados, razonables y hasta timoratos. Refiere A. Thiers en su *Historia de la Revolución Francesa*(41) que, cuando un partido moderado quiere contener a un partido violento, se encuentra en un círculo vicioso del que no puede salir jamás. El grupo que apoyaba al Libertador tenía por fuerza que contemporizar con sus enemigos, y esto era una posición débil ante los “liberales”, y de la que éstos se aprovecharon para hacer aparecer —¡qué contrasentido!— a los amigos de Bolívar como perniciosos a la República. Temblaban los moderados ante el descaro de los santanderistas, y no sabían si lo que proponían era justo o bueno para el país.

El histerismo de Santander alcanzó en Ocaña su punto más enervante. Gritaba que lo querían matar y que, si lo mataban sus enemigos, tratarían luego de demostrar que no fue patriota sino ladrón. Su lenguaje y su iracundia llegaban a las reuniones, a la calle e iba en sus cartas. Hasta llegó a pedir un pasaporte al jefe supremo y lo hizo saber a todos los diputados. Alguien tuvo el inconcebible atrevimiento de sacarle lo del fusilamiento injustificado de los prisioneros de Boyacá. Francisco, entonces, provocó el escándalo de Padilla contra Montilla (en Cartagena). El general Padilla, obnubilado con sus preesas y un tanto confuso, se pronunció por la defensa de los “Liberales”. Les ofreció apoyo en caso de ser atacados por las fuerzas de Bolívar, porque Santander escribía a Bogotá, a Popayán, a todas partes, presentando un panorama de

gravísima amenaza por parte de los militares amigos del “tirano en jefe”. El 17 de marzo, escribió al señor Madiedo:

El general Padilla me escribe por todos los correos; ahora me ha remitido la consabida representación de los militares. Es menester que ustedes hagan el más justo elogio de Padilla (42) en estas circunstancias. Yo creo que debemos contar ciegamente con ese benemérito soldado de la libertad. ¡Qué garantía para la buena causa! (43)

Al ver Francisco que estaba perdida la causa de la rebelión que al principio pareció prometer jugosos beneficios a su bando mandó a Padilla que se entrevistara con O’Leary; de algún modo buscaba una decisión que sacrificara su ulterior procedimiento y bajo esta especie de broquel cubrir tal vez algún crimen que había concebido.

Pero O’Leary recordaba los enredos del año 26. Por eso decía “el general Santander se engaña. Yo tengo veintiocho años y bastante juicio para penetrar en las mal encubiertas intrigas de las que él se vale”.

Se sabía que si Bolívar hubiese hablado a Padilla habría vuelto a ser como era antes, su amigo; no habría resistido el ascendiente que ejercía sobre los que se le acercaban, y al que Padilla ya había estado sometido en mejores días.

Estaba claro que para enfrentar los ataques de los “liberales” se necesitaban otros iguales a ellos. Y no los había. O’Leary pide al Libertador que acuda a Ocaña, pero éste prefiere que sea la Convención quien lo llame. Vana ilusión. Los más talentosos amigos de Bolívar eran débiles y de poco fiar: José María de Castillo, uno de los más brillantes, pecaba de extremadamente delicado, y Joaquín Mosquera de aristócrata y arrogante. En el proceso de una revolución, el talento sin resolución pronto sucumbe ante el cinismo de los audaces. Las revoluciones requieren, al lado de mentes sagaces, actitudes rápidas y arriesgadas. Con una voluntad vacilante no se llega a ninguna parte. Sin un poco de locura, cualquier empresa se torna imposible, porque las revoluciones implican riesgos suicidas. Esto lo sabía Bolívar, pero no los diputados que se habían quedado sólo en la elocuencia y en la espera de alguna suntuosa gratificación: cobrar a peso y medio cada legua recorrida.

No obstante, Bolívar no quiere abandonar Colombia. Si alguien le ofrece fidelidad, él es capaz de renacer y revivir la patria. Pero faltan suficientes hombres. Para completar, Miguel Peña es echado en forma humillante de Ocaña. (44)

Vivía Bolívar momentos angustiosos y Santander que conocía sus nervios, su delicadeza, trató de conducirlo a extremos peligrosos.

Su consigna es odio sordo a cuantas exigencias proponga el Libertador: se burla de sus proclamas y de sus palabras. Por ejemplo, cuando se discutía entre los diputados si debía o no invitarse al Libertador, exclamaba: “Colombia se hundirá en la ignominia de los enemigos de las leyes”. Y añadía:

No lo inviten, no, no; eso sería lo último. La influencia de Bolívar sobre los colombianos es nefasta. Yo lo conozco, señores, y cuantas veces fui invitado a hablarle, me dominaba con sus ideas; me convencían sus palabras fantasiosas... Desarma a la gente, ese hombre, no lo llamen: nos convencerá a todos hoy, pero mañana Colombia se hundirá irremediamente. (45)

Y pensar que esos argumentos absurdos y ridículos hicieron efecto en algunos diputados.

Mientras la convención deliberaba, el 18 de abril, los “liberales” obtuvieron una resonante victoria en Bolivia; los efectos de las defecciones provocadas por Francisco en el ejército y los malos ejemplos de Bustamante produjeron la sublevación de la primera compañía de Granaderos a Caballo, que formaba toda la guarnición de la ciudad.

Escribe Sucre al Libertador que creyendo contenerla con su influjo se dirigió a ellos, pero fue recibido a balazos. Fue herido en el brazo. Dice que al pretender los revoltosos dar un aire popular a la revolución, se apoderaron de la tropa y provocaron un virulento tumulto; no escuchaban órdenes. Se organizaron juntas con las que se buscaba desconocer al Gobierno. Finalmente fueron rechazados, sin antes dejar la más profunda herida en Sucre, quien se sintió moralmente inútil para gobernar nada.

Poco después, el orden fue restablecido y las autoridades restituidas en sus puestos; el Ministro de Interior preso y Sucre conducido a una casa cercana al cuartel. Allí escribió al Libertador:

Adiós mi querido general; por septiembre estaré en Quito, pero nadie me hará emplear en servicio público. Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la Independencia pude salir sano.

NOTAS

1. R. Cortázar. *Santander, cartas y mensajes*.
2. Sobre este punto quiero llamar la atención a un grupo de historiadores y políticos granadinos, de nuevo cuño, quienes afirman que Bolívar, poco antes de morir, se arrepintió de haberse enemistado con Santander. Claro. Utilizan el argumento de la desgarrada carta del día 31 de octubre de 1830, en la cual el Libertador escribe a Justo Briceño: "...no quiero estar como antes entre Páez y Santander, cuya división me perdió a mí y los perderá a todos". Sencillamente, Bolívar no podía hacer otra cosa sino morir en medio de la torpeza de Páez y Santander, los astros que aun dictan las normas políticas tanto en Colombia como en Venezuela que tuvimos hasta 1998: el primero, representante del patán militar, con el rebenque en la mano; el otro, eterno reparador de minucias "legales", que destruyeron y enmarañaron todo. No podía, pues, sino decir la verdad.
3. R. Cortázar, *Santander, cartas y mensajes*.
4. Era ya Briceño Méndez, por allá en el año de 1820, ministro de guerra. Hombre culto y de un carácter tolerante y bondadoso, además de una serena y disciplinada inteligencia. A pesar de provenir de una familia muy rica de Barinas, se alistó en la revolución asumiendo los cargos y las situaciones más adversas, con una entera humildad y disposición de sacrificio. Dice O'Leary: "En el año de 1813, le conoció Bolívar, quien le nombró su secretario, y honrado desde entonces con la amistad del general, siguió su suerte próspera y adversa, con una fidelidad tanto más laudable, cuanto que fue desinteresada, pues, rehusó constantemente los grados militares que se le ofrecieron, y sólo después de participar de los peligros y fatigas de las campañas y de las penalidades y pobreza del destierro aceptó al fin el rango de coronel en 1818, por satisfacer los deseos de su jefe y amigo... Sus maneras suaves y modestas hacían gran contraste con el genio variable e irascible del Libertador". Muchos no se explican por qué Briceño Méndez siendo tan pacífico, tolerante, se unió años más tarde, ya muerto Bolívar, a un grupo de revolucionarios contra el gobierno de Páez. Y cuando uno recuerda el final horrendo de este hombre en Curazao; su soledad, sin patria, sin medios y sin amigos, arruinado moralmente por la pérdida de lo que más amaba: Bolívar;

cuando pensamos en este hombre, nos sobrecogemos de dolor, de honda tristeza. Pero debemos decir: Querido Briceño, estás en el corazón de los que verdaderamente amamos esta tierra. Tú nos has legado el más hermoso de todos los ejemplos: La fidelidad a la causa de nuestro Libertador.”

5. General O’Leary, *Memorias*.
6. Carta enviada a finales del año 1826.
7. Citado en Francisco Pividal (2005) *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*. Edición Immecca, Unellez, pp. 197, 198.
8. Ut supra, p. 198.
9. Ut supra, pp. 198, 199.
10. Ut supra, p. 200.
11. Ut supra, p. 201
12. Posada Gutiérrez Joaquín, *Memorias histórico-políticas*.
13. Carta del 19 de mayo de 1827.
14. General O’Leary, *Memorias*.
15. Por cierto que a J. M. Obando —el autor intelectual del crimen de Berruecos— le parecía que su colega Antonio Obando era uno de los generales más beneméritos de Colombia.
16. Roberto Cortázar. *Santander, cartas y mensajes*. Santander tenía poco decoro con sus amigos. Podía ver una persona hoy y elevarlo por las nubes, adjudicándole los más altos y nobles títulos de amistad. A la espalda y a los pocos minutos la estigmatizaba con sobreentendidos dobles y triples de desprecio y burla. Estando en Nueva York, por allá en el año de 1831, le escribía a Soto: “Cuando llegué aquí, ya hacía cuarenta días que Joaquín Mosquera salió para Francia. Todos ellos (se refiere a un grupo de amigos que ha nombrado con anterioridad en la carta) pueden servir con más o menos utilidad, digo todos, menos don Joaquín Mosquera, que es de otra especie que no debo poner ni al nivel de su propio hermano el antiguo intendente de Guayaquil “(Tomás Cipriano Mosquera). Se refería a las personas que podría utilizar en su gobierno, que organizaban para él, Soto y Azuero. Pero pocos días después escribe a T. C. Mosquera y le dice: “Qué chasco me he llevado con la ausencia de su hermano (Joaquín). Diré a usted que ha sido el más desgraciado disappointment. Él me hace mucha falta, grande, grandísima. No tengo a quién confiar aquí mis recónditos pensamientos para oír una opinión colombiana y patriótica”.
17. Simón Bolívar, *Obras completas*.

18. Ut supra.
19. El historiador J. M. Groot fue otro de los alucinados por los “liberales”; cuenta que lo fue por inexperiencia y porque, entonces, se hallaba empleado en la Secretaría de Marina, que era tanto como estar en el foco del santanderismo (ver obra citada, Vol. 111, p. 441). Sobre la sublevación de Bustamante, nos dice Groot que era un verdadero sarcasmo la actitud de quienes salieron gritando vivas a la Constitución, con el Vicepresidente a la cabeza, ya que, quienes juraban sostenerla la infringían porque ésta prohibía la deliberación de la Fuerza Armada. Y añade: “los insurrectos de la Tercera División robaron al general Lara diez mil pesos que tenía en onzas, de los premios que le había dado el Congreso peruano. Esto hacía más indigna e indecente la celebración de aquel hecho, celebración que no se hizo igual cuando vino la noticia de los triunfos de Junín y Ayacucho... El Vicepresidente no sólo aprobó la insurrección militar, sino que dijo a Bustamante que había dado un día de consuelo a la Patria”. (pp. 443, 444).
20. Quien a la postre quedó como el supremo de Ecuador, una vez muerto Bolívar.
21. General O’Leary, *Memorias*.
22. Este Uribe Restrepo, senador, bastante joven, había estado seis años en un manicomio y mostraba contra Bolívar un odio confuso y estrafalario. Odiar a Bolívar era la moda entre la juventud.
23. Todos los entrecomillados de este debate fueron tomados de Jorge Rosa, Editor (1894) *Memorias de Don Francisco Soto, breve relación escrita por él sobre algunos hechos ocurridos en 1827*. Biblioteca Popular, Tomo VI, Librería Nueva Bogotá.
24. José Manuel Restrepo (1952) *Historia de la Nueva Granada*. Editorial Cromos.
25. Esto era indudable, López fue uno de los diputados “liberales” a la Convención Ocaña, quien poco después provocó una revuelta en Pasto junto con Obando.
26. José Manuel Restrepo. (1952). *Historia de la Nueva Granada*. Editorial Cromos.
27. *El Conductor* salía dos veces por semana “y en su mayor parte se costeaba de los fondos públicos, pues, el gobierno de Santander se había suscrito por doscientos cincuenta ejemplares que circulaban en todas las provincias”. Groot, obra citada, Vol. III, pág. 451.
28. Obra ya citada, Vol. 111, p. 482.

29. Dice Posada que en 1830 volvió a estar en relaciones con el Libertador y que le convidó varias veces a su mesa, donde mereció confianza y que jamás le hizo mención alguna sobre el incidente del año 27. “Toda prevención (decía) que tuviera contra mí se había disipado, y yo conocía por su modo de tratarme, que procuraba destruir cualquiera aprensión que yo pudiera tener”. Bolívar no guardaba rencor, se olvidaba de los agravios y nunca de los servicios: poseyendo en alto grado el don de conocer a los hombres, bien pronto sabía calificar sus acciones y distinguir lo que procedía de mala índole o de ligereza o irreflexión. Por otra parte, se lisonjeaba y complacía en desarmar a los que creía sus enemigos procurando convencerlos de la rectitud de sus convicciones.
30. Groot, obra citada, Vol. III, p. 483.
31. Roberto Cortázar. “Carta de Santander al doctor Rufino Cuervo, el 29 de octubre de 1827”. En *Santander, cartas y mensajes*, Tomo 7.
32. Qué diferencia entre Sucre y aquel general Lamar, éste siendo colombiano lanzó al Perú en guerra contra su propia tierra, todo por meras ambiciones personales (Lamar era un ídolo del detractor de Bolívar, Ricardo Palma).
33. Simón Bolívar, *Obras completas*.
34. *Las Ibáñez*, obra ya citada.
35. Luego Santander tuvo el valor de decir que Bolívar intrigaba para que no fuera a la convención. Lo dijo en sus *Apuntamientos* “A semejante especie (dice Groot) sólo pueden dar ascenso los que no conocieron la nobleza y dignidad del carácter del Libertador”. Vol. III, p. 438.
36. R. Cortázar. *Santander, cartas y mensajes*.
37. Debemos aclarar que el señor Mosquera no estuvo a la altura de la amistad que le ofrecía el Libertador. Más aún, como veremos después, le pagó con una actitud que nosotros no podemos menos que ver como pérfida, desleal.
38. Simón Bolívar, *Obras completas*.
39. Ut supra.
40. Mientras se realizaba la Convención, Bolívar aguardó sin muchas ilusiones sus resultados en la Villa de Bucaramanga, pueblo hermoso de clima cálido, que tanto favorecía la salud del Libertador. La ciudad es prácticamente llana, rodeada a lo lejos de cerros oscuros y apacibles. La casa que ocupaba el Libertador era de una sola planta, con grandes ventanales, rejas balaustradas, amplios salones y en

la antesala había colgadas pintorescas y agradables hamacas. Fue allí donde el francés, edecán de Bolívar, Perú De Lacroix, llevó un diario en el que recogió aspectos interesantes de la personalidad del Libertador e hizo anotaciones sobre los acontecimientos políticos de la convención.

41. Vol. I, p. 372
42. Si algo nos duele de aquellos años tormentosos, fue lo del fusilamiento de Padilla por el atentado del 25 de septiembre. Era un hombre que no merecía tan desgraciado final.
43. R. Cortázar. *Santander, cartas y mensajes*.
44. Peña, venezolano, de elocuente claridad, pero que sobrellevaba el peso de una severa acusación: apropiación de miles de pesos del Tesoro Público. Una debilidad de utilitaristas, tan parecida a la cometida por Azuero o Santander. Por “desgracia”, Peña no pudo ocultar su mancha con el poder de las leyes.
45. *Memorias políticas*. Tomás Cipriano de Mosquera.

NO MÁS COLOMBIA

*El que cree que no se puede saber nada, no sabe
siquiera si se puede saber que nada se sabe.*

Lucrecio

Conciudadanos. Os congratulo por la honra que habéis merecido de la nación confiándoos sus altos destinos y al hablar de leyes pensando tal vez en las bromas de la fatalidad (y recordando al Hombre de las Leyes, añade) obsérvese que nuestro ya tan abultado código, en vez de conducir a la felicidad, ofrece obstáculos a sus progresos. Parecen nuestras leyes hechas del acaso; carecen de conjunto, de método, de clasificación y de idioma legal. Son opuestas entre sí, confusas, a veces innecesarias y aun contrarias a sus fines... la ley, pues hecha al intento, ha resultado mucho menos adecuada que las antiguas, amparando indirectamente los vicios que se procuraban evitar... Considerad que la corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la impunidad de los delitos. Mirad que sin fuerza no hay virtud, y sin virtud perece la República. Mirad en fin que la anarquía destruye la libertad, y que la unidad conserva el orden. (1)

El Libertador envió su mensaje a la Convención. Posada Gutiérrez dice que “cuando Bolívar habló, ya su voz no se oía; la pureza de sus intenciones fue desconocida y, como él mismo lo había previsto, sus exhortaciones fueron siniestramente interpretadas”.

Se decía que las recomendaciones para adoptar un gobierno fuerte estaban dirigidas a reforzar las aspiraciones tiránicas de Bolívar.

Como si, entre este gobierno y la excesiva debilidad (dice Restrepo) en que pretendía dejarle una exaltada y visionaria demagogia, no existiera un justo medio que anhelaba el Libertador y una mayoría de Colombia, la que exenta de ambiciones de partidos sólo apetecía reposo, orden y seguridad. Hubieran adaptado aquel medio que sugería la razón y la experiencia pasada, entonces la calma habría renacido, acaso aún existiera Colombia. Indelebles hubieran sido en este caso los títulos de la Convención a la gratitud nacional. (2)

Pero se necesitaban hombres capaces para enfrentar a los perros rabiosos de la República. Por un instante, el doctor José María del Castillo actuó con coraje y los “liberales” fueron replegados; entonces, Bolívar revivió de su agonía y pidió lápiz y papel; fue una ráfaga de resurrección la que le llevó a decir a Castillo:

Yo me asombro, algunas veces, del tiempo que hemos perdido sin conocernos. No culpo a la fatalidad, sino a mí mismo, de una distracción que parece muy extraña a mi carácter porque, cuando yo observo a un hombre de virtud y de talento, mi afecto se arroja sobre él con una inclinación irresistible y no se tranquiliza hasta que no ha logrado el recíproco... Resucite, usted, la patria que yo considero ya muerta... Si usted logra el prodigio de levantarla, yo me suscribo a todo y abandonaré, desde luego, mis pensamientos dolorosos. Dichoso usted si puede salvarnos a todos... (3)

Sabiendo el Libertador que no era momento para la retórica, sino de coraje y de convicción moral, le escribe a los pocos días otra carta a Castillo:

No deje de acordarse de su sentencia admirable, que los consejos de la timidez no dejan nunca de tener resultados infaustos. Yo llevaré esta divisa, a condición de que usted jure seguirla. Que sea pues nuestro estandarte, fatalidad para la timidez. (4)

Se equivocaba el Libertador; Castillo no era ese hombre que, en aquel momento desesperado, él se imaginaba; al parecer perseguía, con la amistad de Bolívar, cosas no del todo patrióticas. Fue él, junto con Urdaneta, quien impuso condiciones a la Constitución de 1830 para que Sucre no fuese elegido presidente de la República. Ellos impusieron el requerimiento de cuarenta años como edad mínima, según se supo después; el uno aspiraba a la presidencia y el otro a la vicepresidencia. Por cierto que Sucre, el noble, ni se enteró, y si lo supo no le dio la menor importancia. En esta clase de generosidad debemos admitir que el Mariscal de Ayacucho llegaba a veces a superar al propio Libertador.

Castillo comenzó a retroceder ante los gritos de Santander, ante su verbo bilioso y exorbitante. En cuanto alguien mencionaba peticiones en procura de un gobierno fuerte, el grupo “liberal” saltaba con fuertes imprecaciones. Se ridiculizaba lo planteado por los moderados,

y Santander paseaba la mirada sobre la cuadrilla de sus congéneres que, entre todos ellos, era Soto el Director de la Convención quien, con su gran experiencia en diatribas, discusiones y votaciones, faltaba con frecuencia a los reglamentos internos, para dominar y someter a sus oponentes.

Hemos visto que O'Leary estuvo como espectador de aquellos torneos verbales en Ocaña y cuando Francisco lo vio llegar, difundió la especie que tenía órdenes expresas de dividir a la Convención.

En dos ocasiones se presentó O'Leary en la convención con una caña delgada. Había oído de Santander que no perdía oportunidad para insultar a Bolívar y se había prometido a sí mismo no sufrir en su presencia ningún irrespeto para con el Libertador. Con diez diputados con el carácter de O'Leary se habría aplastado a la facción santanderista.

Hoy 9 de abril (dice O'Leary) cuando entré a la sala y tomé una silla, Soto que ejercía las funciones de director me mandó a decir con el portero que no se podía entrar a la convención con garrote. Francamente, la caña pesa tres onzas, y lo más notable es que había varias personas a mi lado y en frente de mí que tenían grandes bastones. Aunque me molestó la cosa, no dije nada... La semana pasada, Santander se mudó de silla, que estaba cerca de donde yo me siento, cerca de la barra. Una persona le preguntó por qué se había mudado de su lugar, y Santander le contestó que no podía hablar en donde estaba antes, porque a cada momento temía un garrotazo. Esto no es sino miedo que tiene. (5)

También añade que era tal la soberbia de Francisco que Ocaña estaba impregnada de sus nervios y se respiraba un aire mefítico que llegaba a todos los rincones de Colombia.

Y no era exagerado por cuanto que la grafomanía del Vicepresidente es única en los anales de Colombia. Puede decirse que si a Bolívar se le conocía por sus guerras, triunfos y derrotas de una gesta de quince años de lucha, Francisco era famoso por sus artículos, cuentos, proclamas, cartas y discursos, los cuales recorrían Colombia entera y otros países con frecuencia casi diaria.

El influjo del Libertador no hizo efecto en los “liberales”, quienes estaban decididos a imponerse por cualquier medio.

Los amigos de la causa de Bolívar se retiraron, y pocos días después la Convención se disolvió por falta de quórum.

Anterior a este desenlace, Peña presentó un cuadro a Bolívar, que es de una asombrosa clarividencia y profundidad:

¿Sabe usted cuál es, en mi concepto, la verdadera cuestión que se discute en el día? Los efectos del odio y rivalidad que Santander profesa a Usted, es a Usted a quien él dirige ahora sus tiros para sacarle de la escena, y a mi parecer Usted rechaza sus golpes con un desdén generoso que conviene poco con un enemigo ambicioso, cruel y cuyo carácter lo forman la codicia y la venganza. Santander no perdona medio para desacreditarlo a Usted dentro y fuera de Colombia; se ha valido de la calumnia porque no halla en la conducta de Usted acciones que censurar; la corona que él le atribuye, y que es obra exclusiva de su imaginación, es la misma que el senado romano y los enemigos del ilustre Tiberio Graco le atribuyeron cuando se puso las manos en la cabeza para pedir auxilio contra el inminente peligro que amenazaba su vida... Y Usted, oyendo los gritos de la justicia, ha levantado su voz y su mano contra la corrupción y los vicios que han degradado nuestra patria, y Santander que los había entronizado y protegido por su propio provecho ha recurrido a la corona de Tiberio para inflamar los pueblos contra Usted, pero en realidad para continuar su dominación con el título plausible de defensor de las libertades públicas... Santander es enemigo muy temible; todas las arterias de Maquiavelo están en su cabeza y todos los crímenes de la edad media están en su corazón.(6)

Sugirió, Peña a Bolívar, que adelantase un escuadrón de caballería, a dos días de Ocaña, para ocupar la ciudad y disolver la Convención.

Aquel hombre “de cara enjuta, de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder; boca fina, de cabellos lacios; que ceñía su talle grave casaca de elevado cuello, entre cuyas solapas anchurosas rebosaba, sobre el chaleco de enhiestos costados, la rizada pechera, aquí y allí prendida con prendas lujosas”(7) iba a provocar, con su temible elocuencia una venganza despiadada contra los granadinos. Venganza absurda que terminó pagando la patria y sobre todo el pobre Bolívar.

Santander y Peña se parecían mucho en el sentido de que ninguno de los dos olvidaba sus odios: eran esclavos de sus propias ambiciones personales.

Fracasada la Convención, Bolívar se dirige a la capital. Pocos días antes había dicho a De Lacroix:

Si yo creyera a los presentimientos no iría a Bogotá porque algo me está diciendo que allí sucederá algún acontecimiento malo o fatal para mí... me encuentro en una posición quizás única en la historia. Magistrado Superior de una República que se regía por una Constitución que no quieren los pueblos, y que la convención ha anulado al declarar su reforma, y se ha disuelto sin hacerlas y sin dar el nuevo código con que debía regirse la Nación. Gobernar con la Constitución desacreditada, la rechazarán los pueblos y entrarán las conmociones civiles; dar yo un Código provisional, no tengo facultad para eso, y al hacerlo me llamarán con razón déspota; gobernar sin Constitución ninguna y según mi voluntad, me acusarán, también con justicia, de haber establecido un Poder absoluto. Declararme Dictador no lo puedo, no lo debo ni quiero hacer. En fin, veremos, sobre lo que de esto dirán los sabios de Bogotá. (8)

Es aquí de donde nace el dilema de la necesidad de la dictadura que con tanta acrimonia, maldad y vileza se le atribuyó a Bolívar. Una pérfida facción conducía a la República al recurso último de la dictadura. En realidad, los santanderistas habían dado con su actitud un golpe de Estado, porque desarmaban legalmente al gobierno y lo exponían al descrédito público, tanto en lo interior como a los ojos de los países “civilizados”. Habiéndose pues disuelto la Convención, los “liberales” pensaban que debía quedar vigente la Constitución de Cúcuta. No creían lo mismo muchos representantes de las provincias de Venezuela que, hasta hacía poco, habían sufrido una revolución y precisamente ahora pedían, para calmar las pasiones, la reforma de esta Constitución. Por unanimidad habían declarado los diputados la necesidad de reformar aquel código, de modo que mantenerlo era en sí exacerbar aún más las pasiones.

En verdad, la paz ya no era posible; penas y más guerras oscurecían el ancho horizonte colombiano. Bolívar había justificado su vida, ¿para qué crucificarse en aquella barbarie?; con o sin dictadura, Colombia no

tenía remedio. Y la dictadura no era otra cosa que la culminación de la tragedia que le rondaba. Es la vorágine de la revolución americana y en ella sólo él conservaba una dignidad evocativa de las más grandes hazañas de la historia. Llevaba el estigma de lo trágico. San Martín recelaba de la tragedia y se retiró del escenario prudentemente; de los demás no se puede hablar porque carecían de pasión genuina, de numen visionario, de heroísmo quijotesco. Iturbides fue un pobre diablo sin genio; Páez un arrebatado sin visión moral de alto alcance, Santander un seudointelectual aburguesado.

Nos refiere De Lacroix que, el 26 de junio, un grupo de diputados de los asistentes a la convención esparcían noticias alarmantes, puesto que habiéndose dado cuenta que debían continuar supeditados al Libertador, procedieron a realizar planes criminales contra el gobierno. En la casa que Santander ocupaba en Ocaña, recibieron las instrucciones para la gran sublevación.

Santander había dejado Ocaña bajo un cielo de negros nubarrones. Parecía su cara más seca, más dura; con aspecto de haber padecido una intensa y larga fiebre, para entrar en otro viaje estremecedor de sus obsesiones: planes, revueltas, exilio, un sinfín de abismos y vértigos. Vivía los restos de la noche más larga de su delirio; vacilaba entre sombras de un nuevo y desconocido túnel.

Los encargados de ejecutar el trabucazo en Bogotá fueron los diputados Santander, Luis Vargas Tejada (empleado), Arrubla, Francisco Montoya (mercader) y el doctor José Félix Merizalde (médico); el coronel José Hilario López dirigiría el levantamiento en el Cauca y Popayán; Juan de Dios Aranzazu (mercader) en Antioquia; doctor José Ignacio Márquez (abogado y hacendado) en Tunja; Vicente Azuero y Diego Fernando Gómez (abogado y juez de la Alta Corte) en El Socorro; Francisco Soto y el coronel Juan Nepomuceno Toscano en Pamplona; Salvador Camacho (abogado y hacendado) en Casanare; Martín Tobar (hacendado), doctor Andrés Narvarte (abogado y juez de una corte), Echezuría (abogado) y Romero (abogado) en Venezuela, y que el golpe debería darse en febrero.

El golpe hubo de ser adelantado y se dio en septiembre. Todas las miradas estaban en Santander quien, queriéndolo o no, se había convertido en el centro de todas las aspiraciones “tiranicidas”. Su conducta enervada, sus cartas furibundas contra Bolívar, su doble faz como lo demuestran los hechos ocurridos en Bogotá cuando protestaba su total y frenética fidelidad al Libertador, al tiempo que apoyaba al faccioso Bustamante —y se paseaba con los que cantaban himnos a la Constitución y pedían la cabeza del héroe caraqueño.

¡OH, MARIO!

*Quousque tandem abutaris patienta nostra?
Entre otras incomodidades de los mortales, está esa ceguera del
alma que hace al hombre no sólo errar, sino amar sus errores.*
Séneca

En nada estimo la esperanza.
Terencio

Como sombras, vagaban los diputados por los pueblos. En burros, a pie, a través de caminos polvorientos o empantanados. Parecían fantasmas, duendes. Sólo las urracas llenaban el viento del sonido grave, anunciador de inviernos y tormentas.

A poco de llegar Santander a la capital le fue informado que desaparecía la figura del Vicepresidente y se le nombró como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario a los Estados Unidos —empleo que aceptó (un milagro) después de ciertas consultas con sus íntimos.

El tirano pensaba desarmar a los más envalentonados enemigos, pero nadie convence a los fanáticos, mientras padecen el virus de ideas suicidas. Se cuenta que en un baile, algunos jóvenes insolentes ocuparon el asiento destinado al Libertador, y haciendo tonterías arrancaron solemnes suspiros y frenéticos aplausos del público. Otros, beodos, mostraban armas blancas y pistolas, gritando que querían hacer el papel de Bruto. Era una situación preocupante, y los amigos del tirano le pidieron que creara una policía. El déspota se negó.

Santander oía sugerencias y predicamentos airados contra el Jefe Supremo, y para él había llegado la hora de ejercitarse como maestro de *salvadores de la patria*. En realidad, seres que no habiendo alcanzado posiciones relevantes durante la revolución de independencia, a excepción de Francisco, querían encumbrarse de la noche a la mañana en los agitados ensueños del poder. Eran asiduos visitantes de *Santa Catalina* —el tabernáculo de doña Nicolasa— un tal González, Hormet y Carujo;

el segundo, francés y el tercero venezolano. La consigna era: *Hay que matar al tirano, a Urdaneta y a Castillo.*

El ex-Vice escuchaba las amenazas, pero no aseguraba su compromiso en el atentado. Argumentaba que si él se encontrara en el exterior podía ofrecer lealtad y ayuda al grupo de conspiradores pero que, estando en Bogotá y siendo el blanco de la persecución de sus enemigos, no le era conveniente participar en una rebelión. Sin embargo “convenía en la criminalidad de la conducta del general Bolívar”.

A todas estas, Francisco nunca salió a ocupar el cargo que el Gobierno le había ofrecido, quiso más bien anticiparse a las reacciones inconscientes del país teniendo en sus manos las redes inmensas de la conjura. Los conspiradores contaban con él, y él en su entreverado silencio provocaba a sus aliados o les retardaba el plan según el vaivén de las circunstancias.

A tanto había llegado el poder de Santander que en Bogotá, a excepción de unos pocos, lo consideraban el auténtico sucesor de Bolívar.

El atentado largamente planeado estalló el 25 de septiembre. Un grupo de oficiales atacó el cuartel donde se encontraba preso el almirante Prudencio Padilla. Los conspiradores instan al almirante a que se ponga a la cabeza de un grupo de oficiales, pero Padilla se niega. Probablemente, pensaba en sus pasadas acciones porque en sus protestas había bailado al son que le tocaban los santanderistas, ahora estaba decepcionado. En todo caso le queda poco tiempo para decidir. Le han abierto las rejas y además le dicen sin tapujos: “Usted, amigo, es granadino. La revolución cuenta con un ochenta por ciento de divisiones granadinas. El golpe está preparado con la ayuda del Perú y pronto estallará en Popayán, Pamplona y Cúcuta...” El pobre hombre se cree Santander II, sale de la celda y pide una espada.

Al mismo tiempo, en el cuartel Vargas, Hormet y Carujo asaltan la casa de gobierno. Allí Carujo mata al fiel edecán de Bolívar, el escocés Fergusson. (9)

Ni Boves, ni Calzada, en otros tiempos, habían llegado tan cerca... Dolorosas impresiones serían las de Bolívar sintiendo los pasos asesinos

de sus enemigos. Él, a solas, allí en su cuarto con Manuelita, medio enfermo, esperando entre dudas el último suspiro de Colombia. Tantas sombras grotescas habían detrás de aquel crimen y él las percibía en una sucesión de fatales pensamientos. Era la sombra de Mario revelando toda la furia de su venganza. “¡Oh, Mario! ¿Te imaginas que ya te muestras al pueblo coronado con las glorias del segundo Bruto? ¿Querrás armarte de un puñal contra el nuevo Cincinato...?”

En aquellos segundos, pregunta a Manuela: “¿Y ahora qué hacemos? ¿Hacernos fuertes?”.

Sabía que enfrentarlos era un suicidio. Hombres que mataban, con la mayor sangre fría y bajo una resolución loca y absurda, no se iban detener ante sus palabras ni ante su presencia. Él conocía muy bien el extremo de aquellos actos que eran prolongaciones larvadas de los trastornados realistas. “¡Oh Mario!, tu feroz ambición ha dividido los espíritus, ha sembrado la guerra civil, mostrado al crimen triunfante...”.

Bolívar tenía a un lado a su amante, en las manos espada y pistola; afuera enloquecidos ladraban los perros, alarma de pasos, disparos en los pasillos...

Tal vez, Bolívar consideraba que se vive por un deber sagrado, por un compromiso profundo con un destino, con la naturaleza misma.

Finalmente, huye por una ventana. Dime estólido sofista, “¿de qué sirven los principios de la filosofía?, ¿de qué las leyes del Senado, sino para librar el Estado de la destrucción?”

Cuentan que se ocultó bajo el puente del Carmen que pasa sobre el río San Agustín. Allí pasó tres horas. El sufrimiento, dicen los santos y algunos filósofos, es el camino de la sabiduría y de la entrega a Dios. En aquellas horas, debió haber alcanzado un conocimiento más complejo de sí mismo.

Se daba cuenta de que, con la ausencia a su alrededor de los recursos humanos vitales, sólo quedaba un ligero hilo de vida y una fe vaga en Dios. Era un deber vivir, él se había ganado ese derecho, pero ya

representaba poca cosa; era un tormento, una pelea estéril, sin horizonte, sin soluciones posibles, sin nada.

Actitud absorta sobre un balance de sacrificios en los que percibe el desperdicio de su vida.

Conocemos el final de aquel acontecimiento. Bolívar sale del puente y es aclamado en las calles. Se muestra agradecido y torturado. ¿Había aún alguien que le amara? Abrazando, estrechando manos y recibiendo aplausos decía: “¿Queréis matarme de gozo estando próximo a morir de dolor?”.

Todo era una pesadilla de la que no se recuperaría nunca. En la plaza encontró a Santander, y nos preguntamos: ¿Cómo debió haber sido el semblante, la mirada y el aspecto de Mario, que días antes había conocido la organización del cruel atentado? ¿Se mostraría alarmado? ¿Escandalizado? ¿Lleno de la más absoluta sorpresa y desorientación?

Había ido a la plaza, como tantas veces lo hiciera en situaciones similares, a mostrar sus manos inocentes.

Bolívar, pide a sus amigos que le dejen ir del país. Que perdonen a los conjurados, que se redacte un decreto de olvido, de gracia para los comprometidos; no quiere ser más causa de muerte. Aunque lo intuyó muchas veces, jamás creyó que él pudiera ser el centro de planes tan infames. Atrapado en aquel escándalo, con qué placer habría recibido la muerte. Pero tenía que seguir viviendo, acorralado en una atmósfera más complicada todavía. Los ojos desencajadamente melancólicos que desde entonces muestran todas sus pinturas, reflejan una especie de piedad trastornada; parece alguien que implora perdón al más miserable de la tierra. Parece decir: “¿A dónde ir, Dios mío? ¿Cómo desaparecer o borrar me de toda presencia y acción entre los hombres?”

Sus ojos eran el fiel retrato de la agonía.

Aunque quiero morir (decía) me importa también salvar mi gloria y la de Colombia. Quieroirme, no pidan que me quede: no hay paz, no habrá paz ni un lugar donde la crispación del odio no llegue. *En consecuencia que se prepare de inmediato todo lo necesario para mi marcha.*

Había lágrimas en los rostros de quienes le oían: perplejidad, vergüenza, humillación. Pero, al mismo tiempo, nadie sentía deseos de venganza. Sólo se pensaba en un medio de reparar tan grande mal. El dolor era ilimitado.

El señor Castillo oía con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho. Manifestó, más tarde, una dolorosa preocupación, aprobando la resolución del Libertador—de dejar el gobierno—, aconsejándole que se retirase a su quinta, en donde viéndole vivir el mundo pacíficamente como simple particular, salvaría mejor su gloria que asentándose como prófugo, porque esto supondría que el odio de sus conciudadanos era general e implacable, lo que induciría a creer que era motivado. Esta última observación hizo fuerza en el Libertador, quien contestó al señor Castillo estas precisas palabras: “Bien, me quedaré ahora, pero que se cumpla todo lo demás; después podré irme”.

Algunos espectadores de aquel instante amargo, dicen que su ruina física y moral, su espíritu de sacrificio fue socavado, malogrado desde entonces. Jamás se restablecería de la impresión “que le causaron los puñales asesinos. Parecíale donde quiera, especialmente en la noche, verlos brillar y que iba a ser su víctima infalible”. (10)

“¿Por qué se frustró aquel arranque de generosidad y de alta política del Libertador de abandonarlo todo?”; se pregunta Posada Gutiérrez: “¿Por qué la historia lo ha olvidado, cuando fue conocido generalmente? A las ocho de la mañana ya se había resuelto otra cosa enteramente diferente”.

Al día siguiente, el gobierno quería proceder con fuerza, se pensaba en un castigo inexorable a los culpables. Todos concentraban sus pensamientos en el ex vicepresidente, a quien en medio del silencio muchos lo señalaban como el artífice del crimen, de la rebelión.

¿Qué castigo, entonces, dar a los culpables?

Hubo errores en los decretos que Bolívar, en ejercicio de sus facultades extraordinarias, dictó contra los traidores y conspiradores, a los que se levantasen en guerra civil contra la República y fomentasen o

aconsejasen el alzamiento o se correspondiesen con el enemigo. Los conspiradores y traidores debían ser fusilados y debían confiscárseles sus bienes, cumplir presidio o ser expulsados del país, cargos que pesaban también sobre los que, conociendo la conspiración, no la denunciaran.

No nos explicamos cómo en el caso de Santander no se aplicó lo que la ley exigía. Si él tenía conocimiento de la conspiración —como lo aceptó más tarde en las investigaciones—, y los alcances nefastos de la misma para asesinar al Libertador, lo más decente era que la denunciara ante el gobierno. Ya fuera por su carácter de hombre público por casi veinte años, por razones humanitarias o principios de elemental dignidad; sin importar cuáles fueran los argumentos, Santander debió haber denunciado a aquellos jóvenes trastornados.

Pero no lo hizo y esperó el desenlace final en casa de una hermana. Más tarde, los ministros del Gobierno le iban a pedir, al Libertador, la indulgencia que Santander no había tenido para con él. La indulgencia que luego no tendrá con Sardá, ni con Mariano París y que no tuvo con Infante, ni con ninguno de sus enemigos personales.

Hubo largos y tumultuosos días para Rafael Urdaneta, encargado por el Gobierno de buscar y castigar a los culpables.

Evidencias había de que Santander conoció las maquinaciones del complot. Tantas fueron las interpretaciones que se hicieron de la ley, que el gobierno terminó recomendando que no se fusilara a Santander; y esto, a pesar de que Urdaneta había encontrado, en el pareo con Florentino González y Carujo, serios cargos en su contra.

Entre uno de los argumentos esgrimidos para que se le perdonara, se exponía que el 21 de septiembre disuadió a Hormet y Carujo para que no mataran al Libertador en el pueblo de Soacha. Pero esto era absurdo porque aun así no dio aviso al Gobierno; además, en él convergían las redes del intrincado asunto y era él el predilecto de los facciosos para que asumiera la presidencia de la República luego del criminal atentado.

Jamás Santander, pudo dar una respuesta satisfactoria a tan graves cargos. En el extensísimo documento que envió al Libertador refutando la sentencia de muerte pronunciada en su contra, negaba que a él se le hubiese comunicado plan alguno de lo que se tramaba.

¡Qué fuerza para defenderse!, cuando en todas las confesiones de arrepentimiento o de autoalabanza por los actos del 25 de septiembre, Mario era el padre y el germen de cuanto se hizo aquella noche.

Aún J. M. Obando le llorará, con su lloro mugriento, y dirá, después de cumplir las órdenes que le competían como conspirador, que era su amigo más amado desde los tiempos infortunados (del atentado del 28).

Usted estaba aherrojado, usted estaba embovedado, usted estaba expatriado dirá en su palabrerío descompuesto y su nombre lo invocaba como el bálsamo de la libertad. Usted en fin me ha costado lágrimas de hombre, que siempre son del corazón y yo lo quiero a usted como el mártir de la patria... (11)

El Concejo —formado por Castillo, Vergara, Tanco, Córdova y J. Manuel Restrepo— concluyó que “no eran jueces para sentenciar, ni asesores de la comandancia general”; que, ante la gravedad de aquella desilusión, debían ser muy cuidadosos no manchando sus nombres, por haber conocido en causa de Estado.

En opinión de Urdaneta la razón era muy otra: habían decidido salvar la vida de Francisco porque sus partidarios “han estado amenazando por detrás”; y que aquél era el camino de la salvación, en caso de que Mario volviera a gobernar. Parecía estar escrito que Santander había de ser Jefe Supremo algún día, aunque fuera sobre un pedazo de tierra calcinada.

También aconsejaron algunos ministros que no era recomendable aquel fusilamiento, teniendo en cuenta que podía ser tomado como una venganza del Libertador, siendo que en los últimos meses era conocida públicamente la seria enemistad que había entre los dos. Otros aseguraron que aquella actitud generosa hundía más a Santander en sus pérfidos actos. Mucho enredo y discusiones hubo en torno a esto, desembocando la decisión en el perdón.

Claro está que la generosidad del Libertador para con sus enemigos no iba a traer ningún bien a la República, como no lo había traído en circunstancias similares. Fue generoso con Páez y los revoltosos de Valencia, con Gamarra y Lamar, con los intrigantes de la Convención

de Ocaña y con los obcecados de Soto y Azuero que tantos artículos, ridículos versos y sobrenombres grotescos hicieron públicos contra él. Iba a ser generoso más tarde con J. M. Obando y J. H. López, y en pago recibiría el asesinato de Sucre y una sucesión interminable de guerras, crímenes, amenazas.

Es un error perdonar la bajeza de los desalmados.

Santander jamás habría perdonado a sus enemigos en una situación como la que afrontaba el Libertador. La historia nos mostrará luego horribles fusilamientos, ensañamientos personales contra sus enemigos, durante su período presidencial. Se recuerda como algo abominable aquella orden suya para que se matara al general José Sardá, quien huyendo por haber conspirado se le dio carta abierta a la opinión pública para que se le aprehendiera vivo o muerto. Un tal Ortiz, gustoso de acometer aquel acto —“porque se le dijo que el Presidente había dado orden de cogerlo vivo o muerto, que estaba fuera de ley”— le dio dos balazos en el pecho.⁽¹²⁾

Pero si este ejemplo —además de los conocidos— no basta, agregaremos lo siguiente: En octubre de 1833 —siendo Santander presidente— hubo gran movimiento en la prensa y en el propio Gobierno para que se le conmutara la pena capital a Manuel Anguiano, un joven de 19 años, hijo del General español Anguiano, a quien Morillo mató en Cartagena por traidor. Pero Santander fue inexorable en este caso también. Más tarde, a principios de 1835, habiendo sido capturado José María Serna, uno de los supuestamente comprometidos con Sardá, tres jueces propusieron que se le conmutara la pena “en un largo y bien fundado informe”. Fue otra vez Francisco obstinado en sus pasiones y Serna fue pasado por las armas dejando a su familia —su esposa y dos niñas—, que era distinguida, en la orfandad.

Cuando la necesidad de hacer justicia llenó de ira a Urdaneta y sabiendo los alzados que a éste no le temblaría el pulso para fusilar a los culpables, entonces, hubo pavor. Santander sabía que su esperanza estaba en la debilidad que Bolívar siempre había mostrado hacia su persona, y fue así como entró en escena doña Nicolasa, apeló al amor del pasado. Le escribió al Libertador:

No debe extrañar V. M. que me dirija por medio de esta carta a manifestarle el estado terrible de mi corazón; cuando V. M. mismo me inspiró otras veces confianza, y cuando una idolatría sin término que he tenido por V. M. me dan derecho a tomarme esta libertad... recuerdo más que todo que no puede haber en el universo entero, quien lo haya adorado más, V. M. lo sabe... Bien conoce V. M. el objeto de esta carta, la amistad sólo, Santander... Santander es honrado y sensible; yo no quiero General más sino que mande poner en libertad a este hombre desgraciado... (13)

Firmaba Nicolasa Ibáñez, echando en el cesto al Caro, para recordarle una libertad pasada, cuando ella, la ocañera no tenía marido.

Por estos caminos el Hombre de las Leyes salió del foso, pero ahogado con la marca de Mario. Las sombras malditas de Urdaneta con la soga colgando las vio sobre sí durante muchos años; antes de salir desterrado recordó a Bentham y el uso de la fórmula del negativismo de la conciencia para apelar a la magnanimidad del triste héroe. Para salvar su pellejo no le importaba mentir una vez más y burlarse una vez más de Bolívar, a quien escribió:

Al lado de este borrón resaltará la página que menciona la indulgencia con que V. E. ha reformado la sentencia que llevo refutada, imponiéndome penas menos graves, salvándome la vida, mis bienes y aún la esperanza de ser útil a mi patria alguna otra vez... El Libertador de Colombia debiera ser en todo superior a los hombres comunes porque su misión es mucho más ilustre y mucho más digna del que está llamado a ser el benefactor de todo el mundo.(14)

Antes de que ocurriera el crimen del 25 de septiembre, Azuero y Soto habían huido de la capital. Azuero corrió a El Socorro, donde fue detenido. Desde allí, tembloroso y de modo bajo, envió una representación al Libertador con fecha del 5 de octubre en que afeaba la conspiración protestando su inocencia y su resolución de abandonar la política para vivir retirado. Escribió Azuero al secretario de Relaciones Exteriores, Estanislao Vergara, una suplicante nota para que Vergara lo favoreciera ante Bolívar en que decía:

Haga, pues, los últimos esfuerzos en mi favor firmemente persuadido de que nunca, nunca le haré quedar mal. Yo no quiero ni aún volver a esa

ciudad, ni pasar a otra provincia; tengo aversión hasta a la abogacía; una reducida hacienda aquí es todo mi anhelo, y sepultarme allí hasta la muerte. (15)

Al Libertador llegaron estas súplicas, cuando aún ni siquiera había pensado en Azuero, y cuando estaba decidido a no ver derramada más sangre colombiana. Luego Azuero envió un proyecto de constitución monárquica para Colombia “que fue dada al desprecio por Bolívar”. (16) Éste era el integérrimo doctor Vicente Azuero.

AL FIN, EL PARAÍSO DE BENTHAM

El atentado del 25 de septiembre fue el golpe mortal a la unidad colombiana. Por otro lado, la República de Perú —bajo órdenes de Lamar— junto con un grupo de granadinos comandados por los oficiales José María Obando y José Hilario López, levantaron los pueblos del sur contra la “tiranía”. Se habían vendido Obando y López a un país extranjero “para salvar a la patria”.

Colombia estaba convulsionada y Bolívar, en su desesperación, no hacía sino decir a sus amigos que ya era hora de morir. Francisco, a quien sus colegas de partidos llamaban en aquel momento Pelópidas, estaba preso, pero con la absoluta seguridad de que el “tirano” lo perdonaría. La obsesión del Libertador es salvar la patria, que no existe sino en su corazón, pese a los inmensos obstáculos que ve por doquier. Quiere ir a Guayaquil y expulsar a los peruanos que han ocupado esa parte del territorio colombiano. Quiere ir también a Venezuela. Su presencia, dice, será la señal del combate contra los usurpadores y traidores. Decide finalmente dirigirse al sur. Estaba hecho un cadáver y poseído de una necesidad de justicia que laceraba su alma. Vagaban sus ojos tristes, sus pensamientos mutilados por mil decepciones; sin el hábito de una fuerza a la cual asirse, de un apoyo franco y noble que lo volviera a colocar en el camino sagrado de una excelsa causa. “He luchado contra los españoles, pero los que aquí quedan son tan malos y locos como sus verdugos”.

Los caminos de la traición están en el propio palacio de gobierno, en los brazos eminentes del General J. M. Córdova, quien luego se sublevará alucinado por el trauma infernal de la política.

Para el Libertador no hay supremo que valga, y sale a destronar al *Jackson Granadino* de José María Obando, el brazo militar del partido de Santander y padre putativo de la guerra que declarara la nación peruana contra Colombia. Apenas llega a Pasto expide un indulto en extremo generoso para los alzados. Los historiadores Baralt y Díaz dicen que Bolívar transigió ignominiosamente ante Obando y López. ¿Qué podía hacer el pobre si estaba francamente fastidiado de la perturbación de

los caudillos y profetas colombianos? El propio Bolívar se confiesa en aquellos días: *Yo deseo obrar con toda prudencia, aunque en la guerra la prudencia suele ser dañosa.*

En cambio dice Restrepo que aquel modo de perdonar el Libertador era un defecto de su persona: solía ser excesivamente generoso —dice— con sus enemigos. Que pretendiendo ganárselos a veces olvidaba a sus amigos, de cuyo afecto se creía seguro. En definitiva, no llegaba a ganar sus encarnizados enemigos y perdía el cariño de sus partidarios.

El Libertador era demasiado clemente y sus adversarios estaban mentalmente desquiciados. Parecían unos aberrados y sórdidos criminales que buscaban la famosa *paradita* para dar el zarpazo a su contrario. Enfermos mentales eran Páez, Córdova, Gamarra y medio millar de oficiales colombianos. Pues, cómo entender que apenas acuerda Obando aceptar el indulto, habla luego en una proclama contra el Perú, país al que llamaba bálsamo de sus pesares y la salvación de su patria:

El Libertador, con un decreto generoso, ha puesto término a nuestros males abriendo las puertas de la gloria en los campos del sur, hollados ahora por los pérfidos de la tierra, por esos que nos deben todo y que sin nuestros sacrificios aún serían colonias españolas. (17)

En realidad, las pretensiones peruanas y la propia rebelión de Obando y compañía fueron destrozadas por Sucre en la batalla de Tarqui. El trastorno de los liberales era tal que estaban decididos a que el Perú triunfara contra Colombia y llevara sus límites a la ribera del río Mayo, apoderándose prácticamente de todo Ecuador. Actuaban exactamente como los liberales nicaragüenses que llamaron al filibustero y esclavista William Walker para que los repusiera en el poder.

La guerra peruana llevaba también el propósito de llevar allí a Santander y darle el trono que apetecía.

Tanto J. M. Obando como J. H. López celebraron a todo dar el perdón que les concedía el “viejo” porque ellos conocieron antes que el Libertador, el descalabro de la “poderosa Perú” en Tarqui. Luego, contaron en sus memorias que de otro modo habrían continuado

ayudando a los invasores, hasta haber conseguido la total derrota de Colombia. Cuenta J. H. López:

Ignoraba, el general Bolívar, que nosotros éramos sabedores de aquel acontecimiento una semana antes que él, y que sin esa circunstancia no le hubiera sido dado ocupar un palmo de tierra entre el Guaitara y el Juanambú. (18)

Una vez contentos los monstruos del Cauca, Obando y López, el “viejo” atravesó los formidables abismos del Juanambú. Llegó a Pasto y en un lugar llamado Chacapumba encontró a Obando que tenía una división con el nombre del “General Padilla”, quien había sido fusilado por lo del atentado del 25 de septiembre. Aquel verdadero tigre, acostumbrado a los ardidés más sangrientos y a las abominaciones más bajas, quedó abismado al saber que Bolívar aceptaba pasar la noche en la misma casa que él habitaba; sin escolta y rodeado por los bandidos que hacía poco estaban en armas contra el Gobierno. Cuenta Obando en sus memorias:

En medio de la exaltación y furor de las opiniones, y cuando acababa de oírse llamar tirano, pérfido y hombre de mala fe, no tuvo inconveniente en poner en nuestras manos el hilo de su existencia.

Bolívar dejó Pasto, el 11 de abril, rumbo a Guayaquil donde llegó el 17. Allí se encontró con Sucre, quien le entregó el laurel de otro triunfo en tierras peruanas: La victoria de Tarqui. El Libertador inició una campaña militar desastrosa por las dificultades que presentaban las lluvias. Porque debemos decir que, habiendo sido vencidos los peruanos en Tarqui, Sucre firmó un convenio tan exageradamente generoso que todo el mundo, menos el propio Sucre, previó un desenlace fatal. En efecto: uno de los acuerdos que consistía en devolver la plaza de Guayaquil en el término de 20 días, fue violado sin consideraciones éticas o morales. Error de Sucre al hacer concesiones a un hombre pérfido y bajo como Lamar. Se comprobó que éste dio órdenes para que no se entregara aquella plaza y se detuvieran a los comisionados colombianos que se llevaron presos en la corbeta Libertad. Todo esto lo hacía convencido que el ejército del Libertador estaba muy lejos de reparar con fuertes castigos sus desvergüenzas.

Pero no hubo necesidad, como sabemos, de aniquilar las absurdas pretensiones de Lamar, porque sus propios paisanos se encargaron de ello. Otros menos ambiciosos y locos que él lo depusieron y lo embarcaron a una República de Centroamérica, donde murió abandonado y repudiado por su país.

Pocos días después llegaron a oídos del Libertador que J. M. Córdova había estado en tratos con Obando para iniciar una gran rebelión. De aquí nacen los enredos de Córdova. Otros lo atribuyeron a chismes de T. C. Mosquera para desprestigiar al famoso teniente del general Sucre.

Se cuenta que Obando, muy preocupado por esta acusación que le ponía en grave aprieto, marchó hasta el Cuartel General del Libertador en el Buijo, cerca de Guayaquil, para despejar “los embustes y las calumnias”. Decían que allí se había encontrado con Tomás Cipriano Mosquera y delante de Flores le desafió. Acusaba a Mosquera de ser chismoso y enredador de la República.

Sólo el 21 de julio pudo entrar el Libertador a Guayaquil, mediante un nuevo convenio con el reciente gobernador peruano.

Fueron infinitos sus padecimientos físicos y morales en aquellos meses. Desde el atentado criminal del 25 de septiembre había quedado extenuado; las labores domésticas de las funciones de gobierno que siempre aborrecía le causaban un aburrimiento mortal. Por desgracia los grandes males del continente los provocaban los mismos americanos, así que se devoraba en una tristeza y depresión fatigante. Vivía rodeado de oficiales desafectos. Ahora, agotado físicamente, debía lanzarse a una campaña militar que iba diezmando a miles de soldados, que morían por enfermedades causadas por las aguas putrefactas que inundaban aquellas regiones.

Las revelaciones del infierno en todas sus deformidades lo atraparon en una pesadilla espantosa el 3 de agosto y cayó gravemente enfermo. No pudiendo su imaginación soportar esa desintegración de su ser, la propia naturaleza lo sumergió en el letargo de la nada; fue una mezcla violenta de ataque nervioso con cólera morbo y fiebre; bilis negra, según la llamaban algunos. Sólo Goya con su talento podría pintar los fantasmas y dolores que se agolparon en su mente. El tedio de una naturaleza

abrumada en extensiones oscuras con estruendos lejanos, vendavales que arrastraban cadáveres por el fango. Este estado lo provocaba, sin duda, otros males morales: los terribles epítetos con que Constant le atacaba en Europa. El 13 de julio había escrito a Vergara:

El artículo de que Usted me habla, el más favorable que se ha podido escribir en mi honor; únicamente dice: que mi usurpación es dichosa y cívica. ¡Yo usurpador!, ¡una usurpación cometida por mí! Mi amigo, esto es horrible: yo no puedo soportar esta idea; y el horror que me causa es tal que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con tal epíteto. (19)

Una semana estuvo delirando, su rostro demacrado, más flaco que como lo estuvo en Pativilca, más débil que en la gravedad sufrida en Mazo, pero con los ojos enfebrecidos, ardientes, buscando una salida en las tinieblas. En Bolívar, a diferencia del Quijote, los golpes y los años lo iban haciendo más firme en sus sagradas obsesiones. Ese mismo mes salía desterrado Santander; iba hacia Hamburgo. Escribía en su diario el 31 de julio: “Tuvimos tempestad al N. E. y aguacero por la noche, sin más novedad”. Esa tempestad al N. E. sería la que vivía Bolívar. Dentro de pocos días, el ex vicepresidente se familiarizaría con las monedas europeas, sus grandes banquetes, óperas y soirées. A los cinco días de haber llegado a Hamburgo fue al teatro, a un concierto de violín ejecutado por el primer violín de Berlín que fue grandemente aplaudido:

Una de las piezas me agradó infinitamente y debió de haberse ejecutado perfectamente, puesto que la primera dama fue palmoteada a cada paso... Observé en el teatro que agradó mucho a las personas que estaban cerca de mí, que yo ayudara con palmadas a aplaudir la pieza... (20)

Un poco recuperado, Bolívar expide una circular para que los pueblos expresen sus opiniones sobre la forma de gobierno que más les convenga. Por cierto, habiendo sido nombrado diputado, el general Salom, al Congreso Admirable, Bolívar le escribió que lamentaba su estado, porque al parecer Salom estaba enfermo. El Libertador, que no daba importancia a sus propias enfermedades, le decía:

Mi salud ha estado también en mal estado y, sin embargo, no he desmayado en mis penosas tareas: trabajando por la Patria me he repuesto y esto mismo puede sucederle a Usted. (21)

Después de firmar un tratado de paz con el gobierno del Perú, salió hacia Quito donde llegó el 20 de octubre, a la hora en que Santander se encontraba aplaudiendo en un teatro de Hamburgo.

Una gran actividad iba desarrollando en todos los lugares que llegaba. Pocos días antes de salir hacia Bogotá (29 de octubre), nombró al general de división Juan José Flores, Jefe Superior de los Departamentos de Ecuador, Guayaquil y Asuay, a la vez que Jefe del Ejército del Sur. Se despedía para siempre de aquellas tierras de gloriosos recuerdos y penas.

En la otra realidad de este sueño, Santander vagaba en una nube de dolor y desconfianza. Entre sus libros estaba la obra de Bentham, donde había encontrado fortaleza en tiempos difíciles. Más que nunca consideraba indispensable las máximas de aquel filósofo inglés; en cuanto a aquel amor, casi locura por Nicolasa, se había enfriado considerablemente, aunque no dejaba de pensar en ella, lo hacía por utilidad: había quedado encargada de velar por sus propiedades e intereses. Se guiaba razón por los sentidos, llegaba a la conclusión de que su relación con Nica se sostenía ya por la costumbre, no por amor. Pero ella le era tan fiel, tan complaciente, comprensiva. —Nunca había amado de veras a una mujer. Nicolasa se hizo defensora de los derechos del hombre y pidió a un “liberal”, apellidado Marcial, que tomara nota de sus argumentos contra el déspota Bolívar.

Aquellas notas circulaban en la capital y en otras provincias como Tunja y El Socorro. Finalmente, vino la idea de formar un frente nacional contra el “tirano” y las reuniones se hacían en su casa donde asistían diplomáticos extranjeros entre quienes se encontraba el general norteamericano Harrison y Marcelo Tenorio, el agente de Córdova en la capital. El general Urdaneta, fastidiado de lo que él llamaba “negocios de cabrones de la república liberal”, pidió la inmediata expulsión de las Ibáñez del país. El señor Castillo y Rada en carta del 14 de octubre de 1829, escribe al Libertador:

Supé el 4 que el prefecto había recibido una orden suya para que hiciera salir de aquí para Cartagena, dentro de 24 horas, a la señora Nicolasa Ibáñez... En la misma, mañana (del 4) se me presentó anegado en lágrimas el marido de aquella señora, ciego y enfermo, no con el objeto de interesarme por ella,

sino con el de rogarme metiese la mano para que la mujer no se llevase a la hija, ni dejase oscurecidos sus intereses, de que ella disponía, porque él y sus hijos tiernos quedarían a perecer... (22)

Sobre el norteamericano general William Harrison, bien vale la pena que veamos cuál era su designio. Refiere Francisco Pividal⁽²³⁾ que Harrison era conocido por haber expulsado a los indios y haber repartido las tierras de estos entre “los pobres y heroicos conquistadores del Far West”. Que fue Gobernador de su Estado natal y, al mismo tiempo, se le designó Inspector de los Asuntos Indios. De los “Asuntos”, porque ya los indios habían desaparecido. Posteriormente, fue ministro de los Estados Unidos en Colombia y, como veremos, se vinculó muy estrechamente a los que conspiraban contra Bolívar. Como premio a tan “meritoria” hoja de servicios, fue elevado a la Primera Magistratura de su Nación. Luego de prestar juramento a su cargo, marchó a caballo, con la cabeza descubierta, desde el Congreso hasta la Casa Blanca. Acción tan valerosa y recorrido ¡tan imprudente! en los precisos instantes en que caía una fuerte nevada; contrajo así una pulmonía que puso fin a su vida, sin apenas haberse sentado en la silla presidencial.

Durante el año de 1829, fue muy copiosa la correspondencia secreta, los cifrados y los escritos confidenciales que Harrison enviaba a su cancillería y a otros personeros de los círculos gobernantes de los Estados Unidos (22 de junio):

Tengo el honor de adjuntar copia de una carta del general Bolívar para uno de sus amigos íntimos que demuestra francamente que sus designios, con respecto al Perú, no son de ese carácter desinteresado que su última proclama revela tan explícitamente...

Agrega Pividal que Harrison reclutaba a militares y personeros del régimen para sus actividades de inteligencia y contrainteligencia, como la siguiente del 28 de junio de 1829:

Por el mismo conducto que me ha proporcionado la carta, copia de la cual tuve el honor de adjuntar en clave a mi despacho No. 14, he podido leer una carta de una persona de alto rango quien ha disfrutado de toda la confianza de Bolívar; pero quien ahora le hace oposición a todos sus proyectos.

El 7 de septiembre de ese mismo año escribe Harrison:

El drama político de este país se apresura rápidamente a su desenlace... Una mina ya cargada se halla preparada y estallará sobre ellos dentro de poco. Obando se encuentra en el campamento de Bolívar seduciendo a sus tropas... se distribuyó dinero entre la tropa, sin que los del gobierno tengan todavía conocimiento de estos movimientos.

Y esta otra del 14, del mismo mes de septiembre:

Ayer llegó un mensajero especial del general Córdova, que se halla en Cartago, con una carta para el agente del partido liberal, en la que incluye el texto de la proclama que piensa lanzar hacia el fin del mes, tal vez más pronto.

Es decir que fue Harrison el que incitó al pobre J. M. Córdova a que se alzase contra Bolívar.

Ya para entonces algunos mentaban a Nicolasa como “la viuda”. Era realidad, en nada velaba ella por el pobre don Antonio. La disolución era completa y lo peor: ahora doña Nicolasa quería apoderarse del poco dinero de don Antonio. Bolívar, conociendo tal vez la lengua ponzoñosa —que un tiempo fue dulce— de Nicolasa y familia, decía que en Colombia habría paz el día que las Ibáñez se murieran.

Vidas paralelas

Entretanto, ¿qué hacía Francisco en Hamburgo? ¿Llegó a escribir un documento esclarecedor de su filosofía liberal? ¿Trató de explicar sus desavenencias con el Libertador? ¿Padecía la dolorosa inquietud de aquél que amaba profundamente a la patria que gobernó por casi diez años?

Sobre todo, le preocupaban sus negocios. Parte del tiempo lo dedicaba a sus cuentas; la otra parte a relaciones públicas. Comentaba a sus amigos:

Mil enhorabuenas me doy de haber venido a Hamburgo. Todas las casas me han ofrecido cartas de introducción para Bruselas, Francfort, París, Londres,

etc. Y una de ellas será dada por Baur, riquísimo negociante de Altona, para la famosa casa de Rostchild. Este señor Baur es hombre de maneras amabilísimas; me acuerdo que su convite ha sido de los más magníficos y finos que he visto, nos sirvieron trece especies de vinos de los más exquisitos de España, Francia, Alemania, Portugal, y Cabo de Buena Esperanza... Yo tengo nuevas visitas todos los días, porque parecen que desean tentar al hombre que ha gobernado a Colombia, cuya extensión admiran. (24)

¡Ah, qué vida! Su aspecto era el grito triunfante en medio de una batalla:

Aquí gasto muchos reales en proporción al modo en que me han tratado. De ninguna manera puedo resistir en lo sucesivo iguales gastos...

No se ve en sus cartas, ni en sus conversaciones con amigos el menor asomo de inquietud por su país. ¿Para qué si ya todo está hecho? Tenía que vivir a lo grande. Un compatriota fue a verlo y le comentó que sería bueno visitar en París al general San Martín. Era justo que dos grandes patriotas se encontraran; que podía ser una oportunidad para un suceso de saludables consecuencias históricas, Santander suspiró: “Ah, mi querido amigo, usted no sabe lo que pienso en mi Colombia, incluso en medio de los placeres de Hamburgo...” Guardó silencio por un instante mientras sostenía en sus manos las invitaciones del día, de pronto prorrumpió en un quejido inesperado para él mismo:

Ay, amigo, estoy convencido de que no haré nada con el general San Martín. Usted sabe, no ligamos por las mismas razones que no ligué con Bolívar. Él es muy monárquico y yo, yo desprecio esos pérfidos estilos de gobierno...

Después de haber vivido treinta años de anarquía democrática y de barbarismo legal, sentimos que fueron “convenientes” los estragos de nuestra historia. Estuvo bien no fusilar a Páez el 27, ni a Santander el 28, ni a López ni a Obando el 29. Bolívar es un caso que no compete a la política, sino a la poesía, al rango de la epopeya, un estilo lejano a la ira de los tumultos o de las bayonetas. Él conoció el alzamiento de Córdova, estando en Guayaquil y se preguntaba:

¿Qué haremos con estos generales conspiradores? Si los contengo, soy tirano, y si espero que delincan para castigarlos soy cruel asesino.

¿Qué haremos? Lo peor es que cuantos jefes haya en la Nueva Granada, harán lo mismo si se creen con partido: y éste no les faltará por su fe de bautismo. Yo tendré que ser víctima y tirano juntamente al fin de todo. Esto es horrible. Yo no sé cómo conducirme para dar gusto a estos señores. Si hago mucho, abusan, si no, están quejosos. Ahora voy a hacer generales a cuatro granadinos, y se verá luego lo que hacen: no quedarán conformes. Esto no tiene remedio. (25)

Todo este desespero constituía la bancarrota espiritual de la República. No había dignidad y era vergonzoso persistir en aquel medio político. La actitud santanderista en el acto divisionista de la Gran Convención producía ahora consecuencias devastadoras. Al tiempo que Córdova amenazaba al Gobierno desde Antioquia. Coincidentalmente con estos hechos, Santander anota en su diario que la moneda de Hamburgo “se calcula con respecto a la española del siguiente modo: un peso fuerte tiene 56 chelines, por consiguiente, un peso tiene tres y medio marcos... He cambiado cincuenta pesos en escuditos de oro con pérdida de 4%...”. (26)

Se ha alojado el insigne proscrito en el Hotel de Rusia. De las cincuenta anotaciones que ha hecho, día tras día desde que salió de Cartagena, no ha hecho sino hablar de términos náuticos, datos sobre el tiempo, la marea, los vientos, el estado general del mar y la consabida conversión de pesos en monedas extranjeras. No hay una sola observación suya sobre el destino de Colombia. Pareciera que sus anotaciones con las que hace las cuentas de monedas y cambios en los que pierde alguna diferencia, son la mejor manera de pensar en sí mismo. En efecto, luego dice que hará todo lo posible para no abatirse.

Ha llegado a Hamburgo con un secretario y un sirviente, éste se llama Cruz, un negro que él lleva como una mascota y que atrae la mirada de la gente. Santander lleva recomendaciones a la casa de Merck y Cía, que se encargará de hacerle mil atenciones. El día 18 de octubre no salió del hotel porque se sentía *arromadizado*.

El 19, fue a visitar el hospital y vio un loco de sesenta años, que sentado frente a un escritorio con cientos de papeles decía que era el rey de las dos Indias. Este paseo le inutilizó la mañana. Por la noche fue a cenar a casa del señor Merck. Se admiró del lujo y belleza de la mansión

de este comerciante; después de una abundante y casi monárquica cena, se reunieron en amena conversación en francés, con un tal senador Dammert, un doctor, un ministro de Hannover y un señor de apellido Sieveking. Debió ser un tanto pesada la reunión, que se desenvolvía entre miradas vagas y sonrisas artificiales; al parecer no había cosas importantes de qué hablar. Finalmente, se tocó el tema de las monedas y, entonces, Francisco extrajo de su bolsillo cuatro pesos de oro. Esto animó la reunión, pues, los señores que le rodeaban jamás habían visto algo semejante. El señor Dammert sonrió muy complacido y luego de entretenerse un rato contemplándolas y palpándolas dio orden para que se le mostrara a Santander, unas de oro con bustos de Napoleón, de María Luisa y del rey de Roma. Este tema les ocupó el resto del día.

El 20, también estuvo de paseo y compró un traje nuevo que le dejó pálido cuando le dieron el precio: muy caro. Por la noche fue al teatro.

El 21, salió de paseo y al pasar por un establecimiento litográfico vio retratos de diferentes literatos y generales. En uno de ellos vio la figura de Bolívar.

El 23, un grupo de pintores jóvenes le rodearon con muchas atenciones; uno de nombre Röding se admiró de verlo tan joven. Este pintor le dio un apretón de mano y le dijo: “*Liberté, Liberté!*” y añadió en alemán: “Algún día Bolívar pagará en Santa Helena, su conducta actual”.

Así iban los primeros días en Europa, muy apacibles, muy bien atendido, feliz y satisfecho por las atenciones recibidas.

Luego de un largo paseo sintió deseos de escribir a sus amigos de Colombia. Fue a un silencioso pabellón del hotel y en un anaquel vio una gruesa selección de periódicos a los que se acercó y comenzó a hojear. En uno de ellos, en el *Constitucional* de París, del 22 de octubre, leyó cinco líneas sobre su embarque en Puerto Cabello. Era menudita la letra, casi gris y llamó a Cruz para que le buscara una lupa. Transcribió en sus notas cuanto decía: “me llaman vicepresidente de Colombia y al general Bolívar lo acusan de *dictador*”.

Poco después del descalabro de bilis que sufriera Bolívar en territorio ecuatoriano, seguía sin ver “el modo de suavizar las antipatías locales y

de abreviar las distancias enormes entre los bandos”; cruzado su espíritu de las más ardientes ingratitudes echa al viento sus confesiones:

Yo no he visto en Colombia nada que parezca gobierno, ni administración, ni orden siquiera. En verdad que empezamos esta nueva carrera, y que la guerra y la revolución han fijado nuestra atención en los negocios hostiles. Hemos estado como enajenados en la contemplación de nuestros riesgos y con ansia de evitarlos. No sabíamos lo que era gobierno, y no hemos tenido tiempo para aprender mientras nos hemos estado defendiendo. No hemos tenido tiempo para aprender...

Cuando estas visiones lo devoraban, Santander en Hamburgo asistía a otro convite en casa de señor Baur, el negociante relacionado con los Rostchild. La magnificencia, finura y exquisitez del servicio era indescriptible para su pluma.

No es posible acordarse del orden con que se sirvieron los platos ni los vinos ni cuáles eran los primeros. Me fijé sólo en varias clases de pescado y mariscos servidos y sazonados de diferentes modos y de las trece clases de vinos exquisitos que nos dieron, a saber: Lafitte, Chateau, Margaux, Madera, Jerez, Málaga, Rhin, Alicante, Malvasía, dos de Borgoña... Es de advertir que todos estos vinos eran puros y sin mezcla alguna. Concluida la mesa, pasamos a otra sala donde se sirvió el café: luego se nos condujo a otra a fumar ricos cigarros a los que sabíamos fumar...

Mientras esto pasaba en los salones del señor Baur, en el Norte, Páez seguía en sus deshonestos ataques al Libertador. Se decía en Venezuela que Bolívar iba a coronarse emperador, que había perdido influjo en América y era necesario sustituirlo por otro más firme y consecuente con la causa de la libertad. Tal vez ese hombre era el propio Páez en Venezuela, Santander en Nueva Granada, Obando en el Cauca.

El policía Arismendi —quien se había degradado a sí mismo de general benemérito a jefe de policía de la ciudad de Caracas—, conminó al pueblo a que firmara un acta donde se exigía una convención que procediera al establecimiento de un gobierno netamente venezolano.

Pero cuando Páez estaba a punto de hacerse con Venezuela, aprovechando lo de la guerra entre Colombia y Perú, la capitulación de Obando

tuvo negativas consecuencias para sus propósitos, como los reveses del enemigo en Tarqui, junto con la posterior muerte de J. M. Córdova en el Santuario.

Para enero de 1830, Páez tenía a Venezuela erizada de ejército y guerrilleros, entre tanto que, en Hannover, el insigne expatriado saca cuentas y deduce con experiencia de acucioso banquero que un Luis de oro o un Federico vale cuatro pesos de la moneda colombiana; que tiene cinco y medio thalers, ya que, cada thaler tiene veinticuatro bons groschen a pesar de que es moneda de plata y cobre, y de que sólo vale para el menudeo.

Hay monedas de plata, en Hannover, casi tan grandes como nuestros fuertes, aunque de menos peso, que son los thalers y hay monedas de 8, 4, 2 y un grotscher. Un escudo es lo mismo que un thaler, un florín de Hannover son 16 bons groscher o dos tercios de thaler. Las cuentas para alquileres de coche, posadas, etc., se hacen por marcos de courant y chelines a excepción del comercio, que los hace por medio de marcos de Banco, moneda imaginaria. (27)

El 15 de enero, llegó el Libertador a Bogotá, en su última entrada triunfal a esta ciudad, que tantas amargas le había dado. Los honores eran para despedirlo de toda actividad política. Así lo describiría Posada Gutiérrez:

Las calles de tránsito se adornaron como nunca antes; todos los regimientos de milicia de caballerías de la sabana en número de 2.000 hombres, formaron en la plaza y alameda de San Victorino; un batallón de línea y uno de milicias de mil hombres formaron en la carrera de San Victorino hasta el palacio. Puede asegurarse que todo el que tuvo un caballo o pudo conseguirlo salió a encontrarle. Los balcones, ventanas, torres, estaban llenas de gentes. Pero en tan grande multitud reinaba el silencio triste más que animación: las salvas de artillería, los repiques de campanas vibraban sin poder producir alegría.

El instinto de la masa veía más bien en aquella solemnidad los funerales de la Gran República que una entrada triunfal de su glorioso fundador. Es casi seguro que sus más fogosos enemigos se sintieron conmovidos, ahogando el patriotismo un momento en sus pechos los bastardos sentimientos del espíritu de partido. Cuando Bolívar se presentó, yo vi algunas lágrimas

derramarse. Pálido, extenuado, sus ojos tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados. Su voz, honda, apenas perceptible, los perfiles de su rostro, todo, en fin, anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo y el cercano principio de la vida inmortal. (28)

Mientras tanto, más allá del océano y de las sombras de ese mismo pueblo, el Hombre Frontera entraba triunfal en los amplios salones de las casas de cambio en Alemania.

Aquí hay ya otra moneda, se cuenta por florines (que es moneda imaginaria) y por Kreuzer. Un florín tiene 60 Kreuzers. Un escudo de Prusia 105 (es un thaler). Un federico de oro, que viene a ser 4 pesos de nuestra moneda, tiene 9 florines, 27 kreuzers, más o menos el curso del cambio. Un real nuestro viene a ser 18 kreuzer y un peso 142.(29)

El 20 de enero, se instaló el Congreso Constituyente del que dependían las resoluciones finales de dar vida o muerte a Colombia. El Gran Mariscal de Ayacucho fue elegido presidente de aquel magno acontecimiento, llamado por el Libertador Congreso Admirable.

El Libertador, contestando al discurso que dio Sucre en este Congreso, dijo que en él se fijaban las mejores y más legítimas esperanzas de la nación y que él se retiraba dejando presididos a los representantes del pueblo por Sucre, el más digno de los generales de Colombia. Se cuenta que aquella expresión ofendió al general Urdaneta, que pretendía acaso rivalizar con Sucre, pero el Mariscal de Ayacucho jamás se enteraba de estas cosas, como hemos dicho.

El 27 de enero, el Congreso emitió una resolución en la que admitía la integridad de Colombia y pidió, a Bolívar, diferir por algunos días más su decisión de ausentarse del país, petición que había hecho pocos días antes, al menos hasta que se acordase la nueva Constitución.

Pero la situación, en el interior, comenzaba a ser ya insostenible; algunos pueblos de Venezuela proclamaban la separación, entre ellos Zulia y Mérida.

Bolívar, cansado de su cargo, pasó un mensaje verbal al Congreso diciendo que estaba determinado a que los pueblos siguieran el curso que les pareciera, fuera incluso la división en estados confederados, sistema que tanto odiaba desde los primeros años de la Guerra de Independencia.

Al son de estos acontecimientos, el otro, el gran deseado por la causa liberal, anotaba en su diario:

He dado a cambiar 8 onzas de oro valor de 128 pesos fuertes nuestros. En la mesa me ha hablado un inglés de O'Leary, y me ha dicho que su familia está miserable en un lugar de Irlanda. En el cambio perdí uno por ciento.

Y el 6 de enero de 1830, todavía merodeando por el Bajo Rhin, en St. Goar, descubre otra moneda que llaman silver groschen, treinta de las cuales hacen un thaler y cinco thalers resultan tres cuartos de luis de oro. —Ya comienza uno a entender el gran interés que puso el Banco República de Colombia en editar este voluminoso diario del Hombre Frontera... que era también el Hombre de las Cuentas.

Bolívar, mientras se preparaba para su último viaje, dio la orden para que se le expidiera salvoconducto a todos los colombianos que sufrían por la conspiración de septiembre. Mientras el *tirano* daba amplias libertades a todos sus ciudadanos, Páez, belicoso, se acercaba a la frontera. Estacionado en San Carlos decía estar dispuesto no sólo a morir por la integridad de la nueva República venezolana, sino a libertar a la propia Nueva Granada.

Entretanto, Francisco, en Bélgica, preocupado, continuaba enfrascado en sus cálculos:

La moneda de este reino es la siguiente: de oro hay piezas de 10 florines y de 5 que se llaman ducados y que equivalen poco más o menos, la primera, a cuatro pesos y la segunda a dos: de plata, hay florines, los cuales se dividen en cent: 100 cent son un florín: hay cent de a uno y son todos de cobre y los hay de 10, 20 y 50 y son monedas de plata ligada. También se usan monedas de Francia, de francos, etc. Un franco son 47 céntimos... La mesa de la posada en Bruselas es abundante y fina, a mi parecer lo mejor que nos han servido en las posadas desde nuestro arribo a Europa. Vale tres francos por cada uno fuera del vino. Cada cámara una cama, vale dos francos fuera

de la leña para la chimenea y las luces. He pagado al cochero los 25 napoleones en que estábamos ajustados, que es decir 100 pesos... (30)

Entre los múltiples y desgraciados alzamientos, vale la pena mencionar el del 4 de abril en la provincia de Casanare. El general Juan Nepomuceno Moreno, hombre amargo y siniestro, depuso al gobernador y declaró aquella provincia parte integrante de la política del territorio.

Bajo la autoridad de este general venezolano —nos dice Restrepo— fueron acribillados cruelmente el general Lucas Carvajal y el comandante Francisco Segovia, además se les robó cuantos intereses tenían e hicieron desaparecer a una inglesa que acompañaba al primero. Todos aquellos crímenes los hacía Moreno por meros negocios de ganado, pero luego habrá de aparecer bajo el brillo de nobles sentimientos libertarios, republicanos y antimonárquicos, símbolos estos de los que “carecía Bolívar y encarnaban muy bien Obando, López y Santander”.

En aquellos días, hervía la dañina ambición de algunos señores que rodeaban al Libertador; veían claramente que de un momento a otro su poca salud se extinguiría súbitamente. Eran muy pocos los granadinos que creían que Colombia pudiera reunir sus trastornados pedazos. ¡Qué duros e infinitos desengaños tuvo que padecer el Libertador de algunos que se decían sus amigos! Hasta Urdaneta y el doctor Castillo le traicionaban. Urdaneta —¿quién lo iba a creer?— abrigaba esperanzas presidenciales con el influjo del grupo de los exaltados “liberales”, aquellos mismos que el 25 de septiembre celebraron el atentado contra Bolívar y contra los cuales él fue juez vengador de la afrenta. Urdaneta y Castillo buscaban también la disolución del país y con ello alguna ventaja política que los colocara en lugares prominentes del gobierno, o de una organización que se alzara sobre las cenizas de Bolívar. ¡Dios mío, qué bajo caen los hombres por la mísera ambición de mandar y poseer, de ser presidentes o vicepresidentes de la República! Querían una reputación falsa, que se la han ganado multitud de nulidades en la tierra, como un Obando, López, Lamar, Gamarra, Páez...

En los preparativos de su despedida de Bogotá, el Libertador decretó absoluta libertad de imprenta. Por desgracia, la medida excitó aún más el espíritu de provincianismo y división entre venezolanos y granadinos.

Sueltas las riendas, los letrados liberales decían que dos tercios de las rentas del país eran absorbidas por los militares venezolanos. Que estos desempeñaban las prefecturas generales, la de los departamentos, la de los gobiernos de provincia, las comandancias generales y de armas; mandaban los cuerpos del ejército y ocupaban el mayor número de puestos oficiales.

Si exceptuamos la respetabilidad y la fuerza moral que la unión de la República, la Nueva Granada será más libre más rica y más feliz separada de Venezuela y gobernada por sus hijos. —Decían los periódicos liberales.

Estos argumentos que alucinaron a muchas personas entonces, entre ellas al J. M. Restrepo, eran injustos. ¿Habían acaso los venezolanos alcanzado aquellas posiciones por capricho de Bolívar o se las habían ganado arrebatándoselas a las adversidades? Sucre, Salom, Briceño Méndez, Montilla, Urdaneta, Flores, Florencio Giménez, Portocarrero y muchísimos otros oficiales venezolanos se habían ganado sus títulos, sus puestos y preesas en el arduo servicio a la revolución, y podían responder por la libertad porque sabían lo difícil que había sido derrotar a los godos. Pero no, por la dialéctica del utilitarismo de Bentham, iban a ser algunos granadinos de participación negativa o nula en la lucha por la independencia quienes habrían de imponerse a los patriotas venezolanos. Por ello se argumentaba que los granadinos podían regirse por sí mismos o por sus “mejores hijos”. Aquí Restrepo peca de desorientado al decir que aquellas quejas, donde se ponían el sueldo y el dinerito por encima de la moral, eran exactas y verdaderas.

En Europa, la cosa era así: Domingo. Almorzamos en casa de Cortés, Garro, Mercado y yo y un médico español llamado Ordaz. Por la noche fui al salón de San Jorge, donde un titerero hizo muy hábilmente varias suertes divertidas y uso del ventriloquio... Lunes: Por medio del señor Garro he cambiado 200 pesos de escudos colombianos a razón de 80 francos la onza de oro. He ajustado mi viaje a París en coche particular, por 400 francos, es decir 80 pesos colombianos... (31 de abril de 1830)

NOTAS

1. Véase *Memoria política de Tomás Cipriano Mosquera*.
2. Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*.
3. Simón Bolívar, *Obras completas*. Vol. III.
4. General Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*.
5. Ut supra.
6. Ut supra.
7. De un escrito de José Martí.
8. Luis Perú De Lacroix, *Diario de Bucaramanga*.
9. “¡Cuánto siento a Fergusson! (habrá de decir O'Leary más tarde, desde Guayaquil) ¡Cuánto compadezco a Bolívar y cuánto envidio su gloriosa muerte! Créame V. E. (añadía) que el mayor sentimiento que tengo es el de no haberme hallado cerca de su ilustre persona, aquella noche para defenderla a costa de mi vida” (Carujo tenía la mente averiada por las máximas de Bentham. Era un fanático lector de sus obras, antes había sido discípulo de Boves).
10. Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*.
11. J. M. Obando, *Apuntamientos para la historia*.
12. José Manuel Restrepo, *Historia de la Nueva Granada*. Dice Restrepo: “Parece evidente que Ortiz y sus compañeros pudieron coger vivo a Sardá, quien permaneció en la pequeña sala que habitaba, o matarlo si no se rendía. No se hubiera dicho entonces y lo mismo después, que había sido asesinado por órdenes de Santander; éste repitió en el parte no oficial de la Gaceta de la Nueva Granada como disculpa de lo ejecutado, ‘qué Sardá era un conspirador que estaba fuera de ley’. Que los gobiernos absolutos condenan así a los reos, nada tiene de extraño, pero si en un gobierno de leyes como el de la Nueva Granada se haya querido introducir la feroz inmoral legislación de que un particular pueda por órdenes privadas, clavar impunemente un puñal o traspasar con balas el pecho de un desgraciado, que ha conspirado contra el gobierno de su patria, es una doctrina que amenazaba toda legislación humana; ésta prescribe siempre como una garantía las fórmulas para quitar la vida a los criminales. Es lamentable que el buen juicio y la rectitud de Santander hubiera tenido esta aberración, originada acaso de sus fuertes pasiones”; y

agrega que viéndose Santander atacado en los periódicos y papeles respondió en la parte no oficial de la Gaceta que la conspiración había sido promovida y organizada por los partidarios de Bolívar y hablaba con una generalidad injusta que chocó a los hombres imparciales.

13. Citado en *Las Ibáñez*, p. 102.
14. Citado por Groot, Vol. p. 508.
15. Ut supra, Vol. I, p. 508.
16. Ut supra.
17. J. H. López, *Memorias*.
18. Ut supra.
19. General O'Leary, *Memorias*. Tomo 31.
20. *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos 1829-1832*. Banco de la República, Bogotá, 1963.
21. *Memorias del General O'Leary*.
22. *Las Ibáñez*, obra ya citada, p. 121.
23. *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*, edición Immecca, Unellez, 2005, pp. 205-207.
24. Roberto Cortázar. *Santander, cartas y mensajes*.
25. Simón Bolívar, *Obras completas*.
26. *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos 1829-1832*.
27. Carta escrita el 20 de diciembre de 1829. Domingo. *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos 1829-1832*. Banco de la República. Bogotá. 1963.
28. Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*.
29. *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos 1829-1832*.
30. Ut supra.

SIN REMEDIO

Para el hombre de genio sólo hay dos caminos en las situaciones difíciles: o retirarse y abdicar toda influencia, para no convertirse en cómplice de un sistema que desaprueba, o aislarse del mal que no puede evitar, y hacer una cosa, una sola cosa, siempre moral, siempre gloriosa, trabajar por la defensa de su país.

A. Thiers, Historia de la Revolución Francesa

Hubo momentos en que la desesperación por dividir la República fue tan crítica que Restrepo perdió aún más la moderación y dijo: “por inexcusable y contrariando sus repetidas y solemnes protestas, el Libertador deseaba que se le nombrase presidente de Colombia”.

No era el cargo, ni la investidura de Presidente, lo que podía retenerlo en Colombia; no era tampoco frenesí de mandar, sino el dolor de ver su obra despedazada por la intriga, por los odios partidistas. ¿No admitía acaso el propio Restrepo que el Libertador iba más de ciento cincuenta años delante de sus contemporáneos? ¿Las revoluciones continuas, que a nombre de la libertad despedazaban y retrasaban a nuestras repúblicas, no justificaban acaso la idea de la presidencia vitalicia? Revoluciones (según dice el propio historiador) hacían temer a los verdaderos patriotas, amigos de la libertad racional; admitirá luego que esta hermosa porción del globo, bañada por la sangre de sus hijos, retrogradó a la barbarie del siglo XVI. ¿Entonces, qué cargo podía imputársele por ese sentimiento de no querer dejar desamparada y en manos asesinas a su amada tierra?

Admitimos que Bolívar debió dejar de una vez la presidencia para dar cauce a una nueva representación y ejercitar la flexibilidad republicana en la nación que él había creado. No era fácil dar una solución a este paso. Pero el gran problema era: ¿quiénes iban a ejercer la alternabilidad democrática? La verdad sea dicha, nosotros no estábamos en condiciones de adentrarnos en un negocio que envolvía las pasiones más miserables, los deseos más viles. La alternabilidad en este caso se reducía a escoger entre lo que se llamaba: boliviano o liberal, y había entre estas dos tendencias una división casi sangrienta y, como habían de mostrarlo

hechos posteriores, la República en manos de los santanderistas fue el cadalso y el martirio de los bolivianos, de los indiferentes; tanto así que lo que vendría luego a ser el partido Conservador de la Nueva Granada, no sería otra cosa sino que los restos compungidos de un trozo del propio partido liberal.

Por eso, Bolívar sabía que entregar el mando era abrir las compuertas para la degollina. En esto consistía “su debilidad”, lo admitimos.

Entretanto, “el que era llamado a sucederle” estaba en aquel momento en la representación de una ópera italiana, esperando que los hechos, sin que él siquiera moviera un meñique, trabajaran a su favor. Veía *El Barbero de Sevilla* con música de Rossini. “Me pareció divinamente ejecutada y estuve tanto más contento cuanto que oí cantar a Mme. Malibrán-García, que tiene una voz angelical y es de las primeras cantarinas de Europa”.(1)

A mediados de marzo de 1830, Santander asistía a una soirée muy concurrida de damas y distinguidos señores franceses. “Noté mucha curiosidad hacia mí, como que varios señores me rodeaban a oírme y verme sin hablarme de nada”. Al día siguiente asistió al Circo Olímpico, donde se divirtió viendo las piruetas de caballos y perros muy graciosos. Fue invitado por la Sociedad de Educación Elemental a hablar sobre el estado de cuenta de Colombia, “y lo rehusé porque no estaba preparado ni sé cuál es su verdadero estado en la actualidad”.

En el mes de abril, la opinión colombiana estaba fuertemente dividida entre si debía o no proponerse en el Congreso la reelección del Libertador. Las opiniones favorables estaban dirigidas por los diputados Juan de Francisco Martín y Juan García del Río, los cuales chocaban contra las miras del general Urdaneta, que apoyado por los “liberales” pedía la disolución de Colombia y rechazar la reelección de Bolívar.

Finalmente, en una junta reunida a petición del propio jefe de Estado se determinó irrevocable y firmemente “que convenía a la paz y la tranquilidad de Colombia que el Libertador no fuese reelegido para presidente”.

¿Cómo quedo yo (les preguntó Bolívar, confuso y triste) siendo el ludibrio de mis enemigos y apareciendo como un proscrito? ¿Por qué el Congreso no me admitió mi renuncia desde los primeros días de su instalación y así habría dejado ya el puesto y el país con lucimiento? (2)

El señor Luis Baralt, uno de los representantes más ilustrados y sinceros se adelantó y le explicó:

General, vos seréis siempre en Colombia el más alto jefe militar, el primero y más ilustre de los colombianos, objeto de veneración de cuantos estimen la gloria de la patria y el bien inapreciable de la independencia.

Sí, general (agregó el general Hérrán), en la Nueva Granada, donde quiera que fijéis residencia, seréis el oráculo acatado por todos, seréis nuestro Washington. (3)

Posada Gutiérrez cuenta que Bolívar aceptó los consejos de Hérrán y Caicedo en calma; más aún, les pidió disculpas y dijo estar decidido a no aceptar más coacción de sus amigos que le empujaban a aceptar la reelección. Que ahora estaba decidido a irse del país.

Y añade Posada:

Yo, contristado con la tempestad que rugía por todas partes, inquieto con el temor de errar sin tener convicción profunda de lo que conviniera, fui a esperar al general Caicedo a su casa.

Coronel Posada (le dijo Caicedo) es menester salvar a nuestra patria de la responsabilidad de un gran crimen... Yo temo hasta por el general Sucre... El Libertador sabrá pronto, si no ha caído ya en cuenta, que nosotros, alejándolo, somos sus verdaderos amigos. Por otra parte, la conservación de Colombia es una causa perdida y somos granadinos.

Después de una vergonzosa elección para presidente y vicepresidente de la República, quedaron en el primer puesto Joaquín Mosquera y en el segundo Caicedo. Decimos vergonzosa porque luego que la mayoría de los diputados se había decidido en el primer escrutinio por el doctor Eusebio María Canabal, acusado *boliviano*, en el segundo escrutinio, bajo chantaje de muerte, gritos y otras amenazas, los “representantes del pueblo” se decidieron por el moderado Joaquín Mosquera. Mode-

rado quería decir condescendiente con los “liberales”. Estas decisiones tomadas, aparentemente, por los patriotas colombianos no fueron sino fruto del miedo. ¿Cómo una elección tan mal habida puede considerarse sostén de la moral, republicanismo o constitución alguna? Falsa era, desde su principio, la formación de aquel gobierno levantado a fuerza de gritos, aspavientos de terror, de cobarde amenaza.

No quedó pues en Colombia sino una endeble estructura política, explosiva al menor soplo. A nuestro frente se abre un panorama de frías figuras, truncadas, medio oscuras, medio patrióticas, medio serias; todos los *seudos* habidos y por haber. Obando y López se constituirán en las temibles columnas del Gobierno. La muerte de Sucre se planteaba como algo políticamente rentable. Y heredamos finalmente el lenguaje de los hijos (modernos) de Santander, los que ansían hacer de la política un negocio de empresas, de escuelas gerenciales.

Babiecas imitadores del paraíso norteamericano.

Al tiempo que Bolívar recibe los bandazos de la intriga nacional, Santander entra en la Bolsa de París, donde se reúnen los banqueros y donde, en letras de oro, refulgen las plazas mercantiles de Europa, y exclama: ¡*Qué edificio tan magnífico!* (como Alejandro frente a las huestes de Darío).

“De la bolsa pasé a la soirée del conde Mironi, italiano, la cual se reduce a tocar y cantar, que ejecutan artistas distinguidos”. También asistió a la representación, de *Hernani*. Veamos su comentario: “Obra romántica de Victor Hugo en oposición al género clásico; el teatro es grande y hermoso, pero más pequeño que el de la Academia, no hay orquesta alguna. La pieza fue aplaudida y silbada. Los actores fueron muy aplaudidos”.(4)

Tarde en la noche, el viento y las olas del ruido político se detienen un instante. Bolívar ha quedado solo. Sentado en su gruesa silla de madera, el dedo en el labio, en tono pensativo; las piernas cruzadas, ausente del mundo; sus reflexiones se concentran en voces que llegaban desde las sombras de años idos.

La Sombra: Frivolidades, vanidades, pequeñeces. De eso se alimentaba el poder.

Bolívar (interrumpiéndole): No tienes por qué decírmelo, lo sé mejor que tú: veo el fin de estos pueblos, la miseria irreparable, mi caída; los homenajes postreros.

Finalmente, el *Tirano* está reducido a la vida privada, dispuesto a obedecer lo que el Gobierno exija. Los separatistas —godos y liberales— celebran en posadas y tabernas su inminente muerte. Sin creencia, no hay fe, y como el respeto a la autoridad está resultando fatal porque los doctos disienten, la juventud pierde el freno y ya no tiene confianza en sí misma.

Era día jueves y Francisco anotaba el resumen del día:

A las seis fui al convite de Rothschild que se compuso de 24 personas, hombres y señoras. La mesa fue servida con los más magníficos útiles y con exquisitos manjares. Es la más lujosa y suntuosa que he visto. Entre 20 clases de vino... A las 9 salí de esta casa y pasé a la soirée del barón Ternaux. Viernes: He estado bastante arromadizo. Por la noche fui a la soirée de Mme. O'Reilly... Recibí convite para comer el domingo venidero donde la baronesa O'Aubigny, hija del conde general Charpentier.

El Libertador había ordenado la venta de algunas de sus pertenencias, aquellas que pudieron sobrevivir a su dadivosa mano. Por una vajilla de plata obtuvo 2.500 pesos y por sus caballos y algunas alhajas unos 17.000 pesos. Con lo que lograra reunir pretendía viajar a Europa. Se dice que a principios de mayo ya tenía consumidos los 30.000 pesos de su sueldo anual de presidente, que dedicó casi en su totalidad a socorrer a las viudas, auxiliar a militares y en limosnas para los pobres. Téngase en cuenta que este dinero no pasaba por sus manos. Su quinta la dio a un amigo suyo; no podía dejar de dar algo a quien le visitaba o se acercaba a su casa, porque la pobre gente creía que el título de Libertador o presidente era en sí mismo la fuente de donde emergían inmensos recursos. “El último soldado que recurriese a él (nos cuenta Posada Gutiérrez) recibía cuando menos un peso, caballos, espada, hasta su ropa misma, todo lo daba”.

Su situación llegó a hacerse tan precaria que para mandar algunas cartas a Londres, Bolívar tenía que economizar letra y papel para no aumentar el porte.

En aquellos días, algunos ciudadanos de Quito le ofrecieron ayuda: “Venga V. E. (le decían) a tomar asiento en la cima del Chimborazo, a donde no lo alcanzan los tiros de la maledicencia y donde ningún mortal, sino Bolívar, puede respirar con gloria inefable”.

El 6 de mayo, Santander escribía en su diario que se había visto con el general María José Lafayette para tratar sobre una posible reconciliación con el Libertador, pero él le dijo que Bolívar jamás volvió a mencionarlo en sus escritos o discursos o conversaciones privadas; como el Libertador era vengativo y orgulloso, él no debía en su desgracia ni abatirse ni humillarse. Luego de la entrevista —como no debía abatirse— por la noche fue al teatro italiano a ver la representación de la ópera alemana *Freischütz* de Weber, donde aplaudió con calor y arrojó ramilletes de flores desde el palco.

Bien conocida es la vida del general Lafayette que pasó por casi todas las grandes convulsiones políticas de su siglo. Era de un fino tacto para sorprender a los hombres en su interior. La experiencia lo había hecho cauto, severamente prudente. Por un milagro se salvó de la guillotina francesa. A este hombre acudieron granadinos para que intercediera ante Bolívar y lograra reconciliarlo con Santander. Lafayette aceptó tan difícil encargo, y con extraordinaria delicadeza escribió una pieza magistral de persuasión al Libertador.(5)

A un político de este temple, Santander le dijo que Bolívar era vengativo y orgulloso, que era como decirle, a modo de advertencia anticipada, que una reconciliación con él era imposible. ¿Quién era de veras el orgulloso, el vengativo?

Seguramente, y esto se ve por el tono de la carta de Lafayette a Bolívar, Santander le dijo que la gran diferencia con el Libertador consistía en lo referente al sistema federativo. La historia nuestra ha sido suficientemente elocuente para probarnos que tal sistema era entonces contrario a nuestra naturaleza. Si no hemos sabido ser ecuanímenes con el vencedor y no hemos sabido respetar el triunfo de nuestros opositores, si la violencia

ha sido siempre el signo de la amenaza para quienes se oponen a nuestras ideas, si el escamoteo de teorías que no comprendemos son la bandera de la libertad y del delirio de nuestras consignas, entonces, cualquiera que hubiese sido el sistema adoptado, por perfecto y sublime que éste fuese, y aunque resultara exitoso en otras regiones del planeta, no habría dado satisfacción a los hombres de Colombia.

Qué manía en querer perjudicar el proyecto centralista del Libertador, como si no se diera cuenta, por ejemplo, don Germán Arciniegas que por tal proyecto sus abuelos fueron ciudadanos, mal que bien, de una República; no tal vez la República sublime y dichosa a que aspiraban los panfletarios azueristas y santanderistas, que empeoraron las cosas aún con el poder en sus manos. ¿Qué mal (preguntémosle como lo hace J. V. González) hizo Bolívar centralizando su gobierno para vencer a España y libertar a la América del Sur y dar el sólido laurel que hizo nacer tres naciones? Sin esta política, Bolívar, no habría podido llegar ni siquiera a Pasto, ni siquiera a Cundinamarca, mucho menos a Quito, a Guayaquil, Lima, etc. Fue el desorden, consecuencia de los resabios de la ardorosa política federativa del pasado, lo que rebasó las tendencias parcelarias de Páez y Santander e hizo corta y frágil la estadía de Bolívar en las naciones del sur.

SU ÚLTIMO MANDATO

¿Qué provecho sacamos con no morirnos?
Chuang-Tzu

El día 7 de mayo de 1830, hubo un serio escándalo en la capital. El batallón de Granaderos y el escuadrón de Húsares de Apure se sublevaron. Deponen a su comandante, se adueñan del parque y se ponen a las órdenes del general venezolano Trinidad Portocarrero. El incidente provoca la réplica de los extremistas “liberales”, que propagan la especie de que es un movimiento subrepticamente ordenado por Bolívar. Estos rebeldes, imberbes todavía, con toda la furia de ese carácter disipado y ambiguo de los jóvenes que debutan en nuestros partidos, se lanzaron a la calle con gritos y maldiciones al Libertador. Le llamaban con obscenos sobrenombres y destruyen a estocadas sus retratos. “¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano! ¡Mueran los serviles!” Si algo de veras asustaba a Bolívar era el furor de los tontos.

Los sublevados negociaron con el Gobierno y por medio de un acuerdo se les concedieron ciertas garantías; finalmente se marcharon a la frontera con Venezuela.

Horas de gran tortura padeció Bolívar el 7 por la noche; no pudo conciliar el sueño. Se oía hablar ahora de que no se dejaría escapar al “*tirano*”, porque se iba a poner a la cabeza de un ejército en Cartagena.

En esa misma hora de pesar, Francisco comía en casa de Mme. O'Reilly con un grupo de distinguidos aristócratas.

El 8, por la mañana, distinguidos granadinos de la capital llevaron a Bolívar expresiones de agradecimiento y respeto, y él sale a la calle de la pequeña cuesta que queda a pocos pasos de la plaza principal y monta a caballo “con los ojos humedecidos, el cuerpo tembloroso y el corazón palpitante.” (6)

Muchos ciudadanos, y casi todos los extranjeros, principalmente ingleses, anduvieron algún rato con él y le acompañaron hasta Facatativá, donde Bolívar planeaba pasar la noche.

Ese día, sábado 8, por la tarde, Santander, en Francia, está en una soirée muy animada: luego se sintió indispuerto por lo mucho que había bailado y comido; tuvo que aplicarse sanguijuelas.

El 12 de mayo, ya el Libertador se encuentra en Guaduas, y volvemos a recordar el desprendimiento del noble Don Quijote. Escribe a un amigo y le dice: “No necesito de nada o de muy poco, acostumbrado como estoy a la vida militar...”.

El miércoles 17, mientras Bolívar permanece en Guaduas, el ex-Vice, allá lejos, come en casa del señor Suberville junto con Morán, Santamaría y el cónsul de México. Nada más refiere en su diario.

Como sabemos, pues, dos hombres extremadamente débiles han quedado encargados del Poder Ejecutivo. Joaquín Mosquera, que aunque poseía ciertos talentos para la administración de gobierno y además probidad, era de los que pretendían estar en las buenas con los extremistas “liberales”, entregarles el país si era posible, creyendo que con tales medidas calmaría sus pertinaces exigencias. El general Caicedo, más comedido, un poco más firme que Mosquera, un tanto más arriesgado, hacía también concesiones tan grandes a los separatistas, que muchos no se atrevían a llamarle vicepresidente, ni director de gobierno alguno. Sobre ambos pesaba la responsabilidad de proteger a Sucre, el primer soldado guerrero invicto, el valiente de los valientes, la cabeza mejor organizada de Colombia según Bolívar. Tenía por fuerza Sucre que erigirse en el hombre más temible para los “*liberales*”. Hacia él se dirigieron todas las miradas en el momento en que el polvo leve y lejano de la comitiva del Libertador dejaba para siempre la tembleque estructura del gobierno central. Cuchicheos liberales, los tumultos y la agitación de los ánimos desataron la fogosidad de los extremistas que paseaban airosos el puñal que habría de echar por tierra al mejor teniente de Bolívar. Urdaneta, de momento, estaba ganado para la causa de los sin causa; ya llegaría a su puerta el puñal redentor de las hordas asesinas.

En aquellos días, muchos oficiales veían que su vida estaba en peligro, y el gobierno era tan ineficaz para asegurar el respeto de las libertades que llegaron de uno y otro lado presiones insólitas. Mosquera hizo amagos de resolución, pero desgraciadamente nadie le creía. Sobre todo, porque pretendía ser fuerte contra los militares venezolanos y, a la vez, mostraba simpatía por los santanderistas. Y comete, don Joaquín Mosquera, una imprudencia fatal al incluir en su tren ejecutivo a las figuras de Azuero y Soto, hijos ideológicos del “mesías expatriado”. Eso no significaba otra cosa que declararse enemigo de Bolívar y de toda su gente. Una declaración vergonzosa. Fue así como el venezolano Florencio Jiménez se negó entonces a entregar la División Boyacá, alegando que se hallaban colmados de dudas acerca de la estabilidad del gobierno y que, de este modo, estaba dispuesto a no ceder el mando de su batallón al general granadino Alejandro Vélez, quien había sido escogido por el gobierno para dirigirla.

Dos días después, los extremistas estaban poseídos de una belicosidad alarmante.

Este hombre (Bolívar) separado del gobierno por el voto unánime de toda la República (decía el periódico *Aurora*) no pudo ver con impavidez que se arrancase de sus manos el cetro de hierro con que pretendía convertirnos en miserables esclavos, y con que nos había destituido hasta el derecho de pensar... El gobierno inocente de la parte que en esto tuviese Bolívar, le manifestó la necesidad que había para que con su influjo contuviese aquel desorden; pero este traidor protestó que no lo haría porque no era ya jefe de la República y, saboreándose en su crimen, esperaba ansioso el momento de verlo completamente perpetrado...

El articulista mostraba aquellas diatribas a Vicente Azuero y a Soto, y estos las aplaudían.

¿Pero hay algo comparable a lo que los venezolanos, a la cabeza de Páez, organizaron contra Bolívar? El Congreso reunido en Valencia exigía del gobierno bogotano el pronto y expreso reconocimiento de la separación y soberanía de Venezuela. ¡Soberanía, bajo la bota de los caudillos Páez y Mariño y del policía Arismendi! Pero no se detenían allí, sino que cualquier dilación o negativa iba a ser considerada como una declaración de guerra. Venezolanos como Fortique, Ramón Ayala,

Angel Quintero y Juan Evangelista González (de Maracaibo), José Luis Cabrera, Juan José Osio, decían que no habría negociación alguna *mientras permaneciera en todo el territorio de la antigua Colombia el general Simón Bolívar. Que se declara al general Bolívar fuera de la Ley, si iba a la Isla de Curazao, y lo mismo a todo el que se le uniera.*

Esta petición fue aprobada el 28 de mayo. En una comunicación enviada al Congreso de Bogotá decían que “Venezuela a quien una serie de males ha enseñado ser prudente, que ve en el General Bolívar el origen de ellos y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para su patrimonio, protesta que no tendrán aquellos en su lugar, mientras éste permanezca en el territorio de Colombia, declarándolo así el *Soberano* Congreso del día 28”.

Esta era la venganza de los que no se habían distinguido en los años duros de la independencia. Los que vivían escondidos o conciliados con los godos cuando estos dominaban en Venezuela. Cuando Bolívar expulsó a los invasores comenzaron a respirar odio y rencor porque la libertad les llegaba gratis y, ahora, eran también llamados ciudadanos con igual gratuidad.

Cosa rara, ese viernes 28 de mayo, el *Journal du Commerce* de Francia, dio la noticia con la que se registraba la muerte del general Bolívar. Santander la leyó: provenía la noticia de un buque llegado de Angostura y que había hecho el viaje en 36 días. Francisco tuvo en sus manos este periódico, pero al día siguiente dicha información fue desmentida.

Poco antes, cuando el Libertador estaba decidido a irse y “no volver más”, sólo la desesperación podía ser el único motivo para que variara su determinación. En esos días de ansiedad y depresión, Santander al otro lado del Atlántico, decidido a no sentirse abatido, paseaba altivo por el pueblo de Auteuil. Va a la presentación de la ópera cómica de *Les deux jaloux*, a la música de Boieldieu, a los bosques de Bolonia, al Café de París y a la presentación del famoso cómico Potier “que dejará pronto el teatro”. Cambia onzas españolas a 82 francos 10 sueldos y compra soberanos, moneda de oro inglesa a 25 francos 10 sueldos, y luego irá a la ópera en el teatro italiano Favart a ver Oberón que “ya había visto en Hamburgo” y donde todos *cantan admirablemente*.

El progreso, la virtud civil, la nobleza del talento al servicio de las leyes, la ciencia abriéndose para el bien de la humanidad, todo esto lo llena de un gozo indecible. Cada vez que ve un edificio imponente, un banco, una avenida profusamente iluminada, una carroza de pomposos flecos imperiales, pelucas doradas que anuncian heraldos y pajes sosteniendo tradiciones gloriosas; cada vez que oye los clarines que anuncian príncipes y duques rodeados con fashionable esplendor, pedrerías, en casaquines, ceremonias y blasones que hieren sus sentidos, pastoreos de sueños y pesares, piensa que cuando sea presidente de Colombia pondrá su país al nivel de los pueblos europeos. No se explica cómo el demonio de las malditas correrías, habiendo conocido Europa, no produjo, no aconsejó, no orientó en nada a Colombia hacia progresos palpables. “Cuando muera Bolívar (repetía sin cesar) vamos a demostrarle al mundo que nuestros pueblos pueden ser tan bellos y civilizados como los de Europa”.

Bolívar llega a Honda donde es recibido con demostraciones de admiración y gratitud. Le acompaña el coronel Posada Gutiérrez. Aquí se detuvo algunos días y fue con Posada a visitar las minas de Plata de Santa Ana, que estaban a unas seis leguas de la ciudad. Bolívar recordó su juventud viendo el paisaje hermoso de aquellos lugares. Su espíritu seguía intacto como el día en que hizo su juramento en el *Monte Sacro*, pero la salud le abandonaba. El murmullo de las aguas de una quebrada, el canto de pájaros y el revoleteo nervioso de perdices entre el espeso follaje, “el roce de las ramas que un suave vientecillo blandamente balanceaba, el bramido sordo y lejano del río Guali, que estrellándose de una a otra roca, se precipita al Magdalena; el reposo de la naturaleza en aquella hora (el sol en el cenit) en que todo lo que vive, descansa los campos de los climas ardientes; todo, todo producía, en nosotros un dulce sopor que excitaba a unos a la meditación, a otros al sueño”.(7)

Bolívar, un tanto impaciente, preguntó a su amigo: “¿Por qué piensa usted, mi querido coronel, que estoy yo aquí?”

Posada dice que habló de Santander, dolido de la perfidia con que le había atacado.

Cuando Bolívar hablaba del tenebroso porvenir de la República, lo hacía con una clarividencia y exactitud, que años más tarde a Posada le parecían visiones que describían el futuro como si fueran hechos pasados.

Llegaron a un cerro que separa la pequeña colina de Santa Ana de los llanos de Mariquita. El Libertador se detuvo por un momento a admirar el hermoso panorama que lo rodeaba:

La cordillera oriental bañada por el sol poniente, reflejando los colores del iris en una prolongada línea de páramos sobre sus elevadas cimas. La extensa llanura cubierta de ganados y sembrada aquí y allá de aldeas, de caseríos, de alquerías y chozas de pobres jornaleros. El Magdalena en su tortuoso curso, recogiendo los ríos menores y arroyuelos... las bandadas de guacamayos de variado plumaje, de loros, de pelícanos y de mil otros pájaros que al declinar el sol atraviesan el espacio con gritería atronadora en busca de las ramas donde pasan la noche o donde dejaron sus polluelos; los palmares lozanos y pintorescos que abundan en grupos aislados; del lado opuesto el Nevado de Ruiz en la cordillera central, reverberando como plata bruñida sobre las nubes doradas; el esplendente e indescriptible arrebol que más o menos purpúreo iluminaba la bóveda celeste. Todo esto formaba un estupendo y sublime cuadro, que obligaría al espíritu más fuerte a humillarse ante el Creador omnipotente de tanta maravillas, y que detuvo a Bolívar largo rato en religiosa contemplación, de la que participábamos, en silencio respetuoso, los que le acompañábamos.

¡Qué grandeza, qué magnificencia! ¡Dios se ve, se siente, se palpa! ¿Cómo puede haber hombres que lo nieguen? —dijo Bolívar. (8)

Aquí muestra Bolívar su sumisión al poder supremo que todo lo ordena y decide, y que el hombre suele llamar Dios. El hombre puede llegar a tener extraordinarios conocimientos sobre política, talentos nada comunes para expresarse, pero no puede prescindir de ese espíritu religioso que nos habla de la inconmensurable pequeñez de nuestra vida, que nada es duradero ni tan importante como creíamos; que la contradicción es la base de la vida y que la duda y el dolor es el camino de la perfección de nuestra fe.

Cuando el Libertador continuó su “fuga”, acudió al puerto, donde el pueblo humilde, pacífico, que instintivamente conocía a sus

verdaderos protectores, lo vio partir con el corazón palpitante en la hora de un silencio triste.

Use usted este recuerdo mío en mi nombre, le dijo al coronel Posada, poniéndole en la mano una medalla de oro con su busto.

Un viaje sin fin cuyo único consuelo era la muerte. Va caminando a medias, cabalgando a medias. ¿A dónde ir, *viejo*, con sueños intactos y ardientes pesares? ¿A dónde ir en el camino del eterno andar? Presidentes y lacayos, obispos y rebeldes, asambleas y actas, sepulcros, serviles, noticias, cargos, juicios, congresos, generales y bandidos; salvajes, pajes y madres, jueces, divisiones y legajos; calumnias, edecanes, mercenarios, liberales, desafectos y alzados: revoluciones y conmociones, tronos, degüellos, celos y sospechas; enredos de libertades públicas; derechos y ciudadanos... víctima de todo.

Denso delirio en camino a Cartagena, en tanto que, en Europa, el señor dueño y mandamás de la causa liberal de Colombia, no pasa mala noche porque está decidido a no sentirse mal: viaja en diligencia y con una elegancia versallesca en medio de negociantes y gente alegre que canta canciones patrióticas contra Napoleón. Cambia monedas incesantemente; tiene las manos negras de tanto cambiar monedas. Ha cambiado 3.500 francos por soberanos de Inglaterra y notas de bancos, los primeros a razón de 25 francos y 9 sueldos, las segundas a 25 francos y 10 sueldos. Ha pagado toda la cuenta del alojamiento y portero a razón de 20 francos mensuales... Luego emprende viaje a Chantilly donde almuerza y reposa. Todo es hermoso, nada lo turba, está decidido a no amargarse y se detiene a ver con fruición su pasado al lado de lindos jardines y campos cultivados de cereales. Llega a Amiens y se aloja en el Hotel France... Entre tanto, el gran culpable continúa alejándose cada vez más de la capital, donde los separatistas, furibundos siguen pidiendo que sea expulsado de Colombia.

Ha llegado Bolívar a Turbaco el 25 de mayo. Está cada vez más débil, como es de suponerse; arruinado físicamente y siendo más que nunca el blanco de la ira partidista. Incluso de aquellos quienes se arrogaban el título de “bolivianos”, porque debemos decir que Bolívar no tenía nada que ver con partidos. Los “bolivianos” eran otros demagogos y en su gran mayoría necesitaban del influjo del Libertador para figurar,

para existir. Si hubieran tenido espíritu de sacrificio, amor por la patria, jamás se habrían atemorizado ante la turba de los extremistas. Así que los llamados “bolivianos” era otra excusa para encender odios, venganzas y pretensiones sin valor de ninguna clase.

¡El tirano va a Ocaña (gritaban los liberales de Bogotá) para hacer la guerra a Venezuela y después vendrá a degollarnos!

En Turbaco escribiría su última carta a Sucre, la cual el Gran Mariscal de Ayacucho no llegará a leer. Es una carta llena de dolor y donde se percibe la honda imposibilidad de decir lo que siente porque todo va empañado de tristeza, y las palabras si acaso pueden expresar sus borrascosos sentimientos.

¡Si a Ud. (le dice) le costaba pena escribirme ¿qué diré yo?, yo que no tan sólo me separo de mi amigo, sino de mi patria! Dice Ud. bien, las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como éstas.

Ese mismo día publicó *El Demócrata* el más criminal de los artículos, en el que se anuncia un monstruoso crimen:

Acabamos de saber con asombro (comienza diciendo aquel pasquín) por cartas que hemos recibido por el correo del Sur (¿Las habría enviado José Hilario López?) que el General A. José de Sucre ha salido de Bogotá, ejecutando fielmente las órdenes de su amo... Antes de salir del Departamento de Cundinamarca empieza a marchar con ese humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disolución.

Va haciendo alarde de su profundo saber. Se lisonjea de observar una política doble y deslumbradora. Afirma que los liberales y el pueblo de Bogotá es lo más risible, lo más ridículo que se ha visto...

Pero el valeroso General José María Obando, amigo y sostenedor firme del gobierno y de la libertad, ocurría igualmente al encuentro de aquel caudillo y en auxilio de los invencibles pastusos. Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar.

En efecto, así lo hicieron.

Para comprobar que los artículos de *El Demócrata* y *Aurora* respondían muy bien a los preparados planes de los liberales, el 7 de agosto escribía Santander a Soto: “He visto que Obando ha hecho su papel correspondiente y me ha complacido infinito”.

Vale la pena observar que ponerles el título de “liberales” a aquellos grupos, sin que Sucre lo hubiera dicho, tenía que sonar a sorna, a desproporción ridícula e informe. A Posada Gutiérrez, por ejemplo, siempre le repugnaba esta forma como se autollamaban los enemigos de Bolívar. Le repugnaba, dice Posada, porque envuelve un sarcasmo, una injuria, un ultraje al adversario, y porque los que le adoptaron no tuvieron otra mira que ésa.

En Turbaco los ánimos de la población estaban caldeados. Muchos de los amigos de Bolívar se resistían a creer que se encontraba en tal estado de desamparo, arruinado. Se dolían de la impotencia, de los insultos y calumnias del *Aurora* y de *El Demócrata*: el *viejo*, con su mirada ausente, con su rostro pálido y marchito, traslucía un género de desgracia que sólo los santos y místicos son capaces de tolerar. Sus amigos, indignados, creían ver en aquel estado una ofensa propia, una ingratitud insólita. Sentían deseos de revivirlo y colocarlo otra vez a la cabeza de la República; sentían que sin él no habría esperanza, era el último recurso de grandeza que existía en ellos; se extinguiría la luz y todo correría hacia la destrucción. Sin Bolívar inevitablemente Colombia iba a ser otra cosa. Colombia había nacido de su inspiración.

Había lágrimas en el corazón. Y hubo conatos de rebelión; el general de Brigada Francisco Carmona provocó un acto de insurrección en Cartagena, que fue apoyado por el prefecto del departamento, General Montilla. Alegaba que las elecciones habían sido impuestas por coacción y amenazas. Bolívar, sin embargo, los llamó a la calma persuadiéndoles de que apoyaran al Gobierno. Y fue por ello por lo que el 12 de junio se promulgó y aceptó la Constitución de Cartagena.

Así se van sucediendo los dramáticos acontecimientos en Colombia. Entre tanto el “príncipe liberal” del partido de los Soto y Azuero, exactamente ese mismo 12 de junio se encontraba en Inglaterra. Estaba haciendo otra minuciosa inspección de la moneda inglesa:

...libras, (soberanos) 20 chelines cada una. Hay de oro solamente, Guinea, 21 chelines cada una (imaginaria). Soberanos, 20 chelines (de oro). Medio soberano, 10 chelines. De plata, corona o crown, 5 chelines, 1 chelín, 12 peniques. De cobre penique de a 1 y de a 2. Papel de Banco, desde cinco libras adelante.

El sábado 12, estuvo de visita en la Abadía de Westminster y hace revista de los muertos que en ella se encuentran. Por la noche fue al teatro de la ópera italiana King's Theater, el teatro de moda, el más caro y al que asiste la gente rica y "*fashionable*"—anotó Santander que en patio cobraban media guinea y en luneta una guinea ¡Fashionable!

El Libertador llega a Cartagena en un paquebote inglés. En aquella ciudad, se le recibió magníficamente: "adornados los balcones y ventanas, formadas las tropas" y sus ciudadanos se le acercaron para abrazarlo. El general Montilla humildemente le preguntó:

— ¿A dónde vais, señor, con unos seis u ocho mil pesos que os quedan? ¿Váis a presentaros casi indigente en un país extranjero?

—Si no me muero en el viaje, los ingleses no me dejarán morir de hambre —respondió el Libertador.

—Ésa es una afrenta para Colombia, añadió Montilla.

—Ella lo quiere así; pero no es Colombia la que lo quiere, es Venezuela (nosotros diríamos Páez y sus cómplices). ¡Venezuela! (exclamó) Mi resolución es inalterable.

Inmediatamente, el Libertador mandó a embarcar su equipaje y preparó una lancha, para hacer los arreglos del viaje.

Bolívar era de los que gusta hacer las cosas por sí mismo. Le angustiaba la lentitud de los empleados. Uno se lo imaginaba bregando con las caballerías, los bagajes, las utilerías de la tropa; con sus necesidades más elementales, su ropa, sus alimentos, sus armas, la construcción de los caminos, los incesantes consejos a los secretarios que le visitan, explicando cada detalle a los jóvenes, al agricultor, a los profesionales, a los curas. En una incesante labor de pedagogo. Colombia era su escuela.

Si cada uno de los que tienen alguna preparación, ejerciera en este país esa actitud de dar el ejemplo vivo de lo que debe ser un hombre ante los compromisos y los hechos más cotidianos de la existencia, el efecto sobre nuestra conducta humana sería tremendo.

De todos modos, a pesar de las intensas contradicciones de su alma, Bolívar reservaba en el último espacio de su razón una esperanza. Derruido en su interior por fastuosos desengaños, pronto habría de recibir el golpe fatal del asesinato de Sucre. El hombre eminente tan mal comprendido. Pero siquiera tú, Padre de la Patria, a pesar de tus terribles dolores, acabaste con la ilusión de que el tiempo podía regenerarnos; que vendrían mejores hombres, que algún día nuestras leyes serían corregidas, que a los gobiernos llegarían hombres empapados de tu dolor, de tu insigne martirio; sensibles a las amargas humillaciones de la miseria, diestros en ver los desastres heredados, de los graves errores del pasado. Y fuiste en eso visionario, Padre de América. A nosotros nos ha tocado vivir tiempos peores, rodeado de las falacias más desoladoras... Ahora con la esperanza de contar con un capitán de espada implacable como tú cuando tenías treinta años. Si ayer te mataron las rencillas de dos partidos, qué de locuras no sufrirías ahora. Tus ideas han sobrevivido al aluvión de las guerras. Por ti aún nos atrevemos a llamarnos venezolanos. Por ti aún buscamos alguna luz en nuestro pasado y escribimos sobre ella como guía de nuestro propio desconcierto. Por ti aún seguimos creyendo en esta América tan injuriada por sus hijos. Seguimos pendiendo del hilo de tu dolor.

Pero el barco inglés donde Bolívar dejó su equipaje encalló al salir de la bahía. Algunos hicieron saber a su Excelencia que andaba por aquellas aguas la fragata *Shannon* de la corona británica. Este accidente inesperado y los continuos ruegos de sus amigos para que no se marchara en tan miserable situación influyeron para que esperara el arribo de la fragata inglesa. Pero ésta tenía órdenes de recorrer primero las costas de Barlovento y La Guaira.

La situación económica de Bolívar no era ninguna broma y, al parecer, ni sus parientes ni sus amigos estaban en condiciones de aportar una cantidad suficiente para que viviera un mes en el extranjero. Difícil fue reunir los gastos de tablas, algunas tachuelas y cabuyas para hacer su ataúd; mucho más para sufragar los gastos que representaba entonces un

viaje tan costoso, y menos aún para instalarse en Europa. Así que otra vez, de mala gana y sin ninguna fe, volvió a escribir al señor Gabriel Camacho, su apoderado en Caracas, pidiéndole de sus propiedades algunos fondos. En tanto que Santander entonces solicitaba otra remesa de 4 mil pesos a Arrubla, desde París, además de un crédito de 20 mil francos para recorrer otros países europeos.

La fragata *Shannon* se tardó más de lo esperado y desde la costa se alzaba un brillo rojizo infernal que parecía provenir del incendio que abrazaba a Colombia.

Los amigos del Libertador en Bogotá venían ahogando la amargura de tanta ingratitud y afrenta (permitida de un modo indigno por el propio gobierno de Mosquera). Sentían en sus narices la cuchilla que los liberales paseaban por las calles. Para completar entró a la capital el coronel José María Vargas con un batallón (del Boyacá), que se componía de unos 700 hombres. Este personaje, pocos meses atrás, había cometido un acto de alta traición vendiéndose a los revoltosos de Venezuela y poniéndose a las órdenes de los jefes militares, acantonados en el Zulia. Venía en este cuerpo un grupo numeroso de oficiales y soldados comprometidos en el atentado de septiembre contra Bolívar. Al entrar a la ciudad, algunos jóvenes en las esquinas y callejones por donde pasaban, estallaron en histérica algazara haciendo sonar campanas; había ruidos de cohetes y música. Era el momento de gritar también: ¡Muera Urdaneta! ¡Mueran los serviles! ¡Viva el general Santander!

Sobre todo, ¡muera Urdaneta!

Ya Urdaneta había cumplido su propósito y el símbolo de su heroísmo era innecesario. Se necesitaba ahora eliminarlo, no sólo política sino físicamente.

No muy lejos, como ya dijimos, de estos acontecimientos, se encontraba el Batallón Callao, comandado por el coronel Florencio Jiménez y compuesto de unos 250 hombres, todos venezolanos. Su comandante era un hombre ingenuo, de esos caracteres religiosos, francos y leales que recuerdan a personajes aldeanos de las novelas rusas. Estaba formado, este batallón, en su mayoría por llaneros que a punta de lanza habían exterminado a los godos en las guaridas del Perú; el Batallón Callao, que

era capaz de batir un ejército diez veces más fuerte que el Boyacá, entró sin ninguna alharaca a la capital; eso sí, bajo la mirada tensa y agresiva de muchos de los que habían vitoreado al Boyacá. Parecía aquello una competencia ridícula de partidos de fútbol con fanáticos en cada bando. Así suele ser la política de partidos y, sobre todo, en tales días en que era tan novedoso el acontecimiento de la libertad y el establecimiento de una República surgida como por arte de magia (el mago había sido Bolívar).

Las reacciones contra el Callao no tardaron en dejarse sentir. Los mueras comenzaron a oírse lentamente hasta que fueron creciendo como un vendaval. Hay piedras en las manos, expresiones soeces y aparecen letreros con mueras en las paredes; exclamaciones de ¡serviles!

El batallón Boyacá había entrado luciendo cintas coloradas.

Los del Callao decidieron entonces encasquetarse, en sus morros, hombros y pechera, una cinta verde.

Unido a esta tensión entre el Boyacá y Callao, en medio del desconcierto que va provocando la “huida del tirano”, ocurre una explosión mortal que desborda el conflicto; ¡*Sucre ha sido asesinado!*

Por las circunstancias que habían precedido tan horrendo crimen, la ciudadanía respondió casi al unísono señalando a López y a Obando como los culpables. El primero cuando lo supo, salió a celebrarlo como si se tratara de un hecho largamente ansiado. Llegó a decir que “si el asesinato no se hubiera perpetrado en la provincia de Popayán, lo habría celebrado con un banquete”. Pero su odio fue aún más evidente: cuando el señor Rafael Mosquera invitó a los ciudadanos a llevar luto por unos días, saltó López agresivo, profundamente irritado, invitando a los parroquianos a que llevaran luto por el general José María Córdova.

Comenzaba el tiempo de las hienas.

Dentro de poco el general Caicedo y Posada Gutiérrez tendrán que someterse a las órdenes de López. Es la historia de América enferma, donde algunas bestias apocalípticas han sido la fuerza de la razón y de las leyes. López y Obando estaban ayudando a morir a Colombia.

La barbarie, la audacia sin probidad, puso su garra sobre los hombres débiles.

Decía, el Libertador, que la desgracia de América hispana era que la opinión del pueblo no contaba para nada. Que algunos ánimos fuertes lo hacían todo y que la multitud seguía como un rebaño sus decisiones sin examinar las horribles injusticias. Que el pueblo era una mole indolente ante sus servidumbres: “Esta es la opinión pública (decía) y la fuerza nacional de nuestra América”. Así Bolívar fue también clarividente al pintarnos el presente político. De Obando, llegaron a decir los liberales, con pasión, que era comparable a Sócrates, Edipo, Alcibíades, Catón, a casi todos los grandes políticos y filósofos griegos; se le llamaba “Ángel Tutelar y Dios Misericordioso de la Nueva Granada”.

A mediados de junio, no satisfechos los extremistas con el crimen en la persona de Sucre, arreciaron sus ataques contra el Libertador. El día 12 ya había entrado flamantemente en la capital el nuevo presidente de la República, bajo el aplauso clamoroso de los “cintas rojas”. El señor Mosquera creyó que podía hacer un gobierno justo y dijo en su proclama cuando se posesionaba del cargo:

El Libertador de Colombia se ha retirado de entre nosotros para calmar a los amigos celosos de la libertad, ocultando sus laureles, y ha quitado todo pretexto al desorden...

Este lenguaje demasiado conciliatorio y moderado iba a recibir una réplica arrebatadora por el mismo grupo que había anunciado el asesinato de Sucre. En efecto, así respondía *El Demócrata*:

Por nuestra parte, los liberales observamos que haber llamado a Bolívar Libertador, cuando está demostrado generalmente que sólo le conviene el dictado de traidor, es un insulto a la opinión pública, y decir el presidente que quiso ocultar sus laureles por quitar pretexto al desorden es un ultraje vergonzoso a los republicanos... ¿Qué necesidad había de alabar a Bolívar dirigiéndose a los pueblos por primera vez? ¿Para qué abrir este campo a censuras que no son merecidas? No podemos tolerar los respetos a Bolívar ni las contemplaciones con los boliveros... déjeseles olvidados en el oprobio que los cubre...

¡¡¡No más contemplaciones con Bolívar!!!

Estas amenazas surtieron efecto. A los pocos días Mosquera satisfizo a los del morro rojo. ¡Qué ironía!: a los que conocían mejor que Bolívar su propio país y los que no habían sufrido amargos trajines en las luchas contra los godos: los que no habían hecho nada por la patria, pedían un crimen más para “regenerarla”.

El 1 de julio, estaba el Libertador en un modesto bohío de Cartagena, en un lugar llamado el Pie de la Popa: un sitio fresco y tranquilo, situado fuera de los muros de la plaza, y a unos 600 pies de altura; le gustaban al Libertador las alturas. Son las nueve de la noche y al bohío se acerca un carruaje. Es inusual aquel movimiento. Voces familiares y nerviosas le hacen levantarse y correr a la puerta:

— ¿Qué novedades hay? —pregunta sorprendido. Eran el general Montilla y el señor De Francisco Martín. El primero contesta apesadumbrado:

—General, el Gran Mariscal de Ayacucho ha sido alevosamente asesinado en las montañas de Berruecos.

Bolívar se dio una palmada en la frente. Se vuelve sobre sus pasos sin proferir ni una sola palabra. Sale de nuevo y paralizado oye algunos pormenores del horrendo crimen. Pide entonces que lo dejen solo y así se estuvo hasta muy avanzada la noche, en un estado de amarga agitación. Se dice que se expuso por demasiado tiempo a un viento frío y húmedo, y que por ello contrajo una gripe que debilitó aún más su precaria salud.

La mano del crimen respondía. Se había hecho con Sucre lo que no se había hecho todavía con Bolívar. Y pensar que para don Germán Arciniegas —quien nunca escribió una línea condenatoria sobre este horrendo asesinato— mayor crimen le parece el que hizo Urdaneta contra la autoridad de Mosquera. Es que don Germán admitía que en política todo está permitido.

En Cartagena se fueron concentrando oficiales de toda la América libertada por Bolívar. Llegaban mensajeros del Perú y Bolivia, del Departamento del Ecuador con noticias del general J. J. Flores; de Venezuela venían las eternas noticias de levantamientos, unos en favor y otras en contra de la unidad colombiana. Todos persuadían al Libertador para

que no les dejara abandonados e hiciera un último intento por cohesionar la República. Pero él estaba convencido de que todo era inútil: “El que sirve a una revolución ara en el mar”. Ninguna acción podía hacer sin que fuera mal interpretada y lo que buscaba era ocultarse para morir con alguna dignidad. Habría querido sacar fuerzas de su ruina y, como el Quijote, salir y enderezar el sórdido agravio a Colombia por lo del asesinato de Sucre. Castigar a los culpables, aunque se alzara de nuevo el grito destemplado de los liberales que lo llamaban “tirano”.

Urdaneta, a quien la ambición del poder lo cegó por unos meses, pidió licencia y se fue a su hacienda de Táquira, pretextando enfermedad. Debemos recordar al lector las peticiones que había hecho el Congreso de Venezuela a Colombia, y efectivamente en julio, llegó la comunicación oficial de aquel Congreso venezolano enviada por el señor Francisco Javier Yáñez en la que se decía que Venezuela había desconocido la autoridad del general Bolívar y estaba dispuesta a no tener relaciones con el Gobierno de Colombia, mientras dicho general permaneciera en su tierra. Que ellos veían en el general Bolívar todo los males políticos y que Venezuela “tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para siempre su patrimonio”...

Azuero al leer aquella nota quedó de una sola pieza. Lo que le faltaba para completar el ascenso de sus principios republicanos lo tenía en sus manos. Con regocijo hizo un oficio para el Libertador en los términos siguientes:

República de Colombia
Ministerio del Interior y Justicia
Bogotá, julio 14 de 1830

Al excelentísimo señor Libertador, general, Simón Bolívar
Excelentísimo señor:

Por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores (ya se hablaba de Venezuela como de un país extraño) se acaba de recibir una comunicación del presidente del Congreso de Venezuela al presidente del Congreso Constituyente que se reunió en esta capital. El excelentísimo señor presidente de la República embarazado con el contenido de dicha comunicación, y en la duda acerca del partido que deba adoptar, a fin ha resuelto que se remita a

V. E. una copia, como tengo el honor de verificarlo, a fin de que V. E. quede informado de esta notable circunstancia por lo que puede influir en la dicha de la nación por la trascendencia que tiene con la gloria de V. E.

Soy con perfecto respeto de V. E. muy obediente servidor, Vicente Azuero

He aquí —dice Restrepo— los fundamentos que se adujeron para dar un paso tan ofensivo al Libertador. Éste no podía esperarlo de un amigo, a quien tanto había distinguido, como el señor Joaquín Mosquera, que pudo, sin faltar a ninguno de sus deberes, omitir aquel oficio.

No sólo eso, sino que para que la venganza fuera más escandalosa la publicaron en la *Gaceta Oficial*. Por cierto, cuando la *Gaceta Oficial* no servía a los intereses de los liberales, estos la llamaban “La Prostituta”, insertando en ella las actas y discusiones con que se humillaba al Libertador.

Mucho se criticó a Mosquera por esta debilidad, aunque llegó a confesar que aquella medida se había tomado sin su consentimiento. De haber sido esto cierto, Azuero llegó al delirio de la más perversa bajeza.

Sin duda, don Joaquín hizo galanteos excesivos a los liberales, llegando a declararse hostil al Libertador y lo que es peor, según expresión del propio Bolívar, su enemigo, “cosa que a la verdad (añade) yo no hubiera creído nunca, porque mi conciencia no me dice que yo le haya ofendido. Él puede alegar que no le contesté a su última carta: es verdad, mas fue porque yo no tenía nada que decirle de agradable por su célebre despedida por el órgano de Azuero. ¿Podría yo ver con indiferencia que un amigo que ocupaba una presidencia legítima, me notificase los actos de tiranía de los destructores de Colombia y de los más ingratos rebeldes? ¡Echarme de Colombia implícitamente mi mejor amigo y el que yo hubiera escogido por hermano! ¡Servir de instrumento a la más execrable iniquidad contra el Libertador de Colombia!... Amigo, nada tenía que responderle al señor Mosquera y mi mayor moderación ha consistido en no haberle escrito”. (9)

Debemos decir que el terror impuesto por los “liberales”, en el Congreso de Bogotá, y que hizo presidente a Mosquera fue el mismo estilo que usarían luego los “liberales” de Venezuela. El terror tenía

entonces los nombres elocuentes de “libertad” y “patriotismo”. Bolívar, que jamás se llamó a engaños, escribió a un amigo: “Esos canallas del Congreso de Venezuela han cometido, por miedo, la abominación de proscribirme, cuando seis días antes habían negado esa proposición treinta votos contra siete.”

La banda liberal seguía esparciendo la especie de que Bolívar estaba detenido en Cartagena, haciéndose el enfermo, con planes proditorios contra el gobierno “legalmente” constituido.

Sin embargo, aquel “conspirador” decía:

Me siento morir, mi plazo se cumple. Dios me llama; tengo que prepararme a darle cuenta y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida, y quiero exhalar mi último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el crucifijo en las manos. No me iré.

Bogotá vivía el temor constante de una súbita matanza; el Gobierno no mostraba la eficacia para contener los bandos. La debilidad alarmaba ya a muchos diplomáticos que tenían que vivir armados y con guardias en sus casas. El Gobierno no daba seguridades de nada. El 1 de agosto amanecieron las casas con letreros de “libertad o muerte”. Como hemos dicho, estas amenazas las llevaban a cabo soldados o jóvenes que recibían órdenes del Batallón Boyacá y de algunos directivos del Gobierno. Pedían guerra contra los “bolivios” y denominaban lo acontecido el 25 de septiembre acción “patriótica y santa empresa.

Estas demasías (nos cuenta Restrepo) podrían haberse reprimido por un presidente y un ministro de la Guerra que hubieran tenido energía. El primero aceptó la presidencia sin conocer el inmenso peso que iba a gravitar sobre sus hombros.

El mismo día en que aparecieron los letreros, don Joaquín trastabilló en su resbalosísimo compromiso y, aduciendo inestabilidad nerviosa, tomó la difícil decisión de dejar el Gobierno en manos del vicepresidente Caicedo; se ausentó de la capital. Esto da la medida de la incapacidad de don Joaquín. ¿Cómo podía ausentarse de su cargo en tan críticas circunstancias? Sólo Bolívar fue empleado a perpetuidad del Estado colombiano

y para sus subalternos habría sido inaudito que a causa de alguna enfermedad hubiese dejado de gobernar siquiera por unas horas. Bolívar era el movimiento, la vida más allá de toda contingencia, de todo accidente.

¡Ah, si Bolívar hubiera pedido permiso para retirarse del Gobierno en cada una de sus agonías, de sus males físicos que eran permanentes, qué hubiera sido de nosotros!

Don Vicente Azuero y Francisco Soto azuzaban a sus muchachos que aunque escasos de armas y de entrenamiento militar, tenían la fuerza de la ociosidad que valía por cien cañones, y se dieron a la tarea de molestar a los susceptibles llaneros venezolanos. El señor Caicedo, atrapado en medio de tamaña explosión, decide alejar un tanto a El Callao de la capital; ordena que se retire a la ciudad de Tunja. Esto por supuesto es visto como una afrenta y una muy clara parcialidad del Gobierno hacia el grupo liberal. Sin embargo, a regañadientes lo aceptan. Pero luego, a unos cuarenta y cinco kilómetros de la capital, en Gachancipá, se detienen. ¿Por qué el Gobierno —se preguntan— no hace lo mismo con el batallón Boyacá?

Muchas son las interrogantes que se plantean. Algunas razones son de peso, y otras producto de la pasión.

El 17 de agosto, regresó Joaquín Mosquera a la capital y, a las pocas horas de dialogar con sus ministros, recibió fuertes críticas, exigiéndosele que aplicara castigos contundentes a los “facciosos”. Sin embargo, las largas consultas condujeron a conceder una amnistía a Jiménez y su grupo; amnistía que, como era de esperarse, disgustó a los “liberales”. Esta propuesta del Gobierno fue enviada con el general Urdaneta, quien fue llamado a su hacienda para que prestara aquel servicio a la República. Pero Jiménez rechazaba la mano “amistosa” del Gobierno porque consideraba que, mientras no hubiera cambios en la administración, no podría aceptar un acuerdo de paz.

Muchos creyeron entonces que el general Urdaneta actuaba de mala fe. Tal cosa, por supuesto, no debió asombrar a los historiadores, porque en aquel drama cada cual estaba atrapado en una encrucijada, y era evidente que el gobierno quería proteger a los liberales, y estos eran frenéticos y agresivos hasta los extremos más idiotas que se pueda imaginar.

No hay nada más peligroso que un idiota. Así que el discutido problema de la supuesta traición de Urdaneta al Gobierno se reduce sencillamente al elemental instinto de conservación en un estado francamente horrible. ¿No era acaso exactamente lo que hicieron Caicedo y Posada Gutiérrez que cuando llegaron los supremos Obando y López del sur se ponen a sus órdenes? Era el *sálvese quien pueda*.

Estos no eran, por supuesto, más patriotas que Urdaneta o que el resto de los oficiales que habían servido en la administración de Bolívar. No, se trataba simplemente de que los primeros eran granadinos y estaban, de algún modo, a favor de la independencia y la seguridad de un Estado nuevo que rompía con las viejas tendencias de la unión colombiana.

Entre estos ires y venires, el Gobierno propone atacar a las fuerzas de Jiménez y el 25 de agosto salen mil infantes de Bogotá a las órdenes del coronel Pedro García. Quedaron guarneciendo la capital unos cuatrocientos soldados. Debemos decir que las fuerzas de Jiménez habían aumentado a unos setecientos hombres, algunos de ellos como el coronel Castelli, quien había desertado del ejército gubernero. Todo esto tiene un final doloroso el 27 de agosto. Las fuerzas del Gobierno fueron completamente derrotadas en el campo del Santuario. Cayó mortalmente herido el coronel García, mueren ciento ocho soldados, hubo ciento treinta y dos heridos, quinientos sesenta prisioneros; todo el armamento de la división quedó en manos de Jiménez. “¡Maldición (gritaba Jiménez) por qué nos han llevado a estos extremos!”

Al día siguiente el Gobierno firmó una capitulación en la cual los “facciosos” consiguieron lo que querían: se expediría pasaportes para Jamaica, a Azuero y Soto y al grupo de los “liberales”. La firma de este convenio fue fuertemente criticada a Mosquera como otra prueba irrefutable de su debilidad. El colapso político de la nación era total: el Presidente y el Vicepresidente se sintieron utilizados como unos títeres y no quisieron gobernar más. Sin embargo, como una tentativa de unificar a los distintos bandos se nombró ministro de guerra a Urdaneta, lo que por supuesto descabezó lo poco que aún quedaba del “gobierno”. ¿Gobierno? ¿Si nunca lo había sido! El nuevo que se buscaba formar a la cabeza de Urdaneta, parecía tan confuso como el de Mosquera, y una petición popular comenzaba a nacer: ¡Que vuelva el Libertador, única esperanza de paz y unificación de los pueblos!

En este ardor de sofocantes confrontaciones, los liberales consideraban a Santander el Padre tutelar de sus luchas. Pero él no se preocupaba, estaba decidido a no darse mala vida; sabía que el viejo no podía aguantar más de un año y que luego no habría más profeta ni “salvador” para la Nueva Granada que él; dispuesto a no abatirse, seguía siendo el adalid de la patria y, por lo tanto, lo suyo era el vivir de ópera en ópera, de comedia en comedia, de soirée en soirée. Oír bellas sinfonías, cantos, y sorpresas: ha descubierto en un baile un instrumento parecido al piano “cuyo sonido es más dulce que el sueño de marzo”. Ha viajado mucho por Alemania, Holanda y Suecia. Continúa pendiente del cambio de las libras esterlinas en oro y el papel de Banco, de los federicos y luises, marcos y chelines. También anota con precisión admirable el valor de cada boleto para las óperas y los compara con los de Hamburgo, París y Londres. No deja tampoco de ruborizarse cuando le hacen cumplidos lisonjeros; Bolívar en Europa no es nada comparado con su grandeza y esto frecuentemente le provoca un intenso rubor.

En el momento en que Jiménez descabezaba el Gobierno, Santander se encontraba en Sajonia, comprobando que, en este reino, la moneda es la misma que la de Prusia “con la diferencia que se cuenta por groschen y no por silver groschen; 24 de los primeros hacen un thaler...”

El 31 de agosto, asume como Ministro de Guerra, el general Urdaneta. Varias provincias comenzaron a declararse por el regreso del Libertador como único medio para *salvar* a la extinta República. Se hicieron juntas, se firmaron actas en los pueblos y después de largas discusiones en las calles, en el Congreso y entre los jefes militares más comprometidos de aquella revolución, el 5 de septiembre se nombró el nuevo jefe provisional del Poder Ejecutivo: general Rafael Urdaneta. *Provisionalmente*, mientras volvía el Libertador a encargarse del Gobierno por mandato de la mayoría de las provincias. Joaquín Mosquera, abrumado por la escabrosa situación dejó el Gobierno y se marchó a los Estados Unidos, entre otras cosas, a coleccionar estampillas, moneda y objetos de la Francia napoleónica.

Caicedo se retiró a su hacienda de Saldaña.

Qué felicidad la de esta gente que tenía a dónde irse sin cargo alguno de conciencia.

Mientras el gobierno de Urdaneta crujía por todas partes, en septiembre, partió camino de Cartagena una comisión para dar cuenta al Libertador de lo ocurrido en la capital, además para rogarle que aceptara el mando de Colombia. Más tarde, veremos la reacción de Bolívar, pero por ahora refirámonos al hallazgo peligroso que hizo Urdaneta al entrar al despacho del presidente saliente. Había allí algunos papeles que Mosquera *olvidó* o traspapeló o no les había dado curso por el cúmulo de contratiempos sufridos aquellos días. Entre los más importantes estaban unos recientemente enviados por los generales Obando y López en los que pedían que se les abriera un juicio para defenderse de las imputaciones que se les hacía sobre el crimen de Berruecos. Estos papeles complicaron aún más el panorama de Colombia. Probablemente, no fueron tanto las pretensiones de Jiménez y su grupo las que influyeron en Mosquera para dimitir, sino más bien, aquel documento, enviado por Obando y López. Eran, estos papeles, la alerta de una temible confrontación. Aquí anidaba nada menos que el polvorín de casi todas las desgracias civiles que habría de vivir la Nueva Granada los siguientes 150 años de su fundación como nación liberal.

En virtud de estos papeles, el gobierno de Urdaneta llamó a estos generales a la capital para que se les siguiese juicio.

A contrapelo de la segunda parte de este drama, en Europa, Santander está confuso porque “por 18 escudos de Sajonia dan sólo 16 pesos y reales... El coche me cuesta 11 florines de Baviera, que es decir cuatro pesos y seis reales de Colombia. La moneda de Baviera es semejante a la de Fráncfort; se cuenta por florines, moneda imaginaria”. Esto lo ha repetido muchas veces en su diario para que no se olvide, pues ha cometido un error en un cambio; “...el florín, tiene 60 kreutzer, un thaler prusiano tiene 150 kreutzer. Un luis de oro 10 florines 100 kreutzer, más o menos, por consiguiente un peso nuestro tiene dos florines 3 kreutzer...”

El 3 de septiembre, grupos de familia, apoyados por el prefecto del Magdalena hicieron encarecidos ruegos al Libertador para que asumiera el mando del ejército. Bolívar los escuchaba con una expresión entre sonriente y piadosa. Les daba las gracias y evitaba extenderse en un asunto insoluble e incómodo. Nada lo haría retractarse de la decisión que había tomado para no dejarse involucrar más en líos de guerritas.

El 17 de septiembre, exactamente tres meses antes de morir, llegó la comisión de la capital con actas y documentos que hablaban de la caída de Mosquera y de los suplicantes llamados de los pueblos para que reasumiera el mando.

Le escribió Urdaneta, aquel general que fue alucinado por los “liberales” para que se opusiera a la reelección de Bolívar: “Os suplico que no nos abandonéis en tan importante crisis, ni dudéis un momento en tomar la resolución que conviene al bien de la nación, de su gloria y de la vuestra”.

Bolívar —a quien la patria le dolía sencillamente porque el sentido de pertenencia a Colombia como nación había nacido de él y porque aquella República, moribunda, había sido creación suya, su propia vida, su esperanza última— creyó de pronto revivir o suspirar en medio de un sofoco mortal. Aquí aparece de nuevo el Quijote saliendo de los estragos de un encuentro infortunado: rehaciendo sus destartaladas armas y alisando sus andrajos para aparentar alguna dignidad ante los espectadores de un mundo tan desolado. Sus palabras a los comisionados eran tan pronto animosas y festivas como de un escepticismo insondable:

Voy a reiterar mis protestas solemnes (decía) de obedecer las leyes y las autoridades actualmente constituidas... Espero, que establecido el orden legal, me será permitido volver a la vida privada, de la que ahora me arrancan los peligros de la Patria, a la que inmolé el precioso bien que he poseído durante la existencia de Colombia.

Pero, poco después, agregaba de un modo vago e indeciso que sus veinte años de servicio y mando le parecían demostrar que en vano servía a los colombianos. Sólo los “liberales” de aquella época se han atrevido a decir que él estaba dominado por un egoísmo y una propensión a imponer su voluntad. Véase, por ejemplo, lo que en este sentido contestó al ministro Vergara:

Yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello, porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su propia conciencia y las leyes. Tampoco he contribuido en la menor cosa a esta reacción, ni he prometido a nadie a que lo hiciera. Si yo recogiese el fruto de esta insurrección, yo me haría cargo de toda su responsabilidad... No puedo mandar más, y crea usted que cuando

he resistido hasta ahora a los ataques de los amigos de Cartagena, seré en adelante incontrastable. En tres días me voy a Santa Marta para hacer ejercicio, para salir del fastidio en que estoy y por mejorar de temperamento. Yo estoy aquí relegado contra toda mi voluntad, pues he deseado irme a los infiernos para salir de Colombia: pero el señor N... a la cabeza de otra porción de importunos, me han tiranizado, haciéndome quedar donde no puedo ni quiero vivir.

Yo compadezco (añadía al general Urdaneta) a todos mis amigos que se han comprometido sin esperanza de salir bien, pues, nunca debieron contar conmigo para nada, después que había salido del mando y que había visto tantos desengaños. A nadie le consta más que a Usted mi repugnancia a servir y la buena fe con que insté por mi separación.

Como se ve aquí, el interés del Libertador por gobernar a Colombia se reducía exclusivamente al deseo y a la esperanza de que pudiera sobrevivir a la anarquía, y no como dice Restrepo, a que deseaba también en el año treinta que se le nombrara presidente.

Desde aquel momento (seguía diciendo el Libertador) he tenido mil motivos para aprobar mi resolución: de consiguiente sería absurdo de mi parte volverme a comprometer. Añadiré a Usted una palabra más para aclarar esta cuestión, todas mis razones se fundan en una: no espero salud para la patria. Este sentimiento, o más bien esta convicción íntima, ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. Yo creo todo perdido para siempre, y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer y éste fuera el de mi vida, o el de mi felicidad, o el de mi honor... créame Ud., no titubeara. Pero estoy convencido de que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero, y porque soy incapaz de hacer la felicidad de un país, me deniego a mandarlo. Hay más aún: los tiranos de mí país me lo han quitado, y yo estoy proscrito, así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio. (10)

Ese mismo día Santander escribía en su diario, allá en un lugar cerca de Munich:

Sábado. Segundo aniversario de la revolución de Bogotá que me ha causado tantos perjuicios personales. Pagué el alojamiento que costó por todo

(incluso la composición de mi reloj) cuarenta y cuatro florines y salimos de Munich a las 6 de la mañana... Continúo viaje al Tirol alemán para luego pasar al Tirol italiano.

Las respuestas del Libertador a sus amigos llegaron a provocar, en estos, tal desánimo, que hubo quienes dijeron: que Bolívar no era más que un *cobarde*. El Libertador llegó a saber estos comentarios y respondió: “Yo entiendo bien esta frase que perdono, porque es el grito de la desesperación y de la torpeza”.

A finales de noviembre, se encuentra Bolívar en una aldea de nombre Soledad. Allí la clarividencia de sus visiones se recrudece. Los consejos dados al gobierno de Urdaneta, para que adelantara una división a Neiva y Antioquia antes que Obando y López la tomaran y que luego obrara inmediatamente sobre el Cauca, no fueron escuchados. Urdaneta en su mortal enredo le escribió a O’Leary que comandaba una respetable división: “No se bata con Obando y López, porque ellos valen muy poco”. Ponía estúpidamente sus esperanzas en el general Posada Gutiérrez.

Bolívar gritaba en sus delirios, previéndolo todo: las intrigas debilitarán el gobierno de Urdaneta, yo prefiero la muerte a verme como antes entre Páez y Santander.

Entonces el Libertador pedía a su mayordomo José que le ayudara a pararse de la hamaca. Tenía náuseas... Era el ahogo de la pena por la poca vida que le quedaba:

— ¿Hasta cuándo? Yo quisiera vivir para el bien, pero entre esta gente, ¡cómo, cómo...!

En el momento de esta agonía, Santander el 29 de noviembre, día miércoles de 1830, escribía en su diario:

He escrito a Alcázar a Cartagena incluyéndole cartas para Arrubla, Raimundo Santamaría, Telésforo Rendón, mi cuñado Briceño, el doctor Antonio Amaya y mi señora Nicolasa Ibáñez, a todos los cuales les hablo de intereses comerciales.

Luego, en Verona, inquiriendo por el valor de la moneda en aquel reino —que de paso le parecía harto confusa—, supo por fuentes fidedignas que la moneda en la región de Lombardía-Véneto, se cuenta

por liras y centésimos: una lira es una pieza de 20 kreuzer o de 100 centésimos. Tres liras hacen un florín de Viena, que viene a hacer como 4 reales de nuestra moneda. Hay monedas de oro llamadas sequines o ducados del imperio por valor de 13 liras y algunos centésimos. Hay monedas de plata de una lira, media lira y un cuarto de lira y las hay de cobre de cinco, tres y un centésimo...

Entretanto, Urdaneta sigue contando con el Libertador: “Mucho siento que su salud haya sufrido; pero me alegro infinito al ver que, según U. me dice, se va poniendo”.

Cuando estas líneas lleguen a Santa Marta ya Bolívar habrá muerto.

Le suplica, Urdaneta, que regrese a Bogotá: “Venga a tomar las riendas del Gobierno, cuando no por mucho tiempo, al menos por el preciso para medio componer esta República y salvar sus glorias y a sus amigos”. ¡Qué tarde se daba cuenta de lo valioso que era conservar la amistad del Libertador y de lo difícil que era gobernar aquel país! Seguía escribiendo aquel desesperado jefe:

¿Qué dirá de U. la posteridad si ahora nos abandonase a los horrores de la guerra civil que sólo U. puede conjurar? U. está en el caso de asegurar y aumentar sus glorias salvando a Colombia de los males que ahora, más que nunca, le amenazan. A U. le es fácil hacerlo y, si no, sus glorias adquiridas antes quedarán sepultadas en las ruinas de la patria que U. rehúsa salvar.

Ya de veras es pavoroso el embarazo terrible en que se encontraba Urdaneta, y aquella carta tan angustiada la leemos los hijos de Bolívar sin poderla responder. Pocos días antes, el 16 de octubre, el Libertador parafraseando a Madame de Staël dice que el lecho de un moribundo es un altar profético:

Yo profetizo (escribe) que el actual gobierno no alcanzará el día en que se elija el nuevo presidente, a menos que Ud. desenvuelva su carácter y se defienda como un desesperado. Tenga usted entendido que se ha observado

en la historia que, en todos, las guerras civiles han vencido siempre el más feroz o el más enérgico, según la acepción de la palabra.

En este sentido, la actitud desplegada por Obando era más eficaz que la de Urdaneta. Bolívar pensaba en los movimientos que ya conocía de Obando, a los que veía coronados y aclamados por el partido “liberal”.

Al partido de Ud. (seguía diciéndole) no le queda otro recurso que optar entre dejar el país o deshacerse de sus enemigos, porque la vuelta de estos será espantosa. Por no colocarme yo en tan cruel alternativa, no me he atrevido a tomar parte en esta reacción, pues estoy persuadido de que nuestra auto-ridad y nuestras vidas no se pueden conservar sino a costa de la sangre de nuestros contrarios, sin que por este sacrificio se logre la paz ni la felicidad, mucho menos el honor.

Jamás se había dado a un gobierno consejos tan clarividentes y certeros, y que reafirmaran la tesis de Bolívar de aborrecer la lucha y el poder en tan luctuoso momento.

Pero Urdaneta, que sólo pensaba defender su honor, y su pellejo, atolondrado y amargado no hacía sino pagar viejos galanteos a los “liberales” y no dejaba de implorar al Libertador:

No dejaré nunca de patentizar a U. la necesidad que tiene Colombia de verlo a su frente: siempre le instaré porque haga este nuevo sacrificio ¡Hasta cuándo, Señor! En bien de la patria y de la humanidad, por Dios, venga U. pronto, pues de lo contrario nos vamos a anegar en sangre, y U. será responsable porque estando en sus manos no lo impide.

¿De qué podía ser responsable un hombre moribundo? Sólo podía dar algunos consejos al pobre Urdaneta, a quien veía en una posición hartamente desgraciada: “Aplique grandes remedios a grandes males —le decía— y, si no, emigre lo más prontamente”.

En Barranquilla, ya Bolívar se veía morir:

Mis males van de peor en peor (escribía a Montilla el 23 de noviembre), ya no puedo con mi vida, ni la flaqueza puede llegar a más. El médico me ha dicho que pida un buque para ir a Santa Marta o Cartagena, pues, no

responde de mi vida dentro de poco, y así estoy resuelto a irme a cualquier parte y, por lo mismo, si Ud. me manda buque me iré para allá. ¡Pero cómo llegaré! Daré compasión a mis enemigos. Es el sentimiento menos agradable que un hombre puede inspirar a sus contrarios.

En carta del 26, pedía a Urdaneta un pasaporte, venga otra vez con la lidia de un pasaporte que nunca llega para irse a Jamaica, donde cree sufrir menos. Tal pasaporte puede llegar tarde, o nunca llegar.

Finalmente, el Libertador determina embarcarse y llega a Santa Marta muy mal. Ya que tenía aversión a las medicinas, tomó la resolución de viajar por mar, pensando que así removería sus humores biliosos, limpiando el estómago por medio del mareo. Él que tenía la costumbre de curarse por sus propios medios, decía que aquel remedio era el que más le convenía. Pero no fue así, sufrió mucho durante el viaje, llegando a Santa Marta muy débil y en estado de postración.

El señor Joaquín de Mier y Benítez, noble español de la ciudad de Santa Marta, ofreció su casa a Bolívar. Tenía siempre el Libertador vergüenza de molestar a sus amigos, mucho más a un desconocido como el señor de Mier. Fue por ello que le dijo que sólo aceptaría el ofrecimiento “por pocos días”. El buque llegó a las siete y media de la noche a Santa Marta del miércoles 1 de diciembre:

Pero ¡en qué estado desembarcó Bolívar!... Lívido, descamado, con la pupila apagada, parecía un cadáver escapado de su fosa... No podía tenerse en pie. Lo desembarcaron en una silla de manos y lo condujeron a la antigua casa del Consulado Español y Tribunal de Comercio. Sin embargo, hizo un esfuerzo por sonreír y agradecer el cordial recibimiento de los samarios que le acompañaron, aclamándolo hasta la casa en que se le había preparado alojamiento. (11)

Esa misma noche conoció el Libertador al doctor Reverend a quien dijo:

Por mi amigo el señor Juan Pavajean de Cartagena, sé que puedo tener confianza en usted, y a pesar de mi repugnancia a los auxilios de la medicina, tengo la esperanza de que Usted me pondrá bueno, por ser mi cuerpo virgen de remedios.

Aquella misma noche al preguntar el general Montilla a Reverend por la enfermedad del Libertador, éste le dice: “Con el más profundo sentimiento participo a V. E. que la enfermedad del Libertador no tiene remedio. Es una tisis pulmonar a su último grado y ésta no perdona”.

“¡Carajo!”, gritó adolorido el general Montilla y se echó a llorar.

Estaba también a su lado el doctor Mac Night, cirujano de la goleta de guerra *Grampus* de los Estados Unidos, que por casualidad se encontraba en Santa Marta.

Santander se encuentra en Toscana, Florencia. Ha ido a muchos conciertos, ha estado en docenas de *soirées*, ha visitado museos, jardines, capillas y sepulcros memorables y algunas veces regresa a las dos de la mañana a su cuarto de descanso. El día lunes 22 de noviembre recibió carta de Bogotá de su íntimo Arrubla quien le cuenta las más triste noticias de Bogotá sobre la guerra civil y la suerte de sus amigos. “Temo mucho por mis intereses”. El 1 de diciembre, día miércoles, cuando el Libertador ha llegado a Santa Marta, Santander visita por segunda vez la Academia de Bellas Artes y la iglesia de Santa María.

Las atenciones de aquellos dos médicos calmaron poco la tos del Libertador y algunos dolores de pecho. El día 2, sus médicos se quedan fijamente viendo al enfermo, tratando de encontrar una explicación a la insistente tos que no se alivia. No hay esperanza ninguna. El enfermo tiene la mirada tensa, de momento pareciera buscar una ardua y urgente explicación de lo que ha hecho. Otras veces, se le nota tranquilo, despojado de toda fuerza, sin interés por el mundo que lo rodea. La soledad del lugar y el movimiento sereno y cuidadoso de la poca gente que le atiende en una hipnosis letal, pavorosa. En el otro extremo del océano, frente al cual él recibe algún vaho lejano, está su antiguo amigo el ex-vicepresidente colombiano, en una *soirée* en casa de los Fenzi, un rico propietario que acostumbra a dar en su finca encantadoras fiestas a los más notables e ilustres personajes que por esa época visitaban la región. Luego irá a Fienzola, la antigua ciudad amurallada, donde Catilina acusado de conspiración, hizo una de sus plazas de armas. El recuerdo lo empuja insistentemente hacia sentencias memorables. Se persigna y reza un Ave María.

El día 5 de diciembre se hizo a la vela la goleta *Grampus*, quedando sólo el doctor Reverend para atender al Libertador. Ese día 5, domingo, Santander vuelve a comer en casa de los Fenzi y anota en su diario: “He gastado dos pesos diarios en Florencia en alojamiento y manutención”.

En los Estados Pontificios, en Venecia y Bolonia, Santander ha ido dando escape libre a su necesidad de no turbarse, de no sentirse abatido. En el país de los músicos y cantores se da una buena atragantada de placer. Se sorprende de la sabia sublimidad de la voz del afamadísimo Rubini...

El día lunes 6 de diciembre, el Libertador fue trasladado a la finca San Pedro Alejandrino, situada a pocos kilómetros de Santa Marta. Lo acompañaban los generales Montilla, Carreño, Rodríguez y Laurencio Silva. Los edecanes Ibarra y Wilson, el coronel Juan Glen, el juez del lugar Manuel Ajueta Bizais, el auditor Pedro Pérez de Recuero, su mayordomo José Palacios y un grupo de una veintena de personas.⁽¹²⁾ La misma noche de aquel día, los jefes del Batallón de Granaderos montaron guardia en la finca. Ese mismo día Santander deja Florencia y toma camino hacia Roma, para ello, se ha comprado una carroza por ciento cincuenta franciscones, “que son ciento sesenta pesos”. A las doce de ese día ha llegado a Siena.

El 7 de diciembre, escribía el moribundo Bolívar a Justo Briceño: “Yo he estado sumamente malo, pero me hallo mejor con el cambio de temperamento y con esperanza de un pronto restablecimiento”. Ese mismo día envía otra carta al pobre Urdaneta, bastante disgustado por las peleas que tiene éste con Justo Briceño. Es una carta larga y emotiva, que asombra por la energía y vivacidad de un hombre a punto de morir. Después de haber estado tres días mar adentro, tratando de limpiar su estómago de la bilis y habiéndose empeorado sus males por padecer complicaciones pulmonares graves, escribir tan vívidamente y estar continuamente pendiente de los problemas políticos de un país tan convulsionado, revela una imaginación y una actividad asombrosa. Sin embargo, el día 7, aquel cadáver pensaba que aún podía recuperarse y salir hacia Cúcuta y ordenar los regimientos militares de Colombia e imponer condiciones terminantes a los abusos de Mariño, después de apaciguar los ánimos en Rioacha, inmediatamente marchar al Zulia y dar órdenes expresas al general Urdaneta y Justo Briceño para que

limpien el ejército de alimañas e intrigantes. Sobre la marcha, organizar un ataque unido contra los alzados del Cauca y nombrar ministro de guerra al general Pedro Briceño Méndez. Otra vez sacaría de su letargo a los esclavos venezolanos vendidos al alma tiránica de Páez y Arismendi, Mariño y Bermúdez. Todo, con unos diez años menos habría sido posible...

De esta realidad, pasaba de pronto a un acceso de melancolía. Después de un largo silencio decía al médico Reverend:

— ¿Sabe usted, doctor, lo que me atormenta, al sentirme ya próximo a la muerte?

—No, mi general. Reverend arqueó un poco las cejas y se quedó un instante mirándole, porque el Libertador parecía volver a hundirse en sus extensos y enmarañados pensamientos.

—La idea —añadió— de que tal vez he edificado sobre arena move-diza y he arado en el mar —suspiró como si su alma volara en un desaliento horrible.

—Su excelencia ha hecho mucho en un mundo que no era nada —dijo el doctor al tiempo que le pasaba una porción de calmante—. Además, señor, su sentimiento es el de todo hombre que ha trabajado con pasión y sinceridad por la humanidad. Yo creo que usted tiene mucha fe; no digamos solamente fe en sí mismo, sino fe divina, limpieza de conciencia y libertad de pensamientos. Eso es más grande que si usted hubiera logrado la unificación de la América hispana. Usted ha encarado la vida con valor y no es su culpa el que los hombres no comprendan. Eso creo yo...

“La muerte es nada”, parecía oír el Libertador, desde lo más hondo de su corazón.

Siguió otra pausa densa y triste. Se oían los pasos de algún oficial impaciente en el corredor vecino, el viento de los días húmedos que preceden a la tormenta. Tal vez pensaba que no era propio de un hombre conformarse jamás y, destrozado allí física y moralmente, permanecía firme en la creencia de una última esperanza. En su delirio de enamorado,

con ese amor que es capaz de hacerlo todo, su silencio se imponía. En estos instantes, sus amigos le dejaban solo en su silla de vaqueta o en la hamaca, donde veía la evaporación de un mundo fabuloso.

El día 8 se sintió mejor y escribió dos largas cartas, una a Urdaneta y otra a Vergara, y hasta añadió una posdata de su propia letra. Pero en estas cartas se muestra sereno; dice cosas generales. A veces, sin embargo, lo sobresalta otra vez la angustia, que ya no es suya sino producto de esa inercia incontrolable de su agitada vitalidad, de su vida colocada siempre en los extremos de la agitación y el suplicio. Sudaba, se ahogaba o temblaba de frío por las incongruencias del mundo encanallado y sangriento que le tocó vivir.

— ¿Y usted a qué vino a estas tierras, doctor? —No podía comprender que alguien quisiera vivir en un laberinto tan horrible.

—A buscar la libertad... —Entonces, Bolívar sonrió desganado.

Miraba hacia la pared de bahareque y se hundía en la pesadez de aquellas horas, revoloteándole la frase de Dantón que debió escuchar tantas veces en medio del descontento de sus queridos capitanes: “Más vale ser pescador que ponerse a gobernar a los hombres”. Pero cada cual nace para morir en su ley, y él lo está haciendo en la suya.

La noche del 8, Bolívar se sintió muy mal: La calentura aumentó, se le enfriaron sus extremidades y apareció el hipo. Cuadro sin esperanza de ser mejorado, porque seguía reacio a no tomar medicinas. Se cuenta, que ese día jueves, Bolívar quiso descansar en la hamaca, y viendo que no estaba allí su mayordomo Palacios, ni otra persona, se le ofreció el propio Reverend para ayudarle:

—Si me lo permite Vuestra Excelencia —le dijo el doctor—, yo mismo le llevaré a la hamaca.

— ¿Y podrá Ud. conmigo? —preguntó, sonriendo, el Libertador.

—Me parece que sí, Excelencia, —Respondió Reverend.

Con precaución lo cogió en mis brazos (diría después el doctor), pero creyendo al levantarlo, sin reparar en su grande flacura, que yo iba a suspender un

peso considerable, hice tal esfuerzo que por poco me voy de espalda con un cuerpo que tal vez no pesaba arriba más de dos arrobas. La fortuna me sujetó la hamaca tendida a través del aposento.

Descansó poco y luego añadió el Libertador:

—Fue cierto que yo desconocía en parte las decisiones del Congreso y los asuntos legales del señor Vicepresidente en los tiempos amargos del 26 y el 27, pero fue porque tanto él como Páez representaban perturbaciones graves de partidos y haber concedido a uno la razón habría sido catastrófico. Sólo Sucre era quien podía continuar esta obra que requería de una voluntad de sacrificio descomunal...

Ese día miércoles, llegaba Santander a Roma, a la una de la tarde, habiéndole costado el viaje, según hacía constar en sus papeles, 63 pesos. Cerca de Pontemole, vuelve a recordar a Catilina...

El día 9, el Libertador se queja de dolor de pecho y sus visiones se recrudecen; se le hace dificultosa la expresión. Ese día, Santander anda de paseo por la Basílica de San Pedro, admirando su belleza y sus graciosas fuentes. Se queda largo rato extasiado ante los apóstoles San Pedro y San Pablo, y vuelve a pensar en Catilina.

El día 10, por la tarde, Bolívar recibió la eucaristía y la extremaunción, hizo su testamento... y redactó su última proclama.

Desde entonces, se fue apagando aquella fuerza natural particularmente intensa. Ese mismo día viernes 10, Santander se entrevista con el banquero Torlonia, quien le ha invitado a sus soirées de los jueves y ve en el banquero la figura de Catilina. El resto del día lo aprovecha en visitar la Roma Moderna. Sigue recordando a Catilina.

El día 11, Bolívar escribió su última carta al general Justo Briceño, donde le pide que se reconcilie con Urdaneta. Sabía, finalmente, que la muerte, de veras, llegaba y se preparaba para aceptar su último mandato: “En los últimos momentos de mi vida (decía en aquella carta) le escribo ésta para rogarle...”

Los días se suceden lentos y bochornosos. El día 12 recibe el Libertador la visita de Luis Perú De Lacroix, quien se quedará en Santa Marta hasta el día 16; como no quiere estar presente en tan doloroso final, De Lacroix toma rumbo a Cartagena en espera de que en cualquier momento reciba la fatal noticia. Va llorando.

Ese día Santander visita otros monumentos de la antigua Roma, el Foro Romano, las ruinas del Secretarium Senatus, El Templo de Vesta, La Vía Sagrada. En todas partes, va recordando a Catilina.

El día jueves 16 por la noche, Santander ha asistido a la soirée en casa del banquero de Torlonia, quien vive en un palacio magnífico con cuadros y multitud de estatuas. Luego visitará iglesias y se postrará ante Dios. Santander fue siempre extremadamente católico, aunque aparentaba ser en casi todas su actuaciones públicas medio ateo. En realidad, las duras patrañas jacobinas de su alma jamás le desposeyeron de su fe católica. Bolívar, por el contrario —que aparentaba ser creyente— en realidad no era muy católico que digamos; cumplía con los oficios religiosos como parte de un comportamiento político de protocolo y para no escandalizar a muchos de sus amigos. Creía en Dios pero a su manera, una manera muy heterodoxa. En este sentido era un romano antiguo. Santander, el 17 de diciembre de 1830, en la iglesia de Santa Praxedes vio la columna donde azotaron a Cristo y allí estuvo, pensativo, turbado por sentimientos religiosos que le hacían ver la magnificencia de los imperios. Instante de abrumadoras visiones, frente a páginas que resaltaban palabras de Salustio Crispo: “lo justo y lo bueno se observa más por natural inclinación que por las leyes”.

Tedio mortal, unido a un pesado desasosiego: frío en la nariz, se lleva el pañuelo a la boca. Espesa sangre. Se siente enfermo. Es la presión, el tiempo malo, principios tal vez de tisis. Tantos pensamientos grises lo dominaron. Es 17 de diciembre y a la una de la tarde en Colombia: abismal sopor... Algo se ha roto por dentro y en la simpleza de la hora, en el libro abierto de Salustio, Francisco lee con desgano:

Al principio, más estragos que la avaricia hizo en aquellos ánimos la ambición, que aunque vicio no dista tanto de la virtud, porque el bueno y el malo desean para sí igualmente la gloria, el honor y el mando. La diferencia está en aquél que se esfuerza a conseguirlo por el camino verdadero; éste no se halla destituido de mérito, pretende por rodeos y engaños.

(...) hombres turbulentos y malvados, que habían inquietado con sediciones y tumultos...

CONDENADO AL OSTRACISMO

He sufrido una persecución encarnizada por haber, como vicepresidente, sostenido vigorosamente la Constitución de 1821.
Santander

Como consecuencia de la conspiración del 25 de septiembre de 1828, Santander había sido hecho prisionero, lo que en el fondo deseaba ardientemente. Pues, no había “liberal”, que no delirara por su libertad y por verlo libre de los padecimientos de los verdugos de Bolívar. Había sido acusado de haber conocido con antelación el atentado contra el Libertador. Uno de los argumentos más repetidos por los admiradores de Santander, se refería a que mal podía éste estar comprometido en la intentona, cuando en varias oportunidades había salvado la vida del Libertador. En el diario de Genaro Montebruno, el día miércoles, 19 de noviembre de 1828, Guaduas, dice:

Santander: Esta maldita conspiración no hubiera tenido efecto si el Libertador hubiera hecho caso a la carta anónima que le escribí el día 21 de septiembre y yo mismo puse en el correo, pues aunque disfracé mi letra, no pudo menos que conocerla; en ella le aconsejaba y le rogaba que no saliese solo al campo, pues positivamente se intentaba contra su vida, y esto era decirle bastante. (13)

Más adelante añade: “Yo jamás creía que los conspiradores fueran capaces de llevar adelante tal locura”.

Entonces, ¿por qué tenía que estar protegiendo la vida del Libertador? Por otro lado, se ve a las claras que conocía los intrínquilos de la trama. No quiero entrar en los mil vericuetos de este atentado, cuyos sucesos podrían ocupar varios volúmenes. Allí Santander y sus admiradores, con su conciencia, para quienes el atentado “configuraba una situación especial porque había un régimen dictatorial”. De allí que tal vez fuera justificable el que se procurara por cualquier medio la eliminación del personaje que durante casi veinte años había trabajado incansablemente por la libertad; el hombre que nos había dado patria con sus esfuerzos

terribles. Al fin, dirá Santander más tarde, cuando muera el Libertador *vamos a demostrar al mundo que los colombianos sabemos gobernarnos*. Cuando se entera de su fallecimiento exclamará: “Conque ¿al fin murió don Simón? El tiempo nos dirá si su muerte ha sido o no útil a la paz y a la libertad. Para mí tengo que ha sido no sólo útil sino necesaria”.

Vamos a tomar una selección de algunos textos que muestran, para los que saben leer entre líneas, el carácter de Santander; estas son líneas enviadas a su hermana Josefa, una mujer enfermiza, atacada por tensiones emocionales que tenían por fuerza que provocar una conmoción tan grande como la desatada poco después del atentado contra el Libertador.(14)

Bocachica, febrero 17 de 1829:

Estoy sumamente indispuerto del estómago, de manera que he perdido la gana de comer y aún sufro unos desvelos mortales. Estoy tan fastidiado de esta mi actual situación que hay días que deseo un terremoto echara abajo este castillo y me envolviera en sus ruinas...

Bocachica, marzo 7 de 1829:

...estoy acometido de dolores de reumatismo provenientes de la humedad, que hace tres días que a fuerza de lavativas y de maná contuve un ataque de cólico, y a fuerza de refrescos he atajado la fiebre, que me atacó. Dios envía el mal y la medicina, y en los mayores trabajos siempre quedan algunas ráfagas de esperanza y de alivio. Sé, por Briceño, que estuvo antier, que estaba mejorada la niñita Angustias, y que tú te hallabas con fuertes dolores de reuma o de muelas...

Bocachica, 23 de marzo de 1829:

...Dicen que viene el Libertador a Bogotá muy pronto. Lo celebro por todo. Quizás se sacará algo presentándole tú misma. Por lo menos cuando quiera dejarme ir fuera del país, que no me tengan tan oprimido como estoy, como si me hubieran condenado a prisión. ¿Cuántas penas me quieren hacer sufrir? ¿Cuántas veces me quieren sentenciar?

Bocachica, abril 23 de 1829:

...continúo con el estómago tan malo, que no hay día en que no tenga que hacerme alguno de mis acostumbrados remedios. Los alimentos me matan y parece que todo se ha conjurado para hacerme daño... con tal que pudiera habitar una pieza no tan húmeda como ésta, que pudiera conseguir alimentos frescos y aparentes a mi complexión delicada y facilitarme prontamente un médico. Puedes creerme que estoy quebrantado y que los dolores cólicos no me dejan descanso. Esto es lo que me atormenta excesivamente, pues las restricciones y vigilancia que se tienen conmigo en cierta manera alientan mi amor propio porque prueban que yo no soy un hombre despreciable...

Si para el correo próximo nada viniere del Gobierno en favor mío, pienso presentar nuevamente al general Montilla el mal estado de mi salud para que se tome alguna providencia o que se me diga de una vez: “usted debe morir ahí martirizado a dolores”.

Bocachica, 30 de mayo de 1829:

...Yo tengo tres días regulares y seis o más de dolores al vientre que me atormentan demasiado... Este Bocachica es condenado por todo: yo no sé cómo se le escapó a Morillo y a Sámano enviar aquí a los patriotas y menos cuando dos Virreyes tuvieron aquí presos a los célebres doctor Ricaurte y general Nariño por conspiradores...

Estas quejas parecieran inverosímiles en un hombre que ha escogido la carrera política. Uno no debería sufrir sino por los demás, si lo hace por sí mismo segrega veneno que contamina el ambiente, los sentimientos, cualquier relación humana. Sólo sufriendo por los demás llegaremos a tener conciencia del mal que podemos infligir a otros. Claro, pero esto no se puede enseñar, está en cada cual, como las fibras superiores de la nobleza, de la gratitud y de la capacidad para amar.

Después, cuando Santander se encuentre en Europa quedará en sus nervios de aquella humildad suplicante cuando escribía al general Montilla:

No podía prometerme yo otro género de conducta ni imaginarme que usted fuera capaz de complacerse en la desgracia de un antiguo servidor de Colombia. Doy a usted las debidas gracias por ello, y prometo agradecer siempre los oficios generosos de usted. He de prometerme, señor General, que durante mi residencia bajo la jurisdicción de usted no recibiré ninguna otra especie de tratamiento, y de que me servirá la autoridad de que usted está investido, y de la confianza que merece al gobierno supremo cualquier beneficio que sirva para llevar a cabo la providencia que dictó para expulsarme de este territorio. No deja de serme muy satisfactorio el considerar que la conservación de mi vida y mi salida de Colombia sirven para que la gloria del Libertador no se mancille, y para que la honra de sus agentes no sufra la menor mengua...

Dios me perdone, pero este lenguaje es el de un lacayo que acaba de ser apaleado.

En cambio, para ratificar lo que ya he sostenido, muy ufano, escribe a su hermana desde París (15):

Yo prefiero mi tranquilidad y sacrificio a la paz de Colombia con todos los placeres que pudiera tener allá. Aquí vivo contento, distinguido y estimado... Los que esperaban gozar de tranquilidad y de paz así que me encerraran en un castillo o me desterraran para Europa se han llevado un buen chasco.

Claro, Santander tenía suficiente capital como para no sufrir; el que lea con cuidado el *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y Estados Unidos, 1829-1832*(16), puede darse cuenta del tren principesco que llevaba este señor; viajando en lujosas carrozas, con criados de librea, llegando a posadas y hoteles importantes y comprando muebles costosos; recorrió las principales ciudades del Viejo Mundo en un destierro “tanto menos duro para él cuanto que sus bienes inmuebles no le fueron confiscados y que además se había asegurado inmensos recursos al situar fondos en el extranjero, dineros cuyo origen se atribuyó a malversaciones hechas en su propio provecho de los fondos públicos”.(17)

Entre los que abogaron porque Francisco de Paula saliera del castillo de Bocachica, se encuentra el general Sucre, según consta en un relato del general Tomás Cipriano de Mosquera, recogido por Horacio Rodríguez Plata. Según Mosquera, Sucre fue firme, en su pedimento ante el

Libertador, para que se escuchara cuanto exigía el famoso detenido por este pedido; Bolívar consintió en conmutarle la pena de muerte por el exilio, pero que saliera cuanto antes para los Estados Unidos o Europa.

Con toda seguridad Tomás Cipriano de Mosquera refirió estos sucesos a Santander, cuando éste se encontraba exiliado en Europa. Pero la verdad sea dicha, a excepción de una dudosa expresión que aparece en las *Memorias* de don Tomás Cipriano de Mosquera, no se conoce una sola prueba de dolor y vergüenza por parte de Santander ante el Crimen de Berruecos. Es sorprendente que el Hombre de las Leyes —que estaba preocupado en Europa porque nos tildaban de bárbaros, demonios e incapaces de poder gobernarnos por nosotros mismos— no hubiera proferido una sola queja de horror, por el hecho de que aquí se estaba asesinando impunemente a los más eminentes próceres de la Independencia. No sólo eso, sino que dirá, a Azuero, que José María Obando —sobre quien pesaba la acusación de ser el director principal de tan escabroso crimen— “es una alhaja que todos los liberales deben cuidar”.

Más tarde, le dice al propio Azuero —pues Santander se había inclinado por la candidatura de Obando para la presidencia de la República: “Es necesario ser consecuente”. Dice José Manuel Restrepo que

Infames asesinos hicieron que el ínclito vencedor de Ayacucho, el segundo capitán de la América del Sur, y el que aseguró su Independencia, adornado también de grandes virtudes cívicas, muriese de ese modo en una oscura montaña, que fuese privado de los honores decretados a su alto rango militar y que debiese su sepultura a la fidelidad y compasión de un humilde asistente.(18)

Si fuera cierto, como sostuvieron muchos liberales, que Obando y López no fueron los asesinos de Sucre, ¿por qué tanta frialdad hacia este eminente prócer de la Independencia durante la administración de los llamados «liberales»? ¿Por qué nunca se le hizo un homenaje o se dedicó un sólo recuerdo a la memoria del genio guerrero a quien América del Sur debía inmensos sacrificios? ¿Por qué no se hizo ninguna gestión para saber dónde se hallaban sus restos? Sucre era artículo tan repugnante para Santander como lo era el Libertador; recordar sus hazañas, los grandes servicios prestados a la patria era algo que les afrentaba, que les degradaba. ¿Cómo podía hacersele un homenaje al héroe que había destruido

las aspiraciones de Obando y López en Tarqui? ¿Cómo hablar bien del héroe sagrado de Ayacucho sin herir a José Hilario López, quien lo llamó un tunante completo? Pero su diatriba podía llegar aún más lejos cuando López dijo:

—Sucre no es más que un fantasma, que desaparecerá con sólo echarlo al más alto desprecio; él ha sido mirado con un telescopio, y yo que he tenido ocasión y noticias de discernirlo, lo veo con una óptica exacta. Tiene la necedad de hacerse creer el más solemne caballero, no siendo en mi juicio sino el más Brigant Superchero.

Como Santander sabía ser consecuente con sus amigos, en su testamento pidió que se le entregara a José Hilario López una caja de polvo que tiene en mosaico un perro símbolo de la fidelidad; para Obando pidió que se le diera, un sable vaina, de metal amarillo montado en piedras que me fue regalado por el General Devereux.(19)

Azuero, Soto, Fernando Gómez y Florentino González sostenían la tesis de que era incompatible la existencia de los libertadores con la libertad. Según este punto de vista, en EEUU, debieron haber sido asesinados Washington, los Adams, Jefferson, Franklin...

El historiador Jacobo Libermann dice que es horrible ver aquellos facciosos de Obando y López pregonar que su revuelta del año 28 tenía el objeto de preservar la Constitución y arremeter contra el tirano. “Los sediciosos —dice— alegan defender la Constitución, la libertad y la democracia”. La parodia no puede ser más burlesca; los bellacos convertidos en paladines del orden y la ley, la ideología liberal y los soberanos derechos del pueblo. El comentario del Libertador sobre la insurrección se resume en las siguientes palabras al general Rafael Urdaneta: “Es una cosa inaudita que se llame liberal el partido que abre las puertas a los enemigos de la nación”.

Dice doña Pilar Moreno de Ángel, que el general José Antonio Páez no era tan insensible como se ha dicho. Pues “se conmovió por la situación que atravesaba su antiguo compañero de armas y, en forma por demás noble, resolvió no trasladar a Santander a su sitio de reclusión, sino que ordenó un tratamiento diferente”. Como se ve que los dos temibles enemigos que desintegraron a la nación —con sus secreteos, intrigas

y amenazas— el diablo los había unido. ¡Qué fácil era convertirse, de la noche a la mañana, de furibundo monarquista en republicano íntegro! De centralista a federalista, de Traidor a la Patria en su Salvador... Todos los facciosos, los “idénticos a nosotros”, como dirá Obando, se habían unido alrededor del Hombre de las Leyes. ¡Qué tal lo que José María Obando —el Jackson Granadino(20)— escribe a Santander!: “Páez es todo un hombre; tiene una grande alma, es el hombre fuerte de la libertad... Puede que yo tenga incluso el gusto de conocer a esos señores venezolanos, nuestros amigos idénticos”.

Un turista de lujo de la revolución colombiana

La verdad sea dicha, en casi todas las cartas de Santander se percibe la alucinación de un simple turista por el progreso europeo —le faltaba la cámara, un sombrerito de hongo, una camisa de colores chillones y unos pantalones bombachos y cortos—. No escribe una sola idea de valor. Redacta cartas donde habla de los condes y barones, condesas y príncipes que ha tratado, de los convites, soireés a los que ha asistido; de los halagos recibidos, de los bailes y vinos, y en cuanto a las óperas, museos y mausoleos que visita sus notas son secas y frías como las leyendas que suelen llevar las postales. Su interés se reduce a informarse de la equivalencia de las monedas europeas con respecto a la granadina. Sobre esto escribe centenares de páginas en su Diario. Jamás hace, por pequeña que sea, una reseña que pueda trascender, sobre alguna de las obras que dicen sus exegetas o él mismo que ha leído o visto. (21)

Por otra parte, de ser cierto lo que recoge Horacio Rodríguez Plata referente a que Santander durante su exilio conoció a Goethe, y cuanto dice es apenas una minucia, como a continuación presentamos, la inculcación de este hombre es desastrosa:

Entre los innumerables convites que he tenido asistí a uno en casa de uno de los secretarios de Estado que aquí se llaman síndicos, donde se reunió una sociedad de ambos sexos. Allí fui presentado al Ministro de Prusia el Conde Goethe, viejo muy amable y gran cortesano.

Esto que es una barbaridad, que doña Pilar trata de corregir en su libro —en la página 489-, pues dice: “Santander conoció durante este

periodo al Conde Von Grote —no Goethe como ha sido erróneamente anotado—. Penosa debió ser la formación intelectual del señor Horacio Rodríguez Plata, que tuvo la audacia, en su afán por hacer a Santander más excelso de la cuenta, presentarlo con prendas que realmente le quedaban demasiado grandes. También es muy dudoso que Santander se haya relacionado con el filósofo Arthur Schopenhauer, dizque porque en la hoja final de uno de sus libros de cabecera estampó las siguientes palabras: “Nadie escarmienta en cabeza ajena: me lo ha dicho el general Santander”. Por Dios, ¿no pudo anotar un pensamiento mejor de Hombre de las Leyes que ese refrán tan ramplón? Doña Pilar escribe en la página 516, que el filósofo sin duda se impresionó profundamente de la personalidad de Santander, ¿pero por qué?

Ése, *sin duda, se impresionó profundamente*, es una verdadera carajada, si no se presenta ninguna otra prueba ni datos o hechos más fidedignos e inteligentes, de mayor trascendencia, que el ya mencionado refrán, más viejo que la Biblia, que además no es creación suya.

El señor Arthur Schopenhauer no era como para impresionarse por una personalidad como la de Santander, al menos que éste mostrara una aguda deformación física o mental que le sirviera para entender al hombre. Ya se sabe que *persona* en griego significa *máscara*.

Al colmo de la imprudencia llega doña Pilar cuando en la página 530 de su libro dice que Santander nunca asumió actitud de víctima perseguida injustamente. ¡Qué barbaridad! De las 830 páginas de libro *Santander en el Exilio*, recopilado por Horacio Rodríguez Plata, unas 300 páginas están dedicadas a memoriales, imploraciones, quejas, solicitudes, peticiones y escritos de todo tipo, donde Santander pretende demostrar que es inocente, que ha sido víctima de la dictadura, del tirano, de la violación de las leyes, etc., etc.

Aquí presento algunos ejemplos:

París, 10 de abril de 1830, en carta dirigida a José Concha:

Nuestros padecimientos han sido terribles. Conmigo han hecho mis enemigos lo que les ha dado la gana. Se valieron de la loca tentativa del 25 de septiembre en Bogotá, para arruinarme. Hicieron un proceso a su antojo,

no carearon conmigo todos los testigos, no me permitieron defenderme, supusieron todo lo que les pareció conducente a sus miras y al fin dictaron una sentencia, que ni Morillo la dictó contra los desgraciados patriotas que llevó al patíbulo, pero que él sí hizo contra Barreiro, sus oficiales y el viejo Malpica. (22)

París, abril 13 de 1830, carta dirigida al Libertador:

Un silencio profundo que he estimado conveniente al restablecimiento de la paz interior en mi patria, la República de Colombia, es cuanto hasta ahora he opuesto a las violentas e injustas persecuciones, que he padecido y aún padezco en odio de mi posición franca y legal a la elevación de un poder absoluto sobre las ruinas de nuestra constitución... Los documentos, cuya publicación exijo, son los que deben poner delante de los ojos del mundo, o mi verdadera culpabilidad, o la atroz injusticia de que soy víctima. (23)

Londres, 28 de junio de 1830, carta dirigida a Francisco Soto:

Yo pienso dirigir al Congreso un memorial en que desenvolveré la historia de mis persecuciones y las iniquidades ejecutadas conmigo con motivo de la inoportuna y loca tentativa del 25 de septiembre... (24)

París, 21 de abril de 1831, al señor redactor de *El Constitucional*:

He sufrido una persecución encarnizada por haber, como vicepresidente, sostenido vigorosamente la constitución de 1821... Esta persecución se redobló al tiempo de la Convención de Ocaña... Estoy pronto a sacrificar a la paz y a la felicidad de mi patria, todo resentimiento por las horrorosas persecuciones que he sufrido. (25)

De la página 419 a la 445, Horacio Rodríguez Plata transcribe unos documentos, que al parecer son de la mayor importancia, en que Santander pretende vindicarse del injusto proceso y sentencia de que fue víctima, a consecuencia de los sucesos del año 28. Se titula:

Exposición

Que el Vicepresidente de Colombia, General Francisco de Paula Santander, dirige a los representantes de su patria, manifestando que ha sido perseguido

injusta, arbitraria y violentamente bajo la dictadura del Libertador General Simón Bolívar, en odio de su firme y leal conducta en sostener las constituciones colombianas y defender sus libertades desde 1826.

Lo cierto es que, como afirma Libermann, cuando Bolívar ante el Congreso Admirable rechaza seguir gobernando a Colombia, ésta pierde toda grandeza y “de allí adoptará para su nombre colonial Nueva Granada a secas”. Toda la colonia estaba en el corazón, en las argucias, en las venas, en los nervios del señor Francisco de Paula Santander. El temible Miguel Peña dice que todas las arterias de Maquiavelo estaban en su cabeza y todos los crímenes de la Edad Media en su corazón. La lucha por la Independencia arrastró consigo los elementos más opuestos a la verdadera causa de la libertad, a los cambios que requerían nuestros pueblos. Estaban constituidos por el personalismo intrigante, el barbarismo de las castas ejecutivas, los vicios de la servidumbre heredada de tres siglos de sometimiento y la casi total falta de tradición, ejercicio y educación en alguna forma de gobierno estable.

Páez era tan hijo de la colonia como Santander; como lo eran Obando y López, Juan Nepomuceno Moreno, Sarria, Juan Andrés Noguera, Azuero, Soto y Juan José Flores. Por eso al morir el héroe, el silencio sepulcral ensombreció para siempre a Colombia. Los elementos que antes desintegraban a la patria en una lucha centrífuga se unen en sus localidades en un amalgamiento sorprendente.

“Yo tengo derecho a reclamar...”

En la página 565, doña Pilar coloca una carta que dice ser escrita por el general Santander, la cual voy a presentar en forma íntegra:

Nueva York, mayo 31 de 1832

Al señor Gobernador de la provincia de Santa Marta

Señor Gobernador:

Es mi deber informar a V. S. que a mi regreso al seno de la patria es muy probable que desembarque en ese puerto para proporcionarme el placer de conocer alguna parte de esa provincia, sus necesidades y medios de

repararlas, independientemente del regocijo que debe inspirar el trato de un pueblo tan acreedor a la consideración pública por sus servicios a la causa de la libertad. Estoy muy lejos de exigir ningún género de obsequios que reagraven las necesidades del país, y recuerdo aquellos días desgraciados en que la adulación hizo gala de sus recursos contra los verdaderos intereses del país. Yo soy un ciudadano acostumbrado a estar alojado, simplemente y nutrido con sobriedad, y por ningún caso permitiré ni recibir honorarios que degraden a quienes los hacen y pierden a quienes los reciben, pero sí “que me paguen mis sueldos atrasados, la deuda que tengo contra el Estado, quién, cuándo y en dónde me la pagan. Yo tengo derecho a reclamar (reseña esta carta doña Pilar en la página 567) una declaratoria explícita en el particular, aun cuando fuera dueño de una inmensa fortuna; pero es mucho más fuerte este derecho, después de todos los perjuicios que he sufrido desde 1828...” Yo me contento con el mejor homenaje que un fiel servidor de su patria puede exigir: “la estimación reflexiva y fundada de mis compatriotas”.

En esta virtud ruego a usted que se omitan todos los gastos dispendiosos, que una fatal costumbre introdujo al recibir magistrados siendo él vicepresidente, ya en autoridad o llamados a ella; que a ninguna persona se le pida la menor contribución para tales obsequios y que se me proporcione solamente a mis expensas un alojamiento decente. Todo lo que se quiere hacer, así en la ciudad como en los pueblos por donde transitaré, más allá de lo que exijo, estoy dispuesto a rehusarlo.

Vuestra Señoría se servirá dirigir a su tiempo una circular por el territorio que podré recorrer en la jurisdicción de su mando, para que las parroquias se arreglen en el caso actual a los vehementes deseos que acabo de manifestar, deseos que tienen siempre el honor de nuestro país, el estado ruinoso en que se halla, mi carácter particular, mi propio honor y la consideración de que la experiencia nos ha costado claramente.

Acepte V. S., señor gobernador, las particulares consideraciones y respeto de su humilde servidor,

F. de P. Santander

Esta pretensión del nuevo Presidente de la Nueva Granada dice muy ufana doña Pilar “intentaba borrar la extraordinaria pompa acostum-

brada para recibir a los antiguos virreyes españoles y al propio Libertador”.(26)

Nada de esa supuesta frugalidad moral, de esa sobriedad de Catón percibimos de la carta que envía al señor ministro de Hacienda, y de la cual ya hemos mencionado un párrafo en que desea saber:

Cuál es la deuda que tengo contra el Estado, quién, cuándo y en dónde me pagan. Yo tengo derecho de reclamar una declaratoria explícita en el particular, aun cuando fuera dueño de una inmensa fortuna; pero es mucho más fuerte este derecho después de todos los perjuicios que he sufrido desde 1828, arbitraria privación de sueldos que la ley y mis servicios me habían dado, costos en mi expatriación y regreso al país, saqueo e injuria de mis bienes raíces y todos los males de la persecución. Yo no quiero gravar al Estado, ni pensionar a los ciudadanos en los gastos que tengo que hacer hasta llegar a mi casa, si el gobierno, consultando sus circunstancias, me hace pagar los sueldos que por delicadeza hasta el funesto 7 de noviembre de 1828, y los que, como general fuera de servicio activo, me corresponden desde junio del año pasado.

Sírvame usted darme una contestación clara en el particular, distinguiendo el sueldo adeudado como Vicepresidente de la República de Colombia en ejercicio del poder ejecutivo y fuera de él, el sueldo de General de División en servicio activo, después que fui destituido de la Vicepresidencia, hasta la famosa sentencia de 7 de noviembre, y el sueldo que actualmente disfruto...

No sabemos cómo pudo todo un mundo equivocarse con este hombre con tanta indelicadeza y falta de tacto para tratar diversas cuestiones, que cualquier oficinista de medio pelo habría percibido como una actitud burda, chabacana y altamente egoísta.

Como para don Horacio Rodríguez Plata, Santander jamás pudo haber cometido una sola estupidez, utiliza once páginas de su compilación *Santander en el exilio* para explicar esta pifia. En cambio, doña Pilar se estremece un poco ante tanta torpeza y explica:

En relación con esta reclamación es importante anotar que Santander no tuvo razón al indicar que sus bienes fueron “injuriados y saqueados”, ya que, los haberes que el Hombre de las Leyes poseía en el país, antes de su

cruel e ilegal destierro, fueron respetados tanto por la administración del Libertador como por los gobiernos subsiguientes.

No obstante añade, como si de pronto se hubiese arrepentido por una mala acción:

En la Gaceta de la Nueva Granada se publicó la liquidación oficial de las cuentas debidas al general Santander y allí apareció que existía un saldo a su favor de tres mil novecientos treinta y dos pesos seis reales.

A pesar de que el cobro hecho por Santander de sus sueldos atrasados tenía título legítimo, sus enemigos de todos los tiempos lo señalaron y le siguen enrostrando esta actitud para calificarlo como un hombre avaro.

NOTAS

1. *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos 1829-1832.*
2. Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas.*
3. Ut supra.
4. *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos 1829-1832.*
5. Puede verse en José Félix Blanco y Ramón Azpúrua. (1978). *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador.* Ediciones de la Presidencia de la República.
6. Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas.*
7. Ut supra.
8. Ut supra.
9. Carta del 25 de octubre al señor José María Cárdenas, en la que lo instaba a que visitara al señor Mosquera y le explicara el dolor de su tragedia.
10. Carta de Bolívar a Vergara del 25 de septiembre.
11. José Ignacio Méndez, *El ocaso de Bolívar.*
12. José Gil Fortoul.
13. Horacio Rodríguez Plata, *Santander en el exilio*, p. 101, 103.
14. Horacio Rodríguez Plata. (1976). *Santander en el exilio, proceso-prisión-destierro, 1828-1832.* Editorial Kelly, Bogotá, D. F., pp. 158, 159, 161, 169, 178, 188.
15. Horacio Rodríguez Plata. (1976). *Santander en el exilio, proceso-prisión-destierro, 1828-1832.* Editorial Kelly, Bogotá, D. E. p. 399, carta del 2 de abril de 1830, fechada en París.
16. Banco de la República (1963), Bogotá.
17. Augusto Le Moyne (1945) *Viajes y estancias por la América del Sur.* Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, p. 258.
18. (1858) *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Besanzón, cap. XVII, p. 340, 4 v. Estos señores “liberales” se habían convertido en una especie de brujos que pretendían con sus remedios hacer recuperar al moribundo personaje de Colombia la Grande. Era unos “milagreros” con cintas coloradas al cuello y que también, por si acaso, traían colgadas algunas figuras de santas como la Virgen de los Dolores, la Chiquinquirá y de las Mercedes. Tenían

una morbosa ansiedad porque Sucre y Bolívar desaparecieran; en el futuro todo aquél que de algún modo se parezca a estos dos patriotas será catalogado de criminal. Pudiera traer muchos casos que justifican esta afirmación, pero sólo me referiré a lo sucedido al arzobispo de Bogotá José Manuel Mosquera, a quien los “liberales”, en 1852, llenaron de injurias y maltratos morales. Pidieron su expulsión del país, con insultos y vituperios que hacen recordar los días finales del Libertador. No hubo maldad que no se le endilgara, llegando a decir que honorables matronas de la ciudad eran sus mancebas. Los actos más honrosos, dicen los hijos de don Rufino Cuervo, Angel y Rufino José, fueron convertidos en marca de ignominia; donde faltaron los hechos los suplió la calumnia; en pocas palabras: Una de las glorias más puras de nuestra patria vino a ser un truhán, un tráfuga y desertor de su iglesia; un malvado a quien el hábito del crimen ha extinguido el último sentimiento moral. (Angel y Rufino José Cuervo (1954) *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época. Clásicos colombianos*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, p. 1390). Pues todo esto no es de extrañar ya que respondía a la lógica política de los tiempos; estaba entonces en la presidencia José Hilario López, uno de los fieles servidores del general Francisco de Paula Santander, y a quien éste gratificó en su testamento otorgándole, como recuerdo, una caja de polvos que tiene en mosaico un perro, símbolo de la fidelidad. Pensar que el arzobispo Mosquera fue uno de los sostenes espirituales más firmes que tuvo Santander en los largos y terribles días que antecedieron a su muerte.

19. Testamento de Santander.

20. Bien conocida es la profunda admiración que Santander sentía por Andrew Jackson, el famoso presidente de EEUU. Entonces, en su destierro, viendo cuanto Obando hacía por la “reconstrucción” de la nacionalidad granadina, la fuerza como se adentraba sin contemplaciones en el terreno antes exclusivo de los “pérfidos” adoradores del Libertador; su valor infinito, desparpajo y sangría fría para humillar a los bolivios; ante todas estas heroicas virtudes al Hombre de las Leyes, se le iluminó el rostro y el simul certero acudió a sus labios: “Obando es el Jackson granadino. Andrew también era inflexible *en sus manías, practicaba en política la ley del despojo, frente a sus contrarios, que consistía en quitar al bando perdedor los cargos que detentaban. Es decir, los cargos públicos eran un botín. Y sobre todo Jackson era un hombre agobiado por sus odios, doblegado por el rencor.*

21. Era tal la admiración que Santander sentía por la aristocracia que de regreso de su dorado exilio se trajo, como otro souvenir más de sus “fashionables” detalles, al príncipe Pedro Bonaparte, hijo de Luciano, sobrino de Napoleón el Grande. En Estados Unidos, se relacionó mucho más con la familia Bonaparte, sobre todo, con José Bonaparte, que fuera Rey de Nápoles y de España y que se hacía llamar o le llamaban Conde de Survilliers. Se pregunta uno ¿qué no hubieran dicho de Bolívar (sobre todo don Salvador de Madariaga) si Bolívar comete la debilidad o la “delicadeza humana” de traer para su tierra un espécimen tan curioso y enervante para la política del señor Monroe, como lo era un príncipe de la realeza Bonaparte? Pero Santander lo podía hacer sin cometer pecado alguno, porque los “liberales” latinoamericanos son y han sido, en el fondo, unos empedernidos admiradores y amantes de la etiqueta aristocrática, monarquista e imperial.
22. Horacio Rodríguez Plata. (1976). *Santander en el exilio, proceso-prisión-destierro, 1828-1832*. Editorial Kelly, Bogotá D. E, p. 404.
23. Ut supra, p. 407.
23. Ut supra, p. 412.
25. Pilar Moreno de Ángel, libro ya citado, p. 551.
26. Ut supra, pág. 565.

LA TORMENTA DEL SUR

Solamente es tolerante el escepticismo.

Lucas Ayarragaray

Se esperaba que Rafael Urdaneta tuviera el valor de salir de Bogotá y someter a los bandidos de Pasto en sus propias guaridas. Pero de la capital era difícil salir. Entonces, comenzaba a maldecir de su situación; golpeaba las puertas, blasfemaba y lanzaba cuantos improperios podía contra aquellos enemigos que su brazo no alcanzaba. Escribió al coronel Murgueitio pidiéndole que liberara al Cauca de los monstruos de José María Obando y José Hilario López; el binomio que la oprimía y deshonoraba.

Murgueitio —“general teólogo”, según Obando— era poco lo que podía hacer contra unos señores que tenían un enorme ascendiente sobre la gente del lugar, ya fuera porque les temían o porque en verdad creyeran que eran los enviados del Señor para protegerles y darles prosperidad, paz. Obando, que no perdía tiempo en circunstancias tan apremiantes, se movió: adoptó el sistema de formar juntas que deliberasen sobre la situación del país. En Buga, una de estas juntas decidió desconocer al gobierno de Urdaneta, y de ella José María emergió como Director de Guerra con Facultades Extraordinarias.

José María estampó su firma, refrendando el compromiso que adquiriría aquella junta. La misma asamblea nombró como segundo jefe militar a José Hilario López y sostuvo que los cargos de estos *denodados patriotas* debían ser activos hasta el destronamiento de Urdaneta.

El general Joaquín Posada Gutiérrez, en los polvorientos caminos del sur, y a la cabeza de unas tropas azarasas y tristes, leyendo los informes que le llegaban de Buga, decía que se estaba erigiendo una dictadura contra otra, en medio del maldito juego de las palabras y que era necesario escoger entre una de las dos. A la larga, él acabaría decidiéndose por la de Obando, pues éste era granadino.

En otras palabras, estaba constituida una fuerza que enfrentaría al gobierno central forjada de los peores elementos proditorios e ilegales —los que se achacaban a Urdaneta—. Ahora sí, los “liberales” contaban con la concreta representación de las armas, y armas feroces, sin las cuales no se puede sustentar ningún sistema político en América Latina. Casi todos los eminentes granadinos comenzaron a vacilar; el asesinato de Sucre revelaba que las cosas iban en serio. Domingo Caicedo creía que podía sacar de entre el lodo de las infamias y de los revolcones constitucionales el título de vicepresidente, el cual casi nadie sabía si en verdad podía detentarlo. Comenzó a pensar que probablemente lo que se había hecho en Buga era más legal que lo ejecutado por Urdaneta en Bogotá, pues, para enfrentar una dictadura justo era que se organizara otra y que fuese en el campo de batalla donde se decidiera la suerte de un legítimo y auténtico estado de derecho.

“Ahora es cuando comienza la verdadera independencia”, pensaron los directores de la Guerra en Buga.

Que Obando estaba en tratos con Juan José Flores y, según como soplaran los vientos, buscaba acomodarse en aquel mundo erizado de peligros, lo confirma él mismo en sus *Apuntamientos* cuando dice: “Para hacer más seguro el adormecimiento de Flores, abrí comunicación con él como autoridad de quien ya dependía”. Aparentaba revelar su situación de apremio y fue cuando le pidió una turquesa para hacer balas y clarines.

Es decir, no era broma que reconocía la autoridad de Flores. Estos dos hombres tenían bajo la manga la jugada formidable —en caso de que fallaran los planes que cada uno maduraba a espaldas del otro— de hacer recaer sobre el más lerdo la culpabilidad del horrible Crimen de Berruecos.

Obando hacía ascos de los pruritos hipócritas de la gente y alzando la cresta decía a sus conmlitonos que en aquella tragedia todos estaban manchados de sangre, que a qué venía tanta hidalguía, si la hidalguía misma se asentaba sobre las masacres inferidas al contrario; que a qué tanto amor por la humanidad en nombre de la libertad, cuando por ella habían acabado con la honorable vida de su padre; que de Bolívar para abajo todos eran unos asesinos. La santa hipocresía está incrustada

en todos los pensamientos, en todas las mentes y en todos los actos. La mentira, la cicuta y el puñal siempre han triunfado.

Posada no se hallaba muy lejos del teatro de los acontecimientos de Buga; encontrábase en Neiva y muchos esperaban que de un momento a otro se abalanzara sobre los “forajidos del Cauca”, pero andaba caviloso, confuso, profundamente afectado desde que Bolívar tomó la determinación de irse del país. Ya José Hilario López se había movido para envolverle y en el pueblo de Quilichao expidió una proclama en la que amenazaba con “la guerra más cruel que jamás se haya visto o imaginado”.

Obando se mostraba más cauto, y más bien aconsejó a su amigo que no se desmandara. A José María le habían llegado noticias equivocadas en el sentido de que el Libertador se había dirigido a Bogotá, pues el “viejo” era verdaderamente duro, y de su alma diabólica o sagrada, según del lado que se le mirara, podía esperarse cualquier cosa. Entonces, José María comenzó a actuar de una manera dual, de modo que si las circunstancias en las que estaba embarcado le fallaban, él pudiera acogerse a alguna forma de perdón, pues siempre podían esperarse de Bolívar actos de extraordinaria generosidad. Esta “perdonadera” del Libertador era tal vez un mal de la vejez y del cansancio, los desengaños de la guerra y la política. El perdón que Bolívar le podía otorgar en los difíciles momentos de su vida habíansele convertido en una de las más preciosas divisas de su causa.

Mientras ocurren todas estas convergentes amenazas contra el gobierno de Urdaneta, Flores se dispone a quemar también sus naves. No ve ninguna otra solución para salvar su pellejo sino declarar independiente al Ecuador, lo mismo que ha hecho Páez en su propio patio. Se autonombra presidente.

Como medida preventiva, Urdaneta, para lograr la estabilidad de su gobierno y atacar por el sur a los eternos sediciosos de Pasto y el Cauca, envió agentes al Ecuador para revolucionar aquel departamento y hacerlo seguir bajo sus órdenes.

Flores, educado como Obando en las tretas dobles y sorpresivas, experto en providencias divinas y buen sabueso husmeador, pudo descubrir

las redes que se le tendían. Estaba Flores entre los tentáculos de Urdaneta y el Binomio Obando-López con el que podía hacer tratos, aunque de él desconfiaran mucho. A Obando siempre le había madrugado Flores. Cuando quisieron meterle tropas por Pasto, Flores se adelantó y declaró a este territorio parte del Ecuador “por deseo y consentimiento de sus propios pobladores”. Es muy probable que esta decisión de Flores formara parte de los planes que él había acordado con López y Obando para salir de Urdaneta, pues bien difícil era para su gobierno mantener el control de una región que por mucho tiempo había estado bajo la égida de Obando. Es así como el Binomio del Cauca se transforma en Trinomio del Sur.

Habiéndose declarado a Pasto territorio ecuatoriano, Obando astutamente se replegó hacia Popayán. El sur estaba incomunicado, y ahora era claro que Urdaneta no podía contar para nada con la ayuda de Flores. Para entonces creía José María que con Urdaneta no podía llegar a ningún acuerdo. Que Urdaneta no era el “viejo chocho” de Bolívar, al que se le podían sacar perdones fácilmente. Se equivocaba.

La jugada impresionante que entonces hace Obando lo delata completamente. Determina que la región de Popayán se declare parte integrante del territorio ecuatoriano:

El circuito de Popayán se agrega libre y espontáneamente al Estado del Ecuador, bajo su sistema constitucional y leyes que lo rigen, sometándose al Jefe de Estado... El circuito de Popayán reconoce con placer y acuerdo con el Estado del Ecuador, al Libertador Simón Bolívar como protector y padre de la patria, en los mismos términos que lo ha reconocido el Estado de Ecuador.

El complot del Trinomio —Infranqueable— del Sur pretendía fundar un cuarto estado con el territorio de Pasto, el Cauca y Antioquia y la banda occidental del Magdalena. Aquí es donde no puede ser más clara la participación de los tres en la eliminación de Sucre. Pero la categoría de los delitos cometidos era de tal magnitud y los poderes ostentados por Obando y López se ejercían en territorios y circunstancias tan disímiles a la vez que distantes de los representados por Flores, que las sospechas, la desconfianza y el recelo estaban a la orden del día; en este sentido, más seguro se hallaba Flores, y naturalmente éste no quería sacrificar su seguridad.

Posada seguía vacilando en su puesto de Neiva. Cada vez más pesaban sobre él unas palabras de Domingo Caicedo: “Usted y yo somos granadinos y no venezolanos”. Oyendo decir que López se acercaba, le dominaba la duda y un penoso desgano, de modo que comenzó a buscar un modo de entenderse con él, aunque José Hilario se hubiese hecho ecuatoriano.

Algunos historiadores que han salido en defensa de Flores han dicho que la alianza temporal que asumió con Obando y López, en los días del gobierno de Urdaneta, se debió a lo inseguro de su posición. Que fue una treta para salir del atolladero en que se encontraba; que la muerte de Sucre probablemente le beneficiaba, pero él no se lo había propuesto. Es necesario entender también que Flores no era un hombre de sólidos principios morales; era sencillamente un militar sagaz, que sabía sacar provecho para su particular partido de los errores y debilidades de los demás. Pero lo extraño fue que Flores aceptó la segregación que hizo Obando de la región de Popayán, y a una protesta de Urdaneta replicó que su gobierno estaba legítimamente constituido. Era la segunda vez que Obando vendía sus propósitos revolucionarios a una nación extranjera. Es difícil que los panegiristas de Obando —como Luis y Sergio Martínez Delgado, y Horacio Rodríguez Plata—, que siempre han sostenido que el asesino de Sucre fue Flores, puedan justificar el procedimiento de José María, de anexar Popayán al Ecuador y ponerse bajo las órdenes —para ellos— del supuesto asesino del Mariscal.

El infinito poder de los traidores

“Un trueno sordo (dice Posada Gutiérrez), semejante al que en el Chimborazo anuncia un inmediato terremoto, corrió de un extremo a otro de la República: ¡Murió el Libertador en Santa Marta! y todos quedamos aterrados. La confirmación oficial de la infausta noticia nos anonadó”, lo que ahondó a la vez en sus oídos las palabras de Caicedo: “Amigo, la causa de Colombia está perdida, y recuerde que somos granadinos”. Lo que más le impresionaba a Posada era que Bolívar muriera exactamente el mismo día —del año 19— cuando se sancionó la ley fundamental que proclamaba la República de Colombia.

López y Obando marchaban confiados a la cabeza de mil hombres sobre el valle del Cauca. El general Murgueza, bajo las órdenes de Murgueitio, salió a hacerles frente. Obando, cuidando sus posiciones había dejado una fuerte partida en Patía para asegurarse las espaldas en caso de una retirada. Ya entonces, en El Tambo, Timbío, Popayán y pueblos circunvecinos, la consigna generalizada era: “¡Muerte al gobierno usurpador y tiránico de Urdaneta!”

Las fuerzas de Murgueitio estaban apoyadas por el pueblo de Cali, pero en esencia, como siempre ocurre en estas circunstancias, los pueblos pueden hacer muy poco si no hay un carácter recio y decidido que los guíe. Por otro lado, como hemos dicho, las indicaciones militares que Bolívar había dado a Urdaneta no se cumplieron, de modo que la expedición de Posada estaba destinada al fracaso, y éste no hizo otra cosa que dar tiempo a que Obando y López se hicieran fuertes, inexpugnables. Bolívar había indicado que para entrar al Cauca debía hacerse por el Quindío, que si se iba por La Plata —como lo había decidido Posada— estarían arruinadas las operaciones.

Obando y López hicieron un amago de ataque al pobre Posada, lo desconcertaron, y de inmediato marcharon hacia las posiciones de Murgueitio. De antemano Obando había conseguido infiltrar importantes batallones del ejército del gobierno, como el Cazador de Bogotá, por ejemplo. El 10 de febrero atacó ferozmente a Murgueitio en la hacienda de Papayal. El comandante del batallón Cazador, Vicente Bustamante, se emboscó y como no contaba con suficientes tropas fue destrozado. Bustamante cumplió perfectamente su función de traidor, estaba en combinación con López y Obando. Dice el historiador José Manuel Restrepo que Bustamante vio sin rubor como sacrificaban a sus compañeros de armas que luchaban fieramente a las órdenes del capitán Reyes. Allí las fuerzas de Obando dejaron unos setenta hombres muertos y se apoderaron de cuanto llevaba aquel destacamento.

Como solía hacer Obando en estos casos, de inmediato expidió en el propio campo de batalla un honrosísimo certificado donde testimoniaba el valor y la gallardía de Bustamante. Era similar a los ya expedidos, en circunstancias parecidas, a favor de Erazo, del “negro” Juan Noguera, Sarria o Apolinar Morillo. No obstante, Bustamante jamás pudo deshacerse del fantasma del crimen que había cometido en 1840; tratará de

lavar un poco esta mancha uniéndose al gobierno de turno y enarbolando banderas en contra de otra revolución propagada por Obando.

Este triunfo en Papayal dejó expedito el camino para que López entrara sin oposición alguna a Cali. Cuéntase que el pueblo cedió con repugnancia ante la presencia del Binomio del Cauca. De inmediato, Obando procedió a la consabida “limpieza” de los cuerpos militares. Ordenó el fusilamiento de los capitanes Quintero y Reyes y a poco de tomar esta determinación, golpeándose las manos como quien se quita polvo, dijo:

“Es para que el pueblo escarmiente y coja algo de miedo”.

Mucho se dijo entonces que el ajusticiamiento de Quintero tenía una razón muy clara, pues éste había dado una declaración en el sumario del “fastidioso Crimen de Berruecos”. Más tarde Obando hubo de confesar que pensó quitarles la vida a los oficiales que fueron hechos prisioneros en Papayal y que habían participado en la batalla del Santuario, lugar donde había expirado el gobierno de Joaquín Mosquera. Pero no lo hizo, sino que se conformó con hacer jugosas confiscaciones; hizo vender y gastar (nos dice Restrepo) un cargamento de mercancía del comerciante Lloreda; “éstas se disiparon fácilmente y costaron después una suma considerable a la Nueva Granada”. (1)

Camino de la capital, envalentonando con este triunfo y viendo que indirectamente Posada le daba campo franco a sus proceder, Obando mandó una intimación al coronel Castelli, estacionado en Antioquia. Éste es uno de los momentos estelares en la carrera militar y “política” de José María. Cuando se ve llamado *asesino, cuatrero y asaltante de caminos* por quienes le hacen oposición, se yergue a alturas que sólo Bolívar había alcanzado en la Nueva Granada. Su divisa, la de los “liberales” con Santander a la cabeza, la patenta con gestos de fanatismo mahometano. Se cree un profeta. Ya ha previsto que nadie podrá contenerle. Su sonrisa es plena; su alma la siente colmada mucho más de lo que aspiraba.

¿Qué podía imaginar él, siendo un muchacho atribulado y loco en Popayán, admirando las insignias realistas de su padre, que podía llegar más lejos que don Sebastián de la Calzada, que el obispo don Jiménez de Enciso, que José La Mar, hombres cuyas luces le quitaron tantas veces el sueño? Ahora

su figura despedía tonalidades insospechadas: era él, el sostén mismo “del mayor representante de los ideales republicanos de la Nueva Granada”: Francisco de Paula Santander. En esa tensión que le quema las sienes, piensa que cualquiera sea el título que se le endilgue, ya nada lo podrá borrar de sus ínclitas proezas militares superiores a las más gloriosas llevadas a cabo durante la guerra de Independencia... “*¿Qué me importan los clamores de los bolívios? Hoy sólo deseo reír en medio del más grande desprecio que siento por mis enemigos; a todo los desafié y a todos los vencí y los venceré siempre*” (2).

Su fabuloso plan, el que lleva escrito en la sangre desde su nacimiento, ha funcionado perfectamente y allí, en Antioquia, recibe una carta de felicitación de su amigo Juan José Flores, quien todavía no le había enviado la turquesa. Era una carta donde reclamaba “con el mayor ahínco mi amistad con las protestas de sinceridad y cordialidad que tanto prodiga la perfidia”. (3)

A medida que avanza, esta mole va devorando las endebles fortalezas que aún defienden a Urdaneta. En Icuandé, capitula el coronel Francisco García. En realidad, este coronel perdió la razón al ver que Colombia se desintegraba de modo irremediable, y al reconocer que Bolívar no podría resucitar, y que Obando acabaría por ser el mandamás de Nueva Granada; ante este absurdo y esta realidad, acabó por darse un pistoletazo el 24 de marzo; lo que más desquició a García fue que la gente que hacía poco había estado sirviendo a su mando salía ahora a dar vivas al poderoso caucano.

Posada seguía seducido y obnubilado por las palabras de Caicedo. Restrepo añade que además de la fuerza de estas palabras, pesaba la derrota inferida a Murgueza en Cali, y que entonces sin haber disparado un tiro, Posada emprendió retirada de La Plata a la ciudad de Neiva. Profundamente confundido envió una comisión a López proponiéndole un armisticio.

“Después de todo iba justificando sus pasos, López es granadino...” Transmitió esta vaga opinión al palacio de Bogotá, la cual fue improbadada con mil maldiciones por Urdaneta: “¡A dónde se ha llegado, carajo...!”.

Pero los ánimos eran confusos, pues mientras Posada no dejaba de pensar que era granadino, Francisco Soto, presidente vitalicio de todos

los Congresos y convenciones de Colombia, padre putativo del partido “liberal” y secretario ad aeternam de Santander, sostenía que Colombia todavía era una sola, “pues Venezuela y Ecuador no habían pedido oficialmente la separación”.

Viendo Urdaneta defecciones en casi todas sus tropas la derrota de Murgueza, las constantes intimidaciones de Obando y López y la ambigua posición de Posada, decide desenvainar él mismo su espada. Recuerda la frase del Libertador: “A grandes males, grandes remedios”. Apenas comenzaba a dar órdenes, cae en vacilaciones o divagaciones sobre la legitimidad de su poder. Entra en vaguedades y las sospechas de sus más íntimos camaradas lo paralizan: “La rebelión de Obando es ilegal y no puede perseguir para Colombia ningún bien que no sea el provecho miserable de un partido. ¿Pero qué hago aquí, cómo me sostengo? Estoy en el vórtice de un espantoso lío”. Y viendo su situación con franqueza, comprendió que era un tirano, pero un tirano que iría a inmolarse por una banda de cabrones que no querían sino ser neutros ciudadanos; a enfrentar a delincuentes con caretas de “liberales”; un tirano que va a cortar por lo sano las malditas revueltas de dos bellacos inmundos; un tirano que no dará paz a su espada, que no tendrá piedad con los indiferentes y cobardes.

Para realmente reivindicarse no ve otra salida que incendiar a Colombia.

Se ve a sí mismo como en su momento se vieron ante la imbecilidad del mundo un Lope de Aguirre o un Macbeth: sin miedo y sin esperanza, la sangre palpitante en las sienes; llenos de fuego los ojos, la turbulencia de una fe y de una locura que le hacen pensar que puede llegar al confín de los abismos más terribles e inhumanos.

Pudo haber vivido en esta alucinación, preso del deseo de llevar a cabo su lucha solitaria y total contra el Trinomio del Sur, si no es que la pesada carga de la realidad, las voces incesantes del Libertador en las cartas aún abiertas sobre su mesa, como ácido sulfúrico sobre su cerebro, lo sacan de cuajo del limbo en el cual se encuentra. Ve poca solidaridad en su gobierno. No hay un Bolívar, no hay un Sucre. Lo importante para los granadinos es el pedazo de tierra donde han nacido; él es venezolano, y el único modo de sustentarse en el cargo es ejerciendo una represión

sin cuento. Para completar, los granadinos están por aceptar que los “ecuatorianos” de López y Obando los saquen del marasmo en que se encuentran. El argumento de que su gobierno carece de legitimidad y la difundida idea de que es un usurpador lo desconcierta, lo debilita ante los pueblos y ante el mundo. Poco a poco va perdiendo la fuerza que en un principio el general Montilla le daba en las regiones del Magdalena; los departamentos de Antioquia y Cundinamarca están agitados y reacios a servirle. Además sabe que el prodigioso exiliado Hombre de las Leyes, en Europa o Estados Unidos, está haciendo un trabajo admirable para desconceptuarle. No tiene escapatoria.

Aún así no estaba seguro de entregar el mando mansamente. De los arranques de su primera convulsión moral, vacilaba ahora en despojarse de todo asco y lanzarse a represalias, aniquilar a los bochincheros. Dispuso allanamientos de casas y redujo a prisión a una docena de revoltosos. Estas medidas fueron altamente contraproducentes porque hicieron pensar aún más que la “salvación” estaba en las huestes de Obando, pues éste pedía a gritos el regreso de Santander. Y pedir el regreso del Hombre de las Leyes no era cualquier cosa. La sola palabra “Santander” helaba los rostros del tambaleante gabinete de Urdaneta. Nadie quería manchar su vida, su carrera, haciendo oposición a uno de los hombres más “inmaculadamente legales” de la América hispana.

El 27 de marzo de 1831, Posada Gutiérrez le da el golpe de gracia al gobierno central. La repugnancia de Posada por entrar en un conflicto que involucrara a las provincias de Neiva y Mariquita y que pudiera extenderse al Cauca y a Pasto, le llevan a redactar un oficio que somete a consideración de su Estado Mayor; en este documento sostiene que el ilustre caudillo del ejército, el hombre grande, que con sólo su presencia encadenaba las furias, y aterraba al monstruo de la anarquía, ha cesado de existir. Y lanza esa expresión que todavía hiela los corazones: “Ya no tenemos estrella que nos guíe, todo es oscuridad, todo tinieblas para nosotros”.

Acto seguido se resuelve en junta de oficiales que las facultades del general Urdaneta han caducado. Por tanto, determinan reconocer a los magistrados constitucionales nombrados por el Congreso de 1830. Se dispuso también que al general Urdaneta debiera respetársele como a un

buen ciudadano de Colombia y como un general en jefe de los ejércitos de la República.

Esta abrupta decisión reabría otro embrollo: Joaquín Mosquera estaba en los Estados Unidos, por lo cual el máximo cargo debía recaer en el vicepresidente Domingo Caicedo, hombre en extremo contemporizador con los feroces santanderistas.

La defección de Posada se conoció en Bogotá en los momentos en que Urdaneta se aprestaba para quemar sus pocos escrúpulos civilistas, cansado como estaba de tanto cabrón y cobarde. Pero la entrega al enemigo de uno de sus bastiones más fuertes lo abatió profundamente. Pasó varias horas en medio de un total ensimismamiento. Se veía a sí mismo luchando sin término; en una correría tormentosa hacia el sur, luego al norte, al este... Un infierno de luchas inacabables. Enfermo de sus propias visiones, agobiado por un aburrimiento atroz, pidió un mapa.

Entregado a ver una y mil veces los trazos hechos, borrados y rehechos sobre aquel curtido “cuero” como el de Venezuela, que cuando lo pisaba por un lado se alzaba por otro, recibió la fatal noticia que Posada había proclamando la causa “liberal” en Neiva y que había enviado postas a López para que se firmara un acuerdo de paz. Se proponía además unir los dos ejércitos en uno solo bajo las órdenes de López.

A mediados de abril se encontraron en Purificación, Posada y Caicedo. El vicepresidente ratificó que ya Urdaneta no era necesario tal como lo sostenía el oficio expedido el 27 de marzo. Que era de utilidad indispensable encontrar el modo de reformar el gobierno y que tal cosa sólo podía hacerse a través de una Convención. “Recuerde, amigo (le dijo Caicedo), Obando y López son granadinos”.

En Purificación se emite el documento en el cual se declara a Caicedo en ejercicio del Poder Ejecutivo en ausencia del presidente de la República.

Se le está encontrando alguna forma legal al desconcierto generalizado que existe en Nueva Granada. Lástima que no se encontrara en aquellos momentos Santander, quien en estas cosas de legitimidades y

arreglos constitucionales era extremadamente experto. Lo malo es la situación del general Urdaneta, cuya vida está pendiendo del humor de López y Obando, quienes se disponen a marchar hasta la capital. Caicedo era un pobre pseudo-vice que había sido “aprehendido” en el pueblo del Chaparral por la gente de López y llevado a la presencia de éste para decirle cómo tenía que gobernar.

El frente obandista se encontraba, pese al terror, en precarias condiciones en el Cauca. Se presentaban desertiones en las tropas, cosa que se pagaba bien cara, pues en este sentido Obando no se andaba por las ramas. En Cali el rechazo a formar parte de una expedición contra los viejos amigos del Libertador era inmenso, y en este lugar unos 500 hombres traídos de Popayán, estimulados por este sentimiento, se alzaron. Se negaron rotundamente a marchar a la altiplanicie bogotana, de modo que López, tan activo en estos menesteres como Obando, procedió a distribuir buenas gratificaciones en dinero y prometió a los soldados ascensos y beneficios en metálico una vez conseguida la estabilidad del país.

Esto se desarrollaba mientras López recibía informes que Posada correría a unírsele mediante una declaración por la causa de la libertad y la unidad de las fuerzas granadinas. Es sorprendente observar cómo unos hombres que estaban en las últimas supieron sacar el máximo partido de las circunstancias que rodeaban a sus adversarios y llegaron a hacerse imprescindibles para el logro de la tan mentada unidad y salvación de los neogranadinos. Si a ver vamos, lo que comprendía entonces cuanto controlaba Urdaneta tenía mucho más recursos para sostener una guerra, muchos más soldados que los que había en el sur al mando de López, Obando y Flores y también los que había en el norte con Páez a la cabeza. Si con coraje y carácter Caicedo o Posada —como lo hizo en su caso el presidente norteamericano Lincoln— defiende la unión de Colombia, hoy tendríamos intacta la patria que concibió el Libertador.

Pero nos han faltado siempre hombres de carácter, decididos a imponerse por encima de cualquier grupo y de cualquier interés bastardo y personalista. Los hombres de carácter los ha habido en el campo de la corrupción administrativa, de la delincuencia militarista, del escarnio y la prevaricación, y son quienes nos han gobernado.

Luego del asesinato de Sucre y con López y Obando acercándose triunfantes a Bogotá, se descubrieron detalles extraordinarios: López era candoroso e ingenuo, y Obando impresionantemente hermoso, de frente alta, tez blanca y de magnífico porte marcial como la de un perfecto mariscal anglosajón.

Era indudable que la exigua formación de los protagonistas de las rebeliones en el Cauca y Pasto y el estado de postración moral existente hizo creer a muchos que el asesinato en la persona de Sucre estaba dando “prestigio político” a quienes lo concibieron y lo ejecutaron. Y al parecer no se equivocaron, como veremos más tarde, pues casi nadie quiso acordarse de la obra de Sucre, por lo menos mientras Santander y Obando vivieron. Muertas las primeras figuras de la República, Bolívar y Sucre, y desterrados generales eminentes como Urdaneta, Pedro Briceño Méndez, Mariano Montilla, O’Leary, Perú de Lacroix, Justo Briceño, el ansiado trono quedó a entera disposición de los ínclitos exterminadores del Gran Mariscal.

El 5 de abril de 1831, partió López a complacer los ruegos que le hacía Posada. Al llegar a Neiva, temeroso todavía por lo frágil de su situación, opta por lo que cree es una ingeniosa jugada; sostiene: “Soy un oficial del ejército ecuatoriano prestado a la causa granadina”. Al parecer, tanto Obando como López sentían un gozo inefable uniéndose a operaciones apoyadas por extranjeros, y un humorístico espanto les devoraba al saberse extraños en su propia casa.

Es importante insistir en que López no se considera todavía granadino, como piensan Caicedo y Posada, y por ello en la proclama que lanza en Neiva dice:

¡Qué gloria para mí verme invocado por los neivanos como protector de las libertades públicas! Mi gobierno, el de Ecuador, os lo juro, no es indiferente a la situación de los granadinos. Gozando el Ecuador de una paz octaviana y abundando en recursos de todo género, él los prodiga gustosos en obsequios a sus hermanos. Mi deber es, por tanto, restablecer las autoridades legítimas, ayudaros a sacudir el yugo, y enseguida restituirme al punto en donde he partido con la gloria de haber contribuido a conquistar nuestra existencia política sobre tales bases..

Es interesante observar, por el estilo de estas proclamas —las cuales se dieron mucho, poco después de muerto el Libertador—, cómo un grupo numeroso de militares y políticos había quedado fuertemente afectado por la descomunal obra de Bolívar. Muchos querían jugar, como hemos dicho, a “salvadores” de patrias extrañas, imitando inconscientemente la actitud del Libertador cuando corrió a independizar el Perú; y pensar que cuando Bolívar se lanzó en tan espantosa lucha, Obando y López no lo secundaron ni vieron con buenos ojos sus “malditas correrías”.

Uno de los calificativos más usados por Obando para insultar a Flores era llamarlo “Bolívar en compendio”. Estos caudillos querían imitar a Bolívar sin capacidad, valor, ni honestidad alguna, además de que las circunstancias eran otras. Obando, por ejemplo, deliraba porque se le ofreciera la dictadura para tener la dicha —la virtud inmarcesible, la ilimitada magnanimidad, por su carácter netamente republicano y constitucionalista— de rechazarla. Y, en efecto, cuando en 1832 se le ofreciera, ésta será su frase lapidaria: “Preservadme de la maldición popular y dejadme hacer el oficio que he empezado desde 1828, el de un general siempre ciudadano”.

El Binomio del Cauca mostraba voluptuosos arrebatos escribiendo proclamas libertadoras, oyéndose llamar “íncrito”, “romano”, “el que restauraría un auténtico Foro en Bogotá”.

Después de aquella augusta proclama, con paso excelso y comedido, López avanzó para encontrarse con Caicedo y Posada. Hay estridencias de cornetas desafinadas, tambores, golpes de recios pasos, ruidos de espuelas y de espadas desenvainadas; saludos solemnes a banderas desconocidas: un drama con fondo de opereta italiana.

Era el 15 de abril por la noche. Una noche con el cielo despejado, el mismo que fue testigo del encuentro en Cali de Obando con el Libertador. Un tropel de caballos entró por la calle principal al tiempo que se lanzaban vivas al general López. Conocido como era en el lugar, López usó muy bien el ascendiente que había cultivado durante tantos años, ya como gobernador, ya como jefe militar de la región. Haciéndose acompañar por sus edecanes, preguntó por el coronel Posada. Al verlo, lo abrazó y le dirigió palabras amistosas, siempre aderezadas de

elocuentes frases donde resaltaban los nombres de Pelópidas, Epaminondas, Alejandro, Augusto y César.

Ninguno de los dos sentía plena confianza en el otro. Mientras se dicen palabras bellas, cada uno va armando su propio almácigo de ditirambos para llegar a algún arreglo definitivo. Por su parte, Posada teme que López se exceda en sus peticiones, y López cree que, por no tener mucha legalidad, su posición, careciendo de un ejército tan numeroso y bien organizado como el de Posada, éste acabe por someterlo a su arbitrio; pero como sabe que don Joaquín Posada está determinado a salir de esta embarazosa posición, José Hilario no se va por las ramas y le dice:

Usted debe entender que yo vengo a ayudar a la Nueva Granada como un general ecuatoriano auxiliar.

Posada abre mucho los ojos, sin creer lo que oye; ¿se tratará de una broma?, por lo que no se atreve a sonreír, aunque le cuesta agregar algo más a esa figura fría, inmóvil y momificada que le extiende su mano. Se hace un largo y denso silencio, pues es un fastidio que López no sea granadino, pues, por ser granadino él ha estado buscado un acuerdo... En tan difícil situación aparece Caicedo, lo cual permite a Posada hacer uso de una expresión más adecuada para el estelar momento que le toca representar:

Su excelencia dice aquí está el vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo.

López, que se hace el sorprendido, ejecuta algunas exageradas reverencias, típicamente godas, y repite alzando la voz y dirigiéndose de lleno al señor Caicedo:

—A sus órdenes. Os participo a su excelencia que lo saludo en nombre de mi gobierno, y quiero expresarle nuestra total disposición a ayudar a Usted a libertar la Nueva Granada como general ecuatoriano auxiliar.

La sorpresa de Caicedo lo deja un instante sin habla, porque no sabe si él también debe comportarse como oficial ecuatoriano, haitiano o etíope. Mira a Posada y piensa en lo que cualquiera podía suponerse en aquellas circunstancias: en que la patria está peligro y este par de parami-

litares se están arriesgando por ella; que los asesinos de Sucre no podrán jamás encontrarse porque está escrito que la política es el arte supremo del mimetismo de cada instante y del engaño. Que él es un don nadie, que no nació para mártir ni héroe, y que maldito el país que necesita de “salvadores”. Que si queda algo por averiguar es la manera de salir cuanto antes de este infierno que se llama vida. Que mañana será otro día igual en el que sea necesario matar hombres justos y sabios para hacer labor de patria. Que sigan los lutos y las perversidades sediciosas y vandálicas si este es el único recurso que queda para alcanzar la paz y la unión de todos los granadinos.

Tal vez sólo Freud pudiera dar una explicación a este mar de misterios. Resalta también ese localismo enfermizo y miserable contra los cuales Bolívar y Sucre lucharon toda vida. Parece una estupidez que siendo hasta hace poco el Ecuador una simple sección de Colombia, se presentara López tan ufano por parecer un “extraño”.

La incomodidad se hizo insoportable, pues Posada y Caicedo al parecer se habían equivocado de plano: López no era granadino; era sencillamente un embajador de una nación extranjera. No sabemos por qué ni Caicedo ni Posada le pidieron entonces las credenciales que lo acreditaban como agente plenipotenciario del general Juan José Flores.

Posada se retira a un cuarto vecino, tal vez a meditar de qué modo proceder con un agente de esta clase y deja deliberando a los dos altos generales. Transcurren varios minutos, cuando de pronto ve Posada que Caicedo le reclama con urgencia.

¿De qué se trata ahora?

—Ahora —dice Caicedo— quiere López que lo presentemos oficialmente ante los jefes y oficiales de la división, ante el alcalde y el cabildo, como un general extranjero. ¿Qué opina usted?

No quedaba más remedio que satisfacer los exigentes formalismos de López, por lo que se organizó una banda que pedía a gritos que el General “Auxiliar del Ecuador” se hiciera “colombiano”. Esa banda coreó vivas a Caicedo, vivas al benemérito José Hilario López.

Habiendo descubierto López que en realidad era granadino, elemento básico con el que contaban tanto Caicedo como Posada para armar la excusa y evitar un enfrentamiento con los caucanos, el Vicepresidente, el 17 de abril, determinó nombrar al paramilitar José Hilario López como jefe de las tropas de las provincias unidas. Ese mismo día, conmovido Caicedo al descubrir que López realmente era granadino, y que Obando también lo era, optó por nombrar a este último nada menos que ministro de Guerra.

Muy bien conocía Caicedo las intrincadas redes que culminaron con el asesinato de Sucre. Él recibía constantemente informaciones sobre las actividades de los círculos terroristas que procuraban el exterminio de Sucre y Bolívar y cuyo centro principal estaba en Bogotá. En 1842, cuando se apagaba una larga guerra civil, producto de la impunidad del Crimen de Berruecos, y estando a punto de ser fusilado Apolinar Morillo —el autor material de este crimen—, Caicedo escribió un documento revelador de la responsabilidad de Obando en este asesinato. El remordimiento le llevará a proferir lamentos por el destino de Apolinar Morillo quien no había hecho sino cumplir órdenes superiores:

Observemos (dijo) que Morillo no ha sido el principal autor de este delito, y que él lo ha cometido sirviendo de instrumento y en virtud de las órdenes de un Jefe Militar. Obando y Sarria viven, se han sustraído a la venganza de las leyes, y no sé si la estricta justicia demande hacerla recaer sobre un militar que ha servido de simple instrumento, y que según aparece en la causa, recibió órdenes de José María Obando, a quien por las leyes militares estaba sometido, y de quien pudiera temer mucho desobedeciéndolas, tanto más cuanto que para este hecho (según Morillo) invocó Obando la salud de la patria. (4)

A los defensores de Obando les ha dado por decir que estas declaraciones de Caicedo habían sido hechas para perjudicar a Obando, pero por lo que nos dice la historia, la actitud de Caicedo con Obando —como con López—, en los días críticos del parto de la Nueva Granada como República en estado de emergencia, es de suma imparcialidad; una imparcialidad que pudiera ser tildada más bien de débil, de condescendiente con el propio crimen. Porque Caicedo hizo cuanto estuvo a su alcance para evitar una confrontación entre “hermanos”, por lo que se

ganó, tanto de Vicente Azuero como de Francisco Soto, el mote de “El Imbécil” —buen título para un libro sobre esta historia que narramos.

En la capital, para el 7 de abril, ya corrían rumores sobre la dimisión de Urdaneta, y que en tal sentido había enviado, ¡insólito!, comisiones para dirimir divergencias ante López y Obando. En estas comisiones se proponían formulismos para una entrega pacífica del gobierno. El 16 ya no eran rumores lo de la dimisión sino certezas expresadas en un decreto, donde Urdaneta declaraba que saldría de Bogotá para facilitar las transacciones con los jefes insurgentes del Cauca, ahora refrendados como defensores de la República tanto por Posada como por el Vicepresidente de la República.

Sin embargo, Urdaneta que temía un desenlace peligroso, puso en alerta la división Callao, que contaba con mil hombres. La capital estaba emponzoñada con el odio de los “liberales”, que imploraban que una nueva gesta fuese refrendada con sangre. La sangre era uno de esos elementos virtuosos —viscosos— con los que se podía demostrar al mundo los ardientes deseos y los ingentes sacrificios que se ponían en juego para ejecutar los designios supremos de la libertad.

Con el propósito de llevar a cabo lo dispuesto por Urdaneta y realizar con pulso muy fino la transición, se realizó una reunión en Apulo, a la cual asistieron el ministro Castillo y Rada, García del Río, Domingo Caicedo, el coronel Florencio Jiménez, Pedro Mosquera, José Hilario López y el coronel Joaquín Posada Gutiérrez.

Uno de los últimos en presentarse a la reunión fue Urdaneta. Hubo una embarazosa situación, difícil de disimular. Lo primero que hizo Urdaneta fue abrazar al señor vicepresidente Caicedo a quien ahora estaba obligado a obedecer. Probablemente, Urdaneta no hizo ningún otro acto de protocolo con López ni los demás presentes, que no fuera el de un saludo distante y seco. Urdaneta tenía, es necesario decirlo, un gran afecto por don Joaquín Posada Gutiérrez, a quien consideraba culto y hombre de honor, y quizás, debido a su influencia, aceptó aquella reunión que lo eximía de tener que matar a unos cuantos *hijos de puta*.

En aquel momento era impolítico mencionar a Sucre, aunque su muerte estaba en la mente de todos. De modo que lo que se perseguía

era dejarle el camino franco al eximio desterrado que deliraba por volver a la majestuosa silla. Eso era lo primordial. Florencio Jiménez y Urdaneta comprendían que ser venezolanos los inhabilitaba para ocupar altos cargos en la Nueva Granada, de modo que cuanto propusieran tenían que estar dirigido a encontrar una fórmula que les permitiera salir sanos de aquel nido de víboras. Por el momento, la única manera de lograrlo era mostrándose fuertes.

La conversación, en un principio, versó sobre lo malo que estaban los caminos, del tiempo caluroso, de lo dulce y de la apacible brisa que besa las riberas del río Apulo; de los bellos caseríos de aquella zona agrícola fértil, puerta al sur de las provincias de la Nueva Granada; un sur que entonces bailaba en un “tusero”, pues a esas alturas aún no se sabía si Pasto y Popayán pertenecían al Ecuador.

Luego de largas deliberaciones, este grupo emitió un convenio que se conoce como Convenio de Apulo, en el que se comprometían, Caicedo y Urdaneta, a hacer uso de sus influencias para pacificar el país y reintegrarlo a la antigua obediencia de un solo gobierno —para dar paso a la organización de una Convención que definiera sus ulteriores relaciones con las otras secciones de la República.

Era necesario resaltar que entre las resoluciones acordadas estuvo la de sostener un “perpetuo olvido de todo lo pasado”. Esto acabaría por ser consignado en el artículo 2º. La palabra “olvido” ha sido muy apreciada por los negociantes de nuestros partidos: *olvido* a las deudas morales y materiales; olvido a las afrentas, olvido a las injusticias, *olvido* a los crímenes inferidos a la patria. *Olvido*, Divino *Olvido*. *Olvido*...

El artículo 3º aseguraba las propiedades, las garantías individuales, los grados y ascensos militares que de una u otra parte hubiesen sido concedidos. Lo cual no era sino puro formalismo mientras se buscaban otros medios para salir de los altos oficiales venezolanos.

Las tropas veteranas, tanto a las órdenes de Urdaneta como de Caicedo, se mantendrían bajo sus mandos naturales, hasta que el gobierno determinara una reorganización, y de acuerdo con lo que demandaran las necesidades de Estado.

Concluía aquel convenio sosteniendo que sobre la naturaleza de sus futuras relaciones con las otras secciones de Colombia, quedaba abolida hasta entonces la odiosa distinción de granadinos y venezolanos; distinción que había sido “causa de infinitos disgustos, y que no debía existir en los hijos de Colombia”. Todo ello, pese a que por ser *granadinos*, y únicamente por esto, Caicedo, Posada, López y Obando habían logrado aquella milagrosa “salvación de la República”, y el acuerdo que estaban firmando.

Por supuesto que en esta reunión no se planteó en absoluto lo del Crimen de Berruecos. Comprendida pues esta realidad, hubo “sincera reconciliación entre las facciones enfrentadas”. Incluso, algunos sostienen que la caballerosidad de López y Urdaneta estuvo a la altura de las terribles circunstancias; nadie podía creer que pocos meses antes se hubiesen tratado mediante insultos y terribles epítetos. Urdaneta estaba decidido a no granjearse más enemigos; veía el modo triste como estaba concluyendo lo que fue una gloriosa carrera militar y política; inevitablemente se veía forzado a regresar a Venezuela, donde gobernaba un hombre tan liberal como Santander.

Antes de despedirse de aquella memorable reunión, sacó Urdaneta de la montura de su caballo un par de magníficas pistolas, regalo que recibió del duque de Montebello y se las obsequió a López. Estas pistolas, ironía del destino, habían sido enviadas al Libertador, quien ya no necesitaba de armas ni de ninguna armadura terrenal.

López, agradecido, acompañó a caballo a Urdaneta más de media legua. Cuenta Posada que después de esta reconciliación, López por halagar a los “liberales” le prodigó a Urdaneta el “inmerecido epíteto de *Usurpador*”.

Habría que escribir una historia revisada de Colombia, proeza terriblemente complicada. Posada, en algunas partes de sus *Memorias*, dice que López era inflamable y crédulo y que se había dejado influenciar demasiado por los frenéticos liberales. López no tenía por qué dejarse llevar por ellos, pues, lo conocemos en ese bando desde los tiempos de la Convención de Ocaña; por ello se alzó contra Bolívar en el año 28; por ello vendió sus servicios al ejército peruano que comandaba Lamar y por ello insultó a Sucre en Neiva e hizo una invitación, muerto éste, para

lucir luto por Córdoba —” quien murió en defensa de la Constitución de Cúcuta”.

Es difícil imaginar “candor” alguno en un hombre que arrasaba haciendas de Popayán para nivelar a los más ricos con su propia riqueza. ¿Qué candor podía haber en quien aseguró que habría celebrado la muerte de Sucre si ésta no hubiera ocurrido en la provincia de Popayán?

Por otro lado, los vaivenes de don Joaquín Posada Gutiérrez en política fueron inefables: durante el alzamiento de Bustamante salió a celebrarlo con Santander y luego se arrepintió profundamente; en 1830 se negó a apoyar la reelección del Libertador, lo cual lo llevó a conflictivos arrebatos, admitiendo indirectamente que fue un error por la debilidad enorme en que se colocó el gobierno por los llamados “liberales”.

Posada creía demasiado en la Constitución, idolatraba a Bolívar y a Colombia y despreciaba a los facciosos, aunque no estaba seguro de quiénes eran estos. A la muerte de Sucre tembló ante la proliferación de actas tumultuarias que pedían el regreso del Libertador. Alucinado por el carácter de Urdaneta, empuña las armas con el propósito definido de defender la Unión. Pero, de pronto, Caicedo le dice la fatídica frase que lo aturde para siempre: “Amigo, no olvide que somos granadinos”, ésta fue la causa del ensimismamiento mortal que con el tiempo le llevó a admitir que López era “candoroso e ingenuo”.

El Convenio de Apulo fue visto por muchos venezolanos como una traición. El general Justo Briceño, quien había sido derrotado en algunas escaramuzas tratando de sostener el nombre de Bolívar, quería un enfrentamiento con los “liberales”. Quiso convencer al coronel Florencio Jiménez para realizar un ataque unido contra las fuerzas del general Juan Nepomuceno Moreno.

El 2 de mayo, entró Caicedo a la capital con los secretos de la pacificación en sus manos. Tomó las riendas del poder y juró cumplir el Convenio de Apulo, sólo que no contaba con que el ministro de Guerra José María Obando tenía en sus manos todas las decisiones del Ejecutivo. ¡No en vano se había matado a Sucre!

Otra vez se invitaba a formar gobierno a los purificados por el Pacificador Morillo, y es así como Vicente Azuero y Félix Restrepo serán los que darán los últimos retoques a la Convención que deberá reunirse el 15 de noviembre.

Trabajaba eficazmente Caicedo en procura de que los dos partidos hegemónicos no se jalasen las greñas. El único modo de hacerlo era satisfaciendo al grupo “liberal”. Estas concesiones acabaron por hacer nugatorios un número importante de los artículos aprobados en Apulo.

El día 13 de mayo se dio un paso importante en Bogotá, en la cohesión de un sector de las tropas granadinas, ecuatorianas y venezolanas. Cerca de cuatro mil hombres cubrían el trayecto desde la calle de San Victorino hasta el puente Aranda. El 15, luego de algunos altercados que pudieron tener funestas consecuencias para las negociaciones y luego de tediosas conversaciones con Florencio Jiménez, estas tropas alineadas entre San Victorino y el puente Aranda fueron unidas con las que durante meses estuvieron enarbolando el pabellón verde.

Es difícil redactar los episodios de estos días, así como inconcebible imaginar las fuerzas agresivas que tuvieron que ser contenidas y moderadas para que no estallara una guerra civil. Honor, en este sentido, debe hacerse al coronel Jiménez, quien soportó crueles insultos. Nadie esperaba que Jiménez pudiese tolerar con serenidad los improperios desmedidos que le lanzaba la facción del general Moreno, comandante de las tropas de Casanare.

Qué impresionante debió ser aquella reunificación con las últimas fuerzas que habían echado a los españoles de América. Asimismo, debió ser triste ver el espectáculo de los soldados separados de sus mandos naturales, los que habían libertado a América del Sur. Había humillación en algunos rostros, congoja indecible en otros; remordimientos y frustraciones. Unos no sabían si después de tantas disensiones había de veras una patria, ideales por los cuales luchar. Aquellos veteranos de mil batallas se oían llamar delincuentes y serviles por quienes nunca habían empuñado un fusil. ¡Cuánto opresivo dolor contenido en aquellos pechos! Lo habían abandonado todo para cruzar los Andes y dar libertad a otras tierras; habían ido tan lejos que no eran de parte alguna; estaban desencajados para siempre del mundo en que habían sido conce-

bidos. Y ahora sin un Bolívar que les sostuviera, que les oyera, o que les guiara en la odisea de libertad; ¿volverían al oprobio colonial que gemía bajo la sombra de los tiranos? “¡Maldición!” era la palabra que todos mascullaban. Hubo un instante de rabia colectiva en que se rompieron y pisotearon espadas y charreteras, fusiles y lanzas.

Y obedecieron, desarmados, los venezolanos. Parecían seres a quienes se les hubiese extraído toda razón de ser y existir. Nadie ni nada los había hecho sentir unos derrotados, pero ahora... deseaban morir. Tantos oficiales en medio del llanto, las lágrimas y las voces maltratadas, con un horrible escándalo interior, en un silencio tenso en medio del bullir de un rencor atroz; finalmente se oyó el lamento del corneta que llamaba a romper filas...

Entre los espectadores de aquel penoso ritual estaba don Vicente Azuero, quien lanzó un victorioso suspiro:

—Al fin han caído nuestros verdaderos tiranos y hemos vuelto a ser libres.

Florentino González que lo estaba observando, remató:

—Cuando se ha logrado la libertad, don Vicente, los libertadores son un estorbo; por eso sobran Sucre, Urdaneta y Bolívar.

Describiendo aquellos momentos, Azuero sostenía que el entusiasmo de los pueblos era más general y más extraordinario que en el año 19. Que si no hubiera sido por la imbecilidad de Caicedo en su decidido empeño por amparar y recompensar a los enemigos de la patria, mucho más notables y valiosos habrían sido los frutos de aquella transformación. (5)

Aquel cuadro de desesperación muy bien podría ser pintado por las palabras de Tomás Edward Lawrence cuando los ingleses estafaron al pueblo árabe:

Cuando triunfamos y el nuevo mundo amanecía vinieron los viejos, nos arrebataron nuestra victoria y la fabricaron de acuerdo con el viejo mundo que ellos conocían. La juventud pudo ganar, pero no había aprendido a

conservar, y era conmovedoramente débil frente a la vejez. Nosotros balbuceábamos que habíamos peleado por un nuevo cielo y una nueva tierra, pero ellos nos dieron las gracias e hicieron su paz.

Así fue también en Colombia y en nombre de la colonia de la cual les costaba desprenderse a Obando y López, Azuero, Félix Restrepo, Santander, Florentino González, Francisco Soto y el resto de la camada de liberales que representaban esa vejez de la que habla Lawrence, pero en este caso ni siquiera dieron las gracias a los soldados que les habían dado un pedazo de tierra para que administraran más libremente los negocios que siempre habían querido detentar. Esta gente había hecho muy poco o nada por la Independencia e inconscientemente con sus acciones estaban pagando un tributo de agradecimiento a la puta Madre Patria, de la cual nunca habían querido desprenderse.

Vicente Azuero consideraba las hordas al servicio de Obando y López más dignas que los hombres que nos habían dado libertad.

José María Obando, por su parte, expresará el hondo sentimiento de orgullo que le dominaba por haber logrado la disolución de los cuerpos militares que otrora defendieran la soberanía de la República — que tantos laureles dieran en Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín, Ayacucho, Tarqui...— y fueran el terror de las huestes españolas y que tanto pavor causara a la Santa Alianza. Escribió a quien durante un tiempo fue uno de sus más enconados enemigos, a su pariente Tomás Cipriano Mosquera, que entonces se hallaba en Estado Unidos:

Se ha votado del país granadino, esa plaga que assolaba nuestra querida patria. Los hijos espurios de Venezuela que juraron hacernos su propiedad, todos, todos han salido: los pérfidos granadinos que cooperaban a su reinado han sido anulados: la patria es libre y segura. Por un decreto de la Convención se borraron de la lista militar todos los jenerales (sic), jefes y oficiales que derribaron al gobierno en el año de 1830, incluso hasta los que obtuvieron destinos, y en este hachazo vinieron a tierra desde el viejo Pey hasta el último subteniente y el Ejército está perfectamente reformado. Bien sensible ha sido para mí ver arrancar algunos bigotes que en otro tiempo fueron el orgullo del Ejército, pero amigo mío, sin esos golpes decisivos (sic) dejaríamos a la N.G. al corriente de revoluciones sosteniendo la patria las víboras que le han devorado. (6)

Ya a principios de junio, López no se muestra tan candoroso como al principio. Dispuso arbitrariamente la disolución del batallón Callao en presencia del pueblo. La ejecutó ante el vicepresidente, distribuyendo sus clases y sus soldados en otros cuerpos. José Manuel Restrepo aplaudió esta medida porque las disueltas divisiones habían atentado contra el gobierno legítimo de Mosquera. Es cuando Posada vuelve a sus altibajos psicológicos y se pregunta:

¿Qué facultad tenía el general López para una demasía semejante? Ninguna. La disolución de un cuerpo antiguo del ejército, que llevaba un nombre que conquistó en el Perú, por sus proezas en el sitio del Callao, verificada a la presencia del jefe de gobierno, único que podía decretarla en otra forma, fue un abuso de autoridad, fue un insulto a ese mismo magistrado, que sintió la ofensa y la devoró en silencio, porque las circunstancias le obligaban a ello. La remisión de la bandera del pabellón a Popayán horrenda cursilería de López fue una tristísima parodia del envío que hizo el Gran Mariscal de Ayacucho al museo de Bogotá de la bandera de Pizarro.

Otra vez López mostrando su incontenible odio contra Sucre.

José Manuel Restrepo tuvo el valor de aplaudir esta bufonada de López, escribiendo:

López envió la bandera de este batallón al concejo municipal de Popayán para que se conservara en su sala, como un recuerdo honroso de lo que habían trabajado los hijos de aquella ciudad por restablecer el imperio de la Constitución y de las leyes. El mismo López era quien más se había distinguido en tan laudable como patriótica empresa.

El López que llamó miserables a las tropas que habían triunfado en Ayacucho.

Muy ufano, López stampa en sus Memorias:

La bandera fue remitida al Concejo Municipal de Popayán para que se conservase en su sala como perpetuo recuerdo de que al patriotismo y denuedo de los hijos de ese país se debía... al restablecimiento de la libertad... Este día es, sin duda alguna, uno de los más faustos de mi vida, y espero que la posteridad lo recuerde con beneplácito. (7)

Por el estilo de lo que escribió López en sus Memorias y por lo que dice Restrepo, se ve que éste presentó los hechos en su historia tal cual los sugirió López. José Manuel Restrepo elaboró gran parte de su historia recogiendo las reseñas que le daban los protagonistas más importantes de aquellos tiempos; es así como Santander salió muy bien salvado en ellas, pues el famoso vice era experto con la pluma y mucho más en eso de retocar a su favor los testimonios que se iban desarrollando. Los recovecos y arreglos legales donde sabía él presentarse como un Catón, aunque sus procedimientos pecaran de aberrantes y macabros.

Para que nada faltase o sobrase, y cuadrara con aquel mundo de simiescos proceder, don Vicente Azuero propone con fervorosos discursos que se le otorgue la dictadura a José María Obando. Nadie como Azuero adversó tanto a Bolívar; nadie le criticó con tanto odio su proceder “liberticida” y el “cruelísimo uso de las facultades extraordinarias” —aunque ninguno como Azuero le llegó a adular tan baja y miserablemente—. Después de haber sido Azuero expulsado de Colombia por su participación en el atentado del 25 de septiembre, luego de protestas quejas e imploraciones de todo tipo para que el Libertador le perdonara, le dio por escribir un proyecto de monarquía, que envió a Bolívar, para que éste se coronara emperador. El hombre que soñaba con el regreso al régimen colonial y que había atacado duramente la constitución de 1830, sosteniendo que era ilegítima por ser producto de un congreso donde gobernaba un usurpador —pues Sucre para él era un don nadie, igual que el resto de los que ocupaban curules en aquella singular asamblea.

A este hombre, digo, le dio por pedir una dictadura a la cabeza del Supremo caucano. Es muy probable que esta petición le hubiese sido sugerida por el mismo Obando a través de sus agentes en Bogotá, pues quería darse el lujo de rechazarla. Quería dar pruebas de un ferventísimo desinterés republicano. Lástima, que no llegaran a darse de un modo tan crudo las circunstancias que deseaba para dar pruebas fehacientes del inmenso deseo, del grandiosísimo desinterés que albergaba su desbocada alma republicana. Lástima.

Los “liberales” sufrían otra vez nuevas convulsiones. Corrían rumores sobre la posible detención de Urdaneta —quien aún no había salido de la Nueva Granada— y se le iba asesinar como merecía. Con gran ardor

la gente pedía fusilamientos en la plaza, pues se había habituado a estas escenas, sobre todo, por la forma como se aderezaba estos abominables entretenimientos con música y bailes, reparto de chicha y sabrosos bocadillos. La costumbre. Muchos echaban de menos a Santander que sí sabía darle un tono majestuosamente legal a éstas.

¡Hasta cuándo bolivianos en las calles! —le gritaban los “liberales” a Domingo Caicedo.

Que se les dé veinticuatro horas para que se vayan o de otro modo quedarán expuestos a la vindicta pública.

Los gritos y deseos de venganza presagiaban grandes crímenes, pues si habían conseguido asesinar a Sucre no teniendo el poder en sus manos, ¿cómo sería ahora cuando los máximos representantes de estos señores dominaban en los cuarteles?

Fue el 25 de mayo, por la tarde, cuando José María Obando hizo su entrada en la capital. Gran expectativa había sobre este hecho, algunos tenían la esperanza que su presencia le diera el más vigoroso respaldo al gobierno y otros más bien confiaban en que lo derrocaria.

Otra vez Posada sufre una de sus típicas transformaciones ante estos profetas:

Muchos fuimos a encontrarle (dice) a gran distancia. A mí me sucedió con Obando lo que al Libertador: me impresionó favorablemente a primera vista, y he conservado siempre esa impresión; después que se declaró gratuitamente mi enemigo, decía que hacía esfuerzos por aborrecerme, y que no podía conseguirlo.

Posada lo conoció bastante bien, pues hasta vivió dos meses en su casa de Popayán. Dice que era hombre de pasiones políticas violentas, de ambición de fama y de posición; astuto, cauteloso, fecundo en ardides; cruel en la guerra y profesaba principios acordes con su manera de ser, por ejemplo, que para dominar a los hombres era preciso tener el valor de matarlos y que en política estaba permitido todo lo que condujera a obtener el resultado deseado.

Las noticias que desde hacía mucho tiempo corrían en la capital sobre Obando, ayudaron para que un gran concurso de personas fuera a recibirlo. Aquella primera entrada a la capital le rebeló que podía, haciendo poco esfuerzo, convertirse en el jefe indiscutible del Estado granadino. A donde quiera que iba la gente se le acercaba para saludarlo y apreciar el porte de su imponente figura; Vicente Azuero en su presencia sintió una emoción mucho más intensa que cuando vio entrar al general Pablo Morillo, y decía frecuentemente a sus más íntimos conmlitonos: “Éste es el hombre de quien tenemos más esperanza que haga bien las cosas”.

En una de estas reuniones, Obando se refirió a las carnicerías que despedazaron el gobierno de Mosquera, las ominosas actas de Bogotá, las burlas de Bolívar y de Urdaneta... Nada en absoluto dijo sobre el Crimen de Berruecos, de la anexión por parte de Flores de Pasto y su declaración con la cual informaba que Popayán pasaba a ser parte del territorio ecuatoriano. Es impresionante cómo estos generales, que fundaban la república de la Nueva Granada sobre modernos principios autonómicos, tenían unos y otros un extraordinario parecido; Juan Nepomuceno Moreno, el bastión del grupo “liberal” en los llanos, propuso que se anexara el Casanare a Venezuela, mientras los otros dos, sin que existieran teléfonos ni telégrafos habían hecho exactamente lo mismo con cada territorio bajo sus mandos, declarándolos parte de lo que ya entonces se decía era otra nación: Ecuador.

En los convites y saraos, a las interminables invitaciones de todo tipo donde eran llevados Obando y su par López, las exclamaciones eran las mismas: “progreso”, “unión”, “fin de las odiosas disensiones” y “la imperiosa necesidad de exterminar las facciones bolivianas con medidas implacables”.

Lo que con tanto ahínco había pedido Bolívar era cierto; hacía falta leyes severas que acabaran de una vez la peste tiránica de los enemigos del Estado y de la Constitución, y era evidente ahora que el foco infeccioso de esta peste estaba en los venezolanos, por demás “extranjeros”.

Los “liberales” aconsejaban a Obando que continuara la honrosa campaña de moderación y firmeza iniciada por López.

Proclámese Libertador y ejerza de una vez las funciones de gobierno.

Eso nunca, contestaba Obando; eso corresponde a la Convención. No vayamos a cometer las torpezas de Bolívar ni de Urdaneta.

¡Nosotros estamos por usted para la presidencia!, le exigía el coro de la iracunda juventud del San Bartolomé.

En absoluto. Yo creo que tenemos candidato para gobernarnos. Santander está llamado a ejercer ese cargo porque fue él quien expuso peligrosamente su vida, el que inició esta lucha cuyos beneficios hoy el pueblo está disfrutando. Además, yo necesito purificar mi pasado y, por tanto, no me es decoroso tomar ninguna posición que el gobierno me ofrezca.

En realidad, Obando vino a ejercer oficialmente las funciones de su ministerio el 2 de junio cuando la Corte Marcial dictaminó que sobre él no pesaba ningún cargo.

Si López y Obando habían sido los libertadores de la Nueva Granada, los restauradores de la Constitución, de la paz y de la libertad, los líderes y los jefes militares más importantes del partido de Santander, ¿qué tribunal podía tener la suficiente autonomía para investigarlos? ¿Quién sería capaz de sostener siquiera la menor sospecha contra un hombre, que cuando Caicedo no lo complacía en sus peticiones, sufría fiebres y convulsiones? Él mismo lo confesaba:

Tuve noticia de que habiendo ido éste (Vicente Piñeres) donde el señor Caicedo a quejarse de una medida tan cruel (la de una imposición de expulsión del país contra un pobre hombre), Caicedo le había contestado que no era orden suya, que ésas eran cosas del general Obando que tenía oprimido al gobierno... Así que supe esta miserable debilidad renuncié el ministerio y me retiré del despacho a sufrir una fiebre que me sobrevino. (8)

Obando había llegado a Bogotá el 25 de mayo de 1831 y, como se dijo, el 2 de junio aceptó el Ministerio de Guerra, sin suficiente tiempo para instalar un tribunal que realizase la más mínima investigación, pues, para tal proceso había que trasladarse a Pasto y Popayán para tomar declaración a los testigos, hacer los careos, estudiar los testimonios, cotejar las citas evacuadas, analizar cartas y oficios. En aquellos tiempos un proceso de esta naturaleza, trabajando con ahínco y seriedad podría

tardarse más de un año. De allí, que al no tomarse interés en ir al fondo de la materia, los magistrados optaron por lo más fácil: catalogar el Crimen de Berruecos como “simple delito político”.

A Urdaneta le encasquetaron el título de *Usurpador*, pero a los paramilitares Obando y López que estaban fuertemente señalados de haber sido los ejecutores intelectuales del Crimen de Berruecos, que habían asaltado haciendas, destruido la Universidad de Popayán, tomado el oro del Estado y se habían vendido al invasor peruano para deprimir y destrozarse a su propia patria y que últimamente siguiendo esta política también anexaron Popayán al Ecuador; a estos señores, decimos, la historia no sólo les reservó los mayores honores políticos como *salvadores, restauradores de las libertades*, sino que la patria misma no podía existir sin ellos. Eran quienes habían encontrado la fórmula para vivir como criminales y morir como santos próceres. Fueron los hombres que se habían elevado tan alto en consideraciones, que “depuraron” el ejército que nos independizó de España; despidieron de él a un general como Pey; dispusieron de todos los altos cargos como les vino en gana: sacaron de Hacienda a Mendoza, a Estanislao Vergara de Relaciones Exteriores, a José María Castillo de Exteriores...

De modo, pues, que era un escarnio, un escándalo hablar de *purificación* de su pasado. La palabra purificación se había heredado de la colonia y tenía todavía bastante peso en la memoria retrospectiva de los reformistas. “Depurados” por don Pablo Morillo habían sido casi todos los funcionarios que tenían algún cargo de importancia en Bogotá. Si Caicedo lo había elevado al cargo de ministro de Guerra era porque se le consideraba de antemano un hombre sin tacha, ¿a qué venir ahora a complicar las cosas? Sin duda a José María le gustaba vivir siempre en “la pureza del caos público”.

Ya la Corte Marcial presidida en aquellos días por don Félix Restrepo declaró, de acuerdo a los documentos que había en su despacho —y a los recibidos del gobierno de Urdaneta—, que no existían ni siquiera ligeros indicios acerca de una directa o indirecta participación de Obando o López en el horrendo crimen.

Cumplidos los trámites para entregar el gobierno, Urdaneta dispuso de inmediato viajar a su país. Sentíase fastidiado de lo que debía hacer

para no dar la impresión de ser otro “cobarde” incapaz de arrasar los campos, incendiar pueblos y universidades, y *matar, matar, matar antes de que llegue el juez...* Salió de Bogotá la noche del 28 de mayo. Muchos querían distinguirse, como se sabe, llevando a cabo otra acción justiciera como la que se había hecho, por ejemplo, contra Sucre...

Sería interesante saber si Obando y Urdaneta llegaron a verse y tratarse alguna vez; es muy probable que no, pues Obando, en uno de sus arranques violentos, pidió que se detuviera al Usurpador, pero le fue advertido que todavía no tenía en sus manos el terrible ministerio con el cual podía llevar a cabo acciones depuradoras. Entusiasmado por el atrevimiento de Obando, López olvidándose de las expresiones de fraternidad pidió también que a Urdaneta se le detuviera. Posada dice con su candoroso patriotismo:

Todos los amigos del general López vimos con profundo disgusto que hubiera tomado parte en aquella persecución contra un hombre a quien ofreció, ante Dios y el mundo, olvido de lo pasado; cuya mano había estrechado en señal de reconciliación.

Ese 4 de junio de 1831 se hizo evidente que, en la Nueva Granada, matar a los hombres más ilustres reportaba enormes beneficios; ese día nadie estuvo interesado en recordar que se cumplía un año de haber sido asesinado Sucre. Nadie quiso hacer algún gesto de solidaridad por los inmensos servicios que este patriota había prestado a la libertad de América del Sur. Cómo sería el estado de terror que se vivía en la capital entonces que nadie, absolutamente nadie, hizo un sólo gesto de agradecimiento por el insigne y más grande capitán, después de Bolívar. Se podía comprender que no se celebrara el día de don Simón y ni uno solo de los triunfos obtenidos por el Libertador, porque según los liberales éste se había convertido en *tirano y déspota*, pero ¿por qué este desprecio tan inexplicable hacia Sucre, de luchadores que se consideraban sus deudos políticos y morales?

Sin embargo, ese 4 de junio de 1831 se tomó la disposición oficial —exigida por los paramilitares López, J. M. Obando, Moreno y Antonio Obando al vicepresidente Caicedo— de no emplear en el gobierno a quienes hubiesen prestado algún servicio a Bolívar o a Urdaneta. ¿Por qué entonces no se excluyó a Francisco Soto, a Azuero, a los Arrubla y

Montoya, y hasta el mismo Santander? Cuando José María hizo público su apoyo a esta proposición, algunos infelices, temblando, corrieron a presentar su renuncia a Caicedo. Estaba sobreentendido que Caicedo debía preparar la suya.

Dice José Manuel Restrepo, quien hacía poco había justificado las acciones contra el batallón Callao: “El público sensato, participando de la misma indignación, creyó irrogado al gobierno un insulto muy grave, queriendo arrancarle por fuerza, providencias violentas, que repugnaban a la conciencia del Vicepresidente y a la política conciliatoria de los partidos...” Una facción vengativa, concitada por los hermanos Azuero, por los jefes de la división de Casanare y por otros exaltados, no quería que sus enemigos políticos disfrutaran de las garantías constitucionales. Así, hombres que se habían llamado entusiastas de la libertad, y que decían haber sufrido por ella, eran entonces acérrimos defensores de las Facultades Extraordinarias, de los destierros y de las privaciones de empleos civiles, militares y eclesiásticos, en forma arbitraria y sin procedimiento legal. “Los ciudadanos amantes del orden deploraron que el general López hubiera armado tal pedimento, desviándose del juicio y moderación que antes había manifestado”.

Pero Caicedo estaba asustado y accedió ante la exigencia de los radicales: en el término de tres días deberían salir del país quienes se hubieran visto obligados a pedir pasaportes. Aquel terrible documento, el cual Caicedo estuvo obligado a refrendar, decía que quien no cumpliera tal disposición en los términos expresados sería perseguido y juzgado como conspirador y perturbador de la tranquilidad pública por sus hechos anteriores.

En las difíciles circunstancias en que se vivía, era como dictar ley de fuga para estos desgraciados. “Los infelices tuvieron que irse como pudieron, varios de ellos a pie, con sus maletas al hombro pidiendo limosna”.

José María Obando inspiraba la pluma decretorial de Caicedo; el vicepresidente firmó, obligado por la presencia del hombre de los mostachos lacios, un documento con el cual se ordenaba la restitución plena de los derechos y honores “a todos los ciudadanos que han sido condenados a presidios, a la confinación en alguna isla o provincia, o expulsados

de la República o en castigo de sus opiniones o de sus esfuerzos por la libertad”.

Claro, se llamaban entonces esfuerzos por la libertad a las acciones emprendidas el 25 de septiembre de 1828. Para comprobar cómo la eliminación de Bolívar y el asesinato de Sucre representaban “bienes tangibles” en la liberación recientemente lograda, los hombres que detenían cargos tan importantes en el Ministerio de Guerra y la Comandancia del ejército, seguidos de gran acompañamiento, salieron a celebrar aquel día de otros cuchillos largos: el 25 de septiembre. Obando y López presidieron una serie de festejos, funciones de teatros, organizados en la pequeña población de Zipaquirá. José Manuel Restrepo afligido por estos actos tan innobles dijo: “no se dejó pasar sin fuertes censuras el que un gobierno como el de Caicedo llamara oficialmente esfuerzos en favor de la libertad, acciones tan inmorales como reprobadas por la civilización”.

Tanto José M. Restrepo como Posada se quejaban indignados de las concesiones tan absurdas que hiciera Caicedo; pero en verdad el Vicepresidente no gobernaba. El 2 de julio, Obando, otra vez, fuertemente apoyado por su secretario Vicente Azuero, exigió al Poder Ejecutivo que se declarase nulo el Convenio de Apulo. Es decir, que se dejara puerta franca a la barbarie, se glorificara el puñal de los Brutos y la cicuta de los jacobinos ignorantes; que la intolerancia señoreara sobre los enfebrecidos cerebros de unos cuantos criminales; que se declarara de una vez hostilidad y persecución desmedidas contra los que eran catalogados enemigos de Santander; que se diera licencia absoluta a unos y que se borrara del ejército a jefes y oficiales, cuyos ascensos habían sido asegurados por el Convenio de Apulo. Era tal la efervescencia reaccionara que ese mismo día Francisco Soto envió una carta a Santander donde le hablaba de cosas como estas: “¡Al fin somos libres!, Caicedo (sigue) imbécil. ¡Obando ha estado divino!” A Soto le daba escalofríos escribir completo el nombre de Bolívar y entonces para referirse a él, sólo estampaba una B. Aseguraba el secretario perpetuo de Santander que podía tenerse absoluta confianza, pues, Obando aseguraba con manos recias el Ministerio de Guerra y Marina.

Las disposiciones de Obando comenzaron a cumplirse y estalló la cacería. Don José María, en pleno Consejo de Estado, amenazó a los

ministros —no había por qué amenazarlos, pues, todos estaban de acuerdo con él— que en el ramo del gobierno él era el ministro y que opinaba que el Convenio de Apulo era nulo.

Caicedo callaba avergonzado como un escolar que ha sido reprendido. Las consecuencias de esta decisión comenzaron a dar sus frutos: el primero en caer fue el coronel Carlos Castelli para quien se pidió inmediatamente la pena de muerte. El general Antonio Obando lo mandó a poner en capilla.

Corrían verdaderos vientos de locura: José María, veíase apoyado por las columnas más poderosas de la nación. No era como antes cuando le aterraba la duda y procuraba entender los signos de su tiempo y de su sangre; cuando desesperado, aullando su desolación, sintiéndose sin la protección del Libertador, ahogado en el más hondo desconsuelo, el alma devorada y el infierno en su cerebro, rogando al Cielo entendimiento y cordura; devorándose en ese suicidarse en los demás... Le parecía que tenía, como nunca antes, perfectamente enfocado el punto preciso de su alma, el destino tantas veces soñado. La imagen de su destino era la sombra que encajaba perfectamente en los fundamentos del nuevo orden granadino y al cual se debía.

Castelli había sido gran amigo del Libertador, razón más que suficiente para que se considerara un “excelente delincuente”, *hediondo a patíbulo*; pero además, y ésta había sido la razón principal para que se le detuviera, había publicado un artículo en un periódico en el que acusaba a López y Obando de ser los asesinos de Sucre. Es decir, se quería hacer con Castelli lo que se había hecho en Cali con Quintero. Por fortuna, Posada tomó como suyo el caso de Castelli e hizo una defensa tan apasionada que pudo salvarlo del patíbulo. Y para que se sopesa una vez más las mentiras que forjaron en sus *Memorias*, tanto Obando como López, colocamos estas líneas del primero: “...yo mismo di todos los pasos para promover la conmutación de la pena... y es muy glorioso decir hoy que él fue absuelto por mis ruegos...” (9), como quien dice “porque entonces los únicos que podían conmutarle la pena éramos Obando y yo”.

Fue hecho prisionero Castelli en la región de Antioquia donde fungía como jefe fundamental del partido “liberal”, Salvador Córdova, hermano del malogrado José María. Salvador era un pobre joven, turbulento como

su hermano, pero sin el valor ni la astucia de aquél. Más o menos de la extirpe de los Páez, Obando o López, que se achicaban frente a los fuertes y se hacían terribles y sanguinarios con los enemigos que estaban a merced de sus espadas. Obando iba camino de Bogotá cuando supo de la detención de Castelli: conociendo a Salvador como la palma de su mano, le pidió que lo fusilara; más tarde le escribirá:

Yo habría hecho lo mismo (fusilarlos) con todos los que hice prisioneros en Palmira; pero la prisión de Ud. fueron mis grillos y mi freno; sin embargo, a todos los tengo aquí, y los llevo a fusilar en la marcha para Bogotá. (10)

El escritor granadino Rafael Sañudo, furibundo enemigo de las ideas del Libertador, se espanta de la capacidad sanguinaria y cruel de José María; sin embargo, elogia la conducta de López, quien como sabemos le pedía al mismo Salvador: “No hagas prisioneros: mátalos, mátalos en el campo sin consideración a nadie, antes que intervenga el juez”.

Los que se atrevían a pensar sobre estas macabras decisiones sostenían que, en un gobierno mejor establecido, Obando hubiera sido removido de inmediato. Pero, tal como Restrepo afirmara, Caicedo no podía hacerlo, pues Obando, por su influjo sobre los “liberales”, por su actividad en el despacho, por el vigor de su carácter, por sus claros aunque incultos talentos, daba fuerza a la administración y garantías de orden, especialmente, en el ejército.

Mientras las medidas se iban cumpliendo con rigor, ya para el 20 de julio se tenían bastante adelantados los resultados de las elecciones para la nueva convención. Por supuesto que casi todos los diputados elegidos eran “liberales”. Esto al tiempo que la máquina de las proscripciones, de las venganzas y de los abusos contra el partido boliviano en desgracia trituraba a toda velocidad.

El terror del gobierno se combinaba con fiestas patrióticas, durante las cuales se tomaba aguardiente hasta la locura; y aparecían puñales y garrotes y se destrozaban ventanas de los tranquilos parroquianos; estas turbas enfebrecidas celebraban las felicitaciones que desde el Ecuador enviaba Juan José Flores a un eminente jefe ecuatoriano “que se hallaba desempeñando tan bien el alto puesto de ministro de Guerra de una nación extraña”. “Véngase, corra, vuele... vuelva a su patria —clamaban

aquellas misivas, las cuales se leían en plazas y saraos—, venga, se le ansía, se le espera”. (11)

Las calles se hacían intransitables por el bullir de las bandas, que con música y cohetes, al son de vivas a la nueva República, mostraban una apasionada agresividad —porque el símbolo de la libertad, no sabían por qué, se les asemejaba a un puñal empapado en sangre. Ser pacífico era anticuado. La mayoría de estos feroces individuos eran soldados llegados de los más recónditos lugares y que no tenían destino alguno. Aquellas jornadas, las “bacanales civilistas del terror”, se adelantaban o prolongaban a destiempo, en pleno 25 de septiembre. En verdad, aunque no hubiese pasado mucho tiempo después de que se lograra la Independencia, la patria se llenaba de efemérides. Se estaba descubriendo que éramos más valientes para celebrar carnavales que para matarnos en los montes o darnos de trompadas en los motines, mítines o templetes estatutarios.

Los tiempos estaban cambiando y el alcohol lo mataba todo. Por esta vía tal vez asimilamos más las virtudes de la civilización que a través de los mil catálogos y códigos que llevaba Santander en su cabeza.

Obando se regocijaba de lo lindo como actor y espectador de estas francachelas. A López lo desquiciaban las celebraciones, sobre todo, cuando había toros coleados. Si por él fuera, hubiera organizado un almanaque con 365 días de celebraciones patrias, con hasta tres y cuatro fiestas nacionales por hora para incluir las jornadas civilistas de Francia, Estados Unidos, Alemania e Inglaterra.

Para esta época, Obando había borrado de las listas militares a 17 generales, 49 coroneles, 52 tenientes coroneles, 158 sargentos mayores...

Pese a lo estricto de sus medidas purificadoras, principalmente con los militares venezolanos, perdonó al teniente coronel Apolinar Morillo. No sólo se salvó de ser expulsado, sino que pidió para él la gratificación de un cargo de confianza nombrándolo Jefe del Escuadrón Sagrado.

Entre los “extranjeros” borrados se cuentan el general Luis Perú de Lacroix y O’Leary, ambos casados con colombianas.

A finales de octubre pudo reunirse finalmente la convención para la cual fue elegido presidente el doctor José Ignacio Márquez y vicepresidente Francisco Soto.

En medio de aquellos ajetreos y compromisos, Obando sacando tiempo de donde no lo tenía escribió una carta a Santander donde le aseguraba que ya el Vesubio se había apagado para siempre, y agregaba:

No me cansaré de escribir a usted llamándole amigablemente y hoy le va una orden oficial. ¿Qué hace usted allá, mi general? Véngase por Dios, que usted falta para todo. Yo no lo llamo para que reciba perfume de ingratos, sino para que ayude a arreglarlo todo. Cuente con los deseos de todos, todos, todos, buenos y malos. Hoy es el día de acreditar a ese mundo viejo que Bolívar, lejos de ser el hombre necesario, es el único elemento de sangre. Hoy es el día de la redención de la patria y hoy es el día de Usted, no se canse de caminar día y noche, usted es el hombre más querido para mí. (12)

El Hombre de las Leyes se conmueve; como tiene en muy alto su sentido de la confesión amistosa escribe a sus amigos: “cuiden a Obando, es una Alhaja de valor inapreciable para todos”.

El 20 de octubre, la convención rehabilitó en sus grados y honores a Santander, al general Padilla y a los demás mártires que habían sido inmolados en las luchas contra el “Tirano”. Soto y Azuero concordaban en sus correspondencias a Santander en que ciertamente Obando era el hombre del momento, y que sin él no existían las bases para hacer posible la realidad política de la república granadina.

Francisco Soto, padre ideológico y álter ego de Santander y quien era —está dicho y redicho— siempre escogido para representar la presidencia vitalicia de cuantas convenciones se montasen; cuando a él le encasquetaban lo de vitalicio, en absoluto se le veía algo de malo — ¡cómo les gustaban los cargos públicos, a estos liberales!—; pues, acabó por ser presidente de la convención el año de 1832, el 21 de marzo. Fue Soto quien emitió el famoso decreto donde de modo oficial se cerraba toda clase de acusación contra cualquier individuo, por lo del Crimen de Berruecos. Decía uno de los artículos de aquella pulcra y ejemplarizante decisión:

LA CONVENCIÓN DEL ESTADO DE LA NUEVA GRANADA

Deseando señalar la época de la terminación de sus funciones por un rasgo de generosidad y de beneficencia, proporcionando a aquellos granadinos que se extraviaron en las funestas disensiones civiles que afligieron el país, un medio honroso de que se reconcilien con su patria, y de que con su futura conducta acrediten ser buenos ciudadanos.

DECRETA:

Art. 1o. Luego que el poder ejecutivo contemple que no hay peligro fundado de que se trastorne el orden público podrá expedir salvoconductos para que los granadinos de nacimiento confinados de un lugar a otro vuelvan a sus dominios, para que los granadinos de nacimiento que han sido desterrados fuera del territorio de Estado puedan volver a él, bien sea a sus domicilios, o bien a otro punto a juicio del poder ejecutivo.

Art. 2o Ningún granadino podrá ser reconvenido en lo sucesivo ante ninguna autoridad ni tribunal en razón de su conducta política anterior al restablecimiento del gobierno legítimo en mayo de 1831, sobre el cual se establece un Absoluto Olvido Legal...

Dado en Bogotá, a 18 de marzo de 1832.- 22 de la independencia.

El presidente de la Convención, Francisco Soto.- El secretario, Florentino González. (13)

Ya para el 21 de noviembre, se hizo insoportable para Caicedo seguir en su cargo, y dijo tajantemente: “Yo renuncio”. No hubo necesidad de aceptársele la renuncia, pues, sobreentendido estaba la completa nulidad de sus actos; lo que se hacía insoportable era su presencia, por su “imbecilidad”, “debilidad” y “cobardía”.

El 22, se realizaron las elecciones para llenar esta vacante y los votos se dividieron entre José María Obando y José Ignacio Márquez. La competencia fue reñida y después de diecisiete votaciones seguidas resultó vencedor Obando. Al conocer el triunfo, Obando en su estilo de truque y retruque, se niega a aceptar el cargo. Se hace rogar; luego acepta por los ruegos que le hace un grupo de eminentes ciudadanos: “Haga ese

sacrificio por la patria, general”. Venciendo la repugnancia que le inspira tan exigente cargo, termina cediendo sólo para dar equilibrio y coherencia moral a las instituciones. En esos días escribió Obando a Tomás Cipriano de Mosquera: “Por renuncia del Sr. Caicedo estoy encargado del ejecutivo, mientras nombran los magistrados constitucionales, ¿qué te parece? Por mi parte te aseguro que estoy en un patíbulo, y bien patíbulo”. (14)

Hubo cierto desencanto entre los silenciosos patriotas que como J. M. Restrepo carecían de batallones para sostener una opinión en el curso de los fluctuantes acontecimientos: ¿para eso se luchó tanto, para que otro militar fuese el dueño del Poder Ejecutivo?, se preguntaron hasta la saciedad los mismos “liberales”.

Restrepo recuerda que todavía Obando no se había justificado en lo referente al asesinato de Sucre y, por tanto, era degradante para los granadinos verlo como vicepresidente de la República.

Pacificada la nación, Obando en la Vicepresidencia, todos los pensamientos se dirigieron hacia el eminente expatriado Francisco de Paula Santander. Las imploraciones de Obando para que esta eminencia regresara de una vez a encargarse de lo suyo, se hacían cada vez más intensas; le pide que cuando emprenda el viaje que por favor lo haga por Venezuela, donde hay hombres que ayudaron a consolidar las gestas granadinas. Le dice: “Páez es todo un hombre; tiene una grande alma, es el hombre fuerte de la libertad... Puede que yo tenga incluso el gusto de conocer a esos señores venezolanos nuestros amigos idénticos”.

Se despepita Obando en confesiones convulsas. Le escribe a Santander en un lenguaje estrafalario cosas como éstas:

...la reputación que tengo la debo a mi razón siempre regida por mi cabeza, y no la vendo por nada del mundo...

...mi patriotismo acrisolado no se vende por una migaja...

...muchos no ceden humildemente a las bravatas...

...me quieren poner un cabestro en el pescuezo...

...Pero mejor se lo vomitaré personalmente cuando lo vea...

...Ya no chillo, no digo nada porque la cosa contra los bolivios está buenísima; cuando los haga polvo, he ese día de emborracharme y pegarme una buena cacharrera que dure nueve días...

...Y, en fin, ya no veo fatigas de antiguas sanguijuelas para volverse a pegar de las ancas de estas provincias...

...Acá se le pegarán las ladillas y niguas plebeyas... y dígame, ¿qué tengo que hacer para trabajar hasta con la pepita del alma?...(15)

Probablemente estas frases hacían desternillar de la risa a Santander.

De modo, pues, que no sorprende a nadie el que el Hombre de las Leyes jamás haya expresado el menor dolor o expresión de perturbación ante la muerte de Sucre, como tampoco la expresó jamás Páez, su idéntico.

Santander carecía por completo de los llamados *escrúpulos de sensibilidad moral*, como mentaban algunos cachacos bogotanos a los cargos de la conciencia. Así debían tener los nervios quienes gobernarán al lado de individuos terribles y sanguinarios como Obando y López.

Impresionaba hondamente al Hombre de las Leyes la situación económica de los Estados Unidos. Allí se encontraba, luego de un largo periplo por Europa. Admitía que éste era un pueblo rudo, sin maneras y grosero, pero la gente tenía qué comer; se veía alegre, interesado en el trabajo, cumpliendo cada cual sus deberes para consigo mismo, para con el Estado y con el Creador de una manera sencilla, laboriosa y natural. Era cierto que en ningún pueblo de Ohio o Kentucky llegó a ver óperas como en Italia, ni saraos tan magníficos como en Francia, ni carruajes lujosos; pero en cambio contempló escuelas, alegría por doquier, sociedades de beneficencia, caminos de hierro, canales y leyes impasibles. Todo esto lo iba sopesando Santander porque quería encontrar el camino más corto para hacer de su país un paraíso materialista, práctico y sensual.

El 10 de noviembre de 1831, está llegando Santander a Nueva York. El 17 asiste a un baile en casa del célebre Juan Bautista Say, amigo de Hamilton. El 9 de diciembre por la mañana visita un High School donde se empapa del sistema lancasteriano y por la tarde de ese mismo día conoce una inmensa fábrica de gas que lo deja anonadado. La última semana de diciembre la pasa triste y avergonzado: El progreso de Estados Unidos lo avergüenza porque Colombia, por culpa del hombre de las malditas correrías, vivía imbuido en un filantropismo aberrante: Eso de querer darle la libertad a los esclavos, eso de buscar un humanismo delirante cuando no había todavía progreso ni industria... Un país como Estados Unidos es fuerte y organizado porque le da prioridad al trabajo y a la función de los bancos: hacen falta hombres preparados para el comercio; el comercio es la razón de la civilización moderna. *Pero gracias a Dios que el vil canalla de las desastrosas correrías ha muerto y vamos a demostrarle al mundo que nosotros sabemos gobernarnos...*

Enero se le fue íntegro en asistir a saraos. Febrero fue lo mismo —o algo peor—: agasajos a granel; brindis por la patria redimida y restaurada; discursos, honores...

El 29 de febrero de 1832 fue sancionada la Constitución de la Nueva Granada y fue motivo para hablar de otra patria, que ya no tendría nada que ver con Bolívar. Algunos sostienen hoy, con gran orgullo, que Bolívar libertó seis repúblicas. No fue su intención sino libertar una sola que debió llamarse Colombia y que llegara desde Venezuela hasta la Argentina. Lástima que se desintegrara en tantos pedazos, gobernados casi siempre por pendejos.

El primer presidente de la Nueva Granada se llamó José María Obando quien muy ufano confesaba años después: “Fui dueño absoluto del país por cuatro días”. ¿Por cuatro días solamente? Créiase de nuevo poseído de un ardor heroico quizás equiparable al que sintió cuando, todavía siendo realista, Bolívar le dio el abrazo en Cali. Poderoso y justo, firme y sereno, que se arrepentía de no haber hecho fusilar a unos cuantos, sobre todo al general Pedro Murgueitio quien lo había llamado “el monstruo del Cauca”. No podía perdonarle a su amigo del alma, a Salvador Córdova, ¡qué dolor!, el que no hubiera matado a Murgueitio. Ya tenía en sus manos toda la información que había pedido a Popayán y a Cali sobre quién era el director de las afrentas que sobre él se lanzaban

cuando estaba en camino de restituir el orden constitucional. Desde un principio barruntó que el director de estas infamias era Murgueitio y cuando se lo comunicó a Salvador Córdova, diciéndole que era necesario fusilarlo, este camarada le falló. Con su puño y letra, al lado de los papeles que mostraban a Murgueitio como el artífice de las calumnias que contra él se lanzaban, escribió a Salvador: “Ese anónimo es del bribón de Murgueitio, a quien siento no haber fusilado; tú tienes la culpa”. (16)

Estos eran los pensamientos de un Vicepresidente de la República a quien se idolatraba por haber restituido un verdadero estado de derecho.

Luego de la ceremonia de refrendación de la Carta Magna se procedió a la elección de los altos mandatarios de la nueva nación. Otra vez José María entraba entre los postulados. Uno de los más ardientes defensores de su candidatura para la vicepresidencia —pues había un acuerdo tácito de la gran mayoría de que la presidencia debía centrarse en la figura de Santander— era Antonio Arrubla. Lo que entusiasmaba profundamente a Arrubla, quien desde que Obando había llegado a la capital no salía del deslumbramiento que le causaba su persona, era ese “fondo de malicia y sagacidad por lo cual no es fácil de engañar”.

El 9 de marzo, en el primer escrutinio, quedó electo Presidente de la República el general Santander; lo conseguía por 49 votos, frente a 6 que obtuvo Joaquín Mosquera su más cercano contendor. Después de quince escrutinios, quedó electo para la vicepresidencia José Ignacio Márquez, con 42 votos frente a 20 a favor del Supremo del Cauca.

Santander, aunque amaba la heroicidad de Obando, su valor y sus talentos políticos, no podía compartir con él un gobierno. No era todavía conveniente, y sobre esto fueron Soto y Azuero quienes llegaron con el supremo del Cauca a un acuerdo. Después de Santander, seguiría Azuero y más tarde le tocaría el turno a Obando. Había suficientes prohombres para estabilizar a la Nueva Granada por lo menos durante los veinte años venideros.

Don José María Obando, como sabemos, tenía grandes deseos de escribir. En su estancia en Bogotá tomó lecciones de gramática y redacción bajo la dirección de Francisco Soto, Florentino González y Vicente Azuero y algunos jovenzuelos liberales, diestros y feroces en eso de hacer

sacar sangre a sus escritos. Tenía la obsesión, Obando, de reescribir la historia de su país y pasó largas horas conversando al respecto con Soto, el hombre más eminente del partido liberal.

Una de aquellas notas que se llevó de Bogotá, recogidas en medio de las ardientes e inacabables discusiones que reventaban en cada esquina era: “Desengáñese amigo, desde Rómulo hasta nuestros días todos los gobiernos se han consolidado por el puñal y la cicuta”. Le pareció digna de haberla dicho su amigo Juan José Flores, y en un párrafo del diario que comenzaba a llevar la estampó como digna de haber sido dicha por este general.

Grandes eran los cambios sufridos por Obando en la capital, principalmente en lo referente a la indumentaria. Allí pudo desprenderse de los viejos trajes y enriqueció sus conocimientos sobre uniformes militares. Desde entonces comenzó a usar esclavina de paño azul con bordados y alamares de oro, corbatín de cuero inglés, botas muy altas y espolines, calzón gris y sombrero de copa. Al lado de esta vestimenta sabía poner dignidad a su porte: una sonrisa irónica indefinida y un cierto tinte de marcial preocupación. Porque entonces se tomaban clases de urbanidad para estas poses medio melancólicas.

En Bogotá Obando supo endulzar bastante sus cerreros modales; aprendió a caminar con rectitud y altivez; su conversación se hizo un tanto llana y agradable; aprendió a escuchar las críticas de sus amigos, y a responder éstas de modo pausado, sosegado. “Lo importante de una discusión es la síntesis”, le aconsejaba Soto. “No desprecie la síntesis, general, y mucho cuidado con la precisión y la meticulosidad con los conceptos”.

NOTAS

1. *Apuntamientos para la historia.*
2. *Apuntamientos para la historia.*
3. *Apuntamientos para la historia*, p. 195.
4. General Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, p. 217.
5. Roberto Cortázar, Carta de Vicente Azuero a Francisco de Paula Santander del 14 de junio de 1831. En *Correspondencia dirigida al General Santander*.
6. Citado en la obra de Abelardo Forero Benavides (1979) *Las cartas infidentes*, 1830. Instituto Colombiano de Cultura, Historia Viva, Bogotá, p. 158.
7. Ut supra, pp. 329 y 330.
8. *Apuntamientos para la historia*, p. 210, 211.
9. Ut supra, p. 214.
10. Escuela Salesiana (1924) *El crimen de Berruecos. Asesinato de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Tomo I, La Trama Infernal. Roma, Tomo II, p. 54.
11. *Apuntamientos para la historia*, p. 216.
12. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al general Santander*.
13. Citado en Tomás Cipriano de Mosquera (1954) *Examen crítico*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, Imprenta Nacional, p. 200.
14. Citado en Abelardo Forero Benavides (1979) *Las cartas infidentes*, 1830, p. 159.
15. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al general Santander*.
16. G. Camargo P. (1955) Carta del 7 de diciembre de 1831. En *Archivos y otros documentos del coronel Salvador Córdova*. Biblioteca de Historia Nacional, Volumen XC, Bogotá, p. 345.

INSPIRACIÓN EN ANDREW JACKSON

Todos los hombres nacen reyes y mueren en el destierro.
Oscar Wilde

El 12 de marzo, Santander se dirige a Filadelfia, “el viaje todo cuesta 6 pesos por persona —anota en su diario—, fuera de almuerzo y comida”.

En Filadelfia, se asombra ante el imponente Banco de los Estados Unidos, un edificio de mármol cuya fachada ha sido definida a imitación del Partenón; observa con atención que el Banco de Gerard es de orden compuesto, que la nueva Casa de la Moneda también es de mármol, pero de orden jónico.

Quiso ver cómo acuñaban monedas. Él tenía una impresionante colección de thalers, florines, bons groschen, marcos de courant, pesos, chelines, kreuzers, federicos, escudos, silver groschen, ducados, francos, reales, napoleones... Lástima que aquel día en la Casa de la Moneda no estuvieran funcionando las máquinas para la fundición. Observó en un registro que allí hacía poco se habían amonedado 2.306 millones de pesos, un tercio en oro y los demás en plata.

Decidió recorrer las calles de Filadelfia y, luego de caminar unas tres horas, llegó a la conclusión que esta ciudad contaba con 12 bancos.

Suspiraba, bajaba la mirada; se le nublaban los ojos.

Se dirigió a una biblioteca donde estuvo revisando un grueso volumen de sus *Memorias* presentadas al Congreso de Colombia en 1823 por los Secretarios de Estado. Describe entonces su reacción: “No pude menos que enternecerme de ver este monumento del tiempo de mi administración en los días gloriosos de Colombia”.

El 26 de marzo, Santander llegó a Washington: “El viaje de Nueva York a Filadelfia cuesta 6 pesos. De aquí a Baltimore 4 y a Washington 3, que hacen todo 13 pesos fuera de subsistencia”.

El 27, fue presentado a Daniel Webster, extraordinario pensador cuyas palabras sobre la unión americana serán eternamente uno de los mayores poemas de la humanidad. Estas palabras escuchadas por Santander debieron herirle en lo más hondo, porque parecieran inspiradas en el sentimiento de unidad que para Colombia propugnaba el Padre de la Patria, Simón Bolívar. Dijo Webster:

Quando mis ojos contemplan por última vez el sol en el cielo, que no lo vea yo brillar sobre los fragmentos rotos y destrozados de una Unión antaño gloriosa; sobre Estados separados, discordantes, beligerantes; sobre una tierra desgarrada por las disputas civiles o quizás anegada de sangre fraterna. Que su débil y persistente mirada contemple, en cambio, la magnífica enseña de la República, hoy conocida y honrada en toda la tierra, aún plenamente desplegada, sus armas y trofeos brillando con su lustre original, sin ninguna franja borrada o manchada, sin una sola estrella oscurecida, llevando como lema, no una miserable pregunta como ¿de qué vale todo esto? ni esas palabras engañosas y absurdas: la libertad primero y la Unión después, sino, y en todas partes, estampadas en vivos caracteres, resplandecientes en todos sus amplios pliegues, al ondear sobre el mar y sobre la tierra, y a todos los vientos bajo la totalidad de los cielos, la expresión de este otro pensamiento, caro a todo verdadero corazón americano: ¡libertad y unión, ahora y siempre, unidas e inseparables!

Webster presentó al Hombre de las Leyes a Henry Clay, al vicepresidente Calhoun y a otros eminentes políticos. Se habló de los sucesos de Colombia. Al preguntar Clay, la causa principal de los desastres actuales de su tierra, Santander respondió: “La suma ignorancia del pueblo y la desmedida ambición del jefe que ha dirigido la Guerra de la Independencia”.

El día 29 de marzo, fue cuando al fin Santander pudo conocer al presidente Andrew Jackson, al norteamericano que más admiraba. El rudo hombre de Tennessee, violento, conocido como el Viejo Nogal —para indicar que era fuerte y rugoso como este árbol—, había mostrado una conducta “política” que desde 1818 atraía la atención de Santander. En todo le parecía ver al mismísimo mandamás del Cauca. Hasta entonces el Hombre de las Leyes no había tenido el placer de conocer personalmente a Obando.

Un lector cuidadoso podrá darse cuenta de que Santander admiraba en el fondo a Pablo Morillo, por su implacable campaña “pacificadora”. Aplaudió el fusilamiento de Piar y en una oportunidad sostuvo que muchos republicanos estaban pidiendo a grito un paredón. Ahora ciertos granadinos pretenden pintarlo como un ser angelical, hasta el extremo de decir que no llegó a participar en la Campaña Admirable del año 13 por su aversión a la Guerra a Muerte; ¡él, quien precisamente usó este Decreto para justificar la matanza de Barreiro y sus 38 oficiales!

Un Viejo de Nogal era, para Santander, lo que necesitaba Colombia. Por ello, mirando sus ojos y sus modales, no podía sino pensar en José María Obando.

Cinco, diez años con Obando en el poder, pacificamos para siempre al país. Una mano muy dura limpiando el ejército y con una política de puerta franca al progreso, internando la civilización en la selva, en las tierras de Pasto. Para esta obra se requiere un carácter sin contemplaciones, una fuerza sin el escrúpulo ni la cortapisa moral de la religión; el sentido maravilloso y admirable del trabajo, la sublime aplicación del utilitarismo a la realidad social, el materialismo, ¡hay que ser prácticos, reales, con los pies sobre la tierra!

Otro detalle que le llamó su atención era que Jackson pertenecía también a una logia masónica. Los hombres para Jackson eran meros muñecos o pequeñas máquinas que había que colocarlos donde pudieran producir según sus signos y condiciones, y le dijo a Santander:

Un hombre que no produce algo positivo es una lacra, un estorbo. Lo peor para la sociedad lo constituyen esos políticos que viven como los asaltantes de camino. Si no se pone mano dura con esta gente, no habrá progreso para su pueblo. Yo he tenido que matar, hacerme respetar con las armas, no con las palabras. Las leyes no sirven para gobernar, distinguido amigo. Desde los tiempos de 1818, dejé de lado la estupidez de las leyes; pero si usted no cuenta con hombres incondicionales no podrá llegar muy lejos; hombres que lo entiendan, lo respeten y que a la vez sean muy preparados; que sepan el sentido sutil y profundo de sus actos, aunque a los ojos de los Catones puedan resultar exabruptos; cuando mandé al otro mundo a dos súbditos británicos: Alexander Arbuhnot y Robert C. Ambruster, no hubo una sola queja, porque yo contaba con hombres decididos, severos y con

un gran sentido de lo que debía hacerse en el presente. Nosotros no vivimos pensando en el futuro. He tenido que ahorcar y fusilar, distinguido amigo, porque hay un mundo por nacer, y este mundo cuesta mucha sangre, mucho dolor y sacrificios. Un mundo no se hace con cálculos solamente, se hace con la presencia, con la decisión a tiempo y con una fuerte capacidad para arrostrar los riesgos más inusitados. Por eso usted me ve aquí. Por eso he ido a donde no existía la presencia del hombre, y donde no podía acatarse ley de ninguna especie para decir: “Yo soy la ley, la ley es lo que pienso en este momento, y los ciudadanos están obligados a obedecerme”. No ando en plan de pedirle permiso a nadie para cumplir con mis deberes. Aquí está todo por hacerse.

Santander que le puso tantas trabas al Libertador para que incurriera en el territorio brasileño, para que pudiera ayudar en la organización política de Chile y Argentina, y que solapadamente y con tantos aviesos intereses minó de trabazones legales el camino hacia el Perú, ahora se quedaba de una pieza, admirado de la sencillez, del don de serenidad y de callada voluntad de este temible expansionista.

¿Cuántos recuerdos del pasado le traían la figura de este hombre quien fue el recuerdo máspreciado mientras yacía aherrojado en el Castillo de Bocachica, en Cartagena? Párrafos de su memorable misiva cruzaron por su mente:

Un hijo del hemisferio colombiano agobiado de padecimientos tiene el honor de dirigir su voz al ilustre americano, cuyas eminentes virtudes y señalados servicios a su país han elevado a la primera magistratura. Mi ardiente amor a la libertad americana, mi fiel adhesión a las leyes fundamentales de mi patria, mi leal sumisión a los deberes que ella me impuso al encargarme de la Vicepresidencia del Estado, me han acarreado persecuciones, las penas, y la dura prisión que sufro en estas fortalezas... (1)

Andrew Jackson era conocido también por sus intensos odios los cuales no olvidaba y le atormentaban. No perdonaba a quien de algún modo le hubiere perjudicado u ofendido. Era vengativo, y Santander consideraba que pese a lo repulsivo que resultaba para la sociedad esta clase de hombres, eran los únicos que en circunstancias difíciles podían sacar de las desgracias a una nación.

Jackson le hizo otras atenciones. Notó Santander que las maneras del presidente eran francas y sin etiqueta como probablemente eran las maneras de Obando. Colombia, después de todo, pensaba, era una nación artificial nacida del capricho de un hombre extraordinariamente ambicioso. Era una tierra sin formación social ni histórica que se hizo Nación por las circunstancias traumáticas de una guerra atroz; por esta vía logró una independencia vaga y sin sustento civilista alguno; por lo que ahora, todo ese pasado está bajo una revisión, donde el que se llamaba Libertador no aparece a la luz del ideario reformista moderno sino como un ser despótico de corazón; y quien tuvo la fuerza suficiente para despejar este velo de falsedad ha sido José María Obando. ¡Qué idénticos, Jackson y José María!

A medida que Santander conversaba con el Viejo Nogal, iba cayendo en la cuenta de otras coincidencias con Obando: ambos tenían confianza en el hombre común y abrigaban enormes sospechas hacia los personajes cultos. El Jackson gringo, como el de su tierra, estaban propiciando la figuración de políticos de orígenes humildes, sin educación ni refinamiento alguno. Obando podía ufanarse de haber elevado a la condición de políticos claves en las cuestiones nacionales, por ejemplo, a individuos de la calidad de José Gregorio Sarria, José Erazo, Juan Andrés Noguera, todos comprometidos en el crimen de Berruecos.

El martes 3 de abril, Santander volvió a visitarlo, y ese día observó que el presidente era muy parco en el beber y en el comer; que su plato preferido era arroz con leche y azúcar, en lo cual con pequeñas diferencias también se parecía a Obando, pues éste comía mucho plátano maduro con leche.

Se enteraba Santander, cosa que le satisfacía y le aplacaba sus remordimientos, que Jackson era un hombre bastante sectario; no quería en el gobierno a nadie que hubiere servido a su predecesor. Admitía en su entorno únicamente hombres de su entera confianza. Observaba cómo Jackson había recompensado a la gente de su bando, imponiendo la famosa regla de que los despojos debían pertenecer al vencedor, ¡idéntico a Obando! El modo de considerar los cargos públicos como un botín, no como una responsabilidad, fue el sistema que Jackson impuso, con moderación —es necesario reconocerlo— en los Estados Unidos.

Este sistema asoló, medio siglo después, la política norteamericana, degradando la calidad de los detentadores de cargos y la eficiencia de la labor del gobierno.

Santander, sólo pensaba en la filosofía de Bentham, como buena receta para seguir en los procedimientos administrativos de una nación, y en este sentido Jackson le parecía sencillamente admirable.

No dejó de tomar en cuenta también que Jackson favorecía ardientemente la política esclavista en su país porque él mismo era un próspero propietario de centenares de almas.

Conoció Santander generalidades de la situación financiera de Estados Unidos, que en la administración de Jackson sostenía la oposición a excepción de su ministro de Estado, Martin Van Buren, el resto era una manada de funcionarios mediocres, lo que le permitía al presidente y a su gabinete —de gente tosca y sin educación— ejercer un total dominio del gobierno.

Lo que sí no dejó de percibir el famoso desterrado eran las diferencias tajantes de Obando con Jackson en lo atinente a la unidad del amplio territorio independizado de los colonizadores de Europa. Andrew era inflexible y decidido partidario de que la unión de su país se mantuviera a toda costa; Jackson era un hombre que carecía de pruritos de nobleza o de alcurnia y José María en cambio se encandilaba por estas luces. Observaba Santander que a pesar de sus referencias sobre el carácter ambicioso y déspota del Libertador, en aquel grupo de meritorios estadounidenses que rodeaban a Jackson, seguía existiendo un profundo respeto por el héroe recién desaparecido. Sobre todo no acaban de salir de la impresión poderosa que les causaba una figura que había podido, en circunstancias horribles, independizar un territorio tan extenso y lograr durante corto tiempo una cohesión de intereses muy bien definidos políticamente. Los norteamericanos admiran y respetan a los hombres de carácter y de fuertes determinaciones; aunque los informes de los agentes secretos presentaban a Bolívar como peligroso mientras vivió, jamás se dejó de considerar la posibilidad de una alianza formidable con él.

Era preocupante para el Hombre de las Leyes ver la fortaleza moral de aquella nación; el respeto profundo por las normas constitucionales,

la capacidad de ver a la cara las verdades más terribles, y esa admirable responsabilidad de sus hombres públicos con sus compromisos, siempre dispuestos a admitir y a reconocer ante la sociedad sus equivocaciones y errados proceder.

Sería interesante saber qué papel jugó Santander a favor de la política norteamericana, desde los días (1826) cuando reconoció que él no iba a ser en Colombia el sucesor del Libertador.

Estando en Washington fue cuando supo que había sido electo presidente de la Nueva Granada; de modo que ahora, tal como lo había determinado desde el mismo día en que salió desterrado, optó por exigir satisfacciones en lo relativo a su honra ultrajada, como condición necesaria y suficiente para poder regresar a su patria. Del presidente Jackson había aprendido que era imperioso declarar una guerra sin cuartel al lujo como veneno que arruina al Estado y envilece al pueblo. Esto lo iba a hacer, aunque él mismo dispusiera, poco después, que el cónsul granadino en Nueva York, el señor Domingo Acosta, fuera quien le comprara en Estados Unidos todo el mobiliario de su nueva casa. En esto, él no cometía ningún pecado contra sus principios pues es necesario entender que el lujo que debe disponer un primer mandatario es parte implícita de la dignidad y del honor que merece el propio pueblo.

(El 16 de julio) al pisar otra vez las playas de nuestra querida patria, mi primer deber es adorar la mano suprema que ha protegido mis días (¿Obando?), y sostenido vuestros patrióticos esfuerzos en el restablecimiento del reino de las leyes... No vuelvo a vengar mis agravios personales, ni a indagar quiénes han sido mis perseguidores. (2)

Se encuentra en Santa Marta, allí donde ha muerto su brutal carcelero. No se le ocurre a Santander acercarse al lugar donde reposan los restos del hombre excelso que durante tanto tiempo lo protegió; a quien él impulsó a que violara leyes sólo para mantenerle en la vicepresidencia de la República; el que abusó de las Facultades Extraordinarias para cambiar fechas y satisfacerle en los desmedidos pedidos que hacía sobre todo en cuanto a los haberes militares para sí. Profundo odio debió inspirarle el recuerdo de tan necio y maldito personaje.

Ese mismo día 17, Santander lanza, como César en Gránico, su más atrevida y desafiante sentencia: “¡Quién, cuándo y en dónde me la pagan!”

Era difícil entender lo que decía, pues todo el mundo esperaba de él una declaración relativa al proyecto inmenso de restauración que traía para la patria. En las manos llevaba un manojó de papeles que había retocado en la ciudad de Borden Town y que los pobres alguaciles y jefes civiles de Santa Marta no sabían de qué se trataba. El Hombre de las Leyes alzaba los brazos y exclamaba:

¡Quién, cuándo y en dónde me la pagan!

Un escribiente enviado por Obando, se acercó y con voz pausada le dijo:

Usía honorable, general de la orden de los Libertadores, Señor Exvicepresidente de la república de Colombia, presidente de la Nueva Granada, etc., etc., distinguido ciudadano, el más notable entre los representantes de nuestro pueblo... recibid la más calurosa bienvenida de los hijos de este pueblo tan humillado...

Santander, fatigado de tanta parsimonia, aclaró de una vez que lo que deseaba saber era si existía una satisfacción relativa a lo que le adeudaban. Que si en tal sentido había sido enviada una comisión, pues le urgía saber cuál era la real deuda del Estado con él.

Yo tengo derecho de reclamar una declaratoria explícita en el particular, aun cuando fuera dueño de una inmensa fortuna; pero es mucho más fuerte este derecho después de todos los perjuicios que he sufrido desde 1828, arbitraria privación de los sueldos que la ley y mis servicios me habían dado, costos en mi expatriación y regreso al país, saqueo e injuria de mis bienes raíces y todos los males de la persecución.

Deseo por tanto (continuó) una contestación clara en el particular distinguiendo el sueldo adeudado como Vicepresidente de la República de Colombia en ejercicio del poder ejecutivo y fuera de él, el sueldo de General de División en servicio activo, después que fui destituido de la

vicepresidencia, hasta la famosa sentencia de 7 de noviembre, y el sueldo que actualmente disfruto. (3)

Éste era el hombre que no quería gravar al Estado con gastos excesivos, lujos y derroche que estuvieran corrompiendo las costumbres... y estaba reclamando para sí cuatro o cinco sueldos extraordinarios. Este ejemplo debió ser pernicioso para las futuras administraciones y, en parte, el origen del grito estridente, preámbulo a las eternas huelgas tropicales, universitarias y sindicales.

Habiendo sido satisfecho en sus requerimientos, el Hombre de las Leyes continuó su marcha a la capital. Iba meditabundo y con aspecto fatigado. El país había retrogradado a las cavernas infernales de la Edad Media. Con tanto atraso, con tanta ignorancia y salvajismo, ni con diez mil Andrew Jackson se podría salir a flote. ¡Qué distancia, qué infinita desproporción moral con la Europa, con los Estados Unidos! Su compañero de viaje, el príncipe Pedro Bonaparte, acrecentaba su vergüenza. Aquellos seres indefinidos, aquellos recibimientos apagados, aquellas mujeres raquílicas con sus hijos colgados como miserables racimos de monstruos inspirándole repulsión y pena. Su caballo ricamente enjaezado frente a aquellos indios macilentos y dormidos que provocaban en sus nervios una intriga y una violencia incontenibles.

Pasó tres días en Hato Grande, observando cuánto había desmejorado esta próspera hacienda. Luego de largas reuniones con Arrubla, evaluando gastos y deudas, el 4 de octubre de 1832 partió, en medio de cohetes y aplausos de los parroquianos, hacia Bogotá

En un lugar llamado Torca lo recibieron el vicepresidente José Ignacio Márquez, los secretarios Alejandro Vélez, Francisco Soto y José Hilario López; López ejercía la Secretaría de Guerra y Marina en sustitución de Obando.

Por la tarde un gran tumulto salió al encuentro del eximio desterrado. Volvían a la ciudad caras conocidas, entre ellas doña Nicolasa Ibáñez que había estado confinada en Guaduas.

Temporalmente el presidente se alojó en casa de su hermana Josefa, “en su abundante equipaje, de hombre culto y que había sabido

aprovechar las excelencias artísticas y espirituales del viejo mundo, venían cuadros de notables pintores, recuerdos de grandes hombres, libros diversos, obsequios a sus familiares y amigos y un lujoso billar, juego al que era muy aficionado, enriquecido con preciosas incrustaciones de concha de nácar y preciosa talla”.(4) Estaba sostenido este soberbio mueble en seis patas de bronce fundido dorado al fuego con relieve de ángeles, cabeza de una reina —la puta María de Médicis— y muchos faunos.

También desembaló, don Francisco de Paula, un impresionante uniforme que se hizo confeccionar en París; estaba compuesto de casaca azul y roja con alamares bordados en hilo de oro. Los botones dorados llevaban grabada la leyenda República de la Nueva Granada. Esto quiere decir que la separación de la Nueva Granada de la moribunda Colombia había sido decidida por Santander desde mediados de 1831. El pantalón del conjunto era rojo y tahalí de trencilla bordadas, ambas piezas con hilos de oro.

El mandato que Santander había recibido de la Constituyente era provisional hasta tanto se verificaran las elecciones populares. De modo que al llegar a Bogotá se juramentó para este cargo que debía ejercer hasta el 31 de marzo de 1831; quien resultara electo entonces debería comenzar su mandato a partir del 1 de abril.

José María Obando, para la fecha de la llegada del Hombre de las Leyes, se encontraba otra vez, en negociaciones directas con el gobierno de Juan José Flores. Veamos las cartas que se intercambian:

Pasto, noviembre 7 de 1832

Muy querido Flores:

Celebro mucho que le haya sido tan grata mi carta del 22 del próximo pasado, como me lo dice en la del 31. Esta me llena de iguales satisfacciones, y cumpliré gustoso sus expresiones y de mi señora Merceditas para Dolores: ella tendrá un gozo propio de su inocente alma.

Muy acertadas y saludables son las reformas que está haciendo la Legislatura, y el tiempo acreditará el bien que reportará al Ecuador del cambio admi-

nistrativo que va a recibir. No tenga Ud. cuidado alguno de experimentar trastornos...

Por una coincidencia feliz, como tantas que están lloviendo para establecer la paz pública, ha previsto el Gobierno el nombramiento de una Comisión para terminar esta cuestión. Esto ha sucedido luego de que se recibió la noticia de mi entrada a Pasto. Es tanto más satisfactorio cuanto que los Comisionados están en el Cauca: es el uno el señor Lino de Pombo, y creo que el otro será el general Obando, que tiene el gozo de suscribirse su eterno amigo...

Ya escribí a Ud. sobre el acontecimiento de Villamarín, ¡que no hay en todas partes Flores y Obando para consolar a la humanidad!; pero algún azar había de asaltarnos en el júbilo que hoy gozamos.

También fue preciso batir a ese malvado Oses, que Ud. mandó al Cauca, y corrió alguna sangre... (La derramada por Apolinar Morillo en los patíbulos que levantó en Cali, para fusilar a los prisioneros que hizo al batir a Oses, el tentador de Morillo). Lamento este suceso, como Ud. lamenta el de Buenaventura...

Cada día querría escribirle, porque me parece estar con Ud. el 11 de octubre.

Le acompaño la Alocución del presidente reimpressa en Popayán: contiene muy consoladoras ideas.

Concluyo que mi amistad no tiene límites para con Ud. y que lo quiero más que a un hermano. Ocúpeme como amigo de todo corazón

José María Obando (5)

Leyendo esta misiva nos preguntamos: ¿Por qué Obando fue un ídolo tan sublime para don Germán Arciniegas? Don Germán había dicho en algunos artículos que a él le habría gustado ser un liberal a la antigua, como José María Obando. ¿Será que la mentira, el engaño persistente, la burla y el descaro tienen virtudes que desconocemos? Dice Obando:

En mis *Apuntamientos*, a la página 29, anoté una mínima parte de los incendios, crueldades y frías matanzas que ejecutó Flores en los dos años largos que duró su gobernación en Pasto desde 1823; yo publiqué esto en 1842, y nadie ha visto lo que él haya contestado para vindicarse y desmentirme, con todos los medios que tiene a su disposición para documentarse...

Y lo llama hombre de sanguinarias atrocidades, mequetrefe presuntuoso, insecto, “mosco tenaz que, aprovechándose del desprecio con que le miramos, nos hiere con sus picadas ponzoñosas e importunas, nos irrita alguna vez y nos arranca un reniego...” (6)

No crean ustedes, señores lectores, que Flores no se quedó mudo ante declaraciones tan dulces y afirmativas de amor filial. Ya el 18 de octubre de 1832, el Mosco Tenaz lanza estas picadas en retribución a lo que Obando le ha escrito:

Ibarra...

Mi querido José María:

Hoy he llegado a esta ciudad donde pienso permanecer los días que sean necesarios para situar los Cuerpos y disponer la reorganización de que hablamos.

Tengo la satisfacción de participarte que el Congreso ya votó el tratado de amnistía y procedió luego a nombrar los Comisionados que deben formar el Tratado de Paz... Me felicito contigo por el término de la guerra, por la paz que hemos establecido, y más que todo por nuestra perfecta reconciliación. Te acompaño apertorias dos cartas para que las dirijas, después de leerlas y cerrarlas. Junto con la del general López de ir la levita que existe en poder de Manuco Larrea y Valdivieso. Escíbeme todo lo que ocurra y todo lo que se te ofrezca, seguro de que puedes contar conmigo en todo tiempo. Entre ocho días, a más tardar, te remitiré la espada que ya he pedido a Quito.

Saluda muy afectuosamente a los Señores Lindo y Posada, y de ti me repito tu antiguo y verdadero amigo de todo corazón

Flores (7)

De esto se deduce, sin duda alguna, que el asesinato de Sucre fue algo fraguado por Obando, López y Flores.

No hay tampoco ninguna duda que Juan José Flores entregó importantísima información sobre este asesinato al escritor guatemalteco José Antonio Irisarri, y que engañó a este escritor con los cuentos que le echó. Irisarri pecó de inocente ante este monstruo, creyendo que lo hacía con honestidad, cuando en realidad Flores, por todos los medios, procuraba desentenderse del horrible secreto, compromiso que durante un largo tiempo había mantenido con el Supremo.

La paz octaviana y el crimen de Berruecos

Durante el mandato de Santander, uno de los problemas más críticos que enfrentó su gobierno fue las relaciones con Ecuador; Obando hacía lo imposible por hacer ver a Santander que era inevitable una guerra. Pero Santander era enemigo de las guerras; a él le encantaba que la guerra la hicieran los demás, sobre todo, cuando las responsabilidades de algún fracaso no le salpicasen a su administración. La experiencia de Bolívar lo había dejado exhausto, aun y cuando la patria en trances terribles fuese sólo del Libertador.

Juan José Flores, creyendo que Obando y López seguían de su lado, tuvo el atrevimiento no sólo de ocupar Pasto, prolongar sus garras —por la generosidad de Obando— hasta la mismísima Popayán, sino que también se apoderó del puerto de Buenaventura. Este embrollo articulado por Flores y Obando tenía fines misteriosos, que no ha sido todavía del todo dilucidado. Para eso se había trasladado Joaquín Posada Gutiérrez hasta Pasto, como ministro plenipotenciario, y el 8 de diciembre de 1832 se firmó con Flores un tratado.

Arreglada estas extrañas negociaciones, de inmediato Obando se trasladó a la capital; el 6 de abril de 1833 se encontró con Santander, lo cual quiere decir que no estuvo para recibirlo como tampoco para cumplimentarlo durante los grandiosos actos, tanto de la juramentación como de la toma de posesión.

El Hombre de las Leyes al verlo, permaneció un largo rato sonriente, luego lo abrazó; retirándose un poco y para que todos lo oyeran —allí

estaban Rufino Cuervo, el comandante Márquez y Joaquín Acosta— y registraran sus palabras en los documentos y archivos para la posteridad, dijo sonoramente:

El esfuerzo que usted ha hecho borrando de las listas militares a tantos traidores que traficaban con las libertades públicas a cambio de ascensos, resolviéndose a cargar con el peso de tantos enconos por dejar bien cumplido el decreto de la Convención, es más heroico para mí que todos los hechos de armas; usted, general, nuestro Jackson, ha dado estabilidad a las instituciones liberales. (8)

El Hombre de las Leyes sería presidente hasta 1837, tiempo más que suficiente para hacer de su patria el altar de la libertad y del progreso que tanto había prometido en sus años de exilio.

Eran Santander y Obando, sin duda ninguna, los políticos más importantes de la Nueva Granada. El arquetipo de la fuerza militar bruta combinado con el arquetipo de la legalidad engañosa. Santander iba a quedar profundamente prendado de Obando. Este Hombre de Hierro no le iba a fallar como le había pasado con el Libertador. Él necesitaba para gobernar de una mano dura en el ejército, de alguien feroz y terrible a quien le pudieran temer los diablos encapillados que había dejado ocultos Bolívar.

Después de este encuentro, como el mismo Obando lo admite “ese día de gala de un hombre de mis ideas”, no le queda más nada que hacer en la capital. Comenzó a echar de menos a su familia. Ya había paz y libertad bajo el reinado de las leyes dirigidas por el hombre más sabio que tenía la República. Quiso, en una de esas depresiones características en su persona, hasta pedir la separación de su servicio en el ejército. Le hacía falta también el calor del hogar.

Aparece para esta época, 12 de septiembre de 1833, una certificación del Jackson Granadino donde jura bajo palabra de honor que desde fines de 1822 conoce al Sr. Teniente Coronel Apolinar Morillo al servicio del ejército libertador con el grado de capitán, “que fue uno de los oficiales que en las campañas del sur, principalmente en las de Pasto, gozaba de reputación de valor y conocimientos militares; que en las cuestiones políticas siempre ha pertenecido a la causa de la libertad, por cuyas opiniones

fue despedido a principios de 1830 del Ecuador, por no convenir con los principios de despotismo y arbitrariedad; ...que fue uno de los oficiales veteranos que ayudaron a organizar las fuerzas que luego triunfaron en Palmira, sirviendo con actividad, con honradez y con empeño, cuantos destinos se le confiaron...” (9)

Pero luego, cuando Apolinar Morillo sea declarado uno de los principales culpables en el asesinato de Sucre, Obando escribirá que es cierto, que él pudo haberse dado cuenta de que cuando este venezolano llegó expulsado de Ecuador, en Pasto, jugó en apuestas mucho dinero, lo que quería decir que ya traía las órdenes expresas de Flores para matar a Sucre. Y añade en sus *Apuntamientos*:

Carga a cuestras la mala fama que dan estos hechos notorios y los estupros, violencias y otros torpes delitos cometidos entonces, registrados en los cantones de Pasto y Túquerres, y cuya memoria será igual a la duración de aquellos pueblos... (10)

Una de los asuntos ya mencionados que los admiradores de Obando sostienen para hacer ver que no podía ser un asesino, era la irreprochable conducta que siempre mantuvo en su hogar.

En su casa (dicen) era un santo, sin un vicio, sin un sólo defecto, ni el más mínimo reproche; cuantos le conocieron y trataron así lo afirman y el consenso es unánime para decir que ese luchador infatigable, rudo para las bregas, fuerte en la fatiga, inexorable en el deber, terrible en la guerra y osado ante los embates de la fortuna, era entre los suyos el más perfecto y cariñoso de los hombres, el padre más afectuoso y el abuelo tierno y cautivador. (11)

Hace el historiador A. J. Lemos Guzmán una larga relación para pretender convencernos que Obando no podía ser por tanto un vulgar asesino, un salteador de caminos, pues se pregunta: “¿Acaso se ha dado y visto el caso curioso de que un salteador de caminos y perdonavidas sea en la familia un dechado perfecto, y no presentar en la vida privada el menor reproche?”. (12)

Claro que sí, pues una cosa nada tiene que ver con la otra. Es evidente que Obando fue gran amigo de monstruosos criminales como Juan Andrés Noguera, Juan Gregorio Sarria, Apolinar Morillo y José Erazo y

otros abominables asaltantes de la zona de Pasto, hervidero de ladrones y perdonavidas, y nada de extraño tiene que estos asesinos fuesen un dechado de bondad en sus casas, con sus seres queridos.

Seguramente eran también de conducta irreprochable, decimos, en el ámbito del tabernáculo familiar: cuidaban con celoso amor a sus mujeres y a sus dulces críos; eran cariñosos y extraordinariamente devotos de la Virgen de los Dolores, la misma que adoraba Obando. A ellos los elevó Obando —por sus sanguinarias habilidades— a cargos eminentes dentro del ejército, y fueron sus más fieles y fervorosos sirvientes. Más bien la conducta de Obando corresponde perfectamente a cierta categoría de delincuente. Dice Colin Wilson, uno de los escritores que más ha investigado la conducta de los criminales, que ciertos hombres obsesionados por el dominio político como Hitler, Stalin, Francisco Franco, Anastasio Somoza, Rafael Leonidas Trujillo rara vez se interesaron por el sexo o brillaron en otros campos de la actividad dominante. No obstante para todos estos individuos sus hogares eran sagrados y mantenían en ellos una conducta intachable.

En cambio Gandhi ha sido fuertemente reprochado por muchos moralistas porque no se ocupó de la educación de sus hijos; es decir, no fue un buen padre, como tampoco lo fueron Einstein, León Tolstoi, Charles Chaplin, Jack London, no obstante que en sus acciones fueron destacados revolucionarios y humanistas. Añadamos el caso de algunos seres terriblemente fríos y monstruosos en la actividad política como Robespierre, Gaspar Rodríguez de Francia y García Moreno que se conducían en sus vidas privadas casi como unos ascetas.

El libro de Lemos Guzmán, en este sentido, está lleno de espantosas mentiras como, por ejemplo, pretender dar prendas a su ídolo, diciendo que entre las grandes amistades de Obando se contaban la del obispo Jiménez de Enciso, el arzobispo Mosquera y los hermanos Joaquín y Manuel María y el propio Tomás Cipriano⁽¹³⁾. Es necesario acudir a las fuentes para ver cuán falsas son estas aseveraciones.

Las mujeres y la política

El ídolo de Obando, Santander, no tuvo tiempo de ser buen padre, porque su fuerte era la hipocresía y el disimulo, y además era extraordinariamente tacaño: el elemento más negativo para una relación armoniosa con una mujer. La mujer honesta tolera todo en un hombre, menos la avaricia y la tacañería. Y llegó a ser tan obsesivo en el disimulo Santander que en el atardecer de su vida comprendió que su verdadera hembra y su único amor consistían en adorarse a sí mismo. En consecuencia, no podía vivir sino en una eterna diatriba política con quien le encontrara el más minúsculo lunar a su obra: El espejo supremo de esta adoración lo halló en el pertinaz elogio a la Constitución. En ella se miraba todos los días, y le preguntaba: “¿Cuál es el hombre que ha hecho más por la patria, más por el progreso, el humanismo, la cultura, la libertad, la ciencia y el equilibrio social en la América hispana?”

Era un hombre taciturno, con una nube de eterna languidez en los ojos. Casi no sonreía y su tema en todas partes era: “Esos bolivianos, esos malditos hijos de Bolívar que nos dejaron al país en las últimas...” No obstante proclamaba que haría cuanto estuviera a su alcance para acabar con los rencores y consolidar para siempre la institución republicana. Prometía no perseguir a los bolivianos, pero recalcaba con virulencia: “no les daré empleo”; además, que su principal objetivo era respetar los derechos comunes e individuales y dar seguridad al espíritu de empresa; hacer sentir al pueblo los beneficios de un gobierno firme y progresista.

Aunque el país no estaba contento en un principio, el gobierno hizo verdaderos esfuerzos para buscar fórmulas que estabilizaran la nación; lástima que los discursos del presidente provocaran preocupaciones, encendieran las pasiones malsanas y colocaran a la nación en un limbo insoluble de permanentes contrariedades; temblores en el Congreso, en escuelas, en los cuarteles y en la universidad. Era la manía irreverente e incendiaria de su verbo.

Otros políticos, también de valía, consideraban que era muy poco lo que se hacía para mejorar la situación del pueblo. Los productos básicos se encarecían escandalosamente y caían en la cuenta de que Santander sólo había mejorado la calidad de sus frases ditirámicas, pero que el pueblo cada día se hundía más en el rosario de sus penas. Que a medida

que el presidente elogiaba sus programas de gobierno, aumentaba el precio de la carne; se encarecían los huevos, los productos lácteos; en general los artículos de primera necesidad. Otras veces, las apologías a su persona llevaban implícitos traumas institucionales graves, porque jamás decía algo a favor de sí que no implicara un severo reproche a algún enemigo.

En el sur, el modo de Obando de entender la política no contribuía a mejorar la situación del país. Extrañamente, el Jackson Granadino decía tener serios desacuerdo con Flores. En ocasiones redactaba oficios donde declaraba no estar contento con la actitud conciliatoria hacia el mandamás del Ecuador, pues el conocimiento que él poseía de la solapada y veleidosa conducta de Flores era tan profundo que temía que su carnal del sur le fuese a sorprender con un gran susto. Esta gran vaina podía ser una paradita que dejara sin piso orgánico funcional a todo el sur. El mismo Santander no entendía las cartas que en este sentido le enviaba su amigo, porque todo se movía en la tierra movediza del secreto; porque se expresaba además en clave. El presidente se encontraba confundido porque al asumir el gobierno, había quedado totalmente persuadido de la gran amistad que existía entre López, Obando y Flores.

¿Y acaso no le habían dicho López y Obando en medio de grandes chanzas que se habían hecho pasar por generales ecuatorianos y que por este truco Posadas, Urdaneta y Caicedo habían caído como imbéciles?

Lo que molestaba a Santander era recibir unas misivas absurdas donde Obando le decía que el no escucharle sus quejas iba a conducir indefectiblemente a una terrible conflagración entre dos naciones, que quizás acabaría por envolver a Venezuela y Perú.

Por su lado, López no dejaba de visitar al Hombre de las Leyes, pero con preocupaciones presidencialistas; lo mismo hacía don Vicente Azuero. El mentidero electoral estaba torciendo los sentimientos amistosos de los elevados miembros del partido liberal; afortunada o desafortunadamente, Francisco Soto tenía demasiados problemas en su hogar con un hijo enfermo que le impedía competir por este cargo aunque lo mereciera mucho más que Azuero y López.

Lo más grave era que el doctor José Ignacio Márquez, político sagaz y sereno, orador formidable y hombre muy culto, de una memoria prodigiosa, poco a poco había ido convirtiéndose en el centro de atracción de un grupo numeroso de liberales —que ya no comulgaban ciegamente con las ideas del Hombre de las Leyes. La división del partido liberal era ya un hecho y la causa de esta escisión, como suele ocurrir, se debía a una mujer: Santander encontró en casa de doña Nicolasa Ibáñez —su antigua amante y a la que no había podido olvidar luego de una larga separación— al lado de Márquez. Esto molestó sobremanera al Hombre de las Leyes, quien furioso alzó en vilo a Márquez y por poco lo lanza por la ventana de un segundo piso.

Doña Nicolasa también estaba herida desde hacía mucho tiempo por la conducta de don Francisco. Desde que éste llegó de su largo exilio pudo darse cuenta de que no quería nada con ella en público. Había comprendido que Santander, llevado por el qué dirán, preocupado por su destino, el disimulo y los posibles cuentos de la posteridad, estaba decidido a ser otro: a ser un hombre más formal. El cambio de Santander también lo había distanciado de los fanáticos anticatólicos, de los benthamistas y dislocados ultrosos. Quería, en verdad, el presidente ordenar un poco su conciencia, quería clarificar para la historia su conducta frente a Bolívar y quería casarse para que no le faltara nada al héroe inmarcesible que había siempre imaginado para sí mismo. Esto último lo había aprendido de la conducta de los políticos norteamericanos para quienes la opinión pública es esencial. Y buscó para su matrimonio, entre todas las mujeres de la sociedad bogotana, la que fuera más parecida a una beata, a una monja.

Nicolasa se sintió vejada, traicionada, pues, ella había quedado encargada de velar por la administración de gran parte de sus negocios durante su destierro y le había servido con fervorosa lealtad. ¡Cuánto no había hecho para salvarlo del patíbulo en 1828!; de procurarle consuelo en la adversidad; cuando ella, viuda, pudo haber encontrado un buen partido, y cuando él, ahora ejerciendo el cargo de presidente podía allanar todos los inconvenientes del pasado; pero quién lo podía imaginar: ocurría que se presentaba evasivo e indiferente y del amor profundo, que con tanta devoción le entregara, no quedaba casi nada. Aquello destrozó el corazón de doña Nicolasa, y del viejo amor que una vez sintiera brotó una fría y seca desolación.

Se veía que aquella pose frente a doña Nicolasa era en el fondo artificial. Don Francisco la seguía *amando*, la seguía *recordando*, pero... ella debía entender que su relación había sido una locura de *ilegalidad*, un error civilista, y él..., el Hombre de las Leyes, quien debía mantener ante el mundo una conducta irreprochable ya estaba para otro capítulo más elevado en su vida. El extremo de este “civilismo” llegará al colmo cuando en su testamento se niegue a legitimar a un hijo, suyo, “por subsiguiente matrimonio, porque cuando yo conocí a su madre, ella ya había sido conocida por otros”. (14)

Por ello doña Nicolasa no le podía perdonar que viniera ahora y tuviera el valor de criticar a sus amigos y con carácter severo increparle por su conducta. Santander se sintió también desolado; abrumado por una intensa ansiedad. Tampoco el amor le servía de nada al mezclarlo con la política. Se sacudió el saco de levita, quedose largo rato con la mirada fija en los ojos que fueran su más dulce reposo y delirio. Estremecido de odio sostuvo su mirada sobre la estropeada humanidad del doctor Márquez y, finalmente, salió dando un portazo. “Desde entonces se cavó un abismo entre los dos altos personajes, que mucho incidió en la historia de Colombia” (15), y se dividió el santanderismo en exaltados que eran los partidarios de Obando, Azuero y López y el grupo que acabaría respaldando a Márquez.

Fue así pues como, libre de esta relación y siguiendo las normas de un extremado respeto por las buenas costumbres ciudadanas, Santander acabó por fijarse en una dama de “familia honradísima, que tiene modales y sabe manejar una casa. Yo ya no estoy para buscar bellezas”. (16)

Esta distinguida joven se llamaba Sixta Tulia Pontón Piedrahita Vargas y Mariaca.

Nada más liberal que un puritano

Las ambiciones de muchos a la presidencia de la República era el problema de mayores dimensiones que afrontaba Santander. Lo que más le preocupaba era la continuidad de su obra, y porque sabía que el calor de las pasiones en su tierra iba a destapar situaciones peligrosas, comenzó a minar la posición del hombre que atentaba contra sus designios. En los corrillos de los liberales exaltados comenzó a motejarse a Márquez

de extremadamente envidioso, débil y llorón. Santander exclamaba que ni poniendo los periodos presidenciales de un año se podía satisfacer a tantos que ansiaban ser postulados. Su inclinación por la candidatura de Obando se radicalizó en la misma medida en que comenzó a rechazar las pretensiones de Azuero.

Y por otro lado resulta que ya no eran para reírse las discrepancias entre Flores y Obando. La situación en el sur se tornaba preocupante, y Santander comenzó a temer que por estos pleitos personalísimos realmente fuese a estallar una guerra. El Jackson Granadino estaba fuertemente persuadido que la guerra con Ecuador era inevitable. “¿A quién se le teme?”, preguntaba prepotente José María y continuaba: “Yo le he dicho que si hay sangre no habrá desgracias de trascendencia”. No podía ser más explícito.

En varias ocasiones, por este motivo, había tenido “ciertos calores groseros” con enviados del señor Santander, que intentaban convencerlo de la necesidad de una política más prudente frente al gobierno de Flores. La obsesión de José María era que al enemigo había siempre que batirlo en regla, con presteza y con energía. Aseguraba Obando ver en la “noche las traiciones y el silencio que conspira”. “Escuchen bien”, gritaba a los liberales, “ni florivios ni bolivios vencerán mi vigilia”.

La Nueva Granada había cambiado, como dijimos. A diferencia de otros tiempos, aparecían jóvenes con preocupaciones frívolas que nada tenían que ver con las vicisitudes políticas del momento. En caballos ricamente enjaezados, finamente trajeados, paseábanse con gran alborozo por las calles de Bogotá. Santander se asomaba a la ventana y aquellas diversiones de algún modo le indicaban que había cierta prosperidad y un sentido superior de modernismo en la juventud de la época. La equitación era uno de los deportes más distinguidos y más costosos; no sólo por la indumentaria que exigía, sino por los aperos que adornaban a las bestias: gualdrapas con chapas doradas, frenillos de plata, trencillas de oro, cinchas tejidas por artistas socorreños; espuelas y estribos de plata. A Santander le hubiese gustado hacer grandes esfuerzos por mejorar las vías y así poder importar lujosos carruajes como los que había visto en París y Filadelfia. Qué de cambios tan notables hubiese sufrido entonces Bogotá.

En la Alameda se reunían los domingos una multitud para ver pasar a los jóvenes más ricos de la ciudad. Hijos de los Uribes, de los Restrepos, Caicedos, Herranes, Santamarías... Francisco Soto, quien también se asomaba a la ventana para apreciar estas exhibiciones juveniles, consideraba que antes la República se desplazaba sobre las ancas de estropeados y raquíuticos jumentos y que ahora, con Santander como jefe máximo, se cabalgaba en briosos de pura sangre. Aunque era una frivolidad que resultaba cara y cuyo único beneficio consistía solamente en recrear la vista.

La paz de entonces, semioctaviana según Santander, le permitía al jefe máximo disfrutar cortas vacaciones en su hacienda Hato Grande. Allí, con sus amigos, compartían carne gorda de novilla, tomaba leche de burra y podía leer y contestar, en plena tranquilidad, gran cantidad de correspondencia; Obando como que ya no tenía problemas con Flores, pues le escribía: “Señor presidente, vergüenza me da estar percibiendo sueldo sin trabajar; pero en fin, ¿no le parece que debo aprovechar la paz de que se goza, en beneficio de mis propiedades y de mi familia? Me conviene trabajar para mis hijos...”. (17)

Así estaba la Nueva Granada; constituía un ambiente para el solaz pleno de los sentimientos; un parque de solariegos caserones con mujeres hacendosas, campesinos prósperos, artesanos trabajadores, todo el mundo apegado a las sanas y dulces costumbres cristianas. Carretas cargadas de bananos y de piña congestionan las vías. Sol, mucho sol en las mañanas de marzo. Caminos tortuosos hacia los confines de la ciudad, y lejos..., mucho más lejos, a quince millas una casita desolada, algún rancho pajizo con animales pastando en el frente, y abundantes dehesas a los lados... Más acá una placa que pisan las bestias cuando van hacia la capital y en la que todavía puede leerse: ¡Viva Bolívar, Boyacá, Carabobo...!

Los que no pueden darse el lujo de practicar el deporte ecuestre por falta de dinero, se entretienen jugando a los *retruécanos*, un juego que estaba de moda: “¿Cuál es la cara más presumida?”, y contesta alguien: *caravana*. ¿Y el sol más barato?, responden: *el soldado*. ¿Y el agua que menos vale?: *aguacero*. ¿Y el palo más húmedo?: *El palomar*. ¿Y el pan más barato?: *El pantalón*. ¿Y el General más santo?: ¡Santander! Qué tiempos.

En aquellas simplezas se iba la vida, aunque la gente se preocupaba de manera obsesiva por el qué dirán. Había en las iglesias decálogos sobre la Viudez, Decálogo del Perdón, Decálogo de la Piedad, Decálogo del Dolor, Decálogo del Arrepentimiento... El de la viudez, tal vez dirigido con indirectas a doña Nicolasa, y que parecían sugeridos por el corazón herido de don Francisco de Paula, enumeraba los deberes que debían guardarse de modo estricto:

- 1) Vivir pura como las vírgenes.
- 2) Vigilante como las casadas.
- 3) Dar a unas y a otras ejemplos de virtud.
- 4) Ser amiga del retiro.
- 5) Enemiga de las diversiones mundanas.
- 6) Cuidadosa de un buen nombre.
- 7) Amante de las mortificaciones...

La moda que llegaba de Francia causaba sensación: en los hombres el estilo era el talle hasta los calcañales, el sombrero sin ala; el cuello de la camisa denso y parado; el sobretodo echado “a la costal”, y en cuanto a la barba, rasurada en arco, y el aspecto debía ser pensativo, audaz y a la reconquista.

En las mujeres no había un estilo definido porque el vestido al talle disputaba terreno al ancho y largo. La manga corta tenía sus enemigas, aunque era la más preferida; el peinado que causaba furor era el llamado “anarquía”. Unas papelinas que se colocaban a la altura de los senos provocaban en algunos curas espanto, que fue denunciado en homilías y demás pláticas cristianas. El semblante más codiciado de las hembras era el llamado “agridulce”, que se aparentaba con hablar pensativo y respiración anhelante.

Ya no se perdía tiempo en las Logias francmasónicas; muchos de sus antiguos miembros que habían acompañado a Santander en los tiempos terribles del año 1828 habían pedido la absolución ante la iglesia católica bajo *ex causa periculi mortis o intra confessionem*; casi todos arrepentidos aceptaban las censuras y los castigos y penas eclesíásticas que se imponían para alcanzar la regeneración y así poder asistir a los oficios de la santa iglesia católica.

Pero las preocupaciones sobre la sucesión no dejaban un momento libre al señor presidente. Sabía éste que, sin carácter, un gobierno retrogradaría hacia el caos. Esto lo había aprendido del Libertador. Estaba convencido de que a un letrado como Márquez le podía pasar lo que a don Joaquín Mosquera: lo arrollarían las facciones. Así, pues, según los patrones liberales no le quedaba sino dar apoyo al general Obando, quien prácticamente lo había hecho todo en el año 1831. Lo importante era que a Obando se le tenía miedo y eso era básico en países que habían quedado profundamente afectados por las guerras civiles. Regir según las leyes le parecía una quimera cuando en nuestros países los enemigos tenían poderes formidables para hacer prosperar la mentira, la calumnia y el rencor. “Primero Obando (era su posición); después Azuero; más tarde López; Soto no, porque no me parece aparente su carácter para presidente”.

El pueblo no contaba para nada en estos pareceres. Así ha sido siempre en la historia de América Latina. Algún tonto se preguntaría en la plaza de Bogotá, de Tunja o de Neiva: ¿Por qué no puedo ser yo el próximo presidente? Soy honrado, soy trabajador, honesto y serio. Me he preocupado por el progreso laborando duro, de sol a sol; jamás he robado un céntimo a nadie y a cada cual le doy lo que merece; no sabré de rentas, pero en mi casa no hay deudas; no sabré de relaciones exteriores, pero me llevo bien con todo mundo; no sabré de diplomacia, pero jamás me he caído a trompadas con nadie... No me impongo a lo demás, porque me lo dicte el capricho; sostengo lo justo. Mi preocupación es por lo nuestro y por hacer valer la honradez, sí señor...

La campaña iba a ser difícil en la capital donde aún los liberales creían que los llamados “bolivos” tenían mucho poder. Imaginamos aquellos días a Santander cargado de remordimientos; ensimismado en sus “pecados”; silencioso y confuso, hundido en densos y brumosos pensamientos. Domina sobre todo en su memoria el recuerdo de Bolívar, el “viejo ingenuo”. El mundo es la figuración de un teatro apolillado por el tiempo. Todo le hace estornudar; apolillados los ídolos de su juventud, un mar de indiferencia y muerte lo rodea; ausencias infinitas; lo arroba un gran desgano de ser, aunque un viento extraño le exija que continúe luchando. Vive suspenso como en un sueño: la pesadez de un rumor malo. Está podrido por la bilis; son sus años; su respiración cansada, el sopor de un mundo macilento o moribundo. ¡Quién lo iba a imaginar!,

hasta algunos de sus más íntimos camaradas como Arrubla, Joaquín Acosta o Márquez, le detestan.

No obstante, no faltaba quien viniera a contarle que florecían las rentas, que hay crédito para pagar a los empleados y un interés generalizado por satisfacer la enorme deuda que pesa sobre el país. Hubo un cierto viento de ilustración y hasta sastres y zapateros tuvieron la dicha de viajar a Europa. La mayoría de los artesanos comenzaban a usar casaca y botas y se interesaban por la política; las mujeres de la alta sociedad recibían figurines extranjeros donde se ilustraba con bellos dibujos sobre la moda de París. Los que escribían y consideraban que algo tenían que decir pegaban carteles en las esquinas más concurridas haciendo del conocimiento público sus opiniones. Estos carteles eran vigilados por los partidarios de Santander, que en estas cosas de escritos dirigidos al público eran muy susceptibles.

Pero esta paz —que no había sido exclusiva del llamado grupo de los “cachacos”, sino del natural empeño del pueblo para vivir en armonía— fue corta. En el fondo había un gran rechazo a las medidas económicas y sociales del gobierno, pero había miedo a protestar. Mucha gente no olvidaba los padecimientos del año 30 y 31, las purgas del gobierno, los destierros y los vejámenes.

Poco a poco fueron apareciendo males físicos, como *sofocos bajos* y *calenturas turbias*, culebrillas y ansiedades tiernas; las ilusiones de los que adulaban a Santander se caían a pedazos: el problema, por ejemplo, de la agricultura, las trabas al comercio que tenía muchas restricciones, las deplorables vías de comunicación —peores que como las habían dejado los españoles—, la educación que estaba en el aire y, en una palabra, que era mentira cuanto se decía sobre el crédito público, pues ni siquiera existía.

Los libelos comenzaron a rodar:

¿Qué es lo que pretende la oposición? (gritaban los santanderistas) ¿Satisfacer miserables pasioncillas, vengar insultos y resentimientos? ¿Hacer triunfar orgullos particulares, ofendidos por la incapacidad de sus talentos? ¿Que hundamos a la administración en caos ilícitos, mediante la difamación y el insulto? Acaso no saben que en Europa la oposición se hace a la

política o a la tendencia de los gabinetes, no como entre nosotros que se dirige a los empleos y a los que los obtienen.

Pero la base de la patria granadina había quedado conmovida por el último encontronazo electoral, donde fatalmente el doctor Márquez venció en temible lid al portentoso del Cauca. Santander sintióse muy preocupado y comenzó a dudar de todo el mundo. Los años y los sufrimientos lo habían hecho en extremo desconfiado.

Márquez no era, como se dice vulgarmente, fruta que coma mono. Hombre culto, de clara inteligencia, hombre de carácter también y de muy serios estudios, considerado el mejor jurisperito de la nación, salió a hacerle frente a las amenazas y reventó los lazos que se le estaban tendiendo para lisiarlo políticamente. Ya sabía que el lazo se lo iban a tender desde el tranquero de la “tracalería” constitucionalista o jurisprudente, como habían hecho con Bolívar; pero él no era el Libertador, a quien le repugnaban los bufetes. Si ésa era la tendencia, “se los iba a echar en regla”. Se dispuso a ver con suma paciencia de dónde iba a saltar la liebre.

Sabía Márquez que entre los que urdían su desgracia estaba el dúo golphista de José María Obando y don Vicente Azuero.

En agosto de 1833, Obando le escribió a Santander:

Este señor Márquez, se mete a desfacer agravios, a trastornar el mecanismo militar y a introducir militares perversos, reinscribió malvados que no se han lavado la sangre del Santuario, prestó su oído débil a jefes turbadores y comenzó a atestar los cuerpos de lo corrompido que se le había quitado. (18)

En noviembre del mismo año le hace esta confesión: “Cuando me quejo confidencialmente con amigos como López es por no podirme... Usted me oirá cuando nos veamos...” Claro, no podía contarle por carta lo que pensaba de Márquez, quien según él estaba destrozando la obra que con esfuerzo infinito había hecho para “regenerar el ejército”. Había una gran preocupación porque personas como el general José Sardá pudieran ser empleados nuevamente en el ejército, siendo que, este “español” era considerado fervoroso seguidor de las ideas de Bolívar, “aunque tratara de disimularlo”.

NOTAS

1. Horacio Rodríguez Plata (1976) *Santander en el exilio*. Editorial Kelly, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. CXXXV, p. 184.
2. Horacio Rodríguez Plata (1976) *Santander en el exilio*. Editorial Kelly, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. CXXXV, p. 793.
3. Horacio Rodríguez Plata (1976) *Santander en el exilio*. Editorial Kelly, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. CXXX, p. 797.
4. *Gaceta de la Nueva Granada*. Octubre 7 de 1832. Este billar se encuentra en el Museo Nacional en Bogotá. (Nota tomada del libro de don Horacio Rodríguez Plata, ya citado).
5. Citada en Abelardo Forero Benavides (1979) *Las cartas infidentes*, 1830. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, pp. 164, 165.
6. (1973) *Episodios de la vida del General José María Obando*, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. CXXII, Editorial Kelly, Bogotá, p. 154.
7. Citada en Abelardo Forero Benavides (1979) *Las cartas infidentes*, 1830. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, p. 165.
8. *Apuntamientos*, p. 249.
9. Citado en Ángel Grisanti (1955) *El proceso contra los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho*. Ediciones Garrido, Caracas, p. 18.
10. Tomo II, pp. 157, 158.
11. A. J. Lemos Guzmán, *Obando, de Cruz Verde a Cruz Verde*, obra ya citada, p. 234.
12. Ut supra, p. 235.
13. Ut supra, p. 235.
14. Archivo Nacional de Colombia. Protocolo de 1838. Notaría Primera, Tomo No. 291, folios 192 n. a 213 v.
15. Horacio Rodríguez Plata (1976) *Santander en el exilio*. Editorial Kelly, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, Vol CXXXV, p. 307.
16. Carta citada en Leonardo Molina Lemus y Luis Eduardo Pacheco (1987) *La familia de Santander*. Banco Popular, Bogotá, Biblioteca-80, p. 110.
17. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*.
18. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*.

EL DULCE LEGADO DE LAS MATANZAS

Animaban a los soldados de la Cruz hasta un punto tal que las batallas comenzaban invocando el nombre de Dios y terminaban con plegarias y oraciones.

Ch. J. Hefe

El general José Sardá era un español de Navarra que había servido en las fuerzas de Napoleón en Italia. Cuando José Bonaparte fue proclamado rey de España, Sardá regresó a su país para enfrentar a los franceses. Estuvo preso en Francia, participó más tarde en la campaña napoleónica en Rusia y, caído en desgracia el famoso corso, se refugió en Inglaterra. Aburrido de una vida sin destino, decidió venir al Nuevo Mundo; se unió a una expedición, junto con otros españoles para luchar por la independencia de México. La historiadora granadina Pilar Moreno de Ángel, considera esta última decisión como una felonía. Dice que “Sardá traicionó así a su patria, tal como lo haría años más tarde con el régimen constitucional que gobernaba la Nueva Granada”. (1)

De modo pues que luchar contra la tiranía española, por ser él español, era traición a la patria. Qué modo de entender la historia, cuando más bien deberíamos estar altamente agradecidos de los servicios prestados a nuestra causa por el general Sardá. Si Sardá era traidor por ser español, ¿por qué entonces Santander permitió que fuera un militar activo de alto rango en las luchas por la Independencia, donde por otro lado este general jamás dio la menor prueba de mala fe, de ineptitud, de querer perjudicar nuestra causa?

La verdad era que el país había quedado golpeado por haberse suprimido, desde 1831, el escalafón militar a oficiales de alto rango. Como Márquez, o por su conducto, reincorporaron a ciertos oficiales que fueron “borrados” por Obando, Sardá quien trabajaba en una ferretería de la capital, decidió elevar un memorial al gobierno donde presentaba

su derecho a disfrutar de los beneficios que como ciudadano y miembro del antiguo Ejército Libertador merecía. Esta solicitud que llegó a manos del Presidente y del Secretario de Guerra, el general Antonio Obando, fue negada pues se argumentaba que no se conocía si Sardá hubiere cooperado de modo notorio y eficaz en favor del restablecimiento del legítimo gobierno.

Es posible que Sardá, como buen español, ante esta contundente respuesta lanzara algunas imprecaciones, maldiciendo el día en que había venido a perder su tiempo en Colombia. De inmediato —al igual que el caso del viejo Malpica asesinado en 1819— sus hirientes quejas fueron llevadas al bufete del Hombre de las Leyes.

A Santander le encantaba escuchar los chismes que se hacían sobre su gobierno; desde 1819 constituía su mejor pasatiempo. En ocasiones, la necesidad de tener que rebatir en regla a sus críticos, le llevaba a visitar iglesias, se metía en las reuniones de plazas y mercados y le gustaba rebatir, sosteniendo el bastón de su alto mando, las críticas que se le hicieren al poder ejecutivo. A veces hasta disfrazado se paseaba por el pueblo para escuchar directamente cuanto sobre él se decía.

No creemos, como se ha difundido tan grotescamente, que Sardá hubiere intentado derrocar al gobierno de Santander, porque esto entonces requería de grandes fuerzas militares, una inmensa opinión pública a favor y un apoyo decidido entre los hombres más preparados de la nación; nada de esto, evidentemente, poseía el pobre Sardá, quien era apenas un dependiente de la ferretería Pacho, en la capital.

Eso sí, el gobierno tenía unas ansias casi irrefrenables de probar las telúricas fuerzas de la sedición que a pesar de estar muerto el Viejo Chocho seguían vivas y coleando; ver hasta dónde era cierta la estabilidad del nuevo régimen; si era cierto que en los cuarteles se respetaba la Constitución, si de veras no quedaban “bolivos” enquistados en las estructuras fundamentales del poder. Había que estremecer al Estado todo para conocer las bases sobre las cuales se apoyaba. Era necesario hacer una especie de experimento como el que se había puesto en práctica en 1825 contra Páez. Es bien sabido que a Santander le encantaban estos ensayos “perturbadores” para sacar de sus guaridas a las alimañas proclives a la facción, a los que andaban con caretas diciendo que eran

“liberales” o a quienes afirmaban falsamente que habían contribuido “eficaz y notoriamente a la restitución del gobierno legítimo”. El pobre Sardá iba a ser el conejillo de Indias de este otro formidable experimento.

La gente no olvidaba los fusilamientos ordenados expresamente por el Hombre de las Leyes, donde él luego aparecía haciendo caracolear su fino caballo alrededor de los cuerpos aún convulsos de los acribillados por la espalda, y que en medio de música, cohetes, repiques de campanas se clausuraba el crimen, como si fuera un gran acontecimiento, con reparto de bocadillos y fiesta en el mismo palacio de gobierno.

Por otro lado, el hecho de que el gobierno estuviere sostenido por los más temibles personajes del ejército nacional como lo eran López, Obando y tipos como Apolinar Morillo revelaba que cualquier desliz sería severo y sangrientamente reprimido. Además, el presidente estaba a la caza de la menor perturbación para hacerle sentir a los “revoltosos” su voluntad inflexiblemente constitucionalista y republicana.

A pesar de este sólido espíritu civilista, se hicieron detenciones a la loca y se buscaron conjurados hasta en la sopa. No se tenían claras las redes de la formidable conspiración —en la cual Santander era el único que estaba seguro de no pertenecer— y hasta Lorenzo María Lleras y el filántropo Florentino González se hicieron eco de los rumores, exclamando:

Ya está visto, no haya compasión con nuestros enemigos: es necesario que mueran ellos o que muramos nosotros... No haya consideración por nadie; no se piense en el luto con que se cubrirán algunas familias... Tampoco se haga caso de las preocupaciones de algunos fanáticos imbéciles...

El día 28 de julio, con aire canallesco, partió de Bogotá el capitán Calle Suárez para dar ejemplo de cómo se castigaba a un faccioso. Es detenido Mariano París y, de inmediato, se hacen los preparativos para trasladarlo a la capital; lo llevan rodeado de guardias y pasan por la venta La Fiscala, al avistarla, don Mariano pica espuelas y se da a la fuga. De aquí en adelante las distintas versiones tratan de justificar cómo se captura a un muerto. Un tal cabo Tomás Muñoz consigue darle un tiro por la espalda; luego el sargento Eusebio Velásquez lo remata con un

perdigón. Cuando se acercan al cuerpo y lo notan todavía convulso, el capitán Calle, para que “no penara”, lo remató de un tiro por la cabeza.

El infeliz fue echado sobre una bestia y, como “res muerta” y ensangrentada, lo presentaron por algunas céntricas calles de Bogotá. Avanzaba aquel cadáver por entre las calles concurridas, y lo pasaron también por la propia casa de la familia París. Era hasta el momento el trofeo más contundente de la lucha que estaba dando el gobierno contra el atraso, la violación de los derechos humanos y la entronización de esas injusticias, del calibre de las que padeció su mayor representante cuando estuvo aherrojado en las fortalezas de Bocachica. Santander, que había vuelto de su destierro conmovido por lo implacable que eran los gobiernos civilizados ante estos execrables procedimientos, nada hizo contra la acción de Calle Suárez y su gente. Nunca pudo probarse que ciertamente don Mariano París estuviera envuelto en la llamada conspiración de Sardá. (2)

El diplomático francés A. L. Moyne, quien residió once años en Bogotá (de 1828 a 1839), relata este episodio de la muerte de París, en los siguientes términos:

No tardó en saberse que la gente de la escolta (que dirigía el capitán José Manuel Calle) fue la que con ánimo avieso le había animado en su tentativa de fuga y que después de haberse caído del caballo al recibir la primera descarga, no tenía más que dos balazos que sólo le causaron heridas. El gobierno no pudiendo negar este hecho, que al principio trató de ocultar, lo explicó diciendo que cuando el oficial que mandaba la escolta, al acercarse al prisionero y ver que se debatía con las ansias de la muerte, en medio de espantosos sufrimientos, creyó que por humanidad debía hacerle rematar de tres tiros más; pero según la versión que más crédito mereció a la gente, fue el propio oficial, el capitán Calle, quien descerrajó un trabucazo en la cabeza. (3)

Entretanto, José Hilario López volvía a poner en práctica sus elevadas dotes de justiciero. El 30 de julio escribió al gobernador Rufino Cuervo:

Procure usted que en el término de la ley se fusile a todos los que deben sufrir la pena que ella impone, y que se haga el aniversario de los treinta y nueve la gente de Barreiro que se fusiló el año 19 con otros tantos que

he remitido. Es preciso cerrar los ojos a toda consideración, si queremos quietud en lo sucesivo.(4)

José María Obando, al igual que su idéntico y amado amigo López, saltando como caucho, escribe al general Santander:

¡Que maten a los españoles! Si estuviéramos en paz con ellos nos compadeceríamos, pero en guerra que se maten... ¡Qué se vayan a su tierra! Supongo que hoy estarán allá en víspera de fusilar los Sardás, y que si no es así, entremos nosotros a capilla. Bien lo mereceríamos. Mi general, por Dios, tengo hoy más miedo que el año desolado de 1828 y 1830. Temo y temeré hasta no ver escrita en la Gaceta la ejecución de esa ralea afortunada...(5)

Durante el gobierno de Santander se impusieron las más severas leyes contra los conspiradores. Decía el artículo 26 de estas leyes, establecidas el 3 de junio de 1833:

A los que por medio de tumultos o facciones tomen las armas para destruir las autoridades constituidas o cambiar las formas de gobierno; a los que tengan comunicación con el enemigo, tumulto o facción; a los que aconsejen, auxilién o fomenten la rebelión, traición o conspiración, serán condenados al último suplicio.

El tribunal de la causa dictó sentencia el 12 de octubre pidiendo la pena capital para diez, entre ellos: Sardá, Ignacio Acero, Juan Arjona e Ignacio Maya. Recomendaba clemencia para treinta y seis de los “conspiradores”. Santander en un acto humanitario conmutó la pena sólo a veinticinco de los presos, enviándolos a distintas cárceles del país. Pensaba el presidente que matar únicamente a nueve era un número muy pequeño para que se escarmentara. Con sus facultades “hubiera mitigado el rigor de las leyes y sólo hubieran sido ejecutados nueve”, ya que Sardá se había fugado. El propio Santander escogió a dedo de la lista los que debían ser pasados por las armas.

Este procedimiento fue improbadamente generalmente; y en efecto es muy delicado para un mandatario desatender en semejante caso las recomendaciones de un tribunal... y ponerse a entresacar a cuáles mata y a cuáles conmuta la pena; operación odiosa en la que puede entrar la animadversión personal. (6)

¡Pero, era el Hombre de las Leyes!

El 16 de octubre de 1833, a las siete de la mañana se tocaron solemnes llamados a las tropas y varios batallones de artillería, de milicias y de los escuadrones de húsares pasaron a formación. Dos horas después, la muchedumbre rodeaba la plaza de la catedral preparándose para oír los rítmicos compases del sangriento carnaval.

Florentino González era del mismo equipo falso, necio y amargo de lo mejorcito intelectualmente que dio el movimiento “liberal” de aquella época; el mismo, que ante el brutal y repugnante asesinato de don Mariano París, con hosco rencor y petulante amaneramiento sostuvo que el Gobierno no había incurrido en ninguna culpa en lo relativo a la muerte del desgraciado; con la misma acidez de siempre, con el mismo vocabulario sordo y amargo exclamó: “No haya consideración con nadie; no se piense en el luto con que se cubrirán algunas familias...” (7)

José Hilario López presidía el patibulario cortejo. Iba con reluciente uniforme, con las doradas y refulgentes prendas de sus más elevados títulos. En el amplio atrio de la catedral, la gente se apiñaba ávida de sensaciones fuertes. Era una abigarrada multitud de toda clase de políticos, de partidos: los marginales de los barrios de mala muerte y que veían en las acciones de los bandos políticos una especie de competencia deportiva violenta y cruel; sacerdotes imbuidos en los secretos de la masonería; intelectuales de la escuela del malogrado poeta Luis Vargas Tejada, el que escribió en francés —si no lo hubiera hecho en este idioma, habría perdido poder y prestancia sus terribles versos: *Plus grande et plus illustre le jour de la vengeance*.

Los pitos y redobles de tambor, mezclados a una morbosa impiedad, confundidos con apagados sollozos y murmullos de oraciones... Las voces huecas y estridentes de los oficiales en ritos de marchas, vueltas, golpes de botas y tintineo de espuelas.

Autómatas. Lleno el aire de un falso silencio de solemnidad. López, espectral, con el rostro congelado, era la figura del momento. Encarnaba la eterna restauración de la libertad. La “libertad” había que ganársela cada mañana. Cada hora, cada instante era necesario hacerle sentir al

pueblo las luchas y sacrificios que exigían el Templo del Dios Moral y Social, ¡pero con sangre!

El trueno victorioso de los grandes capitanes, la lucha eterna contra la monotonía cotidiana; parto creador de la muerte, del odio y de la venganza. Viendo al soberbio Santerre Granadino, hierático, perfecto inquisidor que en aquella plaza alfombrada de flores, muchos “liberales” imaginaban frente al pelotón de fusilamiento a los usurpadores de Urdaneta, Bolívar y Sucre.

Lástima que la historia no pudiera reconstruirse.

Las órdenes terribles de la ceremonia habían sido retrasadas adrede. El sopor lento de las comisiones en funciones protocolares comenzaba a aburrir a los espectadores. Las muecas de los sentenciados no eran suficientes para dar brillo a la ocasión. Ojalá pudieran ser arrastrados por los caballos, despedazados sus cuerpos y asadas sus vísceras, y luego devoradas por el público...

Cristo de los mártires, acompáñalos... Ampáralos Dios Todopoderoso...

Pasos marciales, grupos que aplauden; un grito de dolor; las figuras de vistosos colores que cruzan la plaza y el humo denso de la descarga que tarda en disiparse. El preámbulo a la matanza.

Un silbato irrumpe como una llaga en el cielo. El señor presidente se ha asomado a la ventana desde uno de los gabinetes de la antigua casa de los virreyes, colocada —estratégicamente— para ver con claridad los fusilamientos. Acababa de desayunar Santander: *des biscottes, du pain, du beurre, de la confiture...* Maldita sea: la venganza es un plato que se come frío.

Se da lectura a la lista de los condenados; a cada nombre siguen repiques de campanas, un “apiádate de su alma, Señor” y el rugir de un desentonado clarín del primer escuadrón de húsares. A las diez horas, la sólida descarga brama oponiéndose a la tromba de voces y lamentos histéricos de los familiares de las víctimas; gritos al Salvador y un alboroto

de vivas o mueras mezclado con aplausos —la dulce desintegración de la masa en el polvero de las añagazas liberales y republicanas.

El general López hizo desfilar las tropas por frente a los cadáveres, aún palpitantes, los que fueron enseguida retirados por la hermandad del Monte Piedad y por los parientes, yendo a la cabeza de la lúgubre procesión el Cristo de los Mártires, que a tantos mártires ha acompañado... Despejada la plaza, el general Santander se retiró al palacio, por el mismo camino que trajo, es decir, por frente a los banquillos, deteniéndose algunos minutos a examinarlos, y le acompañaban los ayudantes generales del Estado Mayor general, llamados por el secretario de Guerra. Por consiguiente, todo esto lo vi yo, que era uno de ellos, y lo vieron miles de hombres, de los que muchos viven aún, y fue por varios días objeto de conversaciones, de críticas amargas, de defensas acaloradas, en fin, de cuestiones odiosas; por consiguiente, las pasiones políticas se iban exaltando para estallar más tarde. Ni Bolívar dictador, ni Urdaneta comandante general, ni Córdoba secretario de guerra, fueron a ver fusilados a los conspiradores del 25 de septiembre... (8)

Y muchos se preguntan: ¿Cómo fue posible que ningún hombre importante de la Nueva Granada, de la categoría de Posada Gutiérrez, de José Manuel Restrepo o Eusebio Borrero, alzara su voz para enfrentar aquel extraordinario terror, aquellas aberrantes e indignas prácticas?

Había, pese a cuanto hizo el presidente para castigar a estos “conspiradores”, un sentimiento de honda frustración. Sardá se había burlado de las medidas para aprehenderle. Sobrevivió casi un año de persecuciones, requisas —de detenciones a sospechosos—, sin resultados “positivos”. El gobierno ordenaba imprimir avisos donde se ofrecían premios de mil pesos fuertes a quienes lo denunciasen, dos mil pesos al que lo aprehendiese y lo entregara a la justicia, prometiendo guardar en reserva el nombre de quien lo hiciera; no hubo cosa que no imaginara el Gobierno para estimular a todo el mundo para buscarle, para aprehenderle como si se tratase de un monstruo. Se enviaron a Tunja y a Antioquia pelotones de soldados, armados hasta los dientes, especialmente entrenados para esta clase de búsquedas, desposeídos de todo escrúpulo y ciegamente fieles a Santander.

José María Obando seguía, desde su refugio en el sur, paso a paso, cuanto sucedía en la capital. Le habría gustado aconsejar personalmente

al presidente, y de no haber sido porque Santander tenía un asesor de la categoría de López se hubiera trasladado a Bogotá. Lo que no le gustaba a Obando era la situación del gobierno infiltrado con elementos bolivarianos. José María le decía: “Tengo el mismo miedo que el general Páez”. Sobre la sublevación le decía que durmiera tranquilo y que él y López, “hoy de aquí a cien años seremos el mismo Obando y López del 28, el 30 y el 31. Recuerde que soy un buen muchacho. ¿Dónde encontrará usted otro general de mejor genio? ¡Qué lastima que se muera! ¿No es verdad?”(9). Santander leyendo estas misivas sentía una gran debilidad por la especie humana.

No obstante la agonía del gobierno se fue haciendo cada vez más insoportable. Santander, pese a la fervorosa solidaridad de hombres terribles como Obando y López, no vivía en paz consigo mismo; comenzó a erogar fuertes sumas de dinero para protegerse. Hombres sombríos, unos veinte, bajo cuyas ruanas llevaban un trabuco lo acompañaban a todas partes.

En octubre fue asesinado Sardá, y el mismo día por la tarde salió Santander satisfecho a pasear en coche; lo hizo con el capitán José Manuel Calle, el hombre que luego de haber sido herido París, le descestrajó un trabucazo en la cabeza. Aquello llamó la atención, pues al parecer Santander sentíase tranquilo y seguro al lado de monstruos como éste; se le notó sereno y parecía estar celebrando un triunfo, pues raramente se le veía pasear en coche.

El 1 de noviembre de 1834, Pedro Ortiz, el asesino de Sardá, fue ascendido a alférez primero.

Los hechos relativos a la conspiración de Sardá ponen de manifiesto la descomposición moral del gobierno. No era en el fondo tanto el estado de la oposición, como el grado de peligroso sectarismo, de miedos infundados, de supersticiones políticas, de excesiva susceptibilidad que como un cáncer consumía al grupo que entonces detentaba el poder.

Como se pudo ver, Sardá en un arrebato de indignación, ofendido en su honor, vejado por el ingrato gobierno que mientras admitía en el ejército a quienes jamás hicieron poco o nada por la patria, a él se le excluía y se le negaba con el mayor desprecio, optó por rebelarse solo

contra el Estado. No tenía siquiera una banda de cuatro soldados para hacer alguna resistencia, y cuanto movió su posición al respecto, fue consecuencia exclusiva de la absurda y sangrienta actividad del propio gobierno.

Tal estado era producto del terror que se respiraba. Lo que más dolía al Hombre de las Leyes era la forma en que los países civilizados veían su administración, pues él había prometido demostrar que podrían gobernarse sin Bolívar y que el Libertador no solamente era innecesario en la Nueva Granada, sino que constituía un obstáculo para la paz. Coinciden los historiadores que han estudiado este mandato de Santander en que su gobierno fue absolutista; un régimen fuertemente hegemónico, sin contar con alguien de peso en la oposición.

Jaime Duarte French dice que cuando el gobierno no tuvo contra quien luchar, empuñó la batalla contra sí mismo, en forma increíblemente ciega, y sólo porque Santander creía que aún podía imponer su voluntad a un país que ya oteaba entusiasmado otros horizontes. (10)

Concluido el drama de las borrascas conspiradoras, Santander dirigió, un poco más calmado, su mirada al Sur. En 1835, Obando arreció con obsesiva desesperación sus ataques contra Ecuador. Estaba otra vez de mal humor.

Los doctores de Bogotá despertaban de un largo bostezo

Para la elección de vicepresidente habían sido propuestos dos abogados: Azuero y José Ignacio Márquez. Contra la opinión del señor Presidente había resultado triunfante Márquez lo que revelaba, no sólo que Santander estaba en una peligrosa decadencia, sino que un polvorín de inmensas pestes estaba por desatarse.

Es decir, que la Nueva Granada estaba por sufrir una segunda pudrición social en menos de cinco años. Entonces, con necesidad de recuperar su imagen que comenzaba a ser otra vez destrozada por los abogados, Obando urgió a su querido presidente, que para ajustar las vencidas tuercas del Estado era necesario inventar una guerra. El general Juan José Flores, a principios de 1830, había pedido a la Nueva Granada, en

declaración oficial, una investigación sobre el Crimen de Berruecos. A consecuencia de este penoso asunto y las tormentas civiles que entonces ocurrieron, el batallón granadino Vargas se pasó entero al Ecuador, no sólo se pasó sino que hizo declaraciones contra Obando, en el sentido de que éste era el único culpable de asesinar a Sucre. Todo esto no obstante que el Supremo había hecho declaraciones en el sentido de que el Batallón Vargas era “un modelo de virtud y disciplina”. (11)

Como se sabe, ni los tribunales ni el poder ejecutivo procedieron a la averiguación de los hechos ocurridos en Berruecos en 1830, como estaban obligados por las leyes, y se contentaron con declarar que los papeles que reposaban en la Secretaría de Guerra no suministraban la evidencia de cargo alguno contra los supuestos culpables.

Obando sentíase hondamente ofendido por la conducta del general Juan José Flores quien, extrañamente ahora, no daba descanso a su pluma ni a su lengua para culparlo de tan feo crimen. Era que padecía constantemente la resaca de una fastidiosa neutralidad. Por ello no dejaba de pensar en una guerra. Francisco Soto y el presidente Santander procuraban por todos los medios posibles de detener las bravatas de Obando.

El 27 de agosto de 1834, Santander le rogaba moderación:

Usted le decía a Obando (me dice) que Flores amenazaré a la Nueva Granada, que nos perdemos y que todo se evitaba dando el paso que usted me indica como eficaz para asegurar la suerte del Ecuador, y yo le responderé que nos perdemos con honor, primero que violar las reglas de la justicia, las del honor y las de la moral pública. Sería inmoral la comisión destinada a prestar secretamente auxilio a la revolución, y los gobiernos no deben dar pasos de inmoralidad ninguna; y en cuanto a mí le aseguro a usted que estoy resuelto a dejarme crucificar antes que manchar mi honor, deshonrar al gobierno y hacer caer sobre mi patria una mancha eterna. (12)

Obando no ve en las expresiones de su jefe sino divagaciones moralistas.

El Supremo del Cauca le replica el 1 de octubre:

...Flores ha sido, es y será un pérfido indigno de consideraciones: su alma es devorada por el convencimiento de no poder humillar a los granadinos, y le he jurado para siempre opresión y guerra; temible me es verlo fuera de combate. (13)

El 3 de febrero de 1835, refuerza aún más sus arrebatos:

No se alucine usted, mi general, el país no se defiende con anomalías ni con ilusiones. Me he cansado hablando a usted particularmente, de oficio y de mil modos. Estoy de regreso para Pasto a consecuencia del triunfo de Flores sobre los liberales del Ecuador. Nada digo de lo que puede suceder a la Nueva Granada después de estos acontecimientos, porque desde el año pasado molesté lo bastante al gobierno sobre recursos de guerra, etc., etc. Por el adjunto estado verá usted si estará defendida la Nueva Granada por la parte del sur y si hay fondos prevenidos para sostener la milicia que dicen está organizada... Yo cumplo con la nación ofreciéndole el sacrificio de mi vida y reputación que voy a perder sin haber pensado jamás que el gobierno descuidará esta brecha de la República...

Mañana sigo a Pasto; Dios entretenga a Flores allá en su carnicería, mientras viene por acá. A mí me sobra resolución y patriotismo, como que he regresado del camino y voy al matadero; he perdido enteramente el gusto de escribir... ¿No fuera muy hermoso fusilar a Flores en Pasto? Espero suceda así, y Dios le dé ánimo para venir sobre Pasto; le doy mi palabra que le pondré puente de plata en Gálata y lo dejaré alojar en los escombros de la ciudad... Estoy muy caliente, y he escrito muy largo aún cuando me perjudica. ¡Qué ocurrencia la de los podridos ecuatorianos, agregarse a la Nueva Granada! ¡Dios nos quite semejante cáustico de la nuca! (14)

Dice Irisarri en su libro que resulta duro e inconcebible que dos naciones inocentes estuvieran condenadas a padecer males sin cuento por la culpa de un solo hombre, o por la de unos pocos delincuentes.

José María, no obstante, tenía grandes ilusiones de llegar a ser otra vez el mandamás de la Nueva Granada y, cuando pasaba por la localidad de Buesaco, escribió a Tomás Cipriano Mosquera una carta llena de serenidad y confianza en sí mismo; le cuenta: “monto a caballo, camino a pie, sudo y vuelvo a tragar como un galgo. Los venados los mató aquí en las labranzas de los indios, y estoy a mis anchas...”. (15)

En 1836 se recrudeció la campaña electoral para la presidencia de la República.

Para quienes todavía tienen dudas en cuanto a que el partido liberal de aquella época fuese una banda de mafiosos como hoy los carteles de la droga o los paramilitares —formado por los más turbios, inmorales y perversos elementos—, agregaremos otros sustanciosos documentos. La facción del sur sometida a Obando y López introdujo las acciones capitales sin las cuales no se podía sustentar gobierno alguno en la Nueva Granada: Un feroz caudillismo.

Recordemos con cuanto ardor acusó Santander a Bolívar de ser un funesto personaje para Colombia, cargado de una vesánica ambición de poder; Santander gobernó mucho más tiempo a Colombia que Bolívar, pues éste vivía dedicado al asunto de la guerra. El sectarismo del Hombre de las Leyes, su manía por no soltar un sólo minuto las riendas del Ejecutivo lo mantenían enfermo y amargado. Viendo que constitucionalmente no podría ser reelecto, optó por procurar la perpetuación en la jefatura del gobierno a sus más íntimos camaradas, principalmente de quienes habían quemado las naves de toda regeneración moral, y que habían participado en el horrendo asesinato en la persona de Sucre. En ellos podía confiar ciegamente. En 1836, de acuerdo con este proyecto, escribía a don Vicente Azuero:

Mi plan (y sea reservado) ha sido el siguiente: Obando, presidente para 1837 por una imperiosa necesidad. El doctor Soto, vicepresidente después de Márquez para templar a Obando y partir la magistratura con un civil y un militar. Usted, presidente después de Obando. El general López, vicepresidente después de Soto...(16)

La verdad era que Santander no quería ni soportaba la figura de Márquez en ningún cargo desde el día en que casi lo lanza de un segundo piso por cortejarle a doña Nicolasa Ibáñez. Este recuerdo le laceraba el alma, y fue entonces por lo que hizo tajante su apoyo a la candidatura de Obando. Tenía la profunda convicción de que el Jackson Granadino era el hombre necesario, pues, sabía enseñar, difundir y sostener las ideas que él siempre había soñado, con la garantía absoluta de que nunca variaría su conducta. Para ello recrudeció en él su deplorable manía de

escribir artículos feroces, con seudónimos, contra quienes no estaban de acuerdo con Obando.

Estas preocupaciones pasionales se llevaban a efecto en el momento en que Santander se desposaba con la jovencita doña Sixta Pontón Piedrahita. Luego de una luna de miel muy corta, el Presidente se concentró en el asunto de la candidatura. Recién salido del tálamo, los ojos ojerosos, un poco más gordo y sereno, pidió informe sobre los acontecimientos electorales y se encontró con que los enemigos tenían tantos candidatos que era muy fácil derrotarlos. No obstante, lanzó un largo suspiro, para luego decir: “Dios nos saque feliz de este enredo”.

No hubiera sido conveniente que Santander mostrara abiertamente sus simpatías por Obando, aunque este procedimiento fuese casi natural en los Estados Unidos. Recuérdese que el Libertador mantuvo la posición más distante frente a la elección de los diputados a la Gran Convención, y aunque pudo haber conseguido inclinar la balanza a su favor, por el prodigio de su fuerza y de su voluntad, no hizo el menor esfuerzo en conseguirlo.

Escribió Santander a don Rufino Cuervo que había opinado a favor de Obando “porque mi conciencia de patriota me lo aconsejó, y la opinión de hombres muy respetables que reforzaron la mía. No opiné por Márquez porque es vicepresidente; no debía tampoco unirme al bolivianismo y al fanatismo que tienen mucha parte en su elección; tampoco por Azuero, porque sus teorías podrían llevarnos al galope al abismo. Que el Congreso haga lo que le parezca, obedeceré al que nombre, lo sostendré contra toda resolución y le ayudaré, si lo necesita. Si la administración subsiguiente quisiere servir de instrumento de mis enemigos para perseguirme, habrá adelantado mucho su ruina y descrédito. Tengo el orgullo de estar creyendo que valgo algo en la Nueva Granada. Bolívar me lo hizo creer desde que me despreció y persiguió injustamente”.(17)

Y, en efecto, entre las artimañas que buscaba Santander para descalificar la candidatura de Márquez estaba un artificio de última hora que movió ágilmente entre sus amigos: Márquez no puede optar a la presidencia, pues cometería un acto abiertamente anticonstitucional, ya que en estos momentos es vicepresidente de la República y yo no veo el modo legal de dejar vacante tal cargo... Porque, sin entrar a examinar

sus cualidades, lo veía desempeñando la vicepresidencia para la cual fue nombrado por cuatro años, y la Constitución Granadina, en mi concepto, repugna y ofrece graves inconvenientes para que recayese en él la presidencia. (18)

Estando Obando en Popayán, sumamente preocupado por la popularidad que adquiriría la candidatura de Márquez, en una calle tuvo una acalorada discusión con Rafael Mosquera. José María sostenía la anticonstitucionalidad de la postulación de Márquez y, lo cual, según él, “cuantos votos obtenga serían nulos”. No tenía fin el asunto y Obando, tratando de imponer su desesperada tesis, le dijo:

—Si gana su Márquez tendremos un gobierno de hecho.

A lo que don Rafael Mosquera le contestó “sin pudor”:

—Todos los gobiernos son de hecho.

Esta afirmación produjo una horrible crisis emocional en Obando, y corrió a anotarla en sus *Apuntamientos*.

Haciéndose evidente que el partido santanderista tenía muy pocas posibilidades de ganar las elecciones, se hizo el intento de templar las cuerdas institucionales de la República con el “experimento” de la conspiración de Sardá. En el invento de una nueva rebelión contra el gobierno se idearon los fulgurantes fantasmas del fenecido bolivarismo; se quiso presentar una situación explosiva de modo que se despertara el viejo patriotismo del año 31, esta vez fortalecido con la presencia de Santander en el Ejecutivo para luego lanzar una candidatura de la entera confianza del gobierno. Pero ya la gente no creía en absoluto en el “liberalismo granadino”. Además, lo peor era que no había a quién echarle la culpa de la rebelión que se quería inventar. La farsa era tan evidente que el gobierno tuvo que esconder sus marionetas.

En tal estado de depresión, Azuero se distanció un poco de los torpes pasos de su jefe y oponiéndose a sus decisiones lanzó su propia candidatura. No sólo eso, sino que la ambición le llevó a justificar la posición de los grupos que apoyaban a Márquez en el sentido de que Obando no

debía optar a la presidencia, pues su pasado “estaba manchado” por el Crimen de Berruecos.

Esto fue el colmo de la ingratitud.

Cuando Santander lo supo, echó mano de su pluma y escribió:

Bogotá, 13 de junio de 1836

Señor doctor Vicente Azuero:

Habiendo estado a visitar a mi ahijada, me manifestó francamente, como debe ser, que usted estaba sentido conmigo por no sé qué chismes relativos a que yo excluía a usted de la candidatura de presidente por sus opiniones religiosas. Siento que usted no me hubiese hablado de ello: usted me conoce, que soy franco, consecuente, y que no huyo el cuerpo a ningún comprometimiento.

Se creía, y se decía que yo opinaba por el doctor Soto, porque guardaba silencio en orden a candidatura. Hablé con personas de confianza para mí y, entre ellas, sobre la materia, y cuando todas convinieron en Obando, yo declaré entonces mi opinión de acuerdo. Yo no he tenido un capricho en decidirme por Obando a pesar de sus defectos; no he hecho más que unirme a patriotas responsables. A usted mismo le dije que sentía no estar por usted, porque tenía la desgracia de que encontráramos una fuerte oposición en el clero y en la gente piadosa por causa del concepto en que lo tenía usted, como a mí, y a Soto... ni en papeles he denigrado de usted, ni he tratado de convencer a nadie para que desista de votar por usted...

Mi opinión es que la firmeza de carácter, la energía legal y un concepto general de tener estas cualidades es lo que se requiere para el año de 1837, si no queremos vernos en nuevas revueltas. A este bien positivo y a él debemos sacrificar toda otra consideración; por eso estoy: 1) por Obando; 2) por usted; 3) por Soto, y ojalá que ésta fuera la terna para que el congreso hiciese lo que juzgase mejor. Si Obando no hubiera sido nombrado vicepresidente encargado del poder ejecutivo por los eminentes patriotas de la convención granadina, quizá no estaría hoy por él; pero ya Obando ha gobernado por más de 6 meses, no obstante que había servido con los españoles, que había muerto Sucre, y que tenga los defectos que se le imputan. Eso lo debió haber

visto la convención de 1831 y la Nueva Granada en 1834 cuando le dio votos para la vicepresidencia junto con usted y con Márquez. Es preciso no ser inconsecuentes...

F. P. Santander

Uno de los más fieles servidores de Santander era Florentino González, quien hizo cuanto pudo para darle vigor al gobierno y sostener la tesis de que Obando era el hombre necesario de 1837. Ya hemos visto que Florentino era personaje amargo, feroz e intransigente; sostenía que hacía falta un Presidente que tuviera una posición militar, con cualidades ganadas en la guerra. A Obando se le iba a respetar, sofocaría cualquier tentativa que diera por trastornar el orden público. Recalcaba que había que recordar su gran fuerza desde su vicepresidencia en 1831, cuando salvó a la Nueva Granada de sus opresores y puso al país en estado de recibir la Constitución de 1832.

Toda la filosofía de Santander —y de cuantos a su lado defendían la candidatura de Obando— reduce sus argumentos en que era necesario y útil un gobierno “fuerte”, “vigilante”, “firme” y “enérgico”. Le preocupaba al señor Presidente que no se le temiera al Ejecutivo; el Ejecutivo debía estar armado hasta los dientes y en manos de sus íntimos amigos. Cualquiera que someramente sugiriera no estar de acuerdo con él, le ofendía, le hería, lo vilipendiaba.

Llama la atención que aquel hombre, que con tanta esperanza había sido recibido por los electores en 1832, que había viajado empapándose de las cuestiones morales, económicas y políticas de los pueblos más civilizados —con el deseo ardiente de aplicar estos conocimientos— no pensara en otra cosa que en exacerbar las pasiones y el disenso. Trataba de hacer ver que cualquier queja contra su gobierno y su persona eran unas tramas conspiradoras, espíritu de facción, trastorno sedicioso, actos liberticidas contra el orden Constitucional. Los mismos artificios y sofismas que usó para hacer perder al Libertador.

Ni por asomo plantea este eminente ideólogo algo que tenga que ver con la hacienda pública, con el eterno problema de las vías de comunicación, con el mejoramiento del comercio y de la agricultura; con el progreso de esa industria que tanta emoción le produjera en Estados

Unidos. Jaime Duarte French sostiene que Santander al enumerar las virtudes del candidato ideal, da la impresión de tener en su mente a un capataz de cuadrilla y no a un jefe de Estado. En su defensa oficiosa para sostener a Obando, dice Duarte French, no quedó en el aire sino la imagen de un déspota en ciernes, a quien era necesario cerrar el cambio al poder con un acto de soberanía popular, para que “con su carácter enérgico y vigoroso” no diera al traste con las libertades políticas que aún subsistían. (19)

Durante este trance se verá a las claras que el llamado Hombre de las Leyes, en verdad, en absoluto, le interesaba el estado de derecho. Sostiene ahora que las revoluciones no son producto de los errores de los gobiernos, sino de la ignorancia de los pueblos.

Está más que nunca persuadido de que “los principios por sí solos no hacen la felicidad de las naciones”. (20)

De tal manera que Santander, en aquellos días de 1836, no pudo disfrutar de una luna de miel serena, apacible. Las relaciones amorosas con su esposa no le trajeron paz; su preocupación de entonces estaba concentrada en el asunto relativo al sucesor.

La obsesión por el Jackson Granadino le llevó a confesar:

He escrito sin mi nombre, antes de las elecciones primarias, tres o cuatro artículos para la imprenta recomendando sus cualidades (las de Obando), defendiéndole de falsas imputaciones y presentando delante del pueblo las necesidades de la Nueva Granada, a fin de que nunca pudiera alegarse que se había ignorado.

Nada diré que no sea un hecho positivo, si alguna persona tuviere prueba en contrario, la conjuro a que la presente, no con vaguedades por medio del anónimo, que ya se sabe que es arma favorita de los calumniadores, sino bajo su firma y por la imprenta... (21)

Y se desgarraba en un profundo tono quejumbroso: “¡Yo tengo (decía) en favor de Obando hechos positivos, en circunstancias difíciles y peligrosas, obrando como jefe!”

Cuando le preguntaban cuáles eran esos hechos, vacilaba un poco, pero con gran determinación exclamaba:

En las angustiadas épocas en que los enemigos de la República combatieron para destruir el poder legal, su conducta fue uniforme en defensa de las instituciones desde 1822 cuando se incorporó al Ejército Libertador. Aquí nadie puede negar de su carácter indomable. No olviden la enorme confianza que mereció de la patriótica convención granadina. ¿A quién se le ha visto más positivos compromisos con el sistema legal? Que yo sepa, por más patriotas que se digan los que quieren competir con Obando, yo no he visto a nadie aquí que se hubiese opuesto con más vigor, con mayor energía y firmeza a las usurpaciones y que haya ayudado más fielmente, más denodadamente, más fieramente, si se quiere, al restablecimiento del gobierno constitucional.

A finales de 1836, Obando, que estaba viudo, entusiasmado por el matrimonio de Santander, también decidió enmaridarse para renovarse como su jefe: Iba entonces a renovar las tres C, Casa, Corazón y Caballo: casó con una distinguida dama de Ríonegro (Antioquia) doña Timotea Carvajal Marulanda, de sólo treinta y un años. Santander y su esposa solicitaron, en presencia de un numeroso público, que Obando y doña Timotea les permitieran ser los padrinos de su primer hijo. En diciembre salieron los recién casados a residenciarse en Popayán. Iban a dedicarse a las labores del campo en las haciendas Las Piedras y Las Yeguas.

A Obando las esposas le salían muy buenas: no eran hembras que se sobrecogieran de horror ante las guerras y las sediciones, ni les importaba que el marido anduviera en un permanente salto de matas y que llegara, con la ropa sudada y hedionda a pólvora y manchada de sangre humana, de tanto lidiar con bandoleros. Mucho menos se angustiaban por alarmas o amenazas; porque cuando doña Timotea se amarró a José María, las vulgaridades y los pleitos por el asunto de la sucesión se encontraban en su punto más álgido. Idiotizados estaban los diputados por estas bullas, crispaciones y pendencies cuando el 1 de marzo de 1837 se reunió en Bogotá el quinto Congreso Constituyente de la Nueva Granada. Después de varias deliberaciones, los candidatos para la presidencia quedaron reducidos a José Ignacio Márquez, Vicente Azuero y José María Obando. El que Azuero aceptara la postulación fue un golpe demoledor contra la dignidad del Hombre de las Leyes. No había sido, como se ve, Azuero, consecuente con el denodado luchador

y sostenedor de las causas republicanas, el único guerrero que había humillado a Bolívar.

En la primera vuelta se obtuvieron los siguientes resultados:

Márquez: 58 votos

Azuero: 21 votos

Obando: 17 votos

Lo cual quiere decir que ni sumando los votos de Azuero y Obando hubieran podido vencer a Márquez. En vista de esta situación, para la segunda ronda, Santander propuso que se votara por Azuero, lo cual recrudenció la derrota del santanderismo.

Santander dijo entonces que era una verdadera afrenta para su nombre y para su obra el que Márquez fuera presidente de la República. Pidió cordura y les hizo ver que aún quedaban procedimientos legales con los cuales se podía invalidar el triunfo de Márquez. Que se buscaran esas formas en los códigos y en una firme y clara lucha ideológica, aunque estas formas, por las necesidades imperiosas de la República, condujeran a un estado de conmoción general que requiriera de una guerra.

Los “liberales auténticos” andaban con humor de perro, con la cara congelada.

VIDAS ANTIPARALELAS

Obando es el asesino más simpático que he conocido.

Jean Baptiste Boussingault

Vencido en las elecciones, Santander iba a desarrollar frente a Márquez la misma actitud sediciosa que había asumido cuando dejó de ejercer la Vicepresidencia de Colombia en el 28.

En este período se van a extremar sus agudezas políticas.

Las razones de las que echó mano para sostener la candidatura de Obando eran inconcebibles si tomamos en cuenta que su fortuna política estaba sustentada en que él era un gran demócrata, el mejor conocedor de los principios constitucionales de su país. Sostuvo que su vida peligraba si Obando no era elegido. Extraña preocupación cuando se sostenía con insistencia que la nación granadina estaba en calma y él era el padre fundador de un equilibrado sistema judicial.

Viendo que este argumento era pobre en sí mismo, pues se le echaba en cara que su candidato haría del país un campamento militar, Santander tomó al toro por los cachos y dijo de una sola vez que su compadre era el único hombre fuerte que tenía la Nueva Granada, capaz de enfrentar a los facciosos, a los criminales políticos y la única garantía de cuatro años más de tranquilidad. Que Márquez, por ser un civil, estaba imposibilitado para sostener el orden, la paz pública, la seguridad.

Márquez en su presidencia va a recibir las cornadas más duras de su vida pública. Se le llamará desde entonces “hijo de Bolívar”, “ingrato” y cuantos títulos sean capaces de parir la envidia y el odio de los partidos. El hecho de que emplee en su administración a Estanislao Vergara, a Eusebio M. Canabal y a Diego Fernández es síntoma inequívoco de que Márquez significa el resurgir de las malévolas fórmulas del “Tirano en Jefe”, las cuales se creían extinguidas con el triunfo presidencial y la llegada a la patria del señor “San Salvador”, “San Justo”,... San Guinario.

Escribe Santander a Herrán, el 10 de marzo: “... Jueces de la Suprema Corte, Canabal y Vergara. Dios nos saque felizmente de este segundo período y ya tendremos patria”.(22) Y el mismo día a Troncoso: “¡Qué mayoría de Congreso! Los vejámenes y ultrajes se multiplican por la imprenta. Parece que ha vuelto a aparecer aquella fatal época de la dictadura de 1828”.(23)

Corren rumores de todo tipo; el gran descontento que existe en el sur por la elección “ilegal” del señor Márquez es la excusa formidable para iniciar otra lucha restauradora de la libertad. Esta campaña se realiza en sintonía con los proyectos que hacen difundir los “liberales auténticos”, quienes proponen que Márquez renuncie a su presidencia y quede únicamente ejerciendo el cargo de Vicepresidente. Creían o aparentaban creer que este era un acto de consumada prudencia que allanaría todas las dificultades.(24)

Márquez, por supuesto, no era el hombre que los “liberales auténticos” imaginaban y rechazó con firmeza estas amenazas, coacciones o chantajes. Respondía que su deber era gobernar, tal y cual lo ordenaba la Constitución.

No tarda en llegar el esperado oficio dirigido por el nuevo presidente al Congreso que engendra la crisis. Se utilizó aquello que Márquez dijo, lo de aceptar la presidencia, “dimitiendo por lo mismo a la vicepresidencia de la República”.

“Esto es evidentemente de corte anticonstitucional”, protestaron al unísono los santanderistas.

Pero esta vez el Congreso no se dejó amedrentar como sucedió en la elección de 1831, y después de una calurosa discusión Márquez fue confirmado en su presidencia.

Vencidos en esta contienda no les quedaba a los “liberales auténticos” sino la carta de la rebelión, con Obando como director absoluto de algún incendio en Pasto. Todo el mundo sabía que esta carta bajo la manga era el arma más poderosa que tenía el partido “liberal”. La fuerza bruta ha sido siempre el motor para solucionar las ardientes pasiones políticas.

En aquellos días Santander escribe al general Herrán:

No faltan aquí chispas desagradables por el descontento con que algunos han visto la elección del señor Márquez, y por causa de alegada inconstitucionalidad. Estas chispas crecen en proporción de que algunos imprudentes partidarios del nuevo Presidente escriben insultos y amenazas contra los que hemos contradicho su elección; pero todos los que valemos algo en el país estamos empeñados vigorosamente en sostener el orden público y mantener la autoridad del gobierno, entre otras muchas razones, porque no es preferible a una oscura inconstitucionalidad, una violenta y declarada infracción de la constitución, que es el caso de cualquier trastorno. (25)

Leyendo estas líneas es fácil deducir cómo a Santander le era imposible admitir el mando de alguien que fuera contrario a sus ideas y pareceres. El mundo de las leyes no es perfecto en sí mismo, como no lo es siquiera el de las matemáticas. Entonces, ante cualquier minucia, en medio de tan compleja estructura de artículos, disposiciones transitorias, reglamentos y decretos, siempre es posible encontrar un “pelón” sobre el cual sostener el artificio de alguna “ilegalidad”. Esta ha sido la jurisprudencia diabólica que ha mantenido a América Latina en un limbo de contradicciones y de maldades públicas horribles. ¿En qué se diferencian estos argumentos a los que desde Ocaña enviaba Santander a quienes todavía creían en el Libertador? (26)

Estas interpretaciones sobre la legalidad del mando de Márquez tenían por fuerza que levantar roncha en la sociedad. De modo que en las esquinas no se discutía otra cosa que de la inconstitucionalidad del mando del presidente de la República.

El día que Santander se despidió de su cargo ante el Congreso de la República pronunció un discurso de corte claramente faccioso, pues dijo:

Yo no he favorecido la presidencia de Márquez, entre otras razones, porque no veo en la Constitución sino tres casos exclusivos de vaciar la vicepresidencia, a saber: por muerte, destitución o renuncia del vicepresidente, y para mí jamás un hecho puede ser modo de aclarar, interpretar o adicionar la ley de las leyes, la Constitución. El Congreso de 1837 ha establecido un hecho al que me someto. (27)

Cuando muchos esperaban del Presidente saliente, al fin, una actitud de serena prudencia ante el mal siempre latente de las rebeliones, le encontramos otra vez esgrimiendo los mismos sofismas constitucionales que acabaron por desintegrar a la Gran Colombia.

Pero no valen los primeros ataques del grupo “liberal” para debilitar a Márquez; por el contrario, de modo sorprendente el gobierno adopta una firmeza que aterra a la oposición.

Se llevan a cabo las elecciones para senadores y representantes. Los esfuerzos hechos por Santander para obtener una curul como senador por Bogotá son inútiles. Otra prueba de que sus embestidas contra la supuesta ilegalidad de Márquez no son tomadas en cuenta. No obstante, consigue ser elegido diputado por la provincia de Pamplona.

En octubre de 1837, Santander hace público un folleto que lleva por título: *Apuntamientos para la historia de Colombia y de la Nueva Granada*. Márquez sale bien mal parado en este documento. Este documento provoca otras amargas polémicas.

El 15 de diciembre, Santander escribe a Troncoso: “Le remito un ejemplar de mis *Apuntamientos*, y otro a Baena. La edición se ha agotado... Aquí han venido a buscarlo y comprarlo porque tengo entendido que no ha desagradado”. (28)

Refiriéndose a la polémica desatada por sus *Apuntamientos* y los terribles ataques que lanzan sus partidarios, Santander escribe a un amigo: “Aquí tenemos, con la señora *Bandera*, el poder ejecutivo a raya... En la *Bandera* damos descargas cerradas al enemigo...” (29)

Pero ocurre otra cruel derrota: Santander fracasa en su intento de hacerse con la presidencia de la Cámara de Diputados.

El 6 de marzo de 1839, fue definitivamente confirmado el triunfo de Domingo Caicedo como vicepresidente de la República, frente al candidato de la oposición, don Vicente Azuero.

Este triunfo exacerba los ánimos de la oposición y se produce una espantosa expansión de libelos y panfletos que enferman y desquician

a los estudiantes de San Bartolomé. Además de la *Bandera*, arden: *El Diablo Cojuelo y La Calavera*, *La Banderilla*, *Los Cubiletes*, *El Cernícalo*, *El Tábano*, *El Duende*, *Papirote*, *El Oleaje Nacional*, *La Píldora...*

La situación en el Sur es delicada. Algunos aseguran que Obando vive completamente pacífico en su hacienda de Patía, pero don Manuel José Castrillón piensa lo contrario; lo vio pasar por Popayán receloso y preocupado, llevando en los ojos los nubarrones de la derrota. Estaba en Popayán como tigre herido, dispuesto a lanzarse a la lucha. Sólo esperaba que los clamores de la capital encontraran un motivo suficientemente fuerte para encender la mecha.

Dice don José Manuel Restrepo:

Desde este tiempo se comenzó a temer que el partido liberal, viendo que no podía triunfar en el campo de la legalidad, recurriría a las vías de hecho para obtener la supremacía. Todo aquel que fuera amante del orden extrañaba con razón que Santander apoyara con su influjo una oposición tan decidida; a sus continuos embates era harto difícil que pudiera resistir el gobierno de su patria constitucionalmente débil y que necesitaba por tanto el apoyo de los ciudadanos distinguidos. (30)

Y, en efecto, Santander procura conmover a los hombres importantes de la República en la dirección de sus sentimientos. El 27 de agosto de 1838 escribe al general Herrán:

Muy mal veo ir andando las cosas; las elecciones han dejado profundas animosidades... El señor Márquez se equivoca mucho si cree que todo está compuesto con una mayoría en las cámaras y esta equivocación nace de su falta de mundo y de estar pensando que una torpe obstinación sea prudente firmeza. Usted sabe que Carlos II y su sucesor tuvieron mayoría en el parlamento inglés, y que al fin perdieron la corona. Carlos X tuvo una gran mayoría por bastante tiempo en la cámara de Francia, y también perdió la corona. (31)

Cuando las proposiciones de Santander obtenían mayoría, ya fuera en el Congreso de la República de Colombia o en la Convención de Ocaña, entonces, la mayoría sí era cosa sagrada; cuando esa mayoría le era desafecta, era una mayoría proclive al descalabro y que colocaba

al país al borde del abismo, de las guerras, de las desconfianzas, de las incertidumbres sociales y de las grandes conmociones públicas. Es insólito cómo desde entonces ya estos políticos vivían de las maromas comparativas del Estado nuestro con Europa o los Estados Unidos. Esa manía de comparar nuestras malas acciones con las buenas o regulares de otros países completamente distintos al nuestro, es lo que ha traído esa avalancha de calamidades morales que actualmente padecemos.

En julio de 1938 otro hecho vino a perturbar aún más la salud del general Santander: Tomás Cipriano de Mosquera entraba en la Secretaría de Guerra en sustitución del general José Hilario López. Pronto comenzaron a moverse las mismas endiabladas redes del año 30. En el Cauca la situación era de una calma compleja. Se escuchaba en aquella región que “al fin los liberales han afianzado la libertad, la seguridad personal y de los bienes públicos” y Obando replicaba: “Ya ni me acuerdo de las armas ni de mis méritos militares...”; en medio de estas escenas bucólicas entre gallinas, montes, perros y vacas, recibió el Supremo importantes noticias; estaba Obando con Sarria y algunos “liberales auténticos” de la región de Antioquia y Cartagena, cuando al abrir aquellos sobres quedóse mudo y tieso. Dejó a sus amigos y comenzó a ir de un lado a otro del largo corral de su hacienda Las Piedras. Cuando creyó tener en calma sus pensamientos, expresó: la cosa está tomando un giro peligroso. Estamos muy mal servidos por un Ejecutivo que nombra en la Secretaría de Guerra a Tomás Cipriano. A ustedes les constan cuántos esfuerzos hice por adecentar el ejército.

No obstante, las navidades del año de 1838 Obando las pasó feliz; comiendo mucha carne de res y de venado; recibiendo obsequios de las regiones vecinas; contemplando el progreso de sus hatos que se engrosaban con animales y bestias finas; campos con hermosos sembradíos, fecundas y extensas praderas por donde iban y venían recuas cargadas de café, arroz, caña, pan de huevo, patacones tostados.

El padre Villota

El Congreso de Cúcuta, el 6 de agosto de 1821, había decidido la supresión de los “conventos menores”, que eran aquellos que consistían de un número inferior a ocho religiosos de misa. Las rentas que quedaran de la eliminación de estos conventos se utilizarían para la educación pública. Pero el lío eterno de nuestras conmociones públicas, el enredo nunca resuelto de mil leyes diferentes que no acaban por aprobarse y el desbarajuste de un Congreso que no trabaja con disciplina, orden y seriedad, condujeron a que todavía para finales de la década de los treinta se hallara esta supresión a la espera de una revisión.

Esta ley fue sometida a consideración bajo el fuerte influjo anticlerical del señor Santander, quien entonces era masón. Tiempos de ardientes reformas positivas y cuanto olier a cura le repugnaba. Resulta ahora que habrían de ser los “liberales auténticos” quienes por meros motivos perturbadores querían hacer de esta reforma un polvorín para desquiciar al gobierno. Así, por una ley del 5 de junio de 1838, en Pasto, fueron finalmente suprimidos los conventos de la Merced, San Francisco, San Agustín y Santo Domingo.

Al fin había sido encontrada la excusa para producir un movimiento realmente sólido y mortal contra el régimen. Santander fue el primero en hacer una observación que daría los elementos necesarios para iniciar el descalabro; sostuvo con equilibrada serenidad, lo siguiente: Me parece, que dada la índole fundamentalmente religiosa de los pastusos, la supresión de tales conventos va a provocar un levantamiento en la región. (32)

No sabríamos decir hoy si fue la ejecución de esta ley del 5 de junio o la declaración de Santander lo que inspiraron el feroz levantamiento de los frailes en Pasto. Sobre todo, el frenesí sangriento del padre Francisco Villota, Preósito de la Congregación de San Felipe de Neri. Este fervoroso puritano era un hombre culto, vestía un tosco sayal, calzaba abarcas y cruzaba su cabeza con una rara especie de cepillo. Vivió muchos años como ermitaño y con un traje tan viejo que se le caía a pedazos.

Este padre y sus fanáticos seguidores ya estaban al tanto que, en la capital y en muchos otros lugares de la Nueva Granada, la oposición a la supresión de los conventos menores contaba con el apoyo de un

poderoso partido político. El padre Villota se sintió fuerte y comenzó a gritar en los mercados y plazas diciendo que la ley del 5 de junio era una puñalada al corazón de los santos principios de Cristo. Pronto corrió un viento de regresión a los convulsos días de la Independencia, cuando Pasto era “el cuartel inexpugnable de la virtud y el misticismo guerrero de los más puros cristianos”. El valor místico de este loco tonsurado hizo sublevar la sangre de los pastusos. Durante las fiestas religiosas del patrono de Pasto, su verbo alcanzó una luminosidad borrascosa. Desde el púlpito de la catedral apostrofó a la maldición ejecutiva que dictaba leyes tan opuestas a la palabra de Dios. Colérico, desgarrada su voz, rojo de ira su semblante, pidió oponerse mediante las armas contra esta “herejía”.

Y como por arte de magia comienzan a llegar fusiles, lanzas, pólvora, cañones y obuses. Aparecen grupos de hombres a caballo y, como en una historia fantástica que rememora a las hordas de los cruzados que van por los caminos, alegres, a sacrificarse por el Santo Sepulcro, el padre Villota amarrándose la sotana por la cintura monta a un potro y hace la señal de haber comenzado la lucha. Cinco mil hombres le siguen por las calles; de los gritos se pasan a los lloros; de los llantos a la risa; se aplaude, se dan vivas y mueras, según sean los vientos de la demencia generalizada. Se habla de Rey y de Cristo, de ultrajes y glorias divinas. El grueso de esta barahúnda de fanáticos lo forma indios feroces, temibles.

De inmediato estas tropas desordenadas salen al campo y enfrentan al comandante militar de Pasto, don Manuel Mutis; el fervor religioso guiado por un espíritu diabólico trueca el desorden en triunfo. Los mismos jefes de la sublevación hubieron de contener a la terrible indiada que quería descuartizar a los vencidos en el propio campo de batalla.

Envalentonados ansiaban medirse con fuerzas superiores a la de Mutis. Ondeando sus banderas, sus cruces y estampas de la Virgen, comienzan a aterrar los lugares vecinos, pero ahora dirigidos por el coronel Mariano Antonio Álvarez y guerrilleros sanguinarios como el negro Noguera y los hermanos España y Fidel Torres.

Durante tres días sitiaron el lugar donde se encontraba el gobernador Antonio José Chávez y setenta soldados que componían el batallón No. 7, al término del cual hubo que firmar un documento asaz ofensivo y criminal contra el gobierno.

Luego fueron intentando levantar regiones circunvecinas a favor de la revuelta y se invitaba a temibles guerreros de la zona a unirse bajo el señuelo de enriquecerse de las depredaciones que se ocasionaran al enemigo. Resucitaba en las voces de los pueblos, que salían a saludar a estas huestes, el nombre de Fernando VII, el germen bestial que anidaba en el vientre de todas las pastusas desde tiempos inmemoriales. Otra vez el rito del hierro y del fuego como vía para alcanzar el cielo. Y como en un gran incendio se oía el crujir de mil voces rezando.

El presidente Márquez no se atemoriza ante tan bárbaras idolatrías y presiones. Se reúne con los generales Tomás Cipriano de Mosquera y Pedro Alcántara Herrán con los que dispone no transigir un ápice de terreno con asesinos o curas sueltos; un fuerte contingente bajo el mando del general Herrán debe contener a los bandidos guarnecidos tras las infernales cornisas de Pasto. Iba el general Herrán a enfrentar la república teocrática y bestial sustentada por los santos de Villota y Antonio Mariano Álvarez.

Como el presidente no estaba dispuesto a aprobar las insolentes amenazas de los alzados reunió su alto mando militar y dispuso medidas severas que fueran capaces no sólo de someter a Pasto al imperio de la ley, sino la de acabar de una vez por todas con esa maldita manía de justificar actos revolucionarios con pretextos religiosos —que a “más de su criminalidad, son un manantial inagotable de males para los pueblos”—. Este acto dejó anonadado a Santander y su grupo, que nunca llegaron a pensar que Márquez podía tener el suficiente coraje para enfrentarlos, pues era ya declarado el entusiasmo que mostraban los “liberales auténticos” por los rebeldes de Pasto.

Más ofensivo resultó para Obando el que Márquez no lo reconociera como el salvador natural frente a las maléficas fuerzas del manicomio de Pasto.

Los santanderistas de la capital, como quien manipula el alza y baja de un importante artículo de consumo, decían: “Esto sólo lo arregla el general Obando”. Era definitivo que el Supremo estaba contra la eliminación de los conventos menores y meditaba sobre los escabrosos movimientos militares ordenados por Márquez. Nada de extraño había en los rumores que se corrían de que Obando era la cabeza de la sublevación,

pues don Mariano Álvarez era de su entorno más íntimo y había estado en todas las rebeliones que encabezara Obando desde el año 28.(33)

En medio de las fermentaciones de estas críticas y de otros espasmos revolucionarios, culmina el año de 1838. El año 39 lo inicia Santander sosteniendo que la opinión pública gana terreno a favor de la causa liberal progresista y que Márquez empalaga a la gente con sus panegíricos.(34)

En recetas que se reparten por las provincias se dan instrucciones de “cómo se despachurra a un gobierno”. No llevan una dirección determinada las turbas redentoras que recitan cada mañana estos formularios, pero van cargadas de un odio suficiente como para hacer estremecer las bases del gobierno y levantar el espíritu guerrero de numerosos grupos de ociosos, que en un golpe de suerte buscan un mundo mejor.

Como bandadas de buitres alzando vuelo, curas de todos los contornos del infierno de Pasto sacuden sus sotanas, poniéndose a las órdenes de un cristo que habla de la salvación por la vía de las armas.

Lo más grave, y que preocupaba sumamente a Márquez era el uso “político” que se hacía de estas perturbaciones. Pronto las chispas llegaron a Bogotá, de aquí pasaron a Vélez, Tunja, Casanare, Socorro y Pamplona, y el endeble edificio institucional crujía por todas partes. Si no se contenía con firmeza el embrollo de Pasto, la nación se vería sometida a un voraz incendio.

El general Obando, siguiendo indicaciones que le daban enjundiosos ideólogos de Popayán, decidió trasladarse a Bogotá. Tal vez aspiraba a que se le entregara la dirección militar para contener a los victoriosos fanáticos, y recoger laureles extraños como los recibidos durante el enfrentamiento con Juan José Flores y como los de las gestas gloriosas contra el Usurpador Urdaneta. La táctica era, como dijimos, clara, pues los “liberales auténticos” apoyaban, bajo cuerda, que se le diera al Supremo el mando militar del sur. Pero no faltó quien corriera a dar informaciones de que Obando había estado en comunicación con los facciosos. La confusión era horrible. El propio Obando aclaró que se iría a la capital porque no faltaría quien lo quisiera comprometer, injustamente, con los que procuraban el derrocamiento del régimen de Márquez.

Estando Obando a punto de partir, llega Herrán. Obando y Herrán sostuvieron una entrevista en Popayán. Algunos emisarios de los alzados hicieron observar a estos generales que el modo más expedito para restablecer la paz era conceder cuanto los alzados exigían. Impresionado quedó Obando cuando oyó decir al general Herrán que se iban a desengañar si creían que él iba con tales fines a Pasto y que su deber era someter esta región al gobierno constitucionalmente establecido.

No ocultó su disgusto Obando ante Herrán y le dijo que no podía comprender por qué el gobierno no lo había tomado en cuenta para pacificar a Pasto; que bastaría su presencia para someter a Villota y su gente; que él lo hubiera hecho sin alarmas, sin tropas, con una mínima porción de recursos. Fue entonces cuando declaró: no ha debido ponerse en ejecución la ley que suprimía los conventos⁽³⁵⁾; que seguramente no habría capitulación, de lo cual hacía responsable al gobierno por todos los males que esto traería.

Lo más grave era que los principales cabecillas y promotores de los tumultos eran sus agentes, los tenientes más allegados a su persona y que habían participado a su lado en muchas luchas y alzamientos.

Concluido su diálogo con Herrán, salió hacia la capital. Va por el camino informándose de la consistencia constitucional del gobierno de Márquez; le va tomando la presión legal en cada pueblo, en cada caserío. Lo acompañaba, entre otros, el capitán Francisco Diago, íntimo conmillitón desde los tiempos en que el Jackson Granadino fungía como oficial ecuatoriano.⁽³⁶⁾ Cuando a Obando le preguntan a qué va a Bogotá, a unos dice que a atender la educación de sus hijos, a otros: “cerca del gobierno, para que no se diga que soy insurgente”, o sencillamente para ilustrarse un poco con lo más evolucionado de la inteligencia granadina. En realidad, él aclarará una docena de años después que “aproximábanse las elecciones de 1840, cuando resolví marchar de Popayán para Bogotá a desmentir con mi presencia en la capital, la especie propagada allá por Mosquera, de que yo me hallaba entonces capitaneando en Pasto la revolución. Salí en julio, un mes antes del degüello de los trescientos bárbaros que el civilizado Herrán daba cuenta de haber matado en Buesaco, después de rendidos, para ir dando alguna celebridad a su candidatura”.⁽³⁷⁾

La táctica de los “liberales auténticos” había variado mucho en la capital; el asunto que tenía de cabeza al gobierno era el calor de libelos como los del virulento Florentino González, quien a través de la *Bandera Nacional* desafiaba del modo más vulgar al presidente: “El señor Márquez sabrá tender lazos en estrados para coger majaderos; los de la oposición saben algo más que S. E. en esto de tender lazos, y en otras cosas”.(38) Y la nueva consigna que habían comenzado a hacer correr por los pueblos era que había que luchar por el establecimiento de un gobierno federal.

Santander hablaba de ¡Santa Rebelión!, y Florentino sostenía que las revoluciones debían llevarse a cabo porque la tozudez de los gobiernos quería que los hombres vegetaran en medio de una estúpida abyección.

Por el camino, Obando seguía tomándole el pulso a la sublevación; recibía información de cuanto ocurría en Bogotá y calculaba las áreas inmensas del territorio que acabarían siendo abrasadas por las llamas de Pasto. Al lento paso de las bestias, Diago y Obando pudieron conversar sobre las difíciles circunstancias que los habían arrastrado a la política.

¡Qué ironía!, la religión católica que debería obligar a los hombres a ser pacíficos, en estas tierras, provocaba guerras espantosas: desde que los españoles nos enseñaron a transmitirla mediante el sojuzgamiento, cada vez que en aquellos tiempos se nombraba a Cristo en medio de la ardienta de las pasiones, se percibía un olor a pólvora, a sangre humana; había quedado, desde la colonia, una rara manera de asociar a la religión con la putrefacción de los cadáveres y la violencia.

Obando no perdía la esperanza de que llegara la verdadera paz; la deseaba para retirarse a sus haciendas; entonces únicamente mataría animales de cuatro patas. De momento comprendía que hacer la guerra era un oficio como cualquier otro, que si uno no está siempre alerta y en condiciones de “montarse sobre los demás”, nos cuelgan; el día que permita que le midan el pescuezo, hasta ese día... Que la ley sagrada de la naturaleza en la Nueva Granada era dar hombres para que se aniquilaran unos con otros. Que no era, entonces, él quien mataba, sino Dios que los había traído al mundo y que cada cual traía su fecha de morimiento.

No dejaba de decir que el primer día en que llegara a encargarse de la Presidencia de la República —porque de eso estaba seguro de acuerdo

con el contrato refrendado el 4 de junio de 1830, con los “liberales”—, lo primero que haría sería colocar una imagen de Nuestra Señora de la Paz, con una enorme oliva en las manos.

Y en medio del barullo de otras ideas que le inquietaban, quería sostener una larga conferencia con monseñor Cayetano Conde Baluffi, Internuncio delegado Apostólico. Este hombre le producía una enorme impresión y su opinión sobre sus actuaciones las consideraba capitales para su ulterior proceder.

Llegó a Bogotá el 28 de agosto de 1839. Cansado, maltrecho del largo viaje y estropeado por la peligrosidad de las noticias sobre Pasto. La gravedad de los acontecimientos era mucho peor de lo que había imaginado. Pidió una reunión urgente con sus más cercanos amigos que fue dirigida por el jefe del estado mayor de los cachacos, el iracundo Florentino González.

El punto a tratar era claro: “¿Nos unimos o no a la causa de los enfurecidos adoradores de Fernando VII?” Como mercaderes que evalúan una costosa mercancía consideraron los beneficios y pérdidas que reportaba tal acción.

De momento, consideró Soto que lo mejor sería tratar el asunto con el general Santander, quien se encontraba muy indispuerto, vejado, ofendido por las desconsideraciones del gobierno.

El 1 de septiembre, cuando entraba el general Herrán a la ciudad de Pasto, los alzados estaban dispuestos a arrancarle por la fuerza un indulto, mantener la actividad de los conventos y solicitar la remoción inmediata del gobernador Chávez.

Veamos cómo nos describe la situación don Antonio J. Lemos Guzmán:

Se vino, pues, al encuentro, y ocurrió en Buesaco, ocupados los gobiernistas al retiro de Álvarez; la posición estratégica del general Herrán no podía ser más peligrosa y precaria, y bastaba una ojeada sobre el terreno en que estaba, prácticamente cercado por las guerrillas, todas en pie ante la oportunidad del merodeo y las perspectivas de una contienda, que se convertía en caldo

de cultivo, para que pulularan al lado de los convencidos los asesinos, y junto a los fanáticos los forajidos.

Otra vez Dios y el Rey son los gritos de la lucha, y allí están Juan Andrés Noguera, Estanislao y Antonio España, al mando de sus huestes indomeñables, casi invencibles, fantasmas de la selva, que asoman y desaparecen como almas en pena. El cerco se estrecha y se cierra por El Tablón, Chapacamba, Ortega, La Erre y Berruecos. Es un revivir de otros tiempos amargos y lúgubres; los lobos salen de sus madrigueras y las camadas arrojan animales de lucha que van al combate, aguzados los dientes y muy afilada la zarpa; el santo y seña son conocidos, y se oye bronco, como trueno, de oquedal en oquedal por la hondonada de los ríos, y se multiplica y repercute en eco sonoro desde el Mayo, pasando por el Juanambú, hasta Cumbal, atravesando el Guáitara.

Los frailes sancionados amarran sus sotanas a la cintura, y pie al suelo se ponen al frente de las hirsutas huestes, repartiendo bendiciones y levantando Cristos, y apenas sí hay un centenar escaso de fusiles y escopetas, que las demás armas son macanas, garrotes, cuchillos, cuando no piedras lanzadas o rodadas en los boquerones de los ríos, o al pasar por los desfiladeros sombríos y tupidos de maleza. El general Herrán queda atenaceado entre Pasto y Berruecos, cogido por Álvarez y Noguera; para colmo de colmos el torpe gobernador Chávez libra, combate y es vencido en Cumbal, echándole al otro lado de la frontera.

Entre el 30 y el 31 de agosto, completamente aislados los del gobierno, vienen a salir de la zozobra y del silencio que les envolvía por un ataque que se les hizo sobre sus propios terrenos; eran los guerrilleros, que en tropel, y como en un sistema chino, atacaban, en una algazara de gritos, pífanos y tamboras, conducidos por Álvarez en descontrol alcohólico y por los frailes que ofrecían a diestra y siniestra la vida eterna a cambio de la temporal; eran seiscientos veteranos contra una montonera de unos mil y pico, enloquecidos fanáticos, pobres indígenas, que luchaban por un Dios y por unos ministros, siendo fáciles víctimas de las descargas cerradas de un cuerpo de línea, bien armado, mejor atrincherado y con posiciones firmes, que destrozó a los infelices y torpes luchadores, que aún creían en la caída vertiginosa de murallas al estruendo de trompetas, como en otra Jericó. El comandante Álvarez es atrapado y la dispersión es completa, bajo una fusilería de venganza y de exterminios inmisericordes; confusa y contradictoria

la relación de los historiadores, pero allí cayeron muchos, unos en la lucha y otros en la rendición, tristes gentes ignaras, llevadas por ideas sin convicción, como al oído, de esos que parecen unos principios que no saben cuáles son...

A principio de septiembre volvió a entrar Herrán a Pasto, ciudad otra vez desierta y entristecida; proseguía el rosario de dolores, y nuevas espinas se hincaban en las carnes dilaceradas de un pueblo profundamente rebelde que va a regustar por cerca de tres años más el sabor amargo de los sufrimientos y de la vindicta; la indiada huye, y el hombre del pueblo se recoge impotente sin defensa, y sobre la quietud y la desolación, viene, ahora sí, un inútil indulto.(39)

El 4 de septiembre el Jackson Granadino escribe una rara misiva a su esposa donde confiesa:

Mi venida ha producido una revolución moral: las increpaciones contra la administración son estupendas. El haber despreciado mis servicios en la novedad de Pasto que yo juzgara como seguros para restablecer el orden, y haber adoptado en cambio la sangre y sacrificios de los pueblos, es un cargo tremendo que hace cada hombre de todos los partidos. (40)

Dice el historiador Jaime Duarte French que Obando sufría la ilusión de creer que todos los ciudadanos ponían los ojos en él como el único capaz de refrenar por las buenas a los pastusos, gracias a su inmenso prestigio. Y añade:

Si tres o cuatro amigos se lo dijeron, no cabe la menor duda de que él lo creyó, pero no ya como verdad para dos o tres, sino para el pueblo entero. En esta carta se pone de manifiesto el inflamado sentimiento de su amor propio. Todo lo hace girar en torno de su persona.(41)

NOTAS

1. Pilar Moreno de Ángel (1990) *Santander*. Ed. Planeta, Tercera Edición, p. 585.
2. Incluso, se supuso que aprovechándose la gran confusión reinante en el país, don Mariano París pudo haber sido víctima de una venganza. Al menos así se desprende de una carta de su hermano, el general Joaquín París, en la que le dice a Santander que creará siempre que el asesinato de Mariano haya sido “decretado por algún Magistrado de segundo orden, desde que se supo permanecía tranquilo, y se mandó un oficial escogido que se prestó a hacer un servicio semejante; y si no fuera así, mi General, ¿no era responsable de su proceder? ¿No era responsable de la vida de un preso que halló desarmado y pudo conducir con toda seguridad? En fin, si este hombre hubiera procedido por su propio antojo, no puedo persuadirme que quedara sin castigo bajo un régimen legal”. Véase *Archivo Santander*, Tomo XX, pp. 165, 166.
3. Augusto Le Moyne (1945) *Viaje y estancia por la América del Sur*. Biblioteca Popular Cultura Colombiana, Bogotá.
4. Ángel y Rufino José Cuervo (1954) *Vida de Rufino José Cuervo y noticias de su época*. Ed. Clásicos Colombianos, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá. Tomo II, p. 1023.
5. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*.
6. General Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*.
7. Florentino González (1971), *Memorias*. Ed. Bedout, Medellín. Vol. 91, pp. 69-71.
8. General Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, p. 455.
9. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*.
10. Jaime Duarte French (1971). *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*. Banco de la República, Departamento de Talleres Gráficos, Bogotá, p. 193.
11. *Gaceta de Colombia*, No. 471.
12. (1953) *Santander, cartas y mensajes*. Bogotá, Librería Voluntad, 10 v.
13. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*.
14. Roberto Cortázar, *Correspondencia dirigida al General Santander*.
15. Horacio Rodríguez Plata, *José María Obando íntimo*, p. 37.
16. (1953) *Santander, cartas y mensajes*. Bogotá, Librería Voluntad, 10 v.

17. (1953) *Santander, cartas y mensajes*. Bogotá, Librería Voluntad, 10 v.
18. Francisco de Paula Santander (1836) El ciudadano que suscribe e Informa a la Nueva Granada los motivos que ha tenido para opinar en favor de la elección del general José María Obando para presidente futuro. Imprenta Nicomedes Lora, Bogotá.
19. Jaime Duarte French, *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*. p. 198.
20. Una frase copiada de las que Bolívar le enviaba en 1826.
21. Citado por Jaime Duarte French en su libro *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*, pp. 198, 199.
22. (1953) *Santander, cartas y mensajes*, Bogotá, Librería Voluntad.
23. *Íbid.*
24. José Manuel Restrepo.
25. (1953) *Santander, cartas y mensajes*. Bogotá, Librería Voluntad, (El destacado es para mostrar el estilo inalterable del Hombre de las Leyes)
26. Véase aquella famosa carta de 1828 que envía el Hombre de las Leyes, desde Ocaña, a Francisco de Paula Vélez.
27. (1953) *Santander, cartas y mensajes*. Bogotá, Librería Voluntad.
28. *Íbid.* A mí me da la impresión de que en nuestra historia venezolana el político más parecido a Santander es el doctor Rafael Caldera.
29. (1953) *Santander, cartas y mensajes*. Bogotá, Librería Voluntad.
30. (1952) *Historia de la Nueva Granada*. Editorial Cromos, 2v.
31. *Santander, cartas y mensajes*.
32. *Santander, cartas y mensajes*.
33. Vale la pena referir en este punto, el cazarismo político de ciertos intelectuales granadinos, como Salvador Camacho Roldán que refiriéndose a las eternas sublevaciones en Pasto (y hablando de la ocurrida en 1851 contra el gobierno de José Hilario López), sostenía que desde la Guerra de Independencia ha predominado en aquella región la idea conservadora (*Memorias*, Salvador Camacho Roldán, Bedout, Colombia, Vol. 74, p. 210).
34. *Santander, cartas y mensajes*.
35. Carlos Cuervo Márquez.
36. Cuando Obando se encuentre padeciendo los duros avatares de su exilio en el Perú, en 1848, Diago dirá en una carta al general Joaquín María Barriga: “Intencionalmente me he venido al potrero que lleva el nombre donde fecho esta carta, porque es día de Reyes, y aunque Santos, los republicanos debemos pasarlo en los campos; y yo que

naturalmente debo recordar la parodia que hacen en Popayán, con más razón. Con este motivo he recordado a nuestro desgraciado amigo Obando, que se divertía la víspera con los negritos. ¡Qué recuerdos! «Él, sufriendo el ostracismo; Usted en el gobierno, y yo, gozando en el campo de esa sabrosa libertad y dicha que los hombres no sabemos apreciar. Esta consideración me ha hecho dirigirme a Ud., para desahogar mi corazón, y con los ojos húmedos, ver esta Patria, volverlos al Cielo, y pedirle al ser Supremo, paz y unión para mis com patriotas... Pienso más, que declarado (Obando) comprendido en el indulto era presidente entonces Tomás Cipriano Mosquera, aunque no se expresara, quedará comprendido el asesinato. No hay jueces que puedan juzgarlo. Ese crimen fue político, y es muy probable que venga a ser en la historia lo que el Duque D'Enghein...” (Juan Bautista Pérez y Soto, *La trama infernal*).

37. (1973) *Episodios de la Vida del General José María Obando*. Biblioteca de Historia Nacional, Vol. CXXII, Editorial Kelly, Bogotá, p. 199.
38. Jaime Duarte French (1971) *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*. Banco de la República, Departamento de Talleres Gráficos, Bogotá, p. 232.
39. A. J. Lemos Guzmán, *Obando, de Cruz Verde a Cruz Verde*, obra ya citada, pp. 263, 264.
40. Citado por Jaime Duarte French en su libro *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*, p. 253.
41. *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*, p. 253.
42. Carta citada por Jaime Duarte French en su libro *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*, p. 254.
43. Carta citada por Jaime Duarte French en su libro *Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política*, pp. 254, 255.

TRÁFAGO DE DUDAS Y PECADOS

Obando (José María) es muy salvaje y demasiado bueno.
Santander

Rumores de suma gravedad conmovían a la capital: se decía que había sido detenido o muerto el coronel Mariano Álvarez, lo cual significaba un duro revés para el partido “liberal”.

También se comentaba insistentemente el haber comenzado un juicio contra el padre Villota; en realidad, Villota aterrado y confuso había huido a Ecuador. (1) Que el demonio Noguera al conocer estas desgracias se había recogido en sus guaridas de Berruecos; que los hermanos España volvían a los caminos donde asaltaban y asesinaban sin contención ninguna. Sin embargo, las guerrillas dispersas por todas aquellas erizadas montañas seguían acosando sin descanso al general Herrán. El negro Noguera era el asesino más cruel entre aquellos monstruos y tenía su estancia en las montañas de la Erre cerca de Berruecos, entre los ríos Mayo y Juanambú; los lazos de Obando con Noguera tienen otros antecedentes en las relaciones que sostuvieron durante la infausta rebelión contra Bolívar el año de 1828, cuando le escribía a José Erazo: “Procure usted verse con Noguera, que también nos auxilie con las armas que tenga...”.

En dos platos, ante el cúmulo de contrariedades que el partido “liberal” afrontaba, el general Obando planteó a sus conmlitonos que querían cogerlo con la trampa de la revuelta del sur y que había llegado el momento de responder con las mismas armas. Estas determinaciones dieron una fuerza inusitada al aletargado grupo de Santander en Bogotá. Se encontraban tan disminuidos, apocados y vacilantes con los males que padecía su líder, que apenas si intervenían en las sesiones del Congreso. Ya no tenían aquella virulencia terrorista y acogotante de antaño con la cual habían echado por tierra a las más feroces huestes del continente, y con la que habían eliminando a los hombres más eminentes de la independencia. Pero Obando les dio esperanzas. Se organizaron partidas de caza por los alrededores de la capital, que dirigió él mismo. Otros días

los dedicaban a visitar mercados, saludar y conversar con la gente común en la calle; dirigir cortos discursos a los lechuguinos de San Bartolomé y pavonear los trajes militares con los que se entraría triunfante a una Bogotá liberada, radiante bajo el mando de las irreverentes huestes del conceptualismo popular.

El 19 de noviembre, Obando y Tomás Cipriano Mosquera escenificaron un duelo en Bogotá; eran tantas las deudas personales, insultos, afrentas infligidas uno al otro, que no había manera de lavarlos sino a tiros. Aunque parezca extraño, lo que más le dolía a Obando fueron aquellos chismes que fabricara Mosquera para hacerlo quedar mal ante el Libertador y que todavía hacían estragos en su personalidad.

A las seis y media de la tarde, cerca del cementerio, cargaron sus pistolas de un sólo tiro. La pistola de Tomás Cipriano funcionó mal y Obando decidió disparar al aire.

Entonces, se abrazaron, se dieron explicaciones sobre los malsanos comentarios que corrían sobre sus antepasados y fueron a darse unos lamparazos a casa de Joaquín Acosta, quien había servido como padrino de Mosquera.

En casa de don Joaquín Acosta fue donde tuvieron serias noticias de lo que estaba haciendo el negro Noguera. José Erazo, por su parte, en este año de 1839, se mostraba tranquilo y era hasta considerado “amigo” del gobierno. Pero viendo que Herrán y su ejército se adentraban hasta lo más profundo de aquel tumor secular optó por tomar las armas. Cuando estaba en una de las cuevas donde se escondía fue cercado y luego sometido, como si fuese uno de los cabecillas de la “rebelión cívica” de Villota. Entonces, se vino a descubrir que sí estaba en conexión con los sediciosos y amarrado se le llevó a una cárcel. La orden de detención la llevaba el coronel Gregorio Forero. Cuando lo sacaban por aquellos desfiladeros su mujer Desideria Meléndez, guerrillera también, iba quejándose de que ellos no tenían ninguna relación con la revuelta.

Por órdenes superiores fueron trasladados a Pasto. Pasaban por el tenebroso sitio de Berruecos cuando Erazo y su mujer se mostraron nerviosos. De pronto, como espantados, piden hablar con el coronel Forero; se apartan de la escolta y ante el asombro y confusión del grupo

que les acompaña, dice doña Desideria que su esposo no fue el asesino del general Sucre. Se miran unos a otros; hay un silencio total. El coronel Forero le pide que aclare lo dicho; doña Desideria añade que su esposo conserva las órdenes que le había enviado el coronel Apolinar Morillo para organizar aquel atentado. Insistía en que todo provenía de órdenes expresas emanadas del general Obando, del comandante Mariano Álvarez y Apolinar Morillo.

Entrando a Pasto, doña Desideria siguió con su letanía de que ellos nada tenían ver con “ese crimen”. Se puede notar la actitud práctica de esta mujer, y el modo directo como trata de defender a su marido en lo que considera un asunto urdido por “mandatos superiores”. Ya entre rejas los delirios de la mujer se exageran y ruega a su marido que diga la verdad, porque de otro modo sobre ellos, los más tontos, recaerá toda la culpa. “Te lo dije...”. Estos comentarios eran escuchados con frecuencia por el comandante Manuel Mutis quien estaba encargado de vigilarlos.

Un día, José Erazo decidió contarlo todo; llamó al comandante Mutis y le dijo: Yo sé quiénes mataron a Sucre: El coronel venezolano Apolinar Morillo, quien mandó la partida; yo sólo recibí una orden, que no recuerdo muy bien si fue del general José María Obando o del teniente coronel Antonio Mariano Álvarez. Yo tengo esa orden en mi casa del Salto.

Tomando en consideración esta confesión, no nos queda sino referirnos a las siguientes palabras de José Manuel Restrepo cuando sostuvo:

En países como el nuestro donde las revoluciones son periódicas, los delitos políticos quedan por lo general impunes porque ninguno quiere ser juez, temiendo una venganza del partido caído en este año, que al siguiente puede ocupar de nuevo el poder. Sólo puede adoptarse medidas de alta política o recurrir a los indultos o amnistías. (2)

Por su lado, dice Irisarri:

No era posible que se descubriera cosa alguna, estando el secreto de aquel infame crimen depositado en los pechos de los confidentes del hombre poderoso que había ordenado la ejecución del asesinato, y siendo los cómplices

suyos los únicos que podían dar luces y prestar auxilios para hacer aquel descubrimiento. (3)

La manía confesional de los Erazo llega a oídos del gobernador Chávez, quien el 4 de noviembre decide instruirles un proceso. Fue entonces cuando entre otras cosas, José Erazo añade:

El coronel venezolano Morillo me llevó una carta del general Obando y otra de Álvarez en la que me decían que oyera a Morillo y que dirigiera el golpe. Pero yo no obedecí las órdenes de Morillo. El venezolano se puso de acuerdo con tres soldados licenciados, dos peruanos, Andrés Rodríguez, Juan Cusco y otro de la hacienda de Alpujarra, Juan Gregorio Rodríguez. (4) Todos están muertos; que en paz descansen... Después de que mataron al general Sucre, vinieron a la Venta, Álvarez y Fidel Torres y cada uno recibió diez pesos y encargaron que guardáramos muy bien el secreto... Mi amigo Sarria no tuvo nada que ver en el negocio; él llegó el día anterior del asesinato a la Venta y Morillo quiso comprometernos, pero habiendo aceptado al principio, después nos arrepentimos como a la diez de la noche y regresamos al Salto de Mayo... En mi casa del Salto de Mayo yo tengo bien dispuestos y conservados todos esos documentos... en mi archivo secreto...

Encontramos que este hombre utilizaba palabras impropias para su condición de salvaje, pero no era raro, pues en nuestros pueblos los ignorantes que debutan en sociedad por vía del demonismo partidista pronto aprenden, sin saber por qué, palabras que parecen “luminosas”; así encontramos que el señor Erazo tenía su archivo secreto desde que Obando le nombrara Comandante de la Línea de Mayo.

Quién sabe si el ser depositario de estos papeles, hacía sentir a los Erazo poseedores de un tesoro fabuloso. Por eso lo guardaron. Y por eso, también lo llegaron a develar en su mejor momento.

Terminada la narración el gobernador ordenó se hiciera una inspección en la fulana cueva y en los archivos de Erazo y en tal sentido salió una comisión al mando del capitán Apolinar Torres. El «archivo» se hallaba en una elevada roca, cercano a la vieja casa del Salto de Mayo. Se abrieron cuidadosamente aquellos viejos papeles conservados desde hacía nueve años; entre ellos, se encontraba el que luego habría de usar

Obando para estructurar el cuento denominado La historia del indio Juan de Dios Nacíbar. Decía este papel de puño y letra de Obando:

Buesaco, mayo 28

Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá de un negocio importante que es preciso que lo haga con él. Él le dirá a la voz todo, y manos a la obra. Oiga todo lo que le diga y Ud. dirija el golpe.

Suyo José María Obando

Obando dijo que esta esquelita la había enviado el año 26 con un tal Nacíbar, de modo que, según él, tenía trece y no nueve años.

Después, revolviendo otros papeles se encontró la nota enviada por Álvarez:

Pasto, mayo 31 de 1839

Querido Erazo: el comandante Morillo que es el que conduce ésta, me hará U. el favor de atenderlo y servirlo en cuanto pueda, pues es amigo mío. Vea U. en lo que le puede servir su amigo.

Antonio Mariano Álvarez

Y otra más:

Querido Erazo:

Ud. precisamente y con la última reserva, que nadie lo llegue a saber, se impone de lo que el portador de ésta le diga, y me hace el favor de proporcionarle lo que le pida; quede en la confianza que U. me sirve en esta ocasión.

Suyo, Álvarez

Saludos a toda la familia

Se leyeron otros papeles viejos, medio rotos por los dobleces. Acto seguido se dispuso llevar a Pasto a Apolinar Morillo quien residía en Cali.

Como se recordará este señor se había salvado del borrón que Obando había impuesto a los militares “extranjeros” el año de 1832. Morillo había peleado con valentía desde 1810 bajo las órdenes de importantes generales como Francisco de Miranda, Bolívar, Nariño, Rivas, Soubllette y Urdaneta.

Bien sabida era la estrecha relación que mantenían Obando y José Hilario López con Apolinar, y como estos dos generales eran abstemios y Morillo gran bebedor, no tenían muchos motivos para una relación más productiva; además Morillo carecía de alcurnia, de linaje, de “presencia de casta” y no tenía interés por la política de partido o de cualquier otro tipo.

En Pasto y sometido a Juicio, Morillo declaró que ciertamente él había participado en el crimen de Berruecos y que Obando, en presencia de Álvarez, le dijo: La patria se halla en el mayor peligro de ser sucumbida por los tiranos, y el único medio de salvarla es quitar del medio al general Sucre, quien viene de Bogotá a levantar el Ecuador, para apoyar el proyecto de coronarse Libertador; y es preciso que marche hoy mismo Ud. con una comisión a lo de José Erazo en el Salto de Mayo.

Le dio un papel para Erazo del que recordaba: el conductor dirá a U. a la voz el objeto de su comisión, U. dirigirá el golpe y manos a la obra; no teniendo presente si esta última expresión estuvo al final del papel.

Yo, entonces, obediente a mi jefe —dijo Apolinar Morillo al Juez— acepté la comisión y recibí cuarenta pesos de manos de Álvarez para premiar a mis acompañantes. Inmediatamente me puse en camino del Salto de Mayo a tratar a Erazo.

Cuando leemos esta confesión de Morillo, no podemos menos que recordar a León Tolstoi cuando describía aquellos soldados indiferentes, de semblantes ordinarios, bonachones, sin ideas, preparando sus armas para matar. Tal vez Morillo escuchaba plácidamente el mandato de su jefe como algo extraordinariamente natural; le parecía que cuanto escuchaba estaba dentro de lo que ordena la cartilla de un buen oficial; se frotó las manos, o se chupó los dientes mientras escuchaba los pormenores de los movimientos que debía seguir, al tiempo que calculaba con cálida lucidez el largo trecho que debía recorrer para coronar su hazaña.

De momento, el gozo de sentir en su bolsillo cuarenta pesos lo llenaba todo. Morillo estaba demasiado acostumbrado a ver correr sangre para detenerse a meditar sobre aquel crimen; él mismo había ejercitado la espada del verdugo traspasando pastusos apersogados como hallacas; haciéndoles padecer los mayores suplicios. Para él matar a un semejante era menos que retorcerle el pescuezo a un pollo.

Pese al cúmulo de datos que se reunieron alrededor del Crimen de Berruecos, pasó, como suele suceder en estas situaciones, el hecho contrario: el de hacerse ver que tales argumentos eran forjados con el fin malsano y cruel de perjudicar la imagen política del inculpado, en este caso, José María Obando. En el proceso que volvía a levantarse, Obando tomaba al toro por los cuernos; era el hombre de carácter capaz de imponerse sobre sus contrarios por la fuerza reiterativa y pertinaz de su mando. Su frenesí de inocencia, su obcecado poder para la diatriba que le hacían vomitar toneladas de cuartillas sobre el tema; su incansable naturaleza para sostener que se le calumniaba, que todo era producto de la envidia, y sintiéndose apoyado por un partido que era hábil y contundente en esta clase de tácticas y merodeos legalistas, dio la apariencia, en parte, de que ciertamente este asesinato era una vulgar patraña para perderle.

No es sencillo internarse en las complejidades de un individuo que desde 1822 ha sostenido una lucha denodada contra el destino para... ser "algo". (7)

Apolinar Morillo explicó en detalle su crimen, con cierto nerviosismo pero también con algún goce desconocido, porque el peso de este secreto era muy grande. Al fin pudo respirar con libertad. Sintiendo perdido, demostró en su confesión una —abominable— satisfacción. Después de todo era cristiano.

Cuarenta pesos costó matar a Sucre.

El indulto de los árboles

Pronto llegaron a la capital noticias donde se dice haber descubierto a los verdaderos asesinos de Sucre, y que se tenía un importante documento que comprometía al Jackson Granadino. Sacudida Bogotá con

esta bomba y sacudido el Estado por las conmociones en otras provincias, Obando tomó la determinación de trasladarse de inmediato a Popayán; ya no le interesaba para nada el proyecto inicial de establecerse en la capital para orientar la educación de sus hijos. Era evidente el conflicto o la guerra casi declarada entre los “liberales auténticos” y el gobierno. En Tocaima, el Jackson Granadino tiene una larga entrevista con Santander y “todo el mundo amante del orden deseaba diera éste buenos consejos a Obando sobre su conducta futura; jamás se supo que lo hubiera hecho”. (8)

En aquellos días sentíase Santander tan enfermo que había hecho un borrador de su testamento en el cual Obando, conmovido, leyó: ...Al general José María Obando se le presentará un sable vaina, de metal amarillo montado en piedras, que me fue regalado por el general Deve-reux, irlandés amante de nuestra independencia.

Con el alma ardida, Obando, la *Espada del partido “liberal”*, refirió al Hombre de las Leyes el infierno que se avecinaba sobre la patria por querer resucitar un crimen político que había sido relegado al olvido por las leyes.

Para finales de 1839 y principios de 1840, se habían librado en Pasto más de veinte combates. Las guerrillas iban de la Laguna a La Venta, de La Venta a Meneses, de aquí a El Tablón, luego a El Cabuyal y como fantasmas regados todos por los ejidos de Pasto. Van causando estragos, “atacando de modo frontal o resbalándose como una cascada por las faldas del Galeras; no vencen, pero tampoco pierden terreno; matan una docena de soldados y van recogiendo armas; se llevan las reses y las cosechas, y así ponen en jaque al enemigo o lo relajan moralmente con la trágica incertidumbre”. (9)

Eran días también en los que el partido “liberal” se ocupaba afanosamente por encontrar un candidato para las próximas elecciones. Santander no podía serlo por su enfermedad, y Obando estaba bloqueado por lo de la eterna y maldita acusación... Tales incomodidades se las comunicó al general Santander en Tocaima, además de decirle que estando en trance tan crítico el sur, era conveniente mantener el incendio e ir él mismo a incentivarlo. Florentino González sostiene que Obando propuso este plan a Santander. “El general Obando lleva tal resolución, según se lo

habrá indicado al pasar. También le habrá dicho cómo aquí le aconsejamos que tomase el partido de marcharse inmediatamente a Pasto”. (10)

Cuando a Obando se le mencionó lo de la esquelita que se había hallado donde él aparecía dándole órdenes a Erazo para que matara a Sucre, se enredó en contradicciones. Lo negará, otras veces dirá que él había enviado muchos papeles parecidos a muchos Erazos y a Tomás Cipriano Mosquera le contó que ese papelito lo había enviado el año de 1829, no sabía por qué motivo. Después cuando lo examine con suma atención, dirá que estaba bien imitada la firma.

“Es posible que sea mía”, sostendrá cuando el juez se la lleve, observándola con mucha duda: “Aunque la O con que concluye Obando tiene un rabo hacia la derecha, con el cual suelo tapar la O, y en esta firma se encuentra tapada la O; mi firma, en atención al semicírculo que da vuelta a la escritura toca siempre con la primera raya que atraviesa, y ésta se halla separada...”.(11)

Dirá que él mandó una nota, no se acuerda con quién a fin de que se le diese algunos golpes a Noguera. “No recuerdo con qué personas los mandé”.

¿Pero, por qué carajo amilanarse, achicarse ante una facción de genízaros, de intrigantes que querían ponerle el cabestro de la injuria y de la mentira en el pescuezo? ¿Por qué? (12)

Obando dejó Bogotá el 28 de noviembre de 1839, y para enfrentar el cúmulo de acusaciones que con pertinaz insistencia recaían sobre su persona, pensó nombrar como defensor a don Joaquín Mosquera. Tal vez entonces Obando se planteara que no era él quien había matado a Sucre, sino todo lo contrario. El Gran Mariscal era su sepulturero y su maldición.

La violenta salida de Obando —iba escotero— fue para el gobierno de Márquez el anuncio de tenebrosas conmociones. Estaba claro que, en medio de los inmensos desórdenes que estremecían al país, la prolongación de la guerra en Pasto arruinaría en poco tiempo al tesoro público; paralizaría las empresas, acabaría dándole el golpe de muerte a la Nueva Granada.

Es posible que Obando fuera otra vez al sur a buscar apoyo del general Juan José Flores para sostener la causa liberal, igual como lo hizo en 1831. Entonces, corrieron vientos de locura por la mente de Márquez; este hombre pudo haber sido más fuerte, más decidido, de más carácter para afrontar la peste de las disensiones, pero estaba malogrado por su pasado; era tan culpable de los males que se padecían como lo eran Santander, Florentino González, Azuero o Francisco Soto. Grandes fueron sus esfuerzos porque no se hiciera recaer la culpabilidad del crimen de Berruecos en su embajador ante el Vaticano; el general José Hilario López ahora estaba hasta decidido a ceder una parte del territorio granadino al Ecuador con tal de que este gobierno se pusiera de su parte en la guerra que se desarrollaba en el Sur y así Flores le ayudase en la posible lucha que por allá desataría el Jackson Granadino.

Apenas Obando dejó la capital se vieron reverberar los campos con una inminente guerra civil, “tan apasionada en su origen como criminal en sus medios e impolítica y antipatriótica en sus fines, y puso al colmo nuestra penuria. Referir los robos y depredaciones a que ella dio lugar, la parálisis del comercio y el atraso de la agricultura, la ruina de la fortuna pública y de las fortunas individuales, las grandes erogaciones hechas para restablecer el orden y la paz, el desorden en la cuenta y razón, en una palabra la dislocación completa que sufrió el cuerpo social...”.(13)

Cuando Obando llegó a Popayán encontró el proceso en su contra bastante adelantado; Morillo y Erazo lo habían dicho todo. Sus fétidas conciencias habían hecho estallar la poca serenidad del Supremo; el llamado “cúmulo de evidencias” parecía irrefutable. Entonces optó por entregarse a la justicia, mientras aclaraba sus planes, aunque comprendía que nada bueno obtendría su patria con este comportamiento en una tierra de genízaros.

El 17 de diciembre de 1839, cuando se cumplían nueve años de la muerte del Libertador, Obando fue trasladado a Pasto por el oficial José Joaquín Lemus, en calidad de detenido.

Deliberadamente Obando, que no era lo suficientemente estúpido como para declararse el jefe criminal de aquel complot, dejó muchas vaguedades en aquel papelito. No nombraba ni a Sarria ni a Morillo y,

claro, todas las órdenes para ejecutar aquel asesinato tan espantoso tenían que darse de viva voz.

Cuando la comitiva que trasladaba a Obando llegó a la parroquia de Mercaderes, éste se quejó de que su vida peligraba, pues los caminos estaban obstruidos. Él exigía que se allanaran todas las dificultades y pudiera gozar de las garantías que las leyes conceden a los ciudadanos de una república libremente constituida. Pedía unas garantías y una protección que él como Comandante del Ejército del Cauca no proporcionó al Gran Mariscal de Ayacucho cuando en 1830 se dirigía a Pasto.

Decidió entonces, el 28 de diciembre, enviar una representación al gobierno diciendo que por tales motivos de inseguridad, se veía compelido a regresarse, y se situó a tres leguas de Popayán, en su hacienda Las Piedras; decía en esta representación: *si yo marchase... espondría (sic) de todos modos mi existencia, que a todo trance debo conservar, no sólo por mi propia reputación, sino por el honor de la República.*(14)

Las pobres autoridades judiciales de aquella región se sintieron impotentes y asustadas ante Obando, quien con el mayor desenfado y la mayor tranquilidad se movía y hacía cuanto le venía en gana. (15)

Esta actuación desenvuelta del detenido indignó al gobierno de Márquez.

Como se sabe, aquellos grupos en armas que tenían tomados los caminos estaban comandados por Noguera y los hermanos España. Eran unos seiscientos bandidos y tenían fuertes conexiones con los asaltantes de las haciendas que merodeaban por los lados de Popayán. No faltaban emisarios nocturnos que llegaran a Las Piedras, ofreciendo al Supremo toda clase de recursos para que se alzara y tomara la jefatura de las huestes de Noguera y los España.

Correos iban y venían con una regularidad alarmante.

Sarria, el teniente más querido de Obando, se vio en las afueras de Popayán llevando en sus manos costrosas, el grueso “rosario de sus penas”. Pues antes de que se lo fueran a almorzar, él se los desayunaba: Un tal Juan Caicedo le mostró un documento donde se le instaba a

presentarse ante la autoridad militar de Popayán, y él con la rapidez de un tigre, el 21 de enero de 1840, se alza en Timbío, y proclama la causa de la religión ante un grupo de ochenta bandoleros.

Y Obando, el 24 de enero, oyendo el llamado de la selva, también se rebela. Va y se une a Sarria y se hace jefe de los alzados. El asunto es que si lograba triunfar, sobrarían sofistas y filósofos como Francisco Soto, Azuero o Florentino González, que justificarían su acción. Así, pues, que nada de escrúpulos. Declarar olvidado otro crimen, era muy poca cosa para convenciones y congresos que frecuentemente se estructuraban.

La actividad de Obando es intensa. En pocos días ha engrosado sus filas con los forajidos de Piagua, el Tambo y el Zarzal. Mucha gente colecticia, de la región de Timbío, que hasta hace poco era pacífica, también pasó a engrosar sus huestes.

Al conocerse este desastre en Popayán, comenzaron los preparativos para enfrentar a Obando y para defender la misma Constitución que éste había refrendado con su lanza el año de 1832. Pues para responder a los cargos que se le hacían, con esa misma lanza, Obando había salido al campo de batalla.

No importaba a los “liberales auténticos” que Obando, para salvar su pellejo, incendiara la República. Cuando las llamas alcancen proporciones que nadie pueda controlar y se realice una batalla en la cercanía de Cali, donde sale triunfante el Supremo, sus seguidores compararán esta gesta con la batalla de Junín. Nunca la salvación de un pellejo había engendrado tanta demencia “revolucionaria”.

Obando, desde entonces, no dejó de proferir, junto al coro liberal, que Márquez, Herrán, Tomas C. Mosquera, Domingo Caicedo, etc. estaban siendo arrastrados por la pasión política y que ésta era toda la razón de la culpabilidad del crimen que se le enrostraba. Que ellos cumplieran órdenes de Flores, quien quería hacerlo perder.

No es difícil imaginar a Domingo Caicedo temblando en Bogotá ante la necesidad del gobierno de hacer cumplir la ley en el caso de Obando. Meterse con el Supremo era peor que provocar las huestes de Calzada o Pablo Morillo.

El 27 de enero el Jackson Granadino intentó entrar en Popayán, pero fue vigorosamente rechazado; decidió entonces vivaquear en La Ladera, en las afueras de la ciudad. Allí, buscando la suerte del año 28, concentró sus operaciones, saliendo de vez en cuando para hostilizar a los contrarios, y enviaba notas a los oficiales fieles al gobierno procurando que desertaran y se unieran a su causa.

Fue en una de esas salidas cuando se apoderó del correo que llegaba de la capital, cortó acueductos y recogió mucho ganado de las haciendas vecinas para alimentar a sus tropas.

El 4 de febrero, bastante satisfecho de la gente que lo apoyaba, se acercó a Timbío, saqueando y tomando cuanto requería para la guerra.

Sin embargo, su causa no muestra el brío de otros tiempos. Los refuerzos esperados de zonas como el Valle del Cauca y de Patía, por ejemplo, son bastante escasos. De lo cual, viéndose poco reforzado en sus propósitos por los habitantes de la ciudad de Popayán, decidió lisonjear a los esclavos de las haciendas, ofreciéndoles la libertad y los bienes de sus propios amos. Arrastró consigo también al indijaje realengo, que como ganado orejano andaba por aquellos lugares.

El general Herrán seguía de cerca las actividades de Obando. Como el país estaba verdaderamente destrozado, más le valía a Herrán buscar una reconciliación que continuar en un enfrentamiento sin fin, como los que solían ocurrir en las regiones de Pasto. Después de ser atacado por Obando en Las Cuevitas, Herrán se dirigió a La Horqueta. Allí supo que algunos oficiales y soldados de su batallón habían desertado pasándose al enemigo; haciendo ver que no estaba dispuesto a transigir con los alzados, envió al mismo tiempo mensajes a Obando invitándolo a la reflexión, diciéndole que le daría un trato digno y razonable para evitar más muertes y desgracias.

Estas proposiciones de Herrán no dejaron de ser vistas por algunos de sus colaboradores como inmorales. Cuando se hicieron reuniones para considerarlas, fueron rechazadas unánimemente. Esto retrasó algún tiempo los planes de Herrán cuyo propósito para someter al Supremo era aplicar la llamada “estrategia de aproximación indirecta”. Entonces, las negociaciones entre ambos continuaron en secreto. Fue cuando José

María cayó en terribles depresiones; como en trance de epilepsia, no hacía sino repetir que estaba maldito, enfermo de tantas contrariedades, deseando salir de otro infierno mental que lo tenía hechizado. Como solía escribir en estos estados depresivos, redactó a Herrán las siguientes líneas:

Los pueblos se han conmovido porque se procedía contra mí sin que se guardaran las justas garantías legales, y cuando estas llegaron a mi conocimiento ya no tenía remedio. Tuve que lanzarme a la revolución para darle una buena dirección y así evitar mayores males. Pero habiendo cesado las desconfianzas por medio de las conferencias con Ud. pongo a su disposición las armas y la fuerza de los ciudadanos.

Herrán aceptó finalmente una reconciliación. Cualquier concesión que le repugnara la había hecho en aras de la paz, para que no siguiera corriendo más sangre inocente y que las propiedades no estuviesen a merced de las atroces destrucciones. Este convenio se conoce en la historia granadina como El indulto de Los Árboles. Ya Obando era ducho en eso de conseguir indultos para sus tropelías.

Pero este indulto iba a trastocar muchas cosas, pues, Obando no dejaba de aparecer como un hombre perdonado por el gobierno de Márquez, lo cual en absoluto era del agrado de los “liberales auténticos”. Entonces, dijo que calmaría con su influjo a los bandoleros alzados contra el gobierno, entre ellos, a Noguera y a los hermanos España.

Mientras esto ocurría en el sur, en el norte, la guerra contra Márquez tomaba bríos inesperados. Se conmocionaron las provincias de Vélez y Chiquinquirá, y en estas regiones se soltaron a los presos para que fueran a engrosar las filas de los revoltosos. Hasta importantes funcionarios y militares obraban contra el gobierno y la confusión llegó a ser tal que algunos colaboradores de Márquez le llegaron a pedir que dimitiera. La oposición, con Azuero a la cabeza, exigía al gobierno que se declarara derrotado; que diera por terminadas las operaciones en el sur y que se limpiara a Obando de toda sospecha.

El Supremo calculando otros frentes que pudieran dar empuje a una rebelión más vigorosa, buscaba afanosamente un acuerdo con el general Flores, y se escuchó frecuentemente en Quito que Obando era

la vanguardia del ejército ecuatoriano en el mismísimo territorio granadino. Flores, sagaz y doble, intentaba otra vez jugar la oscura carta del pasado. Sabía que si Obando triunfaba, entonces, podría pactar con él, pero para no perder la influencia sobre Márquez, en caso de que algún descalabro ocurriera a su antiguo conmitón, trató de ganar terreno y mantuvo secretas relaciones con Herrán; le interesaba que, en la delimitación de fronteras, Ecuador recibiera una buena tajada. Don Rufino Cuervo, quien fue representante de Márquez ante el gobierno de Flores para el estudio de estas delimitaciones, lanzaba gemebundos suspiros y parecía caer en la cuenta de que los gobiernos absolutos reportaban más bienes morales que aquellos colmados del fragilísimo poder de las constituciones republicanas y liberales.

Así era. Aquellos desgraciados pueblos que nada sabían de sus principios, como Pasto y Túquerres se agregaron al Ecuador mediante pronunciamientos y decretos estúpidos. Decía don Rufino desesperado: “Yo había prestado mi débil apoyo a la administración del 4 de marzo, porque creía entonces sostener con lealtad y sin bajeza estos débiles gobiernos de América contra un espíritu democrático malentendido y peor aplicado, contra las pretensiones exageradas de los militares orgullosos y, en fin, contra la ignorancia, la haraganería y los hábitos viciosos de las masas que son de ordinario juguete de los facciosos y de los intrigantes”.¹⁶

En medio de este especioso caos, cuando los “liberales auténticos” de Bogotá eran partidarios declarados de los facciosos Noguera y España, los cuales creían comandados por Obando, don José Manuel Restrepo sostiene que los santanderistas no sólo eran conspiradores declarados, sino que aspiraban a los más elevados títulos en las carreras del crimen, la traición y el pillaje.

Hubo incluso opositores al régimen que, amparados en el ascendiente que tenían sobre ciertos criados de los Secretarios de Hacienda y Guerra, intentaron instruirlos en el asesinato para que cometieran toda clase de tropelías en estas dependencias. Armaron celadas en las calles contra el presidente de la República y pese a la ardencia que ponían en sus maldades no llegaron a conseguir sus más preciados propósitos.

Es interesante observar que las discusiones que despertaron en el Congreso este estado de insólita inestabilidad, confirman el carácter

atrabiliario de los “liberales auténticos”, que a grito tendido pedían un indulto para Noguera y compañía. El presidente Márquez acorralado como estaba, había concedido amnistía para un grupo de revoltosos en Vélez y en otros lugares del norte de la República.

En febrero, la situación se hizo insoportable. En Vélez los “liberales auténticos” luchaban abiertamente, a favor o en contra, de la Constitución; Santander, que era un hombre al que le “sobraba mundo”, asumía la posición del silencio frente al erizado horizonte de las bayonetas. Como sentíase muy mal y no percibía posibilidades de recuperación, muchos esperaban que este estado le llevara a procurar un llamado al entendimiento nacional, a la unidad, a la paz, pues, su voz era garantía para contener las furiosas arremetidas y peticiones de sus partidarios. Pero nada. “Un silencio sepulcral había en sus labios”; fue inflexible en mantener una actitud de severa oposición al régimen de Márquez.

El 11 de marzo, el Supremo fue remitido a Pasto para seguirle la causa; entonces, como si estuviese así acordado, Noguera hostigó con más bríos a las fuerzas que cumplían las funciones de vigilar al detenido. Se acercó de modo belicoso a las afueras de la ciudad. Obando con esquelitas se comunicaba con él, al tiempo que imponía condiciones a los jueces de la causa; pidió que se le juzgara de acuerdo con las leyes militares del año 30, época en que los militares disfrutaban del fuero de guerra en todos los delitos. Esta petición le fue concedida.

En abril, don José María escribe a su mujer que “Mascachochas” (17) —a quien supone en Popayán— va dañando lo que Herrán trata de componer. Le grita en sus misivas: “¡A mí se me asesina impunemente!” Le suplica que le avise cómo va su parto y que no olvide a su fiel constante chino:

Ya han visto frustradas las calumnias con que me creían perdido. Dios defiende la inocencia, y a mí no me abandona: por el contrario, mientras más se arman contra mí, más manifiesta es su protección... He batido perentoriamente todos los cargos, y esta será la última derrota que doy a mis enemigos capitaneados por el imbécil de Márquez... Búrlate de todo...

Lo insólito es que Obando le escribe a Domingo Ciprián Cuenca, el 27 de abril de 1840, una carta en la que le dice: “Están evacuando mis

citas, pues, no me contento con probar que yo no he sido autor de tal crimen, sino que no lo he podido ser... La moderación irá acompañada de fiereza republicana...”(18) Venirle a decir esto precisamente al que escribió en 1830: “Puede que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar”.

En el Socorro, el gobierno de Márquez había recibido un duro golpe: las fuerzas militares del gobierno fueron arrolladas y se temió una insurrección generalizada que llegaría a la capital. Como en los tiempos de la Independencia corrieron los pocos jefes militares a guarecerse bajo las andas de los santos, para que detrás de ellos marchara el devoto pueblo.

Veamos lo que a este respecto dice el hombre a quien le importaba un pito tomar como estandarte de sus luchas los pendones de Fernando VII y los paganos trofeos —ídolos viudos del pueblo de Pasto—: “El arzobispo Mosquera, hermano del famoso asesino, viendo entonces perdida la causa de su casa, recurrió a una medida que prueba a un tiempo su talento y su impiedad. Sacó en andas la imagen de Jesús, en procesión; llamó *herejes* a los vencedores que se esperaban, y *enemigos de Dios* a los que no los resistían, empleando la máxima de que «el que no es conmigo, está contra mí»; autorizó al clero para derramar la sangre de los *herejes*; hizo tomar a cada uno de los sacerdotes un fusil y formó un cuerpo a cuya cabeza estaba la imagen de Dios mismo; salió él en persona a predicar al populacho por las calles, presentándole los infiernos abiertos a sus pies por su indiferencia cuando peligraba la causa *divina* y porque permitía que el santo sacerdocio tuviese que empuñar las armas para sostener el *orden*, la *religión*, la causa del *cielo*; y de este modo, tan extraordinario como impío, puso en manos voluntarias ese día el crecido número de fusiles existente, reclutó un ejército formidable y con él fue rechazada la pequeña fuerza socorreña que imprudentemente se había adelantado, con pérdida de los unos y de los otros. Dio en tierra con el crédito de su piedad, pero salvó en un día la causa de su familia; probó que para él la religión santa de Jesús no es más que uno de tantos instrumentos de que el hombre puede servirse hábilmente para vengarse de sus enemigos, pero dejó asegurado el reinado sangriento de su familia; descubrió que era fariseo, pero logró la impunidad de los suyos; reveló que era incrédulo, pero mostró que tenía genio y talentos para engañar la piedad sencilla; perdió la reputación de verdadero creyente, pero ganó

la satisfacción de sus pasiones; perdió el derecho de predicar la verdad divina, pero venció”.(19)

La última carcajada antes del total descalabro es cuando el Supremo se entera de que Eusebio Borrero ha sido postulado candidato a la presidencia de la República; entonces exclama: “¡Hasta dónde hemos llegado!” Se da una palmada en la pierna, pide un escribiente y dicta unas líneas para su amado Santander —que nunca las llegará a leer—: “Dígame cuál es el candidato de su preferencia para yo trabajar hasta con la pepita del alma”.

RESURRECCIÓN EN BERRUECOS

*Abandonadlo a la maldición que lo persigue
o arrojadlo a la corriente del Guátara.*
Proclama de Bolívar, refiriéndose a Obando,
26 de enero de 1829

El resto de los países libertados por Bolívar sufrían las mismas pestes morales: en Venezuela se esperaba el rugido de trompeta de algún demonio antipaecista para aupar a la muerte; Ecuador seguía bajo la bota de Flores; el Perú dominada por el tirano Gamarra y Bolivia idiotizada por los errores de Santa Cruz. Bolívar, entonces, sentíase más muerto que nunca. El sentido de conveniencia de algunos granadinos los impulsaba a desconocer totalmente la obra del Libertador. La cadena de denuestos ha continuado hasta el presente, pasando por Ricardo Palma y llegando hasta don Germán Arciniegas, quien sostuvo que Bolívar era sólo un mito de papel.

Como es bien sabido, en Pasto, se prendió la mecha subversiva que amenazó con echar por tierra el gobierno de José Ignacio Márquez. Pero entonces, haciendo honor a la verdad, la reputación de Santander estaba muy baja y sin esperanza de salir bien parado de sus descalabros. La revolución que se levantó en Pasto por motivos nada claros, pues, estos incendios estallaban de pronto como los volcanes, rápidamente fue usufrutuada para favorecer la causa liberal, que entonces estaba muy estropeada.

El máximo representante de esta causa, Santander, encontrábase horriblemente solo; casi todos sus antiguos partidarios, que tanto esperaron de él y que fervorosamente le recibieron cuando regresó del exilio, desilusionados por su conducta, le habían retirado toda clase de apoyo. Cuando concluyó su periodo presidencial, en el Congreso, apenas una exigua minoría, en lugar de la imponente y aplastante que tuvo al principio, lo secundaba en sus decisiones.(20)

Los santanderistas jugaron una posición voluble y confusa, que a las claras contribuía al incendio del país. Al mismo tiempo que ardían las

pasiones más absurdas, producto de la estridente escuela que estaban instaurando los “perros rabiosos” del liberalismo sensual, unos cólicos que padecía Santander se le convertían en brasas delirantes. Los periodichuchos que se producían entonces, ya fueran “liberales auténticos” como “ministeriales” o “serviles”, parecían despedir parte de esa bilis negra y amarga que devoraba al eminente cucuteño y que como lava enervante corría por calles y plazas.

Descubría, el Hombre de las Leyes, que su popularidad se encontraba en el subsuelo de aquella Patria “que todo se lo debía”. Su palabra no era escuchada con el respeto debido; sus artículos y los arreglos históricos que en Europa y en Estados Unidos había escrito procurando desconceputar a quienes lo catalogaban de inepto y cobarde, de vengativo y cruel, de ladrón e hipócrita, de poco habían servido. Descubría muy tarde que don Jeremías Bentham no le había dado la sabiduría necesaria para utilizar a todo el mundo en su favor. Que era hábil y astuto, pero no lo suficiente como para alucinar por siempre a la opinión pública. Fatalmente, su brazo no podía llegar a todas partes. No tenía amigos. Había terminado casándose con una mujer seca y sobria, sólo para guardar las apariencias. Las apariencias que fueron su fuerte. El Testamento era lo último a lo que podía acudir para hablar al porvenir, lo cual quiso también llenar de apariencias. ¡Qué ingratitud más espesa por todas partes! ¡Sólo Dios podía salvarlo!; ese Dios al que él en su loca y descarriada juventud tantas veces negó y apostrofó con terribles acciones. Sólo el arzobispo de Bogotá, Manuel José Mosquera, armado de la Virgen de los Dolores y la Virgen de Chiquinquirá, la que había cargado en los años primeros de la revolución, podía sacarlo del inmenso laberinto espantoso que lo devoraba.

Doña Pilar Moreno de Ángel, anota: “Las relaciones entre los *progresistas liberales*, encabezados por Santander y los *ministeriales* que apoyaban el gobierno, eran marcadamente conflictivas”. *Ministeriales* significaba, en el lenguaje santanderista, el grupo de muertos de hambre que querían cogerse para sí los cargos del gobierno.

Santander pedía para los alzados en Pasto —encabezados por Noguera— amnistía total; OLVIDO. La misma clase de *Olvido Legal* que el Congreso de 1832 dictó para los asesinos de Berruecos. (21) Y todo el mundo recordará, todo el mundo menos doña Pilar, que el 2 de

marzo de 1832, cuando el Congreso de la Nueva Granada se reunió para considerar un decreto de amnistía, en un estado de hondo dolor para con los comprometidos en la famosa “conspiración” del general Sardá, Santander se opuso con todos los medios que estaban a su alcance.

Preguntaba el diputado Manuel María Mallarino:

¿Cuál será el resultado de esta conducta falta de tono, que a cada paso que se conspire, el Ejecutivo mandará un indulto, y tendremos que convenir en que entonces más peligros y riesgos correrá el ladrón que se robe un pollo que el jefe de una conjuración?

Y agrega:

Habiendo sido indultados los insurrectos de Pasto y Vélez, no queda ya sino Noguera solo, ¿a quién no se le ha impartido esta gracia dada por nuestra desventura tan pródigamente? ¿Y la República le irá a conceder a Noguera, al defensor jurado de Fernando VII, que ignora lo que es Congreso, y no sabe ni quiere más que defender a Fernando? ¿Le irá a ofrecer la Nación, degradándose con tal paso a un hombre que está cubierto de crímenes, que asalta en los caminos y que roba y asesina? Si sobre este hombre solo va a recaer el indulto, tampoco será medio de terminar la guerra, pues él, no lo aceptará. Balas o distancia es el remedio para tal hombre, y sólo la distancia o las balas el recurso que con él queda; debiéndose únicamente de procurar destruirlo. Por este motivo y creyendo que el indulto es nugatorio... estuve en contra del que se concedía a las facciones de 1833, que fueron justísimamente fusilados.

La historia de nuestros países parece un vulgar juego de lotería. Claro, con algunas reglas difíciles de discernir. A falta de nobleza queda el verbo enredador que pretende dar algún matiz de valentía y no sé qué de sublimidad a las locuras más espantosas. Santander pese a sus males seguía erguido como el mago máximo de su tierra. Se hundía la República en el horror de una guerra atroz y sus labios permanecían inmutables. Su figura se me ocurre en este punto de nuestro trabajo, como la de cierto cura chileno, considerado un santo en su aldea; cansado este sacerdote de ser adorado, decidió violar una niña; pues bien, su abominable delito contribuyó todavía más a delinear su impoluta santidad y cuanto

contra él se dijo por su violación fue considerado, por la mayoría, como calumnia y apostasía.

“Defectos hay —dice Rufino José Cuervo— que se disimulan bien con un cargo... y refiriéndose a Santander: la dureza y el entremetimiento aparecen como energía y celo”.(22) No se puede considerar a don Rufino enemigo de Santander, quien estampó lo siguiente: “Acabando Santander de salir de su presidencia, y sin tener cargo alguno público, asistía diariamente al local del Congreso para conferenciar con los diputados amigos y sugerirles proyectos y medios de entorpecer y hostilizar al gobierno, y no se retiraba hasta haber estimulado con su presencia las discusiones”.

El Hombre de las Leyes salía de aquellas ardientes sesiones, donde se discutía este alzamiento, profundamente fatigado y desconsolado. Pese a cuanto había hecho por su patria, casi nadie le creía, casi nadie le escuchaba. Bien estaba que esta actitud de mortal odio se hubiere desatado contra Bolívar; contra el insigne caraqueño estaba justificada y lo merecía por haber herido de muerte a la Constitución en 1827 y por haber pretendido desconocer, en sus últimos años, los principios liberales por los que tanto se había luchado; pero que ahora a él, el Organizador de la Victoria, el Invicto Defensor de las Leyes, el más respetado y conocido por los eminentes legisladores de Estados Unidos y Francia; ¿a qué se debía tanto desdén, tanto desconocimiento, ofensas, ingraticudes y, sobre todo, tanta criminal indiferencia?

“¡Ah!, ¡malditos pueblos envidiosos! La envidia lo corroe todo entre nosotros. La envidia que parece tan vital como la sangre en estos simios hegemónicos...”.

En cuanto salía del Congreso, como podía, casi siempre ayudado por algunos correligionarios, a paso lento, se dirigía a su casa donde la paz de su mujer hacendosa le daba el calor vital para aceptar y comprender al mundo. Entonces, su estado de salud, le impedía, como en otros tiempos, escribir feroces respuestas contra sus enemigos. Ese no era el estilo para sus años; estaba viejo, más que viejo, enfermo, deteriorado o apollillado en lo más sensible de su alma. Miraba a su alrededor como queriendo reconstruir los pedazos de su existencia equivocada. Quedábase con la boca abierta, los ojos fijos y, así, un desordenado y corto sueño

lo dominaba. Despertábase aterido por la necesidad de comprender su pasado y solicitaba algún calmante; otra vez sereno pedía a su secretario —siempre tenía algún secretario en estas horas de la tarde— que le pasara los últimos retoques hechos a su Testamento. “¡Dios mío!, si pudiera rehacer mis Memorias, reescribir la historia de esta absurda vida...”.

Un fastidio momentáneo le hacía ver de repente que su propio Testamento, el último panfleto de su vida; no clarificaría nada. Los testamentos no los leen sino los herederos que esperan algo... aunque es la patria quien heredará mis testimonios, mis largas jornadas en beneficio del pensamiento americano, de la fundación de este país... con respiración jadeante, atenazado su cuerpo de insoportables dolores, dictaba:

Declaro solemnemente que ni he tenido ni tengo actualmente compañía o sociedad de ninguna especie con las personas que han obtenido privilegios exclusivos en Colombia y Nueva Granada, ni he sido miembro, ni socio, de ninguna clase de asociaciones de minas, colonización o cosa semejante, ni he tenido sociedad mercantil, ni he negociado con vales de la deuda interior y exterior de Colombia, pues, me he limitado a vivir de mis sueldos y a mejorar mis propiedades con las economías que de ellos hiciera, manejándome en todo lo demás y en las materias expresadas con la dignidad propia de mis empleos y con el honor correspondiente a mis principios y la reputación que he procurado adquirir. Mis enemigos me han ultrajado en este particular, por ultrajar en mi persona la hermosa causa que constantemente he defendido contra la ambición y la aristocracia. Yo los perdono sinceramente.

Dormía muy mal; se levantaba, ajada la cara y sin apetito; con ayuda de dos amigos caminaba como podía hasta el lugar donde funcionaba la Cámara. A veces alguna voz impertinente susurraba que Noguera era otro Jackson Granadino en una vuelta de tuerca más en el rumbo azaroso y penoso de aquella democracia. Pero eran gajes del oficio escuchar sandeces y vulgaridades en contra suya. Ocupaba su curul con gran esfuerzo; paseaba su mirada triste y aporreada por los diferentes miembros que a veces ni se le acercaban para saludarlo. Suspiraba, mandaba a pedir un bebedizo de pronto alivio, sin panela, que sorbía lentamente mientras hacía esfuerzos indecibles por contener imágenes de pena y contrariedad. Escuchaba los candentes discursos que como espinas infernales se clavaban en su hígado, y le revolvió el estómago provocándole

ansias y mareos. Tosía, se excusaba para retirarse un momento, pálido como un moribundo, rechazando las sugerencias de sus amigos que le pedían guardara cama por unos días. Luego de expulsar cuanto podía, deambulaba por las habitaciones como un fantasma, recorriendo con su mente el vértice de su existencia pasada, desintegrada en mil pedazos: “El Hombre de la Dificultades, el de las malditas correrías; el Usurpador Urdaneta; Montilla, mi antiguo amigo; Sucre, el bobo, el maricón de Sucre; Páez, qué buen canalla; Obando, Cuenca, Castillo el hijo de p... de Córdova, el botarate sin instrucción que era fiel al despótico gobierno. López, petulante y atrevido: un verdadero delirio...; Caicedo, maldito imbécil...; Nicolasa, la mucama de los “liberales”; los Mosqueras... Sardá, Rangel, Infante, Bujanda, Barreiro, Perucho, Manuela, Anzoátegui, Madrid, Márquez, Uribe el loco; el loco Uribe...” Volvía pesadamente a su asiento. Pedía la palabra, al escuchar que se le vituperaba: ¡Ay!, qué estremecimiento en la sangre, qué temblor en los nervios; se sofocaba. La debilidad era tremenda, a veces lo mareaban los pensamientos, y a través de la franja amarilla de la bilis que velaba su mirada, repasaba el artículo décimo de su testamento, que desde hacía algunos días trataba de armar:

Declaro también del modo más solemne que en el ejercicio de la Suprema Magistratura no ha estado en mis principios perseguir a nadie. Si he hecho ejecutar la pena de muerte en algunos conspiradores, ha sido porque lo creí un deber indispensable en bien de la estabilidad del país, víctima por largo tiempo de conspiraciones criminales cuya impunidad había desterrado la confianza pública y minado la estabilidad del Gobierno constitucional; me queda el consuelo de que los reos ejecutados fueron juzgados y sentenciados por Tribunales ordinarios, con todas las fórmulas protectoras del acusado y por leyes preexistentes al delito, expedidas por la autoridad legítimamente legislativa...

La algarabía de los atroces insultos que iban de una a otra bancada, el ruido de las lenguas desatadas mezcladas a la música de la pólvora, de los cañones. El presidente de la Cámara que exige silencio; unos bostezan, otros peen, otros conversan a través de las ventanas que dan a la calle. El ruido simiesco de algunos petimetres con aires de procónsules llenando los estrados para el público. Esperan que el temible Hombre de las Leyes tome la palabra.

Aquellas estridencias le tenían harto. Él lo que necesitaba era alguien que supiera defenderlo. Observaba que sus enemigos estaban adquiriendo una capacidad de ataque insospechado. Iba a tener que tomar el pesado encargo de defenderse, porque ninguno de los que se decían “liberales” sabía hacerlo. La Nueva Granada se derrumbaba...

No pensaba aburrirles el Hombre de las Leyes y expresó de manera pausada su posición de este modo:

Yo soy de la oposición, pero no faccioso como se ha dicho por los que me han querido denigrar. Yo he hecho una oposición siempre racional y de conformidad con los principios republicanos; y sin embargo la calumnia de mis enemigos, dispuesta a tiznarme —aunque en vano porque mis hechos les contestan— se ha adelantado a suponerme instigador de disturbios.

¡No señor! Jamás he sido traidor a los principios que abracé desde que emprendí mi carrera pública: el Libertador Bolívar, sin embargo, del grande aprecio de que él hice y de los vínculos de amistad que nos unieron, jamás pudo obtener que yo faltase a mis promesas. De aquí nacieron mis persecuciones ¿y qué recompensas no habría yo tenido a su lado? Y si la amistad de aquel hombre, por quien tenía yo veneración, no me arrastró ¿puede suponerse que hombre alguno me desvíe del camino del honor y del deber? ¡Imputación vulgar; injuria gratuita, despreciable! El indulto que deseo para estos descarriados granadinos sólo me lo dicta la conveniencia pública. ¡Desengáñese la Nueva Granada! Mientras Santander exista jamás será traidor, porque identificado con los intereses nacionales, porque cabiéndole una parte en la creación de los derechos de que hoy goza el pueblo, está pronto a defenderlos, y porque juzga que para conservarlos hoy se necesita amnistía, ¡olvido eterno!

Quedó profundamente debilitado. Se sostuvo como pudo y miró alrededor; percibía el espeso silencio de los que pensaban responderle, y revolvió sus papeles tomando nota, y se echó en su asiento, cerrando un poco los ojos.

Siguieron otros en la palabra, por ejemplo, Florentino González, de la bancada santanderista. Los liberales persistían en que se indultara al grupo de facinerosos, al monstruo Noguera. El “liberal auténtico”, Florentino González, con lógica benthamista sostenía que el caso de Noguera era distinto a los del complot del año de 1833, puesto que

la facción de Noguera era numerosa, y sus comprometidos no estaban presos, por lo cual, no podía ser fusilado como sí ocurrió con los comprometidos en el golpe que preparó Sardá y su pandilla, “éstos están con las armas en la mano; son en número de mil; entre ellos, hay muchos *inocentes*”.

Santander quiso aplaudir a González, y sonrió con algo parecido a una mueca. Entonces, cambió de posición y miró hacia donde se hallaba el viejo Azuero, quien redactaba una fulminante filípica, pero Santander estaba asqueado de la retórica de don Vicente. Era otro maldito cascarrabias que creía que las verdades entraban con gritos y espasmos. Estaba fastidiado de este incómodo compañero cuyos consejos le habían traído más amarguras que satisfacciones. Pensó que no soportaría su voz estridente y desafiante, el borbotear de su verbo tritonante porque ahora envejecido, descubiertos sus vicios y ambiciones ni siquiera le hacían caso. Con aire de dignidad se pasó el pañuelo por la frente y lo retuvo largo rato sobre los párpados.

Entonces, los diputados se preocupaban sobremanera por la lógica. A ellos no les importaba resolver los problemas, sino el asunto conceptual del lenguaje. Era el vicio de las ideas que míster Bentham y compañía habían difundido por Europa. Si las ideas eran fascinantes, bellas y bien conformadas, podían tener, en sí mismas, la capacidad de hacer prodigios. Todo era asunto de una bella frase, de una preciosa e ingeniosa composición satírica. El raciocinio feroz, la sutileza aguda y punzante, la formulación de las proposiciones y las premisas, la armazón del protocolo solipsístico, la metodología sintáctica y teórica de los significados cognoscitivos era cuanto procuraban realzar cada uno de los “liberales auténticos” participantes en aquel ruedo.

El diputado Lino de Pombo tomó la palabra; los dardos de don Lino eran certeros y apabullantes; aseguró que la revoluciones en su país iban a hacerse frecuentes e inextinguibles; que se iban a considerar como medios para satisfacer las ambiciones lucrativas de quienes vivían apostando al caos nacional.

Esta clase de actividades de los congresistas, sugería Pombo, sostendría a los elementos propiciadores de la anarquía nacional, con el fin de sacar provecho personal de las perturbaciones; pues un país alimentado

constantemente de escándalos y amenazas sediciosas, no puede ocuparse de hacer justicia; prospera en él la impunidad, la estafa permanente de sus recursos, el desdoro público, el desgüeño administrativo y cuanto propende a dar fuerza a los negocios ilegales. Pero si además cada vez que un grupo de delincuentes quiera rebelarse contra la República por cualquier capricho, siempre encontrará una buena representación de diputados que le defiendan, no un espíritu de rotundo rechazo a esas miserables prácticas —del más despreciable terrorismo; si con este espíritu de debilidad inmensa se discute con el único ánimo de refrendar indultos y declarar amnistías para forajidos, grandes son las probabilidades para que la nación viva en perpetua agitación política y que los hombres honrados tengan que emigrar...

Si los rebeldes por esta vía triunfaban; otros, más feroces, buscarían la oportunidad de satisfacer sus deseos, que no eran sino los de apoderarse del mando, del tesoro público o ejecutar ruines venganzas; todos a la espera de un indulto generoso que ponga en resguardo cuanto ha logrado de sus tropelías, de la rapiña de sus actos. Hombres habrá, también que en concepto de Pombo, sin razón política alguna, se lancen en una revolución sólo por ganar un nombre —cosa que también acabó por prosperar en nuestro medio— que su mérito no les diera, sabiendo que hay una mayoría en el Congreso que abogue por ellos.

Santander se emocionó mucho al escuchar estas peligrosas palabras, pero don Lino fue más terrible todavía:

No es más que una apariencia, una invención con que se pretende lisonjear y favorecer las ideas de partido, así como se inventaron las palabras de progreso, federación, emancipación religiosa, y otras de esta calaña, con la mira única de dar colorido lisonjero a ciertas ideas o pretensiones y ganar prosélitos.

El corazón del Organizador de la Victoria, el maestro y padre de los “liberales auténticos”, sintióse abrumado, atenazado por la ingratitud; como una ráfaga, ardientes impresiones pasaron por su mente como los desvelos siendo Vicepresidente de la República; no podía imaginar cómo un hombre como él, Libertador de la Nueva Granada, él, que humilló al Tirano Bolívar y por cuyo enorme influjo se hicieron realidad las utópicas manías de míster Bentham, las bases de la sólida democracia

granadina; ¿cómo podía ultrajársele tan despiadadamente, sin que la propia nación retrogradara a los días infernales de Morillo? Tal cosa no podía ser sino efecto del mal ejemplo dejado por Bolívar, y él pagaba los platos rotos, siendo señalado como el jefe y protector de una tenebrosa conspiración, de una rebelión que se empeñaba en derrocar al gobierno.

Pero la Nueva Granada estaba inclinada al desastre por los malos ejemplos dejados por el Dictador. Con hondo desprecio cerró sus párpados; llevóse su mano a la cara y dirigió su mirada hacia una tenue luz que llegaba de la calle.

Como Pombo no podía aceptar que se pidiera con tanta insistencia un indulto, una amnistía para un bellaco como Juan Andrés Noguera, se preguntó:

¿Quién es Noguera, cuál es su causa, cuáles son sus principios para que pueda merecer el que la legislatura lo contemple y se ocupe de impartirle un acto solemne de su clemencia? ...Si pues el indulto ha de ser sólo para Noguera, debo declarar que con mi voto no se le indultará, porque ese cabecilla no sólo es reo del crimen, y de los asesinatos y robos cometidos en el último año, sino más de cien muertes ejecutadas a sangre fría antes de esta rebelión, de infinidad de robos, y de toda clase de maldades, pues está habituado al crimen, como yo lo estoy a ser hombre de bien, y ni con indultos, ni de otro modo, se logrará que deje de ser un facineroso insigne.

No señor, las opiniones o los hechos de Andrés Noguera no representan nada en política: representarán solamente cierto número de garrotes, lanzas y fusiles, así como un tigre sólo representa su fuerza y su ferocidad, y sólo como a tigre puede tratarse a Noguera, que vive como tal separado de la sociedad y alimentándose de sangre... Del seno de la llamada oposición han salido todos los caudillos, todos los promovedores activos de las rebeliones que deploramos.

Hay que reconocer además, Señor Presidente, que ese partido que solicita amnistía en su favor no está dispuesto a concederla jamás al partido contrario: ese partido nunca nos perdonará, nunca perdonará, a la nación, que se le haya arrebatado el poder de las manos, nunca transigirán con nosotros, el día en que triunfen, nos ahorcan; y aunque yo estoy y siempre he estado por medidas de paz y de humanidad, no estoy porque se les

aliente con la idea de la impunidad absoluta. Ese partido se ha creído de mucho tiempo atrás el poseedor exclusivo del saber, del patriotismo, de las virtudes, de los precedentes, y nos ha considerado a nosotros, a los que sostenemos el gobierno, como el receptáculo y la piscina de todo lo malo, como bolivianos, como retrógrados, serviles, venales, malvados en fin: así por lo menos han estado pregonándolo y lo pregonan los que en ese partido llevan la pluma y aun la voz; ...Es verdad, que no fui de los que comieron carne sin sal en Casanare en 1819, pero la comí muy salada, de burro, en el punto avanzado de la Popa en Cartagena en 1815. Es verdad que no me encerraron en los castillos de Bocachica en 1828; pero estuve encerrado en 1816 en el de San Jerónimo de Portobelo y en el de San Felipe de Cartagena. Repito que nos ahorcan el día en que logren triunfar... Nótese, por las representaciones mismas que ayer se han leído aquí, la arrogancia y el deseo de venganza que manifiestan: solicitan para ellos perdón y olvido, y acusaciones, castigo ejemplar para el presidente de la República, para los miembros y los amigos de la administración: si así se expresan al reclamar indulgencia, ¿cómo obrarán de haberla obtenido?

¿Hizo bien la Providencia, salvando del patíbulo a Santander en 1828?

Si Lino de Pombo, que trató bastante a Santander y a sus íntimos liberales, clamaba, suplicaba porque se fuera firme con estos señores porque de otro modo ellos, los aliados de gobierno de Márquez, serían degollados; si con tanta furia exigía esta reacción contra la rebelión de Pasto, entonces, ¿dónde queda esa categoría de hombre amante del orden constitucional y republicano que sostienen algunos haber sido Santander?

El Hombre de las Leyes exhalaba gemebundos suspiros. Observó que tomaba la palabra el distinguido granadino Joaquín Acosta, hombre de una gran probidad y cultura, compañero de viaje en Europa, consuelo de su alma abatida durante su terrible destierro; Joaquín Acosta dirigió su mirada hacia Santander y, en un lacónico discurso(23), sostuvo que se oponía decididamente a la absolución de los que habían cometido delito de rebelión.

Santander lo miraba con su cara congestionada, de muchacho compungido y castigado, como si estuviera en el limbo; sopesaba cada

frase rebatiéndola interiormente con una furia y una desazón que parecía arrancarle el poco aliento que le quedaba. Su más grande dolor era la lucha interior: un deseo de rectificar y una necesidad de seguir siendo el mismo, pues su carga estaba representada por la fuerza del deseo de sobrevivir. Don Joaquín dijo serenamente que le parecía del todo improcedente que después de haberse debatido por tanto tiempo la aprobación de un Código para castigar delitos como los que se estaban produciendo en Pasto se pretendiera invocar al indulto. Además... —la voz serena de don Joaquín pareció aterrorizar los nervios esmorecidos del Hombre de las Leyes— sostuvo Acosta que durante el gobierno del general Santander, cuando éste era el jefe del Ejecutivo, no había ni siquiera la posibilidad de perdonar, otorgando indulto, a quienes conspiran y que, por lo tanto, esa solución jurídica carecía ahora de validez.

La estocada fue fulminante. Santander bajó la mirada; un abismo interior le llenó de sombras. Su amigo, su gran amigo de tantos años tampoco creía en su palabra; ¿qué quedaba de aquel hermoso partido que lo recibió como a un Paine, como a un Benjamín Franklin?, ¿qué era de todo aquello?...

Uno se pregunta, a tantos años de aquel drama: ¿qué había pasado para que Santander adquiriera una posición tan poco respetable que se le atacara estando tan mal físicamente, con inclemencia, sin consideración alguna para los preeminentes cargos que había detentado? ¿Cómo era que había caído tan bajo, tan aborrecido por sus más queridos camaradas como Arrubla, por ejemplo? Es cierto que Bolívar fue prácticamente echado de Bogotá, que era un “déspota”, un “tirano” que había maltratado a todo el mundo; el eximio desterrado, el insigne Hombre de las Leyes que había ganado pulcramente las elecciones para la presidencia y ocupaba una curul en el Congreso y era el *fundador nato del republicanismo granadino*, y quien además había tenido la grandiosa ocasión de demostrar que los colombianos sí sabían gobernarse sin Bolívar; ¿qué le estaba pasando para que distinguidos personajes de la categoría de Joaquín Acosta lo arrinconaran y lo torturaran con inculpaciones tan horribles de sedicioso, hipócrita y cuyos efectos morales lo estaban situando al borde de la muerte? Claro, aquella gente no actuaba, como pretendía sostener doña Pilar Moreno de Ángel, por efecto del fanatismo de partido, porque era su propia gente, los granadinos, liberales de uña y carne, quienes le lanzaban duras acusaciones.

Al compañero que se acercó para tomarlo del brazo y llevarlo a casa le lanzó una sonrisa helada. Se volvió sin decir una palabra a Acosta y, como pudo, se abrió paso a través de las hileras de sillas, recordando a cada instante si de veras con la muerte terminarían sus temores y pesares. Por la calle deteníase a descansar, pesada la cabeza, seguido de tres o cuatro fervorosos amigos. Nadie decía una palabra, aunque todos parecían pensar en lo mismo. Lo que estaba molestando sobremanera a Santander era ese cúmulo de papeles que estaban inundando su casa; papeles que le llevaba todo el mundo, diarios, libros, recortes, documentos, libelos. Eso le producía asco. Sin embargo, no podía prescindir de ellos. En cuanto entró a casa pidió que lo dejaran solo.

Por la tardecita, entregado al rumor de una fuente cercana, al canto de algunos pájaros que buscaban sus nidos, dedicóse, con gran molestia a enumerar algunos de sus bienes. Pronto oscureció y un intenso aburrimiento le hizo abandonar el escritorio. Caminó fatigado hasta la cama y pidió a su mujer le llevara el Crucifijo. Un palpito de luces en su mente le hablaba del fin... mezcla de ansias y mareos; sopor de vómito recrudecido por los recuerdos que le llegaban de cada una de las figuras de sus antiguos y brillantes colegas: un mar de encontrados sentimientos, porque sin fuerza no es posible cambiar. ¿Cómo había llegado a tan lamentable estado sin haber podido ser lo que siempre había querido ser? Sin fuerza no es posible cambio alguno...

Al día siguiente retocó varios artículos de su testamento; en uno de ellos anotó:

Hay otras deudas en mi favor que no quiero que se cobren, pero que las consigno aquí para probar que he estado pronto a servir a los amigos con mi dinero y que no he tenido la avaricia que mis enemigos me han supuesto. Pertenecen a esta deuda dos mil pesos que le presté en doblones en 1827 al desgraciado general José Padilla... Quinientos doce pesos que igualmente le presté al general José María Córdova.

Como padeciera de horribles dolores, dejó de revisar el testamento. Suspendida la tarea volvió a su cuarto, el único lugar que le traía algún consuelo. Pidió el relicario de la Virgen de las Mercedes y dijo, como

acostumbraba en estos trances: “¡Fiel compañera en mis peregrinaciones y trabajos, no me abandones en el mayor de todos ellos!”

Dormía a ratos y preguntaba entre sobresaltos qué día era, qué hora era. Volvía al mismo letargo, la boca abierta, respiración molesta y entrecortada. Un insoportable amargor le sobrevinía con frecuencia a la boca, dolor en los riñones, dolor estomacal, dolor en el pecho; estaba hecho un desastre. En medio de la queja, dejaba escapar de vez en cuando frases como: “Madre mía”; “hijos”; “queridos hijos”; “hermanita Josefina”. Miraba hacia los anaqueles donde estaban los libros con los que había decidido quedarse después de una selección muy detenida. Había varios en inglés que contenían discursos de eminentes congresistas norteamericanos, los que más estudiaba. Consultó largo rato en ciertas referencias sobre la vida de Andrew Jackson; recordar a Andrew era ver reflejada su defensa en el poder de Obando; luego, dejando vagar la mente cerró los ojos.

La sesión del día sábado 28 de marzo fue más borrascosa todavía. El coronel Eusebio Borrero, secretario de Interior, pidió la palabra. Al ver a don Eusebio, Santander jamás imaginó lo que le echaría en cara, pues, en ocasiones, la política tropical tenía la virtud de tomar giros repentinos con ataques desmedidos hacia los hombres más respetables. Santander esperaba que Borrero recapacitara un poco sobre las grandes calumnias inferidas a su persona en su última intervención. Además, debía tener alguna consideración por su estado de salud. No obstante, nada bueno podía esperar de un hombre que al saludarlo había sido extremadamente frío y seco. Entonces, tuvo que sacar fuerzas indecibles para mantener su dignidad, respirar profundo y pedir a Dios que le diera la serenidad suficiente para tolerar la andanada de improperios que podrían lanzarle. Eusebio Borrero tomó la palabra. Su voz retumbó estridente por todo el ámbito de la cámara. No había duda que preparaba infernales embestidas contra el Hombre de las Leyes. Dijo:

Bajo la administración del doctor Márquez ha habido revoluciones en Vélez, en Timbío y en Pasto, y descontentos en todas las provincias; luego, la administración del señor Márquez es responsable de estas revoluciones y de este descontento. ¡Qué lógica! Apliquémosla a otros hechos. Bajo la administración del general Santander en tiempo de Colombia se sublevó Pasto en diciembre de 1822 y en junio de 1823, y hubo conspiraciones en

Tunja y aquí en 1833 y descontentos en todas las provincias; luego, la administración del general Santander es responsable de aquellas revoluciones y de aquel descontento. Este es, señor presidente, el abismo adonde conducen los falsos raciocinios, y lo son siempre todos los que forman el espíritu de partido. Yo no encuentro diferencia alguna entre las perturbaciones de 1833 y las de 1840; oficiales, jefe y generales estuvieron entre los primeros; oficiales, jefes y generales han estado entre los segundos; por manera que el general Obando es el Sardá de la administración del señor Márquez; así como Sardá es el Obando de la administración del general Santander. Sin embargo, han debido ser fusilados los primeros; salvados y aun aplaudidos los segundos. Por más que me empeño en hallar la rectitud y consecuencia de esta idea, yo no puedo menos que traducirla de este modo. Los perturbadores de 1833 han debido sufrir la pena de muerte porque conspiraron contra la administración del general Santander, que era útil y querida de los que opinaron así; los facciosos de 1840 deben ser salvados y aprobados porque han conspirado contra la administración del señor Márquez que es inútil y aborrecida de los que opinan de esta manera. Se dirá, las revoluciones de 1840 han progresado más que las de 1833; verdad es; y la razón es bien obvia; porque aquellas fueron reprimidas con la severidad de la ley y éstas alentadas con indultos. Así que la amnistía que se discute es para mí una sanción de las revoluciones presentes y un semillero de las futuras, y no quiera Dios que ésta sea la intención de los que la sostienen.

Malamente le asentaron a Santander aquellas palabras que muy pronto iban a tornarse más terribles todavía. La sangre envenenada de su cuerpo, los escalofríos producidos por el esfuerzo, el pesado fardo de su memoria de la que oía gritar: *Sin fuerzas es imposible rehacer la vida...* Un recrudecimiento de la sensibilidad le hundió en el sopor de una pesadilla... Hubo un momento en que le pareció tan inútil responder, siendo que la vida le era tan escasa, siendo que de nada le valía defenderse de seres virulentos... una sonrisa fugaz de sus labios caídos fue cuanto pudo ofrecer a sus amigos que se le acercaron para expresarle la vergüenza que sentían... Buscaba una salida, apoyado en el brazo de la silla y sujetado el otro brazo en su amigo Florentino González, cuando escuchó el vozerón de Borrero que le decía —porque a él iba dirigida aquella descarga:

Se ha aducido el principio de Constant de que los muertos sí hablan; y yo pregunto: ¿Han hablado los 17 que ensangrentaron otros tantos patíbulos

en 1833? ¿O el principio es de 1840, y falso entonces cuando estaba más cerca de su origen?

Salió Santander de aquel laberinto de insultos más descalabrado que en el día anterior. Alzando levemente la mano, sugirió que se apartaran, como queriendo escapar de sí mismo; el aire le faltaba. Recordó, no supo por qué, a Bolívar, quien con intenciones proditorias en 1830, se detuvo algunos días en Cartagena. Nunca acabó por irse del país, porque la ambición de mando lo había desnaturalizado. Era su táctica, la misma que había puesto en práctica durante las deliberaciones de la Convención en Ocaña. Ahora estos ingenuos o “cobardes”, ignorantes o “serviles”, acabarían por adorar a aquel verdugo y tirano. Acabarían por revivirlo, no obstante que había asesinado a Padilla y a Córdova, que había perturbado para siempre a la Nueva Granada y que, con su ejemplo, dio fuerza a los elementos más negativos, a los anticonstitucionalistas, a los perturbadores del orden y de las leyes.

Cuando llegó a la puerta, de un murmullo de voces mezcladas con risas, escuchó que mencionaban a Florentino, Lleras y Murillo Toro, de los pocos amigos que aún lo defendían. Al primero lo ridiculizaban con el apodo de Don Florito, al segundo como Saladas Letrillas y al otro de Opusculero.

En efecto, era una carta de Noguera a Obando, interesante por el lenguaje, la confianza y el extraordinario respeto, que le muestra. Le dice entre otras cosas:

Mi distinguido y querido señor... Amado señor... en el momento que esté toda mi gente replegada, le daré un parte... Remito a vuestra señoría una bola de tabaco, aunque le sirva para sus asistentes y dispense lo que da monte. Religión.

En otro manojito de cartas estaba una del guerrillero Estanislao España para Obando, en la que decía: “...Bajo este pie sírvase vuestra señoría decirme lo que quiera que se haga que tendremos placer en obedecerle y manifestarle nuestra inmensa gratitud...”.

El 6 de mayo de 1840 a las 6:32 de la tarde dejó de existir Francisco de Paula Santander. Para que en todo lo esencial fuese diferente del general

Bolívar —quien murió con una camisa prestada, que nunca devolvió— cuya urna, hecha de una recolecta pública, suficiente para comprar diez tablas, tachuelas y cabuyas, fue una urna muy rústica, un cajón que por los bordes mostraba las abolladuras de unas tablas torcidas, sin pintar y sin cepillar; la de Santander, en cambio, para guardar las formas debidas de su insigne pasado, fue un elegante féretro de caoba y embutidos de cobre, sin ángulos salientes en los costados, en el cual reposaba un cuerpo “sobre una capa española, vestido de uniforme de general de división, que consistía en casaca bordada en el cuello, en la pechera y bocamangas, con fondo de paño grana, faja de mallas y espada ceñida, calzón blanco, botas altas, los brazos cruzados sobre el pecho, guantes blancos y, a los pies, el sombrero elástico con el bonete orlado y la beca roja del Colegio de San Bartolomé, de donde fue estudiante; el rostro acicalado de color blanco que le hacía resaltar el bigote negro”. (24)

Pronto corrió por el mundo la noticia de aquel suceso. La Nueva Granada había perdido uno de sus luchadores más insignes. La vieja patria de Bolívar se encontraba profundamente dividida, y como los libertadores habían constituido un estorbo para el desarrollo de la paz social, casi nadie se acordaba de quienes nos habían dado libertad y honra. No conocemos declaraciones de pésame por parte de Venezuela y Ecuador o del Perú, quien mostró gran interés por la obra política del señor Santander, sobre todo desde 1828. Lo que prueba que nadie es imprescindible en esta tierra. Los “liberales inconsecuentes” lo celebraron en silencio. Y más lejos y de otros lugares tenemos al menos esta prueba, que nada de condolencia tiene:

Caracas, domingo, 14 de junio de 1840

...Ayer recibí noticias de la muerte de Santander que ocurrió el 6 de mayo... En ninguna época más aciaga para su reputación, pues ya se había rasgado el velo tras el cual se ocultaba el falso profeta, ya sus hechos habían desmentido sus profesiones liberales, ya el HOMBRE DE LAS LEYES se había declarado corifeo de las facciones, ya lo habían sorprendido infraganti; Catilina en el Senado con todo su descaro, pero sin valor para ser Catilina en el campo. Si se hubiera cumplido en él la sentencia que le condenó a un cadalso por su complicidad en la conspiración de septiembre, muchos habrían mirado su delito como un crimen generoso... pero ahora que le han visto conspirando contra el gobierno de su país, conmoviendo las provincias

para arrancar de manos de la justicia a un infame asesino, Obando, que se prestara el mundo liberal a sus anteriores protestas...

...Desde su lecho, moribundo, hizo Santander su último esfuerzo para engañar a la posteridad, pero al encarecer a sus compatriotas le creyesen inocente de los crímenes que se le imputaban, el dedo de aquel que sobre el Sinaí entre truenos y relámpagos dijo al hombre “no levantarás falso testimonios” selló para siempre los fementidos labios, y la mentira incompleta se perdió en el silencio eterno.

D. F. O’Leary

NOTAS

1. “El padre Villota, después de estar en el Ecuador, regresó a su tierra, y allí entregó su espíritu al Creador en el año de 1864. A su muerte, el pueblo invadió el convento y todos querían fragmentos de su cuerpo o de su vestido como reliquias, hasta el punto de haber desaparecido parte de una de sus orejas, siendo necesario que la autoridad custodiara sus despojos para impedir que fuera despedazado; por ocho días fue llorado y velado, y al fin se le dio la debida sepultura eclesiástica, después de solemnes y concurridas exequias en el Templo Catedral”. (A. J. Lemos Guzmán, *Obando, de Cruz Verde a Cruz Verde*, p. 258).
2. *Historia de la Nueva Granada*, Editorial Cromos, 1952, 2 v.
3. Antonio Irisarri (1964) *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal De Ayacucho*. J. Cuba, Casa de Las Américas.
4. Andrés Rodríguez murió envenenado en el camino de Taminango, después de salir de la casa de Juan Erazo, pariente de José Erazo. Asegura la gente de las poblaciones vecinas, donde se cometió el asesinato, que los culpables eran José Erazo y Sarria; que el veneno que mató a Andrés Rodríguez le fue dado en un plátano y en un calabazo de agua rancho que le fue servido en una posada del camino... Envenenados también murieron Juan Gregorio Rodríguez y Juan Cusco.
5. Todos estos documentos se encuentran en los distintos libros publicados sobre el crimen de Berruecos. Uno de ellos es el de Irisarri, ya mencionado anteriormente.
6. La impresión de aquella esquelita había quedado intacta en la mente de Morillo.
7. Tal vez nunca se llegue a comprender del todo la aureola llena de audacia y de irreverente irrespeto que despertó la temeridad de Obando, al enfrentarse en 1828 contra el gobierno de Bolívar; su demencial arrebató luego contra Sucre, del cual no pudo vanagloriarse en público, pero que iba implícito en sus goces de campeón “liberal” que había contribuido a formar la República de la Nueva Granada.
8. José Manuel Restrepo.
9. A. J. Lemos Guzmán, *Obando, de Cruz Verde a Cruz Verde*, obra ya citada, p. 266.

10. Florentino González, *Razón y sinrazón de una lucha política*, p. 264.
11. Ángel Grisanti, *El proceso contra los asesinos de Obando*, p. 138.
12. No sé por qué estos sentimientos de Obando me recuerdan el caso de un general venezolano, de apellido Narváez Churión, que en 1986 fue acusado de corrupto. Huyó en medio del escándalo que lo comprometía como culpable también del asesinato en la persona de Luis Ibarra Riverol, abogado que lo había acusado de ladrón ante los tribunales. Desde un lugar de los EEUU, país a donde vuelan casi todos los corruptos de Venezuela, declaró a un periodista: “Yo no me rindo”.
13. Ángel y Rufino José (1954) *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Clásicos colombianos, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Tomo II, p. 1465.
14. *El proceso contra los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho*, p. 74.
15. Tengo a la mano un recorte de prensa del 7 de enero de 1988. En ella se reseña que un juez puso en libertad al poderoso jefe de la coca, Jorge Luis Ochoa Vásquez. Vale la pena ver cómo a ciento cincuenta años de la rebelión de Obando, Colombia, en asuntos de justicia, ha evolucionado tan poco. Al igual que Obando en 1840, Ochoa conminó a la justicia a hacer lo que él quería. El juez que recibió la indagatoria a Ochoa lo hizo en una vivienda de propiedad del narcotraficante y el diario *El Espectador de Bogotá* dice alarmado: “Es aberrante el sometimiento del juez a los designios de sus acusados”. Es muy probable que el autor de esta crítica haya sido ya asesinado por sicarios.
16. Ángel y Rufino José (1954) *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Clásicos colombianos, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Tomo II, p. 1107.
17. Tomás Cipriano Mosquera.
18. *José María íntimo*, p. 83.
19. (1973) *Episodios de la vida del General José María Obando*. Biblioteca de Historia Nacional, Vol. CXXII, Editorial Kelly, Bogotá, p. 249.
20. Augusto Le Moyne, ut supra, p. 293.
21. Pero la gratitud que Santander y su partido sentían por Obando no tenía límites.
Y volverían tiempos mejores. Cuando el Hombre de las Leyes ya esté descansando en el Campo Santo, cuando el fuego de la espantosa guerra civil que condujo al ostracismo del Jackson Granadino esté

apagado y cuando éste vuelva colmado de laureles —como suele ocurrir con casi todos con los eminentes perseguidos por más criminales que hayan sido los delitos cometidos contra la patria—, en su tierra se organizará, por el partido liberal, un acto grandioso para hacerle entrega de la espada de Boyacá. Será el año de 1849 y los santanderistas estarán de nuevo en el poder. Será siempre un misterio el que el Hombre de las Leyes, cuando más estaba llamado —como en su momento el Libertador— a pedir unión y calma a los partidos, con su atroz silencio y su decidido apoyo no sólo a Obando, sino también a los revoltosos de Pasto con Noguera a la cabeza, actuó como Luis XV: “después de mí el diluvio”.

22. Ut supra, p. 1954.
23. Lástima que ahora fuera “miembro prominente”, según doña Pilar Moreno de Ángel, de la fracción ministerial.
24. De José María Cordovez Moure, citado por doña Pilar, p. 749.

BIBLIOGRAFÍA

Actividades diplomáticas del general Daniel Florencio O'Leary en Europa, años de 1834 a 1839, Caracas, Academia Nacional de la Historia, Publicaciones de su cincuentenario, Tipografía Americana, 1939.

ALEMÁN, Hugo. – *Sucre, Parábola ecuatorial*, Ecuador, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1970.

ABELLA, Arturo. – *Don Dinero en la Independencia*, Ed. Lerner, 1966, pág. 60. *El florero de Llorente*, 2a. ed., Medellín, Colombia, Editorial Bedout, 1964.

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Caracas: La campaña libertadora de 1819*, Venezuela, Ediciones conmemorativas del sesquicentenario de la Batalla de Boyacá, Tomo II, 1970, pág. 83.

ACOSTA DE SAMPER, Soledad. – *Biografía del general Joaquín Acosta*, Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán y Tamayo, 1901.

ANDRÉ, Mario. – *Bolívar y la Democracia*, Barcelona, España, Editorial Araluce, 1924.

ARAGÓN, Arcesio. – *Fastos Payaneses*, Bogotá, Publicación del Ministerio de Educación Nacional, Imprenta Nacional, 1936.

ARCINIEGAS, Germán. – *Bolívar y la Revolución*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1984.

ASIMOV, Isaac. – *Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil*, Historia Universal, Edit. Alianza, Madrid, Segunda Edición, 1985.

BARALT, Rafael María y DÍAZ, Ramón. – *Resumen de la Historia de Venezuela*, París, 1851.

BLANCO FOMBONA, Rufino. – *Espíritu de Bolívar*, Caracas, Colección Vigilia N° 24, Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, 1969. *El pensamiento vivo de Bolívar*, Buenos Aires, Editorial Losada, 2. *Mocedades de Bolívar*, Ediciones Nuevo Mundo, s/d.

BELLO, Andrés. – *Resumen de la historia de Venezuela*. Caracas, Tipografía Americana, 1946.

BENTHAM, Jeremias. – *Tratado de Legislación*, Tomo I, pág. 227 m. Edición española comentada por Salas.

BLANCO, José Félix y AZPÚRUA Ramón. – *Documentos para la Historia de la vida pública del Libertador*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1983.

BOLÍVAR, Simón. – *Obras Completas*, Publicaciones Reunidas S. A., Alfonso XII, España. 3 v. 1982. *Cartas del Libertador*, compiladas por Vicente Lecuna, Caracas. Litografía y Tipografía del Comercio, 1929, 10 v. *Escritos del Libertador*, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1967, 14 v. (Cuatricentenario de la ciudad de Caracas). *Bolívar* (Homenaje en el sesquicentenario de su fallecimiento 1830-1980), Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1980.

BOTERO SALDARRIAGA, B. – *Cordova*, Medellín, Colombia, Editorial Bedout, N° 68, 1970.

BOUSSIGAULT, Juan Bautista. – *Memorias*, Caracas, Editorial Centauro, José Agustín Catalá, 1983.

BRICE, Ángel Francisco. – *Bolívar, libertador y estadista*, Caracas, Talleres Civa, S.A., 1953.

BUSHNELL, David. – *La acusación del general Páez ante el Congreso de la Gran Colombia: una nota investigativa*, Bogotá: Boletín de Historia y Antigüedades, v. 58 (681-683), págs. 415-440; julio, agosto, septiembre 1971. *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1966.

- BUSANICHE, J. L. – *Bolívar visto por sus contemporáneos*, México, 1981, Editorial Tierra.
- CAMACHO MONTOYA, Guillermo. – *Santander, el hombre y el mito*, Edición No Venal, 1943.
- CARBONELL, Diego. – *Bolívar, cien juicios críticos*, Caracas, Corporación Regional de Desarrollo, 1983. *Ad majorem liberatoris gloriam*, Caracas, Editorial Las Novedades, 1944.
- CARO, Miguel Antonio. – *Obras Completas*, José Eusebio Caro, Bogotá, Imprenta Nacional, 1920, v.2.
- CASTRILLÓN ARBOLEDA, Diego. – *Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, Litografía Arco, 1979.
- CASTRILLÓN, Manuel José. – *Biografía y Memorias*, Bogotá, 2 t., Biblioteca Banco Popular, 1871.
- CICERÓN. – *Catilinarias*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1961. *Congreso de Cúcuta de 1821. Constitucion y leyes*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1971.
- CORDOVEZ MOURE, José María. – *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Madrid, Aguilar, 1962.
- CORNELIO, Hispano. – *Historia secreta de Bolívar. (su gloria y sus amores)*, Medellín, Colombia, Editorial Bedout, 1977.
- CORTÁZAR, Roberto. – *Santander, cartas y mensajes*, Bogotá, Librería Voluntad, 1953, 10 v. *Correspondencia dirigida al general Francisco de Paula Santander*, Bogotá, Librería Voluntad, 1962, 14 v.
- CUERVO, Ángel y José RUFINO. – *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*, a. Roger y Chernoviz, Libreros y Editores, 1892.
- CUNNINGHAME GRAHAM, R.B. – *Jose Antonio Páez*, Buenos Aires, Imprenta López, 1959. *Diario del general Francisco de Paula Santander en*

Europa y los Estados Unidos 1829-1832, Bogotá, Banco de la República, 1963.

DIDEROT, Denis. – *Vida de Séneca*, Buenos Aires, Colección Austral, 1952. *Diccionario Geográfico de Colombia*, Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1971, 2 v.

DÍAZ, José Domingo. – *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Madrid, Ediciones Guadarrama., 1961.

DUARTE French, Jaime. – *Florentino González*, Bogotá, Banco de la República, Departamento de Talleres Gráficos, 1971. *Las Ibáñez*, Bogotá, Edición Fondo Cultural Cafetero, 1981. *Episodios de la vida del general José María Obando*, Bogotá, Biblioteca Nacional, Bogotá, 1973.

FILIPPI, Alberto. – *Bolívar y Europa en las crónicas, pensamiento político y la historiografía: siglo XIX*, Barcelona, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1986.

FORERO BENAVIDES, Abelardo. – *Las cartas infidentes 1830*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1979.

FRANK, Waldo. – *Simón Bolívar*, Editado por la Fundación para la investigación y la cultura. Cali, 1983, Colombia.

GARCÍA ORTÍZ, Laureano. – *Algunos estudios sobre el general Santander*, Bogotá, Ministerio de Educación, 1946 (Biblioteca Popular Cultural Colombiana, Historia, 20). *Genio y apoteosis de Bolívar en la Campaña del Perú*, Barcelona, España, Editorial Herder, 1979.

GIL FORTOUL, José. – *Historia constitucional de Venezuela*, Caracas, Ministerio de Educación, 1953.

GÓMEZ, Laureano. – *El mito de Santander*, 2a. Ed., Editorial Revista Colombiana Ltda., Bogotá, 1971.

GÓMEZ RESTREPO, Antonio. – *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá, Dirección de Extensión de Cultura, s.f. 3 v.

GONZÁLEZ, Florentino. – *Memorias*, Medellín, Colombia, Editorial Bedout, 1975.

GONZÁLEZ, Juan Vicente. – *José Félix Ribas*, España, Los libros de Plon, 1978.

GRASES, Pedro. – *El archivo de Bolívar*, Caracas, Editorial de la Universidad Simón Bolívar, 1978. El archivo de Sucre, Caracas, Talleres de Cromotip, 1979.

GRASES, Pedro y Tomás POLANCO ALCÁNTARA. – *Ediciones conmemorativas del bicentenario del natalicio del Libertador Simón Bolívar*, Caracas, 1983.

GRISANTI, Ángel. – *El proceso contra los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Ediciones Garrido, 1955.

GROOT, José Manuel. – *Historia de la Gran Colombia 1819-1830*, pág. 422, Edición dispuesta por la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1941. *Ha muerto el Libertador*, Caracas, Homenaje de la UCV en el sesquicentenario de su muerte, Ediciones del Rectorado de la U.C.V., 1980.

HENAO, Jesús María. – *Los últimos días del general Santander*, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1915.

HOENIGSBERG, Julio. – *Santander, el clero y Bentham*, abc, Bogotá, 1940. *Santander ante la historia*, Barranquilla, Colombia, Imprenta Departamental, 1969, 3v.

IRISARRI, Antonio José. – *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, Cuba, Casa de Las Américas, 1964. *Ideario político de Simón Bolívar*, Caracas, Ediciones Centauro, 1981.

JANE, Cecil. – *Libertad y despotismo en la América hispana*, Editorial España, Madrid, 1931, traducción del inglés de J. Torroba. *José Félix Blanco (presbítero y general)*, Caracas, Ediciones Presidencia de la República, 1982.

LACOMPTE, Luna Álvaro. – *Castillo y Rada (el gran colombiano)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.

LARRAZÁBAL, Felipe. – *Vida del Libertador Simón Bolívar*, Biblioteca Ayacucho, 1983.

LAS CASES. – *Memorial de Santa Elena*, Barcelona, España, Editorial Iberia, 1954.

LECUNA, Vicente. – *Papeles de Bolívar*, La Habana, Obras Completas, Ediciones de 1950.

LEMONS GUZMÁN, A.J. – *Obando, de cruz verde a cruz verde*, Imprenta Departamental del Cauca, Popayán, Colombia, 1956.

LE MOYNE, Augusto. – *Viajes y estancias por la América del Sur*, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, Vol. IX, 1945.

LIBERMANN Z., Jacobo. – *Tiempo de Bolívar 1783-1830*, Caracas, Ediciones Presidencia de la República, 1979.

LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. – *Bolívar*, Editorial Oveja Negra, Bogotá, cuarta edición, 1983.

LINCH, John. – *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, España, Editorial Ariel, S. A., 1985.

LOCKEY, Joseph Byrne. – *Bolívar después de un siglo*, conferencia ante la American Historical Association of Boston. 1930.

LÓPEZ, José Hilario. – *Memorias*, Medellín, Colombia, Editorial Bedout, Vol. 47, 1969.

LLERAS, Alberto. – *Mi gente*, Ediciones del Banco de la República, 1975.

MADARIAGA, Salvador. – *Bolívar*, 3a. ed., Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1959, 2 v. Ensayo de historia contemporánea, Buenos Aires, Argentina, Editorial Sudamericana, 1944.

MANCINI, Jules. – *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*, Editorial Bedout, Vol. 69, Medellín, Colombia, 1970.

MARTÍ, José. – *Nuestra América*, España, Biblioteca Ayacucho, 1942.

MARTÍNEZ DELGADO, Luis. – *Berruecos*, Medellín, Colombia, Editorial Bedout, 1973.

MASUR, Gehard. – *Simón Bolívar*, México, Editorial Grijalbo, 1960.

MÉNDEZ, José. – *El ocaso de Bolívar*, Santa Marta, 1927. MENDOZA VÉLEZ, Jorge de. – *Gobernantes de Colombia (500 años de historia)*, Bogotá, Editorial Minerva, 1957.

MERIZALDE, José Félix. – *Últimas palabras del general Santander durante su agonía de veinticuatro horas*, Bogotá, (18 de mayo de 1845).

MIJARES, Augusto. – *El Libertador*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1987.

MOLINA LEMUS, Leonardo. – *La descendencia del general Santander*, Bogotá, Banco Popular, 1978, (Biblioteca, 80).

MORENO DE ÁNGEL, Pilar. – *Santander*, 3a. ed., Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1990.

MOSQUERA, Tomás Cipriano de. – *Memorias para la vida pública del Libertador*, Bogotá, Litografía Arco, 1980. Autobiografía, Bogotá, Banco del Estado, 1978. Examen crítico, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954.

MOURE, Cordovez. – *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, 1er Festival del Libro Colombiano, s.f.

OBANDO, Antonio. – *Autobiografía*, Bogotá, Boletín de Historia y Antigüedades, año 8 (93), págs. 529-554, febrero 1913.

OBANDO, José María. – *Apuntamientos para la historia*, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1945, pág. 78. *Obras selectas. Escritos civiles y militares*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1982.

O'CONNOR, Bourdet. – *Un irlandés con Bolívar*, Argentina, El Cid Editor, 1977.

O'LEARY, Daniel Florencio. – *Memorias*, Caracas, Ministerio de la Defensa, 1981, 34 v. (Edición facsímil).

Últimos años de la vida pública de Bolívar, Madrid, Editorial América, s. f. (Apéndice: *Memorias* del General O'Leary).

OROPEZA, Juan. – *Biografía de Sucre*, Caracas, Ediciones Centauro, 1973.

ORTIZ, Juan Francisco. – *Reminiscencias*, 2a. ed., Bogotá, Librería Americana, 1914.

ORTIZ, Sergio Elías. – *Agustín Agualongo y su tiempo*, Bogotá, Banco Popular, vol. 61, 1974.

OSORIO, Jiménez. – *Bibliografía crítica de la detracción bolivariana*, Caracas, Imprenta Nacional, 1959.

PACHECO, Luis Eduardo. – *La familia de Santander*, Bogotá, Banco Popular, 1987, (Biblioteca 80).

PÁEZ, José Antonio. – *Autobiografía*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1973.

PALMA, Ricardo. – *Tradiciones*, Barcelona, casa Editorial Maucci, 1910.

PARRA PÉREZ, Caracciolo. – *Páginas de historia y de polémica*, Caracas, Litografía del Comercio, 1953.

PICÓN SALAS, Mariano. – *Comprensión de Venezuela*, Madrid, Editorial Aguilar, 1955.

PINEDA H., Gabriel. – *Bolívar ha muerto (diario íntimo de su agonía)*, Bolivia, Editorial Canelas S.A., 1972.

PIVIDAL, Francisco. – *Pensamiento precursor del anti-imperialismo*, Caracas, Editorial Ateneo, 1983.

PÉREZ VILA, Manuel. – *Vida de Daniel Florencio O'Leary*, Caracas, Imprenta Nacional, 1957, Ediciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

PÉREZ Y SOTO, Juan Bautista. – *El crimen de Berruecos, análisis histórico político*, La trama infernal Roma, 1924, 2 v. *Defensa de Bolívar*, Lima, Imprenta de la Opinión Nacional, 1878. *Berruecos*, Caracas, Tip. Cultura Venezolana, 1921.

PERÚ DE LACROIX, Luis. – *Diario de Bucaramanga*, publicación de Cornelio Hispano, París, Librería Paul Ollendorff, 1912.

POSADA, Eduardo. – *Apostillas a la historia colombiana*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1978, Biblioteca de Historia Nacional, 39.

POSADA GUTIÉRREZ, Joaquín. – *Memorias histórico-políticas. Últimos días de la Gran Colombia y del Libertador*. Madrid, Editorial América, 1920. *Proceso seguido al general Francisco de Paula Santander por consecuencias de los acontecimientos de la noche del 25 de septiembre de 1828 en Bogotá*, Bogotá, Imprenta de Nicomedes Lora, 1831. *Relaciones de viajeros*, Lima, Colección Documental de la Independencia del Perú, 1977.

RESTREPO, José Manuel. – *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, Besanzón, 1858, 4 v. *Diario Político y militar*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954, 4 v. *Historia de la Nueva Granada*, Bogotá, Editorial Cromos, 1952 2 v. Restrepo Sáenz, José María: *Gobernadores de Antioquia*, Antioquia, 1970.

RESTREPO TIRADO, Ernesto. – *Archivo Santander*, 24 v. RIVAS, José M.– *General Rafael Urdaneta*, Caracas, Edición Fascímil Ávila Arte, 1988.

RODRÍGUEZ PLATA, Horacio. – *Santander en el exilio*, Proceso-Prisión-Destierro, 1828 - 1832. Editorial Kelly, Bogotá, D. F., 1976. Pág. 102. Firme, Fondo de Cultura Económica. Jos María Obandotimo, 2t. Bogotá, Editorial Sucre LTDA., 1958.

RODRÍGUEZ DE ALONSO, Josefina. – *El siglo de las luces (visto por Francisco de Miranda)*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978.

ROMERO, Mario Germán. – *Las diabluras de Arcediano*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1985.

RUMAZO GONZÁLEZ, Alfonso. – *Bolívar*, Cuarto Festival del Libro Venezolano, s/f. *Simón Rodríguez*, Caracas, Gráficas Armitano, 1976. *O'Leary (edecan del Libertador)*, Caracas, Ediciones Presidencia de la República, 1979.

SAMPER, José María. – *Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada*, Bogotá, Imprenta del Neogranadino, s/f. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*; Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1961.

SANTANDER, Francisco de Paula. – *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada*. Testamento de Santander.

SANT ROZ, José. – *Crónica fugaz al sur del pasado*, Mérida, Venezuela, Edición de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela; Colección Testimonio, 1987. *Toque de queja (episodios sobre la vida del general Francisco de Paula Santander)*, Caracas, Ediciones Centauro, José Agustín Catalá Editores, 1990.

Nos duele Bolívar, 2a. ed., Mérida, Venezuela, Damocles Editores, 1988. *Conjura constitucional*, Caracas, Ministerio de Educación, 1986. *Colombia en un soplo*, Mérida, Venezuela, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, 1990. *Descubrimiento*, Mérida, Venezuela, Kariña Editores, 1990.

SAÑUDO, Rafael. – *Estudio sobre Bolívar*, Medellín, Colombia, Editorial Bedout, 1980. *Simón Bolívar (el gran escritor y sus influencias)*, Caracas, Ediciones Centauro, 1977.

SOTO, Francisco. – *Memorias Páez la historia de la legislatura de Colombia en 1827*, Bogotá, Biblioteca Popular, V.6, Págs. 305-336. *Mis padecimientos i mi conducta pública desde 1810 hasta hoy y otros documentos*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1841.

TÁCITO, Cornelio. – *Obras Completas*, España, Editorial Aguilar, 1957.

URRUTIA, Francisco. – *Los Estados Unidos de América y las repúblicas hispanoamericanas de 1810 a 1830*, Editorial Americana, 1918.

USLAR PIETRI, Arturo. – *Las mejores páginas de Simón Bolívar*, Segundo Festival del Libro Venezolano, Editora Latinoamericana, S.A. Lima, Perú, s/f.

VAUGHAN, Edgar. – *Joseph Lancaster en Caracas 1824-1827*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1987.

VÉLEZ R., Carlos. – *Meditaciones bolivarianas. (La grandeza de un caudillo-la pequeñez humana)*, Medellín, Colombia, Editorial Panamericana, s/f.

VILLANUEVA, L. – *Vida de don Antonio J. de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Imprenta Nacional, 1974.

WILSON, Colin. – *Los asesinos, historia y psicología del homicidio*. Luis de Caralt editor, Barcelona.

YANES, Francisco Javier. – *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró la Independencia hasta el año de 1821*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, Ed. Élite, 1943.

ZULUAGA R., Francisco U. – *José María Obando*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1985.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
LOS PARTOS DEL SIGLO	11
De los preparativos para la educación	14
SE ERIZAN LAS PELUCAS VIRREINALES	17
Los primeros directores de la rebelión	25
EL ABANDERADO	27
TRAPICHE REPUBLICANO	33
Que sea lo que Dios quiera	35
Campaña sin regreso	37
Sin mando y sin destino	38
LA REPÚBLICA DE ARICHUNA	41
Bolívar regresa a la Nueva Granada	45
Primer <i>impasse</i> legalista	53
¿Qué era de Nueva Granada?	57
Del otro lado de la montaña	59
CON EL AGUA AL CUELLO	63
Traumas por las obsesiones federalistas	67

EE.UU. entre Bolívar y Santander	68
El conflicto de las guerras intestinas	75
LA BATALLA DE BOYACÁ	83
De tonto Santander no tenía un pelo	84
VASALLO Y SEÑOR DE LAS LEYES	91
La utilidad imperecedera	98
Fusilar, fusilar, fusilar	101
EL FUSILAMIENTO DE BARREIRO Y SUS 38 OFICIALES	105
AÑOS DE APRENDIZAJE	111
Cobrando afrentas	113
SANTANDER Y SU SEGURIDAD ECONÓMICA	123
1821: NUESTROS CONGRESOS	129
SABIDURÍA PARA LOCOS	147
Con la angustia a cuestras	151
LOS ESTERTORES DE NARIÑO	153
OPOSICIÓN A LA CAMPAÑA DEL SUR	161
Con el Perú a cuestras	166
Entre logias te veas	173
Entre los moderno y lo <i>fashionable</i>	173

EN EL PERÚ	179
VENEZOLANOS Y GRANADINOS EN LA AGONÍA DE LA ESPERANZA	189
LA BATALLA DEL FIN	203
La dinámica de la victoria	208
El mortal sabotaje al Congreso de Panamá	213
MIGUEL PEÑA, CUAL GENIO DE LA INTRIGA	217
Las fiebres libertinas	220
Entre la envidia y la amistad	230
CONJURA CONSTITUCIONAL	235
LAS LÁGRIMAS DE LA PAZ	267
LAS ACTAS DE GUAYAQUIL	275
La versatilidad de Bolívar	285
EL REGRESO DEL SUEÑO	293
Los alucinados	298
OTRA CELADA DEL VICE	309
LAS CARTAS DEL DELIRIO	319
LOS CÍRCULOS HERMÉTICOS	325
La mano de EEUU en la primera sublevación contra Bolívar	326

LOS DIABLOS SIN CARETA	339
LAS MOMIAS ENCAPILLADAS	347
LOS CUERVOS EN SU VUELO (1828)	353
EL PRESAGIO DE LOS PUÑALES	357
NO MÁS COLOMBIA	375
¡OH, MARIO!	383
AL FIN, EL PARAÍSO DE BENTHAM	393
Vidas paralelas	400
SIN REMEDIO	413
SU ÚLTIMO MANDATO	421
CONDENADO AL OSTRACISMO	457
Un turista de lujo de la revolución colombiana	463
“Yo tengo derecho a reclamar...”	466
LA TORMENTA DEL SUR	475
El infinito poder de los traidores	479
INSPIRACIÓN EN ANDREW JACKSON	521
La paz octaviana y el crimen de Berruecos	533
Las mujeres y la política	537
Nada más liberal que un puritano	540

EL DULCE LEGADO DE LAS MATANZAS	549
Los doctores de Bogotá despertaban de un largo bostezo	558
VIDAS ANTIPARALELAS	569
El padre Villota	575
TRÁFAGO DE DUDAS Y PECADOS	589
El indulto de los árboles	595
RESURRECCIÓN EN BERRUECOS	607
BIBLIOGRAFÍA	631

Impreso en septiembre de 2010
Fundación Imprenta de la Cultura
La edición consta de 3.000 ejemplares

JOSÉ SANT ROZ

Guárico, Venezuela, 1944

Profesor universitario, investigador y colaborador de diversos medios alternativos, posee una amplísima obra donde analiza el acontecer histórico nacional e internacional. Entre éstas se encuentran: *Conjura constitucional* (1986), *Colombia en un soplo* (1987), *Toque de queja. Episodios de la vida del General Francisco de Paula Santander* (novela, 1990), *Maldito descubrimiento* (1993), *Los verdaderos golpistas* (1998), *Obispos o demonios* (coautoría junto con Giandomenico Puliti, (2000), *Capos de toga y birrete* (2001), *El Jackson granadino. Biografía del General José María Obando, el asesino de Sucre* (2001), *Las putas de los medios* (2002), *Gustavo Cisneros, una falacia global* (2004) y *El prócónsul Rómulo Betancourt. Memorias de la degeneración de un país* (2010).

De una forma amena y muy interesante José Sant Roz narra y describe todas las contraposiciones políticas e históricas que diferencian a Santander y Bolívar. En un estilo fresco —sobre todo para abordar este tema histórico de tanta importancia— el autor nos pasea por toda la historia independentista de Colombia y Venezuela, dando cuenta y testimonio de que fue y es una sola historia, además de ir describiendo con gran tino y claridad las diferencias morales, éticas y militares entre estos dos próceres suramericanos. La obra comprende un gran estudio de la guerra de independencia no sólo en el área militar sino también en el campo político y económico, con un análisis minucioso del comportamiento y ética de Santander y de cómo sus intereses fueron perfilándose en atacar el proyecto bolivariano y al Libertador, para así lograr la separación de la Gran Colombia y poder obtener el poder absoluto en el país neogranadino e imponer su visión, que después fue conocida como panamericanismo.



CULTURA
Cokaxén Adentro
MISIÓN
SOCIALISTA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



SEPTIEMBRE
latinoamericana